



ANUARIO DE ESPACIOS URBANOS
HISTORIA • CULTURA • DISEÑO • 1998





El Anuario es una publicación que presenta estudios, análisis e investigaciones de actualidad del fenómeno urbano en México, América Latina y de cualquier parte del mundo; aborda problemáticas culturales, históricas económicas, espaciales, políticas y sociales de las ciudades.

El Anuario está abierto a cualquier enfoque teórico-metodológico y énfasis temático y temporal.

El Anuario es de interés para administradores, antropólogos, arquitectos, demógrafos, diseñadores, ecologistas, economistas, historiadores, politólogos, sociólogos, urbanistas, trabajadores sociales, psicólogos, etcétera.

Anuario de Espacios Urbanos

Historia • Cultura • Diseño • 1998

Universidad Autónoma Metropolitana

Dr. José Luis Gazquez Mateos

Rector General

Lic. Edmundo Jacobo Molina

Secretario General

Unidad Azcapotzalco

Mtra. Mónica de la Garza

Rectora de Unidad

Lic. Guillermo Ejea Mendoza

Secretario de Unidad

Mtro. Héctor Schwabe Mayagoitia

Director de la División de Ciencias y

Artes para el Diseño

Arq. Alejandro Viramontes

Secretario Académico de la División de Ciencias

y Artes para el Diseño

Dr. Sergio Tamayo Flores-Alatorre

Jefe del Departamento de Evaluación del Diseño

en el Tiempo

Dr. Ariel Rodríguez Kuri

Jefe del Área de Estudios Urbanos

Anuario de Espacios Urbanos • Historia • Cultura • Diseño • 1998
es una publicación anual editada por el Área de Estudios Urbanos,
Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo, División de
Ciencias y Artes para el Diseño. Certificados de licitud y contenido,
en trámite. Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Av.
San Pablo No. 180, Col. Reynosa Tamaulipas, Azcapotzalco 02200,
México, D.F. Editor responsable: Ariel Rodríguez Kuri. Correo
electrónico: stf@hp9000a1.uam.mx. Impresión: Talleres de
Lithoimpresora Portales, S.A. de C.V., Calle Canarias 103, Colonia
Portales, México, D.F. Distribuidor: Dirección de Difusión Cultural,
Calle Medellín No. 28, Col. Roma, México, D.F., C.P. 06700.



Anuario de Espacios Urbanos

Historia • Cultura • Diseño • 1998

Editor de este número
Ariel Rodríguez Kuri

Comité de redacción

Carlos Lira
Jorge Ortiz Segura
Sergio Padilla Galicia
Ariel Rodríguez Kuri
Sergio Tamayo Flores-Alatorre
Oscar Terrazas Revilla

Ilustración de portada

Manuel de la Cera

Ilustraciones

Fabrizio Vanden Broeck

Diseño original

Ma. Eugenia de la Garza C.

Autoedición

Andrés M. Ramírez/ Cran Diseñadores

Cuidado de la edición

Ana Ma. Hernández L.

Corrección de estilo en inglés

Beatriz Márquez Navarro

Consejo editorial

Marco Tonatiuh Aguilar/ Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco
Rodolfo Cruz Piñero/ El Colegio de la Frontera Norte
Emilio Duhau/ Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco
Ronald Hellman/ Bildner Center for Hemispheric Studies/ City University of New York
Carlos Illades/ Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa
Alan Knight/ Oxford University
Jorge Legorreta/ Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco
Shannan Mattiace/ University of Texas at Austin
Norma Meichtry/ Instituto de Investigaciones Geohistóricas, Argentina
John Mollenkopf/ Political Science/ City University of New York
Rodrigo Negrete Prieto/ Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, Aguascalientes
Emilio Pradilla Cobos/ Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco
Fernando Pozos Ponce/ Universidad de Guadalajara
Bryan Roberts/ University of Texas at Austin
Edward T. Rogawsky/ City University of Nueva York
Fernando Salmerón Castro/ Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, CIESAS
Henry Selby/ University of Texas at Austin
Ma. Eugenia Terrones
François Tomas/ Université de Saint-Etienne, Francia
Peter Ward/ University of Texas at Austin
Gloria Zafra/ Universidad Benito Juárez de Oaxaca
René Zenteno Quintero/ El Colegio de la Frontera Norte



Índice



Presentación	13
--------------	----

Desarrollo urbano

<i>Christof Parnreiter</i>	19
La ciudad de México: ¿una ciudad global?	

<i>Jean L. Herbert</i>	55
Brasilia: una civilización en gestación	

<i>François Tomas</i>	77
La relación centro-periferia en la producción del espacio urbano contemporáneo. El caso de Francia	

Teoría y métodos

<i>Diane E. Davis</i>	103
La fuerza de la distancia. Hacia una nueva teoría de los movimientos sociales en América Latina	

<i>Kathrin Wildner</i>	149
El Zócalo de la ciudad de México. Un acercamiento metodológico a la etnografía de una plaza	

Arquitectura

<i>Luis F. Guerrero Baca</i>	171
Evolución de la tipología arquitectónica y urbana	

Espacio y forma urbana

Katya Mandoki 195

Desarraigo y quiebre de escalas en la ciudad de México. Un problema de semiosis y estética urbana

Historia urbana

Vicente Guzmán Ríos 223

Tlacotalpan, una mirada retrospectiva a una ciudad preindustrial

Patience A. Schell 247

Training Loving Hands: Women's Vocational Education in 1920s Mexico City

Georg Leidenberger 275

Private Streetcars and Public Utopias: Urban Transportation and Chicago's City Body in the Early Twentieth Century

Identidad y cultura urbana

Felipe Vázquez Palacios 301

Dinámica religiosa a partir de la difusión diferenciada de tres agrupaciones religiosas en Banderilla, Veracruz

Marco Antonio Guadarrama Flores 319

Dimensiones culturales de la casa

Sergio Tamayo Flores-Alatorre 341

Identidades colectivas y patrimonio cultural. Una perspectiva sobre la modernidad urbana

Reseña

Carlos Illades 373

Poshistoria



Presentación

La ciudad es una pasión, para bien y para mal. Al respecto, hay poco que hacer. Sabemos que buena parte de las culturas, casi en cualquier tiempo y en cualquier lugar, puede ser definida en términos de lo que siente y piensa de la ciudad. Ésta puede ser concebida como un mal necesario, o bien como el producto, el artefacto, más sofisticado del quehacer de la cultura.

Pero una gran pregunta —en este fin de siglo— no ha sido contestada: si la ciudad es la fuente y la depositaria de tantas pasiones, ¿en qué teoría, en qué tradición intelectual, en qué trayectoria disciplinar se inscribe una hipotética versión exhaustiva, o al menos razonablemente convincente, de la experiencia urbana? De una manera más pedestre, ¿la ciudad es el objeto de reflexión e intervención del arquitecto o del urbanista, del economista o del antropólogo, del historiador o del semiólogo? A saber.

Seamos realistas: el abordaje de la ciudad requiere todavía de un mínimo de dispersión. Y una cierta dispersión disciplinar, por supuesto que bien controlada —valga la paradoja—, aparece como deseable, en la medida en que puede fertilizar la imaginación científica, y multiplicar los panes del instrumental de análisis.

No huyamos de nuestras responsabilidades: la ciudad puede y debe ser conocida científicamente. El escepticismo respecto a esta última hipótesis es en realidad un desgano vital. Las potencialidades de la tradición de conocimiento que alimenta la vida universitaria desde hace cinco a seis siglos deben

ser explotada al máximo. El conocimiento todavía es posible, aunque los procedimientos para alcanzarlo estén poniendo en duda la excesiva especialización, los discursos aburridamente codificados y las miserias de los paradigmas ideológicos.

Ésta, como las versiones anteriores del *Anuario de Espacios Urbanos*, sostiene que la dispersión temática, teórica y analítica, es parte del sistema. Y todo caso, que se argumente lo contrario.

Ariel Rodríguez Kuri
Otoño de 1998



Desarrollo urbano



La ciudad de México: ¿una ciudad global?¹

Christof Parnreiter

Instituto de Geografía de la Universidad de Viena



Las ciudades juegan un papel importante en el proceso de globalización de las sociedades. Ese proceso integra, como puntos nodales, a las "ciudades mundiales" o "globales"; quizá por ello es que los estudios urbanos, cada vez con más frecuencia, toman en cuenta aspectos globales en sus análisis. Hasta ahora, el estudio de las relaciones entre globalización y desarrollo urbano se aplica, casi exclusivamente, a las metrópolis del 'norte', ya que en las ciudades del 'sur' todavía domina una perspectiva nacional.

Para contribuir, aunque sea parcialmente, a subsanar esa insuficiencia en las investigaciones sobre las ciudades del "sur", este artículo analiza la ciudad de México dentro de un marco global.² Se plantean dos problemas centrales. Primero, se estudia si la ciudad de México está impactada por la globalización, y en caso afirmativo ¿por qué? Segundo, se analiza qué papel juega la ciudad de México en la economía mundial.

Antes de discutir estos problemas a la luz de las transformaciones de las últimas dos décadas, se requiere la elaboración de un marco teórico que permita vincular fenómenos urbanos del Tercer Mundo con dinámicas mundiales. Dicho de otra manera: la hipótesis de que la ciudad de México forma parte de un sistema urbano global debe ser justificada teóricamente y luego examinada empíricamente.

Marco teórico: 'ciudades globales' en el sistema mundial

La formación de una nueva geografía del capitalismo propicia el nacimiento de un nuevo papel de las ciudades; esto es, a su vez, resultado de los procesos de globalización; luego entonces, para discutir la función que cumplen las metrópolis dentro

1. Este artículo forma parte de un programa de investigaciones de la Universidad de Viena "Migraciones en Megaciudades del Tercer Mundo", financiado por el Ministerio de Ciencias austriaco y realizado por el Instituto de Geografía, el Instituto de la Historia Económica y Social y el Instituto para Investigaciones Interdisciplinarias. El autor agradece los comentarios de: Peter Feldbauer, Patricia Mar Velasco, Salvador Rivera Guzmán, Sergio Tamayo Flores-Alatorre; a los y las participantes del "Seminario de Investigación del Doctorado en Estudios Urbanos" de la UAM-Azcapotzalco, y a los y las participantes de la "International Geographical Union Conference on Urban Development and Urban Life", Mexico City, realizada del 11 al 15 de agosto de 1997. Comentarios de los/as lectores al correo electrónico c.parnreiter@signale.comlink.apc.org.

2. La ciudad de México es una de las más grandes del mundo (tercera en población en 1990, después de Tokio y Nueva York). Además, está muy integrada en los flujos internacionales del capital, de las mercancías, de los medios de información, etcétera.

del sistema mundial y su manera específica de ser afectadas por la reestructuración de la economía global, hay que abordar algunas características claves de la globalización.

En general, el término de globalización se refiere a las transformaciones económicas, políticas, espaciales, sociales y culturales que empezaron a finales de los años sesenta y que todavía están en curso. Un primer punto asociado con la globalización es la formación de una 'nueva división internacional del trabajo' en los años setenta (Fröbel, et. al., 1980). Desde luego que la internacionalización de la economía no es de ninguna manera un fenómeno nuevo, ya que el capitalismo es, por sus propias características, un sistema expansivo. Su historia, hasta ahora, ha sido la integración sucesiva de todas las regiones y sociedades del mundo en una división internacional del trabajo (véase, por ejemplo: Braudel 1979; Hopkins/Wallerstein 1977; Wallerstein 1974a, 1974b). Sin embargo, en las últimas décadas la globalización llegó a un nuevo ritmo: "What is new is the increasing interpenetration of all economic processes at the international level with the system working as a unit, worldwide in real time" (Castells, 1989:26).

La nueva integración mundial fue el resultado de una crisis estructural del sistema capitalista y de las estrategias para superarla. A finales de los años sesenta tanto el fordismo en los centros de trabajo, como la industrialización por sustitución de importaciones en las periferias perdieron su capacidad de generar *aumentos* en la productividad. Mientras en los países semi-industrializados del Tercer Mundo esa dinámica redujo aún más la capacidad de competir y condujo, por ende, a la crisis de la deuda, en los centros de trabajo se perdió la posibilidad de subir simultáneamente las ganancias y los sueldos. Con las ganancias estancadas, las inver-

siones en la industria ya no fueron tan rentables como antes. El capitalismo se halló en una crisis de sobrecumulación (Amin, et. al., 1982; Hirsch/Roth 1986).

Una de las estrategias que se usaron para superar la crisis y recuperar las ganancias fue el aumento de la movilidad del capital. Acción que se apoyó en las nuevas tecnologías de información, comunicación y transporte, con resultados factibles por la ola neoliberal y sus deregulaciones. Algunas empresas empezaron a transferir a gran escala ciertas actividades industriales a regiones y/o países donde la mano de obra era más barata y dócil. Fue así como se instaló una cadena de fabricación global y, por primera vez en la historia, distritos industriales en el Tercer Mundo fueron capaces de competir con los 'viejos' centros (Fröbel et. al., 1980, 1986; Bluestone/Harrison 1982).

Después de la dislocación de los segmentos menos calificados, las grandes empresas empezaron con una reorganización espacial de todo el proceso productivo. A partir de los años ochenta, se dividió este proceso en componentes sin números para asignarlos a un lugar distinto. Así las empresas formaron redes de producción y distribución globales; se transformaron de empresas *multinacionales* en *transnacionales*. Simultáneamente, la economía paso de ser *internacional* a *global*, donde las mercancías y los servicios se producen por empresas de distintos estados y comerciados por fuera de las fronteras nacionales. La economía global está dominada por empresas oligopólicas, así como por sus redes de producción y comercialización. Estas redes se extienden en todo el globo y traspasan las fronteras nacionales. Entonces, cada vez es más difícil identificar empresas o productos con criterios nacionales y regular la economía por leyes nacionales. Además, con la posibilidad de dividir el proceso productivo, dispersar y combinar a

gusto los lugares para el desarrollo, la fabricación y la comercialización, el orden espacial está determinado totalmente por el criterio de la rentabilidad (véase por ejemplo Reich 1991; Altwater/Mahnkopf 1996).³

Un segundo fenómeno que se relaciona con la globalización es la expansión de los mercados financieros y su integración mundial. De hecho, el auge de estos mercados despierta interés, pues crecieron mucho más rápido que el comercio mundial o el Producto Interno Bruto de las economías. Resulta que a mediados de los años noventa, el volumen de las transacciones financieras *diarias* pasa de 1,2 mil billones de dólares (según el Bank for International Settlements), esta suma corresponde a un tercio del volumen *anual* del comercio mundial. En otras palabras: para hacer circular todo el comercio internacional se necesitaría menos de 1% del dinero flotante en los mercados financieros (Altwater/Mahnkopf, 1996:159).

Como en el caso de la transnacionalización de la producción, el *boom* de los mercados financieros y su integración mundial se basa tanto en las innovaciones tecnológicas como en la deregulación política, pero su causa principal se encuentra, otra vez, en la crisis del fordismo. Cuando las inversiones en la industria dejaron de tener las altas rentas acostumbradas y los inversionistas tuvieron que

enfrentar la sobre acumulación de capital, buscaron y crearon posibilidades más rentables para su capital. El auge del comercio con acciones, bonos y obligaciones; la especulación con divisas (y contra ciertas monedas); el endeudamiento, tanto de los países industrializados como los países en desarrollo; y el comercio con instrumentos financieros derivados (*futures*, *options* y *swaps*),⁴ se explican, en buena parte, por la existencia de sumas enormes de capital flotante, que busca cualquier posibilidad de inversión, aunque solo sea de ganancia alta y rápida (véase, entre otros, Smith 1989; Sassen 1991).

¿Qué tienen que ver estos desarrollos con el nuevo papel estratégico de las metrópolis? En primer lugar, hay que subrayar que la globalización no hace prescindible el espacio; al contrario, cosas tan poco palpables como el *cyberspace* o mercados financieros son necesariamente amarradas a sitios concretos. Necesitan infraestructura humana y material, reglamento político y lugares donde vivan los funcionarios y trabajadores. Todo eso no se encuentra en el vacío, sino en lugares concretos.

Lo que sí sucede es una revalorización y reorganización del espacio. La nueva geografía del capitalismo surge precisamente de esta revalorización, o, dicho de otra manera, de los requisitos que requieren los sectores dominantes hoy en día en la

3. La nueva calidad de la transnacionalización se refleja en las estadísticas. Según la UNCTAD, las inversiones directas extranjeras (IDE) crecieron (en los años ochenta) tres veces más rápido que el producto mundial bruto, tendencia que incluso se aceleró en los años noventa. La mayor parte de las IDE está dirigida a países industrializados. Los países en desarrollo atrajeron un 20% en los años ochenta y un 30% en los noventa. Además, son muy pocos los países del Tercer Mundo que reciben IDE, entre ellos se encuentra México. Una parte creciente de las IDE está destinada al sector de los servicios (según la OCDE actualmente entre 55 y 60%). El comercio mundial crece más rápido que la producción. Las características de la globalización se ven más claras en la estructura del comercio internacional. La mayor parte se desarrolla en las ramas eco-

nómicas idénticas; es decir, ya no se comercia tela por vino (caso analizado por Ricardo), sino el componente automotriz 'x' por el componente automotriz 'y'. Más aún, según datos de la OCDE y la UNCTAD, la mitad del comercio mundial es comercio no entre, sino *dentro* de empresas. En otras palabras: no son Alemania y China quienes realizan negocios, ni siquiera una empresa alemana y una china, sino son sucursales alemanas y chinas, de una empresa transnacional, las que responden de 50% (o más) del comercio mundial.

4. La suma total de los instrumentos derivados ascendió en 1993 a 14 mil billones de dólares. Eso corresponde a una decuplicación en solo siete años y representa más de la suma de los PIBs de los Estados Unidos, Japón, Inglaterra y Alemania (Altwater/Mahnkopf, 1996:160).

economía. Los ingredientes claves ya no son carbón y acero, sino la creación y el procesamiento de la información. Eso tiene repercusiones fuertes en la expresión espacial y social del capitalismo. Como se verá líneas abajo, la revalorización del espacio tendrá una dinámica concentradora, con lo cual fortalecerá a las metrópolis (Castells, 1989:7-171; Sassen, 1991:17-34). Además, la ventaja de un lugar dependerá cada vez menos de los recursos naturales presentes y cada vez más de recursos producibles; la competencia entre lugares (y por lo tanto entre personas), se acelera e intensifica. Esta competencia pone en riesgo todos los logros sociales en el Primer Mundo y agrava la marginalidad en el Tercer Mundo (Altwater/Mahnkopf, 1996:26-53, 270f). En otras palabras: la enorme movilidad del capital aumenta drásticamente su poder sobre el espacio y el trabajo. Como dice Raymond Williams "cuando el capital se mueve el significado de un lugar salta más claro a la vista" (citado en Harvey, 1997:31). Finalmente, la globalización se realiza en la localización, ya que la intensificada competencia global requiere de la movilización de todos los recursos de un sitio y la sumisión al proceso de acumulación. Por ende, la 'globalización' no existe sino como articulación de dinámicas globales y locales (Lipietz, 1993; Beauregard, 1995).

El segundo aspecto de la nueva geografía del capitalismo es la erosión del Estado nacional.⁵ Tanto la transnacionalización de la producción como el auge de los mercados financieros traspasan las fronteras nacionales y, por lo tanto, la regulación política. La crisis del 'Estado nacional' y el deterioro de la función de garantizar una política social se debe

principalmente a la desnacionalización de la economía. Hasta los gobiernos más poderosos se ven privados (o por lo menos reducidos) en su soberanía de recaudar impuestos, de fijar el cambio de su moneda o de utilizar barreras arancelarias como medios de una política económica. Aún más, los Estados no solamente perdieron el poder de intervenir en procesos económicos, sino se han vuelto chantajeables por el capital cada vez más móvil. Para atraer inversiones los gobiernos ofrecen desde infraestructura tecnológica hasta tasas de interés altas y un sistema tributario ventajoso para las empresas, lo que tiene, claro que sí, repercusiones en la capacidad de financiar prestaciones sociales. En este sentido, se habla de una transformación del *Estado de bienestar* en un *Estado de competencia* (Hirsch, 1994; Jessop, 1997).

La tercera transformación espacial que acompaña la globalización es la formación de nuevos centros de la economía mundial, las *ciudades globales* (o mundiales). Según un resumen de Friedmann (1995:22-26) en 15 años de investigaciones sobre el tema de las ciudades globales, se señala que: a) éstas sirven como centros que integran economías regionales, nacionales e internacionales, es decir, las metrópolis son los puntos nodales a través de las cuales los flujos globales de capital, información, mercancías y migrantes circulan. b) La idea de que las ciudades mundiales integran la economía mundial, implica, por cierto, que una acumulación a nivel global existe. c) Una ciudad global no se define por fronteras administrativas o políticas (y tampoco, dicho sea de paso, por el tamaño de su población), sino por su carácter de centro de las interacciones globales, es decir, una ciudad global alberga funciones importantes en la gestión, el control y el manejo de la economía mundial. d) Las ciudades se incorporan a un sistema urbano mun-

5. Es un tema, sobre todo, en los centros del sistema mundial, ya que solo allí el Estado está fuertemente comprometido en la regulación de la economía y en el compromiso social.

dial jerárquico, con Nueva York, Londres y Tokio en la parte superior. Resulta difícil asignarles un puesto en la jerarquía urbana a otras metrópolis, debido a la falta de criterios claros para la definición de una ciudad mundial. No obstante, la existencia de tal jerarquía implica una competencia fuerte entre las ciudades. e) La cultura dominante en las ciudades mundiales es cosmopolita, lo que significa, entre otros, que la identidad y el interés del estrato social dominante sea, en primer lugar, de clase, y no nacional o territorial; eso causa una esquizofrenia social entre sociedades e instituciones regionales o locales y entre los intereses y actividades orientadas a nivel global.

Las ciudades mundiales o globales son, en una palabra, "powerful centres of economic and cultural authority within the contemporary world-system" (Knox, 1995:7), lugares "from where the world economy is managed and serviced" (Sassen, 1988:126f). Siendo así, se plantea la pregunta ¿por qué surgen estos centros urbanos poderosos? Brevemente podemos decir que adquieren una posición privilegiada porque son sitios donde se *hace* la globalización. Mencionamos ya que la globalización no hace prescindible al espacio, pero tampoco lo integra homogéneamente. La globalización es un proceso que vincula actividades, sociedades y territorios de una manera jerárquica. Por lo tanto, el trabajo de relacionar las actividades, sociedades y territorios debe realizarse desde algún lugar. Además, ya que la globalización se realiza a través de la vinculación de espacios y economías, el sistema mundial se presenta como una red; una red global, con procesos locales, regionales, nacionales e internacionales, donde los puntos nodales son las ciudades globales.

Las ciudades globales son los sitios donde se controla la economía mundial. Es cierto que la glo-

balización llevó a cierta descentralización (sobre todo de actividades industriales), sin embargo, trajo consigo nuevas tendencias de centralización. La formación de sistemas productivos requieren de una gestión y un control centralizado. Las sedes principales de las empresas, de donde se controla y gestiona la economía, se establecen en las metrópolis. Además, la creciente complejidad de las redes empresariales da más importancia a los servicios al productor (servicios financieros, legales, de seguros, inmobiliarias). Ellos también se encuentran concentrados en las ciudades mundiales. Puesto que las empresas más importantes tienen su sede allí, la demanda por estos servicios es la más grande. Por eso mismo, las ciudades globales albergan no solo los sectores económicos más dinámicos, sino también las actividades claves y necesarias para la articulación de la economía mundial.

Las ciudades mundiales sirven también como bases del mercado financiero. En sus bolsas de valores se llevan a término los grandes negocios; y sus bancos, agencias financieras y fondos de inversión cuentan con los más poderosos actores de la economía mundial. La concentración del mercado financiero en algunas bolsas (ciudades) fortalece la tendencia de la concentración de los servicios al productor. Finalmente, las ciudades globales representan el espacio donde el encuentro y la mezcla de los flujos de capitales, mercancías, servicios, informaciones, migrantes, etcétera, obtienen el mayor dinamismo. Es allí donde la globalización realmente sucede; donde los procesos locales, regionales, nacionales e internacionales se transforman en procesos globales (véase, por ejemplo, Sassen, 1991, 1994; Smith/Timberlake, 1995; Korff 1997).

Sin embargo, el hecho de ser una ciudad mundial no implica de ninguna manera bienestar y seguridad social para todas y todos los habitantes;

al contrario, la globalización se caracteriza por una marcada polarización social y espacial, polarización que se ve y vive tremendamente en las ciudades grandes. Por eso, ciudades globales son ciudades divididas e incluso duales (por lo siguiente, véase Castells, 1989:172-306; Mollenkopf/Castells, 1991; Sassen, 1991:193-319; Fainstein, et. al., 1992).

Si la crisis del fordismo (que en buena parte era una crisis de las ganancias) fue un factor decisivo para poner en marcha los procesos de globalización, no es sorprendente que las transformaciones afecten también las relaciones de producción en los mismos centros. El descenso de las industrias 'tradicionales' y el ascenso de nuevos sectores de crecimiento (como los servicios al productor y los mercados financieros), van acompañados por una reestructuración de la organización laboral, de la distribución de los ingresos y de la demanda por mano de obra. La implantación masiva de nuevas tecnologías de información y comunicación; su orientación hacia innovaciones de procesos (en vez de innovaciones de productos); y la importancia sobresaliente de la generación y el procesamiento de informaciones, motiva la polarización mencionada. En una economía dominada por los servicios, el trabajo está revaluado. Merced a eso, ocurre un crecimiento ocupacional en los extremos del mercado laboral. Simultáneamente, se expanden las profesiones calificadas y bien pagadas por un lado, y los trabajos malos, por otro. El punto medio tiende a desaparecer, pues los trabajadores de la industria tradicional o los funcionarios públicos se enfrentan a una movilidad social hacia abajo. Además, 'pobre' y 'rico' ya no representan extremos de un continuo, sino polos separados. Por ende, la movilidad social hacia arriba es cada vez más difícil o aun imposible.

Otro motivo para la disminución de la 'clase media' es que el nuevo orden económico no se fun-

da en el consumo de las masas. Mientras el fordismo (por ejemplo, la industria que produce gran cantidad de automóviles) necesitaba al consumidor, los servicios avanzados se apoyan en el consumo de los productores (empresas) grandes. Finalmente, un orden social, una vez polarizado, agrava la dualización, puesto que el estrato alto de la sociedad es grande, los estilos de vida de los ricos crean una demanda substancial por servicios personales. Estos servicios personales tienden a ser trabajos poco calificados y mal pagados; entonces, el mercado laboral de las ciudades grandes se caracteriza por contar con trabajos parciales, por *trabajo alquilado* y por un sector informal creciente. Total, el nuevo orden económico va acompañado por un orden social nuevo, el cual se distingue por una marcada debilitación del trabajo frente al capital.

Las metrópolis del Tercer Mundo: ¿parte o aparte del sistema urbano mundial?

Hasta este momento se han analizado los impactos de la globalización en ciudades del Primer Mundo; eso se debe al hecho de que la teoría de las ciudades mundiales fue construido a partir de las metrópolis, más aún, en virtud de ciudades tan excepcionales como Nueva York, Londres o Tokio. Las metrópolis de las periferias se han estudiado, la mayoría de ellas, bajo una perspectiva nacional, aunque, hay que decirlo, la idea de integrarlas en un sistema urbano mundial no es de ninguna manera nuevo.

Ya en el año 1976, John Walton reclamó un cambio de paradigma, al argumentar que la urbanización está condicionada significativamente por fuerzas económicas globales: "entonces, las ciudades necesitan ser estudiadas desde el punto de vista de sus dinámicas internas, y conocer cómo son

moldeadas por jerarquías internacionales ligadas a procesos económicos" (citado en Tamayo Flores-Alatorre, 1994:108f). En 1985 Timberlake editó un tomo con estudios urbanos (mucho de ellos de las periferias) que relacionan aspectos como el crecimiento de las ciudades, la primacía urbana o la fuerza laboral urbana con la manera específica de la integración de las ciudades en la economía mundial. Una perspectiva global fue también aplicada por Armstrong/McGee (1985) y Drakakis-Smith (1986, 1990). Hoy en día es más común estudiar las ciudades periféricas como integrantes de un sistema mundial. Sin embargo, para cumplir la demanda de Walton, queda mucho por hacer, aunque se hace una autocrítica en los diferentes balances realizados sobre el debate de las ciudades globales (Friedmann, 1995:42f; Knox, 1995:16).

Se tienen dos argumentos fundamentales para incluir a las metrópolis del Tercer Mundo en una perspectiva global. Primero, gran parte de los estudios tradicionales resultan poco satisfactorios, pues se inclinan demasiado en definiciones cuantitativas, con análisis nacionales y con descripciones de problemas, que hablan incluso de *pathologies* (Teune, 1988:361). Mientras las grandes metrópolis son estudiadas y caracterizadas desde un punto de vista cualitativo, en las reflexiones sobre ciudades periféricas todavía domina un interés cuantitativo (¿Cuántos habitantes tiene la ciudad de México? ¿Es la ciudad más grande del mundo?). El enfoque cuantitativo se refuerza con la terminología que se utiliza para su designación; mientras las metrópolis del 'Norte' son llamadas ciudades globales o mundiales, las del 'Sur' son simplemente mega-ciudades.

El tema de la primacía urbana combina el problema de un acercamiento demasiado cuantitativo con el de una perspectiva nacional. Por supuesto, la concentración de una gran parte de la población

y de los recursos económicos, sociales y culturales en una sola ciudad es síntoma de urbanización periférica. Tampoco hay dudas que esta concentración puede ser bastante problemática si hablamos de un desarrollo poco balanceado o carente de una relación con el medio ambiente. Sin embargo, no tenemos una respuesta clara si la primacía urbana es un obstáculo para el desarrollo o, más bien, es el resultado del desarrollo periférico. En otras palabras: no sabemos si la primacía es la explicación para la dependencia o si la dependencia es la causa de la primacía (Smith C.A., 1985). Además, el debate sobre la primacía urbana supone un tamaño *normal* para una ciudad. No obstante, una perspectiva histórica revela que tal cosa no existe. Los 6.5 millones de habitantes que tenía Londres en 1900 fueron tan escandalizantes para contemporáneos, como hoy los 17 millones de la ciudad de México. Finalmente, el enfoque de la primacía urbana pasa por alto las características de nuestra época. Si partimos de que vivimos en un mundo globalizado, cabe preguntarse: "What is the meaning of primacy when we live in an age of interlocking urban economies, instant global communications, transnational corporations, and world trade areas?" (Findley, 1993:19).

Lo anterior nos lleva al segundo argumento básico para la inclusión de las metrópolis periféricas en una perspectiva global. En general, y siguiendo los trabajos de Wallerstein, Braudel y otros, la única perspectiva adecuada para el análisis de procesos sociales y económicos es la global. La posición de una región y sociedad en la división internacional del trabajo impacta en su desarrollo, lo que, claro que sí, también es válido para la urbanización. Entonces, las ciudades periféricas fueron moldeadas en su desarrollo histórico, aunque parcialmente, por dinámicas mundiales como el colonialismo o la in-

dustrialización dependiente (Chase-Dunn, 1985; Gilbert, 1992; Clark, 1996:63-74). ¿Cuánto más habrá impactado si hablamos de tiempos en los que las dinámicas globales tienen más fuerza y más alcance que nunca?

Para analizar los impactos de la globalización en las metrópolis periféricas y el papel que juegan en el proceso de globalización, hay que retomar los puntos centrales de la discusión teórica. Iniciamos con el argumento de que hoy en día el sistema mundial incluye prácticamente a todo el mundo (aunque de una manera desigual), y que la reorganización de la economía mundial tiene repercusiones importantes en la expresión espacial del capitalismo. El sistema mundial se presenta en forma de red, en la cual las ciudades surgen como puntos nodales y centros poderosos. En este esquema, los distintos niveles del sistema mundial (desde lo local hasta lo internacional) son integrados, allí la integración global está manejada y dirigida. Entonces, ya que la globalización abarca procesos globales, en los que América Latina, África y Asia son indudablemente incorporadas, hay que situar también a las ciudades periféricas en la nueva geografía del capitalismo. Inicié el presente texto con la hipótesis de que las metrópolis del Tercer Mundo (en concreto la ciudad de México) forman parte de la *columna vertebral* de la economía mundial, y del sistema urbano jerárquico que cumplen una función comparable al de las *ciudades globales*, aunque a un nivel distinto. En otras palabras: las metrópolis periféricas también son lugares claves en y para la globalización.

Otro aspecto clave es que las ciudades globales son centros de poder. En ellas se concentran las funciones de control y gestión; sin embargo, la idea de un sistema urbano *jerárquico* implica distintos niveles de poder. Por lo tanto, en las ciuda-

des globales no solo se presentan los distintos niveles de la economía mundial (desde lo local a lo internacional), sino también se encuentran en distintos niveles. Entonces, la segunda hipótesis sería que todas las metrópolis operan como puntos nodales de integración y gestión del sistema mundial, situándose en niveles de poder e influencia distintos.

De estas dos hipótesis se pueden desarrollar algunos problemas para la investigación. Primero, ya que señalamos que las fuerzas globales impactan a las ciudades del Tercer Mundo, hay que estudiar, entonces, su transformación social, económica, política y cultural a partir de su incorporación en la división internacional del trabajo. Segundo, hay que analizar las distintas funciones que tiene una ciudad, tanto para la economía nacional como para la global. Tercero, dado que el sistema mundial toma la forma de una red, es necesario ubicar las relaciones entre una ciudad periférica y otras ciudades. Cuarto, se puede intentar atribuir una posición dentro de la jerarquía urbana a una ciudad periférica. Finalmente, hay que estudiar la relación entre lo global y lo local. Ya que estas relaciones son interacciones dialécticas, se debe evitar tanto simplificaciones (lo global determina lo local), como la noción de una relación dual (lo global *versus* lo local).

En el siguiente apartado se analizará la ciudad de México a la luz de las consideraciones antes mencionadas. No se pretende abordar todos los temas. El enfoque se ubicará en las transformaciones sociales y económicas y sus motivos globales (o, dicho de otra manera, los impactos de la globalización en el desarrollo económico y social de la ciudad de México). Posteriormente, se aborda el tema de su posición y función tanto a nivel nacional como internacional.

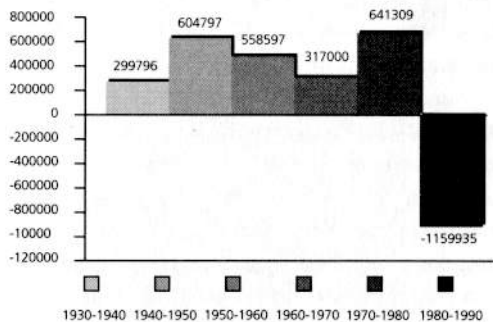
Transformaciones en la ciudad de México⁶

La ciudad de México sufrió cambios substanciales en las últimas dos décadas. El primer elemento que salta a la vista es el crecimiento poblacional retardado. Mientras en los años sesenta esta ciudad creció a un ritmo del 5,2% anual, y del 4,4% en los setenta, en los años ochenta el crecimiento se redujo a una tasa de 0,7% *per annum*. Resulta que la Zona Metropolitana de la ciudad de México (zmcm) en 1995 no tiene los 20 o incluso 25 millones de habitantes pronosticados, sino solo 16,5 millones (Garza/Rivera, 1994; INEGI, 1996).

Llama la atención que el crecimiento retardado de la población esté vinculado muy estrechamente con un cambio en los patrones migratorios. El Distrito Federal y después toda la zmcm han sido, durante décadas, un polo para migraciones internas. Así, el Distrito Federal registró una inmigración neta de más 1,5 millones entre 1950 y 1980 (gráfica 1), por lo cual la población inmigrante ascendió a casi un tercio del total en 1970 (INEGI, 1995:6). La inmigración a la zmcm culminó en los sesenta con una tasa anual de 1,6%, para reducirse substancialmente (a 0,5%) en los años setenta (Partida Bush, 1994:14). Sin embargo, el cambio espectacular ocurrió en la década siguiente, cuando la ciudad de México se convirtió en una zona expulsora de migrantes. Entre 1980 y 1990, la zmcm tuvo una tasa migratoria negativa (-0,4%), lo que se traduce en una emigración neta de 159 personas diarias (entre 1985 y 1990) (Corona Cuapio/Luque González, 1992:24; Partida Bush, 1994:14). Aún más acentuada es la emigración desde el Distrito Federal, que en los años ochenta tuvo un saldo migratorio negativo de casi 1,2 millones de personas (véase gráfica 1).⁷

Sin embargo, parece ser que en la década actual la tendencia cambia de nuevo. Con respecto al

Gráfica 1: **Saldos migratorios del Distrito Federal, 1930-1990**



Fuente: INEGI, 1994:48-50.

Distrito Federal llama la atención que entre 1990 y 1995, tanto la tasa de la población inmigrante como el número absoluto de inmigrantes creció. A pesar de ser moderado, el aumento es llamativo. Por primera vez, desde 1960, la tasa de la población inmigrante sube, y la población absoluta de inmigrantes, que disminuyó por más de medio millón en los años ochenta, creció en 80,000 personas en la primera mitad de esta década (INEGI, 1995:6; INEGI, 1996:409; cálculos propios). El saldo migratorio del Distrito Federal, sigue siendo negativo, ya que el crecimiento natural pasa por encima del crecimiento total. Pero, comparado con los ochenta, la tasa migratoria negativa se redujo notablemente entre 1990 y 1995, lo que probablemente también indica que el Distrito Federal está recuperando su papel como polo de

6. Como ciudad de México se entiende la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (zmcm), que según el INEGI la conforman (en 1990), el Distrito Federal y 27 municipios conurbados.

7. Parte de esta emigración del Distrito Federal debe haberse quedado en la zmcm, ya que el saldo negativo del D.F. aumenta al doble que el saldo negativo de la zmcm.

inmigración. Este cambio de tendencia es obvio si hablamos de la ciudad de México en su totalidad. Con una tasa migratoria negativa en los años ochenta (-0,16%), se convirtió de nuevo en una zona de inmigración neta en los noventa (+0,32%).⁸

Aunque todavía no se puede estimar si el Distrito Federal y toda la ZMCM refuerzan su atracción para los migrantes, cabe añadir que un aumento reiterado de la inmigración va acompañado de un crecimiento notable de la tasa migratoria en todo el país. Después de no crecer en los años ochenta, tanto la tasa migratoria como las migraciones internas absolutas aumentan significativamente en la primera mitad de los noventa (INEGI, 1995:6f; INEGI, 1996:409). Lo mismo sucede, según informes de la prensa, en cuanto a la emigración hacia EU, que probablemente se duplicó desde 1994 (Periódico *La Jornada*, 20.3.1997).

La segunda transformación notable que sufrió la ciudad de México está relacionada con su desarrollo económico. Como se sabe, la *industrialización por sustitución de importaciones*, fue el modelo económico que se llevó adelante con bastante éxito entre 1930 y 1970, fue un modelo que favoreció a las grandes ciudades y, en particular, a la ciudad de México (véase, entre otros, Garza, 1985). En consecuencia, el Distrito Federal concentró en los años setenta más de un cuarto del Producto Interno Bruto (PIB) nacional, mientras la participación de toda la ZMCM ascendió a más de un tercio. Sin embargo, el Distrito Federal redujo notablemente su participación a partir de 1970, y la ZMCM lo hizo a partir de

1980 (véase gráfica 2). Las pérdidas más graves las sufrió la industria, ya que el producto manufacturero de la ZMCM decreció en la primera mitad de los años ochenta no solo en relación con la producción manufacturera nacional, sino también en términos absolutos (-5,8% anual). Por lo tanto, la participación de la producción industrial de la ZMCM en el total de la producción nacional cayó en cinco años (1980-1985) de 48,6% a 32,1% (Garza/Rivera, 1994:13f).

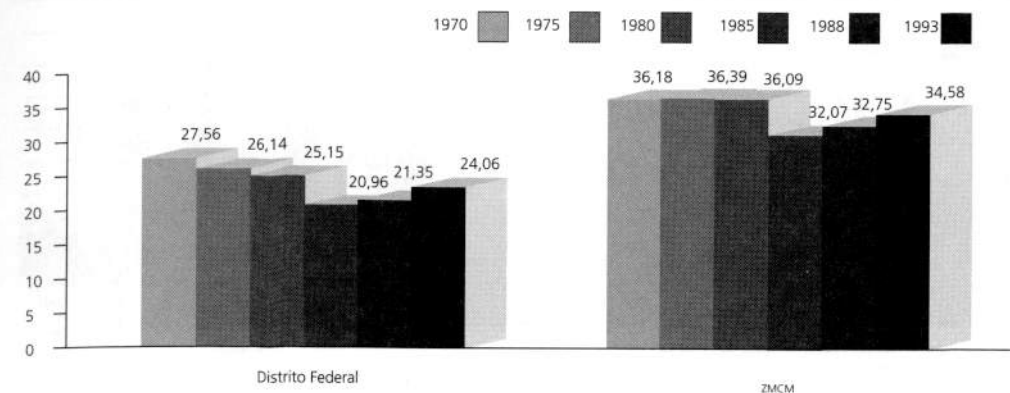
Una tendencia similar sufrió el empleo (véase gráfica 3). En 15 años, la participación de la ZMCM en el empleo urbano total bajó de 40 a 30%, registrándose nuevamente en la industria las pérdidas más graves (1980: 45%, 1994: 28%). Aunque también los demás sectores sufrieron disminuciones notables, que están por encima de la reducción de la participación de la ZMCM en la población total.

Llama la atención que la ciudad de México no solo pierda participación en la producción manufacturera, sino que igualmente se redujo su papel como sede de las empresas grandes. Mientras 287 de las 500 empresas más importantes tuvieron su sede en el Distrito Federal en 1982, el número bajó a 145 en 1989 (véase gráfica 4). A partir de éste año, la concentración en el Distrito Federal crece de nuevo hasta 1994, cuando vuelve a presentar una disminución (1996:213).

Estas transformaciones económicas no solo afectaron el peso relativo de la ciudad de México en el país, sino que además muestran la estructura económica de la misma ciudad. En tanto la industria y el comercio perdieron peso en el PIB de la ZMCM, el transporte y, sobre todo, los servicios ganaron participación (véase gráfica 5). La disminución de la producción manufacturera y el auge de los servicios se refleja, igualmente, en el mercado laboral. A partir de 1980, el empleo industrial bajó drásti-

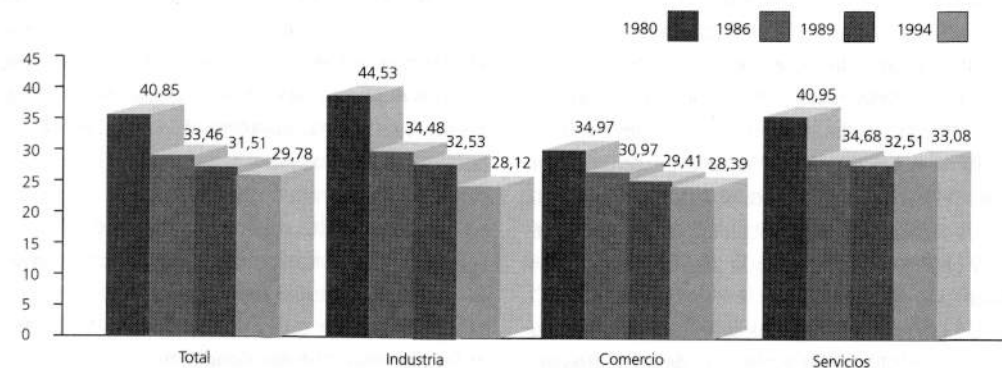
8. Los datos fueron tomados de la ponencia de Agustín Porras, presentada en el Congreso Internacional Ciudad de México (10 al 14 de marzo, 1997). El autor se refiere no precisamente a la ZMCM en la definición del INEGI, sino a una Región Centro, formado por el Distrito Federal y 59 municipios.

Gráfica 2. **Participación del Distrito Federal
y la ZMCM en el PIB nacional (1970-1993)**



Fuente: Pradilla Cobos 1977, cuadro 2.

Gráfica 3. **Participación de la ZMCM en el empleo urbano nacional (1980-1994)**



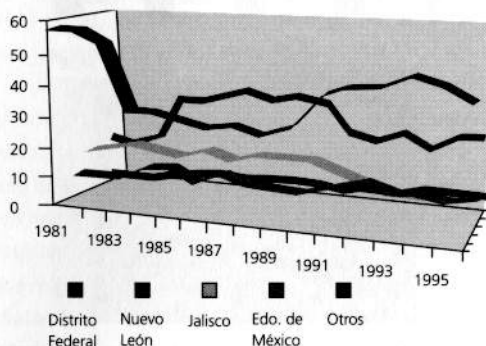
Fuente: Aguilar 1996, cuadro 8.1.

camente, para ser substituido por los servicios como primera fuente de trabajo (véase gráfica 6).

Finalmente, el desarrollo económico de la ciudad de México en las últimas dos décadas no solo se caracteriza por la caída del peso, en lo general, y el descenso de la industria, en particular. Como se puede inferir de la gráfica 2, el estancamiento del

PIB termina en 1985. A partir de esta fecha, tanto el Distrito Federal como toda la ZMCM, ganan dinamismo y logran subir su participación en el PIB nacional. Aunque la ciudad de México no se recuperó totalmente de las pérdidas (por lo menos no hasta 1993), es importante destacar este cambio de tendencia a mitad de los años ochenta. Tendencia si-

Gráfica 4. Localización de las 500 empresas más importantes de México (1981-1996)



Fuente: Expansión, varios números.

milar nos revela la gráfica 4, que muestra como a partir de 1989 el número de empresas importantes con sede en el Distrito Federal creció de nuevo.

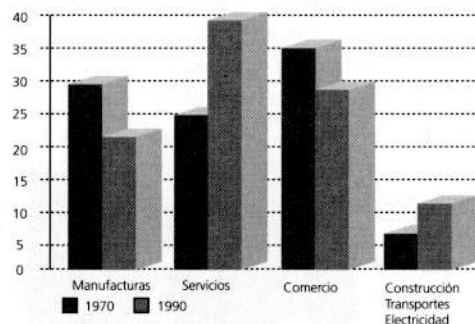
Sin embargo, la recuperación económica se refleja, muy parcialmente, en el mercado laboral. Así, la participación de la ZMCM en el empleo urbano nacional sigue disminuyéndose a pesar del crecimiento económico. La única excepción se presenta en los servicios; en este sector la participación crece a partir de 1989, aunque sea de manera muy moderada (gráfica 3).

Un tercer campo es el desarrollo social, del cual analizaremos las transformaciones de las últimas dos décadas. Con respecto a los ingresos por habitante: en 1990 el promedio de ingresos en el Distrito Federal representó 2.5 veces el promedio nacional.

9. En el caso de Campeche, los ingresos *per capita* (statísticamente) muy altos se deben al auge de la industria petrolera. En 1980, el estado de Campeche ocupó el 14o. lugar.

10. Para adquirir solamente alimentos indispensables, una persona necesitaría ganar más del doble del salario mínimo (Periódico *La Jornada*, 27 de diciembre de 1996).

Gráfica 5. PIB de la ZMCM por sectores económicos (1970, 1990)

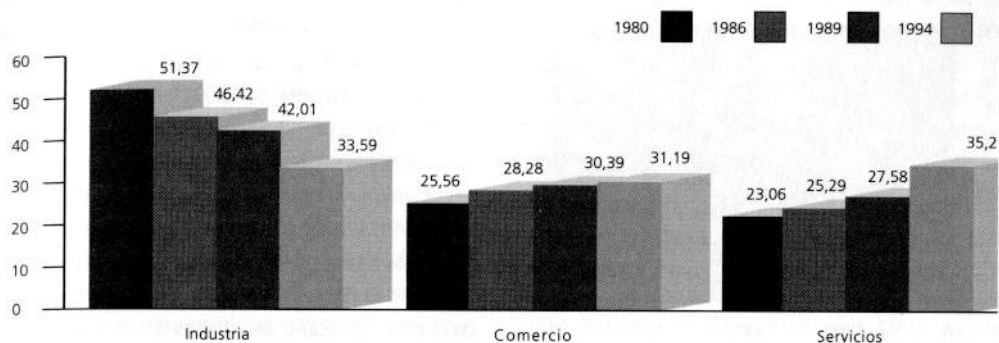


Fuente: Cálculos propios, basados en datos de Garza/Rivera 1994, 106-111.

Con eso, el Distrito Federal se colocó en segundo lugar en ingresos *per capita*, superado únicamente por el estado de Campeche.⁹ Además, hay que anotar que la diferencia entre la capital y los otros estados muestra una tendencia creciente. En 1970, los ingresos por habitante en el Distrito Federal superaron los del promedio nacional por 1,9 y en 1980 por 2,2 (Garza/Rivera, 1994:52).

Pero estos datos reportan un promedio ficticio, pues los ingresos no se distribuyen de manera equitativa. En cuanto a la repartición observamos dos tendencias: según el último censo (INEGI, 1996:546), el Distrito Federal tiene condiciones de vida superiores al promedio de todas las áreas urbanas y rurales. Así, el porcentaje de los hogares capitalinos dotados con dos o menos salarios mínimos (*sm*)¹⁰ es mucho menor que en promedio nacional (24,6% y 38,6%). Además, mientras el tamaño de las capas medias (2-5 *sm*) corresponde al promedio nacional (34,3% y 32,9%), los ricos (más de 5 *sm*) en el Distrito Federal representan un grupo 1.5 veces más grande que en el promedio nacional (37,7% y

Gráfica 6. Empleo en la zcm (1980-1994)



Fuente: Cálculos propios, basados en datos de Aguilar 1996, cuadro 8.2.

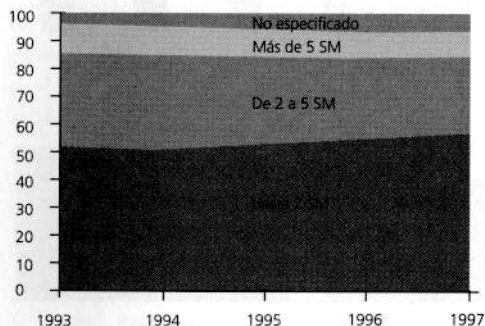
26%). Pero si se compara la ciudad de México no con el promedio nacional, sino con las áreas urbanas, los resultados para la zcm ya no son tan favorables. Se muestra que la población que tiene que bastarse con dos o menos salarios mínimos es notablemente más grande en la ciudad de México, con respecto al promedio urbano nacional. En el D.F. 56,7% de la población ocupada recibió (en 1997) dos o menos salarios mínimos, mientras en el total de las áreas urbanas nacionales fueron 49,5%. Por otro lado, las capas medias (2-5 sm), que en el promedio urbano representan más de un tercio de la población ocupada, apenas superan un cuarto (26,9%) en la ciudad de México (INEGI. 1997:4,52).

Además, los salarios (mínimos) reales se encuentran en una dinámica hacia abajo. En el Distrito Federal perdieron casi dos tercios de su valor, bajando de un índice de 100 (1981) a 39,7 en 1993 (Boltvinik, 1995:37). Estas pérdidas son aún más graves que en el promedio nacional, y la tendencia hacia abajo se prolonga hasta la fecha (Pradilla Cobos, 1997, gráfica 3).

Por último, el empeoramiento de las condiciones de vida va acompañado por una creciente polarización social. En los años ochenta, el estrato social alto (más de 5 sm) de la zcm creció en 87%, ascendiendo en 1990 a 9,9% de la población. Esto no representa una movilidad social generalizada hacia arriba, ya que decreció la 'clase media'. Además, la parte de la población con un salario mínimo o menos, se redujo el 15%. Cabe destacar que esta polarización se ve aún más acentuada considerando únicamente al Distrito Federal. En éste, la población con cinco y más salarios mínimos casi se duplicó (+94%), mientras al otro extremo de la jerarquía social el porcentaje de los pobres (1 sm o menos) decreció en 9% (cálculos propios, basados en Esquivel Hernández, 1994, cuadro 5).

En los últimos años, el empobrecimiento y la polarización social crecieron considerablemente. Como se puede inferir de la gráfica 7, las capas sociales más bajas crecen, mientras los estratos medios disminuyen notablemente. Aunque la participación de los ricos también es recurrente. En

Gráfica 7. **Población ocupada en la ZCM por niveles de ingresos (1993-1997)**



Fuente: INEGI, 1997:52.

cuanto a la pobreza, es importante recordar que no solo se aumenta el porcentaje de las personas que tienen que bastarse con menos de dos salarios mínimos, sino también la reducción notable de poder adquisitivo con estos salarios. Un estudio reciente hace constar que la movilidad social de las capas bajas está acercándose a su fin (Molina Ludy/ Sánchez Saldaña, 1997).

Otro indicador social es el desempleo y el subempleo. Los datos oficiales sobre el desempleo abierto no sirven de mucho, ya que una persona que trabaja una hora por semana no es catalogada como desempleada. Además, dado la falta de un subsidio de desempleo, estar sin trabajo es un 'lujo' que pocos mexicanos pueden permitirse. Entonces, una tasa de desempleo de 5,1% en 1997 (INEGI, 1997:50) es poco significativa. Más valor informativo poseen los datos sobre la economía informal (aunque estos datos tienden a ser imprecisos por las propias características del sector informal). Se-

gún estimaciones recientes de la OIT, 60% de la población mexicana económicamente activa, trabaja en la economía informal (Periódico *El Universal*, 31 de marzo de 1997). A conclusiones similares llegan la CTM, el PRD y la CONCANACO (Periódico *El Financiero*, 14 de abril de 1997; Periódico *El Universal Gráfico*, 2 de diciembre 1996; Periódico *La Jornada*, 25 de marzo de 1997). Aunque estos datos se refieren a todo el país, se puede suponer que la economía informal creció explosivamente en la ciudad de México. Esto significa que una parte creciente de la población trabaja en un ambiente social y laboral precario, aunque es cierto que no todos los trabajos informales son necesariamente peores que los formales.

Finalmente, la polarización se muestra también en términos espaciales. A partir de 1981, y en particular a partir del sexenio salinista, ciertas zonas de la ciudad (como Santa Fe, Paseo de la Reforma o Insurgentes/Periférico Sur) se han transformado con gran velocidad, dando lugar a centros comerciales y a los palacios de vidrio de los bancos y agencias de seguros (Delgado, 1995; Hiernaux Nicolás, 1997:9). Pero no solo las capas altas tienen su espacio reservado, también los pobres la tienen. Por ejemplo, y para no hablar de los barrios marginados, el centro histórico de la ciudad de México no es frecuentado por los 'ricos', ya que lo perciben como peligroso y sucio.¹¹

México en la globalización

Con anterioridad se señaló que las transformaciones sociales y económicas de las ciudades periféricas están vinculadas con procesos de globalización. Para examinar esta hipótesis y su relación con la ciudad de México, es preciso conocer algunos rasgos del desarrollo más reciente del país.

11. Información personal de Kathrin Wildner.

Para México, la integración al sistema mundial no es de ninguna manera un fenómeno nuevo. Desde la Conquista Española, pasando por el empuje modernizador desde el exterior durante el Porfiriato hasta el endeudamiento masivo en la última fase de la industrialización por sustitución de importaciones, el destino mexicano siempre ha sido decidido, en buena parte, por factores externos. Sin embargo, en los últimos 15 años la globalización de México se expandió y profundizó. Después de la llamada 'crisis de la deuda' (1982), y sobre todo a partir de la entrada al GATT (1986), México optó por una modernización neoliberal, que institucionalmente culminó con la entrada al Tratado de Libre Comercio (TLC).

Cabe preguntarse, ¿qué significa la globalización para México? ¿Cuál es su objeto y qué estrategias tiene para lograrlo? Como ya se argumentó, la globalización es, en el fondo, una reestructuración sectorial, espacial y social de las actividades económicas, con el fin de restaurar y aumentar las ganancias del capital. Este empeño general de los actores globales (acreedores, consorcios financieros o empresas transnacionales) se traduce, con respecto a México, en tres puntos de interés clave. Primero: los actores globales exigen que el gobierno mexicano garantice el pago de los intereses de la deuda (y, en menor parte, la liquidación de la misma). Segundo: reclaman condiciones muy rentables para la inversión. Y tercero: demandan una mano de obra barata y dócil para la producción en el marco de las redes transnacionales. Desde la perspectiva de las élites mexicanas, el interés en la globalización es para ampliar la escala de actividades hacia mercados internacionales y poder aprovechar sus ventajas comparativas (como recursos naturales o costos laborales bajos).

Para ambas partes, el medio para lograrlo es la modernización neoliberal con sus piedras angulares:

reorientación de la industria hacia el exterior, deregulación de todo tipo de mercados, promoción de la movilidad del capital, favorecimiento del sector financiero, privatizaciones y, finalmente, reducciones significativas en los ingresos de los trabajadores.

El cambio fundamental en la estrategia económica se puede ilustrar con algunos datos. Las exportaciones (excluyendo la maquiladora) crecieron en una tasa promedio de 6,3% entre 1982 y 1993 (Dussel Peters, 1995:461). A partir de la entrada en vigor del TLC, el crecimiento de las exportaciones casi se cuatuplicó (+22,8% anualmente) (Periódico *La Jornada*, 31 de diciembre de 1996, 17 de marzo de 1997).¹² Las exportaciones de las maquiladoras aumentaron aún más entre 1988 y 1994 con una tasa anual de 17,2%, creciendo su participación en el total de las exportaciones de 33% a 43% convirtiéndose en la rama exportadora más importante (Lecuona, 1996:95). Como resultado del boom exportador, la balanza comercial es ligeramente positiva para el lapso de 1983 a 1996, con un superávit entre 1982 y 1988 y en 1995 y 1996 (Red Mexicana, 1997:26-28). No obstante, la cuenta corriente sigue siendo negativa en la mayoría de los años, incluyendo el lapso entre 1993 y 1996 (Lustig, 1994:62; Periódico *La Jornada* 10 de febrero de 1997).

El déficit financiero bajó de 16,1% del PIB a 0,3% en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari. Esta recuperación de las finanzas públicas se debe, entre otros factores¹³ a la privatización. De las 1,155 compañías (para)estatales que existían en 1982, para 1992 quedaron 197. El producto de las ventas: 26

12. Eso se debe parcialmente a la devaluación del peso frente al dólar.

13. Como una reforma fiscal se dio la reducción de los intereses debido al 'Plan Brady' o al corte de los gastos públicos.

mil millones de dólares hasta 1993; este dinero se utilizó para liquidar la deuda interna, lo que descargó indirectamente a las finanzas públicas. La deuda pública (interna y externa) ascendió a 62,4% del PIB en 1988 y bajó a 24,4% en 1992 (Boris, 1996:59-62). Sin embargo, la deuda pública externa de México ascendió casi al doble en 1996 en comparación con el año de 1982, y para 1988 alcanzó los 98 mil millones de dólares. Y esto a pesar de que México ha pagado más de 158 mil millones de dólares por el servicio de la deuda, tanto del capital como de los intereses (1982-1992) (Lustig, 1994:54; Dussel Peters, 1995:461; Periódico *La Jornada*, 14 de febrero de 1997).

La inversión extranjera creció rápidamente con más de 120 mil millones de dólares entre 1989 y 1996. Aunque solo poco más de un tercio fue inversión directa, México ha acumulado aproximadamente 80 mil millones de dólares en inversiones directas (1996), colocándose, después de China, en el segundo recipiente de capital extranjero entre los llamados 'mercados emergentes' (Boris, 1996:134; Red Mexicana, 1997:42; Periódico *The Economist*, 29 de marzo de 1997).

Los datos presentados revelan un éxito para los actores globales. El pago de los intereses de la deuda externa estaba garantizado, sin que la carga de la misma se disminuyera. El boom exportador muestra tanto el uso de la mano de obra mexicana por empresas transnacionales como la expansión internacional de algunas empresas mexicanas; y la entrada de grandes sumas de capital extranjero manifiesta que existen posibilidades muy rentables para la inversión. Sin embargo, desde una perspectiva macroeconómica los resultados ya no fueron tan favorables. Por ejemplo, entre 1982 y 1997 el PIB creció en una tasa promedio de 1,3% anual (Pradilla Cobos, 1997, gráfica 1), lo que se traduce en

una pérdida de más de 10% en el PIB *per cápita*. Además, el boom exportador fue acompañado por un crecimiento de las importaciones casi al mismo ritmo, por lo cual el superávit comercial es débil e inseguro. Posteriormente, la entrada de capital extranjero está relacionada, solo en menor parte, con inversiones productivas, ya que casi dos tercios se dirigen hacia la inversión en cartera, lo que implica un elemento especulativo grande. Finalmente, los llamados éxitos tienen costos sociales enormes. Los trabajadores sufren hace años de una pérdida de sus ingresos y su nivel de vida. El salario mínimo real perdió 58% entre 1982 y 1995, y la tendencia hacia abajo se prolonga hasta la fecha (Pradilla Cobos, 1997, gráfica 3; Labra, 1997, 6). En 1997, para comprar los 35 artículos básicos, un obrero con un salario mínimo tuvo que trabajar tres veces más que en 1986 (Revista *Expansión*, 26 de marzo de 1997). El nivel de vida cayó por debajo del nivel de los años cincuenta (Wannöffel, 1995:42), y casi un cuarto de la población vive —según el gobierno— en la pobreza extrema (Periódico *La Jornada*, 21 de febrero de 1997). Hoy, incluso la OCDE (1995:97-115) está preocupada por la miseria social en México.

A partir de conocer algunos rasgos principales de la globalización y de su materialización en México, se puede empezar a vincular los desarrollos económicos, demográficos y sociales de la ciudad de México con las dinámicas globales. Empezamos con la economía, destacando tres tendencias. 1) la ZMCM perdió peso económico en los años ochenta, en la producción, el empleo y como sede de las principales empresas. b) La economía se recupera en la segunda mitad de los años ochenta (a partir de 1985 en cuanto a la participación en el PIB, y a partir de 1990 con respecto a la localización de las empresas principales); sin embargo, esta recuperación no se

refleja en el empleo; la alta participación de los años sesenta y setenta no es restaurable. Tercero, la estructura tanto de la económica como del mercado laboral cambia hacia un predominio de los servicios.

Los impactos de la crisis de 1982

Al analizar la disminución del peso económico de la ciudad de México, hay que hacer constar que no se trata de una descentralización intencional. La reducción de la primacía urbana no es resultado de un programa de desarrollo regional, a pesar de que haya habido tales planes y que, por cierto, fracasaran como proyectos políticos (Pradilla Cobos, 1993:39; Hiernaux Nicolás, 1995:158). La descentralización se debe, parcialmente, eso sí, a las desventajas como congestión o contaminación de una aglomeración urbana muy grande (Bataillon, 1992:79; Davis, 1993:79f). Sin embargo, las causas principales residen en los impactos de la reestructuración capitalista a nivel mundial. A continuación se analizan varios aspectos de estos factores globales.

Empezamos con la crisis de la deuda. Como se puede inferir de la gráficas 2, 3 y 4, las pérdidas más graves que sufre la ciudad de México (en la producción, en el empleo y en la localización de las empresas principales) ocurren en la primera mitad de los años ochenta. Eso sugiere una estrecha relación con la crisis de la deuda, que estalló en 1982. Dicho de otra manera: parece que la ZMCM, su economía y su sociedad, fueron los sectores más golpeados por la crisis de la deuda. Eso podría resultar sorprendente, ya que la base económica era bastante diversificada, más productiva que en el promedio nacional y contó incluso con inversiones extranjeras notables (Garza, 1985).

Para analizar este problema es preciso conocer bien el carácter de la crisis. La causa inmediata de la crisis de 1982 era un endeudamiento externo que superó la capacidad exportadora y el pago de la economía nacional. Pero la imposibilidad del gobierno mexicano de cumplir con las obligaciones internacionales solo fue el último y más claro síntoma de la crisis del modelo económico perseguido durante décadas. Así, México no solo tuvo que enfrentar la insolvencia, sino el agotamiento histórico de la industrialización por sustitución de importaciones. Esta crisis empezó a manifestarse en los años setenta, pero gracias al *boom* petrolero y a la abundancia y baratura de los créditos bancarios internacionales, el gobierno pudo disimular y postergar los problemas. Sin embargo, cuando aumentaron drásticamente las tasas de interés internacionales y simultáneamente se aceleró la fuga de capitales, disminuyó significativamente el precio del petróleo y los nuevos créditos ya no eran obtenibles, la saturación del modelo tradicional ya no pudo encubrirse. Entonces, lo que en 1982 se materializó como crisis de la deuda era en el fondo la crisis definitiva de la industrialización por sustitución de importaciones.

Exitoso durante décadas, sin duda, este modelo no logró el tránsito de un crecimiento extensivo a un crecimiento intensivo. La planta productiva se envejeció y la productividad se estancó. Por ende, el sector manufacturero no fue capaz de generar las divisas necesarias para cubrir los requerimientos de importaciones, lo que se tradujo en una inflación alta y en problemas notorios de la cuenta corriente, que a su vez indujeron a la tentación del sobreendeudamiento (Pradilla Cobos, 1993:15-25; Lustig, 1994:31-48; Dabat, 1995:870).

Se plantean, pues, dos problemas. Primero, ¿por qué es la ciudad de México particularmente gol-

peada por el agotamiento de la industrialización por sustitución de importaciones? Segundo, hablando de las fuerzas impactadas en la ciudad de México, hay que preguntarse, ¿en qué sentido se trata de dinámicas globales?

La crisis de 1982 afectó tanto a la ciudad de México porque la crisis económica es, como el crecimiento, un proceso desigual. Sus impactos en el orden sectorial y espacial son selectivos. Normalmente una recesión suele afectar más a las ramas de la construcción, de la producción de bienes de capital y de consumo duradero. Dado que las últimas dos fueron concentradas altamente en la ciudad de México,¹⁴ no deja de sorprender que la crisis impactó particularmente a esta ciudad. Cabe notar que Monterrey corrió la misma suerte, mientras Guadalajara y Puebla, cuyas economías fueron especializadas en la producción de bienes de consumo inmediato, pasaron la crisis menos dañadas (Garza/Rivera, 1994:11-14).

La crisis en los sectores de bienes de capital y, en particular, de bienes de consumo duradero fue agravado por la reorientación de la estrategia económica. Con el modelo neoliberal, el mercado interno perdió su función como centro de gravitación económica, ya que el fomento era en las exportaciones y la caída en los ingresos de los trabajadores causó una pérdida en el poder de compra interna. Obviamente, el hecho de que las grandes urbes fueron devaluadas como mercados, trajo consigo el agravamiento de los problemas de la ciudad de México (Connolly, 1993:66).

Finalmente, la crisis impactó particularmente a la ciudad de México debido a un 'privilegio' algo ambiguo. Con su domino tradicional y estructural resulta que era la primera ciudad en donde se introducían las innovaciones organizadoras y tecnológicas de la nueva etapa capitalista (Aguilar *et. al.*, 1996:187). Sin embargo, la transformación profunda de la estrategia económica, de la organización laboral y de la planta productiva va acompañada por costos sociales y económicos altos, por lo cual, el hecho de que la modernización empezara en la ciudad de México agravó (por lo menos en los primeros años) sus problemas.

Al hablar de la crisis de la deuda y del agotamiento de la industrialización por sustitución de importaciones, la segunda pregunta es, ¿en qué sentido se trata de dinámicas globales? Obviamente, ambos desarrollos no son limitados a México, como se ve en toda América Latina, en otros países del Tercer Mundo y en la antigua Unión Soviética y sus aliados. Además, la industrialización por sustitución de importaciones nunca ha ido lejos o incluso separado del mercado mundial. Claro, el agotamiento de dicho modelo tenía aspectos más o menos endógenos (como la falta de una reforma agraria substancial que hubiera podido ampliar el mercado interno y, de esta manera, aumentar la demanda). En general la historia de la industrialización hacia adentro es la historia de dependencia del sistema mundial. Solo la crisis severa del capitalismo (1929/30-1945) y el crecimiento preponderante auto-centrado del fordismo¹⁵ abrieron el espacio para los países subdesarrollados de llevar a cabo la industrialización por sustitución de importaciones. Por otro lado, la actual crisis estructural del capitalismo (que empezó a finales de los años sesenta) se manifestó no solo como crisis del fordismo en el 'Norte', sino también en el agotamiento

14. En 1970, casi dos tercios de la producción nacional en bienes de capital y de consumo duradero se concentraron en la ciudad de México (cálculos propios, basados en Garza, 198:418-421)

15. En el sentido de una concentración a los mercados internos dentro de los países industrializados.

to de la industrialización por sustitución de importaciones.

A los países subdesarrollados nunca les fue factible superar la dependencia. Durante décadas pareció que era posible, ya que la producción de bienes de consumo inmediato y otros productos básicos fue bastante exitosa. No obstante, en el momento en que la fabricación de bienes de capital demandaba una tecnología sofisticada, la dependencia saltó a la vista. Con la necesidad de importar una tecnología diversificada creció el endeudamiento, con todas las consecuencias conocidas. El endeudamiento excesivo fue, sin embargo, no solo resultado de la dependencia Sur-Norte, también fue consecuencia de una sobre-acumulación en los centros capitalistas, que transfirieron su excedente de capital al Tercer Mundo para garantizar la renta. Otro vínculo global se muestra en el empeoramiento de los *terms of trade*. Debido a la disminución de la demanda de parte de los países industrializados, los precios para las materias primas (excepto petróleo) empezaron a caer a partir de la mitad de los años setenta. Simultáneamente, los precios para mercancías industriales subieron. A estas dos tendencias se sumó la reducción de la demanda por productos manufactureros hechos en los países de América Latina o del Este de Europa. Todo eso condujo a un déficit notorio en la balanza comercial de los países subdesarrollados y socialistas. Finalmente, cuando los Estados Unidos cambiaron su política monetaria y subieron repentinamente las tasas de interés, la crisis de la deuda estalló (Amin *et. al.*, 1982; Frank, 1990:26; Altvater/Mahnkopf, 1996:405-409).

Desde la crisis a la recuperación industrial

Después de la crisis de 1982, habría un imperativo inmediato para México: garantizar el servicio de la

deuda. Para los gobiernos de Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari la tarea difícil era restaurar la solvencia. Para ello, México tuvo que liquidar el déficit presupuestario, saldar la cuenta corriente y disminuir la inflación. Según el Fondo Monetario Internacional y los gobiernos mexicanos, para lograr estos objetivos había varias posibilidades: reestructurar la deuda externa y endeudarse más en el interior; estimular la entrada de capital extranjero; privatizar o liquidar las empresas paraestatales; llevar adelante una reforma fiscal y financiera; reducir los gastos públicos; bajar los salarios; derregular la economía y abrirla para importaciones; y finalmente, aumentar las exportaciones (para un resumen de las medidas tomadas, y distintos puntos de vista con respecto a ellas, véase por ejemplo Aspe Armella, 1993; Pradilla Cobos, 1993; Lustig, 1994; Red Mexicana, 1997).

Aquí nos interesan los impactos de la modernización neoliberal en la ciudad de México; en relación a su desarrollo económico y a su papel en el marco nacional, hay dos posiciones. Se puede sostener que en una economía abierta las empresas preferirán dispersarse. Una vez que el mercado principal ya no se encuentra en la ciudad de México, sino en el exterior, las empresas tratan de evitar los costos de la congestión ubicándose en otras regiones. Eso conduce necesariamente a un sistema más descentralizado y debería prolongar la tendencia hacia una reducción del peso económico de la ciudad de México (véase, entre otros, Livas Elizondo, 1994). Por otro lado, se puede argumentar que la apertura comercial refuerza las tendencias centralizadoras, ya que en un ambiente más competitivo es necesario para las empresas aumentar la escala de producción. Eso significaría la concentración de la producción a un número limitado de lugares, lo que determina, a su vez, una recentralización en

los centros tradicionales como la ZMCM (véase, por ejemplo, Rivera, 1997).

Los resultados expuestos no permiten una respuesta definitiva. No obstante, parece que confirman la segunda hipótesis. Como se mostró en la gráfica 2, la participación tanto del Distrito Federal como de toda la ZMCM en el PIB nacional empiezan a aumentar de nuevo a partir de 1985 (aunque en 1993 se encontró todavía por debajo del nivel de 1970). A nuestro juicio, eso se debió, en el fondo, a dos procesos: a la recuperación (parcial) de la industria, y a un auge del sector de los servicios.

Varios estudios indican que parte de la industria ubicada en la ZMCM ha recuperado dinamismo en la segunda mitad de los años ochenta. Por ejemplo, un análisis de la localización de las principales empresas exportadoras revela que el Distrito Federal concentra la mayoría de ellas. Más aún, el grado de la centralización creció a partir de 1989. Mientras en 1983 una de cada tres empresas exportadoras importantes tenía su sede allí, la participación bajó a un cuarto en 1989. Pero, en 1992 el Distrito Federal concentró 43% de las principales empresas exportadoras (Chávez Gutiérrez, 1996:276). Este desarrollo se confir-

mó con resultados obtenidos por Garza y Rivera (1994, 81f). La ciudad de México en su totalidad tiene una productividad superior al promedio nacional en siete de las nueve ramas manufactureras.¹⁶ Con ello, no solo encabeza la lista de todas las ciudades mexicanas, sino tiene una productividad superior al promedio en la rama manufacturera más importante: productos metálicos, maquinaria y equipo. Esta rama asciende a 60% de todas las exportaciones mexicanas (excluyendo maquiladora) (Katz, 1996), y está altamente concentrada en el Distrito Federal. 40% de las empresas más importantes de dicha rama son localizadas en la capital (Revista *Expansión*, 13 de agosto de 1997). Finalmente, si se comparan las tasas de crecimiento en la productividad (Dussel Peters, 1995:467) con la localización de las principales empresas (Revista *Expansión*, varios números), también se muestra que la gran mayoría de las empresas en las ramas más dinámicas (en cuanto a la productividad) son localizados en el Distrito Federal.

Más aún, la recuperación parcial de la industria de la ZMCM se refleja incluso en el mercado laboral. Según el INEGI (varios años), el empleo manufacturero ha crecido ligeramente entre 1987 y 1996. Las ganancias en las ramas de los productos alimenticios, bebidas y tabaco y en la industria de la madera y el papel fueron tan grandes que compensaron pérdidas graves en las ramas de las sustancias químicas, hule, plástico y cemento, por un lado, y en productos metálicos, maquinaria y equipo, por otro. Sin embargo, mientras la apertura comercial —que realmente empieza en 1986/87— (para un calendario de la apertura véase por ejemplo Aspe Armella 1993), parece haber estimulado el sector industrial en la ciudad de México,¹⁷ a partir de la entrada en vigor del TLC, el

16. Una productividad superior al promedio nacional la tiene en los productos alimenticios, bebidas y tabaco; en textiles, prendas de vestir e industria del cuero; en la industria de la madera y productos de madera (incluyendo muebles); en papel y productos de papel; en productos minerales no metálicos (excluyendo petróleo y carbón); en productos metálicos, maquinaria y equipo; y en otras industrias manufactureras. Las dos ramas con niveles de productividad inferiores al promedio nacional son sustancias químicas, derivados del petróleo, carbón, hule y plástico; e industrias metálicas básicas. Los datos se refieren al año 1988.

17. En cuanto al empleo ganan todas las ramas salvo las sustancias químicas (1987-1993).

empleo industrial cae abruptamente. Desde 1994 y 1996, fue reducido por más de 150,000 puestos de trabajo (-12%).

Aunque estos datos no significan en todo caso una desindustrialización con respecto a la producción, paradójicamente, en un contexto de apertura comercial y comercio libre, la disminución del empleo industrial puede resultar tanto de la falta de competitividad como de ganancias en la misma. En el caso de los productos textiles y prendas de vestir, la reducción del empleo por un cuarto (1994-1996) señala una crisis del sector, ya que la producción disminuye y la productividad es baja. En el caso de la industria química y metálica, que perdieron 23 y 19% respectivamente, la reducción del empleo indica una tendencia invertida. Llama la atención que las pérdidas en el empleo van acompañadas por un crecimiento notable en la producción, la productividad y las exportaciones (cálculos propios con base en INEGI, varios años; OECD, 1995:176; Katz, 1996:113-115).

Entonces, parece que partes de la industria de la ciudad de México se mostraron capaces de adaptarse tanto al comercio libre como a las nuevas tecnologías, con el resultado que hoy en día pueden competir en el mercado mundial. Cabe preguntarse, en este contexto, si la reducción grave del empleo manufacturero de la ZMCM en relación con el nivel nacional (gráfica 3), ¿presenta una contradicción con los resultados expuestos aquí? ¿Se puede hablar de una desindustrialización de la ciudad de México o no?

Sin lugar a dudas, el mapa económico de México ha cambiado. Un factor muy importante en este cambio es la industrialización de la frontera Norte, que empezó en 1965 y que todavía está en curso. Las maquiladoras contaban con unas 30,000 trabajadoras¹⁸ en 1970, suma que se cua-

triplicó hacia 1980. En los años ochenta, el empleo subió a más de 400,000, crecimiento que en los noventa incluso se aceleró. Así, a finales de 1996, 803,060 trabajadoras fueron empleadas por la industria maquiladora (Tamayo/Tamayo, 1995:151f; Red Mexicana, 1997:30). Una tendencia similar se puede observar en cuanto a la producción. El valor agregado creció a un ritmo de 9% *per annum* (en promedio) entre 1975 y 1982. A partir de esta fecha, el crecimiento de la maquiladora se aceleró significativamente, para ascender a una tasa promedio anual de 28% (cálculos propios, basados en Pradilla Cobos, 1993:165). Finalmente, las exportaciones de la maquiladora también aumentaron mucho. Como se mencionó antes, la tasa promedio anual de su crecimiento fue 17% (1988-1994). Con eso, las exportaciones de la maquiladora representaron alrededor de la mitad de todas las exportaciones manufactureras y 43% de todas las exportaciones mexicanas (Lecuona, 1996:95; Red Mexicana, 1997:29).

Obviamente, el *boom* de la maquiladora está relacionado estrechamente con la globalización de la economía mexicana. Desde su inicio era un mecanismo para la integración de México en el espacio económico estadounidense, y en los años ochenta la maquiladora se convirtió, incluso, en un modelo para el TLC (Hualde, 1995). Además, el *boom* de la maquiladora se debe también al imperativo del servicio de la deuda. En los años siguientes a 1982, aumentar las exportaciones era indispensable para pagar los intereses, pues el precio del petróleo había caído y el sector manufacturero no era competitivo en el mercado mundial por falta de

18. La mayoría de la fuerza laboral en las maquiladoras son mujeres.

productividad.¹⁹ La única solución rápida fue un fomento extraordinario de las industrias maquiladoras.

Con todo lo anterior, las maquiladoras tal vez presentan el caso más obvio que muestra como una profundización de la integración en la división internacional del trabajo cambia la geografía productiva. Los resultados expuestos confirman que hoy en día la maquiladora representa un polo industrial más o menos equivalente a la ciudad de México.²⁰ Eso se expresa en una pérdida relativa de importancia de la última, que se puede, si se quiere, llamar una desindustrialización parcial. Algo similar ocurre, dicho sea de paso, en cuanto a la industria petrolera y el turismo. El *boom* petrolero (en la segunda mitad de los años setenta) y el auge del turismo internacional (que empieza en 1975 y continua hasta la fecha) contribuyeron a cierta descentralización, ya que con las ciudades petroleras y turísticas surgieron nuevos polos económicos en el país. Entonces, la disminución de la participación de la ciudad de México en el PIB nacional se debe, parcialmente, a un cambio por la incorporación de México a la división internacional del trabajo, que favoreció el crecimiento de ciudades como Ciudad del Carmen o Cancún.²¹

Cabe mencionar una causa más para de la desindustrialización de la ciudad de México. La base económica de la ciudad se ha transformado en dirección a los servicios a partir de los años ochenta (gráficas 5, 6). Mientras los servicios participaron con menos de un cuarto en el PIB de la ciudad en 1970, en 1990 ascendieron a casi 40%. Simultáneamente, subieron su participación en el mercado laboral de 23 a 35% (de 1980 a 1994). Estas ganancias deben traducirse, necesariamente, en pérdidas de otros sectores, como ocurrió con la industria y el comercio.

El auge de los servicios

Para hablar del auge de los servicios regresamos a la pregunta planteada con anterioridad. La profundización de la integración global, ¿conduce a una descentralización económica, o al revés, favorece una recentralización en la ciudad de México? Argumentamos que en el sector industrial se presentó cierta descentralización hacia la frontera Norte, a pesar de que la ZMCM se haya recuperado en la última década. Entonces, la mayor contribución al reiterado ascenso de la participación de la ZMCM en el PIB nacional debe atribuirse a la expansión de los servicios.

Este renglón incluye los servicios avanzados (financieros, de seguros, de alquiler, y profesionales). Como se ha mencionado estos servicios representan las ramas más dinámicas en el actual modelo económico. Son, por decirlo así, el *motor* de la acumulación capitalista, como lo ha sido la industria automotriz durante el fordismo. Eso es cierto también para México. Entre 1985 y 1993, la participación de los servicios financieros, de seguros y de alquiler aumentaron su contribución al PIB nacional en 14,9% (OECD, 1995:176).

19. La tasa de crecimiento de la productividad había declinado a principios de los años setenta. En los años ochenta, hasta 1986, el crecimiento de la productividad manufacturera fue prácticamente nulo o incluso negativo (Lustig, 1994:35; Dussel Peters, 1995:466).

20. Eso es válido en términos del mercado laboral y de las exportaciones, pero no en cuanto al PIB. Por ejemplo, Ciudad Juárez, Tijuana, Matamoros, Ciudad Reynosa y Nogales, en conjunto, contribuyeron con solo 3,25% al PIB nacional en 1990 (Garza/Rivera 60f).

21. Por ejemplo, el conjunto de tres ciudades turísticas y tres petroleras (Acapulco, Campeche, Cancún, Ciudad del Carmen, Coatzacoalcos, Puerto Vallarta) triplicó su participación en el PIB nacional entre 1970 y 1990 a 4% (Garza/Rivera, 1994:60f).

Además, mencionamos que los servicios avanzados tienden a concentrarse en las grandes metrópolis, y, de esta suerte, contribuyen al ascenso de las ciudades globales. Esta tendencia también está confirmada por varios indicadores que señalan que la ciudad de México está transformándose en un centro de los servicios al productor. De un lugar especializado en manufacturas en 1970 cambió a uno especializado en servicios (1990), lo que se refleja en el hecho de que en 1990, 43% del PIB nacional de este sector fue producido en la ZMCM (1970: 34%). Incluso, es la única ciudad que ha mostrado niveles de productividad mayores a la media nacional en todos los servicios avanzados, mientras Monterrey, Tijuana, Cuernavaca o Saltillo tienen una productividad superior al promedio nacional solo en la mitad de las ramas de los servicios avanzados (Garza/Rivera, 1994:67, 73f, 90f, 106-109).

También en cuanto al mercado laboral la dominación de la ZMCM se muestra muy clara. De las 43 ciudades que abarcó el INEGI en la Encuesta Nacional de Empleo Urbano, la ZMCM concentró 52% de los trabajos en el renglón *alquiler de inmuebles, servicios financieros y profesionales* (1996). Guadalajara, en segundo, y Monterrey en tercero, ascienden a 8%, en cada caso. Más aún, con 607,833 puestos de trabajo o 9,6% del empleo total, la participación de los servicios que abarcan el empleo urbano es la más elevada (en Monterrey es 7,6%, en Guadalajara 6,7%). Finalmente, el crecimiento de este rama asciende a casi 10% anual (1987-1996), y a 12% desde la entrada en vigor del TLC (a pesar de la crisis grave de 1994/95) (INEGI, varios años).

Por fin, el aumento del PIB de la ZMCM a partir de 1985 podría resultar del creciente peso económico de los servicios y, sobre todo, de los servicios al productor, por un lado, y de su concentración alta en

la ciudad de México, por otro.²² Entonces, cabe preguntarse, ¿qué tiene que ver el auge de los servicios avanzados y su alta concentración con la globalización? En la parte teórica de este artículo desarrollamos la idea de que los servicios al productor son los instrumentos básicos para hacer la globalización factible. Se concentran necesariamente en las metrópolis, ya que es allí donde tienen su sede las principales empresas y los mercados financieros, y es de donde se controla y gestiona la economía, donde se vinculan procesos nacionales y globales. Lo que ello significa, en el caso concreto de la ciudad de México, se explora líneas abajo; antes nos dedicaremos a explicar las relaciones entre la globalización y el cambio de sistema migratorio y a la creciente polarización social.

Más migraciones, pero más diversificación

Con respecto a las migraciones y, en particular, al cambio significativo de los patrones migratorios hay que distinguir dos impactos de la globalización. El aumento de las migraciones en los años noventa va ligada a todos los pronósticos en cuanto a las consecuencias de la apertura comercial y el modelo neoliberal. Tanto la teoría como todos los estudios realizados prevén que los volúmenes de la migración mexicana se incrementaron con los cambios causados por el ingreso de México al GATT y al TLC.

22. No obstante, hay que anotar que la concentración de los servicios profesionales en la ZMCM en cuanto al PIB no es tan claro. Garza (1992, cuadros 5, 7) muestra que su participación tanto en el PIB nacional de esta rama como en el PIB de todos los servicios en la ZMCM disminuye notablemente entre 1980 y 1988. Sin embargo, ya que el auge de los servicios avanzados en México se da a partir de 1985 (OECD, 1995:176), y que los demás indicadores señalan una concentración alta, mantendremos la hipótesis que el sector de los servicios contribuyó a la recuperación económica de la ZMCM.

(para un resumen de varios estudios, véase Parnreiter, 1996). La deregulación de las importaciones agrícolas, la abolición de los precios fijos, la reducción o corte de subsidios y créditos, y la reforma al Artículo 27 de la Constitución tuvieron consecuencias desastrosas para el campesinado (véase, por ejemplo, Barrón/Hernández Trujillo, 1996; Grammont/Tejera Gaona, 1996). Se estimó que entre 2,5 y 5,5 millones de familias rurales no podrán sobrevivir como productores agrícolas, lo que se traducirá en un potencial migratorio de 8 hasta 15 millones de personas. Solo en 1996, 600 mil productores de maíz quedaron desempleados debido a los impactos mencionados (Periódico *La Jornada*, 16 de febrero de 1997).

La segunda consecuencia de la globalización de México es una transformación notable en la orientación de los flujos migratorios. La reestructuración espacial de la economía, que resulta de la cambiante y profundizada integración en la división internacional del trabajo, conduce a una nueva geografía de las migraciones. Hasta 1980, el polo sobresaliente en cuanto a la inmigración fueron el Estado de México y el Distrito Federal. Atrajeron, en el lapso 1970-1980, casi tres millones de inmigrantes (neto), mientras los tres estados norteros con más inmigración (Nuevo León, Baja California, Tamaulipas) ni siquiera ascendieron a un millón. En los años ochenta, el Distrito Federal se convirtió en una zona expulsora (-1,2 millones). El Estado de México, que junto con Morelos captó la mayor parte de la emigración del Distrito Federal, siguió siendo el polo más atrayente. Sin embargo, los tres estados norteros mencionados y Quintana Roo surgieron como centros de inmigración importantes, ascendiendo

en conjunto a casi la mitad de la inmigración del Estado de México. Más aún: en 1995, los estados con la tasa de inmigración más elevada fueron Quintana Roo (54,8%) y Baja California (47,1%), estados donde se concentra el turismo internacional (Cancún) y la maquiladora (Tijuana y Mexicali) (Corona Cuapio/Luque González, 1992:27; INEGI, 1994:49f; INEGI, 1995:6, 10; INEGI, 1996:409f).

Obviamente, el sistema migratorio se adaptó a la cambiante geografía económica del país. Con los nuevos polos económicos surgen nuevos centros de la inmigración, mientras que la crisis en la ZMCM la hace menos atractiva para los/las migrantes; entonces, la tripolarización del sistema migratorio se debe, por lo menos parcialmente, a la globalización. Sin embargo, hay que constatar que otros factores también influyeron. Los sismos de 1985 dieron impulso a la emigración de muchos habitantes,²³ y la presión por la vida agitada, la contaminación y la falta de seguridad pública expulsan a otros tantos. Además, la emigración del Distrito Federal es, en muchos casos, no emigración real, ya que, según el CONAPO, unos 60% de los emigrantes (de 1996) siguen trabajando o estudiando en esa ciudad (Corona Cuapio/Luque González, 1992; Partida Bush 1994; Periódico *La Jornada*, 15 de febrero de 1997).

Globalización y polarización

Los datos hasta ahora expuestos en relación con el desarrollo social señalan, por un lado, un empobrecimiento absoluto de gran parte de la población, ya que los ingresos reales disminuyeron demasiado en los últimos años. Por otro lado, los datos indican una creciente polarización entre la ciudad de México y el resto del país, como dentro de la ciudad misma. Este desarrollo no deja de sorprender, ya que la polarización y fragmentación en

23. Lamentablemente no se sabe exactamente cuántos.

las grandes metrópolis es un asunto cada vez más preocupante. Además, se ha mostrado que las 'ciudades duales' nacen simultáneamente y por las mismas causas que las ciudades globales.

En el caso de la ciudad de México, como en general para otros países, la transformación económica hacia los servicios al productor va acompañada por una polarización del mercado laboral. Las ocupaciones en el extremo superior e inferior de la jerarquía social crecen con mayor velocidad. Entre 1970 y 1990, el renglón de los profesionales y técnicos se expandió en una tasa anual de 4,8%, seguido por comerciantes y vendedores (4,7%). En cambio, las profesiones típicas de las capas medias crecieron más lentamente (personal administrativo: 3%, trabajadores 2,1%) (Aguilar 1996, cuadro 10). Los servicios avanzados no solo polarizan hacia adentro, sino también en el contexto nacional. Garza y Rivera (1994:49-69) sostienen que la década de los ochenta fue la década de las desigualdades territoriales en México, pues aumentaron explosivamente, lo que, según ellos, se debe a las fuerzas centrípetas y polarizadoras de los servicios.

Los vínculos entre la economía formal e informal representan otro indicador de que la polarización está relacionada con la globalización. La expansión rápida del sector informal no solo se debe a la pobreza y al 'auto-empleo' de los marginados,²⁴ sino también al creciente uso de relaciones laborales informales en vez de formales (Arizpe, 1989:247; Benería/Roldan, 1992:49-60; Boris, 1996:51, 159f). Las relaciones laborales formales prometen más flexibilidad y ganancias para las empresas, mientras que el crecimiento de la economía informal se puede interpretar como resultado de un empeoramiento *intencional* de las condiciones laborales de parte de los empresarios nacionales e internacionales.

Finalmente, la disminución de los ingresos, que no solo se muestra con la caída de los salarios reales, sino también en la participación cada vez menor de los sueldos en el ingreso nacional, fue, por lo menos parcialmente, una estrategia intencional. La caída de los salarios permitió, según palabras del ex-secretario de Hacienda, Pedro Aspe Armella, "una mayor competitividad de las exportaciones (...) e impulsó la industria maquiladora" (1993:26). Conociendo la importancia fundamental de las exportaciones, en general, y de las exportaciones provenientes de la maquiladora, en particular, para el servicio a la deuda y la balanza comercial, no es exagerado sostener que la disminución de los ingresos es un componente clave en el modelo neoliberal (Boris, 1996:37; Red Mexicana, 1997:57).

En cuanto a la polarización espacial en la ciudad de México, se constata que está relacionada con la presencia cada vez mayor de actores globales. Así, en la expansión de los centros comerciales se nota la presencia del capital extranjero, sea como inversionista inmobiliario (Reichmann y asociados, por ejemplo), o como co-inversionistas en tiendas mexicanas (Hiernaux Nicolás, 1997:9). Sin embargo, el hecho de que hasta ahora no se haya cumplido con planes ambiciosos (y, muy probablemente, polarizantes) como el Plan Alameda muestra que la participación del capital extranjero no ha alcanzado los niveles esperados.

El papel de la ciudad de México en la globalización

Los resultados expuestos hasta aquí confirman la hipótesis que la ciudad de México está impactada

24. Como se ha argumentado, la pobreza creciente es una consecuencia del modelo neoliberal.

fuertemente por la globalización. Desde la inmigración hasta la desindustrialización, desde el auge de los servicios hasta la polarización, los desarrollos claves de las últimas dos décadas son formados, en parte, por las dinámicas globales. Con base en este entendimiento, se puede analizar el segundo problema planteado al principio del artículo: La ciudad de México, ¿forma parte de un sistema urbano global? Para evitar, al menos por el momento, una pregunta muy de moda (¿es una ciudad mundial o no?), llamamos la atención sobre la función de la ciudad de México en la globalización. Analizaremos, pues, ¿qué papel juega en y para la economía mundial?

Hay que recordar que las ciudades globales son los puntos nodales donde la economía mundial está integrada y de donde ésta es manejada, controlada y mandatada. Para México eso significaría que la ciudad de México articula al país y a la sociedad en la 'globalización'. En otras palabras: se puede suponer que los vínculos entre lo regional y lo global se organizan a través y en la ciudad de México. Para examinar esta hipótesis, fue preciso estudiar con más detalle algunos lazos entre 'México' y 'el mundo'.

Una de las relaciones más importantes se representan, sin duda, en los flujos de capital, entre los cuales destacan las inversiones en cartera y directas. Más de 120 mil millones de dólares fueron invertidos en México entre 1989 y 1996, suma que representó aproximadamente el cuádruple del saldo comercial de la industria maquiladora. 37% de las inversiones extranjeras fueron inversiones directas, el resto inversión en cartera (cálculos propios, basados en datos del Banco de México, tomados de Red Mexicana, 1997;42). Esto no solo indica el gran peso de la especulación como motivo de la inversión en México, sino también la alta concentración espacial. El hecho de que 63% de todas las

inversiones extranjeras fueran inversiones en cartera, significa, que eran dirigidas al Distrito Federal, donde se encuentra la Bolsa Mexicana de Valores. Además, también la gran mayoría de las inversiones directas se dirigieron al Distrito Federal. Según la SECOFI, dos tercios se concentraron en ese lugar (1989-1993: 59,6%; 1994-1996: 67,5%). Por ende, de todo el capital extranjero, más del 85% se invirtió en el Distrito Federal, o, por lo menos, se canalizaron a través del Distrito Federal al país.

Estos datos revelan la importancia sobresaliente del Distrito Federal en la mediación de la inversión extranjera y, por ende, en la articulación de México en la economía mundial. Esta importancia está subrayada aún más por el hecho de que la Bolsa Mexicana de Valores es segundo lugar en toda América Latina (después de Brasil), y México es segundo, entre los países del Tercer Mundo, en captar capital extranjero (después de China).

Otro punto clave que muestra el papel de la ciudad de México en la integración del país en la economía mundial es la alta concentración de funciones de gestión y control económico. En la gráfica 4 señalamos que el número de empresas con sede en el Distrito Federal bajó significativamente durante la crisis, pero aumentó de nuevo con la apertura comercial. En 1996, la capital concentró 213 de las 500 empresas más importantes, mientras Nuevo León (Monterrey) albergó solo 66. Aún más marcada fue la concentración en cuanto a las 50 empresas principales, de las cuales 60% se encuentran en el Distrito Federal. Cabe añadir que a partir de la entrada al GATT había, en general, una tendencia centralizadora. Mientras en 1986 apenas la mitad de las empresas más grandes tuvieron su sede en el Distrito Federal, en Nuevo León o en Jalisco, en 1996 sumaron casi dos tercios (Revista *Expansión*, varios números).

Además, los datos incluso sugieren que la capital se ha especializado en la función de vincular a México con el mercado global. En cuanto a las empresas con capital mayoritario extranjero, la centralización en el Distrito Federal es más pronunciada que en el resto del país, y mucho más marcada que en el caso de las empresas con capital mayoritario privado nacional. Mientras 43% de todas las empresas principales, y 35% con capital mayoritario privado nacional, se concentran en el Distrito Federal, 56% de las empresas principales con capital mayoritario extranjero tienen su sede en esa ciudad (Cálculos propios, basados en Revista *Expansión*, 13 de agosto de 1997). La orientación hacia el exterior está subrayada también por los resultados expuestos con respecto al comercio exterior. Recordemos que una gran mayoría de las principales empresas exportadoras y de las ramas más dinámicas, en cuanto a la productividad, se encuentran en el Distrito Federal.

La alta concentración de funciones de gestión y control en la ciudad de México (y, en particular, en el Distrito Federal) se reflejan también en una participación superior al promedio en los servicios al productor. Estos son, como se argumentó antes, indispensables para hacer factible la globalización y además sirven como indicador; ya que más de la mitad de todos los puestos de trabajos en el renglón *alquiler de inmuebles, servicios financieros y profesionales* se encuentran en la ciudad de México (véase líneas anteriores), es indudable que es éste el lugar principal donde se 'produce' la globalización de México.

Lo anterior es válido no solo en términos económicos, sino también políticos. La globalización no es como una mancha de petróleo que sin hacer diferencias cubre todo. La globalización está hecha técnicamente y, claro, también políticamente. La

escena política más importante sigue siendo el Distrito Federal, aunque en los últimos años había cierta transformación en el norte (Grupo Monterrey). Sin embargo, el poder político acumulado en la capital durante décadas hace de esta ciudad un lugar clave para llevar a cabo las políticas neoliberales.

¿Una ciudad global?

Para terminar, nos dedicaremos a responder la pregunta: ¿se puede llamar 'ciudad global' a la ciudad de México? Las clasificaciones existentes no sirven de mucho, pues falta más elaboración empírica y teórica para arribar a una definición clara. En la clasificación más citada (Friedmann, 1986), la ciudad de México está registrada como una ciudad mundial secundaria de la semi-periferia. Otras clasificaciones ni siquiera mencionan a la capital mexicana (Thrift, citado en Clark, 1996:140; y Gottmann, citado en Simon, 1995:142).

Dado la falta de criterios claros y de datos comparables (con respecto al último punto, véase Short et. al., 1996), no es muy oportuna la pregunta: ¿es ciudad global o no? Como una pregunta binaria, no hace caso a una particularidad clave de las metrópolis del Tercer Mundo: la diferencia entre función y poder. Es incuestionable que ciudades como la de México ocupan un lugar importante en el sistema urbano mundial, ya que cumplen un papel esencial en la globalización de la periferia. Sin embargo, este papel importante no corresponde, como lo hacen para las ciudades de Nueva York, Londres o Tokyo, con poder a nivel mundial. Entonces, si el criterio central para la definición de una *ciudad global* es la función de articular países al sistema mundial, la ciudad de México es una ciudad mundial. Si el criterio es el poder de ejecutar, entonces no lo es. Lo podemos ilustrar con algunos

ejemplos. Para empezar, la ciudad de México albergó en 1994 ocho de las 25 empresas más importantes de América Latina (Aguilar, 1996, Cuadro 4), concentrando así el número más elevado de todas las ciudades del sub-continente. Por el otro lado, solo una de las 500 empresas más importantes del mundo tiene su sede en el Distrito Federal (PEMEX, que ocupa el lugar número 97) (Revista *Fortune*, 4 de agosto de 1997). Segundo, la Bolsa Mexicana de Valores es segunda en América Latina, a punto de superar a Brasil como primera preferencia de los analistas e inversionistas. Pero, hay que señalar que solo atrae 0,005% del capital invertido en acciones y bonos a escala mundial, y solo 1,6% de la bolsa de Nueva York, de la cual México depende (Periódicos *La Jornada*, 15 de abril de 1997, 24 de agosto 1997; *El Financiero*, 14 de abril de 1997). Tercero, la ciudad de México es, junto con Buenos Aires, el lugar más importante para organizaciones internacionales que no aspiran a ganancias (*non-profit-organizations*) (Simon, 1995:138). No obstante, las instituciones realmente poderosas (como el Banco Mundial o el FMI), no se encuentran ni en la ciudad de México ni en Buenos Aires. Cuatro: la ciudad de México ha tenido, como Londres, el placer de ser cuatro veces huésped para los Rolling Stones en 1995 (Short, et. al., 1996:711), pero ninguna de las empresas principales de la cultura de masas actúa desde la capital mexicana. Finalmente, en cuanto a vuelos internacionales la ciudad de México es un lugar tan central como Chicago y más central que Miami, San Francisco o São Paulo, ya que está mejor conectada con París, Los Angeles, Hong Kong, Nueva York o Sydney (Smith/Timberlake, 1995:296-299). No está muy claro que podría significar ello (sin contar la contaminación); pero sea como fue, Friedmann (1995:38), estima muy escepticamente las posibilidades de la ciudad de México de subir

en la jerarquía urbana, dada la competencia con Los Angeles, Houston, San Diego y Miami.

En resumen, los ejemplos muestran que ni funciones internacionales ni un papel importante para articulaciones globales deben corresponder con un nivel de poder comparable, ya que este queda concentrado en pocas manos y en algunas (partes de) ciudades. Mientras el debate científico no logre una definición de *ciudades mundiales* que integre la particularidad de las metrópolis periféricas (que a un papel importante corresponde un nivel de poder inferior), no bastará, por ahora, con llamar la atención sobre las funciones. Si enfocamos en la actividad en lugar del rango, concluimos que la ciudad de México seguramente tiene lo que Knox (1995:11) llama *world city-ness*.

Biblio-hemerografía

- AGUILAR, Adrián Guillermo (1996). *Reestructuración económica y costo social en la ciudad de México. Una metrópoli periférica en la escena global*. Ponencia presentada en el Seminario "Economía y Urbanización: Problemas y Retos del Nuevo Siglo", organizado por el Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, en la Unidad de Seminarios "Dr. Ignacio Chávez", México D.F., 20-22 de mayo 1996.
- AGUILAR, Adrián Guillermo/Boris Graizbord/Álvaro Sánchez Crispin (1996). *Las ciudades intermedias y el desarrollo regional en México*. México D.F. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- ALTVATER, Elmar/Birgit Mahnkopf (1996). *Grenzen der Globalisierung. Ökonomie, Ökologie und Politik in der Weltgesellschaft*. Westfälisches Dampfboot. Münster.
- AMIN, Samir/Giovanni Arrighi, André Gunder Frank/Immanuel Wallerstein (1982). *Dynamics of Global Crisis*. Monthly Review Press.
- ARIZPE, Lourdes (1989). *La mujer en el desarrollo de México y de América Latina*. México D.F. UNAM.
- ARMSTRONG, Warwick/T.G. McGee (1985). *Theatres of Accumulation: Studies in Asian and Latin American Urbanisation*

- London: Methuen.
- ASPE Armella, Pedro (1993). *El camino mexicano de la transformación económica*. México D.F. Fondo de Cultura Económica.
- BARRÓN, Antonieta/José Manuel Hernández Trujillo, eds. (1996). *La agricultura mexicana y la apertura comercial*. México D.F. UNAM, UAM/Azcapotzalco.
- BATAILLON, Claude (1992). "Servicios y empleo en la economía de la ZMCM". En *Consejo Nacional de Población: La Zona Metropolitana de la ciudad de México. Problemática actual y perspectivas demográficas y urbanas*. México D.F., CONAPO, pp. 79-83.
- BEAUREGARD, Robert A. (1995). "Theorizing the global-local connection". In Knox, Paul/L. Peter J. Taylor (eds) *World cities in a world system*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 232-248.
- BENERÍA, Lourdes/Martha I. Roldán (1992). *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*. México D.F. El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica.
- BLUESTONE, Barry/Bennett Harrison (1982). *The Deindustrialization of America. Plant Closings, Community Abandonment, and the Dismantling of Basic Industry*. New York. Basic Books.
- BOLTVINIK, Julio (1995). "La satisfacción de las necesidades esenciales en México en los setenta y ochenta". En Garza, Luis Alberto de la/Enrique Nieto (eds). *Distribución del ingreso y políticas sociales*. Tomo I. Seminario Nacional Sobre Alternativas Para la Economía Mexicana. México D.F. Juan Pablos Editor, pp. 17-77.
- BORIS, Dieter (1996). *Mexiko im Umbruch. Modellfall einer gescheiterten Entwicklungsstrategie*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft. Darmstadt.
- BRAUDEL, Fernand (1979). *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, xve-xviii siècle. Le temps du monde*. París. Librairie Armand Colin.
- CARTON de Grammont, Hubert/Héctor Tejera Gaona, eds. (1996). *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio*. Tomo I: La inserción de la agricultura mexicana en la economía mundial (coordinado por Sara María Lara Flores y Michelle Chauvet). México D.F. UAM-Azcapotzalco, UNAM/INAH.
- CASTELLS, Manuel (1989). *The Informational City. Information Technology, Economic Restructuring, and the Urban-Regional Process*. Oxford. Basil Blackwell.
- CHASE-DUNN, Christopher K. (1985). "The System of World Cities, 800 A.D.-1975". En Timberlake, Michael (ed.). *Urbanization in the World-Economy*. Academic Press, Orlando, pp. 269-292.
- CHÁVEZ Gutierrez, Fernando J. (1996). "Las grandes empresas en el comercio exterior de México, 1983-1994". En *Revista Comercio Exterior*, No. 4, pp. 267-284.
- CLARK, David (1996). *Urban World, Global City*. London. Routledge.
- CONNOLLY, Priscilla (1993). "La reestructuración económica y la ciudad de México". En Coulomb Bosc, René/Emili Duhau (eds). *Dinámica urbana y procesos socio-políticos. Lecturas de actualización sobre la ciudad de México*. México, UAM-Azcapotzalco, pp. 45-70.
- CORONA Cuapio, Reina/Rodolfo Luque González (1992). El perfil de la migración de la Zona Metropolitana de la ciudad de México". En *La Zona Metropolitana de la ciudad de México. Problemática actual y perspectivas demográficas y urbanas*. México D.F., Consejo Nacional de Población (CONAPO), pp. 21-31.
- DABAT, Alejandro (1995). "La crisis mexicana y el nuevo entorno internacional". En *Revista Comercio Exterior*, No. 11, pp. 866-874.
- DAVIS, Diane E. (1993). "Crisis fiscal urbana y los cambios políticos en la ciudad de México: desde los orígenes globales a los efectos locales". En *Estudios Demográficos y Urbanos* 22, vol. 8, No. 1, pp. 67-102.
- DRAKAKIS-Smith, David, ed. (1986). *Urbanisation in the Developing World*. London. Routledge.
- (1990). *Economic Growth and Urbanization in Developing Areas*. London and New York. Routledge.
- DUSSEL Peters, Enrique (1995). "El cambio estructural del sector manufacturero mexicano, 1988-1994". En *Revista Comercio Exterior*, No. 6, pp. 460-469.
- ESQUIVEL Hernández, María Teresa (1994). *La Zona Metropolitana de la ciudad de México: Dinámica Socioeconómica y Demográfica y su Manifestación Espacial 1980-1990*. Tesis de Maestría, México D.F. UNAM.
- FAINSTEIN, Susan S./Jan Gordon/Michael Harloe, eds. (1992). *Divided Cities. New York & London in the Contemporary World*. Oxford, Cambridge.
- FINDLEY, Sally E. (1993). "The Third World City: Development Policy and Issues". En Kasarda, John D./Allan M. Parnell (eds). *Third*

- World Cities. Problems, Policies and Prospects*. Sage Publications Newbury Park, pp. 1-31.
- FRANK, André Gunder (1990). "Politische Ironien der Weltwirtschaft". En Frank, André Gunder/Marta Fuentes-Frank *Widerstand im Weltsystem. Kapitalistische Akkumulation, Staatliche Politik, Soziale Bewegung*. Wien. Promedia, Wien, pp. 13-45.
- FRIEDMANN, John (1986). "The World City Hypothesis". En *Development and Change* 17, pp. 69-83.
- (1995). "Where we stand: a decade of world city research". En Knox, Paul/Peter J. Taylor (eds). *World cities in a world system*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 21-47.
- FRÖBEL, Folker/Jürgen Heinrichs/Otto Kreye (1980). *La nueva división internacional del trabajo. Para estructural en los países industrializados e industrialización de los países en desarrollo*. Madrid. Siglo xxi.
- (1986). *Umbruch in der Weltwirtschaft*. Rowohlt. Reinbek bei Hamburg.
- GARZA, Gustavo (1985). *El Proceso de Industrialización en la ciudad de México (1821-1970)*. México. D.F. El Colegio de México.
- (1992). *Crisis del sector servicios de la ciudad de México, 1960-1988*. México D.F. Mimeo.
- GARZA, Gustavo/Salvador Rivera (1994). *Dinámica macroeconómica de las ciudades en México*. México, Aguascalientes. Instituto Nacional de Estadísticas, Geografía e Informática (INEGI).
- GILBERT, Alan (1992). "Urban Development in a World System". En Alan Gilbert, Josef Gugler (eds). *Cities, Poverty and Development: Urbanization in the Third World*. Oxford University Press, pp. 14-32.
- HARVEY, David (1997). "Betreff Globalisierung". En Becker, Steffen/Thomas Sablowski/Wilhelm Schumm (eds). *Jenseits der Nationalökonomie? Weltwirtschaft und Nationalstaat zwischen Globalisierung und Regionalisierung*. Berlin. Argument Sonderband, pp. 28-49.
- HIERNAX, Nicolás, Daniel (1994). "Hacia la ciudad neoliberal? Algunas hipótesis sobre el futuro de la ciudad de México". En Hiernaux Nicolás, Daniel/François Tomas. *Cambios económicos y periferia de las grandes ciudades. El caso de la ciudad de México*. México, D.F. UAM-IFAL, pp. 22-45.
- (1995). "Reestructuración económica y cambios territoriales en México. Un balance 1982-1995". En *Estudios Regionales*, No. 43, pp. 151-176.
- (1997). *Las clases altas, la ciudad y la globalización*. Ponencia presentada en el Congreso Internacional ciudad de México, sobre Política y Estudios Metropolitanos, organizado por el Consejo Mexicano de Ciencia Sociales, A.C., 10 al 14 de marzo.
- HIRSCH, Joachim (1994). "Vom fordistischen Sicherheitsstaat zum nationalen Wettbewerbsstaat. Internationale Regulation, Demokratie und 'Radikaler Reformismus'". En *Das Argument* 203, pp. 7-21.
- HIRSCH, Joachim/Roland Roth (1986). *Das neue Gesicht des Kapitalismus. Vom Fordismus zum Post-Fordismus*. Hamburg. vsa-Verlag.
- HOPKINS, Terence K./Immanuel Wallerstein (1977). "Patterns of Development of the Modern World System". En *Review*, Bd. 1, Nr. 2, pp. 111-145.
- HUALDE, Alfredo (1995). "Die mexikanischen Maquiladoras-Wegweiser des Integrationsprozesses". En Hoffmann, Reiner/Manfred Wannöfel (eds). *Soziale und ökologische Sackgassen ökonomischer Globalisierung. Das Beispiel NAFTA*. Westfälisches Dampfboot, Münster, pp. 122-150.
- INSTITUTO Nacional de Estadísticas, Geografía e Informática (1994). *Estadísticas Históricas de México*. Tomo I. INEGI, México, Aguascalientes.
- (1995). *Migración Interna*. Tomo II. Por Virgilio Partida Bush. INEGI, México, Aguascalientes.
- (1996). *Estados Unidos Mexicanos. Censo de Población y Vivienda 1995. Resultados Definitivos*. Tabulados Básicos. INEGI, México, Aguascalientes.
- (1997). *Estadísticas Económicas. Indicadores de Empleo y Desempleo*. INEGI, México, Aguascalientes.
- (varios años). *Encuesta Nacional de Empleo Urbano*. INEGI, México, Aguascalientes.
- JESSOP, Bob (1997). "Die Zukunft des Nationalstaats-Erosion oder Reorganisation? Grundsätzliche Überlegungen zu Westeuropa". En Becker, Steffen/Thomas Sablowski/Wilhelm Schumm (eds). *Jenseits der Nationalökonomie? Weltwirtschaft und Nationalstaat zwischen Globalisierung und Regionalisierung*. Berlin. Argument Sonderband, pp. 50-95.
- KATZ, Isaac (1996). "Exportaciones y crecimiento económico. Evidencia para la industria manufacturera en México". En *Revis-*

- ta *Comercio Exterior*, No. 2, pp. 109-119.
- KNOX, Paul L. (1995). "World cities in a world system". En Knox, Paul./Peter J. Taylor, eds. *World cities in a world system*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 3-20.
- KNOX, Paul./Peter J. Taylor, eds. (1995). *World cities in a world system*. Cambridge University Press.
- KORFF, Rüdiger (1997). "Globalisierung der Megastädte". En Feldbauer, Peter/Karl Husa/Erich Pilz/Irene Stacher, eds. *Mega-Cities. Die Metropolen des Südens zwischen Globalisierung und Fragmentierung*. Brandes&Apsel/Südwind. Frankfurt, pp. 21-35.
- LABRA, Armando (1997). "Carrera perdida. Precios vs. salarios". En *La Jornada Laboral*, 27 de marzo de 1997, pp. 6-7.
- LECUONA, Ramón (1996). "Reforma estructural, movimientos de capital y comercio exterior en México". En *Revista Comercio Exterior*, No. 2, pp. 87-101.
- LIPIETZ, Alain (1993). "The local and the global: regional individuality or interregionalism?" En *Transactions of the Institute of British Geography*, Vol 18, No 1, pp. 8-18.
- LIVAS, Elizondo, Raúl A. (1994). "Desarrollo regional y apertura comercial". En *Examen de la situación económica de México* 2, No. 819, pp. 85-91.
- LUSTIG, Nora (1994). *México. Hacia la reconstrucción de una economía*. México D.F. El Colegio de México.
- MOLINA, Ludy, Virginia/Kim Sánchez Saldaña (1997). *El fin de la ilusión. La movilidad social entre familias de la ciudad de México*. Ponencia presentada en el Congreso Internacional ciudad de México, sobre Política y Estudios Metropolitanos, organizado por el Consejo Mexicano de Ciencia Sociales, A.C., 10 al 14 marzo.
- MOLLENKOPF, John/Manuel Castells, eds. (1991). *Dual City. Restructuring New York*. New York. Russell Sage Foundation.
- OECD (1995). *oecd Economic Surveys 1994-1995. Mexico*. oecd París.
- PARNREITER, Christof (1996). *Globalisation, The Uprooting of People, and Migration. Dynamics of Economic Integration and Social Disintegration in Mexico*. Paper presented at the 8th IADI General Conference on Globalisation, Competitiveness and Human Security. Vienna, 11 al 14 de septiembre, 1996.
- PARTIDA Bush, Virgilio (1994). "Nuevo derrotero en su ritmo de crecimiento". En *Demos. Carta demográfica sobre México*, No. 7, pp. 13-14.
- PRADILLA Cobos, Emilio (1993). *Territorios en crisis. México 1970-1992*. México. Red Nacional de Investigación Urbana y Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco.
- (1997). *La megalópolis neoliberal: gigantismo, fragmentación y exclusión*. Ponencia presentada en el Congreso Internacional ciudad de México, sobre Política y Estudios Metropolitanos, organizado por el Consejo Mexicano de Ciencia Sociales, A.C., 10 al 14 marzo.
- RED MEXICANA de Acción Frente al Libre Comercio (RMALC) (1997). *Espejismo y Realidad: El ncán tres años después. Análisis y propuesta desde la sociedad civil*. México D.F. Red Mexicana de Acción Frente al Libre Comercio.
- REICH, Robert B. (1991). *The Work of Nations*. New York.
- RIVERA, Salvador (1997). "¿Es la globalización una era de descentración urbana?" En *Demos*. En Prensa.
- SASSEN, Saskia (1988). *The Mobility of Labor and Capital. A study in international investment and capital flow*. Cambridge University Press.
- (1991). *The Global City. New York, London, Tokyo*. Princeton, New Jersey.
- (1994). *Cities in a World Economy*. Thousand Oaks.
- SECOFI. Dirección General de Inversión Extranjera.
- SHORT, J.R./Y. Kim/M. Kuus/H. Wells (1996). "The Dirty Little Secret of World Cities Research: Data Problems in Comparative Analysis". En *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 20, number 20, pp. 697-717.
- SIMON, David (1995). "The world city hypothesis: reflections from the periphery". En Knox, Paul./Peter J. Taylor, eds. *World cities in a world system*. Cambridge University Press, pp. 132-155.
- SMITH, Carol A. (1985). "Theories and Measures of Urban Primacy: A Critique". En Timberlake, Michael, ed. *Urbanization in the World-Economy*. Orlando: Academic Press, pp. 87-117.
- SMITH, David A./Michael Timberlake (1995). "Conceptualising and Mapping the Structure of the World System's City System". En *Urban Studies*, vol. 32, No. 2, pp. 287-302.
- SMITH, Roy C. (1989). "International Stock Market Transactions". En Noyelle, Thierry, ed. *1989 New York's Financial Markets. The Challenge of Globalization*. Westview Press. Boulder and London, pp. 7-29.
- TAMAYO, Jesús/Leonardo Tamayo (1995). "Die Maquiladoras - Umweltdumping als Entwicklungsmodell?". En Hoffmann,

- Reiner/Manfed Wannöfel, eds. *Soziale und ökologische Sackgassen ökonomischer Globalisierung. Das Beispiel NAFTA*. Westfälisches Dampfboot, Münster, pp. 151-169.
- TAMAYO Flores-Alatorre, Sergio (1994). "Una revisión de las principales corrientes teóricas sobre el análisis urbano". En *Anuario de Estudios Urbanos*, No. 1, pp. 71-118.
- TEUNE, Henry (1988). "Growth and Pathologies of Giant Cities". En Dogan, Mattei/KJohn D. Kasarda, eds. *The Metropolis Era*, Volume 1: A World of Giant Cities. Sage Publications, Newbury Park, Beverly Hills, London, New Delhi, pp. 351-376.
- TIMBERLAKE, Michael, ed. 1985 *Urbanization in the World-Economy*. Academic Press, Orlando.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1974a). *The Modern World System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. New York. Academic Press.
- (1974b). "The Rise and Future Demise of the World Capitalist Systems. Concepts for Comparative Analysis". En *Comparative Studies in Society and History*, Bd. 16, Nr. 4, pp. 387-415.
- WANNÖFEL, Manfred (1995). "Globalisierung der Ökonomie-soziale Transformation-gewerkschaftliche Handlungsspielräume". En Hoffmann, Reiner/Manfed Wannöfel, eds. *Soziale und ökologische Sackgassen ökonomischer Globalisierung. Das Beispiel NAFTA*. Westfälisches Dampfboot, Münster, pp. 32-57.
- Periódico *El Financiero*, varios números.
- Periódico *El Universal*, varios números.
- Periódico *El Universal Gráfico*, varios números.
- Periódico *La Jornada*, varios números.
- Periódico *The Economist*, varios números.
- Revista *Expansión*, varios números.
- Revista *Fortune*, 4 de agosto de 1997.



Brasilia: una civilización en gestación



Jean L. Herbert

Escuela de Arquitectura de Saint-Etienne



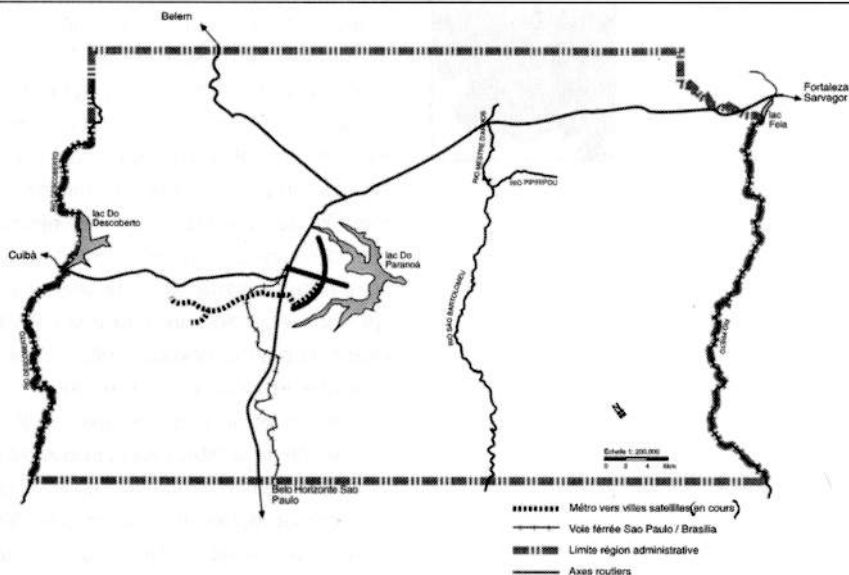
¿Es posible construir una ciudad sin calles, sin fachadas, sin plazas, sin parcelaciones ni otra forma de trazado? ¿Es posible hablar de vida urbana sin confundir animación urbana y agitación mercantil? ¿Es posible reconciliar ruralidad y urbanidad de modo distinto al de espacios verdes abstractos o el estallido urbano? ¿Es posible imaginar una ciudad más allá de nuestras señas, de nuestras costumbres, de nuestros conceptos, de todos los conceptos e historias particulares de oriente y occidente, del Norte y del Sur, sin reducir la utopía a un no-lugar? ¿Es posible convocar múltiples memorias para "inventar una ciudad"¹ en un lugar "virgen" en que las potencialidades no sean anuladas por la fascinación de la tabla rasa? ¿Es posible ser decidido y absolutamente moderno sin estar confundido por y con las teorías del urbanismo moderno? Urbs, urbano, urbanidad, civitas, ciudad, ... todas estas palabras ¿son todavía pertinentes para nombrar aquello que se aglomera, se dispersa, se destruye y se construye en nuestro planeta desde hace más de un siglo?

¿Qué visitante, turista, nuevo residente, investigador que llega a Brasília no se encuentra sumido en estas preguntas y algunas más? Este fue mi caso durante la primera y rápida estadía en octubre de 1993. Suelos y horizontes verdes profundos, cielo de tinta por la tarde al oeste, en esa lejanía próxima al eje monumental. Decidí volver para permanecer, habitar, dejarme habitar por las preguntas dejadas en suspenso. Julio y agosto del 95, el sol rojo ladrillo, hierba seca, cielo claro, brisa de este Planalto sin límites.

Por lo general en los pocos escritos sobre Brasília, incluidas las guías turísticas, se confirma y alimenta el rumor dominante: aburrimiento, vacío, muerte, abstracción, formalismo, racionalismo, monumentalismo, autoritarismo, favelas, "prueba del fracaso de

1. Costa Lucio, *Brasília, cidade que inventei*, frase manuscrita sobre la cubierta de la reedición del Relatorio do Plano Piloto de Brasília (reedición por el gobierno del distrito federal de Brasília en 1991, con traducción en inglés y francés).

Plano 1



la modernidad", que constituyen, desde hace una veintena de años, el repertorio casi obligado de epítetos que han empañado el entusiasmo fundador. Escucho y leo casi los mismos comentarios sobre la *Unite d'Habitation* (unidad de vivienda) Le Corbusier de Firminy, donde vivo desde hace 23 años, y sé demasiado bien que lo que se dice no guarda ninguna relación con la vida cotidiana de los habitantes. Es por esto que deseaba conocer Brasilia como antropólogo de terreno. Intentar hacerme parte del ritmo cotidiano de las labores, de los cambios, de los rituales de las diferentes generaciones y grupos sociales, sumergirme en la vida cotidiana a todas horas y todos los días de la semana, participar en los debates públicos sobre política territorial y urbana, desplazarme en los transportes públicos y sobre todo a pie. Combinando todo esto con cincuenta entrevistas con especialistas sobre el

tema y la lectura de la bibliografía local. En principio y de acuerdo al buen método, "definamos el objeto". ¿De qué hablamos cuando nos referimos a Brasilia?

¿Del distrito federal? Ese casi rectángulo de 100 x 50 km. de longitud (véase plano 1) situado a 1,000 km. del litoral, recortado en una inmensa meseta poco poblada de un país de 160 millones de habitantes, es un lugar que, en 1956, fue minuciosamente elegido para convertirse en el emplazamiento de la nueva capital. Este rectángulo cobija hoy a 2 millones de habitantes y participa del movimiento de redistribución regional y nacional de la población en el conjunto del territorio. Este era uno de los objetivos de la implantación de la nueva capital en relación a la ordenación del territorio, de los flujos económicos y los recursos de los transportes por carreteras, y también ferroviarios al momento de

su fundación (la línea Sao Paulo-Brasilia con una estación ferroviaria notable proyectada por el arquitecto L. Costa). Esta idea geopolítica muy voluntarista fue concebida dentro de la dinámica de "interiorización" deseada desde hace 200 años, e inscrita en la constitución de Brasil desde su independencia, y es una condición del desarrollo de la identidad brasileña. Tanto en el imaginario como en la decisión de realización, esta dimensión se confunde con el proyecto de civilización brasileño.

No es mi propósito desarrollar aquí la reflexión a esta escala del territorio, pero es importante no olvidar estas incidencias en todas las otras escalas, en tanto queda como causa primera y activa, si no principal.

Elegí estudiar el conjunto del Plan Piloto² de esta capital diseñada por L. Costa en marzo de 1957 (véase plano 2), inaugurada en abril de 1960, "revisitada" por él mismo en 1987 para hacer proposiciones complementarias; clasificada por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad el mismo año. Hoy tiene 350,000 habitantes de los 500,000 esperados, y se han construido dos tercios de los edificios previstos (instituciones del estado federal y del distrito, alojamientos, comercios, bancos, hospitales, estadios, escuelas, universidades, lugares de culto, cementerios, transportes y muy escasas industrias).

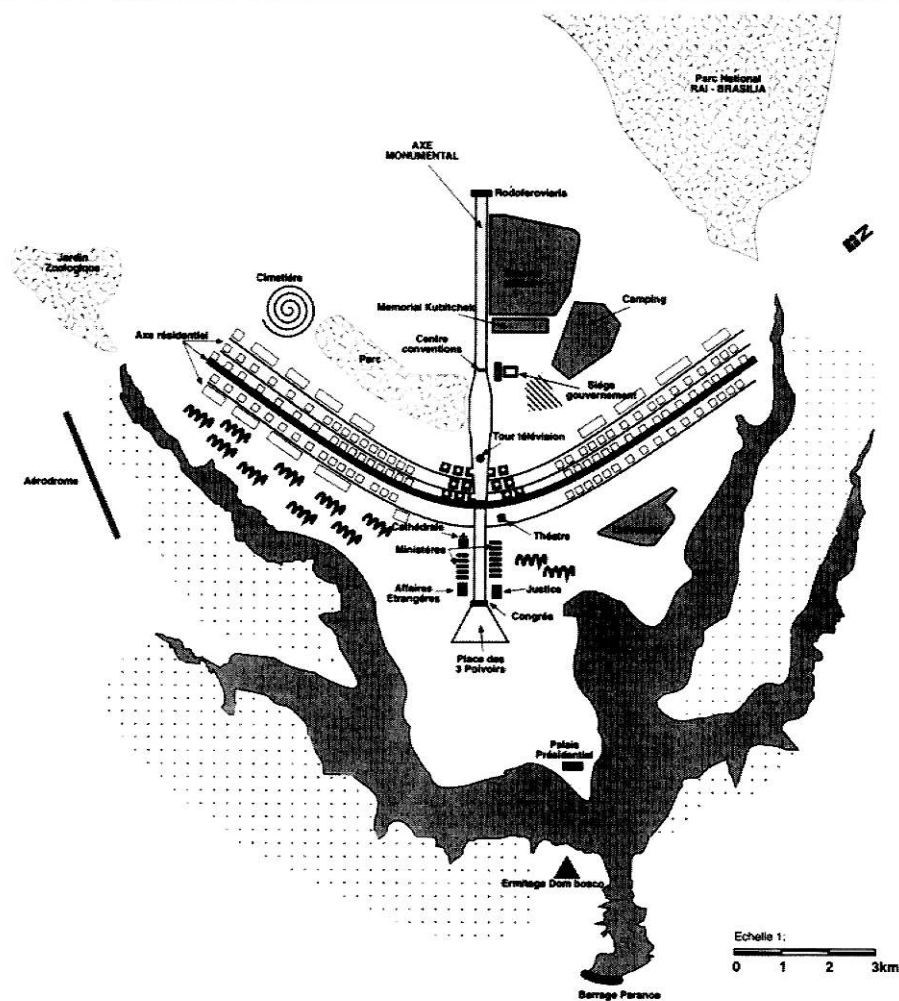
O bien nos reducimos a la Brasilia de las postales, la que han difundido las revistas y los libros de arquitectura, la plaza de los Tres Poderes y sus dos cuencos con cúpulas invertidas, el Palacio Presidencial de la Alvorada y sus "columnas que no tocan el suelo", la catedral cuya plasticidad y luminosidad encantan a los fotógrafos. Esta reducción de Brasilia a la belleza de las curvas arquitectónicas de Oscar Niemeyer conduce a menudo a confundir el nombre del arquitecto con el de Brasilia. Ciertamente, todo gran lugar merece sus emblemas y es sig-

nificativo que Brasilia los haya encontrado inmediatamente. Pero seamos aquí y en lo demás, respetuosos de la pluralidad de escalas, de la diversidad de morfologías, de las prácticas sociales, del habitar. La aglomeración urbana de París es a la vez y separadamente Sarcelles, Montreuil, Evry, Chantilly, Neuilly, l'Etoile, La Concorde, los muelles del Sena, el periférico y, Brasilia, asimismo, está compuesta hoy por:

- a. una ciudad dormitorio de casi un millón de habitantes que se extiende a lo largo de más de veinte kilómetros;
- b. una "urbanidad difusa" de "condominios" al estilo de Los Angeles, devoradora de una buena parte del territorio del distrito federal;
- c. residencias individuales de gama alta con jardines de 2,000 metros cuadrados al borde del lago;
- d. algunas favelas en las que viven poco más de 50,000 habitantes muy pobres, cuya incidencia sobre el suelo es casi nula a escala del distrito;
- e. el eje residencial del plan piloto, arco de casi doce kilómetros de largo y cuatro de ancho, construido al ritmo de "supercuadras" donde viven alrededor de 300,000 habitantes (una quinta parte aún no se ha construido);
- f. el eje monumental de una decena de kilómetros donde junto a los edificios políticos, administrativos y religiosos dignos de una capital, quedan emplazamientos vacíos, previstos principalmente para los edificios culturales en espera de financiamiento (Biblioteca, Archivo, Museo, etcétera);
- g. y, a otra escala de prácticas sociales, como no mencionar la curva de Calle-Foro-Universidad de

2. Cf. Costa Lucio, *Registro de una vivencia*, Editora empresa das artes, San Pablo, 1995, pág. 276 a 342. Estas 66 páginas reúnen los documentos indispensables para comprender las intenciones del urbanista; especialmente el texto poco conocido: *Brasilia revisitada*, 1987.

Plano 2



Echelle 1:
0 1 2 3km

LEGENDE:

-  Ambassades
-  Habitat individuel
-  Secteur banques et commerces
-  Secteur sportif

casi 800 metros con sus pórticos y sus cascadas de flores, el parque urbano trazado por Burle Marx con dimensiones que captan la inmensidad del lugar, o la serenidad del cementerio en espiral con su corola de hormigón que sirve como mercado de flores, o la diversidad de edificios de culto, a menudo llamativos, que hacen posible que en la guía turística oficial se lea: Brasília, capital espiritual del tercer milenio, y que incluye, en otros, el Templo de la Democracia (Memorial del Presidente Tancredo Neves, construido por O. Niemeyer en la Plaza de los Tres Poderes en el 87). Esta enumeración, aunque muy incompleta, querría solamente expresar la diversidad de vida que se ha ido construyendo desde hace 30 años, veinte de los cuales fueron de dictadura militar (1964-1985). Periodo que no permitió prolongar el acuerdo excepcional que hizo posible su fundación; acuerdo entre el poder político (J. Kubitschek), el urbanista (L. Costa), el arquitecto (O. Niemeyer), el ingeniero-administrador (I. Pinheiro).³

Después de estos 35 años de historia discontinua, la pregunta no es saber si Brasília es un fracaso o un "modelo", sino comprender cómo la intención profunda del proyecto inicial es capaz de acoger, acompañar, orientar, re-accionar a la pujante energía colectiva en todo el vigor y la complejidad contradictoria de un pueblo de 160 millones de habitantes, de los cuales la mitad tiene menos de veinte años y su nueva capital, ha cumplido ya treinta y cinco.

A la escala de la aglomeración: una morfología capitalista

La calidad excepcional de la voluntad política que presidió el lanzamiento del proyecto hizo posible

instituir la propiedad pública del territorio en el conjunto del distrito federal salvo, por supuesto, en algunas localidades preexistentes (Planaltina y Brazilândia); se concedieron atribuciones a los diferentes actores sociales e institucionales a través de una sola administración pública (la NOVACAP). Como la historia urbana de este último siglo lo muestra en abundancia, Brasília, capital de una sociedad capitalista particularmente salvaje, heredera de cuatro siglos de latifundios esclavistas, ha estado embargada desde los primeros años de su existencia por todas las contradicciones entre propiedad pública y privada. Hasta este día, en el Plan Piloto, la propiedad pública del suelo ha resistido bastante bien las diferentes presiones.

Dos graves excepciones sin embargo:

Una parte del territorio del eje residencial concedido a las instituciones públicas (Ministerios, Universidad) para la construcción de alojamientos de su personal, ha sido congelado con fines especulativos, lo que explica la no construcción de cerca de un quinto de las supercuadras, en particular en el ala norte y, en consecuencia, se presenta el desplazamiento de esta población e inversiones o bien hacia los bordes del lago, o hacia los condominios periféricos. Esta distorsión ha llevado a la privatización casi completa del contorno del lago por residencias o clubes privados, sustrayendo así al conjunto de la población de un hermoso recurso lúdico; desequilibrando la repartición hidráulica y provocando en parte la contaminación del lago, lo cual se está remediando con costosos trabajos públicos.

3. Silva, E., *Historia de Brasília*, Ed. Senado Federal de Brasília, 1985. Escrito por uno de los actores principales entre el momento de la decisión y la inauguración.

Los condominios periféricos, copropiedades estrictamente cerradas y provistas de sistemas de protección, resultado de muchas apropiaciones salvajes y de tráfico de influencias, desarrollan todos los inconvenientes de la forma de *habitat* privado y difuso: costos de las redes y equipamientos, e incoherencia en la proliferación.

En comparación con estas invasiones de lujo desencadenantes de despilfarros múltiples, las invasiones u ocupaciones populares son de escala y consecuencias reducidas, sin hablar de su mayor legitimidad social. Pongamos entonces en su justa medida el tópico "Brasilia y sus favelas", o el más caricaturesco aun, pero no menos frecuente de "monumentalidad y favelas". Poco más de 50 mil personas viven en favelas, la más importante está integrada por 10 mil habitantes —Cidade Estrutural— instalada sobre el depósito de basuras, en el límite del Plan Piloto del Parque Nacional y de una posible zona industrial, es actualmente el centro de una intensa polémica política en la que se oponen dos posiciones habituales en este tipo de situaciones: el desplazamiento forzado o la consolidación legalizada. Los argumentos de los industriales, de los ecologistas, de los higienistas, de partidos populistas o no, no se alinean sobre una cómoda discrepancia derecha-izquierda, sino todo lo contrario.

Sin embargo, para un número de habitantes —aproximadamente un millón—, el tipo de construcción

más importante corresponde a una densa distribución del terreno de mayoría popular, pero no exclusivamente, que se ha visto coaccionada a vivir fuera del Plan Piloto desde los primeros años de las obras; a lo largo de un eje Sur-Suroeste —según una urbanización de VRD (véase plano 3)— se desarrolla un tipo de frente popular, pionero desde Núcleo Bandeirante hasta Samambaia pasando por Taguatinga y Ceilandia.

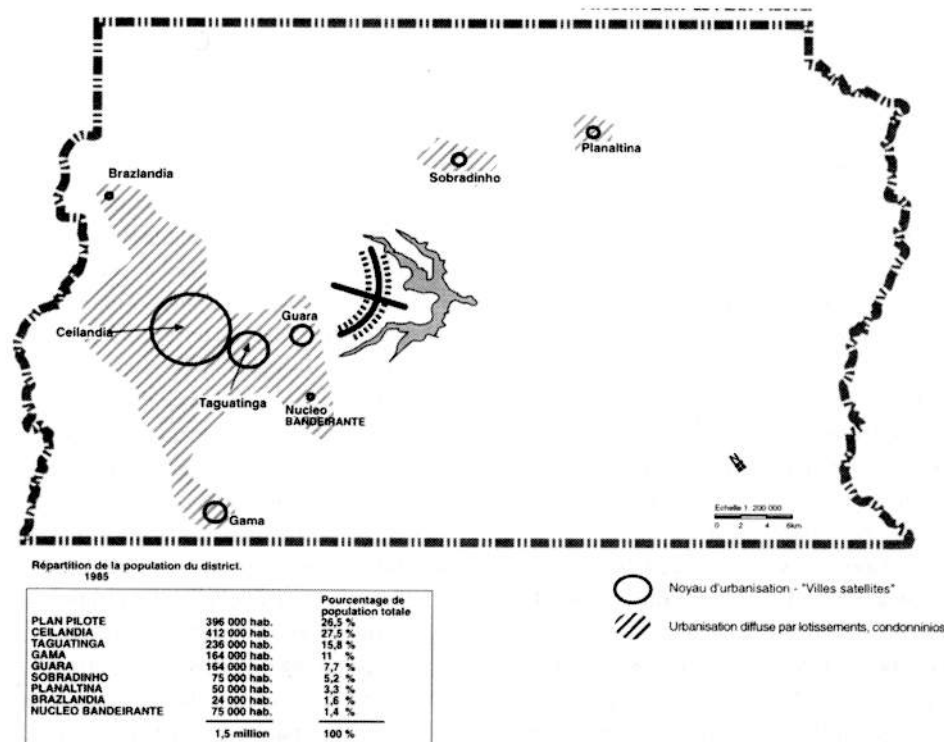
El Plan Piloto preveía una diversificación de alojamientos en términos de costo y, por tanto, de alquiler, lo que debía permitir una relativa diversificación social. Pero ni esta disposición inicial del proyecto de Lucio Costa, ni tampoco sus nuevas proposiciones de *habitat* popular de 1987, han sido respetadas, si no es aquí o allá a título de muestra no generalizada. Una gran parte de las investigaciones realizadas desde hace 15 años,⁴ se refieren a los fenómenos de diversificación morfológica de la aglomeración, analizados en términos de periferización espacial, segregación social, desigualdades de equipamientos públicos. Las constantes, a fin de cuentas indiscutibles, fuertemente apuntaladas estadísticamente a partir de un enfoque socio-económico, conducen en general —por parte de sus autores— a la condena inapelable del proyecto urbano inicial.

Como si el urbanismo estuviese encargado de resolver las desigualdades extremas de ingresos y de poderes de la sociedad brasileña que se manifiestan tanto en Brasilia como en otras partes. Paradójicamente, este sociologismo crítico unidimensional, focalizado casi exclusivamente en los fenómenos de empobrecimiento más que en aquellos de acumulación, implícitamente otorga al urbanismo un poder ordenador exorbitante que, por otro lado, reprocha vivamente al Plan Piloto.

Por tanto, una vez subrayadas a grandes trazos las contradicciones territoriales, especulativas, políti-

4. Ver principalmente: Fronteiras, C. Aubertin, Ed. UN-Brasilia-ORSTOM, 1987; *The two Brazilian capitals*, N. Evenston, Ed. Newhaven and London, 1973; *The modernist city, an anthropological critic of Brasilia*, J. Holston, Ed. University of Chicago Press, 1989; *Ideologia y realidad*, A. Paviani, et. al., Brasilia, Ed. Projeto Sao Paulo, 1985; *A gestao dos conflitos em Brasilia*, A. Paviani, et. al., Urbanizacao e Metropoloizacao, Ed. Universidade de Brasilia, 1988; "Brasilia, cité débordée", L. Nasciment, *Revue Urbanisme*, No. 276, Paris, 1994.

Plano 3



cas y sociales, a menudo tan escandalosas aquí como en cualquier país, queda uno sorprendido de la calidad de los logros y de las potencialidades del Plan Piloto que, lejos de ser una fortaleza preservada de estas contradicciones, se encuentra evidentemente en el corazón de ellas, y hasta este momento las absorbe bastante bien. Desearía exponer esta dialéctica entre la intención y la realidad actual del Plan Piloto, siguiendo paso a paso las cuatro escalas propuestas por Lucio Costa, ya que estas fundan la originalidad radical de Brasilia en su enunciado, y aún más en sus relaciones de interdependencia.

1. Escala residencial: sociabilidad de una "ciudad" construida sobre pilotes

Brasilia, en su parte residencial, es la única ciudad del mundo construida sobre pilotes. Esta experiencia singular merece en sí misma la mayor atención. No estar encerrados entre dos fachadas, que nuestros pasos no estén limitados a seguir el trazado de las calles, no estar obligados a una relación de frente o de lado altera nuestras percepciones, sensaciones, señas urbanas. En el sentido real y figurado estamos sin rumbo. Se nos regala la posibilidad de ele-

gir permanentemente un camino, y la libertad es exigente. Sin duda una metáfora, pues siempre existe un recorrido más propicio y agradable, aunque no necesariamente más corto, para ir de casa a la parada del bus, a la panadería, al colegio, al campo de fútbol, al terreno de juegos infantiles, o simplemente a la sombra del árbol más hermoso. Todo esto como una posibilidad para todos y todas. Una sorprendente variedad de opciones abiertas en todas direcciones, de acuerdo a nuestro humor, intención y compañía. Todo puesto a nuestro alcance y a la puerta. Después de unos días de esta práctica inédita se tiene una sensación asombrosa de libertad. De regreso a Europa el entramado de las calles, ortogonales o no, como el de la muy querida Barcelona, me ha parecido literalmente opresivo. El grado de las posibilidades abiertas en plena "ciudad", de golpe hace surgir el recuerdo de otros vastos paisajes sin barreras o propiedades privadas, estoy pensando en Larzac, en Castilla, en el altiplano andino. Apertura a la lontananza en lo urbano.

Esta liberación del suelo y el horizonte por los pilotes, queda muy sutilmente reforzada por el efecto de suave pendiente continuada del emplazamiento de Brasília, el cual nos sitúa permanentemente entre un alto y un bajo, sin esfuerzo, con una tensión ligera (300 metros de pendiente regular entre el memorial a J. Kubitschek —cota 1,300 metros— y el nivel del lago —cota 1,000 metros—). Esta pendiente poco pronunciada, pero más aún la orientación exacta del conjunto de la ciudad, y la justa posición mediana de las dos alas residenciales en su extensión curvada, producen la conciencia inmediata y global de nuestra situación en el conjunto arquitectónico. En efecto, la toponimia compuesta de iniciales y cifras solo resulta abstracta durante los dos o tres primeros días, rápidamente retenemos el lugar donde estamos, a dónde vamos en

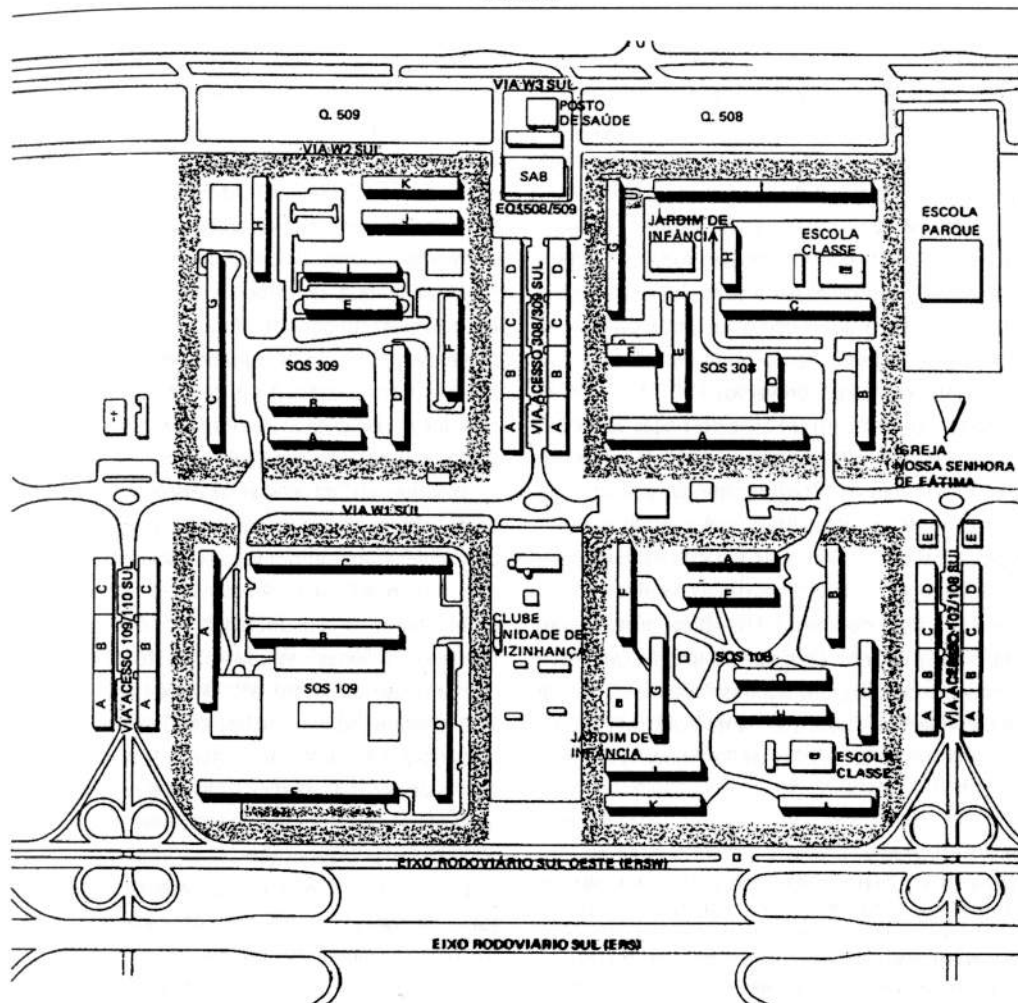
relación al lago, al poniente, al levante, al Sur o al Norte cuyas iniciales sirven de referencia toponímica (L= Lago; W= Oeste; S= Sur y N= Norte).

Al componer estas iniciales se designan tanto las supercuadras como las vías de transporte en su jerarquía. La numeración de 1 a 16 de las supercuadras permite completar su posición respecto al eje monumental. Esta "ciudad sin calles" que altera nuestras referencias es, al mismo tiempo, curiosamente memorable en su globalidad, como podría serlo un pueblo por las mismas razones: la inscripción del lugar donde nos encontramos en las coordenadas geográficas precisas, percibidas de inmediato gracias a la precisión del gesto urbano en el lugar y a su explicitación en la toponimia. Lo que en un primer momento se ha percibido como pérdida de referencia urbana, muy rápidamente se transforma en inclusión, pertenencia a orientaciones primordiales (esta experiencia personal difícil de describir se verifica por los gestos cotidianos de los lugares de encuentro e intercambios de direcciones).

La supercuadra (véase plano 4) es al mismo tiempo un lugar geográfico y más que nada el lugar de pertenencia a una sociabilidad intensa. El suelo liberado tiene numerosas utilidades posibles: para paseos, gimnasia, juegos de niños de todas las edades, presencia de animales, ejercicios de capoeira, encuentros amorosos, deportes colectivos, etcétera, ¡Brasília ofrece un campo de básquetbol o de fútbol junto a cada vivienda!

Recordemos que la supercuadra es un cuadrado de 300 metros de lado, en principio rodeado por una hilera de árboles y que contiene una decena de inmuebles de seis pisos construidos sobre pilotes, con una población de 2,500 habitantes. La altura de la construcción corresponde aproximadamente al crecimiento de los árboles en su madurez, como se puede observar en las supercuadras que

Plano 4



tienen una treintena de años (ala Sur). Brasília Plan Piloto se convierte poco a poco en una lujuriosa ciudad jardín como lo quiso su autor. La densidad de la edificación, como su escasa altura en relación con la vegetación, hace diferente inmediatamente las supercuadras de la Unidad habitacional de Le

Corbusier, aunque ambas están hechas sobre pilotes y devuelven a la ciudad "las condiciones de la naturaleza". Algunas fotografías aviesas y engañosas de las supercuadras evocan más bien una residencia de lujo cerca del hotel de Boulogne. No lo son, no únicamente porque el fútbol, el básquet-

bol, la vida social al pie de esos inmuebles de calidad son prácticas muy intensas, sino, sobre todo, porque la supercuadra pertenece a una unidad de vecindario.

En efecto, en el proyecto de Lucio Costa, la unidad de vecindario se compone de cuatro supercuadras;⁵ tiene una calle comercial llamada intercuarra y los equipamientos colectivos correspondientes a su población: unos 10,000 habitantes. Escuelas, centros de salud, centros sociales, lugares de culto y cines han de acompañar a todas las unidades de vecindario. Pero aquí, como en otras partes, las políticas de financiamiento no siempre han seguido las intenciones del proyecto.

Detengámonos en un aspecto pocas veces comentado del Plan Piloto. Esta ciudad sin calles posee, no obstante, "fragmentos de calles" muy animados. Sí, en estas calles intercuarra son numerosas, activas y vitales las terrazas de los cafés y restaurantes; y sí hay escaparates de tiendas de ropa, alimentos, electrodomésticos, electroacústicos, librerías, diarios, correos. De golpe el europeo cree reencontrar sus señales, sus hábitos "urbanos", lo que muestra de paso hasta qué punto nuestros criterios de "urbanidad de calle", y de "animación urbana"

con frecuencia no son otra cosa que la animación comercial.

Por lo tanto, incluso si se observa una cierta diferenciación de estas calles intercuarra, según el *standing* y la naturaleza de los comercios, están repartidas de acuerdo a una regularidad y a una dimensión que limitan el fenómeno de polarización funcional o económica bien conocida de los sectores mercantiles de la ciudad europea. En efecto, la distribución igual de estos "fragmentos de calles" en todo el eje residencial, asegura un policentrismo comercial que apoya la multifocalidad de las supercuadras. Esto cuestiona radicalmente, tanto a escala local como global, nuestras concepciones habituales de la centralidad.

Hay que decir que estas calles comerciales, desde el primer momento, tendieron a reconstruir la calle escaparate junto a los accesos en auto, aunque cada vez más se abren comercios y artesanados en el interior de las supercuadras, beneficiándose de sus condiciones naturales. De este modo se refuerza la osmosis entre la sociabilidad ligada a las supercuadras, ligada a su vez con la unidad de vecindario y el conjunto de la ciudad. Estas observaciones destacan la intención inicial que propuestas recientes de la política urbana desearían reforzar, no sin suscitar algunos temas que implican decisiones delicadas. ¿A quién pertenece el suelo de la supercuadra? ¿Es propiedad pública o del promotor con la servidumbre de los servicios públicos? ¿Cada inmueble de una supercuadra puede atribuirse una parte de ese suelo, no solamente para plantar flores o hacer huertas, sino también para marcarlo, es decir, cercarlo e incluso hacer un aparcamiento bajo los pilotes? Si un local de artesano o de comerciante, una terraza de restaurante se extiende hacia el interior, ¿quién lo autoriza y con qué limitaciones? Si una asociación de vecinos particu-

5. Aquí, una vez más, para evitar las frecuentes confusiones manejadas por los críticos apresurados del urbanismo moderno, subrayamos en este punto la gran diferencia de concepción entre Le Corbusier y Lucio Costa, que está lejos de ser únicamente semántica. Por el número de habitantes la unidad de vecindario de Le Corbusier corresponde a la supercuadra de Lucio Costa. Y la distribución de las prolongaciones de viviendas del primero corresponde a la unidad de vecindario del segundo, por lo menos cuatro veces más habitado. Por lo tanto, no se trata solo de un tema de la altura del edificio, y menos aún de respuestas diferentes a situaciones climáticas diferentes, sino de dos experiencias tan ricas la una como la otra, al trabajar los umbrales, la proximidad, el flujo de la sociabilidad. De igual modo el acuerdo respecto a los pilotes no lleva al mismo tratamiento de la "quinta fachada" y todos los desarrollos del techo-terrazza tan queridos por Le Corbusier.

larmente dinámica quiere construir un cenador, un espacio para juegos infantiles más o menos privado, ¿quién toma la decisión y cómo se establece el derecho de propiedad? Todas estas situaciones concretas observadas durante mi visita demuestran una abundancia de realización de los posibles que hasta ahora testimonian un respeto global por el carácter público del suelo, el cual permite un gran abanico de usos sociales del lugar. Los pocos abusos o infracciones por el momento están localizados y dan lugar a un debate público. Aquí como en la unidad de viviendas Le Corbusier donde vivo, se constatan cotidianamente todas las posibles realizaciones que facilita la propiedad pública o semipública del suelo o de las habitaciones y sus prolongaciones; pero al mismo tiempo, se observa hasta qué punto el derecho a la propiedad privada y sus derivados capitalistas son una fuente de dificultades o de cierre —en el sentido propio—, a la consecución de estas posibilidades.

Le Corbusier y Lucio Costa han ofrecido un urbanismo que propone diferentes umbrales de sociabilidad correspondientes a los diferentes niveles de propiedad y responsabilidad. Sumarnos a la construcción de un derecho urbano adecuado, capaz de superar el maniqueísmo propiedad privada-colectivización, es uno de los desafíos de la modernidad urbana concreta.

Numerosas son las unidades de vecindario que no se han beneficiado de todos los equipamientos públicos deseables, muchos se han desplazado al margen del eje residencial, a lo largo de las vías de comunicación L2 y W3; especialmente los lugares de culto y los establecimientos escolares. Su implantación, forma muy privatizada, perturba localmente la fluidez de los caminos y sobre todo se convierten en lugar de fuertes presiones especulativas. Los comercios y las oficinas se unen en este

proceso, lo cual confiere a estas vías de circulación un aspecto muy habitual al de las avenidas urbanas (especialmente la W3). El eje residencial presenta, en este momento, prácticas sociales de habitar muy diversas y proliferantes, bastante alejadas de cualquier supuesto funcionalismo. La sociabilidad activa y polifacética de cada supercuadra se afirma como un grado de pertenencia más real que el de la unidad de vecindario. Hay que señalar, pese al buen funcionamiento de las calles intracuadra, que la unidad de vecindario sufre por la realización incompleta de los equipamientos públicos y de una falta de identificación institucional de su gestión. Entre la asociación de habitantes de proximidad inmediata y la política urbana global, aquí como en otras partes, falta un grado de representación, de reconocimiento, de gestión.

La generosidad de los espacios compartidos, la intensidad y la calidad de las formas de sociabilidad diferenciadas, la rapidez de los transportes (15 minutos en autobús para atravesar el eje residencial), ofrece a los habitantes de las supercuadras la excepcional calidad liberadora de esta ciudad jardín sobre pilotes. El nivel de satisfacción experimentado por los niños y los jóvenes es testimonio del gran apego a este nuevo arte de vivir. En 1995, casi tres cuartos de la pequeña y mediana burguesía que vivía en el Plan Piloto votó por el Partido de los Trabajadores que lucha por una superación de la ideología capitalista; este voto aparentemente paradójico ¿podría interpretarse, en parte, como la expresión de una defensa a un modo de vivir y habitar?

2. Una monumentalidad ofrecida en participación

En relación con las dos alas de la curva residencial, que casan con una distancia respetuosa el borde

del lago, y están abiertas a toda la diversidad de imprevistos y encuentros de la vida cotidiana, el eje monumental (véase plano 5) aparece como una firme y larga incisión rectilínea, reforzada por su orientación Este-Oeste, o más precisamente, en dirección al punto más bajo, el lago, el levante, para desaparecer al poniente tras el punto más alto (memorial a J. Kubitscek). La monumentalidad de este eje no tiene relación con la dimensión de los edificios sino, con la forma en que están inscritos en la vastedad del lugar, subrayado por la amplitud de la vía que los une. A la inversa de lo que pueden hacer creer algunas fotografías centradas o encuadradas en estas obras, la plaza de los Tres Poderes, la Explanada de los Ministerios, la Catedral, están al servicio de los horizontes de la inmensidad del Planalto. Aparecen como señales discretas pero exactas, faros o balizas en este interior de las tierras donde a menudo se tiene un sentimiento oceánico por el hecho de estar expuestos en este punto con los trescientos sesenta grados del horizonte. "La estética de la fluidez",⁶ la extrema liviandad con la cual O. Niemayer posa delicadamente su arquitectura en el suelo, confieren a esta monumentalidad el inverso de la arrogancia del poder que se exhibe y se anuncia, pues emana una dignidad noble, según las palabras tan queridas para Lucio Costa. Esta monumentalidad es y nos invita desde el primer momento a ser tes-

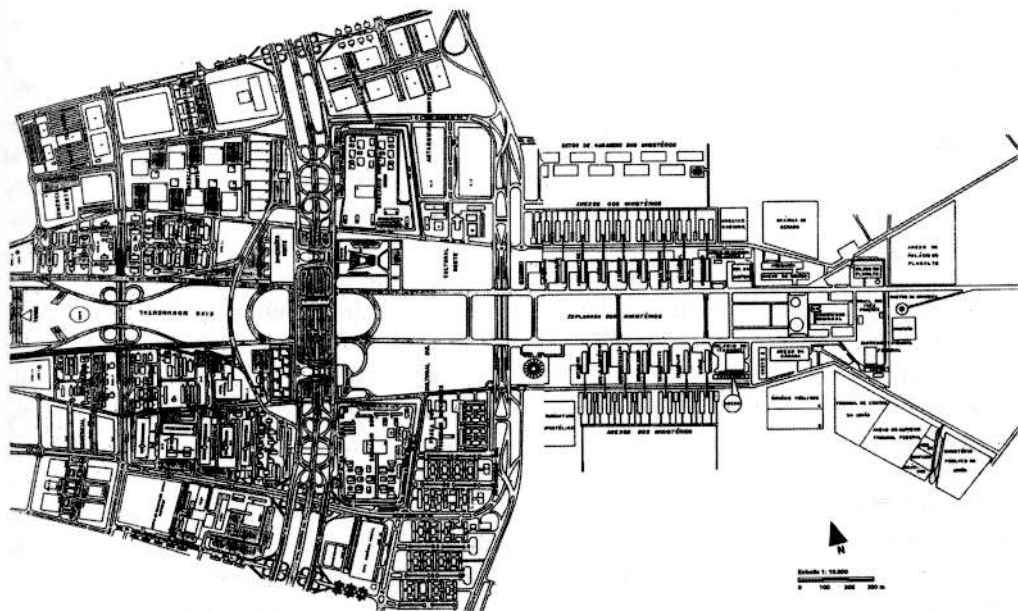
tigos del lugar, abiertos y sensibles a todas las vibraciones. ¿Existe otra capital que se haya atrevido a edificar esos lugares de responsabilidad y de poderes políticos y religiosos de un modo tan alejado de toda ostentación, representación, teatralización, y que por el contrario, literalmente se bañen en la belleza del cosmos, poniéndose más bien al servicio de ésta.

Gnomones del cosmos, estas arquitectura son también lugares propuestos al ejercicio siempre inacabado de la democracia, sabiendo, no obstante, que somos ciudadanos del universo o del mundo antes de serlo de un país o de un pueblo en particular. Ecumenismo en el sentido más radical, parece ser la idea fundadora y el proyecto de la civilización brasileña, de la cual Brasilia sería la primera obra manifiesta. ¿Hemos subrayado suficientemente que ni la catedral, ni la plaza de los Tres Poderes ocupan el centro? ¿Existe por lo demás un centro? Estamos de nuevo ante la pérdida de nuestras señales y costumbres de ciudadanos europeos. Laicos o no, nos hemos construido un imaginario urbano en que, desde la población feudal hasta la ciudad burguesa, los castillos, las iglesias, las catedrales, los ayuntamientos, los consistorios, sirven para ubicar centralidad urbana. La literalidad de la catedral de Brasilia, el estricto igualitarismo de los ministerios (salvo los de justicia y asuntos exteriores), la equilateralidad de la plaza de los Tres Poderes, la accesibilidad de todos (sin murallas, cierre, cercado), y la plataforma que permite al pueblo dominarlos a todos; nunca la monumentalidad se ha ofrecido de esta forma para compartir. Como si la composición revolucionaria de estos lugares intentase dar respuesta al desafío contenido en la exclamación de F. L. Wrights: "jamás se ha construido para la democracia".⁷ Evidentemente sería tan necio deducir que esta arquitectura produce

6. Tomamos prestada esta expresión del título del hermoso trabajo de Gilbert Luigi, O. Niemayer. *Une esthétique de la fluidité*, Ed. Parenthèses, Marsella, 1987. Del mismo autor, *Brasilia, une métaphore de liberté*, vi coloquio Francia-Brasil, 1995, Facultad de Arquitectura de Río de Janeiro, texto disponible en la escuela de Arquitectura de Saint-Etienne.

7. Expresión citada en el libro con excelente información de A. Espejo, *Rationalité et formes d'occupation del l'espace, le projet de Brasilia*, Ed. Anthropos, 1984.

Plano 5



democracia, como decir que nuestro Palacio de Justicia o Parlamento con frontón y columnatas romanas trae consigo el despotismo. La escala monumental, aún más que la escala residencial, ignora la puesta en escena o el enclaustramiento dentro de un espacio cualquiera que recuerde el Ágora o el Foro, teatro de intercambios con justas retóricas de actores y espectadores, transeúntes y mirones. Todo se da simultáneo y desde todos los horizontes, en la medida del vacío en que nos bañamos. Hasta la modernidad, esta noción que ha sido conjurada y exorcizada por la filosofía europea y por su arquitectura, en Brasilia se hace primordial. Por lo demás en la escansión del eje monumental con cuatro terrazas o escalonamientos, Lucio Costa se

refiere explícitamente a la tradición china tan presente a lo vacío. Sin duda también se puede comprender la liviandad fluida del hormigón en la arquitectura de O. Niemayer, como una danza con el vacío.

Vacío activo como el de la masa y la cavidad de la ola en movimiento. Las olas de las manifestaciones públicas que se despliegan arriba, abajo, en esta plaza de los Tres Poderes. Se puede imaginar lo que ocurrirá el día en que la demografía de Brasil alcance la medida de su territorio y sus recursos (y también cuando el transporte de viajeros por ferrocarril a Brasilia deje de estar "suspendido" a causa de la competencia ruinosa de los transportes por carretera).

Esta presencia del vacío activo puede sorprender, acaso violentar o perturbar al visitante. Pongámonos en guardia, sin embargo, para no confundir este gesto de sobrepasar el antropocentrismo con las flaquezas unidas a la no conclusión del proyecto. No conclusión particularmente evidente y lamentable de los lugares culturales previstos en el eje monumental entre el teatro y los ministerios (lado norte del eje), estas carencias sintomáticas de algunas elecciones económicas y políticas del país afectan gravemente la intención del urbanista y aún más la intensidad de la vida colectiva de la capital; consecuencia de esta carencia: la falta de cuidado hacia los arreglos paisajísticos y de vegetación reclamados con insistencia por Lucio Costa, pero que hasta ahora no se han llevado a cabo en el eje monumental.

Sobre este eje monumental el gran paseo de la democracia que va desde la Torre de la Televisión al Templo de la Democracia, solo balbucea, como lo demuestra la vida festiva de los fines de semana en las cercanías del mercado de artesanías, la consolidación de las barracas de un mercado que no acaba de ser provisorio, cerca de la Rodoviaria, los bodegones precarios que se instalan al costado de los ministerios y los vendedores ambulantes en la plaza de los Tres Poderes.

3. ¿Cruces, intercambio, centralidad?

Al evocar este recorrido Este/Oeste, actualmente muy puntuado, literalmente tocamos el punto crucial del Plan Piloto. Este lugar de cruce (véase plano 5) del eje residencial y del eje monumental corresponde al primer gesto diseñado y al primer terrazamiento. Lucio Costa lo ha definido a la vez como lugar de cruce de los flujos principales de transporte —individuales y colectivos—, y como

lugar de articulación de las escalas monumental y residencial para conformar la tercera escala, llamada "gregaria" (o de intercambio). Los transportes, los intercambios comerciales, el ocio y poco a poco el sector de negocios, los bancos, ciertas instituciones nacionales y los grandes hoteles; la proposición inicial pretendía reunir el paseo, el intercambio, la centralidad comercial y el nudo de transportes, todo esto en una dimensión compatible con las demás escalas. Lucio Costa cuidó de proyectar personalmente este amplio nudo de transportes en varios niveles, al mismo tiempo estación terminal de autobuses y *dallepont* sobre el cual se han instalado dos centros de intercambios y ocio de cinco pisos y cuyas fachadas sirven de soporte publicitario autorizado.

Este lugar, llamado comúnmente la Rodoviaria, ha sido objeto de las polémicas más encendidas. Resumiremos brevemente las posturas.

a) En las condiciones actuales, el transporte individual se desarrolla de acuerdo al estallido de aglomeración causada por la urbanización difusa de los condominios, las residencias individuales; la intersección prevista no puede absorber el flujo de vehículos durante las horas punta. Pese al sobredimensionamiento de las vías principales de acceso y la multiplicidad de los intercambiadores, los embotellamientos, el ruido y los gases, invaden el ambiente. Se multiplican los proyectos de aparcamientos subterráneos y en altura. Se ha desencadenado la espiral de la destrucción urbana por el automóvil. No obstante Lucio Costa esperaba "domesticar" a los coches con un sobre dimensionamiento de los ejes y una multiplicación de los flujos que plantean graves y peligrosas dificultades a los peatones, y que no resuelven los problemas del transporte. Pese a todas las precauciones, Brasilia

hubo de constatar lo que nosotros sabemos demasiado bien: la prioridad del transporte individual y la urbanidad no son compatibles. La estación central de autobuses encargada de absorber los flujos pendulares de las ciudades dormitorio está también saturada por contaminaciones múltiples debido al modo de transporte elegido (autobús). El metro, en construcción, es muy caro y aquí como en otras partes solo trasladará las dificultades. La facilidad topográfica, el ordenamiento general del plan urbano, la gran disponibilidad ofrecida por la longitud de las vías, todo invita a una solución rápida con una combinación de transportes colectivos, taxis colectivos de dimensiones diferentes, los tranvías y las bicicletas pueden jugar un papel fundamental. Resulta grato verificar que desde hace algunos años, los domingos por la mañana, el eje viario Norte/Sur está cerrado al tráfico rodado, para gran alegría de los ciclistas, los que pasean a pie, o se desplazan en *skatehoerds*, quienes encuentran la vía libre de una gran comodidad.

b) Las dificultades del transporte podrán resolverse a bajo costo durante los próximos años. Mucho más delicada es la cuestión de la centralidad planteada por los diferentes actores sociales (responsables actuantes de la política urbana, la cámara de comercio, los partidos políticos, los arquitectos, los investigadores). Se habla de un proyecto de concurso, circulan diferentes propuestas, a menudo la prensa hace eco de esta importante polémica. Anotemos que en un texto de 1987, el propio Lucio Costa reconoce que la vida ha sido más poderosa, que se equivocaba en ese punto. Los sectores comerciales y de ocio colindantes con la Rodoviaria habían sido previstos para un centro cosmopolita de nivel alto, vinculado a los grandes hoteles y a los sectores administrativos y financiero, cercanos. Pero

han sido las mayorías populares quienes se han apoderado de la Rodoviaria, debido, por una parte, al desarrollo anticipado y acelerado de las ciudades satélites.

No cuesta verificarlo ante la numerosa presencia de vendedores ambulantes; en las colas que esperan autobuses, en el tipo de consumo en los tenderetes y en los habitantes nocturnos del lugar. Aquellos que fueron empujados a la periferia por los mecanismos especulativos, vuelven al centro para trabajar y ganarse la vida. La densa vida popular que se instala poco a poco en la bella corriente central entre la Torre de Televisión y la Rodoviaria, o entre el inmueble de Conic Sud y la zona hotelera, invita a algunas decisiones arquitectónicas como continuación de lo ya existente. Otros intereses empujan a la apertura de centros comerciales fuera del plano, del tipo *Trade Center*, articulados con baterías de aparcamientos y el metro. Añadiremos que a unos cientos de metros de la Rodoviaria, desde la época de la dictadura militar, se han multiplicado los centros administrativos y financieros, los hoteles del más puro estilo internacional, más odiosos aun en Brasilia que en cualquier otro centro de negocios. Y si Brasilia llega a ser la capital del Mercosur, como se dice tan más a menudo, esta tendencia podría agravarse rápidamente. La contradicción entre centro de negocios y centralidad comercial, inducida por una parte, y las prácticas populares de la ciudad, por la otra, nos lleva a posturas sociales, políticas, sociológicas, financieras, que ya conocemos bien en Europa. El policentrismo constitutivo de Brasilia ofrece, sin embargo, grandes posibilidades de elecciones matizadas capaces de superar el dualismo centro/periferia. Como complemento a una centralidad de negocios reforzada y en la misma lógica, se habla del proyecto de "llenar el vacío" entre la plaza de los Tres Poderes

y el lago (proyecto ORLA). Se trata de proponer marinas, restaurantes, hoteles, lugares de ocio y reposo que correspondan a las costumbres de los ejecutivos internacionales que se espera sean cada vez más numerosos en esta capital en que no se había previsto esta dimensión del turismo internacional.

4. La intrusión de lo cósmico en la urbanidad

Esta prueba ambigua de éxito pone directamente en cuestión la cuarta escala, la escala que Lucio Costa denominaba "bucólica". El término cubre varios aspectos.

Bucólica la presencia del lago y el paseo que propone, presencia refrescante, serena, sobre este llano a veces seco, árido, de vegetación irregular.

Bucólico el lago percibido en transparencia a través de los pilotes o la vegetación frondosa que cubre las supercuadras.

Bucólico el vasto parque público excelentemente diseñado por el paisajista Burle Marx.

Bucólica el área de palmas imperiales, llamado lugar Le Corbusier, en que la impecable plantación no tardara en jugar con la explanada del Congreso y la plaza de los Tres Poderes.

Bucólica esta capital "derramada", extendida al horizonte, en las sutiles inclinaciones y concavidades de donde parten las aguas de las principales cuencas hidráulicas del país.

Bucólica la apertura a los trescientos sesenta grados de horizonte, que son los ejes fundadores de la capital, trazados con gran justeza.

Bucólica o cósmica esta "ciudad" tan suavemente posada en la tierra que nos devuelve la totalidad de la cúpula celeste.

Y este ovoide de nervazones en espiral de revestimiento a la vista, tan bien trabajado, que reposa cerca de la catedral como una cabeza de recién nacido de Brancusi ¿es un aerolito o un fósil moldeado por la confluencia de las aguas, del cielo y el llano, o más bien, guijarro dejado allí por una edad geológica lejana, en ese lugar donde nuestro mar es el cielo? (Se trata en efecto del baptisterio de la catedral o, como en otras obras de Niemayer, parece que esa fuese la energética sonora que haya construido el diseño de las curvas).

Sí, la presencia tan intensa de este vacío cósmico en que esta "ciudad" nos abre a todos los horizontes, es sin duda la escala, la medida constitutiva primordial de esta urbanidad inédita, comparable solamente con algunos lugares megalíticos, con un Machu Pichu, o algún templo taoísta entre cielo y tierra. Pero esta medida no está reservada para un templo u oratorio, pues se prodiga y está activa en toda la ciudad. Es la medida de la ciudad.⁸ Esta extrema democratización de lo sagrado (de una sacralidad cósmica) desplaza el tema de la centralidad al punto en que el vacío se convierte en este centro ausente/activo, durante tanto tiempo conjurado y obturado en las ciudades europeas. Durante siglos estas ciudades han sido la respuesta al miedo, al bosque, a la naturaleza, a los animales feroces, a los invasores; son ciudades acurrucadas al abrigo del castillo, la iglesia, el ayuntamiento, que se han encerrado en cinturones sucesivos de murallas, produciendo esa urbanización de calles, de redes, de intercambio. Estas ciudades sirven como morada para abrigarse, protegerse, defenderse. Para abrirlas será necesario la liberación de las energías científicas, técnicas y humanas de la modernidad.

8. C. J. Quéiroz, *Paisagem poderosa e presteia*, Universidade de Brasília, 1991. Del mismo autor, ver su contribución al V Coloquio Francia-Brasil, *Brasília, prégnance du paysage*, Presses Universitaires de Lyons, 1996. En el mismo volumen ver también J. L. Herbert, *Architecturer l'écologie, écologiser l'architecture*; artículo que pretende inscribir esta temática en una continuidad: I. Cerda, Le Corbusier, Lucio Costa.

Fue necesaria toda la confianza lúcida de Lucio Costa enunciada en sus textos sobre un humanismo científico y tecnológico,⁹ toda la "sencillez" del hormigón ligero, ondulante de O. Niemayer, toda la audacia de la decisión tomada por J. Kubitschek, para edificar esta experiencia de la urbanidad moderna. Una de las rarísimas experiencia en nuestro siglo que se ha arriesgado a crear otro paradigma del habitar, en resonancia con la metamorfosis civilitoria que atravesamos desde hace 150 años.

Ciertamente Brasilia es signo de la sociología urbana y como todo proyecto urbano siempre en movimiento, hace manifiestas las relaciones sociales y las contradicciones de la sociedad global. He

subrayado las que me parecían más graves y más urgentes. Pero Brasilia, obra humana excepcionalmente voluntarista, colectiva y juvenil, contiene numerosos posibles que no se pueden reducir al análisis social. Como lo expresara Andre Malreaux magníficamente en su discurso pronunciado en Brasilia el 25 de octubre de 1959, antes incluso de la inauguración de la capital: "es la primera capital de la nueva civilización que esta elaborándose [...] y que hace de nosotros los herederos de toda la tierra".

Las construcciones de Brasilia en general no tienen una quinta fachada, ¿será acaso porque Brasilia podría convertirse en la quinta fachada de Brasil?

9. Ver en L. Costa, *Registro de uma vivencia*, op. cit., pág. 392-304, los artículos: O Novo, *Humanismo Científico e Tecnológico*; Museu de Ciência e Tecnologia; Desenvolvimento científico e tecnológico como parte da natureza. Teoria das Resultantes convergentes.



La relación centro-periferia en la producción

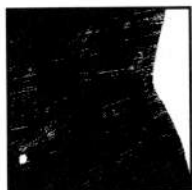


del espacio urbano contemporáneo.

*El caso de Francia**

François Tomas

Escuela de Arquitectura de Saint-Etienne, Francia



Si bien es cierto que han transcurrido poco menos de veinte años desde que la dualidad centro-periferia se convirtió en una de las problemáticas a partir de la cual los estudiosos de las ciencias humanas se esforzarían en comprender mejor el funcionamiento y la evolución socio-espacial de las ciudades francesas, no es menos cierto que, desde hace algunos decenios, las circunstancias bajo las cuales evolucionaron los centros-ciudades determinaron las condiciones de las periferias, y a la inversa. No obstante, para que comenzáramos a tomar conciencia de esto, fue necesario, en primer lugar, que el centro-ciudad fuese identificado como tal, lo cual no se produjo sino a partir de la década de 1930, como consecuencia de los trabajos de la Escuela de Chicago.

De acuerdo con una definición propuesta en 1972 por J. Beaujeu-Garnier, "el concepto de centro-ciudad tiene un significado espacial, histórico, funcional y sociológico",¹ y como señala C. Chaline, esta confusión del centro-ciudad con lo que constituye la centralidad urbana resultaría de un largo proceso —iniciado en el contexto de la Revolución Industrial del siglo xix— de especialización y concentración selectiva de las actividades terciarias, al mismo tiempo que de un replegamiento de las residencias y de las actividades productivas hacia las periferias.² Sin embargo, en Francia, esta individualización del centro-ciudad no se toma realmente en cuenta en los manuales de geografía,³ sino hasta el momento en que dicho proceso parece alcanzar su apogeo. Se trata, por lo demás, de un momento crucial y paradójico. Por una parte, E.A. Gutkind deplora que el centro-ciudad no describa otra cosa que el poder del dinero, y que haya perdido los valores simbólicos vinculados con lo religioso, lo político y lo cultural que le caracterizaban antaño.⁴ Por otra parte, es innegable que los ana-

* Traducción de Arturo Aparicio del original en francés.

1. "Le centre des villes a-t-il encore un avenir?", en *Annales de Géographie*, 1972, pp. 494-496.

2. C. Chaline, *La dynamique urbaine*, PUF, PARIS, 1980, 206 pp.

3. No figura, por ejemplo, en la obra de Georges Chabot, *Les villes*, publicada por A. Colin en 1948, y en cuyas ediciones ulteriores se encuentra igualmente ausente. Las diferencias espaciales aparecieron en 1961 en el *Précis de géographie urbaine*, de Pierre George, aun cuando allí el centro-ciudad se define como un núcleo.

4. E.A. Gutkind, *Le crépuscule des villes*, Stock, París, 1966.

cronismos en que incurren frecuentemente urbanistas y militantes sociales se debe a su inadaptación a las condiciones del mundo moderno.

Ciertamente, los años cincuenta en Francia correspondieron a la crisis de la vivienda caracterizada por el deterioro y la sobrepoblación de los barrios antiguos; pero fue también durante esos años que se tornaron insoportables los embotellamientos de automóviles que asfixian al centro-ciudad, la cual perdió la capacidad de absorber el crecimiento pleno de las actividades terciarias. Existen muchos otros problemas que nos permiten entender porqué fue en este preciso momento que el urbanismo funcionalista se convirtió en la doctrina oficial de todos los ministros de construcción, desde Eugène Claudius Petit a Pierre Sudreau. Trátase, pues, de una conversión cargada de consecuencias en la medida en que este urbanismo condenaba, apoyándose en los principios de la Carta de Atenas, la ciudad tradicional heredada por la historia.

En todo caso, fue a partir de los años cincuenta que la dualidad centro-periferia se transformó en una problemática eminentemente urbana, a cuya luz pueden comprenderse evoluciones a la vez contradictorias y complementarias de las diferentes partes de que se compone la ciudad. A su vez, estas evoluciones habrían de conocer profundas modificaciones en una y otra parte de esta línea divisoria, la cual se definiría hacia mediados de la década de 1970.

I) Un modelo global de funcionamiento de la ciudad (1951-1973)

Un periodo de crecimiento y urbanización

Para caracterizar el periodo que se extiende desde el fin de la Segunda Guerra Mundial a la crisis económica de 1974, y que marcó el principio de una verdadera mutación de las sociedades europeas, debemos recurrir a la expresión los Treinta Gloriosos, misma que se acuñó e impuso en el habla cotidiana desde hace algunos años. En el ámbito que nos interesa más particularmente aquí, en el caso de Francia, fue con la creación del llamado sector industrial, a principios de los años cincuenta, que se generó una violenta transformación de los paisajes urbanos. Este movimiento habría de seguir una misma línea general hasta 1973: primero, cuando el ministro Olivier Guichard decidió prohibir, a través de una simple circular fechada al 21 de mayo de 1973, la construcción de grandes complejos habitacionales; posteriormente, la crisis económica de 1974, la cual afectó en primer lugar al sector inmobiliario, vendría a interrumpir la edificación de grandes conjuntos, cuya construcción se había iniciado antes de que sobreviniera dicha crisis.

Así pues, estos acontecimientos se verificaron en un periodo de apenas dos decenios, pero también intervinieron allí fenómenos de crecimiento que habrían de modificar radicalmente el lugar de las ciudades en la vida social, al igual que su estructura y sus paisajes. En principio, este periodo correspondió a la urbanización de la sociedad francesa. Para convencernos de ello, bastará con recordar los datos de los censos: mientras que en 1946 la población urbana no representaba más que un poco más de la mitad (53,2%) de la población total, nivel que había alcanzado desde los años treinta, tal proporción aumentó a casi tres cuartas partes (73.02%) según el censo de 1975.⁵

5. Se considera urbana la proporción poblacional aglomerada en localidades de más de 2,000 personas. La población urbana aumentó de 21,550,000 en 1946 (21,972,000 en 1936; 15,957,000 en 1901) a 38,403,000 en 1975.

Nuevas formas de ordenamiento y gestión

Este intempestivo crecimiento de la urbanización coincidió con la adopción, por parte de los poderes públicos, del urbanismo y del control territorial, postulados ambos como ciencias del espacio. Este proceso se inició desde la época de la Cuarta República, aunque fue bajo la república siguiente, entre 1958 y 1967 sobre todo, que diversos decretos y legislaciones se encargarían, en cierto modo, de oficializar dicha adopción. Es desde entonces, en un contexto cultural inclinado a sobrevalorar todo aquello que se presenta como moderno, o simplemente "nuevo", que prevalecen la asignación de zonas y los modelos de ordenamiento espacial.

Este triunfo habría de asegurarse en todas las escalas. Con respecto a los planos de ocupación de suelos (pos), al 1/2,000, se distinguen allí no solamente las funciones (zona industrial, zona comercial, zona habitacional, etcétera), sino su especificidad y densidad: un centro rector, concebido según el modelo norteamericano del *central business district* (cbo) se diferencia de una simple zac (zona de ordenamiento concertado) de renovación urbana en la misma medida que la distribución de lotes para casas individuales en función del coeficiente de ocupación del suelo (cos) autorizado. Al nivel de las concentraciones poblacionales, los esquemas rectores de ordenamiento y urbanismo (sdaü) definen predominantemente al 1/50,000 las grandes infraestructuras, junto con los cinturones verdes inconstructibles y las ciudades nuevas. En la escala nacional, en fin, los planes Quinto y Sexto (1966-1975) se inspiran en el modelo cristaleriano (o teoría de los lugares centrales) para definir las llamadas políticas de equilibrio metropolitano y, posteriormente, de las ciudades medias.

Esta planificación con pretensiones de globalidad ha propiciado que los dirigentes políticos tomen conciencia en torno a lo inadecuado de unos

límites administrativos demasiado estrechos como para adaptarse al crecimiento urbano.⁶ Se pensó que este problema podía regularse, como en el periodo del Segundo Imperio, mediante la fusión de municipios integrados en una población, pero la ley Marcellin de 1971 se limitó a recomendar el proceso, el cual no atrajo más que el apoyo de un poco más de 2,000 consejos municipales. Se optó entonces por dirigir los esfuerzos a la cooperación intermunicipal, ya fuera reactivando una antigua ley (la cual databa del 22 de marzo de 1890) que permitía crear agrupaciones intermunicipales para abordar uno o varios problemas comunes (abastecimiento de aguas, saneamiento, recolección de basura, transportes públicos, incendios, educación, ordenamiento de espacios particulares, etcétera), ya fuera proponiendo fórmulas adecuadas a la situación provocada por la urbanización. Tal fue el caso de los distritos urbanos y, a partir de 1967, de las comunidades urbanas que el gobierno impuso a algunas metrópolis. En ambos tipos de reagrupamientos, los municipios subsistieron con sus consejos y sus ayuntamientos, pero la gestión de ciertos servicios y equipos que interesaban al conjunto fue transferida a un consejo distrital, o bien, a un organismo público de población. En 1975 funcionaban en Francia 1,738 agrupaciones intercomunitarias de vocación múltiple (sivom por sus siglas en francés) en las que se asociaban 16,940 municipios, 148 distritos con reagrupamientos de 1,269 municipios y nueve comunidades urbanas con 251 municipios.⁷

6. Con una división del territorio francés en un poco más de 36,000 municipios, este cálculo arroja una superficie media ambiental de casi 15 km². Así, las ciudades se extienden sobre varias decenas y hasta centenares de kilómetros cuadrados.

7. Philippe Pinchemel, *La France*, A. Colin, París, edición de 1980, tomo 1, pp. 215-216.

El hecho de que la población media de los municipios afectados sea de 1,145; 3,625 y 16,730, respectivamente, indica claramente que las *sivom* constituyen la regla en el mundo rural, y que la organización distrital interesa, sobre todo, a las ciudades medias (del orden de los 31,000 habitantes por distrito), mientras que las comunidades urbanas se reservan a las grandes ciudades (con una población media de 467,000 habitantes).

Más allá de tales diferencias, lo que expresa esta evolución es una visión del espacio cada vez más global, lo que explica la puesta en marcha de las políticas y procedimientos urbanistas. Cuando, a partir de 1966, el gobierno comenzó a instituir las grandes Organizaciones de Estudios de Área Metropolitanos (OREAM, por sus siglas en francés) para las grandes poblaciones y, al poco tiempo, cuando la ley de orientación inmobiliaria del 31 de diciembre de 1967 oficializó las agencias de urbanismo como paso preliminar para la creación de los SDAU, no se hizo más que confirmar una situación evidente para cualquiera que observa con un poco de atención. En efecto, en las operaciones públicas de urbanismo y de movilidad a que dieron origen, presentan entre sí una notable complementariedad, aun cuando hayan transformado de forma muy diferente los paisajes urbanos.

Para empezar, el desarrollo de las periferias

La brutal imposición de la urbanización transformó en principio las periferias de las ciudades. Los suburbios de antaño, los cuales se desarrollaban con mayor o menor rapidez en la proximidad de los muelles o de las fábricas, o a lo largo de las vías de acceso a la ciudad a semejanza de algunos fraccionamientos y ciudades-jardín del periodo de entreguerras, fueron sustituidos por grandes conjuntos habitacionales. Tal denominación designa unidades

de al menos mil viviendas en inmuebles colectivos concebidos y realizados en una sola operación y muy semejantes entre sí en los aspectos más esenciales, cuando no se trata exclusivamente de complejos de interés social. De 1951 a 1973 se llevaron a cabo algo más de 300 operaciones de este tipo, las cuales significaron la construcción de 1,200,000 viviendas para una décima parte de la población francesa. Estos grandes complejos aglutinaban, sobre todo, viviendas de interés social, y tenían como fin primordial acoger a familias de origen rural; sin embargo, se les concibió como solución al problema que planteaba la crisis habitacional. Si uno de los primeros complejos, el de Beaulieu Le Rond-Point en Saint-Etienne, comprende 550 viviendas del tipo 2 y 583 del tipo 3 por solamente 87 viviendas del tipo 1, 35 del tipo 4 y 7 del tipo 5, ello se debió a que dicho complejo se había reservado a lo que entonces se consideraba como el modelo de la familia francesa: una pareja con uno o dos hijos. Con respecto a los solteros o a las parejas sin hijos (a los cuales se les asignó las viviendas del tipo 1), junto con las parejas con tres a cinco hijos (las cuales recibieron las viviendas de tipo 4 y 5), no se recibió más que a una cantidad ínfima. Por otra parte, bajo la presión de la demanda de viviendas, la HLM (desde 1950, Habitación Económica, o HEM *Habitation à bon marché* se convirtió en habitación de renta módica, HLM *habitation à loyer modéré*) no desempeñó sino parcialmente el papel social que le había sido asignado. En el mencionado complejo de Beaulieu Le Rond-Point, que en este sentido como en el precedente, es representativo de una situación general, una encuesta realizada en 1958 reveló que el 10.5% de sus 1,262 viviendas habían sido ocupadas por familias de propietarios, de ejecutivos y de personas con profesiones liberales, 20.5% por familias de recursos medios o asalariados del ejérci-

to y la policía, 20.5% por familias de empleados, 41.9% por familias de capataces, obreros calificados o especializados, y 25% por familias de trabajadores manuales o de personal de servicio.⁸

Por lo demás, el gobierno francés estaba a tal grado convencido de que la vivienda de interés social ordinaria no resolvería el problema de las familias numerosas, de bajos recursos o de origen extranjero —por no hablar de los casos en que se conjuntaban las tres situaciones—, que prefirió buscar una vía alternativa. Al igual que en la época del Plan Monnet (1946-1950, en vigor hasta 1952), cuando se multiplicaron las ciudades de barracas para los trabajadores inmigrante, se propuso a los municipios de las HLM de bajo nivel —calificadas como viviendas de primera necesidad (LPN, por sus siglas en francés)—, que se reorganizaran en forma de pequeñas ciudades, con respecto a las cuales propuse, a mi vez, identificar con el nombre de ciudades específicas.⁹ El número de este tipo de viviendas aumentó considerablemente hacia el final de los años setenta, en particular junto con las HLM de bajo nivel que habían sido programadas originalmente como habitaciones de renta módica (PLR), o como programas sociales de reubicación (PSR), concebidos para acoger, junto a las ciudades transitorias, a las familias desalojadas de barrios antiguos en proceso de reestructuración o de las chabolas sujetas a reabsorción.

Comparada con los grandes complejos y con las ciudades específicas, la historia de las asignaciones de viviendas individuales es más larga, a la vez que más compleja, debido en primer lugar a que, fuera de los suburbios, proliferaron casi al mismo tiempo, a mediados del siglo XIX, los fraccionamientos elegantes y las ciudades obreras. Ciertamente, el ritmo de construcción de estas últimas se redujo sensiblemente al empezar el siglo XX, pero en cierto

modo ese ritmo se restableció con la construcción de ciudades ordenada por la ley Loucheur. Al término de la Segunda Guerra Mundial, en el ya mencionado contexto de la crisis de viviendas, surgieron fórmulas nuevas como las llamadas ciudades de castores (asociaciones mutualistas de construcción), pero fue sobre todo a partir de los últimos años de la década de 1960 que proliferaron los fraccionamientos de casas individuales para las clases medias. El financiamiento de la mayor parte de estas viviendas provino de la iniciativa privada, en un contexto de pleno empleo y de evolución monetaria favorable al endeudamiento (el costo del dinero evolucionaba menos rápido que la inflación); no obstante, el gobierno también contribuyó notablemente a acelerar este desarrollo. Al instituir una renta baja para las familias que vivían en HLM, cuyo ingreso fuera inferior a cierto límite, el gobierno manifestaba su intención de reservar las viviendas de interés social a los menos afortunados. Y para promover la compra de viviendas entre las familias de clase media, se lanzaron concursos y operaciones con el fin de abatir los costos. Al empezar la década de 1970, el nombre de un ministro se había asimilado ya a uno de esos prototipos de bajo costo: la "chalandonnette".

Un principio de reestructuración de los barrios antiguos

Aun cuando haya sido en las periferias de las ciudades donde se manifestó más espectacularmente

8. F. Tomas, "A l'origine des grands ensembles", en J.N. Blanc, M. Bonilla, F. Tomas, D. Vallat, *Les grands ensembles d'habitation*, primera parte, Bureau de la Recherche Architecturale (Ministère d'Aménagement du Territoire et des Transports), informe provisional, nov. 1995, 336 pp.

9. François Tomas, "De la cité spécifique au grand ensemble", en *Marginalité sociale, marginalité spatiale*, CNRS, París, 1986, pp. 64-74.

la urbanización de la sociedad, no por ello se ha asociado menos esta transformación con un principio de reestructuración de los barrios antiguos, tanto en el centro-ciudad como en la zona de transición. Pese a ciertas reticencias y hasta oposiciones abiertas, el principio que habría de imponerse gradualmente a lo largo de los años cincuenta era el mismo que había preconizado Le Corbusier desde 1925 en el célebre "Plan Vecino", en el cual se proponía arrasar los barrios antiguos de París, respetando únicamente algunos monumentos históricos, para sustituirlos con baterías de torres en medio de espacios verdes. Es cierto que la ley Malraux del 4 de agosto de 1962 ordenaba que, en casos excepcionales, se englobaran barrios y hasta ciudades enteras en un sector salvaguardado;¹⁰ pero, ¿no implicaba esto, al menos de forma implícita, que el resto de los barrios y construcciones no merecían protegerse y debían servir, por lo tanto, como reserva potencial para nuevas construcciones?

Sea como fuere, una ley conocida como de renovación urbana, erogada en 1958, vino a favorecer las condiciones de expropiación de ocupantes y de demolición de inmuebles antiguos para renovar completamente la estructura urbana. Se llegó al punto de crear, para los barrios deteriorados cuya destrucción resultaba más difícil de lo esperado, una ley específica (ley Vivien del 10 de julio de 1970), denominada de reabsorción de entornos insalubres. Esta ley pretendía, a través de sus decretos de aplicación, definir y cuantificar objetivamente la insalubridad, lo cual sirvió para disminuir el costo de las

expropiaciones, a la vez que aportaba una contribución del Estado a los municipios que desearan suprimir los "lunares" más visibles de sus territorios.

Ciertamente, los trabajos de restauración en los sectores salvaguardados, al igual que la reabsorción o la renovación, ejercieron efectos muy diferentes sobre los paisajes urbanos. En el primer caso, se trataba de preservar un paisaje histórico, mientras que en los otros casos, el urbanismo funcionalista y la arquitectura moderna habrían de encontrar, como en los grandes conjuntos de la periferia, un terreno de elección (la opinión pública englobó la renovación y la reabsorción bajo el término común de "renovación bulldozer"). Por otra parte, mientras el sector salvaguardado ocupa frecuentemente y casi por antonomasia el corazón mismo de la ciudad — el centro histórico —, es sobre todo en el pericentro o en las zonas de transición — que corresponden a menudo a los suburbios del siglo XIX, es decir, las áreas donde no se asigna un gran valor a la herencia urbana — donde pudieron desarrollarse las operaciones de renovación y de reabsorción del entorno insalubre (véase Figura 1).

Empero, en todos los casos se generaron profundos trastornos sociales debido al alza tanto del capital inmobiliario como de las rentas y de la expropiación de las viviendas pobres. El avance de la restauración y la renovación fue posible gracias al traslado de una parte de las familias de bajos ingresos a los barrios degradados que subsistían principalmente en las periferias, ya fueran éstas ciudades transitorias y de otros tipos o, en medida cada vez mayor a partir de los últimos años de la década de 1960, a los grandes conjuntos habitacionales que las clases medias comenzaban a abandonar.

Estos decenios de crecimiento económico y de modernización de la sociedad francesa, de esta sociedad a la que se dio en llamar de consumo, fue-

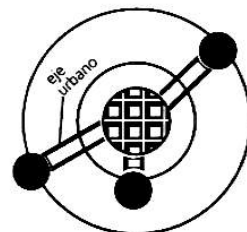
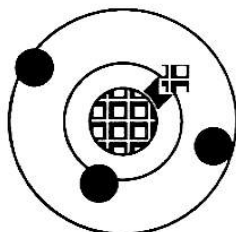
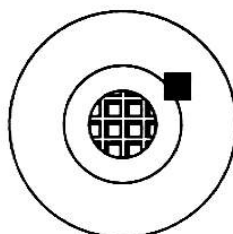
10. Al momento de crear esta ley, los poderes públicos pensaban que debería aplicarse al menos a 400 ciudades. En realidad, su aplicación resultó más difícil de lo previsto, razón por la que solo se puso en vigor en un centenar de casos.

Figura 1. Centro-ciudad y centralidad

Centro-ciudad y
centralidad confundidos
(hasta 1950)



Los centros de
dirección
aparecen al lado
del centro-ciudad
(1960-1975)



Diversificación de la localización de los equipamientos de centralidad (desde 1975)

ron también los decenios de la "crisis urbana".¹¹ Ello se tradujo, para las familias de las clases populares, en el triple problema que les planteó la evolución de la ciudad: el del desalojo cuando se vivía en barrios en vías de restauración o de renovación-reabsorción de entornos insalubres; el de la degradación de la calidad de vida cuando se habitaba un barrio antiguo en el cual propietarios y poderes públicos habían dejado de invertir ante la proximidad de las demoliciones; y el de la insuficiencia de equipos y servicios cuando se trataba de grandes complejos de la periferia. Aun cuando fuera de manera implícita, todo transcurría en este último caso como si la ciudadanía hubiese comprendido que las zonas de habitación popular no solo habían dejado de constituir un habitat urbano, sino que no lograrían evolucionar en el futuro.

Lo anterior dio origen, tanto en Francia como en otros países de Europa y América en ese mismo

periodo, a un poderoso movimiento de impugnación urbano-popular cuya reivindicación esencial podría resumirse en el "derecho a la ciudad".¹² En realidad, esta reivindicación adoptó diversas formas, ya se tratara de oponerse a la expropiación o de obtener medios de transporte y equipamiento; pero en todos los casos se denunciaba un urbanismo que, bajo la máscara de la racionalidad y del interés general, favorecía de hecho, con el apoyo de los poderes públicos, a los intereses de ciertos actores urbanos —propietarios, banqueros y promotores— en detrimento de las familias de los entornos populares. Así, a este movimiento de impugnación

11. Tal "crisis urbana" fue objeto de un agudo análisis por parte de Henri Lefebvre y los sociólogos marxistas de la llamada escuela de sociología urbana de París.

12. Por lo demás, el derecho a la ciudad es el título de una obra de Henri Lefebvre publicado por Anthropos, París, en 1968.

se incorporarían más tarde personas que, sin compartir por fuerza las mismas preocupaciones sociales, sentíanse indignadas por la destrucción de la ciudad tradicional, para ellos la única capaz de ofrecer a todos los habitantes una identidad y un medio para la convivencia. Es evidente, como lo demuestra la Declaración de Bruselas,¹³ que estas dos preocupaciones resultan no solo compatibles, sino también capaces de motivar a las personas y aun a los grupos sociales.

En el caso de Francia, dicho movimiento urbano-popular habría de revitalizar, a lo largo de los años setenta, a los partidos políticos de izquierda, en particular al partido socialista, así como asegurar su victoria en las elecciones municipales de 1977, las primeras en asignar un lugar esencial, durante la campaña electoral, a la política urbana. Una vez en el poder, estas nuevas mayorías de izquierda pudieron cambiar con más facilidad una política urbana que, de algunos años a la fecha, había estado bloqueada, lo cual explica que, luego de un periodo suplementario de reflexión y adaptación, las municipalidades de derecha que lograron conservar el poder hubieran modificado también sus políticas urbanas.

II. Una nueva cultura del ordenamiento urbano, desde la mitad de los años setenta¹⁴

De hecho, con la crisis económica que había desorganizado por completo el mercado inmobiliario

desde 1974, los principales grupos bancarios comenzaron a desentenderse del urbanismo, mientras que el gobierno intentaba desesperadamente adaptarse a la nueva situación revelada por el censo de 1975, es decir, la magnitud de la desafectación de numerosos barrios centrales.¹⁵ Las cosas tomaron un sesgo decisivo cuando, a partir de 1973, el Ministerio de Equipamientos suspendió, mediante una simple circular, operaciones que comprendían más de 2,000 viviendas, y luego, después de cambiar su nombre a Ministerio del Medio Ambiente y de la Calidad de Vida, renovó completamente (en el periodo 1976-1977) las prioridades y los procedimientos del control urbano. Así, ya fuese por voluntad de construir una ciudad más humana y hospitalaria o por necesidad de adaptarse a una situación de crisis económica, se dio lugar a una especie de consenso que indujo a todas las ciudades francesas a cambiar sus políticas de urbanismo y, por ende, la naturaleza de sus intervenciones tanto en el centro-ciudad como en los espacios periféricos.

Esto terminaría por traducirse en: a) el abandono de la asignación sistemática de zonas y la revalorización de barrios que combinan funciones y clases sociales; b) el redescubrimiento de las virtudes de la calle, de la manzana, del jardín público (en contraposición al espacio verde del funcionalismo); y c) el renacimiento de los transportes públicos, acompañado de un retorno al concepto polifuncional de los servicios públicos, etcétera.

13. J. Barey, *Propos sur la reconstruction de la ville européenne: la déclaration de Bruxelles*, Archives d'Architecture Moderne, Bruselas, 1980. Algunos posmodernos consideran esta Declaración como una anticarta de Atenas.

14. Esta segunda parte retoma en lo esencial un análisis presentado en 1989. Cf. J. Bonnet y F. Tomas, "Centre et Périphérie. Eléments d'une

problématique urbaine", en *Revue de Géographie de Lyon*, vol. 64, No. 1, 1989.

15. Cf., por ejemplo, P. Bruyelle, "A propos d'une théorie sur le développement urbain: remarques sur la croissance urbaine française 1968-1975", en *Recherches de géographie urbaine. Hommage au professeur J.A. Sparck*, 1982, pp. 29-42.

En general, cabe afirmar que la prioridad correspondió a la conservación y gestión de la ciudad tal como ésta existe, y no a la promoción y lanzamiento de grandes operaciones periféricas (el número de ZAC alcanzó su apogeo en 1973, para luego disminuir sensiblemente) que, por lo demás, la crisis económica no permitiría justificar. Cuando en 1978 todos estos temas se abordaron de manera explícita en la Declaración de Bruselas, se encontraban de hecho en proceso de aplicación en la mayor parte de ciudades no solo de Francia sino de Europa occidental.

En una primera etapa (que coincidió con el fin de los años setenta), esta nueva política pudo desarrollarse no solamente por la voluntad de las municipalidades y del "movimiento urbano-popular", sino también porque el mercado inmobiliario se había recuperado y el gobierno propuso nuevos procedimientos y métodos de financiamiento —las llamadas Operaciones Programadas de Mejoramiento del Habitat (CPAH, por sus siglas en francés)— para los barrios antiguos que, al ser excluidos del procedimiento de los sectores salvaguardados, no presentaban, para los ejecutores de las políticas de renovación, ningún interés urbanista. Con la intervención suplementaria del Fondo de Ordenamiento Urbano (FAU, por sus siglas en francés), se creó y se desarrolló con un éxito notable (más de 600 proyectos entre 1977 y 1980, mientras que los sectores salvaguardados de la ley Malraux no habían abarcado hasta entonces más de sesenta ciudades) el nuevo concepto de "rehabilitación" como alternativa a la "restauración" y "renovación bulldozer" que habían prevalecido hasta entonces: 1) las operaciones Habitat y Vida Social (HVS, por sus siglas en francés) para los grandes conjuntos habitacionales de interés social en vías de degradación acelerada. Aun en este caso, se trataba de tareas de rehabili-

tación, sin importar que la mayor parte de inmuebles hubieran sido construidos 30 y hasta 20 años antes; y 2) la extensión del derecho de compra preferencial para las colectividades públicas, la separación *de facto* del derecho de propiedad de una parcela fincable y el derecho de construir sobre esa misma parcela (ley Galley del 31 de diciembre de 1975).

Añádase a lo anterior la instauración, en las grandes ciudades, de un desembolso-transporte (vr por sus siglas en francés, o mecanismo que permitía financiar los proyectos de transformación de los transportes urbanos), el cual debería aplicarse a partir de 1983 mediante la sustitución progresiva de los "planes de circulación" que sometían a la ciudad a las exigencias de la circulación de automotores, por los "planes de desplazamiento urbano"¹⁶ (P.D.U.), y se verá que no fue obra del azar que se creara entonces el concepto de "proyecto urbano" para describir un nuevo enfoque del ordenamiento urbano, e incluso para reemplazar el concepto de urbanismo que algunos habían comenzado ya a rechazar.¹⁷

La creación de este concepto se debe a arquitectos, administradores y dirigentes políticos, quienes, para distinguirlo del urbanismo funcionalista con pretensiones de ciencia, lo presentaban en primer lugar como la expresión de una voluntad política. Sus principales características pueden resumirse como sigue: a) su escala es la del espacio vivido por

16. Consúltense el número especial de *Métropolis* consagrado a los P.D.U., no. 68-69, 1985.

17. En algunas escuelas de arquitectura de París, se llegó al punto de presentar al urbanismo como el peor enemigo de la ciudad. En este caso, la expresión urbanismo se tomaba en su sentido original de "doctrina" o "ciencia" del control urbano, en tanto que, en la actualidad, dicho término no evoca para la mayoría de autores más que una "política", una "técnica" y hasta una «corriente artística» [...].

los habitantes de la ciudad, es decir la manzana o el barrio, asignando una importancia especial al ordenamiento de los espacios públicos; b) toma en consideración la historia de la ciudad con sus tradiciones y su cultura, y se quiere una continuidad que reivindica, en algunos casos, el derecho a la innovación, expresando su repudio por el *pastiche* que fascina a un buen número de posmodernos.¹⁸

Tenemos un buen ejemplo de este nuevo enfoque con la transformación entre 1979 y 1982 (sobre un proyecto de Christian Devillers) de un conjunto social periférico (la *zup* de Montreynaud a Saint-Etienne). Es un barrio mejor integrado al centro, más diversificado y que ofrece a sus habitantes el reivindicado "derecho a la ciudad". Aun cuando esta operación haya sido calificada como un éxito, y aun cuando se le haya presentado profusamente en las publicaciones especializadas de diversos países,¹⁹ es muy escasa la emulación que ha despertado. En efecto, mientras demostraba cómo se podía transformar un fragmento de gran conjunto en un verdadero barrio urbano, la mayor parte de operaciones de rehabilitación emprendidas en Francia a lo largo de los años ochenta se limitaron a realizar reestructuraciones espaciales menores, dirigiendo lo mejor de sus esfuerzos a la rehabilitación de inmuebles.²⁰

18. F. Tomas, "Projets urbains et projet de ville", en *Annales de la Recherche Urbaine*, No. 68-69, 1995, pp. 134-143.

19. Entre los muchos artículos consagrados a esta operación, mencionaremos a Christian Devillers y Paul Chemetov, "La reconstruction d'une *zup* européenne", en *A.M.C.*, París, 1982, No. 2, pp. 49-58.

20. En un trabajo en desarrollo sobre los grandes conjuntos, aún inédito (solo la primera parte ha sido objeto de una ponencia, véase nota a pie de página 8), intenté demostrar que el inmenso éxito cuantitativo de la rehabilitación de los inmuebles *num* dentro de los grandes conjuntos se explica, so pretexto de aportar una solución a un problema socio-espacial, por la posibilidad que han percibido allí los organismos de vivienda social de solucionar su problema financiero.

A partir de 1981, con la elección de François Mitterrand y tras los graves incidentes que cundieron en las periferias de algunas ciudades importantes durante el verano de ese año, este nuevo enfoque del ordenamiento urbano gozó de renovados bríos. Fue así que la Comisión Nacional para el Desarrollo Social de los Barrios, cuya presidencia fue encomendada al alcalde de Grenoble, Hubert Dubedout, se propuso buscar en los barrios deteriorados no solo los medios de una reestructuración de las edificaciones y los espacios (tal era ya el objetivo de las operaciones *hvs*), sino también el equilibrio social de los grupos que habitaran allí. Es cierto que, en medio de crisis económicas que parecen no tener fin, las ciudades ya no hacen frente a "crisis urbanas", como a fines de los años sesenta y principios de los setenta, sino a "crisis sociales". El desempleo que afectaba a 3.9% de la población activa en 1975 se había más que duplicado; empero, en los grandes complejos de viviendas sociales periféricas, dicho índice alcanzaba con frecuencia el 20%, superando incluso la tercera parte del total cuando se trataba de jóvenes de menos de 25 años.

En 1983, con un experiencia de 22 barrios, estas operaciones abarcarían en lo sucesivo más de cien barrios; pero fue sobre todo al nivel de las ciudades, con la intervención financiera de las regiones, que se generalizó una política de "proyecto de barrio". De hecho, el año 1983 marcó el inicio de una nueva etapa con la erogación de la Ley de Descentralización del Urbanismo (7 de enero de 1983), en aplicación de la llamada Ley de "derechos y libertades" del 2 de marzo de 1982, la cual instituía el principio general de la descentralización estatal. Hasta entonces, pese a que, como he señalado, la política de control de las ciudades había sido brutalmente alterada, no por ello dejaron de crearse y

proponerse a nivel gubernamental modelos y procedimientos, en particular para las ciudades cuyas subvenciones se habían visto afectadas.

En 1984 se consumó la descentralización del urbanismo (al igual que la parte esencial de su financiamiento), lo cual significaba que cada ciudad debería, en lo sucesivo, definir su propia política de ordenamiento de acuerdo con su dinámica económica, sus recursos, su reflexión y los objetivos que se plantease. Con respecto al gobierno (que los franceses, merced a un hábito inveterado, suelen asimilar al Estado), aun cuando conservó algunas prerrogativas como la preservación de emplazamientos y paisajes o el equilibrio social, su tarea fundamental consistió en establecer las reglas generales y ofrecer, según propia expresión, una "caja de herramientas" para llevar a cabo los proyectos de ordenamiento en las mejores condiciones posibles, tal era el propósito de la Ley del 18 de julio de 1985.

En este nuevo contexto, numerosas ciudades entre las más importantes intentaron distinguirse de las demás o, por lo menos, llevar a efecto políticas urbanas propias. Simplemente por mencionar algunos ejemplos contradictorios, recordemos los criterios de selección del tipo de habitat que se emplearon en Montpellier o Saint-Etienne. En el primer caso, se asignó prioridad absoluta en la zona central al inmueble colectivo, no solo por el elevado valor del terreno, sino porque tratábase del único entorno capaz de reforzar una urbanidad tendiente a elevarse de una pequeña capital regional francesa a una metrópoli europea. Análoga preocupación encontramos en otras grandes ciudades francesas, aunque, en el caso de Lyon por ejemplo, los habitantes intervinieron para que las plazas conservaran una función sociocolectiva estricta en los espacios centrales.

En el caso de Saint-Etienne, la municipalidad de izquierda adoptó una prioridad semejante, si bien el cambio de mayorías en 1983 se tradujo de inmediato en la adopción de nuevas orientaciones. Con la esperanza de frenar la emigración de habitantes (205,000 en 1982 contra 222,000 en 1975), se modificó el *pos* a fin de permitir la multiplicación de fraccionamientos de casas individuales en el interior mismo de los límites del centro municipal.

Por otra parte, en el dominio de las actividades, fue en el conjunto de las ramificaciones —incluidas las de menor valor— que la municipalidad de Saint-Etienne se dio a la tarea de buscar, mediante una intervención abiertamente voluntarista, unidades dispuestas a instalarse en su territorio, sin perjuicio de llevar a cabo, para tal efecto, una transferencia de municipios periféricos al municipio central.²¹ Esto significa que, al contrario de Montpellier, que intentaba sobre todo reforzar su carácter central, Saint-Etienne se colocó en situación de concurrencia directa con respecto a los municipios de su periferia. Ello no impidió que, tanto en una como en otra ciudad, las nuevas condiciones de la descentralización administrativa hicieran que hoy, debido en gran parte a la selección del centro-ciudad (que en la mayoría de casos dispone de los medios financieros más cuantiosos) queden aún por determinarse los límites de los otros municipios, con decisiones que a veces contradicen flagrantemente el propósito original.

Otro aspecto significativo es que, ya fuera por efecto de imitación o porque se reforzaran e incluso se generaran nuevas redes nacionales entre las

21. F. Tomas, C. Cretien, "A propos d'un retour de l'usine dans la ville", en *Bulletin de l'Association Géographique Française*, 1987, No. 4, pp. 317-325

ciudades (ciudades de suburbios, ciudades medias), sin olvidar el papel determinante de consejero que desempeñó, directamente o a través de sus diversas filiales, la Caja de Depósitos y Consignaciones, o ya fuera en fin —y quizá particularmente— por las nuevas condiciones de implantación de capitales privados, que fueran siempre los mismos temas los que se abordaran y debatieran en la mayor parte de las ciudades. Aquí, nos limitaremos a reseñar cuatro de esos temas debido a que, desde nuestra perspectiva, modifican sensiblemente la evolución actual de los espacios urbanos, sean éstos centrales o periféricos.

La difusión del "derecho a la ciudad"

Se trata sobre todo de responder a la reivindicación del "derecho a la ciudad" expresada por los habitantes de las periferias. En este sentido, resulta significativo el éxito prodigioso de que gozó el movimiento "Banlieues 89", promovido en 1982 por los arquitectos Roland Castro y Michel Cantal Dupart, con el respaldo del Presidente de la República. En efecto, se formularon centenares de propuestas para infundir a las espacios periféricos una calidad de vida urbana, aprovechando al mismo tiempo la ocasión para prestar al concepto de proyecto urbano una verdadera generalización. Sin embargo, lo que a primera vista parecía de importancia secundaria produjo en su aplicación una evolución que modificó sensiblemente la naturaleza del proyecto urbano.

Como en una especie de prolongación del movimiento urbano-popular, los primeros proyectos insistían, sobre todo, en el "derecho a la ciudad"

en los conjuntos habitacionales populares, así como en la necesidad de satisfacer las necesidades sociales de los menos afortunados. Empero, no tardaron en intervenir los conceptos de imagen y de identidad cultural que, aunque no del todo ausentes en los primeros proyectos, no habían recibido la atención que ahora se les dispensaba. Desde entonces, al asignar prioridad a la personalidad de un lugar a fin de que ésta no se disolviese en un espacio anónimo, y al propiciar la identificación de los habitantes con su lugar de residencia, se zanjó el terreno para la teoría de los lugares mágicos formulada para "el gran París" por Roland Castro.

Si comparamos esta reflexión con la utopía de Ildefonso Cerdá, quien, al concebir el Ensanche de Barcelona, esperaba difundir en cada rincón de la ciudad una porción de la centralidad urbana, se comprenderá porqué la teoría de Castro ejerció tal influjo sobre los actores urbanos, para quienes la eficacia y hasta la rentabilidad de su participación se confundía con la valoración cultural del habitat particular en el que se inscribe esa teoría. Por tal razón, la petición de los urbanistas lioneses a Michel Cantal Dupart para que éste identificara "los lugares sensibles y mágicos" en medio de los conjuntos urbanos no obedeció a una exigencia de la moda. Al contrario, tratóse de una investigación en el conjunto de un espacio urbano con posibilidades paisajísticas: en el contexto actual, la calidad percibida y reconocida de una imagen constituye un dato fundamental del devenir de un lugar. Un fenómeno igualmente nuevo, al menos para los encargados del ordenamiento urbano, era que este lugar puede individualizarse tanto en la periferia (el "paisaje-parque" de la zona oeste de Lyon) como en la zona de transición (Gerland, alrededor del Mercado Tony Garnier), y no solo en una zona central más o menos extendida.²²

22. Cf. «Paysage et image de l'agglomération. Contribution aux études paysagères de "Lyon 2010", Agence d'urbanisme, octobre de 1988, sin paginación.

Es a partir de lo anterior que se comienza a renovar el concepto mismo de lo que debe representar una ciudad. Para quienes se inscriben de forma más o menos explícita en la antigua tradición de las ciudades del mundo occidental, un trozo de periferia urbana no es urbana hasta que cuenta con un centro-ciudad reconocido como tal por sus habitantes. Desde la década de 1930, fue este criterio lo que presidió la construcción de los célebres rascacielos de Villeurbanne, en las afueras de Lyon. Siguiendo la misma lógica, esto explica que la municipalidad de Echirolles, al sur de Grenoble, planee en la actualidad la construcción de un centro-ciudad con una forma arquitectónica diferente pero con los mismos elementos: densidad, mezcla de funciones y urbanidad de los espacios públicos.²³

Se trata de una opción diferente que han adoptado los dirigentes políticos de 34 municipios suburbanos del sudeste de Toulouse. La comunidad de ciudades (SICOVAL)²⁴ que congrega a los municipios, tiende a preservar su trama de ciudades separadas por tierras de cultivo y bosques, así como a dividir las actividades, aun cuando éstas sean tecnológicas. Ciertamente, un centro de servicios se construye a lo largo de un eje dominado por el palacio del congreso, pero no se permite construir ni que se use allí ningún inmueble como vivienda. En los márgenes de Toulouse, el SICOVAL ofrece a los habitantes con ingresos considerablemente superiores a los del resto de la población²⁵ otro modelo de ciudad, brillante y variada, moderna y ecológi-

ca, todo ello enraizado en la tradición rural de Lauragais.

La rehabilitación de los "baldíos industriales"

En medio de una crisis económica transmutada en la forma de una crisis industrial, millares de hectáreas de terrenos y construcciones quedaron abandonadas, especialmente en la zona de transición de las ciudades industrializadas antes de que mediara el presente siglo.²⁶ Así, en numerosos casos son las municipalidades las que son intervenidas en primer lugar con el fin de mantener en sus territorios empresas generadoras de empleos, para luego convertir los terrenos y construcciones abandonados en oportunidades para renovar completamente la distribución de los espacios valorados.

Desde la década de 1960, la transformación por un financiero de los edificios de la antigua chocolatería Ghirardelli, en San Francisco, en un centro comercial y de esparcimiento, había ilustrado la importancia que podría entrañar el reciclaje de una arquitectura original. Así, la puesta en marcha de esta primera operación habría de requerir otras inversiones para rehabilitar, no lejos de la antigua empacadora Del Monte y del Pier 39, un muelle inhabilitado. En suma, se procedió a la renovación del conjunto de Fisherman's Wharf y, cuando todo parecía indicar, a fines de los años cincuenta, que este conjunto estaba condenado a la marginalización por encontrarse junto a una vía férrea, fue esta última la que finalmente quedó abandonada. Por otra parte, no es posible percibir simplemente en el

23. Este proyecto urbano se desarrolla a partir de un eje de tranvía caído en desuso.

24. En realidad, SICOVAL significa Syndicat intercommunal du Val de l'Hers. Bajo esta forma se organizó un primer grupo de ocho municipios, mientras que la comunidad de ciudades no se constituyó sino hasta 1996.

25. *Atlas des villes*, Reclus, Montpellier, 1995.

26. Según el Informe sobre los grandes baldíos industriales de J. P. Lacaze, publicado en 1986 por la Documentation Française, 20,000 hectáreas, de las cuales 10,000 se encuentran en el norte del país y 2,500 en la región de la Lorena.

Fisherman's Wharf, convertido en uno de los principales sitios de atracción comercial y turística de San Francisco, un acierto de las operaciones financieras: "Interviene aquí una cuestión de imagen, en el sentido en que esta imagen se refiere a una identidad fuerte, manifestada en las empresas urbanas que la ciudad temía perder en una renovación *bulldozer*, como si, al imaginar la destrucción de sus formas rehabilitables, temiera perder un poco de su existencia".²⁷

Con ocasión de un coloquio,²⁸ el Ministerio de Cultura intentó abordar el tema de un enfoque patrimonial que no había sido considerado en su seno sino hasta empezar la década de 1980. Confirmación un tanto tardía, pero en todo caso significativa, de un movimiento emprendido por asociaciones de habitantes y al cual no tardaron en adherirse financieros, quienes habían comprendido que, contrariamente a uno de los principios fundamentales del urbanismo funcionalista que prevaleció hasta mediar la década de 1970, a veces es la forma lo que determina la función.

Aunque, en este sentido, las edificaciones de la chocolatería Ghirardelli han servido como precedente, existe en la actualidad cierta tendencia banalizante del ordenamiento urbano a proponer la rehabilitación de edificios abandonados de fuerte personalidad arquitectónica para acoger conjuntos

terciarios que se encuentren a la altura de su imagen. Tal es el caso del Mercado Tony Garnier (Lyon), en el cual se planea instalar una plataforma europea de comunicaciones, por solo mencionar uno entre cien ejemplos posibles.

Desde entonces, el baldío industrial puede convertirse en la ocasión de radicales cambios en el valor del terreno, contribuyendo así a una especie de difusión de un espacio particularmente descuidado antes de la mitad de los años setenta, es decir, la zona de transición y los lugares de renovación.

De los tecnopolos a las tecnópolis

Pero es realmente a partir del éxito fulgurante que tuvieron los tecnopolos desde que empezaron los años ochenta como podrá comprenderse mejor el papel que, desde entonces, desempeña la imagen en el devenir de la ciudad y sus espacios. Sabemos que, de acuerdo con un modelo desarrollado en Estados Unidos desde la década de 1950, se trata de conjuntar en un mismo espacio una sinergia entre laboratorios (generalmente públicos) y empresas industriales. A lo largo de los años setenta, este ejemplo había servido para desarrollar en Francia las dos experiencias de Sophia Antipolis y de la ZIRST de Meylan, en los suburbios de Grenoble. Pero fue sobre todo a partir de los años ochenta que este modelo experimentó una expansión acelerada, sumando hasta hoy cincuenta proyectos, de los cuales funcionan cuarenta.

Uno de los casos que nos parecen más ilustrativos es el de Montpellier, donde se han construido cinco tecnopolos: Euromédecine, polo biomédico y farmacéutico; Agropole, polo agroalimentario; Communicatique, polo de informática, robótica, monética e inteligencia artificial; Antenna, polo de los nuevos medios de comunicación; y Héliopole, polo

27. J.N. Blanc, "A propos du cas de Ghirardelli à San Francisco", nota incorporada a un informe de investigaciones sobre baldíos industriales. Véase J.N. Blanc, G. Gay, G. Larmarand, E. Thomas, F. Tomas, *Traitement socio-économique de la friche industrielle*, Programme Pluriannuel de Recherches en Sciences Humaines de la région Rhône-Alpes, 1990, pp. 169-201.

28. Ministère de la Culture et de la communication, *Les inventaires du patrimoine industriel*, (Actas del coloquio de marzo de 1986). París, 1987, 213 pp.

de turismo. Significativo, porque la individualización de estos cinco tecnopolos permitió que Montpellier, siguiendo el ejemplo de ciudades como Grenoble, Lyon o Toulouse, pudiese presentarse globalmente como un nuevo tecnopolo y hasta un europolo (ciudad de la inteligencia), así como distinguirse del amasijo de ciudades que, como Saint-Etienne, no pudieron construir más que un solo parque tecnológico.

Significativo porque estos tecnopolos, los cuales debían consolidar la reputación de que busca hacerse Montpellier como ciudad "superdotada", se sitúan en su mayor parte en los márgenes de los límites municipales, es decir, en las porciones poblacionales que cabría considerar como zona de transición e incluso periféricas. Significativo, en fin, porque en ninguna otra ciudad había sido tan grande la distancia entre la naturaleza de los discursos y la realidad que presentan las estadísticas. En efecto, si en términos relativos Montpellier detentaba el récord de terciarización de actividades entre las grandes ciudades francesas (61% de empleos terciarios sobre el total de empleos catalogados en 1983), la cantidad de empleos terciarios de alto nivel en esa ciudad sigue presentando la misma proporción que Clermont Ferrand, Tours o Saint-Etienne, y cuatro veces menos que Lille, cinco veces menos que Lyon y setenta veces menos que París.²⁹

Tales desproporciones no deben sorprender, pues revelan antes que nada el papel que desempeña la imagen en la coyuntura social actual, junto con ingenieros y arquitectos, son éstos los especialistas del *marketing* urbano a quienes más frecuentemente obedecen los tomadores de decisiones. Así, en las ciudades que no pueden someterse ya al modelo globalizador de los años sesenta, les queda la calidad de una imagen, hecho significativo para el

inversionista privado, al cual se le reconoce desde hace dos décadas un papel de actor urbano esencial. En algunas ciudades, esta preferencia se lleva al extremo de emplear a un cartógrafo que se encargue de señalar los espacios más redituables para la inversión de capitales. La investigación realizada en Lyon para el Plan Urbano sobre "Mutaciones de servicios y dinámicas urbanas", demuestra que diversos lugares situados ora en las periferias de Bron o Ecully-Dardilly, ora en las zonas de transición de Gerland, Vaise o Tonkin, atravesaban por una dinámica más intensa que el centro-ciudad tradicional (la *quasi* manzana) o el centro de dirección instalado en los años sesenta (la Part-Dieu). Que en Ecully, como en tantas otras ciudades francesas, la expresión tecnopolo no tenga otra acepción que la de un semillero de empresas relacionadas con una importante institución educativa, no es, en definitiva, lo más importante. Lo que importa aquí es que la valoración de la imagen confiere atractivo al parque de actividades y que, más allá de la instalación de una industria, lo que se garantiza es la notoriedad de un lugar.

Es verdad que la actitud de los industriales también ha cambiado sensiblemente, y que aquellos que se instalaron en las zi (zonas industriales) de los años 1960-1970 asimilan éstas "a los grandes complejos de viviendas sociales, evocando sin ton ni son su monotonía, su banalidad estética y su carencia de animación".³⁰ Esto nos indica hasta qué punto la percepción del paisaje en el que se inserta una

29. Cf. J. Bonnet en *Mutations des services et dynamiques urbaines*, investigación colectiva para el Plan urbano, Informe de enero, 1987, p. 57.

30. F. Tomas, C. Cretin, "A propos d'un retour de l'usine dans la ville", en *Bulletin de l'Association Géographique Française*, 1987, No. 4, p. 319.

empresa resulta hoy determinante; ello nos permite asimismo comprender uno de los aspectos que juega dentro del concepto de tecnopolis.

El alineamiento de las actividades terciarias en los ejes urbanos

Hasta donde sé, fue a principios de la década de 1980, con ocasión de la creación del "Plan General de Desarrollo Urbano del Distrito Federal", que los urbanistas forjaron por primera vez un concepto de "corredor urbano",³¹ en el que se preconizaba la relación entre el desarrollo de una red de transporte colectivo eficaz y el alineamiento sobre decenas de kilómetros (se mencionaban más de 200 kilómetros en la versión de 1986 de este mismo plan) de los principales equipamientos terciarios. Con esto, los urbanistas no hacían sino incorporar y confirmar una evolución espontánea de los inversionistas, en particular los de carácter privado, que a lo largo de los años setenta habían jalado algunas de las vías que atravesaban los barrios elegantes de las zonas poniente y sudponiente (en particular el Paseo de la Reforma hasta el Periférico y la Avenida de los Insurgentes hasta el extenso campus de la UNAM), construyendo edificios de oficinas, hoteles, centros comerciales y culturales (véase Figura 2). En cuanto a los poderes públicos, después de fracasar en sus tentativas por crear un *central business district* al estilo estadounidense,³² se dieron a la tarea de seguir empíricamente el movimiento proyectando a lo largo de ciertos ejes —los cuales llegaban a veces hasta la periferia—, creando equi-

Figura 2. Los "corredores" terciarios de la ciudad de México



pamientos administrativos, científicos o culturales antes de presentar dicho movimiento como una elección debidamente analizada y meditada.

El antiguo centro histórico, situado en el marco de la traza de Cortés y despojado de la mayor parte de sus funciones iniciales, pudo conservar, al lado de una función comercial de lujo (la bisutería y la confección, por ejemplo), la sede del poder político y religioso. Considerado siempre como el símbolo monumentalizado del país (tanto más después del descubrimiento de los cimientos del templo mayor), su inmensa plaza central, el Zócalo, había quedado exenta de toda intervención, como para mejor acoger a las manifestaciones populares.

En Los Angeles, antaño presentada como la ciudad resplandeciente por excelencia, yuxtaposición de suburbios, reino de la casa individual y del jardín, ¿es de sorprender que, al cabo de una década, el desarrollo de las industrias de alta tecnología y la concentración internacional de las actividades industriales provocaran "una explosión de rascacielos, torres y edificios altos", no solo en lo que podía

31. Departamento del Distrito Federal, *Plan General de Desarrollo Urbano del Distrito Federal*, México, 1982, 206 pp.

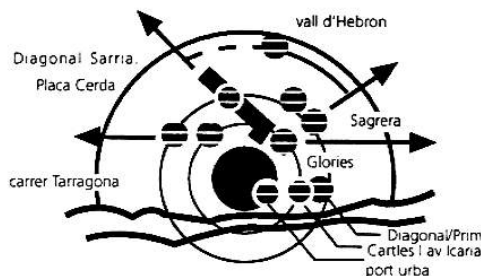
32. Cf. el número de la *Revue de Géographie de Lyon* consagrado a México en 1988, No. 1.

considerarse, a imagen de las ciudades de la costa este, como un nuevo *downtown*, sino también "en Westchester (cerca del aeropuerto internacional), en Century City, en Sherman Oaks, en Westwood y a todo lo largo del boulevard de Wilshire que va del centro-ciudad al mar"³³

Si en Europa se observa la misma evolución en grandes ciudades como París hacia el oeste, más allá incluso de la Défense, o en Barcelona (véase Figura 3) a lo largo de la Diagonal,³⁴ es posible percibir el mismo proceso evolutivo, aun antes de que se le implantara oficialmente, en ciudades menores como Lyon o Saint-Etienne. En el caso de esta última ciudad, podemos constatar que la presencia del eje de la Grand'Rue ha sido determinante. Pese a su contribución a la estructuración de la ciudad, con la realización de la traza entre 1792 y 1822, no han transcurrido más de veinte años desde que la Grand'Rue adquirió un nuevo significado, no solo con la llamada operación del Centro Dos sino con la implantación de todo el equipamiento terciario a lo largo de dicho eje. Por otra parte, los proyectos de reestructuración de Bellevue, del cuartel Grouchy en la Terrasse o de la Doa como prolongación de uno de los más bellos museos de arte contemporáneo en Europa debían, a pesar de la excepción dimensional que representa el complejo de Manufrance reacondicionado por la SACI, acortar los alcances de un corredor terciario al cual se le podía dejar transcurrir sobre más de seis kilómetros, del Centro Dos a la Doa (véase Figura 4).

En Lyon, la creación de un eje terciario, resultó en principio, como en Saint-Etienne, tan atractivo a los inversionistas, como las vías que unían el centro tradicional (la *quasi* manzana) con el centro de dirección, el cual había sido emplazado allí a partir de ciertas iniciativas tecnocráticas desde los años sesenta (la Part-Dieu). Sin embargo, luego de una

Figura 3: Aspectos de la "nueva centralidad" de Barcelona



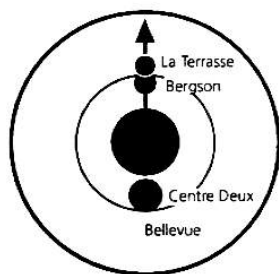
reflexión desarrollada desde la mitad de los años ochenta en favor de una revisión del esquema rector,³⁵ los urbanistas decidieron transformar, como en México, los alineamientos observados de equipos terciarios en objetivos. Empero, si el eje este-oeste prolongado más allá de la Part-Dieu, hasta la Porte des Alpes, corresponde adecuadamente al modelo de los "corredores" a lo largo de las plazas Gambetta y Albert Thomas o de las venidas Rockefeller y Franklin Roosevelt, no puede afirmarse lo mismo con respecto al "arco fluvial" perceptible en los planos pero constituido en realidad por una yuxtaposición de agregados sin vínculo alguno con avenidas, y donde cada uno de los elementos presenta una lógica propia: al norte, la Cité Internatio-

33. Cynthia Ghorra Gobin, "Los Angeles. Présence active des habitants", en *Annales de la Recherche Urbaine*, No. 37, dic. 87-feb. 88, pp. 20-23.

34. Ajuntament de Barcelona, *Àrees de nova centralitat*, Barcelona, 1987, 71 pp.

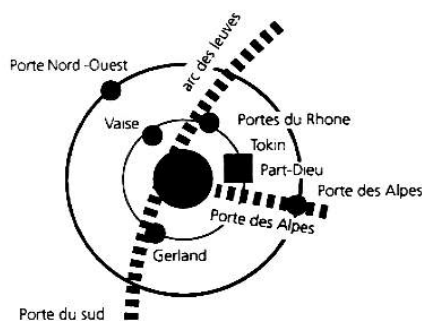
35. SEPAL, *Lyon 2010. Un projet d'agglomération pour une métropole européenne*, Lyon, octobre 1988, 193 pp.

Figura 4: La "Gran Rue" de Saint-Etienne



nale del muelle Achille Lignon, el tecnopolo de la Doa y la operación de Tonkin, cuyo reagrupamiento bajo el nombre de Portes de Rhône no bastó para lograr una verdadera unificación, y al sur, el nuevo barrio de Gerland, organizado desde entonces en torno al Mercado Tony Garnier, cerca del cual se instaló la Ecole Normale Supérieure. Tomando en consideración tanto lo existente como las posibilidades que ofrece este eje para estructurar más eficazmente el espacio, los urbanistas percibieron en dicho eje y en el arco fluvial la estructura "que constituye la trama de apoyo de la política de implantación de las nuevas funciones metropolitanas". En efecto, "el eje este-oeste es la orientación de equilibrio y de integración de los grandes equipamientos en el funcionamiento unitario de la ciudad y sus suburbios".³⁶ Bien entendido, el desarrollo

Figura 5: Las centralidades de Lyon



de la red de transportes colectivos, en particular el metro, debe presentar cierta cohesión a fin de asegurar el buen funcionamiento de esta trama (véase Figura 5).

En definitiva, a diferencia de lo que se produjo hace poco más de veinte años, cuando era en aplicación de un modelo que se concebían y llevaban a efecto operaciones como la Part-Dieu, tenemos que, en la actualidad, tras la crisis económica de principios de la década de 1970 y la redistribución internacional de capitales, lo que se intenta es incorporar a un nuevo modelo la estructuración del espacio bajo la dirección de inversionistas privados.

Conclusión

A partir del análisis de los ciclos de centralidad que propone J.P. Lévy,³⁷ señalaremos que el "tercer ciclo", caracterizado por la implantación voluntarista de los centros de dirección, fue interrumpido por la crisis económica de los primeros años de la década de 1970. Por ello, pese a ciertos signos de retorno al concepto de centro-ciudad tradicional,

36. *Id.*, p. 39.

37. J.P. Lévy, *Les politiques de l'espace central des villes*, C.I.E.U., Toulouse, 1985, 662 pp.; véase también "Reflexions sur l'évolution contemporaine des centres-villes", en *Bulletin de l'Association de Géographie Française*, Paris, 1987, no. 4, pp. 307-316.

el cual se confundía antaño con el de centralidad, el fenómeno más perceptible hoy es el de una profunda brecha en la esfera cultural; por lo demás, en lo relativo a la evolución de los grupos sociales o de las inversiones terciarias, las observaciones siguen siendo contradictorias, al punto que se considera improbable retornar a la situación anterior, es decir, al "segundo ciclo" razón por la cual preferimos hablar de fases cuando todo indique, como es el caso que nos ocupa, una evolución constantemente renovada.

Por otra parte, todo el interés actual de la comercialización urbana se reduce, con la importancia fundamental que se asigna a la imagen, a multiplicar en el conjunto espacial urbano lugares de marcada valoración cultural. En verdad, resulta tentador interpretar la difusión de los llamados equipamientos de centralidad como un indicador de la extensión espacial del centro-ciudad; pero basta con observar la disparatada evolución de los precios del terreno o de las viviendas de uno a otro barrio —y en París sabemos bien que son más altos en el distrito 16, en la zona periférica, que en los distri-

tos segundo o tercero, situados en la parte central— para constatar que la realidad es más compleja. En realidad, se procede como si el patrimonio por rehabilitar: eje urbano, tecnopolo y otros lugares mágicos, tuvieran como atractivo, para los ungidos modernos que son los urbanistas y los inversionistas potenciales, la posibilidad de ofrecer un abanico renovado y más diversificado de oportunidades de intervención.

Desde entonces, por lo que se refiere a las diferenciaciones del espacio urbano, la problemática centro-periferia parece completamente rebasada luego de la crisis de los años setenta. Para el periodo contemporáneo, punto de partida de una especie de cuarta fase, esta problemática presenta, por añadidura, el inconveniente de ocultar el hecho de que la exacerbación de las disparidades espaciales es más marcada aún de una a otra ciudad. En compensación, la mejor forma de entender la evolución de las ciudades radicará en las acciones que emprendan los actores sociales y sus estrategias sobre espacios cada vez más diversificados.

Teoría y métodos





La fuerza de la distancia.



*Hacia una nueva teoría de los
movimientos sociales en América Latina**

Diane E. Davis

New School for Social Research



Introducción

Los modelos teóricos de mayor aplicación en el estudio de los movimientos sociales latinoamericanos son generalmente de origen extranjero, principalmente de Europa, aunque también de Norteamérica. Los esfuerzos desplegados para teorizar estos movimientos mediante un paradigma específicamente latinoamericano, esto es, con una sensibilidad dirigida a captar la singularidad de los fenómenos políticos, sociales y culturales de la región, han sido hasta ahora escasos. A continuación me propongo explicar por qué ha sido así, y luego intentaré remediar la situación presentando una nueva estructura analítica cuyo punto de partida es la noción de espacialidad entendida como un constructo material y social. Para conseguir mi objetivo me apoyaré en los avances de dos de los paradigmas más conocidos, el de los Nuevos Movimientos Sociales (NMS) y el de la Estructura de la Oportunidad Política (EOP), pero intentaré ir más allá, enfocando los patrones históricamente específicos de la formación del Estado, las clases, la ciudadanía y los movimientos sociales mismos.

Acerca de la aceptación de los paradigmas europeos y norteamericanos

El estudio de los movimientos sociales ha sido dominado en las últimas décadas, por dos paradigmas rivales, el EOP y el NMS. Quizá el punto de divergencia mayor entre los teóricos de ambos bandos estriba en la preponderancia que los primeros dan al Estado y a sus instituciones (véase Tarrow, 1989; 1988; Tilly, 1984), mientras que los segundos tienden a subrayar la importancia de los fenómenos de la sociedad civil, a la cual identifican como el campo en el que los movimientos sociales contemporáneos

persiguen sus objetivos (véase Cohen y Arato, 1995; Habermas, 1987; Touraine, 1971).¹

En general, los teóricos del paradigma EOP enfocan casi exclusivamente las condiciones probables de respuesta de los actores estatales frente a las demandas de los movimientos; y cuando dirigen su atención a la sociedad civil es para entender los cálculos estratégicos de los actores de los movimientos al evaluar las aperturas y las coyunturas políticas.² Los teóricos del enfoque NMS, en contraste, tienden a ignorar al Estado y los procesos políticos formalmente institucionalizados, privilegiando el análisis de las identidades y objetivos que generan o resultan de nuevas formas de activismo y movilización colectiva (véase Cohen, 1985; Melucci, 1984; Touraine, 1981; 1971; Feher y Heller, 1983).³ Los teóricos de los NMS ven a los movimientos sociales en términos

de su autonomía o distancia respecto de las instituciones del Estado y los procesos políticos formales, y es esta autonomía la que prefigura el carácter y el resultado de los movimientos en un abanico que va desde la emergencia de identidades ajenas a las clases hasta el despliegue de prácticas verdaderamente democráticas. Como lo plantea Claus Offe, "rebasan al Estado" (Offe, 1980, *cfr.* Scott, 1990: 17); y es precisamente "la distancia de los movimientos sociales respecto de la política [lo que] ha sido visto como condición de su [sic] éxito" (Scott, 1990: 18; ver también Melucci, 1981: 1035).

Resulta poco sorprendente entonces que la mayoría de los académicos de América Latina hayan acudido inicialmente a la teoría NMS en busca de guía intelectual, al menos hasta muy recientemente.⁴ El enfoque resultó atractivo para los soció-

1. La diferencia principal entre ambos enfoques no es, entonces, que uno sea más estructuralista y que el otro se enfoque más hacia el examen de la acción, aunque haya elementos que sugieran lo contrario. En efecto, muchos precursores del enfoque NMS estudiaron los grandes procesos estructurales como la formación del Estado y el desarrollo capitalista posindustrial para explicarse por qué los nuevos ciudadanos empezaron a movilizarse a partir de nuevas identidades y nuevos objetivos sociales, mientras que los teóricos del enfoque EOP con frecuencia han "examinado sistemáticamente a los grupos organizadores de las protestas masivas, sus formas de acción y las motivaciones de los individuos que los apoyan." (Klandermans y Tarrow, 1983: 3).

2. Recientemente, académicos del enfoque EOP han intentado teorizar sobre la forma en que "las características estructurales de los sistemas políticos penetran las mentes y voluntades de los organizadores y participantes de los movimientos." (Kriesi, *et. al.*, 1995: 37) Su respuesta gira en torno a la problematización de un conjunto de factores relacionados con "los costos y beneficios de las acciones colectivas y sus objetivos", los cuales de una forma u otra caen en el dominio del proceso político del Estado: facilitación, represión, éxito, oportunidades de éxito y reforma/amenaza (*ibid.*: 38). Así, el Estado permanece como punto de referencia principal.

3. La línea de diferencia conceptual entre estos dos enfoques se puede apreciar tal vez más claramente en el debate actual sobre el uso del calificativo "político" en oposición al calificativo "social", y un poco menos

en las nociones alternativas de "viejo" vs. "nuevo" al categorizar los movimientos sociales. La pregunta inmediata es si los movimientos que apelan al Estado y/o dan importancia a cuestiones de ciudadanía y representación deben ser entendidos como movimientos políticos o sociales, y si deben ser considerados viejos o nuevos si resultan del segundo tipo. Los partidarios del enfoque NMS trazan su raya en la arena sin vacilar. Para ellos, los movimientos del periodo contemporáneo son claramente sociales y forzosamente nuevos precisamente porque "la ciudadanía y, por tanto, el poder político les preocupan menos que la esfera cultural, cuyo foco se constituye por los valores y estilos de vida [...]. Su objetivo es la movilización de la sociedad civil, no la toma del poder" (Feher y Heller, *cfr.* Scott, 1990: 16; Melucci, 1984: 823). En efecto, debido a que el objetivo principal de los ciudadanos en las sociedades contemporáneas es percibido como vinculado a la libertad existencial y a la innovación cultural constante, como podría apreciarse en la lucha contra "la colonización del tiempo de vida" por parte de la subestructura tecnocrática (Habermas, 1987a.; Feher y Heller, 1983), la sociedad civil resulta sujeto y objeto de la movilización social. Esto se yuxtapone al pasado, específicamente a los movimientos "viejos" que se identifican por su naturaleza política porque apelan al Estado o buscan el poder estatal.

4. Esto es verdad no solo para el estudio de los movimientos sociales latinoamericanos sino para la sociología en su conjunto. Ver Brachet-Márquez (1997) y Paoli (1997).

logos y politólogos latinoamericanos porque les pareció adecuado para su experiencia e ideales normativos. El énfasis en la existencia de estados represivos que “colonizaron” el mundo de vida, pareció haber hecho eco de sus preocupaciones sobre los gobiernos burocrático-autoritarios y la ausencia de democracia. De igual manera, el importante papel político jugado por actores sociales ajenos a la clase obrera organizada resonó en sus propios sentimientos activistas como intelectuales. Más aún, la idea misma de trabajar directamente con o dentro de esas instituciones estatales represivas fue anatema para muchos intelectuales y activistas de los movimientos sociales. La apelación a la sociedad civil tuvo sentido en teoría, así como en la práctica. A partir de la presencia de estados fuertes y autoritarios a menudo se hizo políticamente inviable la organización de los movimientos en torno a demandas de clase y, por ello, la nomenclatura “nuevo” pareció justificar el uso estratégico de identidades alternativas, incluso cuando el objetivo real fuera la lucha de clases.

La amplia aceptación de la teoría de los nms, además de su adecuación al contexto regional, pareció obedecer también a razones adicionales; las redes sociales igualmente cumplieron su parte. Durante décadas muchos estudiantes latinoamericanos viajaron a Europa, especialmente a Francia, a realizar estudios de doctorado en ciencias sociales y filosofía. Muchos de ellos estudiaron con los sociólogos que popularizaron el paradigma nms después de las rebeliones estudiantiles de 1968, Alain Touraine en Francia, entre ellos; y no es exagerado decir que muchos de los sociólogos líderes y académicos de los movimientos sociales en América Latina estudiaron o fueron directamente influidos por su formación intelectual y experiencia en Europa en ese tiempo. Su apertura a las teorías europeas

de los nms incluso pudieron deberse al hecho de que los académicos europeos, a diferencia de sus colegas estadounidenses, estaban más dispuestos a traspasar los límites de la filosofía y la teoría social y adoptar el marxismo, aun cuando se propusieran superarlo, como lo hizo Touraine con la teoría de los nms, lo que volvió a estas prácticas intelectuales en algo especialmente atractivo para muchos científicos sociales latinoamericanos.

Todos estos factores afianzaron aún más la aceptación de la teoría de los nms entre los académicos latinoamericanos, especialmente en relación con el otro modelo de la época, el de Movilización de Recursos (MR), enfoque aplicado por académicos de Estados Unidos, que se basa, también, en el estudio de los actores sociales, pero su énfasis recayó en las consideraciones de estrategia y cálculo en lugar de los grandes ideales, fueran socialistas o de cualquiera otro tipo. A diferencia de los proponentes del modelo MR y de los de su sucesor EOP —que se inclinó hacia los estudios cuantitativos o intensamente empíricos de los actores de los movimientos y las organizaciones—, los académicos europeos estudiaron los movimientos sociales para generar proposiciones generales sobre la ocurrencia de acontecimientos sociales a gran escala y gran poder en las sociedades capitalistas, proposiciones que se aproximaron a los grandes esquemas teórico-filosóficos. En aquel mercado cautivo de opciones, el modelo nms se vendió bien.

¿Redes nuevas o paradigma adecuado?

La liberalización, sin embargo, puede estar dejando su huella. Así como las fronteras entre América Latina y Estados Unidos son ahora rutinariamente cruzadas por el capital y las mercancías, así estamos atestiguando una creciente apreciación y uso

intelectual de los modelos norteamericanos sobre los movimientos sociales, especialmente el enfoque EOP desarrollado por académicos residentes en Estados Unidos como Sidney Tarrow, Charles Tilly, Doug McAdam, John McCarthy y Mayer Zald (Roberts, 1997:139). Que esto esté ocurriendo hoy puede ser un testimonio del crecimiento de una nueva cohorte de estudiantes latinoamericanos educados en instituciones estadounidenses.⁵ Conforme pasa el tiempo y la liberalización modifica el ambiente geopolítico, los vínculos intelectuales entre las instituciones y los académicos de Estados Unidos y América Latina se profundizan, mientras las influencia europea empieza a languidecer, lo cual explica el cambio en el terreno de los paradigmas.⁶

Las redes sociales, sin embargo, no lo explican todo. También parece haber fuertes razones empíricas detrás de la creciente aceptación del enfoque EOP y del subsecuente desafío a la singular hegemonía del paradigma NMS. Una razón es que el modelo EOP es, en sí mismo, un gran adelanto respecto del paradigma estadounidense previo, el MR. Otra razón podría ser la rápida declinación del enfoque marxista en las ciencias sociales en América Latina (¿otro subproducto de la liberalización?), lo cual ha vuelto a los académicos de la región más recepti-

vos hacia un paradigma como el EOP, que generalmente se asocia con enfoques no marxistas de la alternativa racional o con los análisis de inspiración weberiana sobre el poder y las instituciones políticas. Una tercera razón, según argumenta Kenneth Roberts, es que el curso de los acontecimientos en América Latina en los años recientes "no ha sido proclive a la visión romántica del potencial transformador de los actores colectivos de base" que han sido objeto de la teoría de los NMS (1997:140). En un extenso ensayo de revisión de los estudios contemporáneos sobre los movimientos sociales latinoamericanos, Roberts sostiene que:

Lo mejor de la literatura reciente no se limita a celebrar la emergencia de organizaciones de base o la apertura de espacio para expresiones de autonomía cultural o política, sino que hace un esfuerzo serio por entender cómo los movimientos sociales se comprometen con los espacios formales de política institucional y tratan de influir las políticas públicas. Este enfoque evita la tentación de ver en cada nueva manifestación de organización popular un presagio de cambio en las relaciones de poder, y es también sensible a las limitaciones estructurales e institucionales del poder popular. La nueva literatura ha aportado así importantes ideas para comprender muchos de los principales desafíos de los movimien-

5. Hay muchas razones que avalan esta afirmación, aunque su discusión detallada rebasa los límites de este trabajo, algunas de ellas son: el apoyo constante para estudios en el área de parte del Social Science Research Council y la Ford Foundation; la creciente importancia de la Latin American Studies Association en América Latina; el giro neoliberal en la región, que ha animado a las fundaciones e instituciones estadounidenses a ser más receptivas, económica, política y culturalmente con sus vecinos del sur; y el cambio de clima político en América Latina (gobiernos neoliberales y estudiantes menos radicales), lo cual ha animado a los gobiernos latinoamericanos a enviar a Estados Unidos más estudiantes.

6. Esto no quiere decir que la teoría EOP sea exclusivamente estadounidense. También hay europeos que la aplican, entre ellos Bert Klandermans

y Hansdieter Kriesi, de Holanda, entre los más conocidos. Estos no solo han colaborado sistemática y directamente con el politólogo estadounidense Sidney Tarrow en su investigación de largo plazo sobre los movimientos sociales, sino que también han sido influidos por el trabajo del sociólogo residente en Estados Unidos, Charles Tilly, cuya obra sentó las bases de gran parte de la teorización del proceso político y la estructura de la oportunidad política en los años 80 y 90. Mas aún, todos estos académicos europeos y estadounidenses por igual, se inclinan a utilizar la nomenclatura "Enfoques europeo y estadounidense de los movimientos sociales" para diferenciarse de los enfoques MR/EOP y NMS (Kriesi, et. al. 1995: xxi; Klandermans y Tarrow, 1988; Foweraker, 1995: 2).

tos sociales en la América Latina contemporánea. Entre otros: la tendencia de la movilización popular a debilitarse después de las transiciones hacia gobiernos democráticos, la dificultad de crear vínculos horizontales entre organizaciones de base para ampliar su base política, y las relaciones frecuentemente tensas entre las organizaciones populares y las instituciones formalmente representativas de los regímenes democráticos. (Ibid.:140-41).

Con todo y este progreso, el enfoque EOP sigue siendo utilizado principalmente por los académicos estadounidenses, mientras los latinoamericanos, especialmente los que no han estudiado en Estados Unidos, al igual que los europeos, siguen basándose en los principios del modelo NMS. Como tal, la teorización de los movimientos sociales, al menos en América Latina, está estancada, lo cual podría explicarse en gran parte por las largas disputas ideológicas acerca de la influencia estadounidense en la región, preocupación política real y apremiante, así como la aún no demostrada superioridad de un paradigma sobre los otros. Y mientras los partidarios de uno u otro enfoque compiten en el campo de batalla académico, atrincheramientos paradigmáticos aún mayores asoman en el horizonte.

Sin duda, hay signos de esfuerzos por superar esta división. Algunos estudiosos latinoamericanos intentan integrar en una sola estructura teórica el énfasis del enfoque EOP en las estructuras, los procesos y las oportunidades políticas, y el énfasis del enfoque NMS en la cultura, el significado y las identidades (Tanaka, 1996). Estos esfuerzos y los trabajos empíricos de quienes estudian las identidades y las instituciones políticas en conjunto (ver, por ejemplo, Bennett, 1995; Stokes, 1995) nos alejan del conflicto polarizante que amenaza con paralizar el

campo de estudio. Pero las lealtades académicas todavía siguen orillando a muchos analistas a tomar partido cerrado por uno u otro paradigma, hasta el punto de que diferentes autores que estudian el mismo caso bajo diferente perspectiva presentan argumentos opuestos para el mismo fenómeno (ver Schneider, 1995 y Oxhorn, 1995; cfr. Roberts, 1997:140-42). Igualmente sorprendente es el hecho de que quienes evitan una lealtad estricta hacia determinado paradigma para no atizar el fuego de las disputas académicas —y éstos son cada vez más— parecen conformarse al evitar la adopción de cualquier estructura teórica. Resultado: hay una cantidad creciente de estudios empíricamente ricos pero notoriamente subteorizados. Estos estudios pueden incrementar nuestra comprensión de movimientos particulares en lugares específicos habitados por activistas particulares, pero por carecer de teoría ni desafían ni enriquecen teóricamente nuestra comprensión de los movimientos sociales latinoamericanos.

Pero ¿es esto un problema? Después de todo, no son inusuales los estudios subteorizados, especialmente en esta era posmoderna en donde las grandes narrativas ganan escasa credibilidad y en la que menudean viciosas disputas paradigmáticas con ganadores y perdedores a lo largo del campo de batalla. Tampoco es irrazonable loar los esfuerzos de síntesis paradigmáticas, estrategia legítima y probada en otras subáreas de la disciplina. El problema, sin embargo, radica menos en las honestas estrategias para reconocer o acomodar ambos paradigmas que en los paradigmas mismos. Un examen más detenido sugiere que los modelos EOP y NMS fueron desarrollados para aplicarse a circunstancias históricamente específicas en Estados Unidos y Europa, respectivamente. En este sentido, los esfuerzos para rescatarlos o integrarlos en un solo

enfoque, no digamos para profesar la superioridad de uno sobre otro, están condenados al fracaso.⁷

La historia confronta a la teoría: la hermenéutica de los paradigmas de los movimientos

El paradigma NMS es producto de los esfuerzos de sociólogos franceses por explicar los movimientos estudiantiles de 1968 (Touraine, 1971), si bien la emergencia subsecuente de movimientos ambientalistas, feministas y antinucleares que florecieron en Europa en los 1970s y 1980s influyó también en su desarrollo, especialmente entre sociólogos alemanes preocupados por el industrialismo avanzado y la modernidad (Habermas, 1987a; 1987b; 1976). El movimiento estudiantil fue protagonizado por actores sociales predominantemente de la clase media comprometidos con la transformación de la cultura, la sociedad y el sistema político mismo. Con pocas excepciones, estos estudiantes encontraron generalmente difícil mantener alianzas duraderas con la clase obrera, como ocurrió también con las primeras generaciones de feministas, ambientalistas y activistas antinucleares a pesar de que hicieron serios esfuerzos por conseguir ese objetivo. Igualmente importante es señalar que todos estos movimientos surgieron después del periodo de reconstrucción de posguerra en el que los Estados nacionales (especialmente Francia y Alemania) gozaban del reconocimiento de los ciudadanos por sus esfuerzos de conducir la economía y la sociedad hacia un nuevo nivel de prosperidad y esta-

bilidad política después de la destrucción y desmoralización provocadas por el fascismo durante la Segunda Guerra Mundial.

El principal aliado de estos esfuerzos fue notablemente el trabajo organizado, cuya participación directa semicorporativista en la construcción del Estado de bienestar de posguerra y en la industrialización nacional reforzó su lealtad política hacia el Estado (o al menos hacia los partidos socialistas y socialdemócratas a través de los cuales reforzaron sus vínculos con él). La creciente oposición al Estado y a la política tradicional que empezó a fines de los 1960s y que continuó en las décadas subsiguientes, no solo representó un parteaguas crítico y un cambio fundamental en la política de posguerra, sino que también generó la idea de que el Estado y el trabajo estaban en un lado del campo de batalla, mientras los ciudadanos sin lealtades de clase obrera y organizados no en partidos ni en sindicatos, sino en organizaciones de la sociedad civil independientes, estaban en el otro. No es sorprendente entonces que los académicos que teorizaron estos movimientos los conceptualizarán como independientes de las clases y "nuevos", encarnando una lógica política y social enteramente diferente.⁸ En los Estados Unidos, las condiciones sociales y políticas eran esencialmente diferentes. Sin duda, aquí fue el movimiento estudiantil de fines de los 1960s y principios de los 1970s lo que atrajo la atención académica hacia el campo de los movimientos sociales. El movimiento en Estados Unidos presentó muchas similitudes con el movimiento estudiantil

7. Más aún, la batalla permanente entre quienes sostienen la superioridad de un paradigma sobre otro puede ser resultado de la incapacidad de ambos paradigmas para explicar las experiencias latinoamericanas, así como de la obtusa competencia académica o de las pobres lealtades académicas, geopolíticas o no, que a menudo afectan a la investigación social. En el caso latinoamericano, ningún partido teórico ha sido capaz

de ganar la batalla intelectual, moral o de otro tipo, ya que ambos modelos están limitados por su especificidad histórica. Así, la batalla continúa.

8. Los alegatos de desclasamiento se basaron en la presunción de que "clase" significaba esencialmente clase obrera. Para quienes definen la noción de clase menos estrictamente como Claus Offe (1985), los NMS podrían ser analizados en términos de clase, esencialmente de clase media.

europeo, incluyendo la época de aparición, los esfuerzos hacia la transformación de la cultura y la sociedad y el propósito de lograr una mínima articulación con las preocupaciones de clase del trabajo organizado o movimiento sindical. Más aún, el movimiento estudiantil estadounidense fue también el origen del activismo feminista, ambientalista y antinuclear de las décadas siguientes, como ocurrió en el viejo continente. Mientras en Europa el fuerte y socialmente benévolo Estado de bienestar que buscaba estos objetivos estaba bien establecido y así podía ser censurado cuando la realidad no coincidía con la retórica, el aún más benévolo Estado de bienestar y el sistema de partidos permanecieron como objetivo de muchos activistas, incluso en el papel. No es sorprendente entonces que los teóricos de Estados Unidos que estudiaban estos movimientos desarrollaran perspectivas diferentes y que enfocaran e identificaran al Estado y la política formal —así como las estrategias y la capacidad disponible para presionar al Estado para que escuchara sus demandas—, no la sociedad civil, como punto de partida.

No es sorprendente que la cuestión de la lealtad y la identidad de clase en el estudio de los movimientos sociales resultara mucho menos decisiva en Estados Unidos. En Europa, los estudiosos de los movimientos sociales identificaron el rechazo de la identidad de clase y la lucha de clases misma como puntos cardinales de muchos movimientos sociales, proposición que, a su vez, reforzó las pretensiones de “novedad”. Muchos movimientos sociales de fines de los 1960s y posteriores rechazaron la política de la clase obrera como respuesta a los problemas de entonces. Mas esto se debió al hecho de que los movimientos de clase obrera se habían involucrado directamente en la política formal como actores principales en los partidos gobernantes y

en las coaliciones de los estados de bienestar. De este modo, los fracasos de la política del Estado y de la clase obrera resultaban íntimamente relacionados con la experiencia europea. En los Estados Unidos, en cambio, el papel y la relación de la clase obrera organizada respecto del Estado fue totalmente diferente debido a la cultura política en general y a la guerra fría en particular.

Por un lado, esto se explica porque cuando los obreros estadounidenses encontraron lugar en la política formal no fue a través de partidos socialistas, comunistas o socialdemócratas. Antes bien, lo hicieron principalmente a través del Partido Demócrata, que era ideológicamente mucho más centrista y, por lo general, se mostraba reacio a blandir identidades o demandas de clase como estrategia principal. Por el otro, algunos de los elementos más activos y progresistas del movimiento obrero en Estados Unidos estaban en pugna con su propio liderato y apelaban a demandas de democracia en las bases como consigna principal. Por esta razón, las distinciones europeas entre identidades y tácticas “nuevas” y “viejas” resultaron mucho menos claras en el contexto de Estados Unidos. En efecto, algunos de los activistas laborales apóstatas se inclinaron a considerarse la encarnación de los objetivos culturales, políticos y organizativos “nuevos” de los movimientos sociales europeos, y tal vez habrían abominado que se les viera como meros activistas “viejos” de la clase obrera.⁹ El caso fue que los teóricos estadounidenses no descalificaron a los

9. También es cierto que en Europa muchos movimientos laborales organizados intentaron adoptar las estrategias y tácticas de los nuevos movimientos sociales (Klandermans y Tarrow, 1988: 26). Pero a diferencia de sus contrapartes estadounidenses, esas tácticas fueron usadas en Europa por el movimiento laboral organizado nacionalmente en sus negociaciones con el Estado, mientras que en Estados Unidos fueron adoptadas solo por grupos minoritarios de sindicalistas independientes que impugnaban al liderato sindical y al Estado.

movimientos de clase como remanentes del pasado, ni cargaron sus teorías con la presencia o ausencia de preocupaciones específicas de clase. Que la clase obrera estuviera involucrada o no en movimientos sociales era una cuestión de registro empírico, relevante quizás si abría o cerraba oportunidades políticas para el éxito del movimiento, pero no una prueba de ácido para definir su carácter, o un punto de partida teóricamente significativo para clasificarlo como político o social.

El entrelazamiento del Estado y la sociedad en América Latina

Los paradigmas EOP y NMS pueden decirnos mucho sobre los casos de Estados Unidos y Europa, pero precisamente por esta misma razón es poco lo que nos pueden decir sobre América Latina.¹⁰ No es que la preocupación del enfoque NMS respecto de la sociedad civil promueva la negligencia analítica de los rasgos críticos que operan en el activismo de los movimientos sociales, o que la preocupación del enfoque EOP respecto del Estado fomente la negligencia analítica de los fenómenos de la sociedad civil que pueden ser igualmente importantes. El problema es que ambos paradigmas están contruidos sobre premisas "occidentales" y experiencias específicas acerca de la modernidad, la democracia y la formación del Estado, las cuales no coinciden con las experiencias de América Latina.

Los teóricos europeos de los nuevos movimientos sociales ven la modernización como algo que produce subesferas altamente diferenciadas en las que prevalece una distinción conceptual clara y precisa del Estado y la sociedad. En este sentido, la noción habermasiana de que el Estado puede "colonizar" el mundo de vida, se basa justamente en esa comprensión del Estado y la sociedad civil como esferas separadas. Esta puede ser una descripción precisa de la experiencia europea, para no hablar de su utilidad como instrumento analítico de teorización social, pero está muy lejos de la realidad de la mayoría de los países latinoamericanos, la cual obedece a procesos diferentes de formación del Estado y desarrollo político. Así como puede haber mucha más represión y control estatal en América Latina que en los estados "modernos", así hay también mucha menor diferenciación conceptual entre el Estado y las esferas sociales.

Sin duda, en muchos países latinoamericanos el Estado es una presencia leviatanesca, visible y sentida en la vida diaria, por no decir deseosa y capaz de intimidar a la sociedad civil. Pero también es cierto que en muchos de estos países el Estado y la estructura de clases han estado históricamente entrelazados de una manera tal que no puede observarse en las experiencias de modernización europea y estadounidense. Este entrelazamiento, que en términos generales se debe a una larga historia de inclusión popular que ha borrado las líneas de falla institucio-

10. Es justo reconocer que algunos de los formuladores del modelo NMS nunca se propusieron aplicar esta teoría en su forma original a América Latina. Esto es evidente en los repetidos alegatos de Alain Touraine de que en América Latina no hay movimientos sociales (cfr. Tamayo, 1996b:56), al menos en la forma en que el propio Touraine los define, declaración que ratifica su propio reconocimiento de que la experiencia latinoamericana de movilización social es totalmente

diferente a la de Europa. Para Touraine los movimientos sociales son fenómenos "modernos" asociados al posindustrialismo (*ibid*: 57-58). Vale anotar esto porque pone de manifiesto que el problema de gran parte del trabajo teórico actual sobre los movimientos sociales en América Latina radica en que muchos latinoamericanos se apropiaron ciegamente del modelo sin preguntarse sobre sus premisas fundamentales.

nales y conceptuales entre el Estado y los actores sociales, es capaz de limitar y ampliar el poder del Estado sobre la sociedad civil (Davis, 1993; 1989).¹¹ Más aún, algunos de los actores sociales más activos en América Latina suelen ser en muchos casos actores estatales, esto es, maestros y otros empleados públicos que frecuentemente se organizan de manera independiente y usan un lenguaje de autonomía en su confrontación con el Estado (Cook, 1996; Foweraker, 1993). Para entender estos movimientos requeriríamos una estructura teórica que reconozca esas identidades duales y que comprenda al Estado y a la sociedad civil simultáneamente en vez de oponer el uno a la otra.

Así como la relación del Estado y la sociedad civil es históricamente única en América Latina debido a los procesos de formación de éste y las clases, así también lo son las estructuras políticas formales que vinculan a los ciudadanos con el gobierno. Y esta relación impone límites a la utilidad de los modelos de Estados Unidos y Europa cuando se aplican a América Latina. Uno de los argumentos clave de los teóricos de los enfoques EOP y NMS es la relación entre movilización popular y democratización, si bien la conciben de diferente manera por diversas razones. Los teóricos del enfoque NMS, con su énfasis en la sociedad civil, trabajan bajo la presunción de que es el acto de la movilización social lo que genera la democracia, ya sea a través de la adquisición de poder, o por el hecho de que introduciendo una forma alternativa de "hacer política" obligan a la autoridad legítima a tomar decisiones en su favor. Los teóricos del enfoque EOP, en contraste, asumen que la democracia se materializa en el contexto del activismo de los movimientos sociales porque éstos, por definición, emergen ahí donde hay oportunidades políticas para provocar la respuesta del Estado.

Ambos argumentos asumen, sin embargo, que hay algún tipo de democracia formal preexistente y que existen estructuras estatales diferenciadas.¹² Los teóricos del enfoque EOP asumen una cierta comprensión liberal de la experiencia democrática de Estados Unidos donde funciona una estructura estatal descentralizada, la cual se conceptualiza como dotada de mecanismos que responden a los movimientos sociales una vez que éstos emergen. De hecho, lo que diferencia a Estados Unidos de Europa es el rol relevante que juegan los así llamados estados locales en la creación de políticas y en responder a las demandas de los ciudadanos (Short, 1980:132; 171). Es por esta razón que los teóricos del enfoque EOP ponen gran énfasis en los mecanismos político formales de los estados. Los teóricos del enfoque NMS, en cambio, parten de la experiencia europea en la que un Estado altamente centralizado, aunque democrático, se ha traducido en la generación de pocas oportunidades de respuesta estatal a nivel local. Por esta razón, la democracia ha gravitado primariamente en la esfera de la cultura política y en el lenguaje de lo público más que en la política formal o en la respuesta política del Estado.

Sin embargo, ninguna de ambas rutas de democratización se corresponde con la experiencia latinoamericana, no solo porque la mayoría de los estados no sean formalmente democráticos en es-

11. Un enfoque distinto del entrelazamiento del estado y la sociedad civil en América Latina en Touraine, *Actores Sociales y Sistemas Políticos en América Latina* (1987).

12. Aquí sigo a Charles Tilly (1992; 1985; 1987) y Theda Skocpol (1979) respecto de la distinción entre Estado y tipo de régimen político (i. e. democracia, autoritarismo, etcétera). La premisa es que no hay una relación clara entre la forma institucional del Estado (i. e. centralizado vs. descentralizado) y contenido ideológico. Francia y Estados Unidos, ambas democracias, pero el primero altamente centralizado y el segundo

estructura y práctica, sino también porque los mecanismos institucionales que canalizan las demandas de los movimientos sociales y la respuesta estatal son completamente diferentes a los de Estados Unidos y Europa. Es cierto que los estados latinoamericanos presentan la centralización de los estados europeos, pero carecen de las estructuras y las instituciones democráticas formales. Igualmente es cierto que los estados latinoamericanos responden a veces a las demandas de los ciudadanos a nivel local como en los muy descentralizados de Estados Unidos, sin embargo, sus singulares patrones de formación del Estado y las clases determinan que la ausencia de respuestas homogéneas y que éstas no estén jurídica e institucionalmente garantizadas. Es por estas razones, de hecho, que los movimientos sociales latinoamericanos rara vez han contribuido significativamente a la democratización; y por desgracia, bajo ciertas condiciones, precisamente debido a la centralización del poder y a la naturaleza antidemocrática de la mayoría de los países latinoamericanos, los movimientos sociales a menudo han motivado la represión estatal más que la liberación. Más aún, es por esta misma razón que la contribución de los movimientos sociales a la democracia o a la democratización en América Latina no puede ser entendida como si ocurriera en la esfera "pública" autónoma (asumida automáticamente como divorciada de la política) o en el Estado. La mayoría de los activistas de los movimientos sociales asumen que si la democracia se hiciera realidad hoy en América Latina, al menos como un sistema político

tangible erigido sobre un conjunto de estructuras y prácticas participativas formal y constitucionalmente garantizadas, entraría a la agenda una transformación del Estado y la sociedad civil.¹³

En consecuencia, para entender los movimientos sociales en América Latina requerimos una nueva estructura que otorgue igual peso analítico al Estado y al dominio societal; una estructura construida sobre la base de una comprensión histórica de las interrelaciones históricamente dadas de estos dos dominios, y que tome en cuenta los patrones singulares de la formación del Estado. Tal estructura debería contener los elementos que expliquen por qué ciertos movimientos tienen más posibilidades de comprometer al Estado, por qué otros estarían más inclinados a preservar su autonomía, o si habría otros que representen una combinación de ambas tendencias, todo ello, sin asumir que los movimientos deben necesariamente actuar en un sentido o en otro.

Considerar seriamente el espacio

Una manera de lograr estos objetivos es prestando gran atención al espacio. Parto de que los factores espaciales no solo establecen parámetros para la acción sino que interactúan con las fuerzas sociales, las estructuras y las condiciones para producir la acción. En este punto comparto el argumento de Michael Storper y Richard Walker de que "los procesos políticos y económicos en general están conformados por su geografía, y [...] cualquier aparato teórico de ciencias sociales que ignore las dimensiones geográficas de estos procesos (como ha ocurrido a lo largo de casi todos en el siglo xx) lo hace por su cuenta y riesgo" (Storper, 1989:1). También asumo el argumento de Giddens de que "la mayoría de las formas de la teoría social han fracasado al

13. Incluso algunos de los más prominentes teóricos de los nuevos movimientos sociales como Jean Cohen y Andrew Arato, reconocen esto. Para más información sobre la manera en que estos autores conceptualizan la relación entre los movimientos sociales (sociedad civil), la comunidad política y el Estado, véase su autorizado libro *Civil Society and Political Theory*.

no tomar seriamente no solo la temporalidad *sino también los atributos espaciales* de la conducta social" (cfr. Cassell, 1993: 176, énfasis nuestro; ver también Harvey, 1997).

He llegado a esta conclusión no solo a través de textos y argumentos de segunda mano, sino de una evaluación crítica de mi trabajo empírico sobre movimientos sociales urbanos, así como a través del examen detenido de otros estudios empíricos sobre América Latina, la mayoría de los cuales son notorios por su elocuente silencio sobre lo espacial, esto es, por su no consideración de que la naturaleza y objetivos de los movimientos tiene mucho que ver con el lugar donde emergen. La evidencia preliminar sugiere que uno de los determinantes más importantes de la forma que toman los movimientos sociales latinoamericanos y de que sus demandas sean resueltas (ya sea que estén orientados hacia el Estado o hacia la sociedad civil), es que se adecúan a su entorno en vez de ignorarlo. Por ejemplo, en mi trabajo y en el de otros en México ha quedado claro que los movimientos sociales en la capital a menudo se dirigen al Estado porque éste tiene más presencia "local". Más aún, los movimientos sociales en las ciudades capitales y otras grandes ciudades parecen más inclinados a generar alianzas entre las clases, lo que multiplica las posibilidades de éxito, así como se muestran más diestros en contraponer a las estructuras estatales entre sí, orillando de esta forma a la acción del Estado. Esto ocurre no solo porque los movimientos socia-

les emergen en lugares simbólica e institucionalmente representativos, sino porque en las grandes ciudades (especialmente en la capital) hay, por lo general, estructuras estatales más densas y frecuentemente sobrepuestas.

En contraste, los movimientos sociales en áreas rurales o en pueblos de provincia más distantes de la capital parecen ser, relativamente hablando, víctimas más fáciles de la represión, menos inclinados o capaces de negociar con los actores estatales, a consecuencia de lo cual han tenido mucho menos impacto en la política nacional, a menos, por supuesto, que sean capaces de coordinar sus demandas con otros movimientos a lo largo del territorio nacional y/o la ciudad de México.¹⁴ Los movimientos mismos a menudo llegan a esta conclusión, de aquí la emergencia de varias *coordinadoras* de maestros, movimientos sociales urbanos, etcétera, organizadas nacionalmente durante los 1970s y 1980s.

Por supuesto, movimientos en todo México, como en otros países, han sido reprimidos y cooptados, y algunos movimientos sociales en áreas rurales han logrado sorprendentes victorias, mientras que otros en la ciudad de México y otras ciudades grandes han fracasado en muchos aspectos. Pero cuando los movimientos sociales basados en el campo han tenido éxito no ha sido por mantener distancia del Estado sino comprometiendo a los actores e instituciones estatales nacionales con sus propias demandas.¹⁵ Prestar atención al *lugar* en el que emergen los movimientos sociales, es decir, consi-

14. Uno de los mejores trabajos sobre este tema en el caso de México es el de Jonathan Fox, *The Politics of Food in Mexico*. Aunque un poco más antiguo pero igualmente convincente es el estudio de Merilee Grindle, *Bureaucrats, Politicians, and Peasants in Mexico*.

15. Un hallazgo fascinante —aunque a mi entender insuficientemente teorizado— en la discusión de María Lorena Cook sobre los éxitos y fracasos del movimiento democrático (independiente) de los maestros

en México, es el hecho de que aquellos movimientos regionales más capaces de sostener sus propios éxitos son aquellos que negociaron con el Estado centralizado, mientras los que rechazaron esos vínculos y negociaciones —i.e., que mantuvieron su autonomía— no lograron sobrevivir en el largo plazo. Esto sugiere que la distancia respecto del Estado centralizado pesa en la dinámica de los movimientos sociales y que acortar esa distancia es una determinante importante para su éxito.

derar seriamente el espacio, es importante para empezar a entender el carácter y la naturaleza, así como la probabilidad de éxito del activismo de los movimientos sociales. Por supuesto, preocuparnos por esta dinámica es empezar a superar algunas de las preocupaciones de los teóricos de los nuevos movimientos sociales. Como Joe Foweraker (1995:2) nos recuerda en su amplia y admirable revisión de la teoría de los movimientos sociales, los teóricos de influencia europea están menos interesados en saber por qué los movimientos tienen éxito y están más preocupados por su significado y su gran impacto en la democratización, a diferencia de sus contrapartes estadounidenses, que se interesan más en la movilización de recursos y el proceso político. Pero aún para el significado y el impacto sobre la democratización, la localización de los movimientos puede ser de importancia crítica.

En la literatura sobre los movimientos sociales y la democratización, por ejemplo, una cantidad notablemente grande de los movimientos que los académicos consideran importantes en la creación de culturas políticas democráticas o en las transiciones hacia la democracia son de hecho movimientos sociales urbanos localizados en las ciudades más grandes de América Latina: Buenos Aires, Río de Janeiro, Sao Paulo y Lima (Mainwaring, 1987; Sla-

ter, 1985; Mainwaring y Viola, 1984). Además, muchos de los movimientos considerados por los académicos como ejemplares en el contexto de los "nuevos" movimientos sociales son también generalmente urbanos y están organizados por colonias en torno a demandas de servicios. De hecho, en el conjunto de la literatura de los nuevos movimientos sociales la evidencia sugiere que los movimientos sociales rurales son escasos e infrecuentes, al menos en comparación con los movimientos urbanos. Con todo, si lo que importara fuera solo el momento (i.e. posmodernidad), el peso del Estado Leviatán, o la ausencia de estructuras y prácticas democráticas, deberíamos esperar ver al menos un número igual de movimientos o quizá más en las áreas rurales debido a que en ellas se sufre mayor represión y exclusión política. El espacio urbano, entonces, es en realidad muy importante para lo que los académicos de los movimientos sociales, especialmente los de los nuevos movimientos sociales, argumentan. Sin embargo, este importante hecho casi no es teorizado como significativo por los teóricos de los enfoques EOP y NMS, a pesar de su obvia relevancia. En el mejor de los casos, los teóricos de ambos enfoques permanecen relativamente silenciosos frente a movimientos nítidamente urbanos y a sus diferencias específicas con otros movimientos; silenciosos al menos en la medida en que tienden a ignorar teórica y analíticamente la localización y la racionalidad urbana de dichos movimientos, a los que tratan simplemente como movimientos sociales en términos generales.¹⁶

Al enfocar las diferencias entre los espacios urbanos y los de otro tipo no estoy tratando de resucitar ciegamente la obra de Manuel Castells (1984), aunque creo que se le ha propinado un gran demérito por los teóricos de los movimientos sociales que han ignorado largamente sus contribuciones teóri-

16. Scott Mainwaring (1987:133), por ejemplo, define los movimientos urbanos meramente como "un subconjunto de movimientos sociales", esto es, "movimientos de gente pobre que se desarrollan en áreas urbanas pero que son diferentes al movimiento laboral" (p. 133). Mainwaring reconoce que las diferencias provienen de que el foco de los movimientos urbanos está en la esfera de la reproducción, no en la de la producción; sin embargo, esta diferencia no cumple ninguna función en la teorización ulterior del autor sobre el impacto político y los límites de dichos movimientos. Lo que le importa en primer lugar, en realidad, es subrayar su fragmentación y las bases culturales de la formación de su identidad social.

cas y empíricas pioneras y todavía significativas al estudio de los movimientos sociales, la democratización, las clases y la cultura en América Latina y otras partes. Pero mi propósito no es argumentar a favor de una comprensión general de lo urbano, como lo hace Castells, o analizar cómo su noción de consumo colectivo nos puede servir para comprender los movimientos sociales y su enorme impacto en la política y la sociedad en América Latina. En lugar de eso, lo que estoy haciendo aquí es introducir el concepto de *espacio y lenguajes del espacio* al estudio de los movimientos sociales y, en particular, proponer la noción de *distancia* como punto de partida para teorizar la naturaleza de las relaciones entre ciudadanos y Estado y cómo esto impulsa los movimientos sociales en América Latina.

Hasta cierto punto, el reconocimiento del espacio está presente en una veta de la literatura que examina la movilización social y el desarrollo político. Estoy pensando en el considerable cúmulo de trabajo producido o inspirado por Stein Rokkan sobre los partidos y los sistemas políticos, el cual está repleto de discusiones sobre las relaciones centro-periferia y que usa un extenso léxico de inclusión y exclusión que, entre otras cosas, refiere a lo espacial.¹⁷ Sin embargo, este lenguaje conceptual y su significado exacto no han sido integrados sistemáticamente en los estudios contemporáneos de los movimientos sociales, salvo por varios proponentes del enfoque EOP al explicar las bases sobre las que se organizó la política de "viejo" estilo, las cuales crearon espacio (u oportunidades) para la emergencia de movimientos sociales (Kriesi, et. al., 1995:19). Esto es, si el lenguaje del espacio y la distancia cuenta para los teóricos contemporáneos de los movimientos sociales, éstos son los teóricos vinculados al enfoque EOP, y se le ha usado para estudiar el contexto político tradicional o "viejo"

de movimientos organizados al amparo de los partidos políticos y el Estado, no así el carácter y el potencial de los movimientos sociales contemporáneos. Por esta razón, la manera en que los teóricos del enfoque EOP consideran el espacio no es la misma que la que yo tengo en mente porque el concepto para ellos es parte de una comprensión más amplia e históricamente determinada de la política de los partidos europeos, la que se identifica como parte de un periodo más antiguo. Para mí, los lenguajes y conceptos de espacio son útiles para entender tanto los llamados "nuevos" movimientos sociales como los viejos, en el presente y no solo en el pasado.

Al introducir la noción de distancia respecto del Estado me propongo hablar de lo que Robert Merton llamaría silencios teóricos de los analistas de los movimientos sociales, que consideran las actividades de tales movimientos en las ciudades para plantear grandes demandas, al tiempo que ignoran conspicuamente las implicaciones teóricas de esas dinámicas territoriales o espaciales. También espero encuadrar simultáneamente los dominios estatal y societal debido a que la distancia es por definición y en mi propio concepto una noción relacional que nos puede ayudar a comprender la diversidad de conexiones entre los ciudadanos (i. e. sociedad civil) y el Estado, así como la forma en que esas conexiones o la ausencia de ellas dan vida y sentido a los movimientos sociales, al mismo tiempo que nos ofrecen una estructura para estudiarlos. Finalmente, me propongo plantear la singularidad de los procesos históricos de la formación del Estado

17. Una amplia revisión de las contribuciones de Rokkan y su influencia en el trabajo ulterior en *Mobilization, Center-Periphery Structures and Nation-building* (Tosvik, 1981).

en América Latina como crucial para el estudio de los movimientos sociales.

El examen detenido de la formación del Estado y cómo este proceso aleja a ciertas poblaciones de las instituciones, en las prácticas y en la vida misma del Estado nacional, así como atrae a otras hacia su órbita, nos ayuda a entender mejor las relaciones únicas entre las esferas pública y privada y entre la sociedad civil y el Estado en América Latina. Todo esto, a la vez, nos ayuda a comprender el significado y carácter de los movimientos sociales, tanto su así llamada novedad como su anacronismo, así como su papel potencial en la democratización y su gran difusión entre ciertas poblaciones de América Latina.

Teorizar la distancia

El concepto de distancia que empleo aquí no es solo geográfico, también puede ser entendido en términos institucionales, culturales y de clase. Las poblaciones pueden estar distanciadas de las instituciones, las prácticas, las políticas, los procedimientos e incluso los discursos del Estado en cualquiera de estas cuatro acepciones o más. Y es la distancia de los ciudadanos respecto del Estado en conjunto lo que, sociológicamente hablando, debemos tomar en cuenta al analizar la emergencia de los movimientos sociales, las estrategias que persiguen, las identidades que adoptan y su impacto sobre la política y la sociedad. Mi propósito es teorizar a partir de las contribuciones de la literatura existente sobre geografía política, espacio y semiótica, así como de la antropología cultural representada hoy por la

obra de Peter Taylor, John Agnew, David Harvey, Mark Gottdiener, Edward Soja, Sarah Radcliffe y Sallie Westwood, buscando ir más allá.

Cuando me refiero al Estado tengo en mente la definición que Joel Migdal extrae de Max Weber: "organización compuesta de numerosas dependencias dirigidas y coordinadas por el liderato del Estado (poder ejecutivo) que tiene la capacidad o autoridad de crear e implementar leyes obligatorias para toda la población, así como de establecer los parámetros de creación de leyes para otras organizaciones sociales en un territorio determinado, usando la fuerza para ello en caso de ser necesario" (1988:19). No me refiero únicamente a instituciones gubernamentales nacionales de alto perfil y administrativamente poderosas que muchos académicos tienen en mente cuando hablan de los estados latinoamericanos, ni siquiera a instituciones nacionales como el ejército que controlan los medios de coerción, sino más ampliamente a la gran variedad de instituciones y agencias de gobierno, creación de políticas e implementación de las mismas, algunas de las cuales pueden ser totalmente menores, pero que tienen impacto en la vida y los medios de vida de los ciudadanos. En este sentido, incluyo en la definición a otros actores e instituciones que crean y llevan a cabo leyes y políticas como los partidos y parlamentos, no solo a los burocratas.¹⁸

Para referirse a esta diversidad de actividades, algunos académicos usan el término comunidad política; prefiero el concepto de Estado no solo porque es el que usan los teóricos de los enfoques EOP y NMS, sino porque abarca las dimensiones procedimentales, institucionales y normativas de gobierno, así como los resultados de las políticas, los que frecuentemente (aunque no en modo exclusivo) son causa de la movilización ciudadana. Prefiero

18. En este punto tomo en cuenta la brillante demostración de O'Donnell (1973) en el sentido de que la posibilidad de que los partidos o los parlamentos tengan poder sustantivo de gobierno depende del tiempo y lugar, incluyendo la historia y la naturaleza del desarrollo económico.

ro el concepto de Estado pues es diferente del concepto de régimen, distinción importante y absolutamente necesaria, que a menudo se pierde en la literatura sobre los movimientos sociales de América Latina. Los ciudadanos pueden aborrecer al régimen en el poder, o sentir que un régimen o gobierno particular se ha extralimitado y así repudiarlo. Pero con algunas claras excepciones, esto no significa que los ciudadanos automáticamente objetan la idea misma de Estado, incluso cuando se organizan en torno a identidades sociales autónomas.¹⁹ En efecto, el supuesto normativo según el cual los estados modernos tienen el propósito principal de habilitar y proteger a los ciudadanos ha ganado un sorprendente apoyo entre los ciudadanos de países de desarrollo tardío, incluso entre la gente marginada más proclive a luchar contra los regímenes en el poder (Herzfeld, 1997:2).²⁰

Al reflexionar sobre la distancia de los ciudadanos respecto del Estado como punto de partida del estudio de los movimientos sociales en América Latina, comparto algunas de las preocupaciones sobre la formación del Estado, los límites de la sociedad civil y el ascenso de la esfera pública; problemas que han llamado la atención de muchos de los principales teóricos sociales europeos como Jürgen Habermas, Carl Schmidt y Hannah Arendt, y más recientemente Jean Cohen y Andrew Arato. Estos académicos se propusieron entender las articulaciones históricas entre el Estado y la sociedad (generalmente definidos como esfera pública y sociedad civil) y cómo y por qué han cambiado a lo largo del tiempo. Este es también mi propósito, aunque tal vez a partir de supuestos diferentes. Más aún, de manera similar a la de los académicos estadounidenses del enfoque EOP, yo veo necesario entender el poder y las estructuras políticas del Estado para entender las acciones colectivas de los ciudadanos. Sin embargo, mi estruc-

tura difiere en varios aspectos importantes, lo cual exige una mayor explicación.

Primero, en vez de considerar al Estado y la sociedad como dos dominios homogéneos y diferentes a ser conceptualizados como opuestos entre sí, adopto un enfoque diferenciado, principalmente porque en el contexto latinoamericano el Estado presenta un desarrollo disparejo y fragmentado, y a veces transversal en relación con la sociedad, la cual, a su vez, se presenta también diferenciada en aspectos cruciales. Es por esta razón que, de hecho, prefiero analizar la distancia de los ciudadanos respecto del Estado en cuatro dimensiones diferentes (geográfica, institucional, de clase y cultural) que pueden proporcionarnos una comprensión *de conjunto* más precisa y matizada del Estado y la sociedad. A excepción de la dimensión de clase, el resto de estas dimensiones no habían sido identificadas como analíticamente centrales —al menos en estos términos— en ninguno de los enfoques a que nos hemos referido, aunque éstos no son indiferentes a las cuestiones de organización del Estado, parlamentarismo, constitucionalismo, público instruido, la así llamada esfera política pública y/o la economía, asuntos que, por otra parte, varios teóricos sociales han planteado ya. Segundo, a diferencia de los teóricos que examinan las relaciones cambiantes Estado-sociales en términos de un solo factor, ya sea institucional, cultural o de clase, considero que las relaciones *entre* estas cuatro dimensiones son tan importantes como cualquiera de ellas en particular para entender la distancia de los ciudadanos respecto del Estado. Tercer-

19. Irónicamente, esta idea encuentra, tal vez, más aceptación en la ciudadanía y los movimientos sociales de Estados Unidos, cuya historia de antiestatismo y cultura política imponen límites más estrictos que los de América Latina y Europa a la intervención del Estado.

20. Una interesante discusión de esta paradoja está en Herzfeld (1997).

ro, en vez de preocuparme por dónde trazar la línea teórica divisoria entre el Estado y la sociedad, o entre el Estado y la esfera pública, o incluso entre la esfera política y el Estado, empiezo por asumir que estas distinciones son abierta y altamente disputadas en el mundo "real" de América Latina en razón de la historia y el papel de los movimientos sociales en el desafío, la disputa y la superación de estos dominios.

Causas de la distancia

Geográficas

La historia del desarrollo político y económico de América Latina pone de manifiesto que una de las causas más duraderas y conflictivas de la distancia de los ciudadanos respecto de las prácticas, las hazañas y la participación en el Estado es de origen geográfico. La mayoría de los estados nacionales en América Latina, por lo general, se basan en aparatos administrativos altamente centralizados, y esta centralización presenta dimensiones espaciales e institucionales. Respecto de la primera, la sede del gobierno es por lo general una gran ciudad capital dotada de actividades, recursos, significado semiótico y centralidad política que la distinguen del resto (Smith, 1986:182; ver también Davis, 1994). En estas ciudades capitales, los movimientos tienen un acceso simbólico y sustantivo al Estado de manera tal que puede influir en su estrategia y acciones, así como en la forma de respuesta del Estado mismo. Sin embargo, al considerar la distancia geográfica no basta saber dónde se localizan los ciudadanos y los movimientos sociales, *i. e.*, áreas rurales vs. áreas urbanas, pueblos grandes o pequeños, ciudades capitales o provincias. El conjunto geográfico de una nación también importa de sobremanera, incluyendo la cuestión de si grandes segmentos de la población están cerca o lejos del asiento del gobierno

y/o el sitio donde se localizan las principales instituciones del Estado.

Que hay algún tipo de relación entre localización y el carácter de los movimientos resulta claro si se examinan detenidamente las diferencias entre los movimientos urbanos y rurales como aludimos antes. Los movimientos urbanos presentan, por lo general, demandas menos radicales y se muestran más inclinados a la negociación y la conciliación, rasgo que los teóricos de los nuevos movimientos sociales podrían identificar como rechazo a la identidad o al radicalismo de clase. Y en una nación altamente centralizada y grande, los movimientos urbanos en la capital tienden a plantear demandas más moderadas. En contraste, a los movimientos en regiones distantes de la capital frecuentemente se les niega el mismo acceso al Estado, debido en gran parte a que están geográficamente separados o aislados. Estos están, para decirlo así, más distanciados del Estado, y puede ser precisamente por esta razón que los movimientos sociales más radicales en América Latina prosperan en las áreas distantes y aisladas de las ciudades capitales (Wickham-Crowley, 1992). En efecto, la evidencia sugiere que una característica de los movimientos sociales que tienden a rechazar o a mostrarse desfavorables a comprometerse con el Estado tienen sus raíces en regiones o localidades distantes del asiento geográfico del Estado nacional.

Los casos de los movimientos rebeldes de Sendero Luminoso y Tupac Amaru en Perú, y Antorcha Campesina, los zapatistas (EZLN) y el Ejército Popular Revolucionario (ERP) vienen inmediatamente a la mente, si bien algunos movimientos sociales menos radicales pero decididamente opositores y altamente visibles como El Barzón y el movimiento Navista en México también provienen de provincias distantes. Estos movimientos surgieron en lugares

geográficamente distantes —si no aislados— del centro político, social y económico de la nación, Lima y la ciudad de México en estos casos. Es sorprendente que Perú y México, países conocidos por las diferencias espaciales más extremas entre el centro y la “periferia”, han tenido a muchos de los movimientos sociales más radicales de América Latina. Parece haber una relación entre el aislamiento o la distancia territorial y el radicalismo de los movimientos sociales, al menos así es en el caso de Sendero Luminoso y un poco menos en el de los zapatistas. Esto contrasta con el activismo de los movimientos sociales en las ciudades capitales de estos países, donde es menos probable que surjan u obtengan apoyo movimientos estilo guerrilla o fuertemente opositores. Muchos teóricos de los movimientos sociales o de otro tipo han preferido entender estos movimientos en términos de valores y cultura, asociados con el contenido de clase o la modernización (o su antinomia, el atraso). Pero al hacerlo así se muestran incapaces de reconocer que el espacio, especialmente la distancia de las instituciones, prácticas y proyectos del Estado nacional, también juega su parte.

Hay que desarrollar y reformular las nociones de regiones avanzadas y atrasadas de Goffman para entender esta situación. De acuerdo con Anthony Giddens, el concepto de regiones de Goffman alude a áreas físicas “que difieren en términos de su confinamiento o demarcación, así como en términos de qué características de presencia podrían ‘dejar pasar’” (Cassell, 1993:182). En una explicación más amplia, Giddens pone el ejemplo de una mampara de vidrio grueso en un estudio de radio que sirve para aislar auditiva pero no visualmente un cuarto. Las regiones, en breve, pueden ser distinguidas de varias maneras, como lo sugiere mi noción cuádruple de distancia, si bien a menudo se

les distingue también en términos de uso y, más relevante para nuestros propósitos, en términos de relaciones sociales. En particular, las regiones atrasadas difieren de las avanzadas en que ciertas formas de interacción social “están ausentes o escondidas”.²¹ En muchos sentidos, este argumento se corresponde con los planteamientos de geógrafos británicos que han demostrado que los ciudadanos de poblaciones de diferente tamaño tienden a establecer relaciones diferentes con la autoridad política, condición que cuenta para las formas y patrones de protesta (Less, 1982).²²

Con base en estas ideas de espacio y distancia respecto de las autoridades políticas del Estado nacional es posible pensar las regiones avanzadas y atrasadas de Perú y México, especialmente si analizamos cada historia regional en relación con la historia nacional de la formación del Estado. Por las prácticas pretéritas económicas y políticas del Estado, para no hablar de los patrones administrativos del gobierno colonial español, las provincias “atrasadas” de Ayacucho y Chiapas, por ejemplo, fueron tenidas como institucionalmente aisladas, circunstancia que reforzó —y fue reforzada por— su ubicación en remotas regiones montañosas a las que es muy difícil acceder. En este sentido, Ayacucho y Chiapas son notoriamente diferentes de las localidades centrales de Lima y la ciudad de México

21. “La actuación en las regiones avanzadas típicamente supone esfuerzos para crear y sostener la apariencia de conformidad con las reglas respecto de las cuales los actores pueden ser indiferentes e incluso positivamente hostiles cuando discuten solo entre ellos. La existencia de discriminaciones avanzadas/atrasadas normalmente indica una penetración discursiva sustantiva de las formas institucionales en las que transcurre la interacción.” (Cassells, 1983:182).

22. Los geógrafos británicos han llevado desde hace tiempo la delantera en el análisis del espacio y la política. Más información sobre esto en John R. Short (1982) y Peter J. Taylor (1989).

no solo en términos del grado de distancia espacial, sino también de niveles de explotación, pobreza y aislamiento de las normas y procedimientos políticos establecidos nacionalmente, incluyendo la represión violenta y el terror, prácticas que si bien pueden ocurrir frecuentemente, no son reconocidas como componentes legítimos del derecho político del Estado gobernante. Además, las diferencias de procedimiento y prácticas, especialmente el punto de partida de las normas políticas establecidas, a menudo son deliberadamente disimuladas frente a las poblaciones de las localidades centrales, práctica que fomenta la oposición local y que permite al Estado responder duramente a esos movimientos.

Para mí, el atractivo de la idea de regiones avanzadas y atrasadas estriba en que concentra nuestra atención en algo más que las meras diferencias de espacio, la exclusión y el aislamiento. En efecto, las poblaciones pueden ser relegadas a la condición de regiones "atrasadas", para usar la nomenclatura de Goffman, o distanciadas del Estado, para usar mi propia fraseología, en términos institucionales, culturales, de clase y geográficos. Además, como veremos, estas formas de distancia a menudo se presentan juntas, así como la distancia está vinculada no solo a los medios a través de los cuales los estados consolidan bajo su férula grandes territorios, sino también a los procesos institucionales de formación del Estado y las clases, los cuales tienen por sí mismos una lógica espacial.

Institucionales

Una segunda manera en que podemos entender la distancia de los ciudadanos respecto del Estado y cómo esto influye en las actividades de los movimientos sociales es enfocando las instituciones formales de gobierno. Ya que los estados lati-

noamericanos modernos están altamente centralizados a causa de los patrones de colonialismo, mercantilismo, guerra y, más recientemente, a los procesos de urbanización impulsados por la industrialización, el poder político está altamente concentrado en las instituciones del Estado nacional, principalmente en el poder ejecutivo si es que no en la persona del presidente directamente. Esto no solo significa que la mayoría de las decisiones políticas sean tomadas en las oficinas del presidente y de su gabinete nacional, o en instituciones altamente burocratizadas que están muy distantes de la vida diaria de los ciudadanos; significa también que el poder de las estructuras intermedias del Estado, incluyendo al congreso nacional o parlamento, tienden a estar claramente circunscritas (O'Donnell, 1973). Más importante aún, significa que las estructuras políticas locales, o las instituciones más próximas a los ciudadanos, tanto en el sentido burocrático como espacial, carecen casi por completo de poder.

En consecuencia, la mayoría de los ciudadanos en América Latina vive considerablemente distanciada de las instituciones, los procedimientos y las prácticas de creación de políticas formalmente sancionadas por el Estado, principalmente porque las instituciones de gobierno y creación de políticas son nacionales, no locales. Y precisamente debido a que el Estado es tan institucionalmente inaccesible y distante de los ciudadanos, y a que está organizado para responder a los actores y problemas nacionales más que a los asuntos de la vida diaria de las comunidades y municipios, es que muchos ciudadanos se organizan en movimientos sociales para manifestar sus preferencias políticas y/o plantear demandas al Estado. Lo que intentan es cerrar la brecha institucional entre los ciudadanos y el Estado, por así decirlo, a fin de acercar las instituciones

a los ciudadanos.²³ Esto tiene importantes implicaciones para la teorización de los movimientos sociales, ya que sugiere que un gran número de éstos en América Latina podrían estar tratando de cerrar esa distancia, no de abrirla, como los teóricos de los nuevos movimientos sociales sugieren. Lejos de tratar de una distancia social o institucional mayor entre ellos y el Estado colonizador del tiempo de vida, como los intérpretes de Habermas podrían argumentar, lo que buscan es mayor proximidad o acceso a las instituciones formales de gobierno. Después de todo, al demandar mayor conexión con las instituciones y las prácticas de creación de políticas, los ciudadanos participan y usan las instituciones para sus propios propósitos.²⁴

Obviamente, esto no significa que las organizaciones locales de los movimientos sociales estén deseosas de invitar a las instituciones corruptas del Estado, o a los políticos, a que participen en su vida cotidiana. En este punto es importante subrayar la diferencia entre Estado y régimen, y recordar al lector que nuestra comprensión del Estado y de los esfuerzos de los ciudadanos por cerrar la distancia se basa principalmente en el entendimiento del ideal normativo del Estado. Para la mayoría de los ciudadanos en América Latina este ideal implica instituciones procedimentales y representativas, sin ignorar que puede haber desacuerdo sobre el tipo de insti-

tuciones (delegativas o directamente democráticas, por ejemplo) y sobre el contexto político económico amplio en el que deben estar basadas. En consecuencia, los esfuerzos de los movimientos sociales en el mundo real para cerrar la distancia institucional también pueden ser vistos como esfuerzos para la construcción de la democracia o para crear mayores conexiones entre los ciudadanos y el Estado mediante la apertura de nuevos canales o mecanismos de participación.

Esto tampoco quiere decir que esos movimientos u organizaciones locales no valoren su autonomía o el uso del lenguaje y/o de las estrategias autonomistas para plantear demandas al Estado. Un ejemplo de esto puede apreciarse en el estudio de Vivienne Bennett sobre los movimientos sociales organizados en torno a la demanda de agua en Monterrey, México. Bennett argumenta que, entre otras cosas, las vecindades se organizaron en respuesta a "las condiciones de vida infrahumanas y a la falta de mecanismos institucionales efectivos para procesar las demandas y resolver los problemas urbanos" (énfasis nuestro); y al tiempo sugiere que esto motivó a los residentes a "desarrollar su propio discurso y sus propios canales de comunicación", Bennett subraya que uno de los propósitos principales de la protesta fue obligar al gobierno a proveer un adecuado servicio de agua (Bennett,

23. Es importante subrayar que cuando hablo de distancia (o proximidad) respecto del Estado estoy hablando en términos institucionales, no en sentido físico. En muchos países latinoamericanos los gobiernos reprimen o aterrorizan físicamente a los ciudadanos, de tal modo que en este sentido habría poca "distancia" física. Pero la represión armada o física no entra precisamente en ninguna de las cuatro categorías de distancia o proximidad que he propuesto aquí. Las poblaciones más distantes del Estado en términos geográficos, institucionales, de clase y culturales son las más expuestas a la represión violenta debido a que son vistas y tratadas como si estuvieran

fuera del contrato social formal entre los ciudadanos y el Estado.

24. Incluso Habermas es consciente de esta dinámica. El observa que "el estado debe [...] proveer las garantías positivas y materiales de la participación en términos de nuevos derechos sociales [...]. Mientras que los derechos negativos como las 'libertades' se preservan en las constituciones de los estados de bienestar, ahora debemos verlos como derechos de participación en términos de derechos sociales positivos a las actividades del estado en vez de verlos como formas de auto-defensa y auto-diferenciación respecto del Estado." (cfr. Cohen y Arato, 1995:250).

1995:104). Esto es, a través de su organización y sus protestas, los ciudadanos estaban tratando de obtener los beneficios que las instituciones no les podían proveer, de aquí su argumento de que las "protestas habían sobrepasado los canales gubernamentales simplemente porque esos canales no existían" (Bennett, 1995:105). Sin embargo, en el proceso estos ciudadanos organizados colectivamente lograron cerrar la brecha con las instituciones existentes del Estado, contribuyendo así a crear nuevas instituciones y prácticas, las cuales, según muestra Bennett, proporcionaron el servicio de agua más accesiblemente en lo sucesivo.

Todo esto nos ayuda a entender por qué muchos de los movimientos sociales más comunes y notorios en América Latina son movimientos urbanos de vecindad, colonia y barrio que plantean al Estado demandas de suministro de servicios en la ciudad. Pues los residentes de las comunidades urbanas frecuentemente carecen de las estructuras básicas de participación política en la ciudad o en la colonia, cuentan con poco acceso formal al Estado. Por eso a menudo se organizan en movimientos sociales a través de los cuales plantean demandas de servicios y envían el mensaje de que las instituciones políticas del Estado no están operando a nivel de la comunidad, la colonia o el barrio. Al proceder así, tienden a cerrar la brecha institucional con el Estado.

De nuevo, es importante recordar que la experiencia latinoamericana de formación del Estado contrasta fuertemente con la experiencia de Estados Unidos, circunstancia que tiene implicaciones teóricas cruciales. En los Estados Unidos, como Tocqueville nos recuerda, las estructuras políticas locales eran poderosas y mucho más adecuadas que el Estado nacional como fuentes legítimas de poder debido a que las prácticas y procedimientos

comunitarios de gobierno en los pueblos pequeños fueron la base original de la autoridad política. El Estado fue dotado de poder local primero, y luego de poder nacional, y los remanentes ideológicos de este ideal de descentralización permanecen hasta hoy, y son permanentemente debatidos en el discurso del federalismo. Por supuesto, gracias al crecimiento y a la burocratización de las estructuras administrativas, los estados de todas partes se han ido distanciando de la ciudadanía. Estados Unidos no es la excepción, pero las estructuras y las prácticas políticas locales conservan ahí una fuerza sorprendente, y la mayoría de los ciudadanos estadounidenses consideran que los gobiernos locales son mucho más responsivos que el gobierno nacional. En la vida diaria, entonces, los ciudadanos estadounidenses sienten al gobierno local menos extraño. Y es precisamente por esta razón que en Estados Unidos hemos visto pocos movimientos sociales urbanos, y solo llegan a emerger en las grandes ciudades que tienen gobiernos altamente burocratizados que *de facto* se han distanciando de las demandas de la comunidad local aunque estén obligados a responder *de jure*.

La situación en Europa es un poco diferente a la de Estados Unidos en el sentido de que los estados nacionales están mucho más centralizados, y las estructuras políticas locales no están muy consolidadas. Sin embargo, el tamaño más pequeño de los países europeos y la amplia cobertura de los estados de bienestar reducen la distancia entre los ciudadanos y éste, lo que los hace más parecidos a los Estados Unidos que a los de América Latina en este aspecto. A diferencia de Latinoamérica, en Europa una gran cantidad de ciudadanos tiene acceso institucional al Estado de bienestar redistributivo y a sus ventajas, de tal modo que

experimentan las regulaciones y las instituciones estatales en su vida diaria. No es sorprendente, entonces, como han subrayado los teóricos de los nuevos movimientos sociales, que los ciudadanos que se organizan en movimientos sociales en Europa busquen mayor distancia (o autonomía, como dirían los teóricos de los NMS) de las instituciones y prácticas del Estado, ya que la “cercanía” obviamente no ha satisfecho la totalidad de sus aspiraciones personales. En América Latina, en contraste, la distancia parece ser la culpable, además del hecho de que los estados funcionan más a nivel nacional que local. Un acceso más local a las instituciones formales de gobierno es algo que los movimientos sociales generalmente desean.

Debemos recordar, no obstante, que no todos los latinoamericanos están igualmente distantes, institucionalmente hablando, de las prácticas y procedimientos de gobierno del Estado. El espacio geográfico también cuenta, especialmente en cuanto a que las poblaciones de determinadas partes pueden estar más o menos institucionalmente relacionadas, precisamente en razón de los procesos altamente centralizados de la formación del Estado. Como Giddens nos recuerda, siguiendo tal vez el trabajo de Weber sobre las ciudades y la formación del Estado, así como la noción de Goffman sobre las regiones, las ciudades “son los principales intermediarios locales entre los de disponibilidad de corto plazo [léase: individuos en contacto frente a frente o colectivo] y el Estado nacional.” (Cassell, 1993:184). Uno supone que esto debe ser así con mayor fuerza en las ciudades capitales por el predominio de las instituciones del Estado nacional, y menos decisivamente en ciudades pequeñas localizadas en áreas remotas. Y son los ciudadanos asentados fuera de las ciudades los que, generalmente hablando, están menos relacionados con el Estado

y sus instituciones formales de gobierno. Esto es especialmente cierto en regímenes políticos altamente centralizados como los que vemos en América Latina. Hace mucho Tocqueville argumentó que solo con “la descentralización del poder político y económico” los ciudadanos tienen las “oportunidades [...] (de) ser agentes efectivos” en la comunidad política mayor (Tocqueville *cfr.* García, 1996:15). En ausencia de esa descentralización, una proporción extraordinariamente grande de latinoamericanos se encuentra alejada de las instituciones del Estado y, de esa manera, distante de las oportunidades formalmente sancionadas de practicar la ciudadanía.²⁵

Por otra parte, incluso en el caso en que en todos los municipios de un país existieran las mismas instituciones formales de gobierno, los ciudadanos de ciertas localidades, al estar fuera del alcance de la mirada de otros, o contar solo con un limitado acceso a las instituciones del Estado, se conducirían, por así decirlo, con reglas distintas. De nuevo, Giddens nos recuerda que “los habitantes de los barrios pobres de una ciudad, por ejemplo, pueden estar ‘alejados’ del patrón espacio-tiempo que siguen otros que usan la ciudad pero que no viven en ella.” (Cassells, 1993:184). En la medida en que en esas regiones ‘atrasadas’ observemos diferentes procedimientos políticos y

25. La relación entre la distancia institucional y espacial no es necesariamente directa. En algunos países, las regiones fronterizas, por ejemplo, aunque distantes del Estado central, estarán más integradas institucionalmente debido a consideraciones de defensa o seguridad nacional. Esto sería particularmente cierto para países latinoamericanos con larga historia de escaramuzas fronterizas. Así veríamos también una historia de represión y mano dura, precisamente por las incertidumbres fronterizas, lo que a su vez incrementaría el sentido de distancia del Estado. Esto no significa asumir que ciertas formas de distancia o proximidad se agruparán nitidamente.

prácticas institucionales que las de las regiones avanzadas, no debería sorprendernos que los ciudadanos de unas y otras practiquen diversas maneras de desafiar al Estado y de hacer política. Los ciudadanos de las así llamadas regiones avanzadas estarán más inclinados a participar en los procesos electorales, mientras que los de las "regiones atrasadas" se inclinarán a tomar la ruta de los movimientos sociales; justo así como aquellos ciudadanos de las regiones 'avanzadas' que participan en movimientos sociales a menudo prefieren la negociación y el arreglo institucional frente a la protesta y la rebelión, estrategia frecuentemente vista en regiones 'atrasadas' distantes.

Clase

El ejemplo de los barrios pobres pone de manifiesto un tercer factor para evaluar la distancia ciudadana respecto del Estado: el *status* de clase o económico. Mientras que por un lado puede haber algunos patrones espaciales e institucionales generales que incrementen la distancia entre los ciudadanos y los procedimientos y prácticas del Estado, el *status* económico o de clase (desde la pobreza extrema hasta la riqueza) a menudo cruza transversalmente esos patrones y determina que ciertas poblaciones estén más o menos distanciadas, aun si viven en la misma ciudad. En cualquier ciudad o pueblo, sea o no ciudad capital, algunas clases o segmentos están, por así decirlo, más distanciados del Estado que otros. Los residentes de las comunidades pobres a menudo carecen de las relaciones, educación y fuerza política para hacer que el Estado descienda, por así decirlo, al nivel de la comunidad. Los residentes ricos, en cambio, por lo general cuentan con los medios para tener los servicios del Estado a través de prácticas, políticas y procedimientos formales o informales. Las diferencias de *status*

económico o de clase, a menudo influyen a través de los espacios urbano y rural. En muchas áreas rurales de América Latina vemos una alta concentración de pobres, situación contextual que puede reforzar la distancia institucional de una localidad respecto del Estado. Por supuesto, todo depende de la naturaleza de la actividad económica. Las áreas rurales con campesinos y agricultores poseedores de tierra difieren de las dominadas por grandes terratenientes, y las relaciones institucionales que estos diferentes grupos establecen con el Estado son también diferentes.

Por supuesto, estas diferencias no son obvias ni inamovibles. En todo caso, la cuestión importante a tener en cuenta es que, en relación con el *status* económico o de clase, no siempre es fácil distinguir los patrones de distanciamiento individual o comunitario de las estructuras y prácticas institucionales del Estado, tomando en cuenta exclusivamente la adscripción de clase. Por ejemplo, las comunidades urbanas pobres pueden tener una historia de relaciones con los actores o las instituciones del Estado que les de conocimiento, redes y los medios políticos (forjados tal vez a través de relaciones institucionales informales creadas en movilizaciones pasadas) que reduzca la distancia del Estado, incluso más que comunidades de mayor nivel económico. En este sentido, las áreas nuevas ilegalmente invadidas, por ejemplo, pueden estar institucionalmente más distantes que las comunidades más viejas y establecidas, igualmente pobres pero que han negociado con las autoridades por servicios desde tiempo atrás. Además, el hecho de que estas últimas estén localizadas en el centro de las ciudades y las primeras en la periferia añade una dimensión espacial a la de por sí estratificada y compleja noción de distancia. Adicionalmente, algunas comunidades, aunque pobres, pueden contar con una

alta concentración de determinadas actividades económicas, como trabajadores del sector informal o autoempleados, que pueden estar menos inclinados a tener relaciones institucionales con el Estado en comparación con comunidades habitadas por obreros de fábrica. Los obreros industriales en América Latina tienden a figurar entre los grupos mejor organizados e incorporados a las estructuras políticas del Estado; muestran por lo general una mayor identificación o cuentan con mayor acceso a éste que los obreros no organizados del sector informal; y esto puede reflejarse espacialmente en ciertas comunidades.

Aun así, puede haber variaciones dentro de estos mismos patrones. En muchas ciudades grandes de América Latina —Lima y México son solo dos ejemplos— los gobiernos locales están desarrollando nuevas prácticas y procedimientos que los ponen en contacto permanente con ciertos segmentos de población locales, como los vendedores callejeros y otros trabajadores del sector informal, así sea solo para colaborar en el funcionamiento de la creciente anarquía de esas ciudades. En estos lugares, las personas empleadas en esas ocupaciones pueden estar más inclinadas a acudir directamente al Estado y sus instituciones que a unirse a movimientos sociales, mientras que en ciudades donde esos vínculos son inexistentes, las personas ocupadas en actividades similares tenderían a hacer lo opuesto. Y los procesos de formación del Estado, particularmente los referentes a las diferencias entre las instituciones de gobierno locales y nacionales, pueden influir en esta dinámica. Por ejemplo, en la medida en que los vendedores callejeros y los trabajadores del sector informal están más inclinados a establecer relaciones con el así llamado Estado local, mientras los obreros industriales están más inclinados a establecer relaciones con el Estado nacional, estos

últimos pueden sentirse mucho más distanciados del Estado que los primeros, aún en el caso en que la respuesta de éste sea similar.

Esta distancia, además, puede estar relacionada con asuntos específicos. Por ejemplo, en las demandas de salarios y condiciones de trabajo, los obreros industriales pueden tener los vínculos institucionales necesarios que mantengan su lealtad con el Estado, pero en términos de demandas de vivienda, servicios y otras necesidades básicas, pueden sentirse más distantes y, en ese sentido, más inclinados a unirse a movimientos sociales. En este sentido podemos explicarnos que los obreros industriales se muestren a menudo más inclinados a participar en movimientos de comunidad o urbanos para plantear demandas, aunque acudan a estructuras y prácticas del Estado más formales para expresar demandas relacionadas con el lugar de trabajo.

Históricamente hablando, el hecho de que algunas clases, comunidades u ocupaciones en América Latina estén menos inclinadas a integrarse institucionalmente a las estructuras del Estado nos ayuda entender quién y por qué se une a los movimientos sociales. Como Lucio Kowarick lo dijo alguna vez, “no hay una relación lineal entre la precariedad de los niveles de vida y los conflictos provocados por quienes son afectados por ellos.” (Slater, 1985:10). Igualmente importante, este hecho arroja luz sobre por qué la participación de las clases obreras en los movimientos sociales parece estar menguando. En muchos de los estados latinoamericanos que siguieron políticas corporativas o populistas a partir de los años 40, los obreros industriales figuraron entre los primeros grupos incorporados al Estado, por lo general a través de confederaciones nacionales vinculadas ya fuera a los partidos gobernantes o a ciertas secretarías o posiciones de gabinete. En algunos países como

México y Perú, otras clases sociales como los campesinos y algunos sectores de la clase media también fueron incorporados a la coalición gobernante. Por supuesto, el hecho de que los obreros industriales (y los campesinos y las clases medias) se organizaran en movimientos sociales —las clases sociales de la época— nos ayuda a entender por qué el Estado los incorporó primero. Pero es útil recordar que el objetivo de estos movimientos sociales, entonces como ahora, fue obtener un mayor acceso a las instituciones, las prácticas y el poder del Estado, no distanciarse de él. Y lo lograron, aun y cuando la democracia no se materializó. Sus éxitos en este sentido, además, les dieron una proximidad institucional que otras clases y grupos sociales no alcanzaron. Es poco sorprendente entonces que las clases o grupos que se adhirieron a movimientos sociales en los periodos históricos subsecuentes no hayan sido los mismos trabajadores organizados de antes, debido a que muchos de estos grupos “viejos” ya contaban con un cierto acceso institucional al Estado, y eran los “nuevos” los que ahora clamaban por lo mismo.

Este escenario, así como mis comentarios anteriores sobre los diferentes grados de acceso ocupacional al Estado, incluso en el periodo contemporáneo, exige una lectura algo diferente del argumento de los teóricos de los nuevos movimientos sociales de que las identidades de clase están siendo reemplazadas por otras identidades sociales debido a la modernización (i.e. burocratización, comercialización y masificación) y a la disolución del ‘modelo de representación de intereses’ que esto produce. Que esto haya ocurrido en ciertos países de América Latina se debe a que la historia de la formación del Estado ha determinado que grupos organizados en torno a identidades de clase obrera han tenido mayor probabilidad de ser incluidos en las estructuras del Esta-

do, no a la modernización *per se*, cualquier cosa que esto signifique en el contexto latinoamericano. Desde mi punto de vista, entonces, estos grupos están menos inclinados a distanciarse del Estado y así menos inclinados a participar en movimientos sociales. En contraste, los grupos más propensos a participar en movimientos sociales son los que están más distanciados del Estado: no las así llamadas “viejas” organizaciones basadas en la clase, sino las así llamadas “nuevas” grupos sociales organizados con base en identidades que el Estado no está preparado para incorporar o acomodar.

En consecuencia, los teóricos de los nuevos movimientos sociales pueden estar correctos en algunos sentidos, pero por razones incorrectas. Las identidades de clase pueden estar menos inclinadas que otras identidades sociales (de género, de raza, etcétera), a estimular movilizaciones, pero esto no se debe a que la clase carezca de significado, o a que la política de clase, ideológicamente hablando, sea obsoleta o antidemocrática, sino porque muchos de estos grupos están de hecho relacionados burocráticamente con el Estado. Esto significa, a su vez, que están menos motivados para desafiar a éste y/o manifestar sus demandas por fuera de sus estructuras, aunque algunas veces lo hagan si están distanciadas de otra manera, y nuestra estructura teórica debe ser lo suficientemente flexible para explicar esta posibilidad. En contraste, quienes se definen a sí mismos a partir de otras identidades sociales, históricamente han tenido menos proximidad o acceso al Estado, especialmente en los sistemas políticos corporativistas en los que las grandes organizaciones (obreras y campesinas por lo general) tienen más probabilidad que los ciudadanos de servir como base de participación política.

En breve, una vez que usamos las dimensiones de distancia geográfica, institucional y de clase res-

pecto del Estado como criterio para entender el grado por lo cual los ciudadanos o las comunidades forman o engendran movimientos sociales, resulta imposible sostener cualquier argumento general o universal sobre la desaparición de la dinámica de clase en los movimientos sociales, como lo hacen los teóricos de los nuevos movimientos sociales. En efecto, en algunos países, regiones o localidades las clases obreras permanecerán distanciadas del Estado y así estarán más inclinadas a participar en movimientos sociales a fin de ejercitar sus derechos o demandas políticas. En México, por ejemplo, la burocratización y corrupción de los movimientos laborales afiliados al Estado han orillado a muchos obreros industriales a participar en movimientos sociales y a acudir a la identidad de clase como base organizativa. Solo después de un examen detenido de esta particular dinámica institucional, junto con una comprensión amplia de la historia institucional y geográfica de la formación del Estado en América Latina, podemos entender por qué algunas clases o grupos económicos están distanciados de él y otros no, y por qué algunos de ellos son más propensos a participar en movimientos sociales.

Cultura

Un último conjunto de factores que puede influir en la distancia de los ciudadanos respecto del Estado es el de los factores culturales o sociales, que incluye lenguaje, etnia y hasta cierto punto el género, solo para mencionar unos cuantos. En muchos países latinoamericanos, los patrones históricos de colonización, migración, mestizaje e incluso el genocidio de pueblos nativos han marginado a ciertas poblaciones o comunidades definidas, generalmente, por su lengua, etnicidad o por alguna combinación de estos elementos. Y de hecho, otro

factor clave que distingue a América Latina de Europa y Estados Unidos es el grado de fragmentación cultural, especialmente en la forma de identidades múltiples y cambiantes cuyos portadores pueden localizarse en diferentes espacios.

Radcliffe y Westwood (1996:161) llaman la atención sobre esta condición, argumentando la importancia de “contextualizar” nuestro estudio de América Latina “haciendo referencia a esta geografía de las identidades [a través de las cuales] los dominados expresan ideas complejas sobre la comunidad nacional y su posición en ella”.

Lo que yo denomino distancia cultural, como otras formas de marginación, a menudo se relaciona con aislamiento geográfico o institucional, el cual a su vez suele estar asociado con los procesos de formación del Estado y a veces con la formación de las clases. Radcliffe y Westwood nos recuerdan que aunque

las historias nacionalistas oficiales tienden a dar por sentado el perfil territorial del país, esto contrasta con lo fortuito de otros espacios de pertenencia expresados en las geografías ‘populares’ de identidad. El proyecto oficial de construcción de la nación puede apropiarse y/o recircular algunas de estas geografías de identidad. Por ejemplo, una geografía de identidad de élite criolla coloca a Quito en el corazón de Ecuador emocional, política y geográficamente. La centralidad de Quito para las identidades nacionales ecuatorianas es reproducida ampliamente en los documentos y el discurso oficial como elemento clave de la geografía imaginativa oficial. Sin embargo, fuera del proyecto oficial y a menudo en oposición a él, circulan las geografías de identidades no oficiales. (Ibid:161).

Cuando hablamos, pues, de ciudadanos culturalmente distantes del Estado no solo consideramos muchos de estos pueblos que han sido

deliberadamente marginados de éste, tanto en la práctica (a través incluso de la represión y la tortura) como en el discurso nacionalista, porque no encajan en las imágenes oficiales de nacionalidad o en los proyectos políticos e ideas económicas prevalecientes. También tenemos en mente un distanciamiento cultural proactivo que resulta de la identidad y la experiencia compartida que inspira a los pueblos a cuestionar las demarcaciones culturales y discursivas delineadas a partir del Estado nación.

Florencia Mallon (1995:59) utiliza el término "nacionalismos alternativos" para referirse a las formas en que los pueblos marginados por el Estado se organizan en torno a su propia comunidad y cultura a nivel local, a menudo en formas tales que resultan en nuevos compromisos y relaciones de estos pueblos con el Estado. De manera similar, el antropólogo Michael Herzfeld sostiene que aunque "algunos ciudadanos aceptan las normas culturales y legales oficiales menos voluntariamente que otros, [...] los no conformistas a menudo resultan ser los ciudadanos más leales en momentos de crisis" (Herzfeld, 1997:1). Así como Herzfeld argumenta que "a fin de explorar las posibilidades y límites de la disidencia creativa, [es necesario] dejar de tratar al Estado nación y al esencialismo como enemigos distantes e irreconciliables, y entenderlos como partes integrales de la vida social"

(1997:2), nosotros sugerimos que mediante una reformulación de las bases y formas de la distancia cultural entre los ciudadanos y el Estado podremos alcanzar un mejor entendimiento de la sociedad latinoamericana y así de un cuarto e igualmente importante factor del activismo de los movimientos sociales.

Lo que es importante recordar no es solo que ciertos pueblos están culturalmente excluidos del discurso y el imaginario del Estado, para usar el término de Benedict Anderson, sino que esta distancia tiene a veces una demarcación espacial, y que es la combinación de las distancias espaciales y culturales lo que ayuda a alimentar la creación de identidades alternativas. Las 'geografías populares' resultantes, como anotamos anteriormente, a veces devienen en bases de desafío de las imágenes hegemónicas del Estado al tiempo que refuerzan la identidad y el sentido. "Al proveer límites, social y espacialmente definidos, a las comunidades con las que la gente se identifica, las geografías de las identidades proveen espacios de pertenencia (frágiles y contingentes), sitios de vinculación emocional" (Radcliffe y Westwood, 1996:163) que a su vez tienen un potencial transformador.²⁶

Por supuesto, no es ninguna novedad que en muchos países latinoamericanos los pueblos indígenas y las minorías lingüísticas a menudo son ignoradas o dejadas de lado por las instituciones, las políticas y las prácticas del Estado, e incluso por el discurso nacional, y que tienen, por lo general, menos acceso institucional al Estado. México es uno de los pocos países latinoamericanos que han encarado este problema, en parte porque plantear la 'cuestión indígena' y arribar así a un nuevo concepto de 'La Raza' fue un paso importante en la consolidación política posrevolucionaria y en la formación del Estado. Pero incluso en México, al igual

26. En su estudio de la comunidad gay de San Francisco, Castells (1983:157) plantea un argumento similar: "Para ser una sociedad dentro de una sociedad, ellos [el Movimiento Gay] tuvieron que organizarse espacialmente para transformar su opresión en marco organizativo de poder político. Esta es la explicación de por qué la creación del *ghetto* de la calle Castro resultó inseparable del desarrollo de la comunidad gay como movimiento social. Reunio identidad sexual, autodefinición cultural y proyecto político en una forma organizada en torno al control de un territorio determinado".

que en la mayoría de los países de América Latina, encontramos muchos grupos lingüística y étnicamente demarcados, históricamente aislados del poder y la política, y concentrados y marginados en regiones apartadas del país. Y este distanciamiento, especialmente si va acompañado de otras formas de distanciamiento, puede ser un factor clave para explicar la naturaleza de la organización de los movimientos sociales, especialmente por qué los movimientos étnicos en América Latina pueden estar más inclinados a rechazar todo esfuerzo de vinculación con el Estado, y a luchar por la autonomía (ver Mattiace, 1996; LeBaron, 1993).²⁷ Los rebeldes zapatistas de Chiapas emergieron y se inspiraron en su propia marginación física y económica, y el liderato y los militantes se basaron en su singular experiencia en la selva Lacandona para fortalecer su carácter como movimiento social de oposición.

Junto con la etnicidad y el lenguaje, el género es otra fuente importante de identidad que puede ser entendida en términos culturales si no sociales. Otros académicos lo han identificado como relevante para entender los movimientos sociales contemporáneos en América Latina (Alvarez, 1990), y que puede contar para entender la distancia real y percibida de los ciudadanos respecto del Estado. En la mayoría de los países de América Latina, las

estructuras e instituciones del Estado han estado dominadas por hombres, y en este sentido las mujeres han sido excluidas o distanciadas. Esto es especialmente claro cuando se analiza al Estado nacional y su discurso.²⁸ El género, sin embargo, es una identidad o *status* social que no se asimila fácilmente con otras formas de distanciamiento, principalmente porque cruza el espacio, las clases y otras identidades como las étnicas. Algunas veces, sin embargo, el género da acceso a ciertas ramas del Estado en forma tal que privilegia a la mujer sobre el hombre. El estudio de largo plazo de Alejandra Massolo sobre la mujer en México ha mostrado que "la esfera local es el área pública más familiar a la mujer, en la que juega un papel activo en asociaciones de vecinos, redes de solidaridad y trabajo comunitario para la superación de insuficiencias y mejorar la calidad de vida" (1996:133).²⁹ No obstante, Massolo argumenta claramente que mientras "el nivel municipal de gobierno es el más cercano y accesible a las mujeres [...] suele ser detentado por hombres" (*Ibid*:133, énfasis nuestro). De este modo, las mujeres a menudo están institucionalmente distanciadas incluso de los procedimientos y prácticas del Estado a las que tienen acceso social o cultural. El distanciamiento de la mujer respecto del Estado, en breve, es complejo y a menudo se entrecruza con otras formas de distan-

27. Radcliffe y Westwood (1986:85) sostienen que los movimientos indígenas en América Latina a menudo rechazan negociar con el Estado y luchan por la autonomía completa porque su propia "comunidad imaginada" no está limitada por los territorios del Estado nación. Los autores también señalan que "el espacio juega un rol central en la des-nacionalización de las identidades indígenas, remontándose a una historia que trasciende los límites nacionales modernos; especialmente el horizonte es transnacional" y esto conduce a una internacionalización del movimiento. Una discusión más amplia sobre la transnacionalización del movimiento maya véase LeBaron (1993).

28. Radcliffe y Westwood (1996:164) argumentan que "por medio de las ideologías y prácticas estatales de género que controlan la expresión de la sexualidad y las relaciones, el Estado nación conforma la reproducción de la población nacional, así como mediante sus políticas de educación y cierta biopolítica (relacionada particularmente con niños, conscriptos y mujeres) para influir en la subjetividad de los ciudadanos". Debido a que la mujer generalmente se encarga de la administración y abastecimiento del hogar, de la obtención de agua, electricidad, techo y alimento, es ella la que a menudo toma la iniciativa en organizaciones locales que plantean estas demandas (Massolo, 1996).

ciamiento, lo que sugiere que el patrón de alejamiento o proximidad no es claro.

Por supuesto, hay excepciones. En las comunidades rurales con ciertas formas de migración estacional o internacional, por ejemplo, la mujer debe permanecer en casa, "feminizando" así a la comunidad en formas sorprendentes. Cuando esto ocurre, lo que vemos es una convergencia de varias identidades culturales o sociales que refuerzan la distancia respecto del Estado. Pero con mucho, la forma principal de distanciamiento que refuerza la distancia de género es institucional, tanto en términos legales como de participación formal en el gobierno; y esto está lejos de ser homogéneo en América Latina. En México, bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas, y en Argentina, bajo el gobierno de Perón, por ejemplo, las organizaciones de mujeres (organizaciones de madres) tuvieron presencia institucional en los partidos nacionales o en las estructuras del Estado. En México, al menos, esto dio el tono del avance institucional de la mujer en las estructuras del Estado y el partido, si bien no así en los niveles más altos de gobierno. El grado al cual el género se convierte en base de la emergencia del movimiento o la movilización social en virtud del papel que juega en el reforzamiento de la distancia de los ciudadanos respecto del Estado, está fuertemente relacionado con la historia nacional.

Pero ¿cómo deberíamos interpretar el hecho de que la mujer es generalmente considerada un soporte principal de los movimientos sociales en América Latina, o el alegato de que su feminidad permite la creación de nuevas identidades que pueden desafiar a las 'viejas' organizaciones basadas en la clase? Hay claramente algo de verdad en estos alegatos; pero, de nuevo, si consideramos seriamente el espacio podremos ver que muchos movi-

mientos sociales encabezados por mujeres son movimientos urbano-sociales, o movimientos organizados territorialmente en torno al barrio o la comunidad, en los que las demandas de servicios básicos de consumo colectivo, para usar el término de Castell, son prioritarios en la agenda. No son movimientos de mujeres *per se*. Sería equívoco, por tanto, concebirlos como 'nuevos' movimientos sociales solo porque las mujeres son las más dispuestas a participar en ellos. En vez de eso, sería más exacto considerarlos como de servicios urbanos en los que la distancia de la mujer respecto de las instituciones del Estado cuenta como un factor más, junto con otras formas de exclusión, para motivar la movilización. En consecuencia, no podemos concebir estos movimientos a partir de un proceso centrado en la política o en una estructura de identidad, sino a partir de cómo ambos procesos trabajan en conjunto. Y es por medio de un enfoque sobre las diversas formas de distancia del Estado y cómo y por qué éstas se pueden traslapar, que tendremos las herramientas conceptuales adecuadas.

La fuerza de la distancia teórica

Como precepto analítico y como punto de partida para reteorizar los movimientos sociales en América Latina, la noción de distancia es teóricamente poderosa porque ofrece nuevos y potentes instrumentos para evaluar por qué vemos movimientos sociales en ciertas localidades y entre ciertas poblaciones. La noción de distancia también es poderosa porque, además de ayudarnos a dismantelar la división de lo nuevo contra lo viejo, como ya lo anotamos, nos ayuda a trascender la polarización de identidad *versus* estrategia tan evidente en la teoría de los movimientos sociales. Después de todo, puede ser una marginación compartida, o distan-

ciamiento respecto del Estado, sentido por ciertas poblaciones lo que las impele a organizarse en movimientos; sin embargo, esta misma marginación y el deseo de remediarla pueden servir también como elementos de una estrategia de acción. Tercero, la noción de distancia es teóricamente poderosa porque nos ayuda a resolver uno de los desafíos analíticos más fuertes en la teorización de los movimientos sociales hoy: la tendencia creciente a ver movimientos sociales en todas partes y en toda conducta colectiva.

Joe Foweraker ha identificado este problema con perspicacia y humor al observar que “una amplia variedad de fenómenos sociales distintos de pronto han sido certificados con la etiqueta de nuevos movimientos sociales”, incluyendo a “danzantes folklóricos, tejedoras de canastos y virtualmente toda forma de vida social o económica.” (1995:4). Con esta proclividad a denominar movimiento social a todo lo que se mueve, para tomar la expresión ingeniosa de Foweraker, podemos estar perdiendo de vista la importancia teórica de diferenciar los movimientos sociales de otras formas de acción colectiva, preocupación que ha sido importante para proponer este campo de estudio. Estoy de acuerdo con Foweraker en que algo debe hacerse al respecto. Para mí, a fin de tener un buen sentido de lo que constituye un movimiento social, especialmente como algo distinto de la movilización revolucionaria o de la política de los grupos de interés (para referirme a los dos extremos de un continuo de conducta política colectiva), la noción de distancia es singularmente iluminadora.

Por ejemplo, como lo anotamos antes, hay muchísima evidencia de que los grupos que están considerablemente distanciados del Estado en sentido geográfico, institucional, de clase y cultura (piénsese en Sendero Luminoso) son más proclives a abra-

zar la acción revolucionaria, mientras que quienes están más cercanos al Estado, en todos estos aspectos se inclinan a usar las estructuras políticas formales para plantear sus demandas. Esto es, funcionan como grupos de interés en el sentido pluralista del término, usando su ya establecida proximidad a las estructuras institucionales o de participación del Estado para expresar sus preferencias. Los movimientos sociales se localizan en algún punto entre estos dos extremos sobre un continuo de distancia: son actores colectivamente organizados que están lo suficientemente lejos del Estado para movilizarse y plantearle demandas, pero no tan distanciados como para abrazar la opción de la demolición del Estado. La noción de distancia, en breve, es analíticamente poderosa en un sentido ordinal. La distancia extrema alimenta las actividades antagónicas de los movimientos revolucionarios o el rechazo total al Estado nación; la distancia moderada genera y sostiene el vigor organizativo de los movimientos sociales al tiempo que los mantiene ‘autolimitados’ en diversas maneras, para usar la noción de Cohen y Arato (1993); y la proximidad destruye ambas formas de oposición casi por completo, engendrando una conducta política conformista en la que los grupos compiten por su participación en las estructuras existentes del Estado sin proponerse reformularlas o cambiarlas.

Por supuesto, la noción de distancia no puede explicarnos todo sobre los movimientos sociales, o las revoluciones, o los grupos de interés. La noción de distancia puede arrojar luz sobre cómo exactamente los individuos forman grupos, e incluso sobre por qué los individuos pueden diferir ideológicamente. Al igual que con otros paradigmas teóricos, entonces, es importante reconocer que hay ciertas cuestiones sobre los individuos, la formación de los movimientos y la conducta política, como un

todo que permanecen elusivos, o que son mejor explicados por otros factores o experiencias, incluyendo la historia familiar del activismo, la educación, la experiencia en sindicatos, el desarrollo de redes sociales, etcétera, cuestiones planteadas por otros y recientemente validadas por Susan Stokes (1991) en su preciso estudio sobre el activismo de los movimientos sociales en Lima. Sin embargo, incluso estos factores más personales de nivel individual pueden ser reinterpretados en términos de cómo afectan el sentido subjetivo de alejamiento o compromiso del ciudadano con el Estado, sentido que influye en su visión de su propia eficacia política y de su forma deseada de acción política.

Desde mi punto de vista teórico, sin embargo, mucho del poder analítico del concepto de distancia descansa en su potencial para integrar los enfoques explicativo (estadounidense) e interpretativo (europeo) de los movimientos sociales. En efecto, la distancia respecto del Estado no solo arroja luz sobre quién es proclive a movilizarse, o sobre el tipo de actividades políticas que ciertos ciudadanos podrían abrazar, también nos dice algo sobre el contexto social y político más amplio en el que ocurren esas movilizaciones ciudadanas y movimientos sociales. Después de todo, los movimientos sociales son comunes en América Latina porque las estructuras del Estado son cerradas, porque un conside-

table número de ciudadanos está distanciado de las estructuras formales del mismo; pero esto se debe a la naturaleza del Estado y a cómo se desarrolla institucional y geográficamente, y con respecto a ciertas clases y grupos culturales. Por tanto, mediante el análisis de la emergencia, fuerza y patrones de los movimientos sociales en América Latina a través del lente de la distancia del Estado, podemos averiguar mucho sobre los patrones de formación del propio Estado, así como sobre los movimientos sociales mismos, alegato similar al de los teóricos de los nuevos movimientos sociales sobre la modernidad y el mundo de vida. Sin embargo, mi posición interpretativa difiere enormemente de la de los teóricos de los nuevos movimientos sociales.

Los teóricos de los nuevos movimientos sociales conceptualizan su objeto como reflejo de una condición de la modernidad en la que el Estado y la sociedad están normativamente diferenciados, y los ciudadanos luchan para proteger su autonomía y evitar que el Estado traspase la esfera pública.³⁰ En contraste, sugiero que la amplia diseminación de los movimientos sociales, al menos en América Latina, es reflejo de la ausencia de modernidad, al menos como es entendida en Occidente, en sentido habermasiano. Los movimientos sociales son elementos transicionales claves en la batalla actual para crear una nación Estado más 'moderna' y justa, si por esto entendemos un Estado en el que las estructuras institucionales de gobierno están bien distribuidas y son accesibles a todos los ciudadanos en todos los lugares, no solo para unos cuantos privilegiados. Digámoslo en forma diferente, es precisamente porque la mayoría de los estados latinoamericanos carece de las así llamadas estructuras institucionales del Estado moderno, substantiva si no formalmente, y en algunos casos hasta de la

30. Esta presunción puede conducir a los académicos a rechazar el término movimiento social como descripción de cualquier organización popular que se articula con el Estado o con las instituciones de él mismo en cualquier forma. Yo aprecio la importancia de no considerar toda acción colectiva como movimiento social, y también pienso que es erróneo adoptar una definición demasiado estricta. En este ensayo he tratado de diferenciar los movimientos sociales de los movimientos revolucionarios y de la política, característica de los grupos de interés, sin adoptar al mismo tiempo una definición demasiado estricta de movimiento social.

infraestructura constitucional y legal para garantizar el acceso general o predecible de los ciudadanos a las estructuras del Estado, es por esto, decíamos, que los ciudadanos se encuentran tan distantes del mismo y es por esto mismo que los movimientos sociales son tan comunes.

Al afirmar esto *no* estoy sugiriendo, ni por un momento, que los países de América Latina son atrasados, lo que esto signifique, o que los movimientos sociales reflejen un subdesarrollo político según se entiende en cierto sentido normativo. Tampoco estoy sugiriendo que las luchas de los movimientos sociales en América Latina inevitablemente generarán la modernidad o producirán las así llamadas estructuras y prácticas del Estado moderno similares a las de la Europa contemporánea o las de Estados Unidos, aunque puede ocurrir algún progreso en este sentido, como lo sugerí arriba. Lo que estoy diciendo es que los movimientos sociales en América Latina aparecen como respuesta a un conjunto de estructuras y prácticas asociadas a un proceso desigual y centralizado de los procesos de formación del Estado totalmente diferentes a las de Europa y Estados Unidos. Y estas diferencias son las que cuentan para que el significado teórico e interpretativo de los movimientos sociales en Latinoamérica sea también diferente. Los movimientos sociales, entendidos como productores de demandas políticas colectivas, han aparecido prácticamente en todas la épocas y lugares. Que sus dinámicas sean distintas se debe al hecho de que las épocas y lugares son también distintos, cuestión formulada con gran detalle y perspicacia por Charles Tilly en su estudio de los repertorios cambiantes de la acción colectiva (1994). Precisamente a partir de la cuestión del tiempo es que los analistas de los movimientos sociales latinoamericanos empezaron a prestar más atención a la especificidad de su con-

texto político, especialmente respecto a la formación del Estado y a las estructuras y prácticas asociadas a la emergencia del Estado contemporáneo en América Latina. Yo he argumentado que el concepto de distancia es especialmente iluminador para entender este desarrollo.

Ciertamente, la comprensión del amplio contexto político de América Latina no está del todo ausente en la teoría y la investigación de los movimientos sociales. Existe un considerable conjunto de literatura que vincula la naturaleza y emergencia de estos movimientos a los gobiernos represivos y autoritarios, argumento que identifica y expone el amplio contexto político del poder ilimitado del Estado y de una sociedad reprimida en sus detalles más desagradables. Mi percepción es, sin embargo, que al enfocar sobre la fuerza organizativa del Estado o su poder de represión, los académicos de los movimientos sociales de algún modo han ignorado los grandes procesos de formación del Estado, el cual después de todo supone no solo el entendimiento de su estructura institucional y capacidad represiva, sino también las dinámicas espaciales, de clase y culturales que distancian o vinculan al ciudadano con el Estado. Y son estos factores, sostengo, los que cuentan para la emergencia y patrones de los movimientos sociales, no la fuerza o el carácter autoritario/democrático del Estado *per se*.

Sucede también que los movimientos sociales han florecido en una diversidad de sistemas políticos latinoamericanos, no todos ellos autoritarios, algunos más represivos que otros, y otros formalmente democráticos. Y esto ha ocurrido porque los ciudadanos pueden estar igualmente distanciados del Estado en las democracias y en las no democracias, así como hay patrones diferentes de acceso/ cerrazón del Estado incluso en sistemas políticos

similares (autoritarios, competitivos vs. de partido hegemónico). Más aún, hay clara evidencia de que, bajo ciertas condiciones, los movimientos sociales en América Latina han estado dispuestos a poner por delante sus demandas de democracia formal aún teniendo otros medios para cerrar la distancia y/o asegurar su acceso participativo al Estado. El ascenso inicial de los sistemas políticos corporativistas y populistas en América Latina, los cuales deben su emergencia y carácter a los esfuerzos directos de los movimientos sociales, da testimonio de esta posibilidad.

Sin embargo, si vinculamos nuestra comprensión de los movimientos sociales a la naturaleza y a los patrones de formación del Estado, más que a la democratización o a la fuerza del Estado, especialmente si entendemos la formación de éste primordialmente en términos institucionales, espaciales, de clase y culturales, podemos tener los instrumentos analíticos para entender por qué países con diferente grado de autoritarismo manifiestan movimientos sociales similares, o por qué países que son democracias formales tienen, no obstante, movimientos sociales. Después de todo, hay mucho menos variedad de presencia y forma de estructuras centralizadas de Estado que tipos de regímenes políticos en América Latina. Reconocer esto puede ser un valioso punto de partida para analizar la proliferación y carácter único de los movimientos sociales en esta región particular del mundo.

Estrategias para acortar la distancia

Sugiero que la distancia de los ciudadanos respecto del Estado nos ayuda a entender por qué los movimientos sociales emergen en ciertas poblaciones o en determinados lugares de América Latina. Pero ¿puede esto decirnos algo sobre las estrate-

gias de acción de estos movimientos, o sobre la respuesta del Estado? En un sentido general, sí. Los grupos menos distanciados del Estado, por ejemplo, pueden ser más proclives a plantear demandas sobre políticas específicas, principalmente porque no es el proceso sino el resultado lo que más les interesa. Este sería el caso si contaran con un mínimo de acceso institucional al Estado. Los movimientos sociales basados en el trabajo que plantean demandas de salarios son un ejemplo. Alternativamente, los grupos más distanciados del Estado, institucionalmente o según cualquiera de nuestros criterios, pueden estar más propensos a plantear demandas sobre procesos y procedimientos, no solo sobre política, y al hacerlo así pueden estar poniendo en cuestión toda la lógica de toma de decisiones del aparato estatal, descubriendo así las formas sistemáticas por las que las demandas de ciertos grupos nunca llegan a la agenda de las decisiones del Estado. De nuevo, los zapatistas son un caso de prueba.

En medio de este continuo de distancia podemos ubicar a los movimientos sociales con suficiente distancia respecto del Estado para descreer de sus procedimientos, pero con suficiente acceso o proximidad para ver que a veces pueden hacer trabajar el sistema a su favor. Muchos de los movimientos sociales basados en barrios, comunes en las grandes ciudades capitales de América Latina, entrarían en esta categoría (especialmente si los administradores locales están en posición de responder a sus demandas). Y, en efecto, sus demandas son variadas en relación con su carácter estratégico: simultáneamente articuladas en términos de las demandas de políticas específicas para remediar las fallas o limitaciones inherentes a los procedimientos de las políticas establecidas o a las estructuras polí-

ticas mayores, cuestión que el trabajo de Manuel Castells (1984) ha dejado claro.³¹

Al evaluar las maneras en que la distancia del Estado arroja luz sobre las estrategias de los movimientos, debemos reconocer también que tanto la historia como la subjetividad cuentan en este proceso, en la misma manera en que influyen en la comprensión colectiva de los ciudadanos de su distancia del Estado. Por ejemplo, los grupos cuyas luchas para cerrar la más mínima distancia son constantemente rechazadas, podrían optar por demandas estratégicas sobre procesos, procedimientos y estructuras mayores, más que sobre políticas particulares. Los movimientos de gente pobre o de indígenas frecuentemente caen en esta categoría. A la inversa, los grupos que viven una extrema distancia respecto del Estado, especialmente si ven a otros grupos actuar similarmente, pueden optar por una estrategia moderada de reforma política, al menos inicialmente. Si fracasan, especialmente si otros grupos parecen tener éxito, se mostrarán inclinados a plantear desafíos más oposicionistas, sobre todo porque en el proceso habrán llegado a entender su propia distancia. Todo esto significa que el proceso de planteamiento de demandas de parte de los movimientos sociales puede reforzar el sentido de distancia o proximidad, dependiendo de la respuesta del Estado.

Lo anterior plantea la cuestión de por qué los estados responden en la manera en que lo hacen a los ciudadanos movilizados y si la noción de distancia nos dice algo sobre las acciones del Estado y cómo y por qué éstas varían. De nuevo, propongo un cauteloso sí, pero con la advertencia de que una comprensión cabal de esta cuestión crucial está más allá de los límites de este ensayo. Los ciudadanos que cuentan con acceso a las instituciones del Estado contarán con las redes y los medios organizati-

vos para pugnar por acomodarse, y así el Estado estará mucho más dispuesto a responder. Los ciudadanos distantes, especialmente si están geográficamente aislados e institucionalmente ignorados, contarán con pocas redes e instituciones para provocar la respuesta del Estado a sus demandas.

Sin embargo, también es cierto que bajo ciertas condiciones, quizás bajo condiciones de crisis política severa, los estados, impulsados por razones de legitimación, podrían ignorar a las clientelas establecidas y responder a ciudadanos más distantes y excluidos, no solo a los distanciados institucionalmente, sino también a aquellos cuya distancia es evidente en el sentido de clase o de identidad cultural. Este podría ser el caso si los grupos distanciados acudieran a la violencia o a medios militares para exponer sus demandas, si bien esto, por otra parte, podría dar pretexto al Estado para reprimir a esos grupos por encontrarse precisamente tan lejos y tan fuera de la órbita institucional legítima. Piénsese en Fujimori. Asimismo, bajo otras condiciones, como una crisis fiscal extrema, los estados pueden estar poco inclinados a responder a movimientos sociales que le son próximos, sobre todo si sus demandas suponen gasto estatal adicional. La liberalización económica, en particular, puede imponer severos límites a la capacidad de respuesta del Estado frente a las demandas de los movimientos, especialmente aquellos cuyo distanciamiento o marginación se debe a la dinámica del mercado. En tales casos, los estados pueden responder en términos de apertura del proceso y de los procedimientos políticos, en vez de dar respuestas específicas a las demandas.

31. Es digno de notar que para Castells (1994) los movimientos sociales urbanos suelen rebasar a los partidos y aproximarse al Estado con sus demandas en la medida en que comprometen directamente a los partidos; pero la diferencia parece depender del contexto histórico.

Esta última posibilidad sugiere que la noción de distancia nos puede ayudar teóricamente a explicar la cooptación estatal de los movimientos sociales, o para ponerlo de modo más suave, a explicar por qué los movimientos pueden desmovilizarse o disminuir sus actividades opositoras aun en el caso de que sus demandas no sean satisfechas y/o cuando el Estado se manifieste como una fuerza leviantesca y absorbente. Esta es una cuestión de interés no solo para los estudiosos de países como México, donde los movimientos sociales han ido y venido durante décadas; también interesa a estudiosos de movimientos sociales en sociedades que están pasando por periodos de transición democrática, como Chile y Brasil. En estos contextos, un buen número de movimientos sociales ha quedado fuera de la escena, aunque otros persisten, y todo esto ha ocurrido pese al hecho de que no hay patrones claros con respecto a la democracia en cualquiera de las instancias.

Una manera de encarar esto es enfocando las estrategias particulares de reducción de la distancia empleadas por el Estado para acomodar a los movimientos. Distintos tipos de Estado tienen distintas maneras de atraer a los movimientos, estrategias que, si se prefiere, están menos ligadas a posiciones sobre democratización que a complejos cálculos económicos y políticos. Por ejemplo, los estados corporativistas semiautoritarios como México han respondido típicamente a los movimientos sociales mediante la apertura de las instituciones del Estado y las estructuras del partido. En el proceso, muchos ciudadanos han cerrado su distancia real respecto del Estado, aunque esto no significa que a partir de entonces hayan visto satisfechas todas sus demandas. El Estado mexicano, como otros de América Latina, ha aprendido también a crear nuevas redes patrón-cliente que producen la

aparición —y a veces la realidad— de proximidad al Estado y a su aparato de toma de decisiones. Estas estrategias sugieren que los actores estatales a menudo están muy conscientes que reformar las estructuras o las prácticas políticas para reducir el sentido de exclusión política o distancia de los ciudadanos puede a menudo resultar en una forma exitosa de contener otras movilizaciones opositoras, aunque éstas suelen ser informales e impredecibles. Por otra parte, tales estrategias pueden resultar adecuadas, incluso si la democracia es engañosa, siempre y cuando logren convencer a los ciudadanos de que su distancia respecto del Estado ha sido en verdad reducida. Esto también es claro en un caso completamente diferente, como el de Chile. En este país también vemos que los movimientos sociales han perdido fuerza, y mucho de esto puede atribuirse a los procesos de descentralización política relacionados con la transición a partir de un gobierno autoritario. Una vez que se crearon nuevas estructuras institucionales de gobierno a nivel local, donde se habían organizado muchos movimientos durante la dictadura, y con el restablecimiento de los derechos democráticos al menos en un sentido formal, la imagen y la realidad de la distancia han disminuido. Como consecuencia, muchos ciudadanos están acudiendo a las estructuras políticas de nivel municipal para presionar por sus demandas en forma tal que no era posible durante la dictadura, cuando las estructuras del Estado estaban controladas y altamente centralizadas. Pero esto no significa que los movimientos sociales hayan desaparecido; algunos ciudadanos aún se sienten distanciados del Estado o del actual proyecto de liberalización económica y política encabezado por el Estado chileno, ya sea a nivel local o nacional. Y esos son los ciudadanos más propensos a seguir alimentando la actividad de los movi-

mientos sociales. Además, el que los movimientos sociales hayan sido acercados al Estado a través de las nuevas estructuras institucionales y municipales no significa que todas sus demandas hayan sido cumplidas, como es claro en México respecto a la inclusión institucional de los movimientos en el partido gobernante. Con estos desplazamientos, otras formas de distancia (la de clase, por ejemplo) pueden resultar más decisivas.

Sin embargo, las nuevas estructuras políticas que facilitan el acceso institucional de los ciudadanos al Estado pueden igualmente sostener o extinguir la actividad de los movimientos sociales, como es evidente en el recién democratizado Chile y en el no democrático México. En Chile, por ejemplo, algunos movimientos sociales siguen bregando precisamente porque su nueva proximidad al Estado y sus estructuras administrativas (generalmente a través de su participación en estructuras municipales que fueron fortalecidas como parte de la liberalización democrática) les permite luchar en mejores condiciones para cerrar la distancia en otros aspectos, como los relacionados con la clase y la exclusión cultural. En México, en cambio, aunque la democracia substantiva ha sido elusiva, la inclusión de los movimientos organizados en las estructuras institucionales del Estado en general ha fomentado mayor organización y planteamiento de demandas (Davis y Márquez, 1997). Esto ha ocurrido a menudo no solo con respecto a los movimientos sociales que ya planteaban demandas, sino también con respecto a otros movimientos cuya distancia no había sido reducida por el Estado. Todo esto significa que una vez atraídos al Estado y sus estructuras, determinados movimientos adquieren una posición que les permite plantear más demandas, mientras que otros se sienten —y de hecho están— más excluidos de los beneficios del gobierno y de las estructuras del

Estado. Esto, a su vez, puede motivar el surgimiento de nuevas organizaciones colectivas y nuevas demandas.

El punto aquí, es que enfocar sobre las diferentes estrategias para cerrar la brecha no solo ayuda a explicar cómo y por qué los Estados son capaces de diluir la amenaza de los movimientos sociales, sino que también arroja luz sobre las formas en que los mismos movimientos pueden satisfacer sus demandas, y continuar quizás su movilización, incluso una vez que se han comprometido institucionalmente con el Estado. Y esto sugiere a su vez una paradoja: a menudo son los ciudadanos o movimientos sociales *menos* distantes del Estado quienes logran el mayor impacto, incluso si sus demandas son las menos revolucionarias y más reformistas. ¿Por qué? Porque su proximidad no solo hace más probable que el Estado responda a sus demandas, sino que fortalece más su propia organización, así como la ira de los grupos más distanciados. El resultado agregado es la acumulación de más y mayores demandas ciudadanas al Estado.

Esto nos lleva a reconsiderar el poder total y el impacto de los diferentes tipos de movimientos sociales. Mientras que la sabiduría convencional sugiere que los demandantes más extremistas y agresivos —o aquellos más distantes del Estado con las demandas más exigentes para el cambio— producirán el mayor impacto, y éste sería el caso de una situación revolucionaria, nuestra formulación, que deja de lado las demandas revolucionarias, sugiere prácticamente lo contrario. En efecto, aun y cuando las demandas de los movimientos sociales menos distantes del Estado serán probablemente menores o de orientación reformista, los efectos acumulativos de su movilización a largo plazo pueden resultar substantivos debido al hecho de que la dinámica de los procesos de acceso institucional y

planteamiento de demandas se refuerzan mutuamente.³² Este estado de cosas, por supuesto, suscitará dudas sobre qué tan dependientes o qué tan cooptados están estos movimientos debido a su mayor cercanía al Estado, de tal modo que nos vemos obligados a examinar críticamente nuestra propia definición de lo que es exactamente un movimiento social. No obstante, este esfuerzo de definición más precisa no es tan importante como la tarea de entender cómo las estrategias de los estados y los movimientos sociales para cerrar la distancia, dan pie a procesos mayores de formación del Estado y desarrollo político en América Latina.

Dialéctica de la distancia: algunos comentarios finales

Permítaseme concluir con tres proposiciones sobre la distancia y su relevancia teórica para el estudio de los movimientos sociales en América Latina y su papel e impacto en el cambio político. *Primero*, como he argumentado extensamente, tomando en cuenta la distancia geográfica, institucional, de clase y cultural de los ciudadanos respecto del Estado, podemos entender la emergencia de los movimientos sociales, la estrategias que siguen y las maneras en que el Estado responde a ellos.

Segundo, debido a que tanto los ciudadanos como el Estado frecuentemente buscan cerrar estas dimensiones de la distancia, sus acciones en este

sentido fomentan los procesos históricos de formación del Estado. Esto es así porque las estrategias para cerrar la distancia, por lo general, suponen el establecimiento de nuevas instituciones de gobierno o la instauración de otras formas y mecanismos para asegurar la proximidad o la inclusión política, formas que por sí mismas pueden cambiar el carácter institucional, el asiento regional del poder, y/o el contenido de clase del Estado. Mientras que la mayoría de los estados se empeñan en mantener relativamente estable la estructura de poder mediante la limitación del alcance de las reformas, sus esfuerzos pueden resultar frustrados cuando los ciudadanos se convencen de que hay distancia entre ellos y el Estado, situación que puede ocurrir de vez en cuando, aun y cuando no sea así respecto de una política en particular. Además, en el caso de que los ciudadanos acepten reformas limitadas o acceso en la forma de redes de patronazgo o cooptación altamente controladas, su acceso al Estado puede sostener su movilización y su capacidad para plantear demandas. En consecuencia, los esfuerzos del Estado y los movimientos para cerrar la distancia entre ellos funciona como un proceso dialéctico, el cual, a lo largo del tiempo, fomenta los procesos de formación del Estado.

Algo que no he sugerido, pero que me gustaría plantear como una *tercera* proposición a considerar es que este proceso dialéctico de negociación Estado-movimientos sociales sobre la disminución de la distancia tiene un significado y una importancia teórica mayor porque fomenta la extensión de la ciudadanía tanto como la formación del Estado. Como ha sido teorizado por académicos desde Max Weber hasta Ralph Dahrendorf, y recientemente por Soledad García en su estudio sobre la ciudadanía en América Latina, "la ciudadanía está asociada a la pertenencia a una comunidad política (el Esta-

32. Por supuesto, para algunos movimientos sociales el giro auto-articulado hacia demandas más radicales de derechos civiles puede resultar insatisfactorio respecto del objetivo general de cerrar la distancia. Como los movimientos revolucionarios, aunque sin-violencia, estos movimientos pueden resultar esenciales para la transformación del Estado y la creación de nuevos sistemas políticos.

do)", de tal manera que "la práctica de la ciudadanía deviene método de inclusión que en principio otorga el mismo derecho básico a individuos de distinta edad, sexo, creencias y color de la piel. Así, la ciudadanía es un medio para la obtención de derechos [...] (incluso si) implica obligaciones de las instituciones para responder a los ciudadanos [...]" (García, 1996:7). Interpretando lo anterior según la estructura presentada en nuestro ensayo, la ciudadanía es un proceso acumulativo de disminución de la distancia institucional, geográfica y de otro tipo entre los ciudadanos y el Estado. En este sentido, en vez de ver a la ciudadanía como ligada abstractamente a la re-emergencia de una sociedad civil autónoma, como ciertos académicos quisieran, nosotros la ubicamos en una comprensión del Estado y de los vínculos Estado-sociales, donde la noción de ciudadanía se originó.

Los movimientos sociales juegan un papel clave en la ampliación de la ciudadanía mediante su organización colectiva para asegurar la mayor proximidad respecto del Estado, proceso que puede ser conceptualizado como un acceso más predecible y un acomodo a las estructuras institucionales establecidas, los derechos y las disposiciones legislativas, así como al poder de toma de decisiones. Algunos países latinoamericanos pueden tener estas instituciones, derechos, disposiciones y prácticas jurídicas en sus constituciones y sistemas políticos, pero ha menudo han sido aplicadas disparejamente en poblaciones y espacios distintos, provocando que algunas poblaciones queden más excluidas que otras, como lo anotamos con anterioridad. En consecuencia, los objetivos y procesos de la extensión de la ciudadanía en América Latina están inextricablemente ligados a las actividades de los movimientos sociales, que emergen como respuesta a una historia de exclusión vinculada a cier-

tos patrones de formación del Estado. E incluso si los objetivos de estos movimientos permanecen incumplidos en este aspecto, el mero proceso de revelar y desafiar la distancia del Estado puede cuestionar los límites de las definiciones establecidas de ciudadanía y desatar nuevas luchas sobre su carácter y accesibilidad.

Todo esto ayuda a arrojar luz sobre las formas en que los movimientos sociales se articulan con la democracia, o mejor dicho, sobre cómo ciertos movimientos sociales pueden fomentar la transición del autoritarismo a la democracia.³³ Un puñado de movimientos dispersos de la clase media, en repudio de las demandas directas de mayor proximidad con el Estado bajo el disfraz de demandas de derechos civiles, no son suficientes para generar la transición democrática. Pero cuando las grandes masas de ciudadanos o movimientos sociales desisten completamente de la tarea de comprometer a las instituciones y prácticas existentes del Estado, es ya otra historia. Esto probablemente ocurriría bajo circunstancias excepcionales, como en Argentina después del repudio público masivo a la Guerra Sucia. Pero cuando esto ocurre se plantea un desafío al Estado en su conjunto, pues pocos grupos están confiando entonces en sus estructuras y prácticas. En este sentido, la legitimidad del Estado resulta fundamentalmente desafiada, situación que puede motivar a algunos actores estatales a reformar o a transformar profundamente las estructuras y prácticas políticas.

Esta dinámica puede explicar, entre otras cosas, por qué países como México han estado encantados con su 'transición' a la democracia por tanto tiempo. En un país con una larga historia de movi-

33. Para una discusión más amplia de esta dinámica en el caso de México, ver Davis y Brachet-Márquez (1997).

lizaciones sociales y de respuesta estatal, los ciudadanos han estado planteando continuamente demandas de mayor acceso al partido de Estado, y éste ha sido totalmente exitoso al responder sin borrar su perfil esencial de gobierno de un solo partido. La democracia, entonces, no se ha materializado, pero históricamente ha habido suficiente activismo de movilización social y reducción de la distancia para tener satisfechas a grandes porciones de la población, a pesar de que algunas de estas estrategias hayan derivado en mayor cooptación y fortalecimiento del Estado. No ha sido sino hasta recientemente, en medio de un *impasse* en una larga historia de demandas de movimientos sociales y de respuesta estatal, que los movimientos enfocados estrictamente a los derechos civiles y sin interés en vincularse con las instituciones del Estado mexicano se están volviendo más comunes, aunque siguen siendo una minoría en el horizonte del movimiento social.

Cualquiera que sea el resultado, una cosa es clara: aun en el caso de que la democracia estilo occidental no se materialice en todos los estados latinoamericanos, veremos nuevas estructuras estatales y una nueva relación Estado-sociedad que reconstruya y reorganice los viejos patrones de exclusión geográfica, institucional, de clase y cultural. La descentralización del Estado y de sus instituciones políticas seguramente es una parte clave del proyecto de democratización, pero es solo un paso en un largo y difícil camino hacia la democracia, precisamente porque es claro que no todas las clases y culturas están igualmente habilitadas para darlo. Necesitamos profundizar más sobre si y cómo las diversas fuentes de distancia pueden ser reducidas en un movimiento hacia la democracia, y entender las implicaciones de esto para los movimientos sociales, el Estado y la ciudadanía. Pero esto, por supuesto, es tema de otro estudio.

Bibliografía

- AGNEW, John A. (1987). *Place and Politics*. London. Allen & Unwin.
- ALVAREZ, Sonia (1990). *Endangering Democracy in Brazil: Women's Movements in Transitional Politics*. Princeton University Press.
- ANDERSON, Benedict (1991). *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*. London. Verso Press.
- BENKO, George and Ulf Strohmayer (1996). *Space and Social Theory: Interpreting Modernity and Postmodernity*. London. Basil Blackwell.
- BENNETT, Vivienne (1995). *The Politics of Water: Urban Protest, Gender, and Power in Monterrey, Mexico*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- BRACHET-Márquez, Viviane (1997). "Mexican Sociology: Contradictory Influences". *Contemporary Sociology* 26/3. 292-296.
- CALDERÓN, Fernando and Elizabeth Jelin (1987). *Clases y movimientos sociales en América Latina*. Buenos Aires. CEDES.
- CALDERÓN, Fernando (ed.) (1985). *Los movimientos sociales ante la crisis*. Buenos Aires. CLACSO.
- CASELL, Philip (ed.) (1993). *The Giddens Reader*. Palo Alto. Stanford University Press.
- CASTELLS, Manuel (1984). *The City and the Grassroots: A Cross-cultural Theory of Urban Social Movements*. Berkeley and Los Angeles. University of California Press.
- COHEN, Jean and Andrew Arato (1995). *Civil Society and Political Theory*. Cambridge, MA. MIT Press.
- COHEN, Jean (1985). "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements." *Social Research*, vol. 52, No. 4 (Winter). 1-27.

- COOK, Maria Lorena (1996). *Organizing Dissent: Unions, the State, and the Democratic Teacher's Movement in Mexico*. University Park, PA: Pennsylvania State University Press.
- DAVIS, Diane E. and Viviane Brachet Márquez (1997). "Rethinking Democracy: Mexico in Historical Perspective". *Comparative Studies in Society and History*, vol. 31, in press.
- DAVIS, Diane E. (1994). *Urban Leviathan. Mexico City in the Twentieth Century*. Philadelphia: Temple University Press.
- (1994). "Failed Urban Democratic Reform: From Social Movements to the State and Back Again". *Journal of Latin American Studies*, vol. 26, no. 2 (May): 1-34.
- (1993). "The Dialectic of Autonomy: State Actors, Class Actors, and the Roots of Economic Crisis in Mexico, 1964-1982". *Latin American Perspectives*, no. 20, no. 3 (summer): 46-74.
- (1992). "The Sociology of Mexico: Stalking the Path not Taken". *Annual Review of Sociology*, vol. 18: 395-417.
- (1989). "Divided Over Democracy: The Embeddedness of State and Class Conflicts in Contemporary Mexico". *Politics and Society*, vol. 17, no. 3: 247-280.
- ECKSTEIN, Susan (1989). *Power and Popular Protest: Latin American Social Movements*. Princeton: Princeton University Press.
- ESCOBAR, Arturo and Sonia Alvarez (eds.) (1992). *The Making of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy and Democracy*. Boulder CO: Westview Press.
- FEHER, Ferenc and Agnes Heller (1983). "From red to Green". *Telos* 59:35-44.
- FOURAKER, Joe (1995). *Theorizing Social Movements*. London: Pluto Press.
- (1993). *Popular Mobilization in Mexico: The Teachers' Movement, 1997-1998*. Cambridge: Cambridge University Press.
- and Ann Craig (1990). *Popular Movements and Political Change in Mexico*. Boulder, CO: Lynne Rienner Publishers.
- FOX, Jonathan (1993). *The Politics of Food in Mexico: State Power and Social Mobilization*. Ithaca: Cornell University Press.
- GARCÍA, Soledad (1996). "Cities and Citizenship". *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 20, no. 1 (March): 7-21.
- GIDDENS, Anthony (1993). "Time and Space", pp. 175-211, in Philip Cassell (ed.), *The Giddens Reader*. Palo Alto: Stanford University Press.
- GOODWIN, Jeff (1996). "Caught in a Winding, Snarling Vine: A Critique of Political Process Theory". *Manuscript, Department of Sociology*, New York University.
- GRINDLE, Merilee S (1977). *Bureaucrats, Politicians, and Peasants in Mexico: A Case Study in Public Policy*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- HABERMAS, Jürgen (1989). *The Structural Transformation of the Public Sphere*. Cambridge: Polity Press.
- (1987a). *The Theory of Communicative Action*, vol. 2. Cambridge: Polity Press.
- (1987b). *The Philosophical Discourse of Modernity*. Cambridge: MIT Press.
- HARVEY, David (1996). *Justice, Nature, and the Geography of Difference*. London: Basil Blackwell.
- HARVEY, Neil D. (1993). "The Limits of Concertación in Rural Mexico", pp. 199-217 in Neil D. Harvey (ed.), *Mexico. Dilemmas of Transition*. London: British Academic Press.
- HENRY, Etienne (1985). "Urban Social Movements in Latin America: Towards a Critical Understanding", pp. 127-147, in David Slater (ed.), *New Social Movements and the State in Latin America*. Amsterdam: CEDLA.
- HERZFELD, Michael (1997). *Cultural Intimacy. Social Poetics in the Nation-State*. London: Routledge.
- JELIN, Elizabeth (1990). *Women and Social Change in Latin America*. London: Zed Books.
- (1987). *Ciudadanía e identidad. Las mujeres en los movimientos sociales latinoamericanos*. Geneva: UNRISD.
- (ed.) (1985). *Los nuevos movimientos sociales* (2 volúmenes). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- JOSEPH, Gilbert and Daniel Nugent (1994). *Everyday Forms of State Formation*. Durham, NC: Duke University Press.
- KECK, Margaret (1989). "The 'New Unionism' in the Brazilian Transition", in Aired Stepan (ed.) *Democratizing Brazil*. New York: Oxford University Press.
- KITSCHLT, Herbert P. (1986). "Political Opportunity Structures and Political Protest: Anti-Nuclear Movements in 4 Democracies". *British Journal of Political Science*, 16 (January).
- KOWARICK, Lucio (ed.) (1994). *Social Struggles and the City: The Case of Sao Paulo*. New York: Monthly Review Press.
- KRIESI, Hanspeter, Ruud Koopmans, Jan Willem Duyvendak, and Margo G. Giugni (1995). *New Social Movements in Western*

- Europe. *A Comparative Analysis*. Minneapolis, MN. University of Minnesota Press.
- LEBARON, Alan (1993). "The Creation of the Modern Maya", pp. 265-286, in Crawford Young (ed.), *The Rising Tide of Cultural Pluralism: The Nation-State at Bay?* Madison. University of Wisconsin Press.
- LEES, L.H. (1982). "Strikes and the Urban Hierarchy in English Industrial Towns, 1842-1901", in J.E. Cronin and J. Schear (eds.), *Social Conflict and the Political Order in Modern Britain*. Croom Helm. London.
- MAINWARING, Scott, Guillermo O'Donnell, and J. Samuel Valenzuela (eds.) *Issues in Democratic Consolidation: The New South American Democracies in Comparative Perspective*. South Bend, IN. University of Notre Dame Press.
- (1987). "Urban Popular Movements, Identity, and Democratization in Brazil". *Comparative Political Studies*, vol. 20, no. 2 (July). 131-159.
- and Eduardo Viola (1984). "New Social Movements, Political Culture, and Democracy: Brazil and Argentina in the 1980s". *Telos*, 61 (Fall).
- MALLON, Florencia (1995). *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*. Berkeley. University of California.
- MIGDAL, Joel S. (1988). *Strong States and Weak Societies: State-society Relations and State Capabilities in the Third World*. Princeton. Princeton University Press.
- MÁRQUEZ, Enrique (1987). "Political Anachronisms: The Navista Movement and Political Processes in San Luis Potosí, 1958-1985". In Arturo Alvarado (ed.) *Electoral Patterns and Perspectives in Mexico*. La Jolla, CA. Center for U.S.-Mexican Studies.
- MASSOLO, Alejandra (1996). "Mujeres en el espacio local y el poder municipal", *Revista Mexicana de Sociología*, 63/3. 133-145.
- MATTIACE, Shannon (1996). Does Race Matter? The Use of Racial Theory in Understanding Contemporary Indian Movements in Mexico and Latin America", *Anuario de Estudios Urbanos*, 3. 215-241.
- MCADAM, Doug (1982). *Political Process and the Development of Black Insurgency*. Chicago. University of Chicago Press.
- MCCARTHY, John and Mayer Zaid (eds.) (1979). *The Dynamics of Social Movements*. Cambridge, MA. Winthrop Publishers.
- MELUCCI, Alberto (1988). "Social Movements and the Democratization of Everyday Life", pp. 245-260, in John Keane (ed.), *Civil Society and the State*. London. Verso Press.
- (1984). "An End to Social Movements?", *Social Science Information*, 23/4. 819-835.
- (1980). "The New Social Movements: A Theoretical Approach", *Social Science Information*, 19/2. 199-226.
- O'DONNELL, Guillermo, Philippe C. Schmitter, and Laurence Whitehead (eds.) (1986). *Transition from Authoritarian Rule: Latin America*. Baltimore, MD. The Johns Hopkins University Press.
- *Politics*. Berkeley, CA. Institute for International Studies, University of California.
- OFFE, Claus (1985). "New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics", *Social Research*, vol. 52, no. 4 (Winter). 817-867.
- OXHOM, Philip (1995). *Organizing Civil Society: The Popular Sectors and the Struggle for Democracy in Chile*. University Park, PA. Pennsylvania University Press.
- PAOLI, Maria Celia (1997). "European Theory in Brazilian Sociology". *Contemporary Sociology*, 26/3. 296-302.
- RADCLIFFE, Sarah and Sallie Westwood (1996). *Remaking the Nation: Place, Identity, and Politics in Latin America*. London. Routledge.
- ROBERTS, Kenneth (1997). "Beyond Romanticism: Social Movements and the Study of Political Change in Latin America". *Latin American Research Review*, 32/2. 137-151.
- SCHNEIDER, Cathy Lisa (1995). *Shantytown Protest in Pinochet's Chile*. Philadelphia. Temple University Press.
- SCOTT, Alan (1990). *Ideology and the New Social Movements*. London. Unwin Hyman.
- SHORT, John R. (1982). *An Introduction to Political Geography*. London. Routledge & Kegan Paul.
- SLATER, David (ed.) (1985). *New Social Movements and the State in Latin America*. Amsterdam. CEDLA.
- (1985). "The Peruvian State and Regional Crisis: The Development of regional Social Movements". Pp. 147-171, in David Slater (ed.), *New Social Movements and the State*. Amsterdam. CEDLA.
- SMITH, A.D. (1986). *The Ethnic Origins of Nations*. Oxford. Basil Blackwell.
- SOJA, Edward W. (1987). *Post-modern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London. Routledge and Kegan Paul.

- (1997). *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and other Real-and-Imagined Places*. London: Basil Blackwell.
- (1989). *Postmodern Geographies*. London: Verso Press.
- (1985). "The Spatiality of Social Life: Towards a Transformative Rethorisation". In *Social Relations and Spatial Structures*, edited by Derek Gregory and John Urry. New York: St. Martin's Press, 1985.
- STOKES, Susan C. (1991). "Politics and Lima's Urban Poor". *Latin American Research Review*, vol. 26, no. 2, 75-99.
- STORPER, Michael and Richard Walker (1989). *The Capitalist Imperative: Territory, Technology, and Industrial Growth*. New York: Basil Blackwell.
- TAMAYO Flores-Alatorre, Sergio (1996a). "La teoría de la ciudadanía en los estudios urbanos. Estado y sociedad civil, derechos ciudadanos y movimientos sociales". *Anuario de Estudios Urbanos*, 3, 183-212.
- (1996b). *Violencia y no-Violencia en los Movimientos Sociales*. México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- TANAKA, Martín (1996). "La participación política de los sectores populares en América Latina: Algunas conclusiones comparativas sobre la consolidación democrática". *Debates en Sociología*, 20, 106-144.
- TAYLOR, Peter J. (1989). *Political Geography: World-economy, Nation-state, and Locality* (second edition). London: Longman.
- TILLY, Charles (1994). *Reflections on Popular Contention in Great Britain, 1758-1834*. New York: New School for Social Research, Center for Studies of Social Change, Working Paper No. 181.
- (1992). *Coercion, Capital, and European States: AD 990-1992*. Cambridge and Oxford: Basil Blackwell.
- (1985). "Models and Realities of Popular Collective Action". *Social Research*, vol. 52, No. 4.
- (1984). "Social Movements and National Politics", pp. 297-317. In Charles Bright and Susan Harding (eds.), *Statemaking and Social Movements: Essays in History and Theory*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- (1978). *From Mobilization to Revolution*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- TORRES, Blanca (ed.) (1986). *Descentralización y democracia en México*. México, D.F.: El Colegio de México.
- TORSVIK, Per (ed.) (1981). *Mobilization, Center-periphery Structures, and Nation-building*. Bergen: University of Oslo.
- TOURAINE, Alain (1987). *Actores Sociales y Sistemas Políticos en América Latina*. Santiago de Chile: PREAUOIT.
- TURNER, Bryan S. (ed.) (1993). *Citizenship and Social Theory*. Newbury Park and London: Sage Publications.
- WICKHAM-Crowley, Timothy (1992). *Guerrillas and Revolution in Latin America: A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*. Princeton: Princeton University Press.



El Zócalo de la ciudad de México.



*Un acercamiento metodológico
a la etnografía de una plaza¹*



Introducción

Llegué por primera vez a la ciudad de México en 1995. Traía conmigo un paquete de imágenes de una megalópolis tremenda, que representaba el futuro, o más bien el fin de todas las ciudades modernas. Una urbe que crecía diariamente; un monstruo que se movía de forma incontenible, devorando los cerros y todo lo que se encontraba en el camino. Antes de este viaje, había consultado diversos libros académicos, así como reportajes de distintos medios de comunicación que hablaban de la ciudad de México. Aquellos materiales me dejaron la idea de una metrópoli caótica, en donde cada año se creaban más calles sin nombres, y más zonas periféricas sin agua, ni luz, ni aire. Tenía la idea de que era una ciudad que estaba más allá del colapso demográfico.

En varias ocasiones puse en duda estos clichés y esperaba otra imagen de la ciudad, detrás de las visiones devastadoras y apocalípticas. Una vez aquí, en la ciudad, poco a poco se fueron rompiendo las imágenes catastróficas. Me pareció que el caos del tráfico y la muchedumbre funcionaban bien, que la vida cotidiana tenía un flujo particular. Me encontré con un espacio urbano lleno de estructuras propias, como si fuera un mercado gigante, con sus intercambios y regateadores de mercancías, interacciones sociales, ríos de información, apropiaciones complejas del espacio y del tiempo por sus habitantes. Fui descubriendo un cotidiano esperanzador.

La segunda estancia en este país, fue gracias a una beca que obtuve para llevar adelante el proyecto de tesis del doctorado en antropología urbana, que consistía en escribir una etnografía de la ciudad de México.

Una etnografía que sería realizada bajo los lineamientos clásicos de los estudios antropológicos, es decir, que significaba vivir en el espacio concre-

1. El presente artículo forma parte de la tesis de doctorado en Antropología Urbana que realicé en la Universidad de Hamburgo, Alemania. El trabajo de campo lo llevé a cabo en la ciudad de México, entre agosto de 1996 y noviembre de 1997, con los recursos de una beca que se me otorgó por parte del Servicio de Intercambio Académico de Alemania (DAAD) y de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México. Agradezco a todas mis amigas y amigos del seminario de doctorado en diseño (línea de estudios urbanos) de la UAM-A el apoyo que me brindaron, especialmente al Dr. Sergio Tamayo, pues ellos y ellas lograron que mi estancia en la ciudad de México fuera una experiencia exitosa.

to; describir la historia del lugar y de la comunidad social; conocer los valores culturales y las formas de organización social y, por último, interpretar los diferentes símbolos que utilizaban en la representación del mundo. Para la antropología urbana, la etnografía es el proceso de comprensión cualitativo de una cultura ajena y de sus conceptos de conocimiento. En este sentido, una etnografía moderna trata de analizar un aspecto micro en el contexto amplio de la cultura, tomando en cuenta que, por fin, es el etnógrafo quien combina e interpreta los fragmentos culturales en el texto etnográfico (cfr. Geertz, 1973; Marcus, 1992).

Por lo anterior, el objetivo de este artículo es describir un ejercicio de acercamiento metodológico y etnográfico a un espacio público de la ciudad de México: el Zócalo y su significación cultural.

El artículo está estructurado en cuatro partes. En la primera presento el desarrollo de los métodos cualitativos que reflejan la complejidad del espacio urbano. Después de esta especie de introducción al objeto de estudio y a su ubicación en un contexto teórico, el siguiente apartado se dedica a la delimitación del campo u objeto de estudio; describo el comienzo del trabajo de campo con el uso de métodos de acercamiento. En el tercer apartado mostraré otros métodos cualitativos con mayor detalle: el análisis situacional, los mapas mentales y la fotopalabra. El artículo termina (como cuarta parte) con una reflexión sobre otro problema de los estudios urbanos, el de limitar el material de investigación, es decir, la cuestión de cómo y cuando determinar la salida del campo.

I. Desarrollo de los métodos cualitativos

El objetivo del proyecto de doctorado y del trabajo de campo que realicé en México fue investigar la



Una tarde en el Zócalo desde la terraza del Hotel Majestic, marzo 1997
Foto: O. Gemballa/K. Wildner

Plaza Mayor, el Zócalo, como un espacio público, que al mismo tiempo se usa de infinitas maneras en la práctica cotidiana y sirve como un lugar de representación del poder. A las funciones de la plaza, tan heterogéneas y cambiantes, se le añade el peso histórico que ha tenido en la conformación de la cultura mexicana. Tenemos así que la etnografía de esta plaza, ubicada en el Centro Histórico de la gran metrópoli, habría que construirla desde diversos puntos de vista: como espacio físico, cotidiano, simbólico y representativo de las hegemonías políticas. El eje de trabajo fue analizar el impacto que tiene el Zócalo, como centro material e imaginario, en la construcción de identidades locales y urbanas.

El contexto teórico de este trabajo no es el de la antropología que se dedica a analizar a un grupo social en particular y a la constitución de su vida privada o a un barrio como fenómeno de identidad urbana. El cuerpo teórico está ubicado dentro del contexto de la antropología contemporánea cuyo enfoque está en la ciudad misma (cfr. Hannerz, 1980). Me interesó investigar la dialéctica entre espacio físico, vida cotidiana e identidad, en donde el espacio y el tiempo están considerados como di-

mensiones constitutivas de la organización social y de la cultura. La hipótesis central, que aventuré, fue que de la misma manera que la práctica social está definida por un territorio físico, el espacio urbano se construye por su apropiación simbólica (Soya, 1994).

Nuevas teorías de la antropología urbana consideran que las ciudades modernas se componen de "lugares" y "no-lugares". Los "no-lugares" son espacios urbanos de paso y de tránsito, caracterizados por flujos peatonales, vehiculares e informacionales, que no pueden definirse como espacios de identidad (Augé, 1993). En cambio, los "lugares" se definen por sus relaciones históricas e interrelacionales, las cuales reflejan las identidades urbanas. En este sentido, un "lugar" no se remite solo al territorio habitable, sino también a una posición dentro del sistema social (Aguilar, 1993). Más aún, Augé afirma que en las ciudades modernas los "lugares" y los "no-lugares" se entrelazan como en un juego, en donde ambos están interpretados continuamente en un proceso de discursos y prácticas urbanas. De tal manera que el objeto de los estudios urbanos es observarlos como un hecho social total.

Si el Zócalo representa las interrelaciones de un lugar fragmentado, entonces sería un lugar de paso. Pero lo que pudimos observar en el Zócalo de la ciudad de México fue que al mismo tiempo que representa una historia llena de símbolos y dinámicas sociales, se construye cotidianamente la lógica heterogénea de las identidades urbanas. Entonces, el Zócalo no se puede interpretar según conceptos fijos de "lugar" y "no-lugar", sino al contrario, el Zócalo refleja exactamente el juego entre el espacio físico y diferentes grupos de interés que negocian sobre el espacio real e ideológico. Tanto la historia de la plaza como su significación en la cons-

trucción de una identidad mexicana son aspectos fundamentales en el discurso sobre el "lugar". Así se puede añadir un tercer término y afirmar que el Zócalo es un "lugar de discurso".

Es en esta perspectiva del desarrollo y la aplicación de métodos cualitativos, donde se ubica el punto nodal de esta investigación. Se trabajó con métodos innovadores para buscar diversos caminos de entendimiento y de interpretación de lo que sucede en ese espacio. Se aplicaron nuevos métodos con la idea de aprender a observar (y a escuchar) de nuevo, y así generar nuevos conocimientos y formas de explicar las realidades que se nos muestran.

Un objetivo de los estudios urbanos tendría que ser el captar las interacciones entre los individuos y los espacios; pues en cada espacio se encuentran inmersos diferentes puntos de vista, presentándose una simultaneidad de situaciones que reflejan todo un mosaico o una textura polisémica. Ahora bien, aparte de las descripciones detalladas e interpretaciones subjetivas por parte del investigador, el aplicar métodos cualitativos significa abrirse a la comprensión del mundo social desde las visiones de los propios actores (cfr. Martínez Salgado, 1996). Las distintas interpretaciones que pueden darse de una situación específica, nos llevarían a reconocer que no existe una sola realidad, sino que hay muchas realidades.

Fue necesario, por lo tanto, que en el recorrido de la investigación se aplicaran métodos que pudieran reflejar la simultaneidad tanto de los acontecimientos como de las diversas realidades subyacentes. El resultado: un *collage* de textos "polivocinales", que vienen a representar el discurso de la ciudad, como si la ciudad fuese un texto que haya que leer e interpretar (Wilson, 1992). Y así la lectura o interpretación final dará una visión compleja de las interacciones entre los individuos y el espacio.

II. Trabajo de campo

1. Límites del campo y del objeto de estudio

La primera definición del objeto de estudio nos limita necesariamente el campo de trabajo. El espacio público de la ciudad de México forma parte de un sistema complejo y heterogéneo, que está caracterizado por la interrelación entre muchos fragmentos que se cruzan en múltiples direcciones con aspectos económicos, políticos y culturales. No obstante, los fragmentos dentro del sistema no son independientes entre sí, sino funcionales. El conjunto de sus relaciones constituye la estructura, que le da al sistema la organización que necesita para funcionar como totalidad. Para dar cuenta de una totalidad, se requiere de una investigación interdisciplinaria, con la misma lógica en que la realidad misma es interdisciplinaria (cfr. García).

Si tomamos en cuenta esta base metodológica para el trabajo de campo etnográfico, ello nos conducirá hacia una diversidad de métodos que responderán precisamente a la heterogeneidad de la realidad, o mejor dicho, de las realidades.

El objeto de la investigación: observar el impacto que tiene un determinado espacio físico en la construcción de las identidades urbanas; la primera pregunta: ¿cuáles son los límites del Zócalo?

Durante la primera etapa de la investigación me percaté de que hay tal diversidad de puntos de vista a partir de los cuales uno puede acercarse al Zócalo; no es posible empezar con una definición (esquemática) de los límites de la plaza. Esta definición, aun cuando era componente central del análisis, sería resultado de la percepción y de la interpretación de la significación de la Plaza por parte de los propios actores. La orientación de mis estudios habría de seguir estas interpretaciones. De esta manera observé, pregunté e interaccioné en la

Plaza. Luego salí de la plaza y me orienté hacia aspectos complejos de la urbanidad metropolitana. Finalmente, regresé de nuevo al Zócalo, a las situaciones concretas de los actores específicos que encontré en la Plaza.

2. Fronteras y acercamientos

El intento de definir el objeto de estudio me llevó a una confrontación interna, por las reacciones de los actores ante mi presencia en ese espacio, pues de repente pasé a formar parte de la vida cotidiana de la plaza. Mi primera experiencia fue impactante, me sentí ajena y desconocida, etiquetada como turista casual a la cual se le ofrece toda variedad de *souvenirs*. Sentí claramente las fronteras virtuales entre mí y los demás. Fue la reincidencia, la visita casi a diario lo que cambió el tipo de interacciones. Comencé a dejar de ser la turista casual. Parecía que mi comportamiento y el conocimiento del idioma me sumergían más y más en el flujo cotidiano de la plaza. El espacio y el ambiente estaban modificando mi actitud, incluso mi perspectiva de una extranjera, europea y académica, que creía tener una postura clara y definida. De todas maneras tuve que reflexionar constantemente mis aportaciones culturales y teóricas, para realizar una práctica etnográfica sin problemas (cfr. Rose, 1990). ¿Qué veo y qué no?, ¿qué es lo visible y lo invisible?, ¿cómo detectar lo evidente y lo oculto?

Hay que decir que enfrenté un problema que se suma a los más comunes dentro de las experiencias de investigación de la etnografía: que siendo extranjera no entendía muchas situaciones, que son comunes para los mexicanos. Mas paradójicamente, esa misma posición me permitía ver escenas que para los demás se habían convertido en la parte invisible de su vida cotidiana. Lo anterior nos explica porque la investigadora tiene otra representación del espacio.

La definición del lugar que observo en sí mismo ya es una representación (cfr. Foucault, 1993) o como dice Geertz, la etnografía y, especialmente los textos etnográficos, son interpretaciones de un nivel secundario o terciario (Geertz, 1973). Una vez confirmada la existencia del sujeto de la investigación, se pasa a la discusión de la subjetividad, que es fundamento epistemológico de los métodos cualitativos en las ciencias sociales (cfr. Szasz y Lerner, 1996). Me pregunto: ¿cuál es la parte que me corresponde en la construcción del objeto de estudio? Es evidente que existe un Zócalo, pero ¿existe el Zócalo como un centro de identidad urbana o cultural? ¿Es el Zócalo un lugar? ¿Un no-lugar?

A cada pregunta que surge y resurge sobre el Zócalo, se provocan más reflexiones y discusiones que de otra manera seguramente no hubieran sido planteadas. En una aproximación hermenéutica o en un análisis de discurso, el sujeto del investigador, es decir, su perspectiva y su concepto teórico, se describe como aspecto central en la construcción del objeto de estudio y en la conformación de la representación. Eso requiere de una reflexión del papel del investigador, tanto en la preparación metodológica como en la evaluación del material, tomando en cuenta el poder de la definición y del conocimiento científico (cfr. Duncan y Ley, 1993).

Con esta primera aproximación entré al campo, y así me sumergí en el espacio plural del Zócalo.

3. Entrar al campo

Ingresar al campo de la investigación es una de las etapas más difíciles. Al principio todo nos parece difuso, no se tiene sentido ni de la estructura del espacio, ni de lo que se está buscando. Una forma de acercarse al conjunto de situaciones de los espacios físicos y de los imaginarios, es utilizando el personaje de un *flâneur*.

El concepto de *flâneur* surgió a finales del siglo XIX. Era un personaje que vivía en las calles y en los cafés, como un observador muy sensible de vida urbana y fragmentaria de esa época. Se le identificó con los marginados de la sociedad urbana, con los lumpenes, delincuentes y rateros (cfr. Wilson, 1992). Walter Benjamín usó al *flâneur* en sus reportajes para describir la vida cotidiana de las ciudades modernas como París, Moscú o Berlín. En los años veinte de este siglo algunos antropólogos lo retomaron para asociarlo con las técnicas de observación:

Como un coleccionista de sensaciones, un observador de un espectáculo en el que se pretende reconciliar el espacio privado con la calle, donde las contradicciones sociales se esconden bajo las fantasmagorias de la modernidad. Flanear la ciudad es experimentar sus espacios, olores, ruidos y movimientos, flanear es el método de los cronistas y un modo de representar la ciudad, de mirarla y de contar lo visto (cfr. García Canclini, 1996).

Todo lo contrario de percibir a la ciudad teóricamente o de negociar los planes de los urbanistas con una perspectiva desde arriba; *flanear* quiere decir pasear por las calles de la ciudad sin objetivo concreto; la ciudad está percibida como un escenario y todo lo que pasa es parte del *show*. El *flâneur* es público aficionado y actor al mismo tiempo, flota por las calles de la metrópoli, eligiendo intuitivamente el camino; él construye la acción dramática del espectáculo. El *flâneur* vive, observa y describe lo urbano.

De Certeau manifiesta que el paseo es la única manera de experimentar la ciudad en la cual el cuerpo sigue los "textos urbanos". El andar es una práctica cotidiana elemental (cfr. de Certeau, 1980).

Mis primeros paseos por la ciudad estuvieron inspirados en el concepto del *flaneur*; aunque también usé métodos para captar y sistematizar lo que pasa en el escenario. Conforme me acercaba al espacio físico de la plaza fui identificando los elementos interiores y alrededores de la plaza: los edificios, los elementos arquitectónicos y los lugares de encuentro como los árboles, rejas, bancas y escaleras. Hice un inventario de los "lugares de estar" como torterías, restaurantes, cantinas y centros comerciales que son lugares que sirven como puntos de observación y puntos de contacto. Durante estos paseos fue importante, además de identificar los lugares físicos, detectar movimientos y ambientes en la plaza, que marcan en una primera aproximación a la estructura del espacio.

La plaza es un lugar, pero a su vez está compuesta por más lugares, que se distinguen por el uso y la apropiación de los actores específicos. Uno de los rasgos más notables que existe en la plaza es una segregación social. En su lado oeste, hacia la Alameda, se ubican hoteles de lujo, restaurantes de cadenas, joyerías y bancos; las calles y los edificios están remodelados, los paseantes vestidos con formalidad y los turistas se paran sucesivamente en los escaparates de las tiendas. En cambio, el lado este, hacia el viejo mercado central de La Merced es otro mundo, las casas se perciben más viejas, vecindades casi destruidas, las calles sirven de lugar del ambulante y de vías de gran amplitud para los gritos de los vendedores. Aquí se ve otro tipo de gente, menos trajes y menos turistas, es la clase popular en busca de una oferta en mayoreo o menudeo.

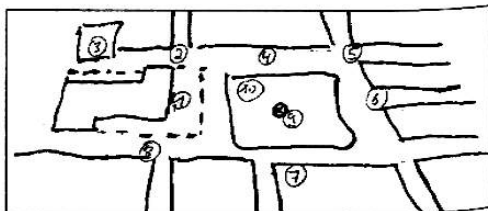
En un segundo acercamiento al objeto de estudio investigué las interacciones de los actores y el espacio del Zócalo. Como base usaba la práctica de la geografía cultural; la topografía, como método de descripción del espacio particular con ciertas re-

glas y conocimientos (cfr. Duncan y Ley, 1993). Si hablo de una topografía del Zócalo no me refiero a los aspectos geográficos, sino a las diferentes maneras de percibir la plaza, es decir, los puntos de vista en un sentido físico o ideológico y las posiciones desde los cuales se puede contemplar la plaza.

"De este modo, (el término) punto de vista se acerca a posibilidades narrativas de fuerte arraigo cultural en cada geografía urbana. La suma imaginable de los puntos de vista de los ciudadanos de una ciudad, integra la lectura simbólica que se hace de la ciudad. Corresponde a su representación y a las distintas estrategias narrativas" (Silva, 1992:41).

Estos puntos de vista pueden ser proyectados por distintos grupos sociales, pero también por los distintos lugares de la plaza, así como por las maneras de vivir la plaza o de referirse a ella. Un aspecto principal de la topografía de un lugar es el visual, que se representa por sus elementos físicos y su arquitectura. Con otra óptica, durante la investigación seleccioné 10 puntos de vistas o de observación en su sentido físico (véase croquis 1); analicé detalladamente cada uno de estos puntos

Croquis 1: Indica los diez puntos de vista



1. La Catedral; 2. Esquina Seminario/Moneda; 3. Templo Mayor, 4. Palacio Nacional, 5. Esquina Pino Suárez/Corregidora/Suprema Corte de Justicia; 6. Departamento del Distrito Federal/V20 de Noviembre, 7. Terraza del Hotel Majestic, 8. Monte de Piedad, 9. Asta bandera/"la plancha", 10. Estación del metro.

concretos, investigando su historia y (el cambio de) la función de los edificios.

Realicé entrevistas con arquitectos, historiadores y urbanistas que me dieron un "punto de vista desde arriba" del conjunto urbano del Zócalo, en donde se iban ubicando los lugares concretos de análisis. Cada uno de estos lugares físicos, además están representados por diferentes grupos de interés, instituciones públicas y privadas. Entre ellas se encuentran por ejemplo la Iglesia, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, la Regencia, la Secretaría de Transporte Público, la Universidad Nacional Autónoma de México, que tienen sus propios objetivos indirectos en relación con la Plaza, y que manejan distintos usos y formas de representación. Cada uno de los puntos seleccionados abría una perspectiva distinta hacia la plaza y representaba de esta forma un aspecto urbano muy especial.

Un ejemplo: la estación del Metro en el Zócalo. En la lectura de estudios urbanos (Ward 1991, Davis 1994) me informé sobre las condiciones (políticas, demográficas, fiscales, etcétera) para construir un metro en un determinado tiempo en la ciudad de México. En entrevistas con ingenieros del Sistema de Transporte Colectivo (stc), me comunicaron que el inicio de las grandes obras del metro fueron en el año 1967. Según ellos hubo problemas con el suelo blando en la construcción de la línea dos, la que pasa por el Centro Histórico y el Zócalo. Además el stc tenía que discutir con otro grupos de interés de la Plaza, el INAH y la Regencia, sobre las entradas del Metro, su estética y funcionalidad en el conjunto de la Plaza. Aparte de ser un nudo de tráfico urbano, el Zócalo es la estación más usada como destino final. Antes de subir a la Plaza los usuarios pasan por los pasillos, cuyos muros están cubiertos de litografías y fotografías del Centro Histórico de épocas pasadas, lo cual le da un aspecto

cultural; además, en el centro de la estación hay tres maquetas gigantes que muestran modelos de la Plaza en tres épocas distintas muy importantes: El Templo Mayor antes de su destrucción por los españoles en 1521; la Plaza Mayor con el mercado del Parian, en el siglo xvi; y el Zócalo con un kiosco en el centro y un parque. Comúnmente se puede observar gente mirando y explicándose la historia de la Plaza y sus transformaciones. Arriba, a las salidas de esta estación del Metro, hay mujeres que venden comida; otras personas usan la estación como punto de encuentro y los niños juegan con las rejas del metro.

Con este breve resumen, parecen evidentes los aspectos topográficos desde el punto de vista del stc. A partir de este punto de vista se puede analizar las relaciones entre el espacio público del Zócalo y el sistema metropolitano del tráfico, así como aspectos culturales de la historia, las diferencias entre grupos de interés que manejan la Plaza y también los distintos niveles en el tiempo que se manifiestan en la Plaza. En este sentido todos los puntos de vista abren nuevas perspectivas para la misma y representan diferentes aspectos urbanos de la metrópoli.

Diseñé un mapa del Zócalo y sus alrededores para marcar los diferentes usos que le dan las personas durante el día. También registré las diferencias que se presentan cuando son días festivos o días hábiles. Así tenemos la posibilidad de identificar un "horario del Zócalo" y de los lugares más frecuentados.

En la misma línea de argumentación los eventos en el Zócalo, sean políticos o culturales, tienen una forma particular de organización espacial: la distribución de los templete, de las bocinas, del foro con mesas, del presidium. De los mapas de uso sale una primera definición de las formas de apropiación del

espacio público y del tipo de actores de la plaza, desde grupos de interés y actores sociales o informantes hasta tipos ideales.

Los grupos de interés son personas que representan una institución con objetivos bien definidos (por ejemplo: el INAH, las Uniones de Ambulantes, el Fideicomiso del Centro Histórico). Por otro lado, la caracterización de tipos ideales (por ejemplo: trabajadores, visitantes, manifestantes, funcionarios, ausentes), permite hacer una abstracción de personajes concretos, lo que facilitó la definición de la apropiación espacial por los diferentes actores sociales.

Los actores sociales son personajes concretos (por ejemplo: el inspector de la vía pública, la boleadora, el fotógrafo, el mesero); ellos expresan su identidad en la manera de percibir y apropiarse del espacio urbano. Cada uno de estos actores tiene un papel definido por su particular historia de vida, que en el conjunto de las interacciones recrea también la historia de vidas del Zócalo. Los actores sociales o "informantes", son los personajes más importantes en el trabajo de campo.

Por consiguiente, la labor de esta primera etapa fue encontrar a los "informantes claves" e iniciar los contactos necesarios con actores del Zócalo. El interés era llegar conocer personas que además de estar todos los días en la plaza, por ejemplo, por motivos laborales, tuvieran una perspectiva distinta del visitante o paseante y turista. Acercarme a las personas costó mucho tiempo, porque no es fácil romper las barreras de la desconfianza. Pero cuando al fin elegí entre otros a una boleadora que tenía su silla en una de las esquinas del Zócalo fui capaz de establecer una relación de cercanía social con ella, lo que alimentó otra veta de información básica. Por varios días la observé desde lejos, para conocer su manera de trabajar y relacionarse con

los clientes, hasta que un día subí a su silla dispuesta a que ella boleara mis zapatos. Aproveché y empecé una breve plática acerca del clima, que entonces era frío; que había mucha gente ese día, que se notaba gran movimiento y de cuántos vendedores de chacharas y fritangas estaban ese día. Pocos días después pasé nuevamente por el lugar y me reconoció. Me preguntó que cuánto tiempo me quedaría en México y continuamos con una charla informal. Después de esos primeros contactos, comencé a pasar con mayor frecuencia para saludarla y me quedaba por un rato platicando con ella. Fue entonces cuando comenzó la verdadera entrevista por etapas. Le preguntaba por su trabajo y ella por el mío. Le comentaba de la investigación que realizaba sobre el Zócalo y que me gustaría mucho conocer su versión, su historia, desde su condición como trabajadora de la plaza.

El lugar de la boleadora, con su silla y un banco al lado, fue perfecto. El "lugar de estar", un excelente punto de observación, por donde, además, se generaba una corriente de constantes clientes y paseantes por el Zócalo, con los cuales tuve oportunidad de conversar.

En unas cuantas semanas nos fuimos a comer a las fondas, comedores públicos y cantinas de los alrededores. Ana María, así se llamaba la boleadora, me presentaba a sus clientes como su amiga. Cada día iba conociendo más y más su mundo, los lugares que frecuentaba y su historia de vida. Un día me invitó a su casa, era cumpleaños de su hijo y cocinaría mole. Me sentí un poco nerviosa, por que no sabía hasta donde me llevaría esta experiencia. Su hija, que había conocido unos días antes en el Zócalo, me fue a buscar a la estación del metro y juntas fuimos hacia las barrancas en el oeste de la ciudad, cerca del metro Observatorio. Ahí conocí a toda la familia; vivía con 4 hijos adultos en una casa

humilde con cocina y un solo cuarto. Nunca antes había estado en un barrio como éste. Me impactó la cálida hospitalidad de Ana María y la de los demás que me saludaron muy amablemente, preguntándome sobre Alemania y mi visión de México. Esta visita significó la posibilidad de observar la otra parte de la ciudad, como una salida del Zócalo hacia las viviendas populares de la gran urbe y una entrada a la vida íntima de una trabajadora de la plaza. Después de esto, las visitas a la plaza se me hicieron más informativas y agradables.

Estos acercamientos a los actores, a sus actividades y a las maneras de apropiación, van formando un primer esquema de la estructura de la plaza, que me guió en la segunda etapa de la aplicación de métodos cualitativos.

III. Métodos cualitativos

Cada suceso que se presenta en una metrópolis muestra la posibilidad de uso y de apropiación del espacio. Estos usos se corresponderían con las distintas maneras de percibir el medio ambiente, tanto como con los diferentes estilos de vida. Si continuamos con esta hipótesis, podemos decir que los usos se definen como representaciones de identidades urbanas. Para observar, analizar e interpretar estas conexiones se requiere del uso de métodos interdisciplinarios. En esta parte presento tres distintos métodos que apliqué en el proceso de investigación.

1. Análisis situacional

Es un método desarrollado por los miembros de la Escuela de Manchester (Gluckman, Mitchell, Van Velsen, entre otros), quienes trabajaron en las décadas de los años 30 y 40 en la región urbana de las minas de cobre de Rhodesia (hoy Zambia). Su

objetivo central fue describir el comportamiento social de una sociedad en transición de lo rural a lo urbano. Se estudió la migración hacia las ciudades mineras en el contexto de industrialización, urbanización y dominación colonial.

Max Gluckman, director del Instituto, realizó un primer análisis situacional a partir de la inauguración de un puente en el país de los Zulu. En una descripción detallada del evento analizó las relaciones sociales entre zulúes y colonizadores blancos. Por su parte, John Clyde Mitchell, en los años cincuenta desarrolló el análisis situacional como método fundamental de la antropología urbana. Mitchell definió así el análisis situacional:

"es el aislamiento intelectual de acontecimientos de su contexto social más amplio, con el objetivo de facilitar un análisis lógico y coherente de estas situaciones" (Mitchell, 1987: 6).

Se eligieron fiestas y bailes en los barrios urbanos de migrantes mineros y se desarrolló un sistema para analizar situaciones, ligadas a su contexto social y cultural. Un trabajo así requirió de diferentes grados de abstracción, los cuales no se pueden reducir por sí mismos, sino que deben encontrarse en una relación lógica y reflexiva.

Los siguientes pasos, según Mitchell, son necesarios en un análisis situacional:

- a) De un conjunto de acontecimientos buscar, y seleccionar una situación, es decir, actividades y comportamientos que parezcan importantes al investigador, y describir detalladamente las características del lugar, actores, actividades e interacciones.
- b) Recoger los puntos de vista cognitivos de los actores, preguntarles por sus propias interpretaciones y significaciones acerca de la situación.
- c) Aplicar el contexto cultural, es decir, abstraer y analizar el evento dentro de los parámetros con-

textuales, por ejemplo, la situación histórica, política o económica de la ciudad.

Mitchell subraya que el contexto estructural que corresponde a la teoría general es una construcción analítica del científico que no tiene que corresponder necesariamente con las explicaciones de los actores. La limitación y especificidad de los parámetros contextuales depende de las aproximaciones de la investigación. Por lo tanto, es el investigador quien está obligado a verificar los parámetros continuamente (Mitchell, 1987).

En el libro *The Urban Context* recopilado por Rogers y Vertovec (1992) los autores aplican y extienden el método del análisis situacional a los espacios urbanos de los años noventa. Rogers investiga el desfile del 5 de Mayo en una comunidad mexicana de la ciudad San Francisco en los Estados Unidos en el contexto de la migración y de los procesos *gentrification* urbanos² (Rogers, 1992).

En el trabajo sobre el Zócalo apliqué el análisis situacional en dos niveles:

a) Desarrollé el llamado "análisis histórico situacional" para investigar la continuidad histórica de ciertos aspectos espaciales y culturales. El modelo inicia con una cronología de hechos históricos acontecidos en la plaza, a partir de los cuales elegí situaciones específicas, como por ejemplo, el descubrimiento del Calendario Azteca y de la diosa azteca Coatlicue en el año 1790. Reconstruyo la situación con datos que tomé de archivos históricos, como las ordenanzas del virrey Revillagigedo, de las cuentas del arquitecto José Damián Ortiz,

quien estaba a cargo del arreglo de la plaza, y de comentarios de los comerciantes del Mercado de Parian. Estos datos, recuerdos e historias, los confronté con literatura que documentaba sobre el hallazgo en la época correspondiente, por ejemplo, León y Gama (1792) y Humboldt (1809); posteriormente, ubiqué el caso en el contexto cultural. Finalmente, analicé esta situación histórica con parámetros más recientes como la excavación del Templo Mayor (cfr. Matos Moctezuma, 1981), ubicándolo en el contexto teórico de la construcción de la identidad cultural. Surgieron así preguntas claves: ¿en qué contexto político se niega o afirma la cultura prehispánica?, ¿qué implica la afirmación de la cultura prehispánica para la reconstrucción de una identidad mexicana? y ¿cómo se manifiesta la identidad cultural mexicana en el espacio del Zócalo?

b) El otro nivel de aplicación del análisis situacional fue en la interpretación de acontecimientos festivos realizados en el Zócalo en la realidad actual. Investigué el Festival del Centro Histórico, la ceremonia del Grito de Independencia del 15 de septiembre y el Desfile Deportivo del 20 de noviembre. De acuerdo con los pasos del análisis situacional, describí en detalle el festejo, que comienza con la decoración de la plaza y la propaganda en los medios de comunicación masiva. Participé el día de las festividades y lleve a cabo una descripción sistemática del lugar, de las actividades y de sus actores. Por medio de entrevistas pregunté a los participantes por su visión cognitiva y su interpretación del evento. Un análisis de las crónicas aparecidas en la prensa y entrevistas con los organizadores me permitieron ampliar la percepción. En una reflexión final, combiné estos datos con parámetros históricos y políticos e investigué la historia del evento y los cambios sufridos con el paso del tiempo.

2. *Gentrification*, es un término usado cuando cambia la estructura urbana en los centros de las metrópolis. Se refiere a la estratificación y refuncionalización de una zona comercial o popular con el objeto de hacerla más rentable y atractiva para las clases medias altas y altas.

¿Cómo describen los actores y el público el acontecimiento? ¿Qué significación tiene el acontecimiento para la plaza misma? ¿En qué manera la situación política actual se refleja en el comportamiento de los actores?

El método de análisis situacional facilita la interpretación de situaciones micro ubicadas en su contexto urbano, y con ello abre la posibilidad de explicar procesos complejos.

2. Mapas mentales

Algunos métodos sociológicos y antropológicos trabajan con textos escritos y hablados (por ejemplo: entrevistas, encuestas, descripciones); pero un análisis de la percepción y de la representación espacial requiere de métodos que reflejen mucho más la *visualización* que la *textualización* del espacio. Existen, entre otros, dos métodos visuales para investigar la percepción del espacio, uno es el método de los mapas mentales y, el otro, la entrevista abierta con fotografías. A continuación describiré mis experiencias con el uso de los mapas mentales.

En su libro *Maps in Minds*, Downs y Stea hacen una recolección de las distintas maneras en que está organizado el mundo en la mente humana. Combinan teorías psicológicas y geográficas con las sociológicas y antropológicas con el fin de investigar la función de la mente para reconocer e interpretar el medio ambiente, definiendo los mapas cognitivos como un proceso de interpretación del mundo, de acuerdo con el conocimiento cultural de cada individuo (Downs y Stea, 1980).

Ya en los años cincuenta, el geógrafo social Kevin Lynch desarrolló el método de mapas mentales para investigar las relaciones entre elementos físicos, la percepción y la organización mental de los espacios. Los mapas mentales o cognitivos son ana-

lizados como imágenes individuales del medio ambiente. Según Lynch cada espacio urbano está compuesto por diferentes elementos físicos como edificios, calles, puentes, etcétera, que sirven como referentes para organizar el espacio. Aparte de estos hechos arquitectónicos existen otros elementos que son invisibles: el espacio está compuesto por fronteras, sendas y nudos (Lynch, 1960).

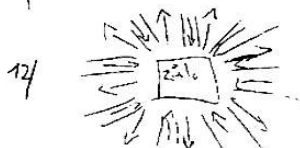
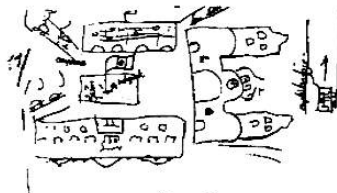
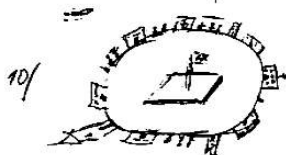
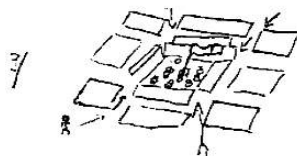
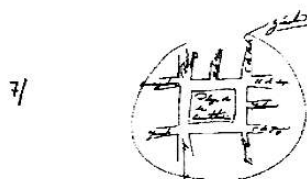
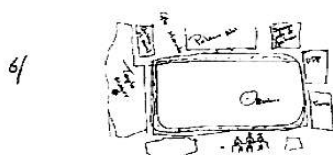
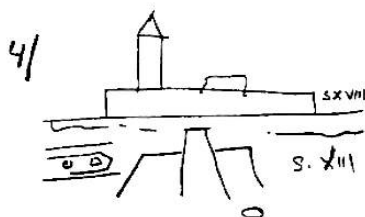
En la misma lógica Armando Silva (1992) distingue entre lo que es una cartografía física (los mapas técnicos), y una cartografía simbólica (los croquis o mapas mentales). Los mapas mentales —en los cuales el territorio urbano pensado se asocia con la memoria y los símbolos culturales—, son “representaciones metafóricas”. El espacio se organiza por referentes que generalmente no coinciden con la cartografía física. El croquis no refleja el espacio como es, sino como “una expresión de sentimientos colectivos o de profunda subjetividad social” (Silva, 1992:60). Mapas mentales, entonces, son visualizaciones de imágenes individuales del medio ambiente y también representaciones del espacio urbano.

Al trabajar con este método, los mapas se convierten en una parte fundamental de las entrevistas y de las encuestas. Los informantes dibujan “su” Zócalo, como lo organizan cognitivamente, como lo recuerdan en su memoria.

En la primera evaluación se organizan los mapas por similitudes o diferencias, también se buscan símbolos o características repetitivas. En la segunda, se combinan con las entrevistas y las interpretaciones de los mismos entrevistados. El resultado es un catálogo de elementos repetitivos y de maneras de percibir, interpretar y representar el espacio concreto.

Cuando analicé los mapas mentales del Zócalo me percaté, que de las diferentes maneras de re-

Mapas mentales



presentar la Plaza, se pueden organizar por el grado de abstracción. Otro aspecto fue el uso de referentes y símbolos del poder, como el asta bandera y el Palacio Nacional. Muchas veces los mapas reflejan movimiento o actividades y, por el contrario, en las entrevistas las manifestaciones y el ambulan-taje son los aspectos más mencionados del Zócalo.

3. Fotopalabra

Otro acercamiento a la percepción de lo real y lo imaginario en la antropología visual es el método de la "fotopalabra", que es la combinación de entrevistas y fotografías. Las fotos en sí mismas representan un registro de actividades en el espacio, son referentes y símbolos urbanos y reflejos de realidades diferentes. La fotografía muestra la ciudad como un escenario, son metáforas del espacio. El fotógrafo Castellanos dice:

La ciudad es un espacio imaginario que surge de la interpretación que cada observador hace de los registros iconográficos y abre nuevamente el juego infinito de los reflejos, de los símbolos compartidos (Castellanos 1996).

Según investigadores como John y Malcom Collier (1990), Norman Denzin (1989), Nestor García Canclini (1996) y Pablo Vila (1997), el método de la "fotopalabra" o de la "foto-entrevista" tiene una cantidad de ventajas en investigaciones cualitativas. Las fotos ayudan a motivar la memoria y el recuerdo de situaciones pasadas al comenzar una entrevista. La descripción e interpretación de imágenes abren distintas perspectivas sobre algo que puede no ser muy familiar para el investigador; dan una dinámica al discurso con base en referentes concretos y, además, provocan reacciones mucho más emocionales que si se ofrecen preguntas solas en una entrevista

(Collier y Collier, 1990). A diferencia del uso de películas o videos, las fotos permiten una adición narrativa por parte del espectador, que al expresar lo que se ve en la foto, refleja una interpretación de lo real y lo imaginario. Pablo Vila, quien extendió el método de la fotografías para analizar identidades fronterizas entre México y los Estados Unidos explica:

La percepción de las fotografías está de alguna manera ligada a las tramas narrativas que guían nuestra percepción de la realidad en general, no es casual que nuestros entrevistados percibieran diferencialmente las mismas fotografías dado que las mismas se "ajustaban" a sus tramas argumentales de manera diferente (Vila, 1997).

Al usar el método de fotopalabra en mi proyecto sobre el Zócalo, elegí una serie de fotografías actuales y postales que contenían algunos pasajes históricos, que representan diferentes lugares, actividades, actores y símbolos de la plaza. Intenté presentar una diversidad de situaciones, tales como acontecimientos festivos y políticos, o situaciones callejeras temporales. En un primer momento pedí a los entrevistados que observaran las fotos y describieran que veían.

Después hice una serie de preguntas para saber cuáles son para ellos las fotos más o menos representativas del Zócalo y por qué. Al describir las fotos los entrevistados proyectan su entendimiento y simbolismo sobre el Zócalo. La lectura de una foto es una interpretación individual que nos lleva a comprender construcciones culturales del espacio urbano. Toda entrevista y discusión es grabada y transcrita para captar lo que fue expresado y facilitar después el análisis.

El método de fotopalabra también se puede usar como dinámica colectiva entre el investigador y el

entrevistado, en la que juntos interpreten una misma imagen, enriqueciendo la plática, lo cual mejora cualitativamente los resultados de la entrevista (Collier, 104). Vila propone incluso la realización de entrevistas colectivas, en las cuales un grupo discute diferentes aspectos de las fotos. Lo anterior provoca que las personas justifiquen la posición que tienen de su imaginario con más argumentos (Vila, 1997).

IV. Salir del campo

Hasta aquí mostré los métodos cualitativos básicos que utilicé en el trabajo de campo para analizar e interpretar la percepción del Zócalo y la construcción de identidades culturales por habitantes de la metrópoli.

No obstante, aparte de los métodos ya mencionados a detalle, efectué otros experimentos para obtener otras visiones de la plaza. Trabajé con artistas plásticos para conocer su visión de la plaza; esto fue importante porque el Zócalo no es solamente tablado para la vida cotidiana, sino también sirve, con frecuencia, para realizar *performances* artísticos. Detecté entre ellos algunos que se dedicaban exclusivamente al espacio urbano y al público del Zócalo. Tomé las actividades artísticas como una representación condensada de todo lo que es y puede ser esta plaza; observé los *performances* con el objetivo de captar la manera en la cual los artistas se apropiaron de la plaza y como reaccionaban ante ellos los paseantes. En entrevistas los artistas como los otros informantes, me comentaron que usaban la plaza por su tamaño, la luz o el aire; por ser el centro de la metrópoli; la raíz de la cultura mexicana o la representación del poder o por simbolizar el centro de la represión nacional.

Me pregunté cómo poder distinguir un *performance* de la vida cotidiana. En el Zócalo se pueden

observar diariamente muchas acciones y actividades, de las cuales no se puede saber, a ciencia cierta, si son realizadas con alguna intención o por mera casualidad. Muchas actividades informales tienen su lado artístico, fantástico, su propio surrealismo: hombres jugando con un papalote en el centro de la plancha del Zócalo; otro mirando por las grietas para ver que pasa atrás de las vallas; la misma construcción de la nueva asta bandera como un *peepshow*, el danzante que se pone su maquillaje en el espejo del coche de las policías; los niños gritando y corriendo tras los paracaídas de juguete lanzados sobre el agujeros de las entradas al Metro; el taxista que lleva a su familia al Zócalo por la noche para sacarles una foto frente a la catedral, colocando a su mujer y sus cuatro niños en la poca luz que dan los faroles del bocho amarillo y disparando su cámara *instamatic* sin *flash*. Escenarios tan íntimos, tan públicos, tan fantásticos y artísticos, que manifiestan la poética y la estética de la vida cotidiana. Esta sensibilidad cotidiana, definida por Katia Mandoki como "prosaica", es parte fundamental de la vida del Zócalo y así como también un aspecto básico en una etnografía de la plaza:

Una prosaica como estudio sobre el comportamiento estético del hombre en la vida cotidiana, requiere ser una investigación no solo teórica sino histórica y empírica, (...) permitirle quizá encontrar o refutar la posibilidad de leyes universales del comportamiento estético del hombre. En suma, el objeto de la prosaica está en lo cotidiano, sea profano o sacro, sea grandioso o trivial; ahí donde el sujeto se manifieste en términos sensibles habrá un campo de investigación para la prosaica (Mandoki, 1994:89).

Como un primer resumen diría que el Zócalo es muchas plazas, que todas juntas componen un *collage*. Podemos encontrar niveles temporales de

la historia (prehispánicos, coloniales, modernos y contemporáneos), que coinciden en lugares concretos: el Templo Mayor, el Palacio Nacional, el Palacio de Hierro y el Metro. Por otro lado, están las funciones comerciales, que de todas maneras siguen siendo parte del Centro Histórico. Pero la función más importante del Zócalo parece seguir siendo su simbolismo. Es un espacio en el cual se manifiestan, muy evidentemente, los referentes y símbolos básicos de la identidad mexicana. En el análisis me di cuenta del manejo de muchos de estos referentes que siguen la dinámica de los poderes políticos y económicos. Lo que he querido demostrar en este artículo es la importancia del uso de distintos métodos cualitativos para concretizar e interpretar los diversos niveles en los que un lugar es construido cotidianamente y se reproduce como símbolo de la historia y cultura nacional. Tales métodos permiten acercarse a la vida cotidiana del espacio urbano y entender la interrelación de sus funciones principales.

Después de todo este esfuerzo por entrar en el mundo visible e invisible del Zócalo, ahora me resulta muy difícil salir. Aunque me llené de experiencias y materiales de investigación, nunca parece haberse agotado, siempre hay nuevas situaciones que sumar. Nuevamente al final, otra vez, hay que limitar el objeto de estudio, decidir de que manera las informaciones de los métodos interdisciplinarios van a tomar parte en el collage de la plaza.

En el momento de la despedida me doy cuenta de todo de lo que pasó conmigo en la ciudad de México. La gente del Zócalo me conoce mejor, me saluda cuando paso por la plaza, cuando entro a la cantina "El Nivel", en todas las esquinas hay con quien platicar y me siguen contando los últimos acontecimientos vividos en el Zócalo.

— ¿Dónde andabas güera? Pensamos que ya te habías ido.

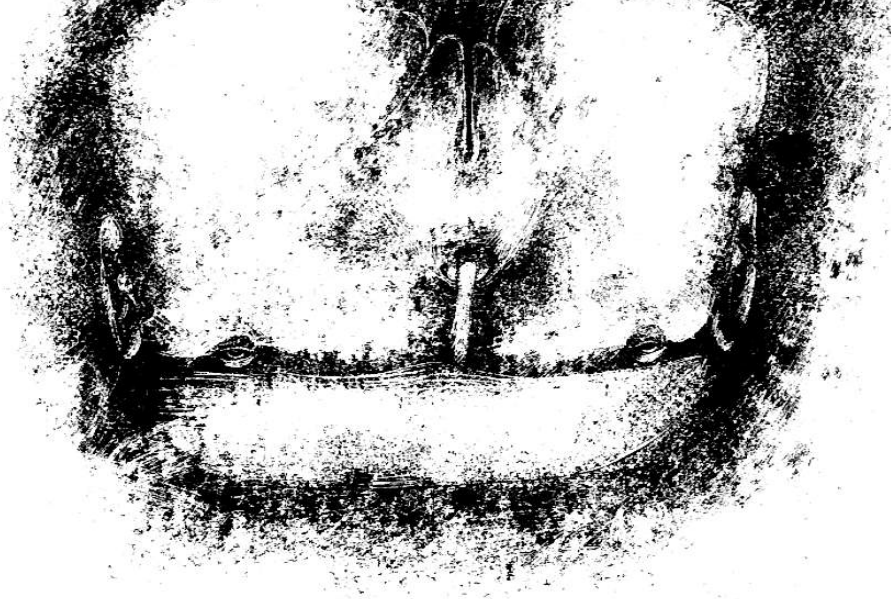
— No, todavía estoy aquí, pero pronto me voy.

— ¿Pero por qué? ¡Quédate aquí! ¿No te gustan los mexicanos?

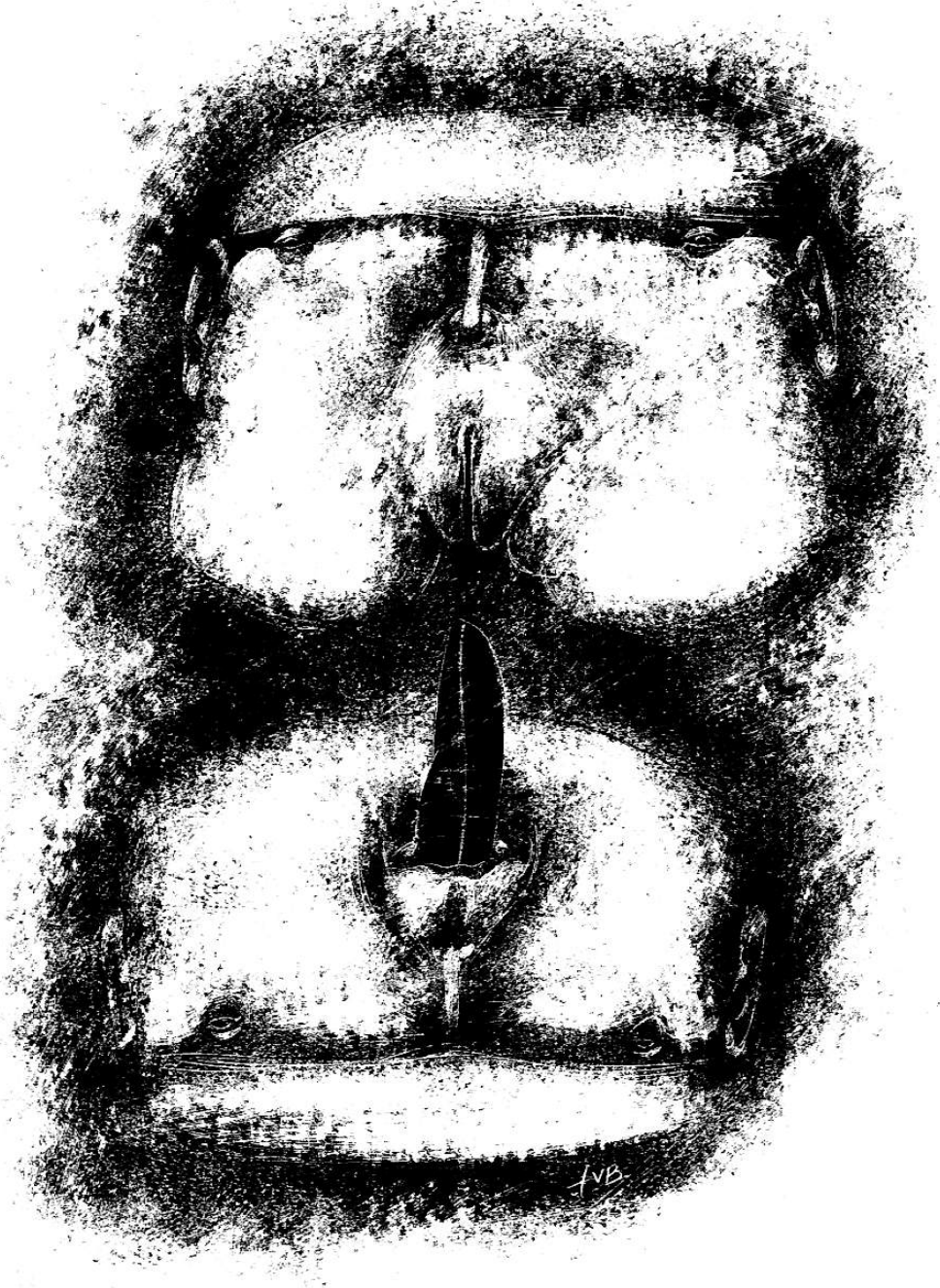
Bibliografía

- AGUILER, Miguel Angel (1995). "La cultura urbana como descubrimiento del lugar". En *Revista Ciudades* No. 27, pp 51-56.
- AUGÉ, Marc (1993). *Los <no-lugares> espacios del anonimato—Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona. Gedisa editorial.
- COLLIER, John y Malcom Collier (1986). *Visual Anthropology, Photography as a Research Method*. Albuquerque. University of New Mexico.
- CASTELLANOS, Alejandro (1996). "Espacio y espejo, fotografiar la ciudad de México". En García Canclini *La ciudad de los viajeros*. México. Grijalbo.
- DE CERTEAU, Michel (1980). *L'invention du quotidien. 1 Arts de faire*. Paris. Union Générale d'Éditions.
- FOUCAULT, Michel (1993). *Los palabras y los usos*. México. Siglo xxi. 1994. *Hermenéutica del Sujeto*. La Piqueta. Madrid.
- DAVIS, Diane (1994). *Urban Leviathan. Mexico City in the twentieth Century*. Philadelphia. Temple University Press.
- DAVIS, Mike (1990). *City of Quartz*. New York.
- DENZIN, Norman (1989). *The Research Act—A. theoretical introduction to Sociological Method*. Prentice-Hall. Englewood Cliffs.
- DOWNS, Roger y David Stea (1980). *Maps in Minds*. New York. Harper and Row.
- DUNCAN, James y David Ley (ed.), (1993), *Place, culture, representation*. Routledge, London, New York.
- GARCÍA, Rolando. *Interdisciplinaridad y sistemas complejos*.
- GARCÍA Canclini, Nestor (1996). *La ciudad de los viajeros. Travesías e imaginarios urbanos. México 1940-2000*. México. Editorial Grijalbo.
- GEERTZ, Clifford (1973). *Interpretation of Cultures*. New York.
- HALL, Edward (1994). *La dimensión oculta*. México. Siglo xxi.
- HANDELMAN Don (1990). *Models and mirrors: towards an Anthropology of public events*. Cambridge.
- HANNERZ, Ulf (1980). *Exploring the City*. New York. Columbia University.
- LEÓN Y GAMA, Antonio de (1978). *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras*. México. Porrúa.

- LYNCH, Kevin (1984). *La imagen de la ciudad*. Barcelona.
- MANDOKI, Katya (1994). *Prosaica-Introducción a la estética de lo cotidiano*. México. Editorial Grijalbo.
- MARCUS, George (1992). "Past, present and emergent identities: requirement for ethnographies of late twentieth-century modernity worldwide". En S. Lash and J. Friedman (Eds.). *Modernity and Identity*. Oxford.
- MARTÍNEZ Salgado, Carolina (1996). "Introducción al trabajo cualitativo de investigación". En Szasz y Lerner (co.) *Para comprender la subjetividad*. México. El Colegio de México.
- MENDIOLA, Salvador y María Adela Hernández Reyes, Gloria Hernández Jiménez (1997). *Teoría Hermenéutica-Textos de Ciencias Políticas*. México. UNAM.
- MITCHELL, J. Clyde (1987). *Cities, Societies and Social Perception*. Oxford.
- ROSE, Dan (1990). "Living the Ethnographic Life". En *Qualitative Research Methods* Series No. 23. California. Newsbury Park.
- ROGER, Alisdair und Steven Vertovec (1995). *The Urban Context-Ethnicity, Social Networks and Situational Analysis*. Oxford.
- SILVA, Armando (1992). *Imaginarios urbanos-Bogotá y Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina*. Bogotá. Tercer Mundo Editores.
- SOYA, Edward (1989). *Postmodern Geographics*. Berkley.
- VILA, Pablo, (1997). "Hacia una reconsideración de la antropología visual como metodología de investigación social". En *Estudios sobre las culturas Contemporáneas* No. 5-Segunda Época (en prensa).
- WARD, Peter (1991). *México: una megaciudad*. México. Alianza Editorial.
- WHYTE, William H. (1998). *City. Rediscovering the Center*. New York.
- WILSON, Elizabeth (1992). *The Sphinx in the City. Urban Life, the Control of Disorder, and Women*. Berkley.



Arquitectura



Evolución de la tipología

arquitectónica y urbana

Luis F. Guerrero Baca
Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco



Introducción

De las principales preocupaciones de los estudios teóricos del entorno construido, destaca una: la aspiración por racionalizar sus posibilidades de lectura y sus procesos creativos, con la intención de integrar conocimientos “universalmente” aceptados, a pesar de la dificultad que presentan las disciplinas del diseño para ser analizadas bajo los métodos reconocidos como objetivos y verificables “científicamente”, debido a su carga de subjetividad artística.

Dentro de esta búsqueda teórica es posible ubicar a la tipología que, a pesar de tener más de dos siglos de haberse definido y empezado a utilizar, aún se encuentra en un proceso formativo. El interés que despierta esta disciplina radica en sus cualidades, como por ejemplo ser un instrumento de sistematización objetiva de datos, pero estructurados con el grado de libertad y flexibilidad que un campo como el diseño arquitectónico y urbano requiere.

Durante la segunda mitad del presente siglo este campo se ha desarrollado con la contribución de teóricos de diversas nacionalidades como: Abbey, Tricart, Pevsner, Colquhoun, Gulgonen, Morris, Oechslin, Portas, Vidler, Bohigas, Moneo, Martí y Waisman entre otros; sin embargo, la presente investigación está centrada básicamente en los arquitectos de la llamada “escuela italiana”, debido a la continuidad establecida en sus propuestas, la congruencia entre sus planteamientos teóricos y prácticos así como la influencia que han ejercido en otros países. A pesar de las amplias posibilidades teóricas y operativas que presenta la tipología, en nuestro país ha sido muy poco explorada, llegando a ser subutilizada en estudios esquemáticos que desafortunadamente contribuyen muy poco a la caracterización y difusión de la disciplina.

En el presente artículo se exponen y analizan cronológicamente las propuestas que han conformado el campo disciplinar de la tipología de los asentamientos humanos; tratando de desarrollar teóricamente sus conceptos más relevantes, con el fin de mostrar sus amplias posibilidades instrumentales, y también, como una contribución al proyecto colectivo de la construcción de una epistemología del diseño.

Los orígenes

Manfredo Tafuri (1968:15) señala que fue durante el Renacimiento cuando la tipología arquitectónica y urbana se empezó a configurar como elemento de control del diseño y Baglioni (1982:16) atribuye la realización de análisis y propuestas tipológicas a Serlio y Palladio. Existe un amplio consenso de que el empleo sistemático de esta disciplina se puede delimitar históricamente a partir del siglo XVIII.

Originalmente surge como una manera de estudiar edificios y conjuntos urbanos antiguos, tratando de encajarlos en una estructura que resultara lógica dentro de la teorías que iban tomando cuerpo. En aquel momento existía la creencia generalizada, en muchas áreas del conocimiento, de que para lograr una mejor comprensión de los fenómenos naturales y artificiales era necesario ubicarlos y ordenarlos dentro de sistemas clasificatorios. Cuando el racionalismo ilustrado comenzó a manifestarse, se tomaban como fundamentos de clasificación los rasgos formales externos de los ejemplares estudiados, debiendo pasar varios años para que aparecieran nuevos criterios de agrupación como los conceptos fisiológicos o funcionales, los de relación y organización de elementos, entre otros. La coincidencia entre las clasificaciones de las ciencias naturales y el estudio del entorno construido se

evidencia en el hecho de que durante bastante tiempo diversos teóricos y tratadistas se refirieron a los *tipos* como “géneros” de edificios (Martí, 1993:50).

Paralelamente a esta tendencia *clasificatoria* se fue gestando otro proceso que ayudó también a apuntalar el campo de la tipología y su método de trabajo. Una vez que los estudiosos de la historia del entorno construido se dieron cuenta de que la misma estructura que servía para agrupar las obras existentes podía permitir la definición de ejemplares propuestos para su reproducción parcial o total, se establece la posibilidad de crear proyectos con el objetivo principal de ser repetidos.

A estas concepciones hay que agregar además el establecimiento de otra variable. Se trata de la aparición de necesidades de espacios y edificios para actividades emergentes, así como de nuevos materiales y tecnologías constructivas. Estos procesos dieron pie a la tendencia de los arquitectos ilustrados a proponer lo que se conoce como *prototipos*, es decir, espacios completamente originales, diseñados expresamente para cumplir funciones que iban apareciendo con los cambios culturales de la época.

La creación de *prototipos* iba aparejada a la idea de repetibilidad, es decir, no solo se proponían nuevas soluciones espaciales y constructivas sino que además se buscaba que sirvieran como referente para su propagación. En este campo destacan los trabajos de los arquitectos franceses Blondel, Boullée, Lequeu y Ledoux de mediados y finales del siglo XVIII.

La aparición de espacios prototípicos se ligaba con la posibilidad de existencia de *arquetipos*; que se presentaban como soluciones constructivas que podían resolver, de manera más eficiente, una serie de requerimientos preexistentes. Aunque si bien es cierto que, como considera Gregotti (1968:176),

“podemos sin duda alguna reconocer en el periodo neoclásico [...] el momento decisivo en que se forma aquel concepto de organismo arquitectónico que se propone como *tipo ideal*, como una solución ejemplar a un problema determinado [mediante] la concepción del *tipo* como prototipo”, es evidente que se pueden rastrear los orígenes de esta búsqueda hasta las ciudades ideales del Renacimiento e incluso hasta épocas anteriores.

Todas estas ideas fueron configurándose como una disciplina específica en momentos en que se estaba integrando un ordenamiento lógico para la concepción del entorno construido. Esto era resultado, primero, de necesidades de carácter teórico, al intentar sistematizar reglas instrumentales para el proceso de diseño bajo criterios racionalistas, pero también de orden práctico, que procuraban resumir los diversos y complicados conocimientos derivados de la aparición de nuevas necesidades, sistemas constructivos y espacios urbanos. Aunque en diversos momentos de la historia se intentó establecer criterios compositivos ordenados lógicamente, fue hasta el neoclasicismo cuando la búsqueda de procesos analíticos para la composición de espacios adquiere trascendencia, contribuyendo así al campo de la tipología, con la definición cada vez más acotada del concepto de *metodología*. De este modo se estructuran dos de los fundamentos de la tipología arquitectónica y urbana vigentes hasta nuestros días: el estudio metodológico de espacios preexistentes y la posibilidad de que sean repetidos de manera parcial o total.

Sin embargo, el primero en plantear expresamente una formulación del tipo fue el teórico francés Quatremère de Quincy, quien en su extensa y ampliamente difundida definición establece varios aspectos trascendentales. Parte de la premisa de que todas las obras creadas por el hombre surgen

de conceptos o ejemplos preexistentes en la historia pasada o reciente, ya que “ningún elemento, de ningún género, proviene de la nada”. También hace ver que en toda construcción y espacio urbano existe una “especie de núcleo” formado por “principios elementales” que se conservan, a pesar de las modificaciones o variaciones superficiales que puedan sufrir con el paso del tiempo, y señala que “una de las principales ocupaciones de la ciencia y de la filosofía, [...] es investigar su origen y su causa primitiva”.

Tiempo después definió al concepto de *tipo* como un objeto o regla, del que se pueden extraer un sinnúmero de repeticiones “totalmente diferentes entre sí” ya que sus características se muestran de un modo “más o menos vago”, en contraposición con el concepto de *modelo*, que es un objeto que se ha de repetir de manera rigurosa, ya que en él “todo viene dado y definido con precisión”. Quatremère de Quincy concibe al *tipo* como una “idea” más que como una obra material. Además considera que se trata de una idea que sirve “de regla a un determinado modelo”, de lo que se desprende que para el autor el *modelo* es una forma de *tipo*. Su definición concluye con una protesta hacia aquellos que ignoran la validez de este concepto como punto de partida para creaciones subsecuentes argumentando que su empleo limita la creatividad, pues como puntualiza, lo confunden con la idea de *modelo* que efectivamente sirve para extraer copias idénticas. “De este modo, puede afirmarse que la imitación de los *tipos* no puede recibir ningún obstáculo por parte de la sensibilidad y de la inteligencia, no tienen nada que el sentimiento y el espíritu no puedan reconocer, ni puede ser criticada desde las posiciones donde se sientan la prevención y la ignorancia, como ha sucedido, por ejemplo, en la arquitectura.” (Quatremère de Quincy, 1832:629-630).

El concepto planteado por Quatremère de Quincy hizo posible que el diseño de espacios estableciera una nueva unión con el pasado, al ligarse con su momento primitivo de formalización con base en su propia naturaleza. Así, la noción de *tipo* se vincula al concepto de *esencia* del diseño como algo que ha permanecido constante a lo largo de toda la historia, y que además, cobra vida a través de su continuidad. En esta definición se empieza a entrever un interés, no solo por la posible utilidad de la tipología como estructura de la que se pudieran extraer repeticiones vagas de los ejemplares originales, sino por un aspecto muy relevante y que ningún autor ha destacado: la importancia de la investigación de las "causas" de la existencia de rasgos tipológicos estables en edificios y poblaciones. Sin embargo, esta inquietud permaneció latente y tuvo que pasar más de siglo y medio para que fuera replanteada, como se detallará más adelante por Saverio Muratori y sus seguidores.

El siglo XIX

A pesar del enorme avance que significaron los planteamientos de Quatremère de Quincy para la teoría de la arquitectura y el urbanismo, a lo largo del siglo XIX la idea de *tipo* fue aplicada en un sentido notablemente distinto a sus conceptos originales.

Jean Nicolas Louis Durand, alumno de Boullée, publicó en París en 1801 *Recueil et parallèle des édifices de tout genre, ancien et moderne*, y en 1805 *Précis des Leçons d'Architecture*. En ambos textos se definió una metodología de diseño concebida con fines didácticos, cuyos conceptos presentan ciertos puntos de convergencia con la tipología arquitectónica. El método de Durand comprende tres fases: primero, la descripción de los elementos compositivos, luego, los métodos generales para aso-

ciar los elementos entre sí y con respecto al todo y, por último, la propuesta de proyectos de edificios y espacios urbanos "ejemplares". Durand afirma, en el prefacio de su obra, que su método "es de gran utilidad no solo a quienes se inician en la arquitectura, sino sobre todo en los lugares y países en los que la arquitectura se cultive poco", ya que los proyectos presentados son extremadamente claros y de fácil difusión (Aymonino, 1975:106).

Los trabajos de Durand daban gran importancia a la naciente noción de *programa*, concepto que se relaciona con lo que hoy en día entendemos como *función*. De este modo se fue transfiriendo el foco de atención de la teoría del entorno construido hacia un campo totalmente novedoso: el de la *composición* o "disposición", entendida como mecanismo de unión entre las necesidades de "conveniencia" y "economía", o sea el *programa* y la *forma*. "La conveniencia busca solidez, salubridad y confort, mientras que la economía requiere simetría, regularidad y simplicidad" (Durand, 1819:18). Este autor opinaba que los elementos constructivos deberían ser liberados de la "tiranía de los órdenes", convirtiéndolos en una decoración que el arquitecto podría aplicar a los edificios a través de la *composición*. El trabajo de Durand anticipó el acercamiento teórico decimonónico, adoptado más tarde en *Beaux Arts*, mediante el cual las obras del pasado fueron vistas como una especie de "cantera" de material disponible para nuevos diseños. El *estilo* era algo que podía ser añadido al final de los proyectos, una caracterización formal dada a los elementos *después* de que la estructura general había sido definida a través de determinada *composición*, la cual de alguna manera reflejaba su *programa*.

En los textos mencionados se ofrecían series de porches, vestíbulos, escaleras, terrazas y muchos otros elementos, como piezas para futuros edifi-

cios y espacios urbanos asociados a programas precisos, ordenados y presentados como un repertorio para que los arquitectos pudieran "componer" sus obras y, además, lograr su "unidad final". Para lograr esto Durand proponía dos instrumentos que apoyaban el manejo de la *composición* y regularización de la construcción: uno, era la *red* continua y, el otro, el uso de los *ejes*. De esta manera se generaba un sencillo método de producción y reproducción arquitectónica y urbana dirigida a satisfacer los nuevos campos y requerimientos demandados por una nueva sociedad (Moneo, 1978:28-29).

Estas innovadoras concepciones del entorno construido coincidieron además con la aparición de diversas escuelas técnicas especializadas. Para tratar de lograr la adecuada transmisión de conocimientos de diseño a grupos cada vez más amplios de alumnos, se hacía necesaria la existencia de un cuerpo teórico; de una serie de métodos y conceptos generales de fácil comprensión y aplicación, que se apoyaran, asimismo, en ejemplos desde la escala urbana hasta los detalles compositivos y constructivos, complementando la teoría y substituyendo la experiencia práctica, que cada vez se alejaba más de la enseñanza académica.

Existen percepciones opuestas con respecto a la aportación de Durand al campo tipológico. Por un lado, se considera como una gran contribución a la disciplina: la metodología de análisis de edificios del pasado y su posibilidad de aplicación a proyectos futuros; así como también la modificación en la forma de utilizar los ejemplos preexistentes, ya que, al acentuarse la idea de composición a partir de la elección del material, se permitía la libertad de combinación de elementos, de modo que aunque las piezas fueran tomadas como *modelo*, el resultado final no estaba preestablecido. Además, comenzó por cambiar la percepción de los edificios como

unidades, para ser entendidas como combinaciones de partes. Finalmente, extendió el estudio de los edificios más allá de sus características formales y funcionales generales, considerando también la clasificación de sus elementos y maneras de asociación.

Pero existen autores como Rafael Moneo que opinan que la obra de Durand no aportó nada a la depuración del concepto de tipología, y consideran que incluso contribuyó a su abandono al convertir a la arquitectura en un "estricto método de composición basado en una geometría de ejes, responsables en último término de la regularidad y la simetría que se dibujan sobre el cañamazo de una indiferenciada retícula" (Moneo, 1982:195). Carlos Martí, en una línea concordante, considera que la principal debilidad de la propuesta de Durand radica en la excesiva importancia que le otorga a las partes, menospreciando la relación que debe existir entre ellas. Dice que "para que exista música, discurso o arquitectura no basta con los elementos; se requiere también una estructura, una idea general que gobierne las relaciones que se dan entre ellos, en función de determinados objetivos" (Martí, 1993:140).

Resulta evidente que las posturas expuestas manejan argumentos válidos, y es posible tomarlas de una manera conciliadora. Desde luego se reconoce la trascendencia de las aportaciones de Durand, pero hay que decir que esta lectura está basada en razonamientos desarrollados a muchos años de distancia, y su intención original no se dirigía a contribuir con esta disciplina, como lo evidencian sus textos en los que nunca hizo referencia a los conceptos de tipo o tipología. Por otro lado, gran parte del problema en relación con el material de Durand, no se derivaba de su contenido, metodología o intención, sino del uso que se le fue dan-

do con el paso del tiempo. Al presentarse detalladamente diversos ejemplares de elementos y espacios construidos, se facilitaba su empleo, no solamente mediante la *composición*, sino principalmente siguiendo el fácil camino de la copia literal (Guerrero, 1996a:11). Así, a partir de sus textos empezaron a proliferar diversas guías, a manera de catálogos formales y funcionales, en los que se mostraba una serie de "materiales aprovechables", tanto por los estudiantes de las escuelas politécnicas, como por los profesionales de la arquitectura. De este modo los ejemplares fueron reduciéndose a simples esquemas distributivos, clasificados en base a su función para facilitar su transmisión, de una manera que podría llamarse tipológica, pero que en realidad se asemejaba mucho más al concepto de *modelo* que por contraposición había definido Quatremère de Quincy años atrás. Los tratados de arquitectura fueron adquiriendo características de manuales, con una tendencia donde la enseñanza se iba separando cada vez más de los conocimientos empíricos, para transformarse en la publicación de una serie de conceptos abstractos, racionalizables y de fácil repetición. La búsqueda de estructuras formales definidas como *tipos* "fue irrevocablemente aplastada" (Moneo, 1978:31), transformándose en un simple y esquemático proceso de ensamblaje de partes.

Cuando los constructores y teóricos del siglo xix pensaron en la necesidad de adecuar el entorno construido a las necesidades sociales y a las tecnologías nacientes, se apoyaron, de una manera superficial, en las formas del pasado. Eso se debió, en primer lugar, a la correspondencia con la nostalgia romántica predominante en casi todos los campos de la cultura y, en segundo lugar, a una carencia bastante generalizada de instrumentos críticos capaces de permitir la modificación de los ejemplares

históricos conocidos. El historicismo limitó la actividad proyectual al no lograr la deducción de conceptos esenciales a partir de los ejemplos existentes, por la dificultad de soltar el pesado lastre que significaba la reputación adquirida por las obras antiguas.

Independientemente de lo anterior, una contribución relevante de aquella época para los estudios tipológicos actuales, fue el tomar en cuenta la *dimensionalidad urbana* de la arquitectura. Con ésta se inició el interés por el manejo simultáneo de la relación entre los nuevos proyectos y sus sitios de inserción, aunque, por las limitaciones apreciativas de la época, éstos eran concebidos dentro de entornos urbanos idealizados, como resultado del "desprecio" hacia las ciudades antiguas. Aymonino (1975:104) sugiere que este hecho no se debió tanto a la ignorancia de sus valores históricos y urbanos, sino más bien, a una visión progresista, por la cual se pretendía configurar paralelamente a las nuevas edificaciones, ciudades también nuevas. Diseñar en contextos urbanos reales en donde se reflejaran actividades existentes, impuso condiciones determinantes en los proyectos. Por esta razón se hicieron propuestas en sitios urbanos que no llegaran a comprometer el resultado funcional y plástico de los proyectos, es decir, llanos con poca o ninguna pendiente, sin vecinos y con una vegetación racionalmente ordenada. Incluso existen ejemplos en los que proyectos de diversos autores aparecen dibujados en un mismo espacio urbano ideal.

A pesar de la incuestionable aportación que representó el surgimiento de las viviendas colectivas o vecindades, llama la atención el hecho de que los estudios teóricos generados en aquel tiempo no se interesaran por ellas ni por la habitación popular en general. En parte, esto pudo deberse a las estrictas condicionantes físicas, funcionales y legales

que existían en torno a la vivienda desde mucho tiempo atrás (Aymonino, 1975:116). Las ordenanzas y reglamentos de edificación habitacional, referentes por ejemplo a las alturas construidas con respecto al ancho de las calles, las distancias de colocación sobre los límites de los terrenos hacia los frentes y colindancias, entre otras restricciones, acotaban fuertemente la realización residencial común. Mientras tanto, en casi todas las ciudades, la localización de los grandes monumentos no representaba problemas urbanos, ya que su carácter público o el nivel económico de sus usuarios les permitía disponer de amplios espacios en los que las formas arquitectónicas podían ser muy libres, al estar derivadas exclusivamente de la distribución y combinación de sus elementos interiores y de los caprichos de los autores y propietarios.

El Movimiento Moderno

La arquitectura y el urbanismo del Movimiento Moderno, al fundamentarse teóricamente en una actitud racionalista y autodefiniéndose como anti-historicistas, se cerraron ante las formas y metodologías existentes, concentrando sus primeros cuestionamientos en las teorías académicas decimonónicas y, entre ellas, desde luego, la tipología. Los problemas de diseño en general y del entorno construido en particular, debían enfrentarse como si fuera la primera vez que se planteaban, procurando a toda costa evitar "contaminarse" por soluciones antiguas. Bajo estas premisas se excluyeron del contenido curricular del Bauhaus y de prácticamente todas las Escuelas de Arquitectura y Diseño de inspiración racionalista, y de los estudios de historia. Se limitó el uso de revistas, la búsqueda de antecedentes y el análisis de casos. El camino quedaba libre para operaciones estrictamente meto-

dológicas, mediante las cuales se afrontarían los problemas desde su origen.

Por un lado, se buscaba ofrecer un lenguaje formal acorde con la nueva sociedad que estaba fundando un mundo científico e industrializado; una sociedad que además crecía numéricamente, requiriendo una producción urbana masiva para satisfacer sus necesidades espaciales. Por otro lado, el principio funcionalista, basado en la relación de causa y efecto entre los requerimientos específicos y el resultado formal, discrepaba esencialmente de la idea de conformar el conocimiento del diseño con base en soluciones del pasado. La preocupación por la metodología de solución de problemas y emplazamientos específicos, para las que el funcionalismo pretendía aportar propuestas únicas, se oponía radicalmente a la búsqueda de afinidades estructurales que fundamenta la tipología.

Sin embargo, un aspecto que el Movimiento Moderno heredó del academicismo, y que nunca cuestionó, fue la concepción del arquitecto como "creador" de soluciones originales, como un artista capaz de "engendrar" obras únicas y, por lo tanto, opuestas a lo existente. Los arquitectos y teóricos de principios de nuestro siglo se oponían a los planteamientos de Quatremère de Quincy y Durand, argumentando que eran rígidos y que imponían restricciones a la "creatividad", valor que consideraban esencial en todo proyecto a realizarse. De este modo la enseñanza de la composición se fue desarrollando en dos sentidos: como materia para cultivar la creatividad inventiva individual y como medio para promover el valor de originalidad de los grandes maestros. Se enseñaba a diseñar obras cada vez más diversas entre sí, intencionalmente distintas de las existentes en los sitios de inserción y ajenas, por lo tanto, a cualquier continuidad cultural. Brolin (1980:10) considera que el Movimiento Mo-

dero tenía un "carácter fundamentalmente egoísta y antisocial [...] La solución creativa correcta y, presumiblemente más viril, es la intransigente manifestación arquitectónica personal cuya fuerza parece medirse en nuestra época por el grado de violencia con que se opone a su entorno". Incluso cuando el propio estudio de la historia, después de la ruptura original de la Bauhaus, logra incorporarse a la currícula profesional, fue manipulándose de tal manera que pudiera favorecer ese mismo criterio de ponderación de las obras "excepcionales" y de ensalzamiento de sus autores.

Hasta los arquitectos más ortodoxos, inspirados en la propuesta racionalista de producir formas como resultado de un proceso lógico, tuvieron que pasar por una etapa de adaptación de soluciones concretas a formas preestablecidas, ya fueran creadas por ellos mismos o por otros autores. Ernesto Nathan Rogers (1958:32) a favor de esta tendencia explica que "están los Maestros, quienes [...] representan hitos a partir de los cuales todo recomienza; viene luego un ejército de arquitectos de valor y condiciones culturales diferentes que establecen la conexión con los Maestros, mediante un vigoroso acto de interpretación revisión y renovación; están los manieristas, que difunden las ideas y las transforman en costumbre; y, por último, los formalistas, quienes, incapaces de sentir las esencias, las vacían de sus contenidos y precipitan su decadencia".

Esta tendencia trajo como consecuencia la ruptura de la continuidad histórica del entorno construido, generando la pérdida de un lenguaje arquitectónico común, como resultado de la obsesión individualista de cada arquitecto por expresarse. Aunque en un principio el funcionalismo se manifestó mediante acciones de rebeldía frente a las "codificaciones académicas" sin proponer explícitamente un nuevo lenguaje para evitar caer tam-

bién en academicismos, contradictoriamente, se fundamentó en otra forma de "codificación" basada en la imitación de las obras de los *maestros* por parte de profesionales, profesores y alumnos (Caniggia, 1979:12).

Hay investigadores como Carlos Martí (1993:190) que consideran que durante el Movimiento Moderno no existió una ruptura real con la noción de *tipo*, sino que ésta simplemente se manifestó de una manera distinta. Opina que los arquitectos de aquella época no rechazaban el conocimiento de la historia, sino que trataban de extraer sus principios sin aplicar sus soluciones de una manera superficial. El autor destaca la manera en que, por ejemplo, Mies, Alvar Aalto y Le Corbusier se interesaban por las obras del pasado, no para copiarlas sino estudiándolas bajo una "mirada tipológica [...] dotada de un enorme poder de abstracción, capaz de despojar la arquitectura de sus aspectos particulares y contingentes para exaltarla como pura construcción formal".

Lo que indiscutiblemente resultó ser una aportación básica del Movimiento Moderno a la tipología fue la ampliación de su temática de estudio hacia las realizaciones residenciales. Por ejemplo, la propuesta de análisis habitacional de Ernst May, aunque se basó en una visión muy reductiva y mecanicista, trató de explicar a la ciudad como una agrupación de barrios, constituidos por edificios que a su vez se componen de células habitables. Esta visión corresponde, en cierta medida, con la búsqueda de "tipos base" que propuso Caniggia cuarenta años más tarde y con la hipótesis del crecimiento habitacional desarrollada para el Proyecto de Regeneración Urbana en Bolonia. Cabe destacar también las contribuciones de Oud, Taut, May y Gropius y otros arquitectos funcionalistas quienes, buscando definir parámetros mínimos cuanti-

tativos de habitabilidad mediante el uso de elementos “objetivamente” válidos para el desarrollo de una producción arquitectónica, lograron una definición de nuevos *tipos* residenciales rechazando los planteamientos puramente intuitivos (Aymonino, 1975:126-128).

Sin embargo, una consecuencia negativa de estas perspectivas fue la contribución al creciente desinterés por la relación entre la arquitectura y la morfología urbana. Esta ruptura con el contexto se debió a varios factores. En primer lugar, a la independencia entre los proyectos y los predios preestablecidos en las alineaciones de las calles. En segundo lugar, a la preocupación por relacionar la forma de cada edificio con sus usos internos. Y en tercer lugar, al intento por hacer que las propuestas prototípicas se convirtieran en *modelos* que utilizaran tanto las ventajas de la estandarización como de la producción en serie, pudiendo así ser repetidos las veces que fuera necesario en cualquier emplazamiento.

La posguerra

Después de la etapa de ruptura con el pasado, y mientras que en casi todo el mundo se multiplicaban los seguidores de Le Corbusier, Gropius y Mies, así como de sus discípulos Aalto, Van der Broeck, Niemeyer y Costa entre muchos otros, surge en la Italia de los años cincuenta un pequeño grupo de arquitectos que trataron de poner en la balanza las teorías del Movimiento Moderno, rescatando sus aportaciones pero, también, evidenciando sus limitaciones.

Se inició así una cruzada en la que se intentaba modificar la consideración de la arquitectura Moderna como un evento aislado, para entenderla como parte de la evolución global de la cultura. Se

quería reivindicar la importancia del conocimiento de la historia, la consideración del entorno construido como fundamento para la integración de nuevas obras y la denuncia de la simplificación formal de la arquitectura, que para esos años había alcanzado niveles críticos.

Giulio Carlo Argan fue probablemente el primero en esbozar un marco teórico en el que se viera globalmente la historia del arte, especialmente en Italia y Europa. Fue además uno de los pioneros en la puesta en circulación del concepto de *tipo* en arquitectura. En 1959 publica el texto *Sul onetto di tipologia Architettonica* que, junto con otros trabajos, coinciden en replantear la visión del arte con respecto a la sociedad, defendiendo el trabajo artesanal y criticando la pérdida de la capacidad conceptual del arte debido a los intereses de la industria y la sociedad de consumo. Sus textos, cargados de nostalgia e idealismo historicista, influyeron tanto en las ideas de Rogers, con quien no siempre coincidió, como en las de Rossi, Gregotti y Grassi.

Los escritos de Ernesto Nathan Rogers conforman la clave para poder entender el cambio en la cultura arquitectónica de aquel momento. Durante su labor como director de la revista *Casabella-Continuità* de 1953 a 1964, fue consolidando una filosofía que intentaba continuar con los ideales metodológicos y morales del Movimiento Moderno. Consideraría que la principal preocupación de aquel momento consistía en tratar de crear un nuevo lenguaje formal pero “diciendo la verdad” a través de su manejo. Reconocía que las obras que se gestaron durante los inicios del Movimiento, al tomar cuerpo con base en una lógica de origen propio, se mantuvieron aisladas de la realidad histórica de su entorno, volviéndose indiferentes o incluso drásticamente adversos a ella. Opinó que “incluso F. L. Wright y Le Corbusier, más sensibles a las sugestio-

nes del *ambiente natural* (el primero tratando de confundirse con él, según el gusto romántico; el otro, oponiéndosele, según una concepción clásica), no tuvieron durante mucho tiempo ni ocasión, ni deseo, ni por lo tanto conciencia de las conexiones posibles con un *ambiente cultural*" (Rogers, 1958:133).

Rogers consideraba que las teorías y los productos arquitectónicos y urbanos de cada momento deberían estar enraizados en el pasado, afirmando que era necesario para cualquier arquitecto sentir la historia propia como parte de la historia en general. Proponía evitar la separación conceptual entre las obras modernas y las antiguas, criticando al mismo tiempo el aislamiento de los edificios y zonas históricas de las nuevas intervenciones, convencido de que las contribuciones de todas las épocas enriquecían y validaban "la perenne actualidad de todas las posibles combinaciones formales de relación universal" (1958:136).

De manera algo posterior a los trabajos teóricos y prácticos realizados por Rogers, otro destacado arquitecto, Saverio Muratori, a mediados de los años cincuenta emprende de manera modesta y paciente, una serie de investigaciones que con el tiempo aportarían conceptos cruciales para el análisis de la arquitectura urbana. En los cursos que impartió en el *Istituto Universitario di Venezia* sobre: "Características distributivas de los edificios" y "Composición arquitectónica", intentó, por un lado, subsanar la división cada vez más aguda entre las disciplinas técnicas, teóricas e históricas del diseño y, por otro, de ubicar la etapa crítica por la que atravesaba la arquitectura, bajo una óptica más amplia de la problemática urbana. También desarrolló formas de análisis que evitaran caer en clasificaciones o perspectivas esteticistas, entendiendo al tejido urbano como un todo en el que los edificios, muros, calles

y jardines son sus elementos. Habló de la necesidad de caracterizar la forma urbana como una estructura global más que como un conjunto de establecimientos locales.

Definió al *tipo* no como un concepto abstracto, sino como una estructura de enlace entre los elementos individuales y la forma urbana, ello permitió, además, entender su patrón de crecimiento como si se tratara de un organismo vivo, pero tomando sus significados primarios de la historia.

A partir de su labor docente condujo, por más de diez años, un innovador estudio del tejido urbano de la ciudad de Venecia. De sus investigaciones, así como de trabajos similares desarrollados subsecuentemente en Roma y Génova, se derivan diversos planteamientos teóricos entre los que destacan los siguientes: en primer lugar, no es posible entender al *tipo* arquitectónico fuera de su ubicación concreta dentro de un tejido construido. En segundo lugar, los tejidos urbanos, a su vez, no se pueden entender fuera de su contexto, o sea, fuera de la estructura urbana global. Y finalmente, solo se puede concebir el estudio de una estructura urbana dentro de su dimensión histórica, definida como el momento en que su realidad se funde en el tiempo, a través de una sucesión de reacciones y procesos de crecimiento, que parten de estados precedentes (De Benedetti, 1988:23).

Los años recientes

Los trabajos más amplios en este campo se desarrollan a mediados de los años sesenta, como una reacción ante la gravedad de la crisis teórica y metodológica del Movimiento Moderno y frente a una crítica arquitectónica que ponía en evidencia las graves consecuencias del funcionalismo, pero que rara vez era propositiva. Se fue gestando una revi-

talización de los fundamentos de enseñanza del diseño a partir de la historia, con la aspiración de encontrar su "esencia" y "universalidad".

Se trata de un momento fuerte en la actividad editorial, que se enfoca a la teorización de la arquitectura y el urbanismo bajo nuevos lineamientos. En 1960 Leonardo Benevolo publica su *Storia de l'architettura moderna* y Kevin Lynch, *The image of the city*. En 1964, Giulio Carlo Argan publica *Progetto e destino*, en 1966 aparecen *L'architettura della città* de Aldo Rossi, *Complexity and Contradiction in Architecture* de Robert Venturi así como *Il territorio de l'architettura* de Vittorio Gregotti. Un año después Giorgio Grassi edita *La costruzione logica de l'architettura* y Manfredo Tafuri publica en 1968 *Teorie e storia della architettura*.

En Italia, a partir de los arquitectos Ernesto Nathan Rogers y Saverio Muratori, surgen dos líneas o "escuelas" que aunque se fundamentan en la tipología arquitectónica, la manera como la estudian y practican las llevó hacia rumbos divergentes.

Entre los principales protagonistas de la primera "escuela" están Aldo Rossi, Carlo Aymonino, Manfredo Tafuri, Giorgio Grassi, Guido Canella, Vittorio Gregotti, Gae Aulenti, Marco Zanuso, Luciano Semerani y Giancarlo De Carlo. Todos ellos, alumnos de Rogers en sus clases de Composición Arquitectónica en Milán, y como colaboradores de la revista *Casabella*, configuraron una renovada visión del entorno construido. Las propuestas de estos arquitectos continuarían el proyecto cultural de Rogers, es decir, el esfuerzo por construir una teoría de la arquitectura contemporánea apoyada en los emplazamientos existentes, el papel crucial de la historia, la centralidad de la discusión sobre la tradición de la ciudad, la responsabilidad del artista y del intelectual dentro de la sociedad moderna, así como el deber de llevar adelante los principios del

Movimiento Moderno. Fue así como se constituyó una generación que consideraba a la crítica y la historia como instrumentos de proyectación, que entendieron la arquitectura y el urbanismo como procesos de conocimiento, fundamentados simultáneamente en la teoría y en la práctica. Las ideas y trabajos de Augusto Romano Burelli, Gianugo Polesello y Giuseppe Samonà, además de los arquitectos antes mencionados, dieron forma a lo que se conoce como la "escuela de Venecia" (Montaner, 1993:139).

Entre las obras escritas en aquella época destaca, por la difusión que alcanzó, *L'architettura della città* de Rossi. En ella se desarrollan muchos de los conceptos de esta "escuela", tomando como centro de su pensamiento a la ciudad y los diferentes enfoques bajo los que es posible entenderla, pero rescatando básicamente su valor como bien patrimonial. Se proponen una serie de visiones metodológicas que fueron alcanzando gran importancia sobre todo en Europa. Además de criticar duramente al funcionalismo, reivindicó la relevancia de la ubicación de las obras en su contexto, puntualizando la relación entre la arquitectura y el urbanismo, caracterizando finalmente a los dos elementos que definen la ciudad: las viviendas que conforman su tejido básico y los edificios emblemáticos, es decir, los monumentos.

A partir de los trabajos teóricos de Aldo Rossi se configuró, en los años setenta, una corriente de pensamiento y práctica arquitectónica conocida como la "tendenza", que entre sus planteamientos fundamentales sostiene que "la creatividad arquitectónica" no es el simple producto de una "sensibilidad innata" con ello hace explícita la negativa a la aceptación de la dependencia de la forma, es decir, de las cuestiones funcionales. Apoyados en la preocupación latente, ya desde el siglo pasado, sobre la "trans-

misibilidad de la experiencia arquitectónica", los profesionales relacionados con la "tendenza" se fueron ligando a las Universidades, convirtiéndolas en espacios de generación y discusión de la cultura urbana. Una característica de su trabajo fue el renovado interés por los tratados y la búsqueda de reglas y principios para el diseño proyectual y, sobre todo, el ejercicio práctico de la tipología al considerarla como una herramienta fundamental para la generación y difusión racional de los conocimientos arquitectónicos (Tudela, 1979:17).

Esta disciplina cobró notable relevancia y condujo a un renovado énfasis en el análisis histórico y determinó cambios radicales en los planteamientos didácticos del diseño. El concepto de tipo quedó establecido como la columna vertebral de la enseñanza en diversos centros educativos italianos. Rossi aclara que aunque la importancia que da a la tipología en sus escritos "no sea preeminente, [...] por lo menos es destacada", y que en su labor docente, la consideró siempre fundamental para el quehacer proyectual. Más adelante (1966:80) agrega que "el problema de la tipología nunca ha sido tratado de forma sistemática y con la amplitud que es necesaria. [...] y estoy convencido de que los arquitectos, si quieren ampliar y fundamentar su propio trabajo, tendrán que ocuparse nuevamente de asuntos de esa especie".

La otra "escuela" italiana se gestó en torno a los trabajos de investigación y docencia de Saverio Muratori y los *Studi per una operante Storia Urbana di Venezia* de 1959 y *Studi per una operante Storia Urbana di Roma* de 1963. Parte de premisas alejadas de los ideales y resultados del Movimiento Moderno, y llegó a manifestarse explícitamente opuesta a ellos, al considerarlos la causa principal de la crisis arquitectónica de los años recientes. Continuó con investigaciones y proyectos basados en el concepto

de "proceso orgánico" como origen y desarrollo de poblaciones, a partir de los edificios de uso habitacional y su organización como tejido, hasta el nivel regional. Esta idea difiere radicalmente de la tendencia a considerar las edificaciones monumentales, realizadas por autores destacados, como la base de los estudios de historia urbana. Los trabajos que posteriormente han venido realizando Caniggia, Maffei, Maretto, Bollati, Marinucci, Giannini, Chiappi, Villa, Vaccaro y Cataldi, entre otros, han seguido enriqueciendo estos planteamientos teóricos y sus aplicaciones metodológicas para una redefinición de la disciplina. Sin embargo, la enseñanza y difusión de estos conceptos ha sido menos amplia que los de la "escuela de Venecia", llegando incluso a ser menospreciada.

De esta tendencia cabe destacar el texto *Composizione architettonica e tipologia edilizia* de Gianfranco Caniggia, que enriquece diversas ideas que venía trabajando desde los años sesenta y que había publicado en 1976 en su libro *Strutture dello spazio antropico* en el que define la tipología como la "relación espontáneamente codificada entre el ambiente y la obra de cada individuo a través de la colectividad, entendiendo por este último término, la porción de humanidad que asentada en un lugar, condiciona en el tiempo su estructura, hasta asumir características peculiares individuales, codificadas" (Caniggia, 1976:216). Considera la tipología como el hilo conductor que liga la arquitectura con el urbanismo, evitando además la supremacía de uno sobre otro.

Entre los principales conceptos que maneja Caniggia está el de mantener la separación virtual existente entre la "edificación", entendida como el conjunto de obras anónimas, y la "arquitectura", o sea, la que tiene autor reconocido. Sin embargo propone invertir la relevancia que debe existir en

los estudios arquitectónicos, para centrarse en las obras que realmente predominan y configuran el "ambiente antrópico" y su historia cultural. Así sus análisis se distancian de la "arquitectura" ligada siempre a los caprichos de las clases dominantes, a los eventos y personajes singulares, para estudiar la "historia civil, realizada por la colectividad humana". Llega a sugerir radicalmente que las "obras mayores" deberían ser estudiadas desde la perspectiva de la "edificación" y que sus valores habrían de ser deducidos como una derivación de ésta (Caniggia, 1979:13).

Uno de los campos de aplicación más fértiles para los estudios tipológicos a partir de ese momento fue la restauración y conservación urbana. Una vez que se tuvo claridad y se estableció cierto acuerdo de que era necesario modificar la visión de los edificios como hechos únicos y aislados de su emplazamiento, se empiezan a realizar propuestas de revitalización cada vez más amplias (Guerrero, 1997a:55). Los estudios urbanos estructurados a través de *tipos* permiten, en cierta medida, la superación de la barrera de las valoraciones estilísticas de los edificios y la ponderación de los más antiguos sobre los recientes, o los más destacados de los menores. Así se hace posible aplicar el mismo sistema de evaluación para edificios que aparentemente son muy diferentes, lográndose priorizar la totalidad urbana sobre sus partes. Al entender que en sitios concretos donde han de convivir en armonía edificios de diversas épocas y estilos sin el predominio de unos sobre otros, es posible proponer soluciones formales y funcionales que los agrupen tipológicamente para su reutilización. Además, cuando se identifican las formas de desarrollo histórico, así como los daños y deterioro que son comunes a una región o época de construcción determinada, es posible plantear también solucio-

nes con niveles de especificidad y generalidad equilibrados. Si se parte de la premisa de que es válido agrupar los problemas por *tipos*, también se pueden proponer soluciones por *tipos*.

En esta línea de pensamiento se ubica una serie de investigaciones y acciones de principios de los años setenta para el *Risanamento conservativo del centro storico di Bologna*. Este amplio proyecto en el que participaron personalidades como Cervellati, Scannavini, Benevolo, Cederna y Campos Venuti, definió un parteaguas en este campo, gracias a la confluencia de diversos factores sociales, políticos y económicos.

Al tener que "clasificar" los edificios del centro histórico para seleccionar y decidir la forma de intervenir en cada uno de ellos, se tomaron como base sus "valores arquitectónicos". Pero para evitar la sola consideración de la datación o el estado de conservación de los espacios, los proyectistas decidieron apoyarse en la "tipología histórica" con el objeto de "garantizar la seriedad científica de la operación" (Caniggia, 1979:8).

El concepto de tipología ayudó en gran medida a estudiar y resolver problemas en las diversas escalas dimensionales. La detección y relación de estratos sobrepuestos de *tipos*, ayudó a poner en conexión la tipología constructiva y la morfología urbana. Esos estudios permitieron alcanzar la individualización de las acciones, a través de la caracterización estructural, dimensional y distributiva (organización espacial) y de las necesidades de uso (organización funcional) comunes. "La tipología ha nacido de una serie de funciones del habitar humano (es decir de una constancia de modos y de tipos de vida que se caracterizan en edificios similares) [...] Desde el punto de vista de la morfología urbana, la tipología juega, por consiguiente, un papel específico en la constitución de la forma y repre-

senta una constante definición de caracteres de homogeneidad física y espacial" (Cervellati, 1970:163).

A raíz de los éxitos en la conservación urbana de Bolonia, el interés por el conocimiento y desarrollo de su metodología de trabajo fue en aumento. Se tomaron como modelo no solo sus normativas y procedimientos generales, sino hasta la manera de denominar las clasificaciones tipológicas de los edificios y la forma de representarlos gráficamente. Así surgieron diversas propuestas entre las que destacan las de Capua de 1972, Brescia de 1973, Bergamo de 1975, Como de 1975, Ferrara, Pesaro y Vicenza de 1976. Fuera de Italia se tienen los casos del *Plan especial de ordenación del centro histórico de Logroño* de 1976 y el *Programa para la Preservación Urbana de Cusco* de 1976.

Cuando se desarrolló este Programa para Cusco se planteaba que "para garantizar la integridad de los valores culturales del centro histórico era necesario que los usos o intervenciones programados para los edificios, quedaran subordinados a dos de sus características: tipología y mérito arquitectónico (con el fin de) [...] racionalizar el proceso de intervención así como proceder al reordenamiento funcional y a la utilización de sus inmuebles" (Azevedo, 1982:115-116). Bajo estas premisas y adoptando intencionalmente la metodología aplicada en Bolonia, se definieron nueve tipos de edificios englobados dentro de cuatro categorías, planteándose de una manera muy general, tanto los usos más apropiados para cada caso, como las formas de intervención más recomendables.

Más recientemente, en 1991, el Instituto Colombiano de Cultura publicó un *Manual para la Reglamentación de los Sectores Urbanos Antiguos* cuya sección 3.2.2. está dedicada a *El análisis tipo-*

lógico. Allí se concluye que, una vez delimitadas las áreas antiguas a intervenir, se recomienda el desarrollo de tipologías de todos los edificios involucrados para definir "unidades mínimas de intervención". Se propone la "Clasificación de todos los inmuebles y diferenciación de los Elementos Primarios —los Hechos Urbanos— a partir de los criterios de evaluación expuestos y en relación con las obras susceptibles de ser llevadas a cabo, con el fin de intervenirlas" (Instituto Colombiano de Cultura, 1991:45).

Conclusiones

Ante el reciente auge de la tipología en diferentes ámbitos de la enseñanza, la práctica profesional y las investigaciones sobre el medio construido, no han dejado de plantearse continuas reflexiones acerca de su pertinencia y eficacia. En este sentido resalta un acuerdo bastante generalizado que considera que su empleo como herramienta de esquematización formal y búsqueda de nociones eternas e invariantes no tiene prácticamente ninguna posibilidad de trascender. Por ejemplo Montaner opina que "recurrir al concepto de tipología en la actualidad significa rehuir todo regionalismo y tender a soluciones morfológicas, a modelos de carácter universal". Micha Bandini, en su artículo *Typology as a form of convention* de 1984, considera que el uso formalista que se le ha venido dando al concepto lo ha degradado al convertir los tipos en "una colección de iconos de fácil apropiación" (Montaner, 1993:151). En la misma tónica, Moneo cuestiona las interpretaciones "frías y estáticas" de la idea de *tipo*, y señala que es imposible seguir hablando de una tipología que abstrae y fragmenta la realidad construida de su contexto. "Compartimos la crítica de Moneo a la actitud positivista

según la cual la principal misión del análisis tipológico es proveer al arquitecto de un repertorio de piezas con las que proceder al montaje de la arquitectura. El estudio de la arquitectura [...] solo alcanza plenitud cuando se refiere a los ejemplos, a las obras, consideradas en su integridad" (Marti, 1993:141).

Estos juicios tienen sentido siempre y cuando se haga la aclaración de que se está criticando exclusivamente a una visión específica de la tipología: la obra realizada por arquitectos y urbanistas racionalistas ligados a la "escuela de Venecia". Su perspectiva se enfrenta a las mismas limitaciones y desaciertos que tuvo el Movimiento Moderno al tratar de buscar elementos comunes del entorno construido en el "mundo de las ideas", y proponer soluciones ideales para cualquier problema de diseño que se enfrente sin importar su emplazamiento. Se trata de acciones similares a las realizadas por Durand que buscan respuestas formales genéricas extraídas de ejemplares del pasado, pero carentes de historicidad y relación con el entorno. Además, dentro de esa concepción racionalista del diseño, subyace la esperanza de que las obras sean tomadas en alguna medida como ejemplo. Se considera que una obra trasciende si se convierte en punto de referencia o crea una escuela. Algo parecido a lo sucedido con las "ciudades ideales", los "tratados" del Renacimiento, las ordenanzas urbanas, las "reglas" conventuales y monacales, en las que bajo la intención de solucionar un problema específico, se espera resolver todos los casos similares.

Cuando se busca la agrupación de edificios con base en características comunes tales como su función o sus rasgos distributivos, se realizan deducciones analíticas *a posteriori* de los ejemplares, principalmente con fines prácticos, pero sin plantearse el problema de las razones reales y no pura-

mente lógicas que les dieron origen. Se trata de una visión que estudia edificios análogos para etiquetarlos como pertenecientes a un determinado "tipo edificatorio" y poder tomarlos como origen de proyectos nuevos.

En otras palabras, para la tipología "de derivación ilustrada o de corte positivista" la idea de *tipo* es la de un esquema distributivo abstracto, funcional o formal, cuyo objetivo primordial es el de servir como ejemplo para extraer copias parciales o totales. Esta línea de investigación hace del *tipo* "una plantilla abstracta a la cual adscribir un edificio", un concepto "platónico" que tiene una realidad "ultraterrana" existente en el "mundo de las ideas". Estos "*tipos*" de derivación *a posteriori* nunca podrían llegar a ser representativos de toda la complejidad de un edificio real (Caniggia, 1979:30).

Sin embargo esas críticas no deberían hacerse extensivas a la otra rama de la tipología, la derivada de las ideas de Muratori y Caniggia, que aunque presenta diversas limitaciones conceptuales y operativas, supera muchas de las contradicciones de la tipología racionalista. Se trata de una corriente que no solo busca la generación de obras fundamentadas en la historia general de la arquitectura, sino que se nutre de las obras existentes en cada región para aprender de ellas y continuar con su desarrollo. Surge de los propios sitios de emplazamiento, proponiendo como paradigma las poblaciones y la arquitectura mismas, elevando a la categoría de "principio" al tejido urbano y sus espacios tradicionales públicos y privados.

Pero para poder contribuir en la construcción epistemológica de esta disciplina es necesaria la definición de una serie de conceptos que den cabida a los aciertos de ambas perspectivas, ampliando los factores que consideran y desarrollando sus posibilidades instrumentales. Es posible hacer compatibles

algunas ideas y métodos de la tipología racionalista para estudiar diversos espacios bajo una misma perspectiva, con la concepción teórica y el enfoque urbanístico tradicionalista de la "tipología antrópica", incorporando, además, una visión dinámica que permita explicar la lógica de desarrollo de los asentamientos humanos para participar en su evolución a partir de sus propias raíces (Guerrero, 1994:12).

Con base en estos hechos es posible pensar que la tipología no es solo un método racional y operativo de reciente invención que pasa o vuelve a estar "de moda". Se trata de uno de los mecanismos creativos más profundamente arraigados en el pensamiento tradicional, que se basa en la existencia de una serie de relaciones entre los *fenómenos espaciales* que van más allá de su apariencia individual. Estas relaciones surgen de un proceso que coloca, en segundo plano, la naturaleza particular de los casos, permitiendo enfocar la atención en la forma en que ellos se articulan y transforman (Guerrero, 1996b:149).

Parte de la hipótesis de que, a pesar de la aparente diversidad de elementos que presentan los espacios edificados contienen un número limitado de relaciones estructuradas como resultado de la coincidencia en la manera en que las sociedades históricamente han enfrentado al medio circundante. Es un conjunto de conceptos integrados orgánicamente en función de su relación con otros similares, con el fin de caracterizar un espacio y poder intervenir en su desarrollo.

Los *tipos* no son configuraciones espaciales definidas, sino imágenes que resumen un cierto grupo de relaciones, privadas de su individualidad, y transformadas en conceptos lógicos. Son ideas que han estado presentes en los procesos de diseño, ya sea como resultado del análisis intencional de relaciones concretas de construcciones existentes o,

como fruto de un acervo cultural heredado o aprendido (Guerrero, 1997b:81).

La tipología arquitectónica se ha de entender, entonces, como una disciplina que se fundamenta en la identificación de las características compositivas que se presentan de manera recurrente en espacios construidos de un sitio dado, en función de su correspondencia con manifestaciones de modos de vida y relación del hombre con su medio, con el objeto de intervenir en ellas para su permanencia y proyección al futuro. Es una actividad teórica y creativa que permite sistematizar la definición y estructuración de conceptos, mediante la realización de dos etapas mutuamente complementarias e interdependientes: un proceso de *análisis*, que consiste en la abstracción por comparación de los elementos esenciales y principios de organización que se presentan de manera constante en una serie de ejemplares de estudio; y un proceso de *síntesis*, que se refiere a la integración y formulación de conceptos que ayuden a explicar las relaciones conceptuales analizadas, y que permiten su transformación dentro de límites establecidos, para lograr su trascendencia. No se trata de la simple búsqueda de ejemplares para ser reproducidos, sino de la comprensión de su evolución para poder participar en su desarrollo.

El camino hacia la definición de la tipología como principio epistemológico del diseño ya está trazado. Sin embargo, es necesario que sea recorrido por otros exploradores, para que, a partir de sus tropiezos y avances, se pueda alcanzar la anhelada meta de entender la labor proyectual como una forma de conocimiento.

Bibliografía

- AYMONINO, Carlo (1975). *Il significato delle città*. Gius, Laterza & Figli, Roma-Bari. Trad. al español como: *El significado de las ciudades*. Madrid. H. Blume, 1981.

- AZEVEDO, Paulo O. D. de (1982). *Cusco, Ciudad Histórica: continuidad y cambio*. Perú: PNUC/UNESCO/PESA.
- BAGLIONI, A. y Guarniero, G. (1982). *La ristrutturazione edilizia*. Ulrico Hoepli, Milano. Trad. al español como *La rehabilitación de edificios urbanos*. Barcelona: Gustavo Gili, 1988.
- BROLIN, Brent (1984). *La arquitectura de integración*. Barcelona, CEAC.
- CANIGGIA, Gianfranco (1976). *Strutture dello spazio antropico*. Firenze: UNEDIT.
- y G. L. Maffei (1979). *Composizione architettonica e tipologia edilizia, Tomo I., Lettura dell' edilizia di base*. Marsilio, Padova. Trad. al español como *Tipología de la edificación. Estructura del espacio antrópico*. Madrid: Celeste, 1995.
- CERVELLATI, Pier Luigi (1970). *Bologna centro storico*. Bologna: ALFA.
- DE BENEDETTI, Mara (1988). *Architettura tipo città*, Milano: CUSL.
- DURAND, Jean Nicolas Louis (1819). *Précis des Leçons d'Architecture données à l'Ecole Polytechnique*. París, 1986.
- GREGOTTI, Vittorio (1968). "I materiali della progettazione". En AA.VV., *Teoria della progettazione architettonica*. Bari: Dedalo libri.
- GUERRERO Baca, Luis (1994). *Arquitectura de tierra en México*. México D.F.: UAM/Azcapotzalco.
- (1996a). "Introducción". En *Estudios de tipología arquitectónica 1996*. México D.F.: UAM/Azcapotzalco.
- (1996b). "La vivienda tradicional en los valles altos de Morelos. Una aproximación tipológica". En *Estudios de tipología arquitectónica 1996*. México D.F.: UAM/Azcapotzalco.
- (1997a). "Arquitectura y emplazamiento". *Revista En Síntesis*, Año 8, No. 24, invierno. México D.F.: UAM/Azcapotzalco, pp. 50-59.
- (1997b). "Tipología y enseñanza del diseño arquitectónico". En *Estudios de tipología arquitectónica 1997*. México D.F.: UAM/Azcapotzalco.
- INSTITUTO Colombiano de Cultura (1991). *Patrimonio Cultural. Manual para la reglamentación de los sectores urbanos antiguos*. Colombia: Colcultura-UNESCO.
- MARTÍ Arís, Carlos (1993). *Las variaciones de la identidad*. Ediciones del Serbal. Barcelona.
- MONED, Rafael (1978). "On typology". *Oppositions*, No. 13, summer. Cambridge Massachusetts: The MIT Press, pp. 22-44.
- (1982). "Sobre la noción de tipo". En *Sobre el concepto de tipo en arquitectura*. Madrid: Cátedra de Composición II, ETSAM, pp. 187-211.
- MONTANER, Josep M. (1993). *Después del movimiento moderno*. Barcelona: Gustavo Gili.
- QUATREMERE de Quincy, Antoine-Chrysostôme (1832). *Dictionnaire Historique d'Architecture. (Comprenant dans son plan, Les notions historiques, descriptives, archéologiques, biographiques, théoriques, didactiques et pratiques de cet art)*, vol. 2. París: Librairie d'Arien le Clère, pp. 629-630.
- ROGERS, Ernesto N. (1958). *Esperienza dell' architettura*. Einaudi, Milano (trad. al español *Experiencia de la arquitectura*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1965).
- ROSSI, Aldo (1966). *L'Architettura della città*. Padova, Marsilio (trad. al español, *La arquitectura de la ciudad*, Barcelona, Gustavo Gili, 6ª ed., 1982).
- TAFURI, Manfredo (1968). "Le strutture del linguaggio nella storia dell' architettura moderna". En AA.VV., *Teoria della progettazione architettonica*. Bari: Dedalo libri (trad. al español como: "Las estructuras del lenguaje en la historia de la arquitectura". En *Teoría de la proyectación arquitectónica*. Barcelona: Gustavo Gili, 1971).
- TUDELA, Fernando (1972). *Tipología arquitectónica*. México: UAM/Xochimilco.
- WALSMAN, Marina (1990). *El interior de la historia*. Bogotá: Escala, (2ª ed., 1993).

espacio y forma urbana





Desarraigo y quiebre de escalas en la ciudad de México.

■ —————
*Un problema de semiosis y
estética urbana*

Katya Mandoki
Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco



1. Introducción

De los múltiples e intrincados problemas que aquejan a la ciudad de México, quisiera tratar un tema que pareciera nimio y meramente romántico: la cuestión del arraigo. Parece insignificante porque no supone grandes consecuencias políticas o económicas. Sostengo, sin embargo, que en la experiencia del arraigo se anudan varios de los hilos con los que se tejen y se fundamentan un conjunto de prácticas civiles. La dificultad se plantea desde el inicio, pues por una parte ¿cómo detectar esos hilos aparentemente tan inmateriales? ¿Cómo sedimentar en la práctica social problemas que están lejos de resolverse aun en el nivel más manejable del análisis filosófico? y sobre todo ¿de qué arraigo podría hablarse en esta ciudad que no sea al asfalto estéril e impermeable que recubre como un plástico cochambroso la naturaleza de nuestro suelo?

En la ciudad los problemas de la libertad y la legalidad, la espontaneidad y el cálculo, lo particular y lo universal dejan de ser conceptos abstractos de la filosofía para exigir soluciones puntuales en ambos sentidos del término: oportunas y precisas. Asimismo, no es solamente desde un régimen genérico del deber ser desde donde pueden abordarse los problemas de conciencia civil que requiere una ciudad de esta magnitud. Ante la abrumadora complejidad de estos problemas he decidido proceder a la inversa, es decir, examinar el arraigo en sus condiciones e incidencia sobre esta problemática. Argumentaré que el problema de cómo emprender consideraciones tales como la convivencia a escala masiva y revestirlas de un carácter vivo y concreto, para cada uno de los ciudadanos, tiene menos que ver con la legalidad jurídica, la moral familiar o la eficacia policiaca que con un problema de índole estética y semiótica y, concretamente, con la

cuestión del arraigo. Se trata de un problema semiótico porque el arraigo depende de la significación y el sentido que otorgamos a las personas, lugares y prácticas cotidianas. Es también un asunto que concierne a la estética porque el arraigo está vinculado al modo en que percibimos nuestra realidad en términos sensibles. Así pues, que el arraigo concierna a la estética se debe a su dimensión vivencial y sensorial; que concierna también a la semiósis es el resultado de su formación desde procesos de significación del hábitat y de la sociedad.

Si partimos de esta perspectiva doble, abordaremos la cuestión del arraigo en el área metropolitana en razón de sus efectos sociales. Mantenemos el sentido negativo que se desprende del uso común del término "desarraigo" en oposición a la versión positiva heideggeriana del mismo como "extrañamiento" propio de la experiencia estética que se contrapone a la familiaridad del objeto cotidiano. Como lo señala Vattimo (1994:142) para Heidegger "la experiencia estética se orienta a mantener vivo el desarraigo". Contrariamente a lo que propone Vattimo en cuanto a que "el desarraigo es el elemento esencial y no provisional de la experiencia estética" (1994:144) sostengo que la dimensión estética involucra siempre en mayor o menor medida una referencia al arraigo fundado precisamente en el *sensus communis* kantiano. Afirmo incluso que la experiencia estética es siempre experiencia de arraigo en lo que previamente había sido ajeno, es decir, arraigo en aquello que no se nos había presentado con esa viveza. Compartir un juicio de lo bello, en términos específicamente kantianos, es siempre hallar arraigo en la subjetividad del otro, es traspasar lo ajeno de la subjetividad del otro, arraigarnos ambos en un mismo lugar de la experiencia.

2. Semiósis de los espacios urbanos

El problema de la significación en la ciudad tiene relevancia tanto en sus aspectos prácticos, funcionales, económicos y políticos como en aquellos que pertenecen al plano de lo imaginario. En la urdimbre de sentidos que implica la ciudad, se apuestan no solo grandes inversiones económicas y decisiones políticas a gran escala, sino también posiciones individuales como proyectos de vida e identidades personales.

Kevin Lynch (1985) plantea el sentido de la ciudad como una de las cinco dimensiones básicas desde las cuales se establecen criterios de normatividad de lo que él llama "la buena forma de la ciudad". Aunque el desarrollo que hace de este tema es relativamente superficial desde el punto de vista de la semiótica, no se equivoca al vincularlo con este campo de análisis. En lo que se equivoca, sin embargo, es en el supuesto de que la semiótica solo opera desde unidades discretas que no son aplicables al análisis urbano. Al contrario de Lynch, mantengo que la semiótica es una herramienta indispensable y útil para esclarecer las implicaciones y condiciones de producción de sentido de la ciudad, explorando a un nivel más específico los aspectos que pueden ser caracterizados precisamente como de orden semiótico.

Por otra parte, los instrumentos del análisis semiótico han superado hace tiempo sus presupuestos iniciales basados en unidades mínimas como el morfema, el fonema y el semema desde una perspectiva glotocéntrica para abarcar una visión dinámica de la significación como un proceso integrado a lo largo de escalas funcionales continuas, más que una yuxtaposición de elementos y unidades aisladas.

Lynch plantea que "el sentido depende de la forma y de la calidad del espacio, pero también de la

cultura, del temperamento, del *status*, de la experiencia y del objetivo actual del observador" (1985:100). Habla de sentidos variables para cada individuo y de sentidos constantes que define como de base biológica y de base cultural. Esta distinción aporta poco, pues las bases biológica y cultural son también variables en cierta medida, mientras que lo individual no es simplemente variable. Esta aproximación dualista que supone a lo colectivo como constante y a lo individual variable, implica una acepción estática y homogeneizadora de lo social que obstaculiza la comprensión de la semiosis urbana, además de oponer peligrosamente una instancia a la otra.

3. Sentido de lugar y locus

El "sentido del lugar" es una idea común a varios urbanistas con diferentes denominaciones, no solo Lynch. Rossi (1971), por ejemplo, propone la noción de *locus* o *genius loci* para distinguir ese sentido propio de un lugar. La plantea como estrategia para el diseño urbano y arquitectónico, sin embargo, si hay una idea que nunca es claramente elaborada a lo largo de su texto es, precisamente, la de *locus*. La noción de *locus* en Rossi elimina de un plumazo la diversidad y la reduce a algo así como el "espíritu de una época" o "alma de un pueblo", nociones que hace medio siglo mostraron su tenebroso rostro y que, justificadamente, han caído en desuso. Al contrario de probar y desarrollar un sentido del orden urbano, el *locus* de Rossi permanece como una entelequia mistificada de evocaciones pintoresquistas más que de significado propio al habitante de un lugar.

En el incierto caso que se pudiese hablar de algún sentido propio de un lugar, éste se constituiría, no como un aspecto indiviso y simple sino como una trama de múltiples características físicas, cul-

turales y sociales. Esta amalgama de sentidos del lugar está en realidad tejida de costumbres y leyendas, de las etnias que lo habitan, de su historia, de los olores y sabores, de sus cocinas y mercados, de sus colores y luces, texturas y materiales, escalas e hitos, de su vegetación y características del suelo y clima. Se trata de un conjunto integrado y variable de orden estético y semiótico. La identidad de un lugar no puede definirse de manera estereotipada por monumentos particulares (la Torre Eiffel o el Palacio de Invierno, la Catedral Metropolitana o el Monumento a la Revolución). Tales monumentos, aunque efectivamente alteran el espacio generando turbulencias distintas de sentido, no son en sí mismos más que hitos, aunque monumentales, de cómo se va fraguando un territorio y una historia.

Lo inadecuado de la noción del *locus* es precisamente que resulta indefinible tanto por quienes lo estudian como por quienes lo habitan, ya que varía en cada versión según el origen social, horizontes de expectativa y demás variantes de los intérpretes. No es casual que ni Lynch ni Rossi se hayan arriesgado más allá de postular su existencia sin llegar a analizarla suficientemente. Un experimento simple bastaría: ¿cuál es el *locus* de la ciudad de México? Pregunta vana que implicaría reducir la diversidad a algún elemento único. Estas simplificaciones no hacen más que empobrecer la heterogeneidad propia de un lugar desde presupuestos reduccionistas.

4. Dos órdenes de semiosis urbana¹

Que el *locus* no pueda definirse —como tampoco es definible el arte—, no significa que los espacios

1. Esta distinción y clasificación de los órdenes semiótico y simbólico la he elaborado más ampliamente en Mandoki (1994) y aplicado en distintos trabajos como Mandoki (1994b y 1997), así que no me detendré en el tema

urbanos o rurales sean ininteligibles. En todo lugar operan procesos de semiosis y se ponen en juego oportunidades para el prendimiento estético. En este aspecto, puede hablarse de dos órdenes de semiosis distintos que en Lynch aparecen indistintos: uno es el orden de lo semiótico que abarcaría elementos de identidad de carácter práctico en un código unívoco y transparente como la denominación de colonias, delegaciones, calles y avenidas, la distinción clara de espacios residenciales o comerciales, industriales o administrativos. El orden de lo semiótico funciona exclusivamente a través de relaciones de oposición y diferenciación como las planteó Saussure (1967) en su definición del signo, produciendo efectos de significación.

Otro muy distinto es el orden de lo simbólico que define sentidos por cargas de materia, tiempo o energía: espacios urbanos donde se han acumulado experiencias de la comunidad en el tiempo, lugares en donde se ha invertido mayor gasto o lujo, sitios con mayor o menor carga afectiva resultado de vivencias individuales (la casa de la infancia, la escuela, el parque) o colectivos (la Plaza de las Tres Culturas, el Zócalo, Ciudad Universitaria, La Villa).

En oposición al significado semiótico, el sentido simbólico de un espacio no puede ser efecto de la planificación. Sobreviene y se carga por hechos que ocurren particularmente ahí.² Sin embargo, éste puede ser resaltado, ignorado o borrado en la planificación y el diseño. El caso típico que ejemplifica esta relación con el sentido simbólico es el de la

planificación de Tenochtitlán basada en la leyenda del águila y el nopal. Este punto de carga mítica constituye el orden y la jerarquía de los espacios a su alrededor: Se construyen el Palacio de Moctezuma o Casas Nuevas, el Templo Mayor y sus altares gemelos a Tláloc y Huitzilopochtli, los templos de Quetzalcóatl y de Tezcatlipoca, el Tzompantli y el Cohuatepahtli o muro de serpientes en relación directa con este punto. La urbanización colonial decretada por Cortés y delegada inicialmente a Alonso García Bravo, borra y enfatiza simultáneamente esta carga simbólica al mantener elementos de la traza original y ubicar el palacio de Cortés, luego Virreinal y de las Audiencias, sobre los cimientos exactos del Palacio de Moctezuma o Casas Nuevas, posteriormente el Palacio Nacional, así como la Catedral casi sobre el Templo Mayor (Valle Arizpe 1936, 1946).³ Se borran los hitos pero se mantienen los espacios en una suerte de representación estética y semiótica del hecho mismo de la Conquista. Al legitimar al espacio y mantener la locación, se afirma un valor transcultural del lugar mismo, a la vez que se sustituyen unas referencias culturales por otras. Este hecho urbano es una puesta en escena sin ambigüedades del sentido verdadero de la Conquista: no se vino a habitar "junto con" sino "encima de".

El actual intento por rescatar el Centro Histórico, que hace mucho ha abandonado su primacía económica, se debe a que su preponderancia política se mantiene intacta desde el Imperio Azteca, la Colonia y el México Independiente. La continuidad

2. He tratado el tema del desarrollo del sentido simbólico en el espacio urbano en otro texto Mandoki (1998), que se encuentra en proceso de publicación.

3. Es bien conocido el hecho de que Cortés se apropió de los predios que pertenecían a Moctezuma tanto del Palacio de Axayácatl o casas viejas,

que le fue solicitado por el emperador Carlos V para ubicar ahí las primeras dos Audiencias, hoy el predio ocupado por el Nacional Monte de Piedad, como las Casas Nuevas de Moctezuma, a donde se mudaron las Audiencias posteriormente en 1562 y donde se estableció el palacio del Virrey hasta convertirse en el Palacio Nacional (Valle-Anzpe 1936, 1946)

simbólica del espacio se fija como un capital simbólico provechoso para las necesidades de hegemonía que requiere el Estado. La carga emocional de un lugar y sus efectos fundadores del arraigo se pretenden capitalizar por contagio semántico hacia el apego a un gobierno.

Lo que Lynch denomina como “sentido de ocasión” (101), que aquí puede considerarse como propio del orden de lo simbólico que integra espacio y tiempo, no es siempre solo festivo (como parecería implicarlo el autor), sino lo contrario, como en el doblemente sombrío caso de Tlaltelolco (1968 y 1985).

Para el ciudadano común, el sentido semiótico de la ciudad se percibe desde una lógica de circulación interna más que desde una cartografía exterior. Los espacios adquieren identidad en relación a prácticas concretas y referencias precisas como las estaciones del metro, las salidas del periférico, las avenidas, las tiendas de abarrotes y escuelas que uno frecuenta. Estos elementos son de carácter predominantemente semiótico precisamente porque funcionan por un mecanismo de oposiciones y diferencias.

El valor simbólico del espacio, por otra parte, puede depender del azar y de la memoria colectiva e individual. Por ello, el *locus* de Rossi se daría en plural e irrumpiría y crecería casi como un organismo; solo se lo puede hacer reverberar, de modo que el diseño funcione como una concha acústica que lo enfatice. Cuanto más antigua es una ciudad, mayor carga simbólica tiene.⁴ La mayoría de los espacios urbanos son neutros simbólicamente, puesto que si todos fueran espacios simbólicos, se perdería el sentido mismo de lo simbólico. Mientras todos los espacios conocidos están, por ello mismo, semiotizados (conocer es semiotizar), no todos están simbolizados. Un espacio se carga sim-

bólicamente desde lo que está ausente en todos los demás, no por oposición, como en la significación semiótica, sino por concentración o implosión de sentido. Por lo contrario, todos los espacios urbanos sin excepción tienen un valor semiótico donde las denominaciones dependen precisamente de la existencia de sus equivalencias y diferencias relativas. Desde la numeración de lotes y casas hasta la nominalización de calles y avenidas, colonias, zonas postales, delegacionales y estatales, todas obedecen a un orden de oposiciones y diferenciaciones claramente especificado. Todo ello por razones prácticas y de control político y económico.

5. Apuntes para una taxonomía de los hitos urbanos

Los hitos funcionan tanto en el orden de lo semiótico como simbólico. Indican que se trata de una iglesia y no de un banco, un comercio para un nivel económico y no para otro, es decir, a través de la función denotativa. Tienen además la función simbólica adicional de la connotación al evocar asociaciones de carácter imaginario ya sea por metonimia o por metáfora. El piso o muros de mármol en una iglesia, banco o museo se plantean como metáforas de intemporalidad; comunican a nivel simbólico la permanencia y solidez de lo que representan. La simetría y horizontalidad del Palacio Nacional son una metáfora de la solidez, equilibrio y estabilidad del régimen. Asimismo, la masividad del Monumento a la Revolución opera a modo de metáfora des-

4. El caso de Jerusalén es típico. A pocos metros de distancia y aún superpuestos, se encuentran espacios de enorme peso simbólico que hasta la fecha, después de dos mil años, aún provocan fricciones entre sus habitantes.

de una relación corporal de la grandeza de la Revolución. La altura del Ángel de la Independencia y su revestimiento en oro, es metáfora casi tautológica de la altura y valor de la Independencia. La altura aquí, como claramente lo han descrito Lakoff y Johnson (1980) en el lenguaje verbal, equivale a todo lo bueno y positivo en el imaginario social. Asimismo, el Zócalo es una metonimia del territorio nacional y de su historia, la parte que representa al todo donde se muestran los problemas del pueblo; cada día, marcado por el ascenso y descenso ritual de la bandera, se presenta como parte de la historia.

Una taxonomía de hitos de significación urbana podría considerar los siguientes:

1) Hitos históricos (el Templo Mayor, el castillo de Chapultepec y más recientes como la masacre del 68 en Tlaltelolco, el ejército en Ciudad Universitaria).

2) Hitos arquitectónicos (la pirámide de Cuicuilco, la torre Latinoamericana, el World Trade Center, la torre de Mexicana y los escasos restos de nuestro tesoro arquitectónico de la Colonia).

3) Hitos religiosos (La Villa, Catedral Metropolitana como los más notables, aunque cada grupo a su vez tiene los suyos en diversas iglesias y templos según su afiliación).

4) Hitos de estratificación social (las colonias Buenos Aires, Doctores o Polanco y Bosques de las Lomas).

5) Hitos geográficos (los volcanes, los canales de Xochimilco y el lago y bosque de Chapultepec, aunque éstos últimos sean en gran medida conservados artificialmente).

6) Hitos jurídico-penales (reclusorios, juzgados, ministerios públicos).

7) Hitos comerciales (mercados de Tepito, San Ángel, Xochimilco, San Juan, franquicias y centros comerciales).

8) Hitos artísticos (el espacio escultórico de Hersúa,⁵ el caballito amarillo de Sebastián, los bigotes de Goeritz, la ruta de la amistad, los murales de los tres grandes, como el del teatro Insurgentes).

9) Hitos oficiales (el Ángel, el Monumento a la Revolución, Los Pinos, El Palacio Nacional).

10) Hitos de la vida nocturna (zonas rojas, bares, discotecas, antros).

11) Hitos del entretenimiento (cines, restaurantes, espacios de recreación como Reino Aventura, el Estadio Azteca).

12) Hitos de traza urbana (periférico, viaductos y avenidas principales).

Los hitos tienen la peculiar característica de indicar no solo el lugar al que se refieren sino especialmente al referidor. Un mismo punto de la ciudad, por ejemplo la intersección de Tlalpan y Taxqueña, puede ser descrito como: a) la estación del metro Taxqueña, b) el Salón de baile del sindicato de Músicos, c) el Gigante de Taxqueña, d) donde empieza Miguel Ángel de Quevedo, e) donde empieza Taxqueña, f) en la espiga de Gortázar, etcétera. En cada caso están indicando cómo se desplaza el enunciante (en metro, a pie, en pesero o en automóvil), cuáles son sus prioridades e intereses respecto a la zona (supermercado, escultura, puente) y en qué dirección suele ir (al oriente o poniente). Lo que para unos era la pirámide de Cuicuilco, para otros es "después del Paraíso Radisson", "adelantito de donde estaba la Conasupo", "pasando Villa Olímpica", "enfrente de Perisur", "antes de la Escuela Nacional de Antropología", "antes de la Sala Olin Yolitztlí" o "después de Plaza Cuicuilco". La manera de definir al hito delata el nivel socio-cultural del enunciante y el grupo cultural al que pertenece.

5. Al respecto, véase Acha (1983, 14-20) y Joaquín Sánchez Macgregor, *Uno Más Uno*, 3 junio 1979. Benjamín Romero Duarte "Entrevista a Matías Goeritz", *Artes* #18 1990.

Son dignas de tomarse en cuenta las maneras en que el ciudadano define un lugar al darle direcciones de cómo llegar a alguien que no conoce el rumbo. Estas indicaciones, además de ser operativas, expresan el modo de percibir y jerarquizar los espacios urbanos. Notamos que en estos casos se va de la escala mayor a la menor. Esta relación de escalas empieza siempre con los hitos. Por ello no carece de interés realizar un estudio de cómo caracterizan su entorno y qué tipo de hitos seleccionan los diversos sectores sociales.

Así como los hitos funcionan en los espacios públicos, en el espacio privado su relevancia no es menor. Quienes viven en unidades habitacionales repetitivas donde los espacios están configurados de manera casi idéntica, que se distinguen por el orden semiótico elemental de los números por edificio y departamento, el orden simbólico es el recurso más importante que se tiene para establecer identidad y arraigo. Éste se ejerce al interior de los espacios por medio de objetos personalizados, cargados de evocaciones y connotaciones para el usuario. Los recuerdos de un viaje, como algún objeto hecho de conchas marinas, un trofeo u objetos de valor sentimental celebran en algún rincón del hogar esa ocasión festiva.⁶ La principal importancia de los hitos, además de significar al lugar y ser indicial de quien los selecciona, es la de convocar. Tenemos el caso de la estación Balderas del metro, o el periférico como temas que Rockdrigo (fallecido en el terremoto del 85, a su vez un hito en el tiempo y el espacio) capturó en sus canciones evocando de resonancias emocionales particulares. La construcción de una plaza, por ejemplo, como instalación de un hito, repercute al instaurar órdenes de sentido subsecuentes que le atribuye la comunidad. Quizás sea por eso que los hitos para las clases bajas, como los tianguis y las ferias, son siempre efí-

meros. Solo les queda la iglesia y, si bien les va, el mercado, mientras se multiplican los hitos para clases acomodadas en macroedificios de arquitectura ostentosa y megacentros comerciales a corta distancia unos de otros.

6. Dimensión estética y su sentido práctico

He planteado hasta aquí posibilidades estratégicas para abordar un análisis semiótico del espacio urbano. Toca ahora aproximarnos a la ciudad desde un enfoque estético. Plantearnos la estética urbana, sin embargo, no tiene por qué reducirse a sus aspectos de belleza o a sus tesoros artísticos, nociones que ha privilegiado la estética tradicional para discurrir sobre productos denominados artísticos y evadir aspectos bastante menos placenteros pero hartamente urgentes. Una estética de la ciudad abarca mucho más que sus objetos laboriosamente contruidos y preservados para el turista, decretados patrimonio y custodiados como piezas de museo. Analizar la ciudad desde la estética involucra, en la perspectiva aquí elaborada, dos conceptos fundamentales: el cuerpo y los imaginarios culturales desde donde se constituyen la percepción y la sensibilidad al ámbito y a la sociedad en que vivimos.

El cuerpo no solo es un ente que transita por la ciudad o un motor biológico para el trabajo, sino que, de sobra está decirlo, es nuestro modo más

6. Asimismo, hitos a escala doméstica suelen ser aquellos lugares donde se dejan mensajes a los otros miembros de la familia: la mesa del comedor (cuando no es de los de adorno, típicos de las clases medias que se ocupan solo 3 veces al año), el teléfono o la puerta del refrigerador. Claro que hay variantes a diversas escalas sociales, desde los que utilizan a la recamarera de planta (especie de mueble que debe permanecer siempre en casa), hasta la pantalla del televisor o de la computadora para programar mensajes en el caso de las familias posmodernas.

primordial de existir y de convivir. Como tal, está parcialmente configurado por la ciudad donde adquiere una dimensión histórica en sus transformaciones adaptativas a los cambios del entorno urbano. La vista se condiciona por el rango de distancias que puede abarcar la mirada en el contexto urbano y el grado y tipo de detalle que debe captar para sobrevivir en ella; la cinestesia corporal depende del modo en que se desplaza por ella y define lugares que exigen mayor tensión corporal que otros; los olores de la ciudad se imprimen en el subconsciente y en la memoria emotiva; el color, la luz, las formas y narraciones que emergen en ella configuran en su conjunto el contorno de sensaciones e imaginarios desde los que se constituyen los sujetos que la habitan.

La estética como medio de fraguar la conciencia civil ha sido tratada por Terry Eagleton (1990) y por Hermann Parret (1993). El primero desarrolla una interesante propuesta de cómo la dimensión estética ha sido requerida por la filosofía desde el siglo XVIII como instrumento para encarnar valores y forjar identidades sociales. Parret propone, por otro lado, partir de la estética para fundamentar la pragmática, que se ocupa de las condiciones para la comunicación y el entendimiento en el seno de la sociedad. En estos términos —bastante más amplios que la tradicional idea de la estética como teoría del arte y lo bello— se desarrollará esta reflexión. Estamos considerando esta doble perspectiva que comprende, por una parte, al imaginario social como organización y proyección que vuelve inteligible la existencia y, por la otra, al cuerpo en tanto matriz de este imaginario y nodo de lo vivencial como medios de instaurar la dimensión estética de la ciudad y sus efectos de concreción de valores sociales.

Contrariamente a la hipótesis sostenida por Vattimo (1986, 1994) y otros teóricos sobre la progre-

siva estetización de la vida urbana, sostengo, con Buck-Morss (1995) que lo que parece estar ocurriendo en la actualidad es la progresiva anestesiación. Los sentidos somáticos se anulan en una sola dirección: la vista. Una sola gama de olores prevalece por la ciudad: los derivados del petróleo. La dimensión háptica se cancela en las autopistas de la información; el *fast food* reduce el sentido de gusto a los límites de lo elemental y la potencia de los amplificadores disminuye paulatinamente la capacidad receptiva del tímpano. La visibilidad misma se somete a órdenes de exclusión, como lo señala Wilson (1995:158): el indigente que se hacía visible a la salida de las iglesias y restaurantes de lujo ha sido finalmente expulsado como los leprosos y condenado a la invisibilidad excepto cuando se lanza, tras un chorro de agua y jabón, sobre nuestro parabrisas.

Estos son problemas de índole estética no porque conciernan al cultivo del buen gusto o a la evaluación de las obras de arte, insisto, sino porque en este proceso de entumecimiento de los sentidos, aunado a la desintegración del sentido individual y colectivo, está en juego la sensibilidad de sus habitantes sin la cual no es posible concebir la conciencia cívica y las identidades sociales. Es en la dimensión estética donde el sentido de comunidad se encarna y cobra inteligibilidad.

Una vez planteados los términos en los que conceptuamos las dimensiones semióticas y estéticas, procederemos a enfocar la cuestión del arraigo, sus condiciones, consecuencias y recursos prácticos para su restitución.

7. La fabricación del desarraigo

Vivimos en una ciudad cada vez menos inteligible donde se diseñan imaginarios triviales y llamativos

con los que se envuelven a los productos para captar la atención de un consumidor saturado de ofertas. Lo efímero y lo desechable se vuelven las normas para la producción y el consumo con una resultante que no es tan efímera ni obsolescente: la basura. Lo primero que la lógica del desecho ha desechado es, precisamente, la actitud de arraigo ya que es su mayor obstáculo. Una sociedad de consumo requiere estrategias para liquidar el arraigo como condición para su producción de necesidades continuas. Con el desarraigo se produce simultáneamente un vacío sin noción de cómo llenarlo y la indiferencia al medio y al prójimo, con sus derivaciones en la criminalidad y patologías en la personalidad características de las megalópolis contemporáneas (Mitscherlich, 1969) como Los Angeles, Sao Paulo y México. Del arraigo depende nuestro sentido de ubicación y dirección, de identidad, nuestros proyectos de vida y la relación con nuestros semejantes. El individuo sin arraigo es un recipiente neutro al que se le puede verter casi cualquier cosa.

8. Condiciones para el arraigo: permanencia

El arraigo al terruño es un apego a su paisaje, a sus gentes, a sus costumbres. Un factor esencial del arraigo es la permanencia. Se cuenta con que la montaña, la casa, el árbol vetusto, los rituales y narrativas compartidas rebasen la existencia individual y perduren amalgamando en referencias comunes al hombre con sus semejantes y con su entorno. El arraigo se finca en hitos que vinculan a los hombres con generaciones previas y futuras permitiéndoles habitar, desde los imaginarios sociales, en lugares que los acogen y les dan sentido. Tanto para el individuo como para el colectivo; el arraigo los alberga a ambos y a cada uno en su pasado, en sus proyectos y en su singularidad propias y comunes.

En el Valle de México, sin embargo, el paisaje de volcanes y montañas, hito intemporal para el arraigo de todos sus habitantes, se ha vuelto aún más efímero que las mercancías: su aparición depende de las contingencias ambientales. Las costumbres se norteamericanizan progresivamente y la población se segrega en un hacinamiento calculado en proporción inversa a su poder adquisitivo. Como consecuencia, la falta de arraigo se multiplica en la misma medida en que aumenta la suspicacia, la agresividad y la tensión entre los distintos sectores de la población.

9. El barrio, el hogar, el cuerpo y los procesos de hipoestesia

El arraigo no es un mero sentimiento sino una diversidad de prácticas cotidianas, todas vinculadas al gozo. El arreglo de un hogar, la diligencia en la labor profesional, el cuidado de los hijos, cuando son gozosos, son ejercicios de arraigo. Los placeres del comer y del beber, y tantos otros placeres del cuerpo que escucha, que huele, que toca, que se mueve, que ve, que saborea, son prácticas de arraigo en el cuerpo, en la tierra y en el imaginario. El gozo del paisaje es arraigo al territorio. Como el *sensus communis* ante lo bello en Kant, estos placeres, cuando son compartidos, fundan el arraigo en el lugar y en los otros.

El hogar, para Levinas (1991:152-158), no está situado en el mundo objetivo sino que el mundo objetivo está situado en relación con mi hogar, de igual modo que el yo parte de su interioridad para percibir el mundo. Ese hogar, que se puede denominar cuerpo-casa-barrio-ciudad, es para Levinas, un órgano o un medio esencial de la percepción. El hogar, como el cuerpo, constituye modos de ver. El barrio y la ciudad, por lo tanto, instauran modos

de visibilidad y sensibilidad que rebasan a los individuos y a las generaciones. Este proceso, tan poco analizado, lleva a plantearse en qué medida individuos que invierten de 2 a 4 horas de su vida diaria en periféricos y la tercera parte de su vida en una oficina, desarrollarán una concepción de la realidad compartimentalizada y lineal mientras que, quien habita en el campo, donde sus desplazamientos en el espacio son más libres e impredecibles, desarrollarán una visión más vasta, azarosa e integrada. El diseño urbano en este sentido no se diferencia del diseño industrial, pues como lo advirtió Marx respecto a las mercancías, no solo se producen objetos para los sujetos sino sujetos para tales objetos. Proyectar los espacios urbanos es proyectar también a sus habitantes, que se sienten más tranquilos formados en una fila que descansando bajo la sombra de un árbol.

La actual visibilidad entrenada desde los escaparates y repisas de los centros comerciales, los lentes ópticos y cámaras, los monitores de computadora y televisión, se ha vuelto hacia un mundo nunca antes tan incorpóreo y despersonalizado. Vemos más a los objetos que a los sujetos, a las imágenes en pantalla que a las personas. Esta paulatina desestetización de la ciudad y la consecuente pérdida de inteligibilidad vuelven cada vez más irrealizable la cohesión social. La ciudad se vuelve cada vez menos estética no tanto por su creciente fealdad, sino porque cada vez hay menos oportunidad para la experiencia integral de los sentidos. Estos se bloquean por mera supervivencia. Las avenidas y calles han dejado de ser senderos de recorrido y paseo para convertirse en meras vías de tránsito y circulación, es decir, en medios más que fines en sí mismos. No es el cuerpo el que recorre la ciudad percibiendo sus diversos olores, formas, colores, ya que el automovilista debe ver el asfalto

frente a él constantemente y al metal pintado a sus cuatro lados sin la menor distracción. En el peatón ocurre la situación inversa con los mismos resultados: el hacinamiento en el vagón del metro o el microbús lo obligan a mirar hacia arriba o afuera buscando una distancia mínimamente razonable para ubicar su mirada. Si se le da al cuerpo la oportunidad de pasear, esto ocurre casi exclusivamente en espacios cerrados y con la vista a los escaparates, como en el caso de las plazas y centros comerciales. La ciudad se reduce, en su nivel semiótico y estético, a un mero lugar de exhibición de mercancías tanto en la oferta como en el consumo ostentatorio. A una ciudad sin cuerpo inteligible corresponde un ciudadano igualmente incorpóreo con modalidades propias de su estrato económico: unos recurren al cemento para huir del cuerpo y su hambre; otros navegan por Internet o pelean contra monstruos virtuales para huir del hastío. La ciudad, el barrio y el cuerpo como medios de percepción se esfuman gradualmente para ser suplantados por perceptividades fabricadas y la hipotesia disfrazada de excitabilidad momentánea. La ciudad se ha poblado de querubines cibernéticos que agitan sus alas en mundos virtuales. Estos ángeles sin olfato son ángeles sin arraigo, pues están exiliados de su cuerpo, de su hogar y de su barrio.

10. Inteligibilidad del ámbito

Además de la permanencia y la vivencia sensorial, el arraigo requiere la inteligibilidad del ámbito desde imaginarios sociales. En otras palabras, el arraigo incluye percepción o sentido corporal en relación a un territorio (De Certeau, 1988:97-102) y al sentido como inteligibilidad (Lynch, 1985:100-113). Aunque puede ser destruido, el arraigo no puede ser fabricado ni decretado en la memoria afectiva

de los individuos. Vemos que surge de manera espontánea en pueblos pequeños y lo atribuimos simplemente a una cuestión de escala y de transparencia. En un pueblo, como los que antes configuraban al Valle de México —el viejo pueblo de Tacuba, Mixcoac, Piedad o San Pedro de los Pinos— los diversos oficios y modos de vida de sus miembros eran más visibles para la comunidad y para los menores en su proceso de crecimiento y maduración, ofreciéndoles mejores posibilidades de desterritorialización del seno familiar.

Sennett (1975) denuncia un proceso análogo de opacamiento casi simultáneo en ciudades norteamericanas. La semejanza en este caso no es pura coincidencia. Esta tendencia de la vida suburbana en Norteamérica genera, según el autor, una intimidad forzada en la vida familiar y una personalidad medrosa y puritana.⁷ Con la opacidad de la vida urbana contemporánea, el ámbito familiar adquiere un carácter, no precisamente más intensivo, como lo supone Sennett (1975:78-92), ya que dentro de la familia pueden darse enormes grados de incomunicación y aun de indiferencia, sino más centripeto, con menor interés en el mundo exterior. Este debilitamiento del contacto con el mundo circundante, además de empobrecer la personalidad, deja al individuo como rehén de un monitor televisivo o cibernético y, en casos extremos, de la violencia doméstica y el abuso psicológico. Así, el individuo se convierte en presa fácil de la venta de identidades por la producción en masa de imaginarios publicitarios y de la autodevaluación por el abuso sistemático en la dinámica familiar común a muchos hogares como consecuencia de las tensiones sociales. El resultado es la indiferencia política y la inmovilidad personal. La gran industria de telenovelas se vuelve sustituto de la compañía real de los otros: los personajes ficticios realizan sus visitas a horarios

puntuales y confiesan sus "más íntimos secretos" a las cámaras. Cuando la ciudad se ha vuelto más hostil que la naturaleza de la que intentó ser refugio, el fax, el Internet, el ciberporno y el teléfono caliente, son ahora recursos para evadir la ciudad y minimizar el contacto social. Permanecemos exánimes ante las pantallas, como lo denunció Baudrillard (1988), cuyos espacios trucados nos resultan más familiares que los lugares reales adyacentes a nuestros recorridos diarios.

11. Heterogeneidad e integración

Un tercer factor necesario para el arraigo es el sentido de integración. La tendencia actual de urbanización en los suburbios de la ciudad de México, a partir de los años setentas, es la segregación y homogeneización crecientes. No solo se segregan las zonas residenciales de las comerciales, sino que se trata de una segregación por estratificación social rigurosa. La baja calidad de la enseñanza en escuelas oficiales segrega aún más al menor en ámbitos estrictamente clasistas. Esta tendencia se exagera con la instalación de rejas para cerrar el acceso a calles y colonias completas como respuesta civil a la falta de seguridad pública.

La ciudad de México no es una ciudad cosmopolita como lo son Sao Paulo, San Francisco, Boston o Londres, debido a la política de inmigración relativamente restringida que ha mantenido el go-

7. En la ciudad de México existe la variante del servicio doméstico en clases medias y altas que inyectan al interior de la familia una intensa fricción social solapada. El servicio doméstico de planta representa a "los otros" claramente separados de la familia en sus espacios de vivienda y alimentación, y en sus tiempos de trabajo y ocio. Sin embargo, por su carácter subordinado y ajeno, no representan verdaderas opciones de desterritorialización a los menores.

bierno mexicano por varias décadas. Tiene además poco intercambio étnico y cultural debido a tendencias de exclusión mantenidas por varias generaciones en un racismo solapado. Por ello, no hay variaciones de sentido por barrios de grupos étnicos. Lo que la caracteriza es la distribución de espacios desde un principio claramente estratificado. La cartografía de la ciudad opera según la lógica de la estratificación social y no de las funciones, como lo planteó Burgess respecto a la ciudad de Chicago. Los diversos grupos de ascendencia extranjera se reúnen en clubes privados. Prácticamente ya no existen, como en otras ciudades, barrios étnicos con sus festividades, comidas y oferta de productos tradicionales.⁸ Se trata de un proceso de entropía mal entendido: en lugar de que los extremos sociales se fundan en una clase media, a la vez que mantengan el arraigo en la pluralidad de sus identidades y tradiciones culturales, lo que ocurre es que las diferencias de clase se exacerban y las identidades culturales se enajenan en la abstracción de la cultura de masas.

Todo indica que el desarrollo de la ciudad de México tiende a albergar grupos cada vez más cerrados. Estamos ya en proceso de generación de grupos sociales estrictamente cibernéticos como las innumerables variantes tipo “*.alt”. A las clases medias y altas se les plantea el imaginario del confort y la identidad abstracta a la cual hay que inventarle deseos, mientras que para las bajas, el deseo es un lujo que emerge en las escasas ocasiones en que las necesidades lo permiten.

8. Una excepción, digna de tomarse en cuenta, es la del año nuevo chino celebrado en la calle de Dolores y López, donde aún existen restaurantes y tiendas de productos chinos. Lamentablemente, se trata de una sola cuadra, está lejos de ser un verdadero barrio

12. Transparencia relativa del medio

Lynch habla de la transparencia como otro componente del sentido de la ciudad. Es paradójico que, precisamente en la época actual cuando el sentido de la vista predomina sobre todos los demás, donde el vidrio ha sustituido al tezontle y la cantera en la construcción, la ciudad se vuelva cada vez más opaca. La expansión urbana ha tenido como resultado la descentralización de los puntos de reunión de la población, como lo fue el tianguis de Tenochtitlán y las calles por oficio en el Centro Histórico durante la Colonia. Los centros comerciales posmodernos separan radicalmente la producción de la circulación de mercancías (donde aquella se ha vuelto totalmente invisible en el proceso industrial especializado) y segregan a los consumidores según su poder adquisitivo. Las clases privilegiadas hace varias décadas que no se pasean los domingos por la Alameda, comprando globos o algodón de azúcar. Están recluidas tras sus muros de varios metros de alto en sus residencias, tras los vidrios ahumados de sus vehículos, y tras las vastísimas extensiones de sus clubes privados de golf y equitación.

Las clases medias frecuentan lugares exclusivos para clases medias, como los centros comerciales atendidos por elementos más jóvenes de las mismas clases y accesibles casi solo por vehículos privados. Las clases bajas solo aparecen en programas amarillistas de la televisión mostrando su miseria como oportunidad para las buenas conciencias de las clases medias y altas que todavía ven algo de la televisión nacional. Los cines, las iglesias y las escuelas, que en el pasado eran puntos de contacto entre diversas clases, fijan precios por el derecho a la segregación según el número de dígitos que se puedan aportar. La opacidad necesaria para man-

tener la intimidad del hogar se extiende hoy a la opacidad de calles y barrios cercados por rejas hasta la opacidad de la estratificación social que se hace visible solo a través de la industria del sentimentalismo televisado.

13. Los imaginarios maléficos

No fue por ser el punto número 13 de este texto, que decidí tratar aquí a los imaginarios maléficos, sino porque constituyen una verdadera malla que configura la vivencia de habitar en la ciudad de México. Tales imaginarios se presentan simultáneamente como fenómenos estéticos —al manifestar un modo de experiencia y percepción sensible de la realidad— y como fenómenos semióticos, al teñir y articular esta realidad de un sentido concreto.

En su trabajo sobre los imaginarios urbanos de Sao Paulo y Bogotá, Armando Silva (1992) plantea como preocupación principal de sus habitantes la falta de seguridad pública. En México seguramente la respuesta es semejante. Sin embargo, Silva se quedó corto en su análisis de tales imaginarios urbanos. Padecemos una hueste de imágenes muy concretas y muy bien delineadas que no podrían denominarse de otro modo que Imaginarios Maléficos. A la inquietud en común con los bogotenses y paulistas, los chilangos tenemos presente la existencia de zonas urbanas particularmente peligrosas (la Buenos Aires, la Doctores, antes la Guerrero). Asimismo, a la figura del delincuente que ya mata por inercia, habría que agregar lo que se destaca por su reiteración en los medios masivos y pláticas cotidianas: la fantasmagoría chilanga del Microbus Asesino, verdaderos imaginarios de violencia urbana que espesan la tensión entre clases sociales. Este engendro tiene la característica de circular en zig-zag, señalizar a la derecha solo cuando intenta doblar

hacia la izquierda y viceversa, detenerse constantemente sin luces de freno en cualquier carril salvo el adyacente a la banqueta derecha (en estos casos de preferencia en diagonal), llevar aditamentos dentados y afilados en los discos de las llantas y, macabramente, circular sin luces cuando la ciudad está a oscuras pero prenderlas a plena luz del día cuando circula detrás de otro automóvil. Se ajustan al reglamento de tránsito con el mismo rigor que “La Tigresa” al Manual de Carreño.

Para las clases bajas que carecen de vehículos privados (muchos de ellos originarios del campo), los imaginarios maléficos los constituyen toda clase de vehículos motorizados, seres monstruosos por carecer de rostro, intimidar con una mole de metal al propio cuerpo y moverse a velocidades antinaturales. Recorrer la ciudad es tener que vérselas contra estas máquinas que amenazan literalmente a cada esquina. Aun cuando se utilicen para el transporte, uno no sabe bien a bien si logrará salir en el lugar esperado, si sobrevivirá a las carreras de microbuses, y si no terminará uno arrollado al tener que bajar en tercera fila.⁹ Salir de casa en esta ciudad es salir a la refriega donde el tono predominante es la beligerancia. La dirección encargada del asunto parece tener mayor interés en evitar trifulcas entre bandas de microbuseros, con su flamante emisión de placas y delimitación de zonas, que en llevar a cabo proyectos que protejan la seguridad de los usuarios y no incrementen la contaminación

9. He escuchado por la radio (Radio Red) en un par de ocasiones que los choferes de microbus tienen la consigna de rematar a los atropellados pues le resulta más barato a la empresa pagar costos de indemnización de los muertos que de los heridos. Así una adolescente atropellada en el periférico a la altura de Tlahuac fue rematada por el microbus que se echó en reversa para volver a arrollar a la víctima ante la mirada atónita de los testigos presenciales en septiembre de 1997.

por el bloqueo diario y constante de puntos cruciales para la circulación, con paradas frente a los semáforos deteniendo una fila entera de automóviles hasta el siguiente cambio. Su reciente "Programa Parabus" que consiste en sembrar a diestra y siniestra paraderos de transporte público, además de ser totalmente ignorado por los prestadores de ese servicio, demuestra una rigurosa lógica de bloqueo a los accesos de circulación continua como entradas y salidas de vías rápidas y esquinas de semáforos, así como el interés de disminuir la explosión demográfica empezando con la aniquilación de peatones, pues éstos se ven forzados a cruzar arterias de flujo continuo y veloz con riesgo de sus vidas. El peatón de la ciudad de México carece de los derechos más elementales, pues jamás tendrá la preferencia excepto la de detener un vehículo público en absolutamente cualquier lugar.

Este problema del microbús asesino, derivado de la total anomia en su circulación y carencia de paraderos reglamentados para el transporte colectivo, puede agregarse a otros que también atañen a las vías públicas: las "manifestaciones estranguladoras", "las filas sempiternas", "los periféricos estacionarios" y los "ambulantes invasores" que constituyen, en conjunto, parte del imaginario urbano de la zona metropolitana en sus aspectos maléficos para cada clase socio-económica. Se trata en estos casos de invasiones y apropiaciones del espacio y del tiempo públicos y personales que, contrariamente a la proliferación de las mercancías, se vuelven cada vez más escasos. Son igualmente temidas y maléficas las filas infinitas en las que se alinea el obrero para subirse antes del amanecer a los vagones del metro, o el empleado a esas mismas horas con su vehículo en un periférico paralizado. Cada día de la semana. La rígida uniformidad de horarios de entradas laborales y escolares, no

siempre justificada, contribuyen a multiplicar los efectos del hacinamiento a escalas exponenciales con costos en la salud social muy pobremente evaluados. En la medida que empeora la calidad de vida, no necesariamente equivalente a la capacidad pecuniaria, en esa misma medida se disminuye humanamente al sujeto y con él, a su competencia civil.

Otro imaginario maléfico son los Cruces Fatales. Aunque los proyectos urbanos parecen ser sometidos a concurso, quienes toman esas decisiones y a quienes les toca hacer estudios para esclarecer las demandas, definir objeciones o correcciones a las propuestas, calcular sus consecuencias y tomar responsabilidades, no son sometidos a concurso profesional. Por ello abundan restos de la planeación negligente, de la corrupción en desviar gastos para cobrarlos obtusamente, de la asignación de tareas de prioridad urbana a recomendados por favores en deuda o a proyectos mal planeados pero ostentadamente más baratos a corto plazo. Este tipo de "planeadores" son incapaces profesionales en ambos sentidos: los que como profesionales son incapaces y los que hacen de su incapacidad una verdadera profesión. Proyectos costosísimos cuya responsabilidad es incógnita. Nadie asume en obras urbanas la solvencia y planeación adecuada, ocultándose tras los laberintos de la burocracia y la sociedad anónima. No hay modo de demandar o de exigir que se cumplan las normas mínimas del sentido común para la seguridad de los usuarios que transitan por tales vías. Así, esta pseudo-planificación se parcha en lapsos continuos con soluciones *ad hoc* que pocas veces toman en cuenta la elemental consideración del tránsito real y concreto de vehículos y peatones, volviéndose francamente peligrosos a la circulación y al trayecto cotidiano de los transeúntes. Hay numerosos puentes y retornos en vías rápidas que merecen un juicio legal contra

los planificadores quienes, escudados tras el anonimato de la gestión gubernamental, disponen de cientos de millones de los fondos públicos sin tener que responder por la incuria en la planificación y sus consecuencias en la gravedad de accidentes provocados por ellos que cobran vidas a periodos regulares.¹⁰ La planeación de vías debiese incluir un registro cabal del funcionamiento de estos proyectos, abrir canales a la opinión ciudadana sobre los mismos, y denominar a los responsables no solo de la planeación sino principalmente de su funcionamiento. Los grandes puentes están ahí: el problema son los accesos, asunto trivial, pues de lo que se trataba era de construirlos, no de que funcionaran adecuadamente.

Otros imaginarios maléficos, como el de los Judiciales Serpentineros que circulaban en carros sin placas y vidrios polarizados antes, durante y después del régimen de Durazo, aparentemente han sido controlados para el fortalecimiento de los ya tradicionales Policías-Maleantes, excelsa *Coinciden- cia Oppositorum* y perfecta síntesis de los otrora opuestos, que catean sin órdenes, asaltan con licencia y disparan en las calles balas que no son de salva. Pero no todos los policías son malos, como nos lo advierte un personaje de telenovela. Los verdaderos planificadores urbanos parecen ser actualmente los policías, que se dedican a bloquear con

sus patrullas carriles, entradas y salidas a vías rápidas para parchar las malas soluciones del diseño que siguen la lógica de concentrar la circulación para ahorrar costos en lugar de dispersarla hacia varios puntos de confluencia. Cualquiera hubiera pensado que el uso de una patrulla tenía que ser otro al de servir como barda, considerando los grados de delincuencia como están. Mientras tanto, automóviles estacionados en lugares prohibidos bloquean un carril completo de circulación sin ser jamás remolcados, algunos incluso estacionados ahí de planta *ad eternum* como propiedad privada. La policía, sin embargo, cumple alegremente su labor de agitar las manos en vías de circulación continua para que a los conductores jamás se les llegue a olvidar que están en una vía de circulación continua aunque no parezca, en dado caso que a alguno se le ocurra acampar en la mera entrada al viaducto. Si lográramos sincronizar esas manitas por toda la ciudad, probablemente haríamos realidad el sueño de Heberto Castillo, el gran ventilador que acabara con la contaminación, en este caso con el modestísimo costo del salario mínimo de cada cual.

Lo más maléfico de estos imaginarios es que lejos de ser ficticios, encarnan la tensión social y el antagonismo de clases. En este sentido, gozan de plena materialidad y un certificado de realidad. Se trata de especie de monstruos con los que efectiva-

10. Por dar algunos ejemplos en el sur de la ciudad (casos que han de repetirse en toda la zona metropolitana) me refiero primero al cruce del puente de División del Norte sobre Viaducto Tlalpan donde los automóviles tienen prácticamente que trenzarse en un espacio muy reducido para continuar por una de las tres alternativas que se abren en dirección al sur. Otro caso: los retornos de la extensión del periférico desde Canal Nacional, donde el automovilista tiene que ingresar por el carril más rápido del periférico a una circulación continua. El tercero, los recientemente inaugurados puentes de la glorieta de "Vaqueritos". En dirección al poniente, los carros que pretenden ir en dirección al sur desde la ex-

tensión de Canal de Miramontes que es paralela a Acoxta, se ven obligados casi a ir en sentido contrario y atravesar el flujo constante de los que están ingresando desde División del Norte y de Canal de Miramontes. Igual, para ingresar a Prolongación División del Norte en dirección a Acoxta saliendo del periférico en dirección oriente, debe maniobrar sin visibilidad ni señalización excepto en los breves segundos en los que aparece la señal, demasiado tarde para cambiar de carril. En otros puntos de la Calzada Zaragoza y en Churubusco existe el mismo problema "error de ingeniería" dicen los reporteros viales, aunque más bien se trata de falta de elemental sentido común.

mente tenemos que lidiar en la vida diaria, y que toman formas determinadas en función al estrato social. Los planteo como imaginarios porque se constituyen en una experiencia similar al nivel onírico de la pesadilla y las historias de horror. Los imaginarios maléficos tienen la característica común a los monstruos de las películas de que permanece la sensación de su presencia amenazante más allá de su aparición concreta: cuando uno cree haber librado el peligro de un cruce fatal, una fila infinita en el metro o el periférico o un microbus asesino, está uno ya en presencia de otro, como en "Las pesadillas de Freddy" y su inagotable tenacidad. Generan una malla a nivel de sensación que opera como un fondo musical tétrico y detentan una verdadera industria de adrenalina. Se trata de la invasión de lo irracional, bienvenido en otros ámbitos, en terrenos que demandan un ejercicio pleno de la razón, como es en la planificación urbana y la reglamentación del tránsito. Los imaginarios son nutrientes del arraigo, ya lo hemos dicho, en sus leyendas, rituales y experiencias sociales. Lo mismo acogen al individuo e instauran la sensación de pertenencia que lo expulsan, cuando son maléficos, generando el reflejo reiterado de evasión como una segunda piel. La ubicuidad de los imaginarios maléficos propagan el sentimiento de hostilidad y el alejamiento del ciudadano de gestos de atención y deferencia, ahogando la extensión natural de la responsabilidad hacia el otro. El conductor de automóviles percibe a los otros

como su enemigo natural, en vez de compañeros de ruta.

14. La privatización de los espacios públicos

La gestión estatal parece no estar interesada en ocuparse, como le corresponde, de una manera integral de los problemas urbanos y en considerar simultánea e interdisciplinariamente aspectos de infraestructura, estructura y cultura. Por lo contrario, la supuesta planificación urbana continúa tolerando y fomentando macro-proyectos en abstracto,¹¹ como el reciente Megaproyecto que acabará por clausurar, de una vez por todas, el acervo arqueológico mínimamente explorado alrededor de la más antigua pirámide en Mesoamérica, la de Cuicuilco. Este tesoro cultural y patrimonio de la humanidad será utilizado, ante la mirada impotente del ciudadano, para fincar los cimientos de un centro comercial de acuerdo a los intereses de unos cuantos favorecidos por el régimen de Carlos Salinas de Gortari. Mientras para Cortés y Carlos V, la destrucción del patrimonio urbano indígena era de alta prioridad política e ideológica, medio milenio después los favorecidos de Salinas actúan por el exclusivo interés de la ganancia pecuniaria personal. La coartada utilizada en este caso es la de que el Megaproyecto, supuestamente, resolverá el cruce de Periférico e Insurgentes. Así es, la empresa privada se adjudica aquí el derecho exclusivo de planificar la ciudad de acuerdo a sus intereses.¹² planificación urba-

11. Como la ortogonalización al estilo del barón de Hausmann por el entonces regente Carlos Hank González hace casi 20 años en los ejes viales que aseguran mayor control para el desplazamiento de unidades militares. De pasada, también aminoran a corto plazo algunos problemas de tráfico gracias a la tala palmeras y árboles a granel y generando otros, como la desarticulación de la vida de barrios.

12. Curiosa solución ésa, y altísima en sus costos, cuando el asunto podría resolverse con un simple parador en media luna a dos cuadras del

cruce, en los cuatro lados, para que el transporte público no ocupe los únicos dos carriles de las laterales de ambas vías, y separando, en vez de encimar, la salida y entrada a Insurgentes en dirección norte desde el periférico. Con sentido común, que nunca sobra, utilizando la salida de Zacatpetli para entrar a Insurgentes dirección sur y con un puente de circulación continua, en vez del actual semáforo frente a Peña Pobre, en dirección norte es como se remedia el amontonamiento.

na funciona como coartada para subsecuentes inversiones y adjudicaciones a la empresa privada.

Con su política de supuestas manos fuera (que realmente se traduce en manos negras), el Estado ha dejado toda la producción de espacios públicos a los intereses de las grandes corporaciones de inversionistas en bienes raíces cuyos criterios han sido en exclusiva el mayor rendimiento económico del suelo. Se ha privatizado el espacio público y lo que vemos ahora son los grandes almacenes estrictamente estamentados.¹³ Se configura un simulacro de realidad como si ésta estuviera constituida exclusivamente por las marcas, cadenas y franquicias de los grandes monopolios. En ese mundo, no hay plomeros, ni correos, tortillerías o carpinterías. Esta segregación de clase es también, crecientemente, una segregación generacional, pues cada uno de los diversos centros comerciales se calcula para atraer separadamente a un público en particular de cierta clase y cierta generación.¹⁴ En tales plazas comerciales, más que acudir al encuentro de los otros, se deambula al encuentro de mercancías.

Baudrillard (1988) señalaba que las fronteras entre el espacio público y el privado desaparecen paulatinamente con la obscenidad de la puesta en público de lo privado a través de los medios por un lado y, por el otro, la invasión de lo público en la esfera privada como el uso del teléfono familiar para fines publicitarios de innumerables compañías.

13. Las plazas comerciales representan al mundo como una colección de escaparates de bienes suntuarios. Ya Benjamin (1969) nos habló de esto hace más de medio siglo en las famosas arcades de París. Ver también Buck-Morss (1995).

14. Algunas plazas comerciales como Plaza Loreto y Altavista, atraen a la generación entre los 16 y 30 años (ofreciendo cines, venta de discos compactos y juegos electrónicos). Otras, como Perisur, Plaza Galerías, Plaza Coyoacán y Satélite, buscan atraer a un público de adultos con

Hoy se cotiza cada lágrima derramada en *close-up* para el *rating* de una cadena televisiva que nos da permiso para soñar,¹⁵ y paga la puesta en público de las historias privadas de familias mexicanas con boletos de avión y viáticos según la tradición iniciada por el género televisivo norteamericano denominado *talk show*. La mercancía en venta es, como en el caso del *esnaf* (videos de asesinatos reales), que lo que la cámara registra es la realidad misma. Algo efectivamente está sucediendo con las barreras de lo privado y lo público como lo señalaba Baudrillard, pero no precisamente su desaparición sino su inversión: la privacidad de la emoción, de la creencia religiosa, de la vida familiar y sexual se han vuelto públicas, mientras que los espacios de vialidad urbana en su uso y en sus prioridades se han privatizado. Esta progresiva privatización que ha ido desde la vivienda de la familia nuclear (contrapuesta a la extendida), a la calle cerrada con cadena, pasando por la colonia bardeada hasta la plaza estratificada y cerrada¹⁶ apunta a que pronto requeriremos credencial de membresía para entrar a las delegaciones y visa para los estados de la república.

15. La plaza pública y sus derivaciones socio-económicas

Más que la abstracción de las ideologías y las utopías que se nos han caído pedazo a pedazo, lo que

mayor poder adquisitivo (con productos para el hogar y mercancías para los niños).

15. Me refiero obviamente al programa "Se vale soñar" de Verónica Velasco producido por el grupo Argos para Televisión Azteca e imitado por Talina Fernández en Televisa.

16. Desde luego hay tendencias en que lo privado se vuelve público, como la irrupción de llamadas telefónicas al espacio privado con fines publicitarios.

puede llevar a un sentido urbano colectivo está en lo que, casi por accidente, aún se conserva en espacios que mantienen la integración, heterogeneidad, permanencia e inteligibilidad necesarias para fomentar un sentido de arraigo. Tales espacios se constituyeron con un sentido estético, semiótico y político más que comercial, como espacios de presentación de la *polis*. Me refiero a las tradicionales plazas públicas, hoy en proceso de extinción, lugares donde se encarnaba el cuerpo social, el punto de referencia a nivel de escala y centro de convergencia de la comunidad.

Arnheim (1984) ha explorado la función del centro como punto de anclaje y encuentra cómo en la naturaleza se aglutinan espontáneamente las partes alrededor de un centro (el sistema planetario, un árbol, un cristal, el cuerpo humano). La importancia del centro incide no solo en el sentido de equilibrio y reunión de fuerzas sino como nodo dinámico y núcleo de interacción con mayor intensidad. Además de su provecho para la actividad económica de sectores totalmente desdeñados por la política de Estado, la plaza pública tiene una gran relevancia social y estética en su sentido práctico.

En la ciudad de México existe aún parte de una estructura clara que mantiene este sentido de lugar y de escala. Está el Zócalo, centro de integración simbólica no solo de la ciudad en su totalidad en el espacio y el tiempo, sino de la ciudad como capital a nivel nacional. Algunas delegaciones amparan aún, heredado desde tiempos prehispánicos y reproducido en la época de la Colonia, su sentido

de plaza pública con su mercado y un espacio para encuentros populares.¹⁷ Sin embargo, con la tendencia a la privatización de los espacios públicos, se ha amputado el siguiente eslabón en la cadena de escalas rompiendo con el sentido de lugar y la coherencia urbana. Prácticamente en este punto se interrumpe la escala. Siguen las colonias y conjuntos habitacionales que ya no mantienen la configuración centrípeta en una plazuela a escala proporcional con el territorio al que corresponden. El siguiente eslabón pertenece ya al orden privado. El equivalente a la plaza en el orden familiar quedaría ubicado en la mesa de la cocina o el comedor¹⁸ para finalmente residir, a nivel de pareja, en la cama matrimonial. Cada una de estas instancias tiene un valor simbólico de integración de identidad y sentido. Resulta particularmente significativo que el eslabón ausente en esta serie sea, justamente, el que vincula a la familia nuclear con sus vecinos, es decir, a la esfera familiar con la civil. Esta ruptura es grave porque implica que el individuo no reconoce obligaciones más allá de la esfera doméstica ni puede asumir las responsabilidades civiles y comunitarias que corresponden a la madurez cívica.

16. Incidencia del desarraigo en el problema del ambulante

Al perderse la plaza pública tradicional con su mercado y su oferta de oficios, se generan legiones de ambulantes que el Estado pretende cubrir, lastimosamente, con permisos temporales, tianguis en las calles o simplemente por la confiscación y la fuerza. La supuesta solución del tianguis sobre ruedas, además de obstaculizar la circulación vial con el consecuente incremento de contaminación, somete diariamente a los vendedores, compradores y

17. El Zócalo de Tlalpan, de Coyoacán, de Xochimilco

18. Este centro, quepa mencionarlo de paso, se señala con la iteración de centros sobre centros, como la redundancia del florero o centro de mesa sobre el centro de una carpeta que Baudrillard (1982:21) tuvo la astucia de hacernos notar

mercancías a descargas continuas de gases automotivos. Por la falta de estabilidad comunitaria y un sentido de arraigo, de referencias precisas y orientación en las demandas de servicios, miles se ven obligados a permanecer en el desempleo o a mal sobrevivir del subempleo. Es claro que ni el Estado, inflando aún más los puestos públicos, ni la iniciativa privada a gran escala, con sus intereses muy particulares, pueden resolver el problema del desempleo y el ambulante. Mucho menos se resuelve por la fuerza. Son los mismos desempleados quienes tienen mayor interés en mejorar su situación si hubiera medios para traspasar la opacidad de la economía y la rígida estratificación social. Al no saber qué servicios ofrecer, no ven otra opción que el ambulante en semáforos y esquinas con productos de muy escasa demanda. Mientras las grandes compañías invierten millones en encuestas de mercado para vender mejor productos suntuarios y averiguar si un empaque azul en vez de rosa incrementa ventas, no hay quien oriente al desempleado a mejorar su futuro inmediato y mediano. Se le proponen productos para el consumo, nunca medios para subsistir y obtenerlos. Esta desorientación, sostengo, es en parte efecto del desarraigo y de la falta de espacios integradores.

17. El orden fractal y la reutilización del suelo

En la misma medida que las relaciones y prácticas sociales transforman los espacios urbanos, los espacios también configuran y transforman las prácticas sociales. A diferencia de la propuesta de Sennett (1975:181-205) quien plantea al desorden y la anarquía como preferibles al exceso de orden urbano, cabe insistir que existe otra alternativa, puesto que el desorden y la anarquía ya son casos probados en el área metropolitana. Esta

alternativa es la de un orden flexible a escalas múltiples, es decir, un orden no mecánico sino fractal con una dinámica capaz de abarcar al azar de la autogestión y un equilibrio a nivel integral. Se trataría de hacer emerger un orden desde el caos al ponderar y definir las múltiples escalas en los asentamientos urbanos. Es desde esta fractalidad desde donde se podrían sembrar las plazas, plazuelas y plazoletas públicas como medio de integrar centros de sentido comunitario aunque casi no quede ni un centímetro cuadrado libre. Es cuestión de reutilización de espacios previamente otorgados al mejor postor en plena anarquía urbana. El Estado mantiene de todos modos la prerrogativa de reglamentación de los usos del suelo a corto y a largo plazo.

Como espacio de cohesión, más que de representación del poder político y religioso, la plaza pública puede estar constituida por un mercado, locales para negocios pequeños como tortillerías y tlapalerías, talleres de oficios como carpinterías etcétera, una biblioteca, un teatro, bancas, fondas y cafés al aire libre y pequeños locales fijos de ocupantes variables reglamentados para ambulantes. Los vecinos podrían acudir cotidianamente a la plaza para ofrecer y solicitar servicios, así como para pasar su tiempo libre con juegos de mesa y otras alternativas no mediatizadas por las industrias del entretenimiento. Estas plazas diseñadas con un sentido apropiado de escala y de lugar, y diseminadas desde un orden fractal desde la subdelegación, la colonia, el barrio y la media luna del paradero de transporte público, pueden acoger a los habitantes, generar empleos, integrar a los ambulantes, orientar mejor sobre ofertas de servicio y favorecer un ambiente de interacción que ofrezca una opción que ya han perdido los viejos y los niños a quienes se man-

tiene encerrados frente al aparato de televisión. El modo de organizarlos tendría que partir de estudios comparativos y encuestas en cada barrio sobre el tipo de servicios y oficios que escasean por el rumbo y orientar la oferta como un medio de reiniciar la transparencia económica y la ocupación de ambulantes.

El Estado tendría que gestionar el diseño y concesión de pequeños puestos de un diseño prefabricado alegre y práctico, en lugar de los actuales puestos de taqueros, torteros y fayúqueros en la esquinas, que proporcionen mayor coherencia urbana, mejor uso del suelo público y mayor diversidad en la oferta. Sobran zonas urbanas cuyo uso del suelo no amerita el terreno que ocupan, como las inmensas planchas de asfalto de los estacionamientos en almacenes comerciales que permanecen vacíos toda la semana con excepción de los sábados y los domingos. Asimismo están lotes en la vía pública, inútiles y llenos de basura, o el nuevo mercado de flores en Xochimilco totalmente aislado para perjuicio de sus comerciantes. Con un estudio detallado por zona, se podrían constituir espacios para la oferta y demanda de servicios y bienes que adelgacen las gruesas filas de los millones de desempleados y subempleados. El estudio de mercado y la concesión de esos puestos con un diseño agradable¹⁹ para acoger al usuario, aportarían una coherencia visual a esos espacios, dignificarían el empleo rotativo de los ambulan-

tes, regularían el uso del suelo y generarían recursos a las instancias administrativas correspondientes.

No solo la economía, el cambio tecnológico, el neoliberalismo y la globalización son los causantes del peor de los males contemporáneos. El diseño y la planeación urbana tienen incumbencia en el asunto y deben asumir su parte en buscar soluciones que le competen. Con una política de rechazo de los espacios urbanos subutilizados como los grandes estacionamientos, los centros comerciales, podrían verse beneficiados cediendo una parte de su terreno para el establecimiento de paraderos²⁰ y locales rotativos en días y horarios que sean provechosos para cada uno. En lugar de ubicar a los tanguis sobre las vías públicas bloqueando el tránsito varias veces a la semana y aumentando los niveles de contaminación, estos locales de ocupación rotativa pueden cumplir esa función, además de maximizar su uso por el resto de la semana.

El caso de Coapa, construido en los años setentas, es típico: varios conjuntos habitacionales segregados en 3 estratos socioeconómicos (bajo en Huipulco, medio bajo en Villa Coapa, media media en Prado Coapa). Su centro lógico, el mercado, se encuentra en un no lugar, prácticamente escondido, situado sobre una avenida casi intransitable para los peatones y carente de un espacio de reunión comunitaria, ya que el área está ocupada por un estacionamiento para empleados del gobierno ge-

19. Me viene a la memoria un diseño parecido en su concepto, aunque bastante mejor resuelto, al de los puestos del nuevo mercado de flores de Xochimilco en Cuernavaca. Se podría someter a concurso nacional un diseño modular para atender la demanda de pequeños puestos con medidas adecuadas y basadas en la investigación de campo con los usuarios en potencia, sobre requerimientos de espacio. Podría pensarse en un diseño característico por zona, alusivo de ésta de algún modo, con-

feccionado para usos variables y de fácil instalación en espacios concesionados.

20. Es absurdo ver constantemente uno o dos carriles bloqueados por paradas de microbuses exactamente flanqueando los estacionamientos vacíos de los centros comerciales, cuando a nadie perjudicaría y mucho beneficiaría el corte de media luna al interior de los mismos para definir paradas fuera de las vías de circulación.

neralmente vacío a todas horas.²¹ Un buen diseño hubiese considerado al mercado como un hito que concentre servicios tales como correos y diversos oficios, creando un ambiente atractivo no solo para acudir a él, sino para permanecer en él. El sitio apropiado, por razones simbólicas, pudo haber sido en los remanentes arquitectónicos de la ex-hacienda de Coapa con su viejo casco y su iglesia, aprovechando algunas referencias históricas que permitiesen comprender *in situ* un aspecto particular de la historia del lugar. Por lo contrario, ese punto parece una ruina abandonada que ha resistido a la demolición por razones del todo inexplicables.

Tenemos este cruce (el de Acoxta y Miramontes) conformado prácticamente por cuatro estacionamientos, uno en cada esquina. Un estudio del uso real en tiempos de tales estacionamientos, derivaría en el establecimiento de locales que podrían funcionar medio día como tianguis, y otro medio como puestos de comida, unos días a la semana para productos perecederos, otros para oficios, para venta de prendas, herramientas, artesanías, antigüedades, plantas, así como puestos y pizarrones de oferta y demanda de servicios como el doméstico, costureras, albañiles, acompañantes de ancianos, enfermeras, jardineros, pulidores de pisos, reparadores de aparatos domésticos, pintores, choferes, etcétera. Ahí mismo se podrían establecer talleres de alfabetización, habilitación y recreación así como cursos especializados para discapacitados quienes, dadas las dimensiones de la ciudad, difícilmente pueden desplazarse las distancias requeridas. El rehuso y rotación regulada de estos espacios urbanos fomentaría la recuperación de la transparencia, la apertura de fuentes de trabajo con mayor demanda que los chicles y de mayor relevancia social. El reconocimiento de individuos asiduos a un lugar, aunque no de manera permanente, pueden

generar una clientela al contar con una regularidad, un derecho de ocupación y de identidad comercial.

18. Recapitulación y conclusiones

La responsabilidad civil no es un bloque fijo donde a mayor número de ciudadanos, menor la carga que le corresponde a cada cual. Por lo contrario, la responsabilidad se incrementa exponencialmente con el aumento de ciudadanos. Tal responsabilidad no puede ser impuesta por la fuerza ni fabricada en serie: depende de algo tan elemental como el arraigo. Sin embargo, atentan contra el arraigo la progresiva expansión del orden privado hacia la calle, la colonia hasta la plaza comercial, segregando cada vez más a los sectores sociales. A esto habrá que añadir el incremento de agresividad generada por el hacinamiento, además de la violencia propiciada por las condiciones de vida, así como su difusión en los medios en tanto mercancía de consumo masivo. Lo que poco o mucho puede hacerse es no obstruir la generación del arraigo que se da espontánea y generosamente. Ha habido un quiebre de escalas precisamente en el punto de transición entre la esfera de lo público y lo privado y una dislocación de su relación mutua. Al perderse la plaza pública tradicional con su mercado y su oferta de oficios, se generan legiones de ambulantes en una situación desesperada y al filo o en las filas de la delincuencia. La reinstalación de plazas a diversas escalas proporcionales, como nodos de integración y asequibilidad comunitaria, puede atenuar signifi-

21. Los grandes espacios en ese cruce corresponden a otros cuatro estacionamientos de Gigante, de Aurrerá, Bodega Aurrerá y Tesorería. Por otra parte, las ofertas de servicios brotan donde pueden en calles y rincones aledaños.

cativamente la falta de estabilidad comunitaria y del sentido de arraigo. Frente a la avanzada de las autopistas cibernéticas que conducen a la anestesiación social, a la sensación sin experiencia y al au-

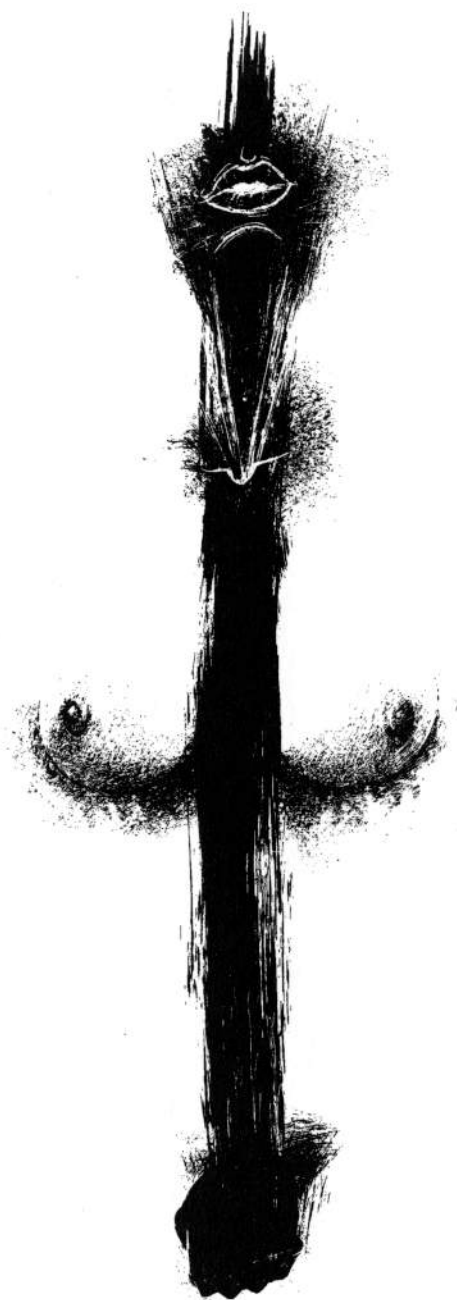
tismo programado, la recuperación y reutilización de la plazuela a diversas escalas puede ser el último retén para la empatía y la responsabilidad al otro, en lo que a la planificación urbana concierne.

Bibliografía

- ACHA, Juan (1983). *Hersúa*. México. Universidad Nacional Autónoma de México.
- ARNHEIM, Rudolf (1984). *El poder del centro*. Madrid. Alianza.
- BAUDRILLARD, Jean (1982). *Crítica de la economía política del siglo*. México. Siglo XXI.
- (1988). "El éxtasis de la comunicación". En Hal Foster (ed.) *La Posmodernidad*. México. Kairós.
- BENJAMIN, Walter (1969). *Illuminations*. New York. Schocken.
- BUCK-MORSS, Susan (1992). "Aesthetics and Anaesthetics: Walter Benjamin's Artwork Essay Reconsidered". *October* 62. Fall, pp. 3-41.
- (1995). "The City as Dreamworld and Catastrophe". *October* 73, summer. pp. 3-26.
- CERTEAU, Michel de (1988). *The Practice of Everyday Life*. Berkeley. University of California.
- EAGLETON, Terry (1990). *The Ideology of the Aesthetic*. Oxford. Blackwell.
- ECO, Umberto (1968). *La struttura assente*. Milán. Bompiani.
- (1976). *A Theory of Semiotics*. Milán. Bompiani.
- HABERMAS, Jürgen (1984). *The Theory of Communicative Action: Reason and the Rationalization of Society*. Boston: Beacon.
- JAKOBSON, Roman (1963). *Essais de Linguistique Générale*. Paris: Minuit.
- LAKOFF, George and Mark Johnson (1980). *Metaphors We Live By*. Chicago. The University of Chicago Press.
- LEVINAS, Emmanuel. (1991). *Totality and Infinity*. Alphonso Lingis (trad.) Dordrecht/Boston/London. Kluwer.
- LYNCH, Kevin (1985). *La buena forma de la ciudad*. Barcelona. Gustavo Gili.
- MANDOKI, Katya (1994). *Prosaica; introducción a la estética de lo cotidiano*. México. Grijalbo.
- (1994b). "Sintagma y paradigma estético". En Adrián Giménez-Welsh (comp.). *Escritos; Semiótica de la Cultura*. Oaxaca. Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, pp. 421-431.
- (1997). "Between Signs and Symbols; an economic distinction?" Rauch Irmengard and Carr F. Gerald (eds.) en *Semiotics Around the World; Synthesis in Diversity*. Berlin. New York. Mouton de Gruyter, pp. 1015-1018.
- (1998). "Sites of Symbolic Density: A Relativistic Approach to Experienced Space". En Andrew Light (comp) *The Meaning of Place. Society of Philosophy and Geography* (en prensa).
- MITSCHERLICH, Alexander (1969). *La inhospitalidad de nuestras ciudades*. Madrid. Alianza.
- PARRET, Herman (1993). *The Aesthetics of Communication; Pragmatics and Beyond*. Stuart Rennie (trans.) Dordrecht. Kluwer.
- ROMERO Duarte, Benjamín (1990). "Entrevista a Matías Goertiz". En *Artes* #18.
- ROSSI, Aldo (1971). *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona. Gustavo Gili.
- SÁNCHEZ Macgregor, Joaquín. Periódico *Uno Más Uno*, 3 de junio de 1979.
- SAUSSURE, Ferdinand de (1967). *Curso de Lingüística General*. Buenos Aires. Losada.
- SENNETT, Richard (1975). *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona. Península.
- SILVA, Armando (1992). *Imaginario Urbano*. Colombia. Tercer Mundo.
- SOMMER, Robert (1974). *Espacio y comportamiento individual*. Madrid. Instituto de Estudios de Administración Local.
- VALLE-ARIZPE, Artemio de (1936). *El Palacio Nacional; monografía histórica y anecdótica*. México. Cia. General de Ediciones.
- (1946). *Historia de la Ciudad de México según los relatos de sus cronistas*. México. Editorial Pedro Robredo.
- VATTIMO, Gianni (1986). *El fin de la modernidad*. México. Gedisa.
- (1994). *La sociedad transparente*. Madrid. Paidós.
- WILSON, Elizabeth (1995). "The Rhetoric of Urban Space". En *New Left Review*, enero 1, p. 209.

historia urbana





Tlacotalpan, una mirada retrospectiva

a una ciudad preindustrial

Vicente Guzmán Ríos

Universidad Autónoma Metropolitana -Xochimilco



Como es sabido, los orígenes de la mayoría de las ciudades obedecen a las actividades productivas de tipo comercial; a partir del excedente agrícola, se establecieron las condiciones para desarrollar actividades productivas de intercambio. Además de tal certeza, la función específica de toda localidad "está siempre caracterizada en el tiempo y en la sociedad [es decir que la] forma de la ciudad siempre es la forma de un tiempo de la ciudad".¹

En tal sentido, es conveniente recordar que la ley del máximo beneficio objetivo, que se persigue en toda ciudad capitalista, determina gran parte de los procesos de su formación y consolidación. Lo que se convierte en una ley que unifica como clase a los beneficiarios de la misma, en virtud de lo cual, habrán de valerse de toda suerte de estrategias, como modos de apoyo mutuo, en defensa de los ideales que como clase comparten.

Acorde a lo anterior, en la forma urbana de Tlacotalpan, desde su condición insular originaria pueden ser leídas las diversas resonancias producidas en lo local, como efecto de los cambios experimentados en el mundo exterior. Algunas veces buscando abrirse ante ellos, y otras más tratando de esquivarlos. Así, desde que vio la luz como un promisorio casco urbano, Tlacotalpan fue creciendo a lo largo de los distintos periodos históricos, hasta erigirse en la imagen congelada de una aparente ciudad preindustrial.

De sí a santuario a asentamiento aislado, hasta una forma urbana de ciudad boyante. Todo ello en la fragua de la historia dividida en los siguientes periodos:²

- a) el periodo de comercio a gran escala (para nuestro caso del siglo xv al inicio del xvii),
- b) el periodo manufacturero (de 1620 a la primera mitad del siglo xvii),
- c) el periodo de la Revolución Industrial (de 1750 a 1870),

Fotos e ilustraciones: Vicente Guzmán

1. Aldo Rossi, *La arquitectura de la ciudad*, Barcelona, Gustavo Gili, 1982, p. 104.

2. Milton Santos, *Espacio y método*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1985, p. 26.

- d) el periodo Industrial (de 1870 a 1945) y,
e) el periodo tecnológico (de 1945 a nuestros días).

En esta división temporal, encontramos una correspondencia espacial expresada en la forma urbana de la ciudad de Tlacotalpan: de una isla partida en dos, fue transformándose hasta moldear la actual estructura de la ciudad.

De un asentamiento de origen prehispánico de cinco barrios o calpulli, pasa a constituirse en un polo comercial importante hasta el siglo XIX, en virtud de sus condiciones estratégicas de vinculación fluvial y sus ventajas de proximidad como salida al mar.

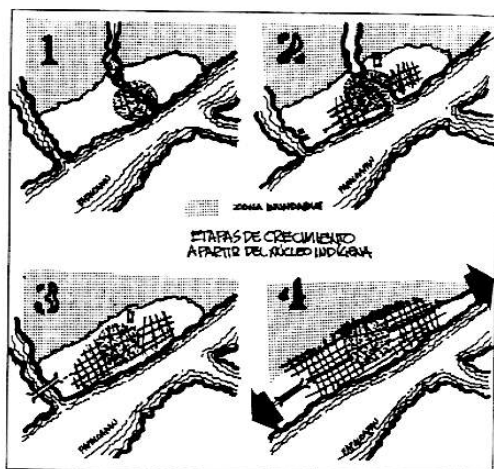
Historia local, esa pequeña historia

A pesar de la amnesia consagrada en el relato institucional, es importante hacer notar que Tlacotalpan y su entorno, han contribuido grandemente, en distintas etapas históricas, a la construcción del país.

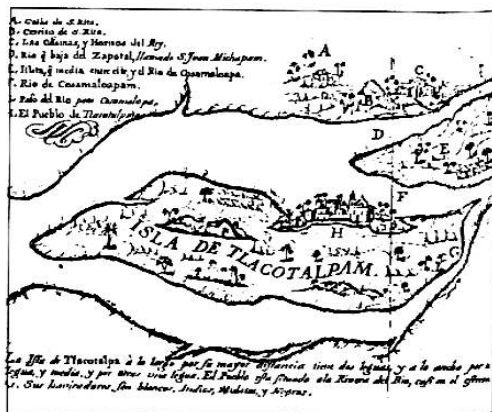
En ese sentido, aunque no forma parte de nuestros propósitos rescatar los hechos no registrados por la historia oficial, nos parece de justicia presentar, así sea sucintamente, algunos de los más relevantes en virtud de la relación que guardan con nuestro objeto de análisis.

La toponimia de Tlacotalpan ha dado pie para muy diversas definiciones. Se dice que el nombre "originalmente Tlacotalpan, se compone de dos palabras: *tlacoti* y *tlalli*, más la posposición locativa pan",³ raíces en virtud de las cuales, según las diferentes fuentes, se han traducido como *tierra de jarillas*, *tierra de esclavos*, *terreno entre el agua*, *tierra partida*, *en el comedio de la tierra*.

Las tres últimas definiciones se apegan tanto a la apariencia geográfica racionalista, como a la



Evolución histórica de la forma urbana: originalmente una isla, a partir de cuyo núcleo fue surgiendo una ciudad preindustrial



Isla de Tlacotalpan

"geografía mística que los indios antiguos construyeron para darle sentido a la vida y respuesta al mundo fabuloso de magia y encantamiento en que les toca vivir [y en ese contexto], Tlacotalpan sí está en el comedio de la Tierra, en el centro mismo del Universo creado por los dioses (que no debe ser inter-

3. Gonzalo Aguirre Beltrán, *Pobladores del Papaloapan: geografía de una olla*, México, Ed. de la Casa Chata, 1992, p. 185

pretado como un concepto etnocentrista de los indios tlacotalca a la manera occidental, sino que, simplemente se sienten partícipes del centro del mundo, no exclusivos propietarios de él".⁴

Tales antecedentes testimonian un pasado más viejo, que la presencia invasora de los españoles. Se afirma que la fecha de asentamiento de Tlacotalpan, por parte de un grupo totonaco que posteriormente se desplazó hacia el norte,⁵ corresponde a los años 900 y 1200. A decir de Aguirre Beltrán, apoyado en hallazgos arqueológicos y estudios etnográficos, la región fue lugar de asiento de varios "grupos mayences desalojados por pueblos totonaco-zoqueanos que, a su vez, fueron expulsados por popolocas primero, por mixtecas y nahuas después".⁶

La veneración a la diosa Chalchitlicue,⁷ a quien sacaban cada año a pasear y a sumergirla en el agua del río, sustancia que la constituía, no fue suficiente para salvar a los tlacotalca del expansionismo bélico dirigido por Moctezuma Ilhuicamina, por el año 1461. Lo que hace que la región del Papaloapan, en conjunto, se vea presa del imperio mexicano, junto a los pochteca o comerciantes oficiales.⁸ A partir de ese entonces, quedan convertidos en tributarios del imperio central, con un cacique local nombrado para garantizar el control y leal conduc-

to para los envíos de "plumas ricas de papagayo, ollas o cántaros con liquidámbar [...] cargas de cacao [...] ropas de algodón [...] cueros adobados de tigres, dientes de lagartos y piedras preciosas de jade".⁹ Asimismo, de otros tributos en especie: "ropa de algodón con el sol y la luna y otras pinturas pintadas en ella, y cacao y papagayos y cueros de tigre y dientes de lagartos y piedras que llaman "chalchihvtis".¹⁰ En 1521, a tres años del primer contacto entre los hospitalarios tlacotalpa y los invasores españoles, tiempo por el que, según afirman Aguirre Beltrán y Del Paso y Troncoso, el nahua era la lengua que predominaba en la región,¹¹ da inicio un nuevo ciclo de vasallaje al ser entregada, en encomienda, la plaza de Tlacotalpan y sus cinco barrios al soldado de Cortés, Alonso Romero.

El periodo del comercio a gran escala (hasta las primeras décadas del siglo xvi)

Las características principales de este periodo las fijan tanto el transporte como los nuevos cultivos, establecidos por "la marca específica de la economía colonial: un sector de mercado externo, especializado en la producción de mercaderías destinadas al exterior, dominado por las metrópolis".¹² Ambas marcan su presencia en el entorno construido de

4. *Id.* p. 188 "Tlacotalpa quiere decir tierra partida, y así esta hecha una isla, la lengua que hablan es mexicana". Del Paso y Troncoso, *Papeles de la Nueva España*, Tomo v, Madrid, 1905, p. 2.

5. *Enciclopedia de México*. México, Secretaría de Educación Pública, Edición especial, Tomo 13, 7692, s/f.

6. Aguirre Beltrán, *op. cit.*, p. 15.

7. "La virgen de la Candelaria y la diosa de las Aguas, *Chalchitlicue*, "La de la saya de esmeraldas" son una misma persona" Aguirre B. *Id.*, p. 188.

8. Véase Humberto Aguirre Tinoco, *Tlacotalpan*, México, SEP (Secretaría de Educación Pública), 1972.

9. *Id.*

10. Del Paso y Troncoso, *Id.*

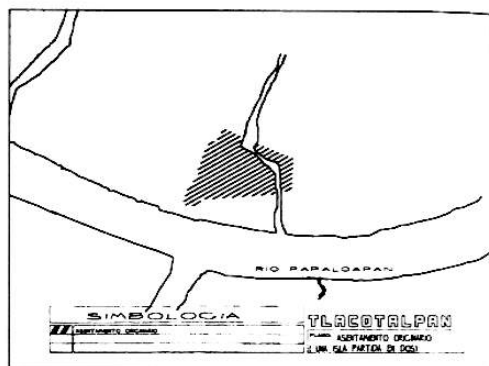
11. Por lo corto del periodo que se establece entre el establecimiento del dominio mexicano y la presencia de los españoles, hay varias cuestiones que valdría la pena estudiar posteriormente, por ejemplo, algunas características de la población de la zona relativas al tamaño demográfico, su permeabilidad o habilidad para el manejo de distintos modos de comunicación; los métodos de penetración del imperio y la existencia de otras manifestaciones de la penetración e influencia, concomitantes a la lengua.

12. Singer, Paul. *Economía política de la urbanización*, México, Siglo xxi, 1989, p. 112.

Tlacotalpan y, consecuentemente, en sus relaciones con el entorno natural. El "aumento de la capacidad de transporte y de comercio [...] induce una manufactura más intensiva y [determina cultivos selectivos como] la caña de azúcar, del tabaco y [...] el algodón".¹³ Esas determinaciones externas fueron factores determinantes para la ciudad en formación, tanto en lo referente a la forma física como a la naciente forma social.

Las características socioeconómicas que corresponden a este periodo se manifiestan muy incipientemente en una zona urbana destinada, en principio, solamente a cumplir la función de concentración y distribución de la producción regional, aprovechando sus ventajosas condiciones geográficas, tanto de conexiones fluviales como de fácil salida al mar, óptimas para tal finalidad. Condiciones que fueron modificándose con el tiempo en virtud del doble papel que desempeñó como "lugar defensivo que [además cubría] una posición comercial".¹⁴

En el lapso marcado por la mitad del siglo xvi, da comienzo el proceso de invasión-colonización de grupos españoles, quienes para explotar el primer ingenio de la región del Marqués del Valle, "ante la mengua de la población primitiva, debida a la mortalidad prematura por los excesos de explotación a la que [...] fue sometida",¹⁵ hicieron traer la primera remesa de esclavos negros, registrándose así la presencia de la tercera de las culturas acogidas por las tierras sotaventinas, la africana compuesta por mandingas, bantús y cazangas.¹⁶



Isla de Tlacotalpan



Zona intermedia de Tlacotalpan, Ver.

Ahora bien, la localización espacial originaria de Tlacotalpan como ciudad, podría explicarse a partir de sus características estratégicas de concentración y salida de la producción regional, tan apreciadas por los residentes de San Cristóbal del Río de Alvarado y los únicos doce avecindados en Tlacotalpan en los albores del siglo xvii.

13. Santos M. *Op. cit.* p. 28.

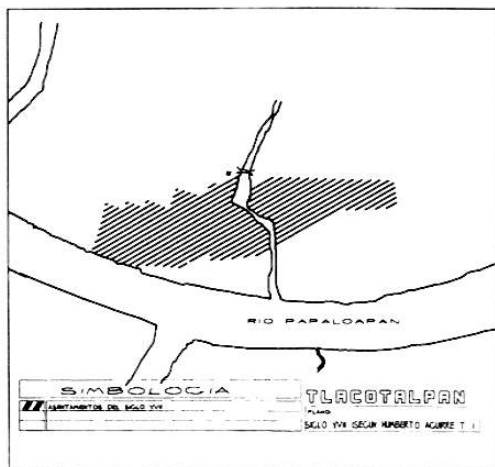
14. *Id.* p. 48.

15. Ángel Martínez Alarcón. *Los afro mestizos de Tlacotalpan*, (tesis en antropología), Xalapa, Universidad de Veracruz, 1995, p. 11.

16. De estos grupos africanos pueden verse huellas en algunas obras pictóricas de Alberto Fuster, así como en los rasgos de muchas y muchos tlacotalpeños de la actualidad.



Muestra infantil del crisol cultural sotaventino



Una isla que crecía. Tlacotalpan siglo xvi

En sus orígenes, Tlacotalpan solo representaba un lugar destinado al trabajo, con una función específica de carácter distributivo de importancia internacional, razón que sirve para sustentar la petición que envían los españoles al virrey, para que no sea trasladada la localidad al sitio de Cosamaloapan, aduciendo que era “paso obligado de españoles, pasajeros y mercaderes que van y vienen de las Provincias de Puebla, Orizava y Nueva Veracruz [y sobre todo por ser], surgidero y puerto más sonable de Naos y barcos de la Habana, Cartagena, Guinea de Negros y Caracas e barcas de Campeche, Guasacualco y Tabasco, razón por la cual este pueblo no se debe despoblar”.¹⁷

La organización del espacio urbano de Tlacotalpan advierte una forma desigual, debido a que corresponde a una distribución de actividades y grupos sociales en el “marco de una configuración diferenciada de elementos del medio construido, que constituyen la base material para su localización en la ciudad”.¹⁸

Es decir, que la forma urbana inicial de Tlacotalpan muestra características que nos hablan de su interacción con los grupos sociales existentes, en tanto que entorno construido y producto de los procesos históricos derivados de la necesidad de dar respuesta, tanto a las necesidades de carácter económico, como sociales. Esto es, a las conveniencias de la actividad económica impuesta, sustentada en el acopio y distribución y, por otro lado, al hecho de que en los inicios de la invasión, la colonización no formaba parte de las prioridades de los españoles, ya que la mayoría de los que tenían intereses económicos en Tlacotalpan residía en el puerto de Alvarado, hasta que, obligados por los ataques de la piratería, emigraron masivamente para establecer sus residencias definitivamente en Tlacotalpan.

17. H. Aguirre Tinoco, *Tlacotalpan*, op. cit., p. 13

18. Martha Schteingart, *La producción del espacio habitable*, México, Colegio de México, 1989, p. 267

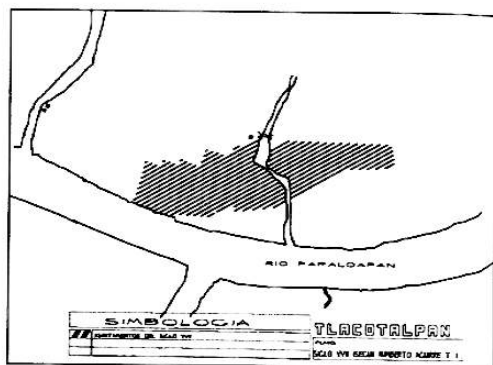
Tales condiciones fueron las bases de consolidación del proceso de colonización y, consecuentemente, del proceso de urbanización de la nascente localidad, mostrando sus reflejos materiales en una diferenciación espacial, provocada por una demanda de suelo que no había existido, sino hasta aquellos momentos.

En tal sentido, es comprensible que en un principio la forma urbana representara una respuesta de apoyo a las necesidades de las actividades productivas, más que una respuesta de los requerimientos habitacionales, debido a su posición geográfica, muy ventajosa, de su salida al mar y de su conexión fluvial con el resto de la región, no obstante su vulnerabilidad ante la permanente amenaza de los meteoros y las inundaciones.

De ese modo, a raíz de la invasión española a Tlacotalpan, la localidad fue vista como un punto estratégico para las funciones comerciales, con "la marca específica de la economía colonial: un sector de mercado externo, especializado en la producción de mercaderías destinadas al exterior, dominado por las metrópolis".¹⁹

Tanto el emplazamiento ribereño como las conveniencias económicas que ofrecía, fueron razones fundamentales para determinar el perfil inicial, al que corresponde la forma urbana de Tlacotalpan, reflejo posterior del que surgieron requerimientos de suelo para vivienda.

Las finalidades mercantiles y sus intereses respectivos y, posteriormente, la resistencia de los indígenas, quienes son obligados a congregarse en la localidad debido a que los españoles "queman



Tlacotalpan siglo XVII: sigue siendo una isla partida en dos.

sus casas del viejo asentamiento a modo de impedir el retorno a la tierra del linaje",²⁰ pueden explicar cómo fue conservada, casi intacta, la traza de la zona indígena originaria, cuya vocación de centro ceremonial se veía satisfecha adecuadamente, merced a su ubicación en la parte más alta de la casi plana topografía local, además de la llamada Zona de Abajo, creada para poner a los indígenas residentes de los dispersos asentamientos circundantes que, como se dijo, fueron obligados a concentrarse para favorecer la receptoría de los impuestos, así como para facilitar la invasión de sus tierras por la vía del sistema mercedario.

La forma urbana de Tlacotalpan muestra una segregación visible en sus agrupamientos habitacionales que resaltan "las características socioeconómicas de los habitantes [materializadas en] una estratificación urbana relacionada con una estratificación social".²¹ De ese modo, el emplazamiento de Tlacotalpan, desempeñó un papel definitorio al ofrecer las condiciones ventajosas necesarias para el desarrollo y reproducción de buenas tasas de ganancia, por encima de condiciones para asentarse, comparativamente poco codiciadas, propia de una

19. Paul Singer *Economía*, op. cit., p. 112.

20. Aguirre Beltrán, op. cit., p. 195.

21. Schteingart, *Id*.

isla rodeada de pantanos que servían de refugio a los negros que huían de la esclavitud.

El proceso de colonización se llevó a cabo, pero marcado por muchos conflictos. El primero fue la dicotomía entre patrones de asentamiento: el patrón prehispánico, común en las tierras americanas, y el patrón hispano, acorde al esquema europeo.

Como se sabe, el patrón de asentamiento prehispánico lo representa un emplazamiento disperso o semidisperso, con un núcleo localizado en un punto estratégicamente seleccionado, dado su carácter de poblamiento centro ceremonial.²² En este tipo de asentamiento las "únicas construcciones compactas son las que dan forma al centro ceremonial, la gente vive en sus parcelas y parajes donde tienen sus siembras, granjerías y acude al centro ceremonial en días de plaza o festivitos".²³ Tlacotalpan se localiza en la confluencia de dos ríos, lo cual representa una peculiaridad en la zona.²⁴

Ahora bien, la ubicación particular del núcleo o centro ceremonial, muestra una correspondencia topográfica que da cuenta de las relaciones entre usuario y medio ambiente, en provecho del primero, pero sin daño del segundo. Este núcleo, actualmente visible por su traza original conservada, constituye una huella material de un sistema de relaciones e interacciones entre los hombres y su medio. De procesos de conocimiento y respeto, que

se expresa en la huella del desalojo natural de las lluvias que el paso de los años deja impresa como rastro moldeado sobre el suelo, al igual que nervaduras de hojas o pétalos cualesquiera. Esto es, una racionalidad que habla de una peculiar manera de vinculación con el entorno, al materializarse en una traza que corresponde a una geometría irregular, muy distante de la otra racionalidad caracterizada por el patrón europeo, compacta y ortogonal, que fue heredada de los dameros romanos.²⁵ Al parecer, la invasión de los españoles a las tierras originalmente habitadas por los tlacotalca, se desarrolló mediante el sistema de mercedes, además de la fuerza y el engaño, con sus respectivos procedimientos de apariencia legal, religiosa o piadosa; encarnado en la región, por un juez congregador, cuya misión era formar congregaciones concentrando a los habitantes, a fin de facilitar el control tributario, con pretextos de orden religioso: el aval de la salvación espiritual. Asimismo, en la presencia de un cura comprometido por el bienestar espiritual, mediante la catequización de los *neófitos*, como eran denominados los indígenas no bautizados y sin aleccionar en la fe cristiana.

El procedimiento seguido por el juez congregador consistía en ordenar "a los vecinos radicados en los barrios, barrios aldeas, su reducción en la cabecera",²⁶ instrucciones que los indígenas aten-

22. Tal denominación de poblamiento centro ceremonial, la utilizan los antropólogos para definir aquel espacio "constituido por un poblado nuclear donde destaca —durante la época prehispánica— el templo aborigen, ubicado sobre una plataforma o pirámide; frente a él se extiende la plaza ceremonial, amplia, desprovista de árboles [...] Circundando templo y plaza, sin concierto pero siempre dentro del espacio destinado al linaje, *calpui* o *tratinia* [...] edifican sus jacales los gobernadores, sacerdotes y principales [...] el centro ceremonial es un lugar sagrado [...] espacio donde interactúan principales y *macehuals* con los dioses nativos, pero una vez consumado el dominio colonial se encuen-

tran obligados a compartir el sitio privilegiado y a sincretizar [sus] dioses", Gonzalo Aguirre Beltrán, *op. cit.*, pp. 194-195.

23. Aguirre Beltrán, *op. cit.*, p. 187.

24. *Cfr. ib.*

25. Las huellas de aquel vetusto núcleo prevalecen a la fecha y se ubican alrededor de la llamada Plaza Doña Martha y, como se dijo, contrasta con la traza con la que continuó el proceso de poblamiento, el cual corresponde al trazo de ejes ortogonales en dirección norte-sur y oriente-poniente, a lo largo de la margen izquierda del río de las Mariposas.

26. Aguirre Beltrán, *op. cit.*, p. 189.

dían, queriendo o no; pero hábiles y suspicaces regresaban a sus lugares, a veces "justo a tiempo de impedir que las tierras [fueran] mercedadas a pobladores españoles".²⁷ Este procedimiento, apoyado por la fuerza, permitió que el juez congregador se diera a la tarea de repartir los lotes del casco urbano, precisamente por la correspondencia de éste, con el esquema denominado por los antropólogos de *po-blamiento centro ceremonial*, del cual se habló.

Por otra parte, esa obligatoriedad de concentrarse, facilitaba la asignación de mercedes de la tierra laborable, razón que explica el método de quemar las casas de los indígenas localizadas fuera de la congregación, para hacer que los indígenas se trasladaran "con todo y triques al solar para cada uno destinado en la traza".²⁸ A poco estuvo de nulificarse la incipiente formación de Tlacotalpan al nuevo sistema, de no haber sido porque el virrey aprobó la petición que le dirigieron los habitantes hispanos, de dar marcha atrás a la ordenanza suya de trasladar el asentamiento de Tlacotalpan a la congregación de Cosamaloapan. Los argumentos de que se valieron, quienes firmaron la solicitud, hablan de la importancia que por esas épocas ya poseía Tlacotalpan como punto estratégico de cruce, de carácter comercial, no solo con el resto del país, sino también a nivel internacional, ya que lo mismo mantenía vínculos comerciales con las provincias del centro del estado, con el puerto mismo, con Puebla, Tabasco y Campeche que con La Habana, Cartagena, Venezuela y *Guinea de Negros*.

Merced a la venia real, Tlacotalpan quedó conformado por cinco estancias sujetas: San Cristóbal

del Río de Alvarado, San Juan Tlazintla, San Pedro Tapazula, Asunción Chuniapa y San Mateo Guateopa. Con este hecho, acontecido en 1604, se establece la obligatoriedad de acatar la traza española, estatuida por la ley de Indias para la fundación de nuevos poblados. Es así como la ciudad de Tlacotalpan es trazada atendiendo a esos lineamientos, a excepción de la zona que era sede del núcleo del asentamiento prehispánico antes mencionado.²⁹

Nos parece que valdría preguntarse las razones por las que tal segmento espacial no solo no fue incorporado al esquema de la nueva traza, sino que fue incluido dentro del segmento que formaría el *Barrio de Indios* o *Barrio de Abajo*. Acaso, por cuestiones políticas o de negociación o por razones comerciales, es decir, porque su localización representaba comercialmente un menor interés comparativo. ¿Sería que su incorporación al mercado de tierra naciente, no significaba una ganancia atrayente?; ¿sería que fue considerada la fuerza de los indígenas como un recurso de enlace y de otro tipo, sobre el cual apoyar otras acciones prioritarias?

El periodo manufacturero (de 1620 a 1750)

En los albores del *xvii*,³⁰ a partir de la segunda década, comenzó un nuevo modelo de sometimiento de los 232 indígenas tributarios que se encontraban asentados en la zona. Es el inicio del periodo manufacturero, cuyas características centrales no alcanzaron a las antiguas sedes de poder comercial, España y Portugal, al haber sido debilitadas por la piratería.

Sin embargo, localmente en Tlacotalpan podrían encontrarse algunos rasgos importantes de este acontecimiento histórico. Su principal expresión está representada por un crecimiento poblacional importante, debido a la incorporación de diversas actividades productivas con un naciente carácter

27. *Ib.*, p. 189.

28. *Id.*, p. 195.

29. *Cfr.* Aguirre Beltrán, *op. cit.*, y Aguirre Tinoco, Tlacotalpan, *op. cit.*

30. Aguirre Tinoco, Tlacotalpan, *op. cit.*, p. 11.

manufacturero, a partir de la utilización de las materias primas regionales: madera de cedro y caoba, que para la mitad del siglo xix, habían sido arrasadas y fueron "reemplazadas desventajosamente con la pinotea",³¹ los bancos de arcilla y las pieles; la madera fue utilizada para la fabricación de cureñas para cañones, de muebles diversos, y sobre todo, para la construcción de embarcaciones en un astillero establecido para ese fin en Tlacotalpan, por órdenes del virrey Bucareli. Los bancos de arcilla fueron para la fabricación de tabiques.

Tal dinámica productiva captó el interés hacia la localidad, que comienza a manifestarse tanto demográfica como espacialmente. El crecimiento poblacional alcanza los 860 vecinos, constituidos por 460 indígenas, 320 mulatos y 80 españoles. La forma urbana, en consecuencia, se expande de acuerdo con las ordenanzas de la denominada Cédula Real de Felipe II.

A estos tiempos corresponde la ordenación de la forma urbana de Tlacotalpan, iniciada en 1604,³² es decir, 83 años después de la presencia invasora en la localidad, cuando se adaptaron a las condiciones locales del cauce ribereño las reales ordenanzas españolas para la traza de la ciudad. En virtud de lo cual quedan establecidas dos áreas, claramente diferenciadas, como reflejo espacial de un proceso de segregación, sello de la historia futura de la localidad.

Estas áreas fueron denominadas el *barrio de arriba*, asiento de los españoles y, *barrio de abajo* destinado a los indígenas. El resto de la población, correspondiente a la cultura africana, no le fue asignada ninguna zona en especial, por dos razones importantes: una, por el temor de que se agruparan para rebelarse y otra, debido a que su condición de esclavos no los hacía acreedores de pagos, por lo cual no era necesario congregarlos. Su área

de residencia se ubicó al lado del área de labor, en el exterior de la localidad: fueron los negros *cimarrones*, llamados así por su condición de *fugitivos*, que en su huida se escondían en los pantanos, los que ampliaron las áreas de habitación a las orillas de la ciudad.

El Barrio de Abajo, denominado también *congregación de indios*, se caracterizó por tener dos tipos de traza. Una en forma de damero y otra inscrita, correspondiente a la zona del núcleo central del asentamiento indígena originario, delimitada al Norte por la zona de pantanos; al sur por el río Papaloapan; al poniente por algunas lotificaciones regulares propiedades del clero secular y, al oriente con un arroyo que baja de norte a sur para desembocar en el Papaloapan.

La iglesia de San Miguel, llamada *Ermita de Indios*, era el límite oriente, junto con la confluencia de dos calles longitudinales de acuerdo con los ejes norte sur y oriente poniente. Al sur, el límite era el río y al norte, los pantanos.

Por esta época, se fortalece un proceso de desarrollo basado en una serie de actividades productivas, apoyadas principalmente en la explotación ganadera, el comercio y, concomitantemente, en la construcción de embarcaciones, así como en la fabricación de cal y tabique destinados a las obras reales en la región.

Los procedimientos por medio de los cuales los procesos de desarrollo fueron fortaleciéndose, eran tanto de carácter intimidatorio como persuasivo, es decir, mediante el uso de la fuerza represiva y por medio del establecimiento de alianzas con los

31. José María Malpica *Tlacotalpan, lo que fue*, Tlacotalpan, Museo Salvador Ferrando, 1974, p. 5

32. Aguirre Tinoco, *Tlacotalpan*, op. cit., p. 22.

personajes indígenas destacados, quienes toman residencia en la parte central, comenzando a servir de agentes de lo que habría de culminar en un proceso de transculturación, entendido éste como el paso de una cultura a otra,³³ estos agentes, por pertenecer al grupo de los perdedores, son los primeros en adquirir ciertos hábitos de la nueva cultura,³⁴ que con lo que la presencia de los españoles se vio fortalecida.

Es probable que ésta sea la etapa que marca de modo concreto la fisonomía de la localidad, por el paralelismo entre el ámbito espacial y el socioeconómico, esto es, de acuerdo con Santos, la tendencia a la aculturación del área: "substitución de personas [...] introducción de nuevas formas de hacer [...] alteración de los equilibrios de poder [...] desequilibrios de los que resulta [...] la quiebra de hábitos tradicionales, y, [...] la transformación de las formas de relación generadas lentamente durante largo tiempo [...] sustituidas por nuevas formas de relación cuya raíz es extraña y cuya adaptación al lugar tiene un fundamento puramente mercantil".³⁵ Pasada la segunda mitad del siglo xvii, el fuerte impulso ganadero favorece el establecimiento de haciendas, controladas por los 30 españoles que residían en la ciudad.

Como consecuencia de un movimiento poblacional de hispanos avecindados en Alvarado, los 30 españoles que detentaban las propiedades más importantes de la zona fueron creciendo en número, no obstante lo cual, no fue prioritario residir en la localidad, debido a que existían localidades ven-

tajosamente mejores, respecto a las condiciones inhóspitas que ofrecía la isla, además de la presencia del cacique local. A pesar de ello, tal interés fue incrementándose gracias a los atributos que su emplazamiento ofrecía respecto a la seguridad contra los ataques de la piratería.

La conjunción de tales condiciones obligan en 1667 a que la "mayor parte de residentes de Alvarado pasen a establecerse a Tlacotalpan, con sus esclavos negros y con los mestizos y mulatos libres que trabajan en sus granjerías [debido a que] la vecindad de Tlacotalpan les permite defender las instalaciones reales donde se construyen las embarcaciones de cabotaje, cureñas para la artillería de la Nueva Veracruz, y se mantienen en producción hornos para cocer ladrillos y otros materiales de construcción".³⁶ El hecho coyuntural que define el perfil del asentamiento y el ritmo de crecimiento de Tlacotalpan estuvo fincado en el despojo y desplazamiento de la población indígena originaria y en la explotación de los negros africanos. Los españoles procedentes de Alvarado construyen sus casas al lado de los primeros españoles, es decir, en la parte central, donde éstos "tienen erigidas sus casas, emplazamientos de trabajo y comercio [...], en el borde mismo del río donde la carga y descarga de mercancías ofrece mayor comodidad".³⁷ No hay duda de que estos acomodados residenciales, además de modificar la imagen del entorno construido, impactaron los modos de valoración del suelo, es decir, le dieron un valor al suelo: "apropiarse del espacio y modelarlo, crea valor",³⁸ además de for-

33. Cfr. Ángel Rama. *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo xxi, 1987, pp. 32-39.

34. Francisco Del Paso y Troncoso. *Papeles de la Nueva España*, Tomo v, Madrid, 1905, Relación de Tlacotalpan y su partido, p. 2.

35. Santos, *op. cit.*, p. 46.

36. Aguirre Beltrán, *Pobladores del Papaloapan*, p. 191.

37. *Id.* p. 194.

38. D. Hiernaux, *op. cit.*, p. 105.

talecer una jerarquización valorativa en términos socioculturales de carácter estatutario.

El periodo de la Revolución Industrial (de 1750 a 1870)

Algunos destellos del Siglo de las Luces alcanzan a llegar a Tlacotalpan, si bien desfasados de la *gran historia*, pues fue hasta pasados muchos años cuando algunas de las singularidades de ese siglo se recogieron y manifestaron. Acorde con lo que explica Florescano, en México, "habría que encerrar al siglo XVIII entre 1760 y 1821, [ya que es entre] ambas fechas [que] tuvieron lugar las transformaciones que le dieron una personalidad a esta etapa".³⁹ Por ello, 1740 marca la *llegada tardía* a la Nueva España de la era del llamado "despotismo ilustrado", cuyo significado modernizador se sustentaba sobre una base de progreso a través del impulso de todas las actividades productivas, mediante sistemas racionales, así como del desarrollo del conocimiento técnico, de las ciencias y la difusión de las artes. El objetivo era claro, acentuar el predominio de los intereses de la corona y el Estado, por encima de los individuos. Cuestión no muy novedosa, por cierto, excepto por las políticas de las que se valdría, que implicaban una recomposición organizacional y administrativa; hay que considerar que los "cambios de periodos implican cambios de métodos [dentro de los cuales] la modernización local puede representar simplemente la adaptación de actividades ya existentes a un nuevo grado de modernización".⁴⁰ De acuerdo con el nuevo esquema, el desarrollo de las actividades comerciales y navieras fueron marcando una ruta ascendente. El incremento demográfico es notable, ya que para fines del siglo XVIII existía un total de 394 españoles, de un total de 1,174 habitantes.⁴¹

En esta etapa, que corresponde al periodo de la Revolución Industrial, la actividad comercial fue el eje principal de las acciones económicas, apoyado en la ganadería, en la explotación de maderas preciosas y en actividades complementarias. Demográficamente se produjo una fuerte expansión de pobladores blancos y, ambientalmente, se originó una fuerte deforestación que afectó seriamente el entorno natural; con la explotación forestal se extinguieron grandes cantidades de maderas tropicales, entre ellas, el cedro y algunos otros tipos de maderas duras, que al parejo una gran cantidad de fauna local, entre la que destaca el venado.

Es posible que la instalación de un astillero por órdenes del virrey Bucareli haya contribuido a ese proceso de deforestación. Fue muy reconocida la producción local de embarcaciones, así como la producción de cureñas, es decir, carros de montaje de los cañones, para el fuerte de San Juan de Ulúa.

El Siglo de las Luces se despidió con una serie de acontecimientos funestos que quedaron acotados en el entorno construido.

Primero, una inundación arrasó con casi toda la población, por lo cual las autoridades hicieron desalojar al pueblo para trasladarlo a Chuniapa, una propiedad privada aledaña a la localidad. Después, un incendio en el centro de la localidad, por causas desconocidas, llevó al gobernador intendente en turno a emitir una disposición que ordenó que la reconstrucción observará una separación entre *jacales*, sembrando árboles frutales entre uno y otro a manera de cortina protectora contra la propagación del fuego.

39. Carmen Blázquez Domínguez *Anuario vi*, Xalapa, México, Centro de Investigaciones Históricas, Universidad Veracruzana, 1989, p. 12

40. Santos, *op. cit.*, p. 35

41. Aguirre Tinoco, *Tlacotalpan*, *op. cit.*, p. 21

Otros hechos que violentaron la vida apacible de Tlacotalpan fueron varias rebeliones de la población en busca de justicia por restituciones de tierra, ante las cuales las autoridades respondieron con la construcción de la cárcel. Finalmente, en 1788 un segundo y más fuerte incendio, cuya causa fue atribuida a "la embriaguez del indio alguacil administrador",⁴² por lo que las autoridades respondieron, a través del mismo gobernador intendente, coronel Miguel del Corral, en atención a la seguridad, con una nueva reglamentación que prohibía la construcción de jacales en el Centro y Barrio de Arriba, *espacios donde solo sería legal construir casas con mampostería y techos de teja*, ofreciendo la oportunidad de construir sus jacales en barrios distantes del centro a quienes no pudieran cumplir tal disposición: "Entendido de que los continuos incendios acaecidos en ese pueblo tienen por frecuente causa la demasiada inmediatez con que se construyen las casas, [tiene] por oportuno prevenir [...] que en la construcción de las que se hagan ahora, se procure darles regulares distancias, principalmente en las de indios; de modo que si para ello fuera necesario poblar el paraje nombrado de abajo [...] en tanto que los naturales puedan fabricar sus casas providenciéles V. el alivio que se pueda, sin permitirles fabricar chozas [...]"⁴³ La disposición se complementaba con la recomendación de que aquellos predios que quedaran vacíos deberían ser vendidos a precios justos, para ser edifi-

cados conforme a la nueva reglamentación. Para quienes no lo pudieron cumplir, significó una suerte de *inducción* forzosa a desocupar el centro. A todas luces puede verse que esas disposiciones en nada favorecían a los propietarios originarios de la tierra y sí, en cambio, a los individuos con poder económico, como el detentado por los recién llegados.

A excepción de la disposición legal, que en respuesta a los reclamos de la población indígena se otorga la dotaciones de tierras en 1790,⁴⁴ el resto de las medidas reglamentarias surgidas de ello pueden ser interpretadas como un conjunto de instrumentos jurídicos en pro de un aparente interés por la seguridad colectiva, pero también en favor de intereses selectivos de quienes poseían los recursos económicos para acatarlos.

En suma, tales reglamentaciones pueden ser leídas como una simple instrumentación de carácter legal, para apoyar los procesos de despojo y de segregación: el primero de éstos fue llevado a cabo en el campo vía los mecanismos de congregacionistas y, el segundo, dentro del casco urbano, mediante la expulsión de los propietarios de los jacales de la parte central, que a la sazón ya era bastante codiciada.

Así, este fenómeno de expansión de los intereses españoles fue producto de un proceso global mayor, cuyo interés económico estaba representado por la explotación ganadera como consecuencia del proceso de desarrollo general que experimentaba la Nueva España y, como respuesta, a los postulados del llamado despotismo ilustrado, dentro del cual, la Nueva España prosperaba y crecía: su "territorio se dobló [...] su población se triplicó [y] el valor de la producción económica se sextuplicó".⁴⁵ Un reflejo de aquello, fue el crecimiento demográfico de Tlacotalpan en tan solo catorce años, cuan-

42. Blázquez Domínguez, *op. cit.*, p. 34.

43. Juan N. César, *op. cit.*, pp. 23 - 25.

44. *Id.*, p. 31, "el día 18 de marzo, Juan Nicolás, Gobernador de la República indígena, recibe el reintegro de tierras que por decreto real les fue otorgado en el paraje Saltabarranca antes Paso de Ciegos..." (subrayado nuestro).

45. *Id.*, p. 47.

do el total de pobladores españoles casi se quintuplicó, es decir, que de 80 que existían en 1776, crecieron a 394 en 1790.

Ese conjunto de hechos confirma lo aseverado por Aymonino en el sentido de que "la ciudad capitalista burguesa, analizada en su proceso de formación y consolidación, no posee un carácter caótico o espontáneo [...] sino que constituye la "representación completa" [y no esquemática] de la ley del máximo beneficio".⁴⁶ De no ser así, cabría preguntarse por qué tan estrechamente se tocan ese crecimiento socioeconómico, esa violencia (natural o social) y esas medidas políticas en respuesta. ¿No habría acaso alguna relación entre los hechos funestos, las medidas reglamentarias y los intereses de la élite, primero por las tierras del entorno natural y después, selectivamente, por las del casco urbano?

Ciertamente, los terrenos de la parte central para ese entonces eran muy demandados, en virtud de sus atributos mercantiles, comparativamente mejores que los del resto del asentamiento, no solo por sus obvias ventajas comerciales, sino también por las facilidades que la localización ribereña ofrecía para la pesca. Lo único que tenía que hacer, cualquiera de sus ocupantes, era simplemente "echar la red o el anzuelo desde su misma casa [...] y pescar de esta manera más de lo que [pudiera] consumir su familia".⁴⁷

Como resultado de esta etapa, el Barrio de Abajo —pareciera tautológico—, da cuenta hoy en día de aquella medida, si bien legal, de dudosa legitimidad, ya que la expulsión se consumó despojando de sus tierras a los dueños originarios, a quienes se les confinó al llamado Barrio de Abajo, para desplazar hacia *más abajo*, como fuerza de empuje, hacia las orillas, es decir, hacia el pantano, a los grupos asentados ahí con anterioridad, quienes re-

presentaban a los pobladores más necesitados, es decir, agricultores y pescadores, indígenas, negros y mulatos o *jarochos*.

Tal proceso unido con las medidas legales impuestas, vinieron a consolidar no solo el nuevo patrón de asentamiento, sino también un criterio de construcción respecto a los materiales que deberían ser utilizados, hasta llegar a las expresiones morfológicas diferenciales que actualmente se aprecian.

Asimismo, en este periodo se consolida una dinámica productiva en expansión. Las ramas importantes son el comercio y la ganadería; ésta última se expandió al paso devastador de la explotación maderera. Dada la vocación de la ciudad como centro de acopio y distribución, alcanzó tal importancia que fue habilitada como puerto de altura, de la ruta comercial Sotavento Veracruz Nueva Orleans La Habana Burdeos. Los productos más relevantes que comerciaba eran las pieles, las maderas preciosas, el tabaco, la grana, el algodón, el maíz desgranado, cocodrilos, plumas de garza, así como el azúcar y el alcohol producido en los trapiches e ingenios que se localizaban en el municipio de Tlacotalpan o en las zona aledañas: La Candelaria, San Antonio, San Gerónimo, San Miguel, Santa Fe y San José.

Durante el periodo de la *Revolución Industrial*, la población española creció de 394 registrados al final del XVIII a 3,006 en 1806. Este crecimiento demográfico paralelo al mercantil, muestra el auge que se vivía en la localidad por esos días. Los ideales puestos en boga en el Siglo de las Luces, respecto a las cuestiones de salud y de ilustración, encontraron condiciones propicias para su adopción ya entrado

46. Aymonino, Carlo. *El significado de las ciudades*, Madrid, Blume, 1981, p. 60.

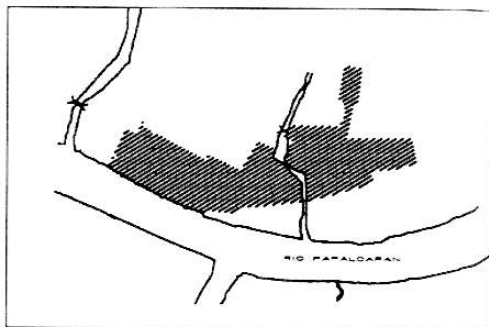
47. Según cita a Juan César, Blázquez, Carmen, *op. cit.*, p. 52.

el siglo xix. Son muestra de ello diversas construcciones de carácter público, además de que fueron establecidos el fundo legal y el ejido, a través de la compra de las dos grandes porciones territoriales de propiedad particular por parte del Ayuntamiento: "la hacienda El Zapotal de doña Inés García, esposa del General Antonio López de Santa Anna y el terreno que había pertenecido a la Cofradía de la Virgen de la Candelaria, adquirido por la casa comercial Cházaro Hermanos".⁴⁸ Y, por otra parte, es separada una fracción geográfica que políticamente pertenecía a Tlacotalpan, para convertirse en un municipio: Salta barranca.

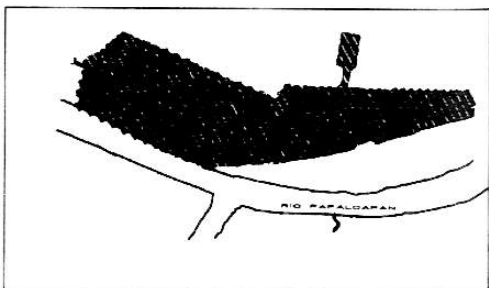
La zona de más interés comercial se localizaba en la parte sur. Las actividades de mercadeo se llevaban a cabo al lado del río y de forma anexa el abasto de la localidad, exteriormente al lado del actual palacio municipal. La compra-venta se realizaba con base en monedas u onzas de oro, mexicanas o españolas de equivalente valor, así como las de plata o medias y cuartos de onzas, en ausencia de billetes bancarios. La cantidad total de población, como se dijo, rebasaba los 3,000 habitantes. Para entonces la forma urbana expresa la segregación claramente, "la parte de abajo (se constituye como el Barrio de Abajo o el Barrio de los indios)".⁴⁹

El surgimiento del periódico *Correo de Sotavento* en 1869, a la postre de corte porfirista, da cuenta de la relevancia de la movilidad sociocultural de la localidad.

Se puede decir que pasado un poco este periodo de la Revolución Industrial, es decir, las últimas décadas del siglo xix, fue la etapa a la que corresponde el máximo crecimiento de Tlacotalpan, cuyo



Tlacotalpan siglo xvii: el crecimiento incluye la construcción de un panteón y dos puentes.



Tlacotalpan siglo xix: la forma urbana se consolida y se desecan dos ríos.

auge termina, como dijimos, poco antes de la caída de Porfirio Díaz. Ese amigo entrañable de los sotaventinos y sustento de sus buenos tiempos, encarna una paradoja más en la historia tlacotalpeña, ya que resultó ser a la postre un agente que sin proponérselo, contribuyó a los cambios que favorecieron la declinación de la localidad.

Tlacotalpan llega tarde a este periodo industrial, al no ser alcanzado por los beneficios de los cambios tecnológicos y la modernidad que se veía venir, no obstante las excelentes relaciones entre el poder central y las élites tlacotalpeñas, tal como muestra el decreto expedido en 1896 por "la H. Legislatura del Estado por el cual Tlacotalpan se denomina "Tlacotalpan de Porfirio Díaz".⁵⁰

48. Ma. del Rocío Vargas Medina, op. cit., p. 102.

49. Id., p. 4.

50. Id., p. 52.

Empero, este siglo resume el crecimiento de Tlacotalpan, debido a que en este periodo su economía alcanzó el máximo esplendor, por ello la población fue en ascenso, como efecto de una fuerte inmigración de españoles y criollos a la zona, lo que incrementó el viejo proceso de expansión, ahora con nuevas estrategias: aparcerías y arrendamientos, en combinación con las habilitaciones, lo que facilitó la adquisición de enormes extensiones por parte de los principales del pueblo.

De tal proceso surgió la estructuración del sistema hacendario como elemento organizador de la producción agrícola, ocupando enormes extensiones, las cuales principalmente se orientaban a la producción cañero azucarera, del algodón, del maíz y del arroz.

Concomitantemente fue desarrollándose la ganadería de modo más sistematizado. Según muestra un censo de 1890 "el 94% del total de las propiedades del municipio [...] estaban dedicadas a la actividad ganadera [casi como una derivación del] desmonte provocado por la venta de maderas preciosas, por la leña ocupada por los barcos y, en menor escala, por su consumo en las haciendas azucareras".⁵¹ Sin embargo, este desenvolvimiento sectorizado fue materializando algunas expresiones sociales, en función de un cierto "paralelismo que seguían las obras de carácter económico y social: cuando se construyó el muelle, al mismo tiempo se inició la construcción del teatro, la edificación del mercado vino acompañada con el relleno de la plaza de armas [característica que forma parte] del proyecto de civilización del siglo xix [que coincide con lo ocurrido en] Manaos en el Brasil y Manila en Filipinas [como una] búsqueda por trasplantar la cultura y la modernidad europea, en el entorno de la plantación tropical".⁵²

En este sentido, destacan como símbolos de esa *modernidad* dos presencias: en los transportes, los buques de vapor de alto calado, y en la educación el "Colegio del cubano Don Santiago Moreno y Balaguer [dentro del cual] se impartían [entre otras asignaturas] inglés y francés [...] Dibujo al natural y Lineal y Teneduría de libros".⁵³ A decir de Aguirre Tinoco, la mitad del siglo xix podría considerarse como una coyuntura mediante la cual mejora la localidad en general. Ello se reflejó en la edificación de una gran cantidad de obras de tipo colectivo, con una característica que es conveniente destacar, en virtud de que tal vez ahí se originan algunos de los atributos que ahora resultan peculiares, tales como el denominado por el mismo autor estilo "neoclásico popular".

Las obras más significativas de esa época son: el Palacio Municipal, el alumbrado público; la continuación de la construcción de la Parroquia de San Cristóbal,⁵⁴ la Plaza de Armas, la colocación de banquetas, el acabado de andadores y calles con céspe, la Escuela Municipal de varones, la Academia de Música, la carnicería, el rastro, el Hospital La Caridad, la Escuela Superior de Señoritas, el Parque Hidalgo y el Cementerio, que dicho sea de paso, como obra tiene una triple relevancia: por ser limítrofe, por su estilo y por su innovación.

Arcos y portales muestran el denominado por Aguirre Tinoco neoclásico popular, ejemplo estilístico de una adopción a las condiciones locales.

A decir de las crónicas de Malpica,⁵⁵ el cementerio marcaba el límite norte de la consolidación *in*

51. *Id.*, p. 45

52. *Id.*, p. 60

53. Aguirre Tinoco, *op. cit.*, p. 35

54. A cargo de un arquitecto de origen italiano llamado, Luis Zápari.

55. José María Malpica, *op. cit.*

nucleo de la ciudad; en cuanto al estilo, esta obra municipal está imbuida del más puro estilo neoclásico. Y fue innovadora en materia funeraria para su época, debido a que la disposición de las urnas es vertical, localizadas en las paredes que lo abrazan.

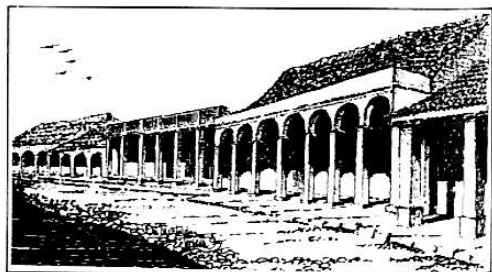
Por otro lado, finaliza la construcción del parque Zaragoza y se inició la construcción del teatro Nezahualcóyotl, a la par de dos actividades curiosamente hermanadas: la fundación del Casino y la ampliación de la iglesia de San Miguel. Para finalizar el siglo se construye la primera Biblioteca Municipal.

Ahora bien, a la par de la materialización de obras de carácter urbano para beneficio de la ciudad en su conjunto, existía un paralelismo con las obras de tipo social, lo que habla de que "los tlacotalpeños promovieron una infraestructura y servicios que no solo hiciera más habitable la localidad sino que contara con elementos materiales, culturales, religiosos y, en general, con sitios de esparcimiento [en fiel apego al modelo que pregonaba] el proyecto de civilización del siglo xix".⁵⁶ Como reconocimiento a la participación heroica de los hombres y las mujeres de Tlacotalpan, quienes sufrieran los saqueos y violencia propios de las fuerzas francesas de ocupación, el 9 de mayo de 1865, fue decretada como Ciudad el puerto sotaventino, por sus servicios prestados en defensa de la patria ante la invasión francesa.

A finales de este periodo muere la poeta tlacotalpeña Josefa Murillo, conocida como la Alondra del Papaloapan, de quien se dice que murió ciega debido a su fervor por escribir, que la impulsó a desobedecer las indicaciones médicas y por las noches a hurtadillas se



Fotografía de los años sesenta de una de las calles cuya imagen da cuenta del esplendor y consolidación urbana alcanzados en el siglo xx



Arcadas y portales que dan cuenta del denominado por Aguirre Tinoco, neoclásico popular

alumbraba con destellos de cocuyos metidos en frascos, para que en su casa no se dieran cuenta.

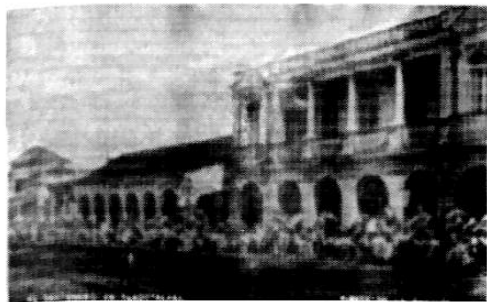
*Pepa Murillo, vestida de virgen purísima, entreabierto los ojos negros y vacuos cuando tendida, cómo fue conducida al camposanto una tristesísima tarde de lluvia pertinaz, iba acompañada de tantas sibilas vestidas de blanco (...) tal parecían una parvada de palomas conduciéndola hacia el infinito en blanco ataúd*⁵⁷

El periodo Industrial (de 1870 a 1945)

En los albores del siglo xx la ciudad reflejaba una vida muy próspera, gracias a la gran diversificación de actividades productivas del sector primario

56. Alafita Méndez, *op. cit.*, p. 60

57. Aguirre Tinoco, Humberto. *Tenoya: Crónica de la revolución en Tlacotalpan*, México, Universidad Veracruzana, p. 119



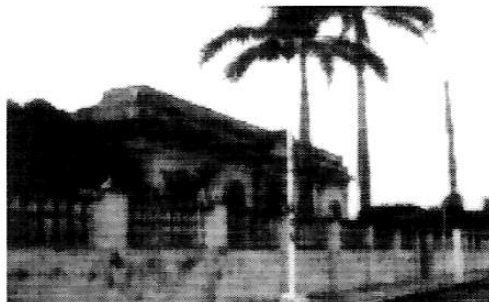
Palacio municipal original cuyo aspecto perdurará hasta entrado el presente siglo



Vista del Núcleo Central con el Papaloapan al fondo

rio y secundario: producción de azúcar y alcohol en el ingenio Santa Fe; de chocolates; de materiales de construcción; de derivados lácteos; de aguas gaseosas; de jabón; de hielo; de loza, etcétera. Y del primario: ganadería y pesca a gran escala. Antes de la revolución la ciudad parecía no estar muy enterada de la inminencia del movimiento armado, tal vez, por los fuertes nexos que parecían tener las élites económicas de comerciantes y ganaderos con el gobierno de Porfirio Díaz.

Para ese entonces, "la ciudad contaba con ocho oficinas, diez escuelas, tres hoteles y nueve fábricas, una parroquia y dos iglesias, un hospital y una cárcel, 1,220 casas y 54 jacales.



Escuela Juan de la Luz Enriquez, de huellas neoclásicas más ortodoxas

Al entrar el siglo, los buenos tiempos parecían mostrar, además de una cierta caída, un proceso de búsqueda, repliegue y apertura.

Como efecto de los problemas políticos nacionales, Tlacotalpan vio declinar el auge del que fuera dueño. La introducción del ferrocarril del Istmo, lejos de beneficiar a la localidad, le "arrebato" la preponderancia del transporte naviero que antes ostentaba: en 1905, "Tlacotalpan pierde su preponderancia regional como llave natural de la Costa; decrece el tráfico de barcos. Se retira la compañía de navegación",⁵⁸ surgió, sin éxito, la *Tlacotalpan Petroleum Company*; vino el cierre de los ingenios de Santa Fe, San Miguel y San Antonio. Todo ello fue expresión de la salida de los capitales locales del ámbito tlacotalpeño, principalmente hacia el centro del estado y al interior del país, a la búsqueda de mayores ganancias. Este proceso de huida de capitales marcó el comienzo del decaimiento económico local, que alcanzó también la circulación del semanario *El Correo de Sotavento*, iniciado en 1864.

No obstante este panorama sombrío, para las fiestas del centenario de la Independencia emer-

58. Aguirre T. *Tlacotalpan*, op. cit., p. 53

gen algunas obras en la ciudad, como muestra de una aparente continuidad bonancible. El remozamiento del Parque Zaragoza al estilo de "un diseño de jardín inglés" con bancas y con el célebre kiosco obra del escultor Francisco Sánchez Terán⁵⁹; la construcción de un parque infantil, el tendido del servicio de tren urbano (retirado 18 años más tarde), así como la instalación de una planta de alumbrado eléctrico.

El impacto de aquella salida de capitales se manifiesta de dos formas notables en el cierre de las principales fuentes de trabajo y en el entorno construido que parece ofrecer una especie de imagen congelada que "aún hoy permanece [como] testimonio [de lo que fuera] su auge comercial".⁶⁰ Los aires revolucionarios en Tlacotalpan merecen un análisis especial del que ya se han ocupado Aguirre Tinoco⁶¹ y otros autores, por lo cual, solamente se hará un breve esbozo de lo más relevante a partir de la segunda década del presente siglo.

Al parecer existen dos acontecimientos importantes, que se reflejarán en la forma urbana, mediante los cuales la localidad deja de ser isla para unirse al continente. Uno es el azolvamiento intencional del paso del río Chiquito que se localizaba en la parte poniente de la ciudad. Para ello fue utilizado como taponamiento un barco deliberadamente hundido en 1920. Eso permitió que la ciudad se uniera al puerto de Veracruz, mediante la carretera a Cosamaloapan. Fue una ventaja comunicati-

va que eliminó el tránsito de navíos hacia el Puerto de Alvarado.

Veinte años más tarde se da el segundo acontecimiento, representado por los trabajos iniciales para la construcción de una carretera y un puente en la parte nororiente. La intención era conectarse con la carretera Alvarado-Veracruz.

Los problemas de tierras tan comunes antes de la consolidación del porfiriato, al parecer no se volvieron a presentar; tal vez como reflejo del control político prevaleciente por esos días, debido al cual la movilización sindical promovida por algunos pureros de Veracruz y Alvarado, no tuvo éxito. Las movilizaciones obreras tuvieron que esperar al derrumbe del régimen porfirista y al estallido de la revolución. Es decir, a los "años en que la cosa andaba tronando pero aquí [en Tlacotalpan] aún había tiempo para las veladas literarias musicales".⁶² Paralelamente a ese desenfado de tertulia en el que las élites tlacotalpeñas se desperezaban, "se desencadenó [...] el impulso organizativo de diferentes núcleos de trabajadores y la lucha por el reconocimiento de sus agrupaciones [merced a ello] se fundó la asociación de estibadores y jornaleros de Tlacotalpan (así como) el Sindicato de Obreros "Paz y Progreso".⁶³ Durante el sexenio de Lázaro Cárdenas se realizó el reparto de tierras ejidales, como parte de las políticas agrarias que impulsó durante su gobierno, así como el incipiente nacimiento de una cooperativa de pescadores.

El final del periodo *industrial* lo signa la presencia de algunos fenómenos funestos: inundaciones, un ciclón, un incendio y un temblor de tierra, además del luto que embarga al arte local, por la muerte de uno de los pintores más destacados de Tlacotalpan, Salvador Ferrando (1835-1890), quien junto con Alberto Fuster (1870-1922) y Julio Montalvo

59. *Id.*, p. 54.

60. *Id.*, p. 73.

61. Aguirre Tinoco, Tenoya, Veracruz, México, Universidad Veracruzana, 1988.

62. *Id.*, p. 114.

63. Lozano y Nathal, Gema (Coordinadora), *Con el sello de agua*, México, Instituto Veracruzano de Cultura-INAH, 1991, p. 205.

(fines s. xix) conformaron un trío que heredó a su pueblo "una tradición y un gusto por la pintura".⁶⁴

El periodo tecnológico (de 1945 a nuestros días)

A partir de la segunda mitad de este siglo, en pleno periodo Tecnológico, la ciudad de Tlacotalpan muestra altibajos en su desarrollo demográfico. En 1950 contaba con 7,569 habitantes. En 1960 decae hasta 6,406; en 1970 crece a 7,528, para volver a disminuir en 1980 hasta 5,700.⁶⁵ A nivel municipal ofrece un panorama creciente: 9,018 en 1950; 10,421 en 1960; 13,537 en 1970; 18,896 en 1980 y 15,896 en 1990.⁶⁶

El efecto, que el primero como los dos últimos periodos causaron en "la más profunda transformación espacial en los países subdesarrollados"⁶⁷ se muestra también localmente, según dan cuenta: la formación de Tlacotalpan, como el asentamiento después de la invasión española; la consolidación de la forma urbana impuesta el auge y la caída de tipo socio económico y los recientes impactos y modificaciones del entorno natural, incrementados en los últimos años.

El año de 1969, después de que el gobierno del estado declarara ciudad típica a Tlacotalpan, marca un recuerdo aciago, por haberse visto asolada por la más fuerte inundación que ha sufrido en toda su historia.

La construcción del puente que cruza el Papaloapan, a las orillas del nororiente de la ciudad, para unirla con la carretera a Alvarado, sella para siem-



Zona intermedia de Tlacotalpan, Ver.



Zona central de Tlacotalpan, Ver.



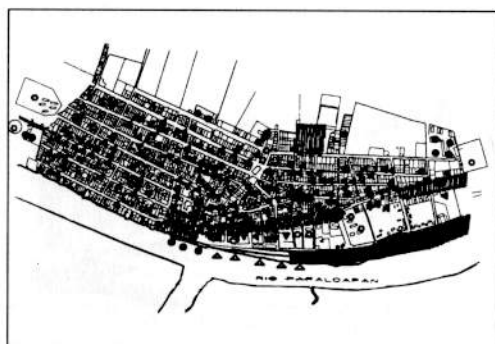
Zona central de Tlacotalpan, Ver.

64. Jorge Alberto Manrique. "Pintura de Tlacotalpan: una tradición con quebre", en *Tlacotalpan, de la pintura académica a la popular*, México, Fondo de Cultura-Banamex, 1995.

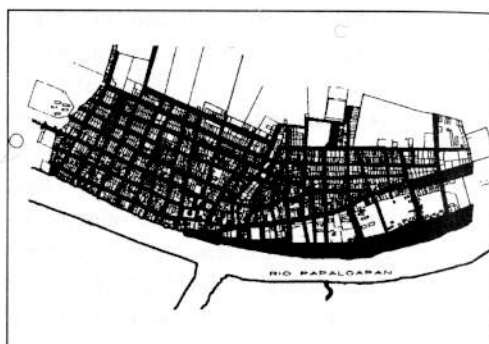
65. Cfr. Aguirre T. *Id.*, p. 59 e INEGI.

66. Cfr. Flora Velázquez Ortiz. *Información demográfica del Estado de Veracruz, 1900-1990*, Xalapa, Universidad de Veracruz, 1993 e INEGI.

67. Santos, *op. cit.*, p. 26.



Usos del suelo actual



Tlacotalpan actual

pre el recuerdo de Tlacotalpan como isla. El costo de la obra fue de diez millones de pesos corrientes en 1972.

Las características resultantes de esos procesos históricos, pueden observarse actualmente en la forma urbana en:

a) una traza de tipo ortogonal o en damero, cuya antigüedad "data de 1604, cuando fueron congregados en la cabecera sus pueblos sujetos",⁶⁸

b) una lotificación que corresponde a límites frontales de predios muy regulares y estrechos, de acuerdo con el patrón establecido por la Real Ordenanza de Felipe II así como "la apropiación del centro [que reservaba] para beneficio de los conquistadores y el desplazamiento hacia la periferia de los indígenas a una distancia considerable para la protección del territorio ocupado, pero [...] corta para contar con la fuerza de trabajo necesaria".⁶⁹

68. *Id.*, p. 22.

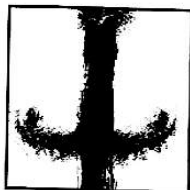
69. Jorge González Aragón, "La cultura urbanística en la ciudad de México en el siglo XVI", en *La odisea iberoamericana*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1995, p. 42.



Training Loving Hands: Women's Vocational

Education in 1920s Mexico City

Patience A. Schell
Oxford University



During the 1920s, the revolutionary governments responded to demands for educational expansion. The federal *Secretaría de Educación Pública* (SEP) founded new primary schools, embarked upon a nation-wide campaign against illiteracy and opened public libraries in rural areas, union meeting halls and prisons. For José Vasconcelos, Minister of Public Education 1921-1924, technical education was the means to create the generations of skilled workers Mexico needed.¹ From Mexico City's technical schools emerged the construction workers who would re-build Mexico² and the electricians who would light the cities.

While men's vocational schools trained skilled workers to re-build and modernize Mexico, women's vocational schools trained women, first, as mothers and homemakers. Women's vocational education did not treat its students as equal partners in the revolutionary process, rather, they were encouraged to find their fulfillment in the domestic sphere. Although both teacher-training and commercial schools enrolled women, the number of women's vocational schools indicate the predominance of this training. In 1924, there were eleven technical, commercial and vocational schools for men and women in the Mexico City area. Five of these were women's vocational schools.³ By 1928, in the Federal District, seven out of fourteen technical schools specialized in women's vocational education.⁴ Furthermore, enrollment in these schools increased consistently throughout much of the 1920s, indicating that women found vocational training useful.

This paper begins by examining the justifications for women's vocational education and discussing the courses in each institution. Next, we will enter classrooms to examine how students, teachers and administrators altered or enhanced SEP programmes to benefit their own agendas. For

1. Fell, C. (1989). *José Vasconcelos los años del águila*. México: UNAM. pp. 195-196.

2. Meneses Morales, E. (1983). *Tendencias educativas oficiales en México 1911-1934*. México: Editorial Porrúa. p. 381.

3. Secretaría de Educación Pública. (1928). *El esfuerzo educativo en México Tomo I*. México: Secretaría de Educación Pública. pp. 504-05.

4. *Ibid.*, pp. 512-13.

this end, I will present two case studies: one concerning the dissemination of birth control information and the other concerning cooking and dress-making classes. Penultimately, this paper will examine night schools aimed specifically at working women. Finally, we will turn to the students themselves. Who were they, what were their motivations for furthering their education and what became of them?

Reasons for Women's Vocational Education

In women's technical education, family members sought refuge from the outside world and learned morality in the home; the base of the home was the mother. 'Tan pronto como se logre imprimir una verdadera educación a la joven mujer se habrá echado las raíces en la regeneración social.'⁵ However, according to educators, women of the 1920s lacked the skills to create and manage a modern home, a home in which stain-removal followed principals of chemistry and meals were tailored to the nutritional needs of each family member. Vocational training filled the domestic lacuna which educators observed, showing women how to create an idealized domestic space and how to moralize their families. Women's education needed to be both practical and theoretical in order to prepare them for the arduous mission of directing a home.⁶ Thus, the primary intention of women's vocational education was creating mothers and household managers.

Additionally, the skills which women learned in vocational schools could provide an income supplement⁷ and give them an 'honourable' means to earn their daily bread. The SEP's concern with an 'honourable' living was a reaction to the perceived increase in the number of prostitutes in post-revolutionary Mexico City. The years of conflict had unleashed passions which the revolutionaries attempted to restrain in a cage of respectability. As the 'weaker sex,' women were always in great peril, under constant temptation and 'easily misled' by too-abundant scoundrels. To read SEP documents, one might believe that women teetered on the precipice of prostitution and dishonor with vocational training the only handhold to stop their plummet into the depths of shame. But, how realistic was the SEP's fear for women's morals? According to Bliss, 'anecdotal evidence suggests that sexual commerce at least became more visible as women solicited customers on the street instead of inside brothels'.⁸ Regardless of actual numbers of prostitutes, the perception of lurking dishonour was sufficient to motivate educational initiatives which would provide women with small crafts-making skills.

The stress in women's vocational education on domestic crafts and women's duties in the home contrasts sharply with the public activism of Mexico's women. Galván notes the 'combatividad' of women in the early twentieth century who had supported strikes and later joined political movements.⁹ During the Revolution, Galván finds ex-

5. Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública Departamento de Enseñanza Técnica, Industrial y Comercial (hereafter cited as AHSEP DETIC) box 68/folder 29/documents 13-14 Inspector's report 'Informe Relativo a los cuatro Centros de Educación Cultural Femeniles,' 24 Dec. 1923

6. AHSEP DETIC 74/15/8 'Folleto de la Escuela Hogar "Sor Juana Inés de la Cruz", w d w m 1926

7. AHSEP DETIC 68/34/6-9 Inspector night schools to Director DETIC, 26 July 1923.

8. Bliss, K. (28 Sept. 1994). 'All Alone in the City of Palaces.' (Paper presented at LASA), p. 20.

9. Galván, L.E. (1985). *La educación superior de la mujer*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Cuadernos de la Casa Chata 109 p. 28.

strain of fees, grants were available for full-time students of notorious poverty who had attained the minimum grade of 'muy bien' in their studies. In 1926, of the 50 scholarships available, 27 went to the *Escuela de Ingenieros Mecánicos y Electricistas* (a men's vocational school for skilled labour), 15 to commercial schools, one to the *Escuela Técnica de Constructores* (for construction site supervisors), four to women's vocational schools and two to technical schools in Europe.¹⁹ While women's schools outnumbered men's, at least in terms of grants the men's technical schools fared better than women's.

Although a wide range of activities tempted students in women's vocational schools, the 'product models and consumer values'²⁰ inspiring courses generally reflected the tastes of the well-to-do. For example, one women's technical school offered classes in painting porcelain and making decorated boxes.²¹ At the same school, sewing classes offered lingerie making as well as 'corte y confección de trajes de novia, teatro y soiré'.²² Nonetheless, the models which the SEP paraded as ideal, whether elite or popular, were not unilaterally accepted and particular curricula, like cooking, became the subject of debate, as discussed below.

Each of the technical schools under the DETIC required physical education classes for the student's overall well-being. According to the SEP, physical education played an essential role in the development of the complete person, providing health benefits and a wholesome form of amusement. Through physical education came the 'mejoramiento

to de la raza, tan degenerada hoy, por la falta casi absoluta de culture física, y además se pondrá a los alumnos en mejores condiciones para luchar en la vida y para obtener la mayor eficiencia en su trabajo'.²³ If schools succeeded in instilling exercise habits, employers were ensured of a healthy work force and minimal absenteeism. Moreover, women's physical educational also assured the nation of healthy salubrious mothers to bear future citizens.

These future mothers also needed to learn household skills. Classes in women's household labour, generally defined as 'trabajos manuales,' taught women skills for home life. *Trabajos manuales* encompassed everything from mending to ironing, budget management to childcare, skills which the SEP believed women needed to run a household. Through these courses, women would learn to create a beautiful home with little cost, 'uniendo la economía a la belleza para hacer el hogar atractivo'.²⁴ These courses professionalized the housewife and transformed her into a manager of the domestic economy. They also gave women the responsibility to make up for their man's low wages through creative budget management.

If a women desired to find employment, she received little support from the SEP, as the SEP did not concern itself with finding positions for its women students. Neither SEP vocational schools nor worker night schools for women attempted to place graduating students. For example, the *Escuela de Enseñanza Doméstica* offered courses for teachers of home economics. However, the *directora* noted

19. BSEP 5 (Feb. 1926), p. 114.

20. Vaughan, M.K. (1982) *The State, Education, and Social Class*. DeKalb: Northern Illinois University Press. p. 205.

21. AHSEP DETIC 74/19/11 Folleto de la Escuela de Arte Industrial 'Corregidora de Querétaro', para el año de 1927, w.d. Jan. 1927.

22. AHSEP DETIC 74/3/34 Programa de Corte y Confección de Vestidos

para las escuelas Técnicas, que fue aprobada en la Junta de Profesores verificado en la Escuela N. de Artes y Oficios para Señoritas, w.d. Feb. 1927.

23. BSEP 1 (Sept. 1922), p. 117.

24. AHSEP DETIC 74/15/19 pamphlet "Escuela Hogar Sor Juan Inés de la Cruz", w.d. w.m. 1926.

that students who completed the degree could not find suitable employment; none of the primary schools offered home economics and secondary schools preferred to hire teachers with more general knowledge.²⁵ There is no evidence that the SEP attempted to create a market for these women by including home economics in the primary education curricula. The SEP's report on vocational education during 1924-1928 provides further evidence that the SEP did not concern itself with women's employment. The report includes a section on employment for male graduates with no parallel section for female graduates.²⁶

Now let us turn to the various women's vocational schools in Mexico City. Vocational education was a crazy quilt of schools created in different periods and under various administrations. In 1922 in Mexico City the women's technical schools were the *Escuela de Arte Industrial 'La Corregidora de Querétaro'*, *Escuela Nacional de Enseñanza Doméstica* and *Escuela de Arte y Oficios para Señoritas*. That year, the SEP founded the *Escuela Hogar Gabriela Mistral*. The *Escuela Hogar Sor Juana Inés de la Cruz* was founded in 1923. Most of these schools offered both day and night courses.

The *Escuela de Artes y Oficios para Señoritas* (EAOs), founded in 1871, was the first public women's vocational school. It was located on 5 de febrero #90, in Mexico City's historic downtown area. Classes and specialization at the EAOs included hand or machine embroidery and lace-making; cooking, dessert and confection making; manufacture of children's clothing; hat making; flower arranging;

clothing design and hair dressing. Physical education classes were held in the ample terrace, covered to protect young women from direct sunshine. Once course fees were introduced, they varied according to the selection of subjects.²⁷ As the list of classes above is similar to those offered at other women's vocational schools, I will only mention courses which were unusual or unique.

Located on Santa María la Redonda and Primera de Mina, the *Escuela de Arte Industrial Corregidora de Querétaro*, named after the heroine of Mexican independence, was a two storied building with 45 rooms and two patios. Founded in 1910, the Querétaro School prepared single young ladies and housewives 'para conquistar su independencia económica'.²⁸ Courses were modernized in 1921 to include new workshops for perfume making, porcelain painting and photography. Students could earn extra money by doing work for individuals who contacted the school.²⁹ Anyone registered for the full-time course was required to take five hours per week of Spanish and arithmetic. Admission requirements included proof of completion of upper and lower primary school-six years in total. Thus, the students attending the Querétaro School had more basic education than their counterparts at the EAOs. In 1922, the school had an attendance of 1,603 day students and 827 night students, with 79 teachers for the day school and 17 for the night school.³⁰

The *Escuela de Enseñanza Doméstica*, founded in 1915, trained women to be housewives or domestic economy instructors whose teaching would

25. BSEP 2 (1923), p. 236.

26. Secretaría de Educación Pública. (1928). *El esfuerzo educativo en México Tomo I*. México: Secretaría de Educación Pública. Pp. 479-80.

27. AHSEP DETIC 74/3/13 pamphlet EAOs, w.d. w.m. 1926.

28. AHSEP DETIC 74/3/24 pamphlet 'Corregidora de Querétaro,' w.d. Jan. 1927.

29. FELL, C. (1989). José Vasconcelos los años del águila. México: UNAM. Pp. 96-97.

30. AHSEP DETIC 72/51/48 report from Director DETIC, 17 June 1922.

'transformar los hogares'.³¹ Located on the Calle de Aztecas #1, the school served the north and east areas of the city.³² The night school at *Enseñanza Doméstica* offered courses of shorter duration aimed specifically at servants.³³ In addition to courses similar to those taught at the EAOs, the *Escuela de Enseñanza Doméstica* provided classes in mothering. With no appropriate texts available, the teacher designed the course herself basing it on her own observations.³⁴ Topics included studying the baby and mother, dividing their experience into phases of development, explaining circulation and respiration, as well as reasons for crying and problems associated with breast feeding. Field trips away from school took students in the mothering classes to the public orphanage, *Casa de Cuna*, to practice 'el manejo de los niños, baño del niño y juego con los niños'.³⁵ Another possible major at *Enseñanza Doméstica* was 'housewifery'. Courses offered tips to future housewives on how to make an attractive home, which would 'retenga agradablemente a sus miembros,' on a small budget.³⁶ Students at *Enseñanza Doméstica* trained to be educated consumers, visiting orchards and fruit processing centres to learn how to select the best produce.³⁷

Named for the celebrated Chilean poet, the *Escuela Hogar para Señoritas Gabriela Mistral*, founded in 1922, offered women an education which

would not lead them into 'fracaso o a la disilusión'.³⁸ The school duplicated the mission of the *Escuela Nacional de Enseñanza Doméstica*, since one institution was not sufficient to meet the demands of parents.³⁹ The Mistral School was located on Sadi Carnot #63, where it served the working class areas of Guerrero, San Rafael, Santa María de la Ribera; the middle class neighbourhoods of Juárez and Roma and the towns of Popotla, Tacuba and Atzacapotzalco.⁴⁰ By 1923 it had moved to Peravillo 124.⁴¹ Gabriela Mistral (1889-1957), although an independent woman herself, promoted domestic lives for other women with the fervor of a missionary.⁴² At the Mistral school, students learned to be content with their lot and to run their homes rationally. They were also instilled with a sense of camaraderie for fellow students.⁴³ They learned that professional careers were not the only means for fulfillment; they could find fulfillment in other kinds of labour, particularly in work they could pursue from their homes.⁴⁴ The *Bulletin of the Pan American Union*, in 1924, commented that the girls were of 'the better classes' and 'not so long ago the parents of these girls would have thought it a disgrace to have their children do any manual work'. However, according to the SEP, in 1925 the majority of students came from the 'clase social más desvalida'.⁴⁵ Further evidence is necessary in order to reconcile these views.

31. AHSEP DETIC 68/70/16 Directora's 'Informe de la Exposición de los trabajos hechos durante el año escolar de 1923 en la Escuela N. de Enseñanza Doméstica,' 29 Nov. 1923

32. BSEP 1 (Mar. 1922), p. 244

33. BSEP 1 (Sept. 1922), p. 94

34. AHSEP DETIC 72/7/36 Directora to Director DETIC, 25 Aug. 1922

35. BSEP 5 (Feb. 1926), p. 125

36. AHSEP DETIC 68/70/17 Directora's 'Informe de la Exposición de Enseñanza Doméstica,' 29 Nov. 1923

37. BSEP 5 (Feb. 1926), p. 126

38. AHSEP DETIC 74/18/2 'Finalidades de la Escuela' Directora Chirón y

Gómez, 21 Nov. 1928

39. BSEP 1 (Mar. 1922), p. 240

40. BSEP 1 (Mar. 1922), p. 244

41. Secretaría de Educación Pública (1927) *Noticia Estadística 1925* México: Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. P. 174

42. Vaughan, M.K. (1982) *The State, Education, and Social Class* DeKalb Northern Illinois University Press. 207-08

43. AHSEP DETIC 72/4/1 school rules, Directora Pacheco, 22 July 1922

44. AHSEP DETIC 74/18/2-3 'Finalidades de la Escuela' Directora Chirón y Gómez, 21 Nov. 1928

45. BSEP 4 (Dec. 1925) 206 and BPAU 58 (June 1924), 581

The *Escuela Hogar Sor Juana Inés de la Cruz*, founded in 1923 and named for Mexico's most famous woman poet, also offered a major in 'housewifery.' The De la Cruz School was located on Sadi Carnot 63 (in the same building where the Mistral School had been) and probably served a similar student body to the Mistral School. Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695) was a poet who, 'in her plea for a single sexual standard and equal educational opportunity for men and women, prefigured the modern feminist movement in Mexico'.⁴⁶ The school which took her name trained women for service in the home and taught women to fulfill themselves through marriage and motherhood—neither of which were experienced by the nun Sor Juana. As part of the training for the degree in housewifery, students learned about the 'influencia de la mujer en el hogar,' 'selección de cuadros y adornos,' 'presupuestos diarios,' 'importancia de las plantas en el comedor,' 'lavado y planchado de camisas de hombre' and 'reglas generales para conducirse en la familia y fuera de ella'.⁴⁷ We notice that subjects ranged from practical questions of ironing to decorum and decoration. A contiguous kindergarten allowed the young women to practice their mothering skills on someone else's children.⁴⁸ The school closed briefly during 1927, both for economic reasons and because it was not filling 'la misión a que se había destinado.' But, in 1928, it was re-opened and enrolled a large group of single and married women who showed particular interest in domestic science courses.⁴⁹

Examining the women's vocational schools, we come to the conclusion that women were taught to find fulfillment in household activity and as mothers. While vocational schools offered skill training, the skills were intended for domestic use. Enrollment continued to rise in women's vocational schools until 1927-1928, when enrollment dropped because of fewer teachers and a smaller budget.⁵⁰ This rise in enrollment suggests that women found the vocational courses useful. In 1924 and 1925, there were about twice as many women as men enrolled in either technical or commercial training.⁵¹ Why did the SEP appear to give priority to women's technical education over men's? Soto explains that the SEP emphasized women's education over men's because men 'were more likely to learn trades outside of school'.⁵² However, the number of places in the technical schools available to men was insufficient. Perhaps the SEP initially invested in women's education because of the role women played moralizing the family. Additionally, the SEP may have been responding to women's demands for more educational opportunities. By 1928, there were almost twice as many vocational schools for women as for men in the Federal District.⁵³

Conditions in Women's Vocational Education

Now that we have examined the programmes, let us turn to the situation inside classrooms. At the vocational level of education, some classrooms were overcrowded and under-supplied. For example, the 30

46. Macías, A. (1982). *Against all Odds*. Westport and London: Greenwood Press. 4.

47. AHSEP DETIC 74/15/19-20 pamphlet 'Escuela Hogar "Sor Juana Inés de la Cruz,"' w.d. w.m. 1926.

48. AHSEP DETIC 74/15/6 pamphlet 'Sor Juana,' 1926.

49. Secretaría de Educación Pública (1928). *El esfuerzo educativo en México Tomo I*. México: Secretaría de Educación Pública. P. 485.

50. *Ibid.*, p. 473.

51. SEP 5 (Feb. 1926), p. 109.

52. Soto, S.A. (1990). *Emergence of the Modern Mexican Woman*. Denver: Arden Press. 100.

53. Secretaría de Educación Pública. (1928). *El esfuerzo educativo en México Tomo I*. México: Secretaría de Educación Pública. P. 473.

students in the Mistral School's class of clothing manufacture lacked sufficient tables and chairs to work simultaneously.⁵⁴ In a 1922 report on the cooking class, the *inspectora* noted close to 260 students in a space only equipped to accommodate 30. Even if the class had been small enough, the students still would not have been able to cook anything, as the stove was broken.⁵⁵ In a similar situation, the *bordado en máquina* class had only 30 sewing machines for 53 students.⁵⁶ The hat making class at the EAOS lacked a bookshelf, mirror and three irons and, finally, the sink was broken.⁵⁷ The EAOS also had problems with insufficient lighting for the clothing making class, which the *directora* was not taking pains to remedy.⁵⁸ The *directora* defended her school, saying that while most of the *inspectora*'s criticisms were accurate, they ignored the fact that everyone was making-do admirably. She ended her letter saying, 'la señora Macías Gutiérrez ve con ojos negros' the school's administration and that 'está equivocada al decir que "durante sus visitas ha observado", pues es la primera vez que visita estas clases'. While the relationship among SEP employees falls beyond the range of this paper, suffice to say that the above quotation is typical rather than exceptional.

Inside classrooms, teachers struggled with large numbers of students who had widely divergent levels of knowledge. Enrollment requirements notwithstanding, for some adults vocational education was their only experience of schooling. The problem was more pronounced in the night schools, which had lower admission requirements than day schools.

The *Excelsior*'s report on the exhibition which *Enseñanza Doméstica* staged vividly exemplifies the division between day and night schools:

*La exposición de sombreros, clase nocturna [...] fue interesantísima además de por la vanedad en la producción, en estilos económicos por la circunstancia de que todo aquellos es obra de gente humilde, mujeres trabajadoras que durante el día se ganan el pan en trabajos arduos y por la noche van perseverantemente a recibir sus clases, a aprender aquellas industrias femeninas que lenta pero seguramente, acaban por redimirlas. La exposición de clase diurna, también de sombreros [...] ofrecieron labor de más refinamiento y de más costo [...]*⁵⁹

Different staff further accentuated stratification between day and night schools. Day schools appeared to hire teachers with more experience and training, while night schools employed a lower caliber of teacher. It is also possible that night school teachers worked a full day before classes. Although the SEP consistently discouraged working multiple jobs, for poorly paid teachers it was often economic necessity.⁶⁰

Many night school students, too, arrived after a full day's work. For the students at the *Escuelas Nocturnas para Obreras*, night schools which I will discuss below, the afternoon and evening were not marked by rest or sustenance. After an insufficient meal at mid-day, they worked through the afternoon. In the evening, they arrived at school hungry and listless. *Inspectora* María Baños Contreras requested that the federal breakfast programme serve free snacks, so that students could have sustenance before starting their evening classes. The Breakfast Service approved her

54. AHSEP DETIC 68/20/2 Inspectora to Director DETIC, 24 Mar. 1922.

55. AHSEP DETIC 68/20/5 Inspectora to Director DETIC, 24 Mar. 1922.

56. AHSEP DETIC 68/21/7 Inspectora to Director DETIC, 16 Mar. 1923.

57. AHSEP DETIC 68/17/5 Inspectora to Director DETIC, 14 Mar. 1923.

58. AHSEP DETIC 68/13/3 Inspectora to Director DETIC, 27 July 1922.

59. BSF 2 (1924), p. 301.

60. AHSEP Departamento Escolar (hereafter cited as DE) 56/4/4 Director's Queretaro to Director DETIC, reprinted in Mancera to Jete DE, 17 Mar. 1924.

idea, and students presumably benefited from increased caloric intake.⁶¹ Inspector Abraham Arellanos noted at the *Centro Industrial* #2, for working women, that students of the 'clase humilde' were 'casi adormecido[s]'.⁶² Although he made no attempt to explain the students' listlessness, malnutrition could account for the symptoms. The attentiveness of one inspector likely improved the health and learning capacity of students, while the lack of perception of another may have aggravated what appears to have been malnutrition. In summary, it appears that in SEP night schools teachers, many of whom worked two jobs to survive, and students both struggled with exhaustion, which limited the quality of education.

Considering the differences between day and night schools, there might have been a *de facto* stratification of education in which the curriculum was altered to fit the perceived needs of different social classes. If, indeed, courses were tailored for the students' social class, then vocational education would have further reinforced existing differences rather than offering social mobility to students. Furthermore, students appeared to pay for their class materials. Students with fewer pecuniary resources would probably have worked with inferior supplies, while the better-off students would have been able to produce superior goods.

Case Study: Margaret Sanger's Pamphlet

We have examined the circumstantial problems which thwarted SEP educational efforts. Additional-

ly, teachers and students deliberately ignored SEP curricula or advice. Now we will investigate instances of teachers re-making SEP programmes for their own ends. The first case concerns morality breeches in civics class, while the second case treats cooking and dress-making classes. We must remember that the society which contained and created these vocational schools was in the midst of flux. By the early 1930s, education would be called 'socialist' and be a fundamental means of spreading the Revolution, particularly its anti-clerical elements,⁶³ but in the 1920s the SEP was closer to its Porfirian heritage. Until the mid-1920s, educators preferred single-sex education and into the 1930s many human biological functions, such as reproduction, were not considered appropriate for classroom discussion. Teachers needed to take care in their words and not invite revolutionary challenges to morals and mores into the discussion. Those teachers who expanded the curriculum to include dangerous themes faced censure from the SEP, from parents and public opinion, as the case study below demonstrates.

In 1922, the Mexico City press published rumours that the SEP was using Margaret Sanger's pamphlets in the public schools. Sanger (1879-1966) was an early contraceptive advocate from the United States. Although I have found one reference to a clinic of hers in Mexico City in 1925,⁶⁴ I have not found supporting evidence in Sanger biographies.⁶⁵ If such a clinic existed, it was probably established by her followers, like in the Yucatán.

61. ANSEP DETIC 68/31/3 Jefe DE to Directora Desayunos Escolares, 11 July 1924 and Jefe DE to Director DETIC, 24 July 1924.

62. ANSEP DETIC 68/35/21 Inspector to Director DETIC, 23 Aug. 1924.

63. See Raby, D.L. (1989). "Ideología y construcción del Estado". *Revista Mexicana de Sociología* 51: 317-18. Knight, A. (1994). "Popular Culture and the Revolutionary State". *Hispanic American Historical Review* 3: pp. 393-444.

64. Soto, S.A. (1979). *The Mexican Woman: A Study of her Participation in the Revolution*. Palo Alto: R & E Research Associates. P. 76.

65. Chesler, E. (1992). *Margaret Sanger and the Birth Control Movement in America*. New York: Simon & Schuster. Douglas, E.T. (1975). *Margaret Sanger: Pioneer of the Future*. Garrett Park, Maryland: Garrett Park Press. Sanger, M. (1938). *Margaret Sanger, an Autobiography*. New York: W.W. Norton & Co.

Yucatán's Governor, Felipe Carrillo Puerto, authorized the publication and distribution of a Spanish translation of Sanger's pamphlet 'Birth control, or the compass of the home'. He invited Sanger herself to the Yucatán to found clinics and, although unable to attend, she sent Mrs. Anne Kennedy, executive secretary of the National Council of the American Birth Control League, in her stead. As a result of Kennedy's visit, two clinics were founded in the Yucatán.⁶⁶

Reports in Mexico City periodicals claimed that SEP teachers were distributing a Sanger pamphlet. One article claimed that the pamphlet was routinely used in SEP girls' primary schools. SEP Undersecretary Francisco Figueroa, speaking to the newspaper *La Raza*, said that if the pamphlet was being used and if it was immoral, then the SEP would prohibit its circulation among schoolgirls.⁶⁷ While charges that the pamphlet was distributed among primary school children appear to be the product of wild imaginations and tabloid-style reporting, at least one women's vocational school probably used Sanger's work.

Through a newspaper article or perhaps parental complaints, the *Departamento de Enseñanza Técnica Industrial y Comercial* (DETIC) suspected that the Mistral School's civics classes utilized Sanger's pamphlet. On 8 August 1922, the DETIC ordered the *directora* of the Mistral School, Rosario Pacheco, to suspend civics classes and cease giving civics lectures at school assemblies.⁶⁸ The SEP appeared more interested in quelling damaging rumours than defending itself, its teachers or its schools from accusations of immoral instruction. Two days later,

Pacheco gathered staff and students to explain the suspension. The report produced at this meeting relates that, after hearing the allegations against them, the teachers vehemently protested their innocence. Condemning Sanger's pamphlet, they claimed they had nothing to do with it. Afterwards, they re-affirmed their goal of creating moral and virtuous women who would sustain the domestic sphere.⁶⁹ Over 270 teachers and students signed the report.

In addition, the teachers protested the suspension of the morals and civics classes to the SEP. In a letter filled with innuendo, which makes no mention of Sanger's pamphlet, the teachers described their work. For them, the civics course provided a forum from which they struggled against their students' ignorance. This ignorance was the primary cause of 'errores y vicios de nuestro medio.' While it was not the teachers' role to expose young women to matters distant from their lives, the teachers felt it was their duty to answer students queries honestly.⁷⁰ The teachers' defense appears carefully worded to allude to the Sanger controversy, without providing evidence of misconduct. Because of their reluctance to provide specific examples of 'teaching from daily experience', I suspect that the teachers at the Mistral School were using Sanger's pamphlet. Among the signatories of this missive was Miss Dolores Castillo.

Although civics classes resumed a week after the suspension, the matter was far from concluded.⁷¹ While submitting to pressure from teachers and students, the DETIC was still concerned. To make fur-

66. Macías, A. (1982) *Against all Odds*. Westport and London: Greenwood Press. 92-93. JOSEPH, G. M. (1982) *Revolution from Without*. Cambridge: Cambridge University Press. P. 216.

67. *La Raza* 30 July 1922.

68. AHSEP DETIC 72/7/2 Massieu to Director Mistral, 8 Aug. 1922.

69. AHSEP DETIC 72/7/4 meeting report, 10 Aug. 1922.

70. AHSEP DETIC 72/7/17 teachers at Mistral school without addressee, 10 Aug. 1922.

71. AHSEP DETIC 72/7/19 Massieu to Director Mistral, 14 Aug. 1922.

ther inquiries, the DETIC assigned inspector Juan León to the matter.⁷² Since León devoted most of his attention to Castillo, it appears that he suspected her before beginning the investigation. However, León never states that Castillo is his primary target and his objective report fails to convey his own opinion on the investigation.

After observing her teach, León noted that Castillo

*[...] dijo, entre otras cosas, que hasta ahora el hombre se ha impuesto la carga del Gobierno de la sociedad; pero que a la mujer le corresponde tomar participación en esa ardua labor para lo cual cuenta con infinidad de recursos en el hogar, como esposa, hija, hermana o madre. Que a nadie se oculta el nuevo movimiento que la mujer está llevando a cabo para defender sus legítimos derechos, y que tiempo vendrán que igual al hombre, podrá ocupar los mismos cargos que aquél.*⁷³

León found nothing scandalous in Castillo's summation of the situation of women in Mexico and the call for women's political action. Castillo tempered her analysis by using women's roles in the family and home as the rationale for their political role. While she envisioned full equality between men and women, that day had not yet come. When León returned to observe Castillo on a later date, she told her students why he was there 'agregando que en su clase siempre se habían tratado asuntos dentro de la moral más pura, y que nunca se había dicho nada de lo que aseguraban algunos diarios de la Capital.' Judging from Castillo's comments to her students, she was named in news articles as a corrupter of morals.

Classroom observations failed to produce traces of the notorious pamphlet, so *Directora* Pacheco arranged for León to interview Castillo's current and former students. Pacheco also recalled that some

of Castillo's students had requested transfers to other civics classes because their teacher 'daba enseñanzas inmorales y que su confesor... les había prohibido que volvieran a la Escuela'. One student recalled that Castillo, after discussing women's emancipation, espoused that 'era preferible que la mujer se divorciara tres veces a que soportara las humillaciones del esposo'. One of the former civics students reported that Castillo taught inappropriate materials, including 'cosas íntimas que... les daba pena repetir'. Although embarrassed to mention the unmentionable to a SEP inspector, this student told her mother, who forbid her to return to school. Gossip also circulated that Castillo had endorsed married couples having only two children and, according to rumours, Castillo promised to tell her students how to avoid pregnancy.⁷⁴ But the rumours had no one to substantiate them; for all León's investigations, he was not able to find one witness to charge Castillo with using Sanger's pamphlet.

Castillo's fate as a teacher in a federal school remains murky. However, no records indicate that Castillo was fired. In this circumstance, the DETIC attempted to placate everyone, from the voracious local press to anguished teachers and outraged parents. If Castillo was forced to resign, she could have served as a warning to the other civics teachers, who may have been using similar materials. Because the Mistral School was founded less than a year before the situation arose, it may have been freer from constraints created by longevity of staff and school history.

After receiving León's report on the Mistral School, the SEP made inquiries at other women's

72. AHSEP DETIC 72/7121 Secretary of Director DETIC to León, 19 Aug. 1922.

73. AHSEP DETIC 68/11/1 León to Director DETIC, 22 Aug. 1922.

74. AHSEP DETIC 68/11/1-4 León to Director DETIC, 22 Aug. 1922.

vocational schools concerning the Sanger pamphlet. The other schools all denied any improprieties.⁷⁵ However, the press continued to allege inappropriate materials in the classrooms and this tempest lasted for several more months. Throughout September and into October 1922 the local press published related stories. The controversy grew to such an extreme that the SEP finally held a press conference at the Mistral School, hoping that the students could dampen journalistic enthusiasm themselves. Luis Massieu, director of the *Departamento de Enseñanza Técnica, Industrial y Comercial*, spoke about the shameful articles which had recently appeared and his faith in the students present.⁷⁶ The press conference may have succeeded, for the investigations and circulars making the rounds at a furious rate ceased.

In this instance, the SEP was still closely rooted in its conservative Porfirian origins and some distance away from the 1930s curricula which included sex education.⁷⁷ We also encounter a conflict between an institution and the individuals who composed it. While Vaughan concentrates on the conservative elements within the body of SEP teachers, those educated in Porfirian normal schools,⁷⁸ a new generation of teachers, formed by the Revolution, took their experiences and beliefs into the classrooms. Perhaps Castillo was among them. As noted above,

Macías finds that the majority of feminists in the 1920s were in fact primary school teachers.⁷⁹ It seems likely that some vocational teachers would also have been feminist. For example, Luz Vera, who became the *directora* of the Mistral School after Pacheco, was a prominent feminist⁸⁰ and Elena Torres, who directed the SEP's free breakfast programme, personally supported birth control so that, among other reasons, 'matrimonios pobres' could have the number of children they could educate.⁸¹

While this case may appear to be an isolated incident, teachers of both primary and vocational education committed acts which the SEP interpreted as breeches of morality. Circulars cautioned teachers not to teach illicit dances or sing the national anthem with bawdy lyrics. Teachers were also instructed not to use pornographic materials as reading matter.⁸²

Moreover, problems in the Mistral School's civics classes occurred within the context of a public discourse which increasingly treated health concerns. The situation was indeed dire following the Revolution because of war-related diseases, and in 1919, school children were plagued by syphilis.⁸³ Malnutrition also devastated the school-age population, prompting the educational authorities to create a free breakfast programme for students.⁸⁴ During Calles' presidency, vaccinations, medical clin-

75. AHSEP DETIC 72/7/26-31 Jefe DE to Director DETIC and Director DETIC to directors women's technical schools, 24 and 25 Aug. 1922.

76. AHSEP DETIC 72/7/49-50 Jefe DE without addressee, 6 Oct. 1922.

77. Monroy Huitrón, G. (1985). *Política educativa de la Revolución (1910-1940)*. México: Secretaría de Educación Pública. Pp. 38-39.

78. Vaughan, M.K. (1982). *The State, Education, and Social Class*. DeKalb Northern Illinois University Press. P. 204.

79. Macías, A. (1982). *Against all Odds*. Westport: Greenwood Press. Pp. 104-05.

80. *Ibid.*, p. 106. Soto, S.A. (1990). *Emergence of the Modern Mexican Woman*. Denver: Arden Press. P. 105. Galván, L.E. (1985). *La educa-*

ción superior de la mujer. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social Cuadernos de la Casa Chata 109. P. 32.

81. Universidad Iberoamericana, Archivo Elena Torres folder 51, letter by Torres Mar. 1925.

82. AHSEP DE 39/17/53 and 61 Morales to teachers, inspectors etc. 18 Feb. 1921 and 14 Mar. 1921.

83. Gruening, E. (1928). *Mexico and its Heritage*. New York: The Century Co. P. 543, taken from Bulnes, F. (1920). *El verdadero Díaz y la revolución*. México: n.p. pp. 422-23.

84. BPAU 56 (Dec. 1922), pp. 565-66.

ics for children and expectant mothers, radio broadcasts of health care information and rural mobile health workers were all part of the national health campaign.⁸⁵ In Mérida, the birth control clinics founded under Carrillo Puerto, mentioned above, in partnership with the American Birth Control League, appear to have given prostitutes contraceptive information. According to Macías, Carrillo Puerto hoped the clinics would reduce high rates of venereal disease. However, as Macías points out, Sanger's birth control methods were not possible for poor women, who, for example, could not afford the required douches and syringes.⁸⁶ As Stepan mentions, by the 1920s, eugenics had been incorporated into Mexican medico-social debates. The *Sociedad Mexicana de Puericultura* had a eugenics section, which, by 1929, included discussion of birth control and sex education.⁸⁷ Thus, Castillo's actions were not isolated from the rest of society, but rather took place on the fringe of the public discourse regarding sexual health and hygiene and, in some cases, prefigured future debates.

Cooking up Scandal

While the Sanger case examines a teacher who was more revolutionary than the SEP, in other cases the SEP encouraged teachers to leave behind their old methods and curriculum. This next case study arises because the SEP tried to force the cultural nationalism of the Revolution on unwilling teachers. The controversy surrounding women's cooking courses shows how reforms from above were resisted by well-entrenched teachers and became part of a debate about the place of nationalism and culture in vocational education.

José Vasconcelos, Minister of Public Education under Obregón, began criticism of the cooking cur-

ricula. In April 1923 he depreciated the curricula because it was dominated by European foods and designed to teach 'lo que pomposamente se llama alta cocina'.⁸⁸ Instead, he called for simple Mexican foods suitable for daily meals. Teachers resisted attempts by Vasconcelos and the SEP to invade their kitchens and jettison complicated foods. Instead, they justified their curricula, saying that students would later seek employment in exclusive Mexican kitchens and needed the skills to make European high cuisine. While their argument may have contained some truth, teachers probably preferred preparing foreign dishes, which showed off their skill level.

Vasconcelos quibbled with the teachers' justification for their curricula, expressing doubts that cooking students would ever attain the skill level necessary to satisfy discerning taste or find employment within renowned kitchens. He condemned the teachers' European orientation, calling it 'el hábito de imitar a las clases ricas de una manera servil'. According to Vasconcelos, vocational schools needed to cater to the needs of the general population, teaching students how to make nutritious, low-cost meals for a family. He also complained that students could not even cook in large quantities, so that the SEP had to hire outside caterers for its events instead of hiring the student cooks. The pandemic invasion of U.S. dessert styles further aggravated Vasconcelos; he was determined to detain the en-

85. Soto, S.A. (1990). *Emergence of the Modern Mexican Woman*. Denver: Arden Press. P. 101.

86. Macías, A. (1982). *Against all Odds*. Westport and London: Greenwood Press. P. 93.

87. Stepan, N.L. (1991). *Race, Gender, and Nation in Latin America*. Ithaca and London: Cornell University Press. P. 56.

88. AHSEP DETIC 68/18/1 Vasconcelos to directors, teachers and students of women's technical schools, 8 Apr. 1923.

croaching armies of 'cakes' with an army of his own. For this end, he appointed two inspectors to revive the dying art of Mexican desserts. Vasconcelos wanted cuisine taught in the vocational schools to be a bastion of nationalism and a source of Mexican pride.

Vasconcelos' opinions were unpopular with inspectors and teachers of cooking alike. A few months after his decree, the *Inspectora de Cocina y Repostería* requested permission to teach more elaborate dishes. She worried that exhibitions of the students' cooking would disappoint the crowds waiting to be delighted and astonished by extraordinary dishes. Exposition audiences would not queue up for food which they could cook themselves, she argued. She downplayed her own preferences, portraying herself as the mouthpiece of public, teacher and student demands.⁸⁹ Luis Mas-sieu, director of the DETIC, refused her petition and referred her to Vasconcelos' April circular.⁹⁰ While circulars shuttled around administrative offices, cooking classes continued on a steady diet of European food. For the month of May 1923, for example, a second year class heard about the 'historia de helados.' That spring, the women learned to make sherbert, ice cream, canapés and a ham mousse.⁹¹ However, the teachers may have eventually compromised, for the public exhibition of students' work in the spring of 1924 included 'culinary exhibits [which] stressed Mexican and other dishes'.⁹²

The questions over cooking curricula were only some of the ingredients in the debate. The larger and potentially divisive issue was which models, ideals or norms to teach students. In technical education, there was no consistent SEP policy guiding models: should they come from Mexico or beyond the borders? While affecting a nationalistic stance about cooking and drawing courses,⁹³ Vasconcelos still offered the masses Cervantes and translations of Goethe.⁹⁴ The SEP under Vasconcelos staged student performances modeled on classical Greek theatre. These open-air events were intended to awaken sublime sentiments in the people and validate Mexican popular music.⁹⁵ Nonetheless, during one section of the performance, students were adorned in ivy garlands and clad in togas while in the next section students performed a typical Mayan dance.⁹⁶

Even though Vasconcelos' SEP claimed to give preference to national themes in art and music, resolving the question of models in vocational education depended on who was asking and when.⁹⁷ In a larger context, the use of Mexican models was part of the cultural nationalism which emerged from the Revolution. José Vasconcelos, promoter of Mexican cultural nationalism in popular art and cooking curricula, was a europhile in literature and fashion. I will discuss next how his contempt for aping the elite did not extend to women's apparel. One is left wondering if his inconsistently applied

89. AHSEP DETIC 68/18/9-10 Inspectora to Director DETIC, 22 Sept. 1923.

90. AHSEP DETIC 68/18/11 Jefe DE to Director DETIC, 10 Oct. 1923.

91. AHSEP DETIC 68/19/20 Segundo Trimestre Temas Teóricos y Prácticos para las Clases de Cocina y Repostería 2o año de noche, w.d. May 1923.

92. BPAU 58 (June 1924), p. 578.

93. Fell, C. (1989) *José Vasconcelos los años del águila*. México: UNAM. Pp. 434-45.

94. Bravo Ugarte, J. (1966) *La Educación en México*. México: Editorial Jus. P. 157.

95. Fell, C. (1989) *José Vasconcelos: los años del águila*. México: UNAM. P. 416.

96. BSEP 1 (Sept. 1922), 208 and 214. See also Meneses Morales, E. (1983) *Tendencias educativas oficiales en México 1911-1934*. México: Editorial Porrúa. P. 343.

97. Fell, C. (1989) *José Vasconcelos los años del águila*. México: UNAM. P. 417.

nationalism was a reflection of personal taste rather than personal convictions. Perhaps Vasconcelos enjoyed his *mole poblano* but preferred women in Parisian fashion instead of *rebozos* and braids.

Just as Vasconcelos appointed special inspectors for desserts, he also appointed inspectors for dress-making courses. For cooking classes he had wanted the students to learn simple Mexican dishes, while in clothing manufacture he wanted students to mimic the styles of high fashion. Consultants to teachers and students both, fashion inspectors were on their guard against any signs of bad taste. They were chosen because their contact with high society had given them 'hábitos de refinamiento.' These style consultants would demonstrate to the students that 'bastan pobres elementos para lograr el buen parecer, con tal que se les arregle con modestia y verdad'.⁹⁸ Instead of looking for forms of dress which would appeal to vocational school students, fit into their budgets and reflect their own tastes, Vasconcelos tried to fashion the SEP's students into cheap copies of the elite. Thus, he promoted European styles and discouraged domestic forms of dress, while for the cooking curricula he endorsed the opposite.

Vasconcelos and his inspectors frowned on frippery and agreed that good taste was fundamental. The *Inspectora de Estilo* praised the hat-making teacher at the Querétaro School for her refined taste. Her hats ' [...] parecen a la altura de cualquier casa de modas elegantes por el muy buen criterio que tiene en mezclar sus colores y telas'.⁹⁹ The report continued, criticizing another teacher because her hats lacked any vestiges of style whatsoever. In the clothing making class, the *inspectora* found Miss MacGregor's students produced clothing without merit or taste and 'los trajes que salen de allí tienen un sello de haber sido hechos en casa'. The rest of

her report was a censorious litany of which teachers had taste and which did not. She then mused that taste was difficult to improve:

[...] todas las jóvenes (como dice el licenciado Vasconcelos) quieren vestirse de una manera inpropia de su condición, prefiriendo los colores vivos y las hechuras complicadas, aparentando un lujo que no pueden tener; creo que este defecto se corregirá a fuerza de constancia, presentándoles ejemplos que demuestran que el buen gusto es compatible con la sencillez y que deben fijarse en que sus vestidos sean elegantes, sobrios y hechos de telas que resistan el uso diario.

While the students wanted to dress in lush colours and complicated designs, the *inspectora's* disdainful and haughty remarks imply that students should dress within boundaries determined by their social station. Since the *inspectora* personally was blessed with good taste, she would counsel the students and teachers. She may have even believed that she was a missionary of sorts, preaching the gospel of elegance to the badly-dressed masses.

Night Schools for Working Women

The previous sections have concentrated on the situation of vocational classes in day schools. Now it is time to turn to the evening classes which were intended for women already in the labour force. Working women had multiple options for night school education. The vocational schools mentioned offered night classes; additionally, there were separate night schools aimed at women and girls older than 12 which taught primary education and craft

98. AHSEP DETIC 68/18/2 Vasconcelos to directors, teachers and students in vocational schools, 8 Apr. 1923.

99. AHSEP DETIC 68/16/10-11 Inspectora to Director DETIC, 21 Apr. 1923.

skills.¹⁰⁰ Worker night schools for women numbered ten in 1923.¹⁰¹ Conditions in these night schools were far worse than those in vocational schools, probably partially due to the fact that the schools did not charge fees. However, a more flexible curriculum allowed schools to respond quickly to the needs of students, who helped direct their own education. Moreover, students earned money on the products they made.¹⁰²

Located mostly in the centre of the city and just north of the Zócalo, there were also worker night schools in the Colonias Guerrero, San Rafael, Morelos and Juárez. Women's worker night schools were divided between the *Centros Industriales Nocturnos* (four) and the *Escuelas Nocturnas para Obreras*. The *Centros Nocturnos* were opened in 1923 to give basic education and technical skills to women workers, allowing them to earn an independent living. Extremely successful, the centres, which were inadequately housed (one even lacked electricity), uncomfortable and under-supplied, soon had no space left for new students and had to turn hopefuls away. Although called 'industrial', courses were similar to those offered in women's vocational schools, teaching small scale crafts such as soap-making, umbrella making and bookbinding, as well as typing.¹⁰³ Unfortunately, I do not have attendance figures for the worker night schools. In 1923 *Centros Industriales* #1-4 had the capacity for 300, 600, 700 and 900 students, respectively.¹⁰⁴

Numbers enrolled were 530, 730, 766 and 750, respectively.¹⁰⁵ Thus, three of the centres were probably overcrowded.

Consuelo Rafols, *inspectora* of women's night schools, distinguished between the students at the *Centros Industriales* and the *Escuelas Nocturnas*. She described the students at the *Escuelas Nocturnas* as 'un elemento más humilde, tales como sirvientas y operarias, se lucha con la torpeza manual de gente que ha desempeñado trabajos rudos durante el día y además sumamente pobre que sólo puede hacer gastos muy pequeños'.¹⁰⁶ According to inspector Arellanos, who noted again and again the students' enthusiasm for learning, the students at the *Centros Industriales* were servants and working class.¹⁰⁷ While obviously within the categories 'servant' or 'worker' there are many sub-divisions, the inspectors did not elaborate further. Since the two inspectors held different opinions, I will consider the students of both types of schools to be a mixture of women, including industrial workers, servants, seamstresses and perhaps some office workers.

In 1923, the curriculum at the *Escuelas Nocturnas para Obreras* expanded to include small scale industrial training. According to DETIC plans, the *directoras* of the night schools would design technical courses addressing students' needs and interests.¹⁰⁸ *Directoras* had license to use their own initiative to cater to their students. Nonetheless,

100. Secretaría de Educación Pública. (1928). *El esfuerzo educativo en México Tomo I*. México: Secretaría de Educación Pública. P. 180.

101. AHSEP DETIC 72/18/5 lista de las escuelas nocturnas, 12 Apr. 1923.

102. Meneses Morales, E. (1983). *Tendencias educativas oficiales en México 1911-1934*. México: Editorial Porrúa. P. 382.

103. Fell, C. (1989). *José Vasconcelos los años del águila*. México: UNAM. P. 202 and footnote 305.

104. AHSEP DE 63/5/28 'Número de alumnos que según...' Mancera, 26 Feb. 1923.

105. Fell, C. (1989). *José Vasconcelos los años del águila*. México: UNAM. P. 202, footnote 305.

106. AHSEP DETIC 68/32/19 Inspectora to Director DETIC, 22 Dec. 1923.

107. AHSEP DETIC 68/29/5 Inspector to Director DETIC, 26 July 1923.

108. AHSEP DETIC 68/37/40 Informe Año de 1923 Escuelas Nocturnas para Obreras, w.d. Dec. 1923.

since schools depended on the *directora* to design the curriculum, schools without energetic leadership could languish. Furthermore, technical instruction in the *Escuelas Nocturnas* depended on the facilities and teachers available. For example, sewing classes could not occur unless the school had the necessary equipment and a qualified teacher. Moreover, students had heterogeneous backgrounds and skill levels.¹⁰⁹ Thus, teachers had to devise one class for myriad levels of knowledge or plan several smaller classes.

Although Inspector Arellanos believed women's night schools generally to be more successful than men's, he criticized women's night schools on a variety of counts. Hygiene talks wasted time, since most students lived in situations of squalor which could only be improved by better economic circumstances. Moreover, the training women received did not provide them with the means to earn an independent living or be household-heads. Still, Arellanos believed that the crafts-making skills would help women improve their homes and families both 'morally' and 'economically'.¹¹⁰ *Inspector* Rafols offered more praise for women's night schools, saying they responded to 'la necesidad de dar a las obreras mejor medios de vida, abriendo un campo de acción más grande y darles iniciativa industrial y comercial sin perder femineidad, inspirándoles amor y cuidados por su hogar'.¹¹¹

Conditions in women's night schools were greatly inferior to those in day vocational schools. The SEP had to use and re-use all the resources available to it, which meant that most buildings housed

multiple activities. Altercations arose because day school directors felt possessive towards the building and resented the night tenants as interlopers. Fortunate night schools could utilize all the available space, but if the director of the day school had some sort of grudge against the SEP or territorial conflict with the night school, sections of the school would be kept locked and dark in the evenings. In an extreme case, night school students were not even permitted access to the toilets.¹¹²

Buildings which housed multiple night time activities had even more problems. One women's night school shared a building with an co-ed *orfeón popular*. The choral society used the facility's central rooms and the women's night school used the rooms around the periphery of the singing workers. Certain unmentioned improprieties occurred because of the mixing of men and women in this situation and the inspector requested that the *orfeón* find another place to practice.¹¹³ Conflicts with choral societies were frequent enough that when peace reigned between a night school and a choral society inspector Contreras noted it.¹¹⁴ These conflicts were not based on gender; in men's night schools, as well, *orfeones populares* were magnets for trouble.¹¹⁵

The aforementioned choral society, for the 'clase humilde,' functioned under the SEP's *Departamento de Bellas Artes y Cultura Estética*. In theory, singing 'canciones populares' lifted these singers and their families to a superior cultural level and the workers learned to entertain family gatherings with 'typi-

109. AHSEP DETIC 68/30/12 Inspector to Director Departamento de Enseñanza Primaria y Normal (hereafter cited as DEPN), 9 Mar. 1923.

110. AHSEP DETIC 68/29/5 Inspector to Director DETIC, 26 July 1923.

111. AHSEP DETIC 68/32/4 Inspector to Director DETIC, 14 May 1923.

112. AHSEP DETIC 68/30/18 Inspector to Director DEPN, 9 Mar. 1923.

113. AHSEP DETIC 68/29/7 Inspector to Director DETIC, 26 Sept. 1923.

114. AHSEP DETIC 68/30/7 Inspector to Director DEPN, 8 Feb. 1923.

115. AHSEP DETIC 68/30/17 Inspector to Director DEPN, 9 Mar. 1923.

cal' music.¹¹⁶ *Orfeones* may have been intended to bring culture to the 'cultureless,' but instead became an excuse for socializing between men and women. Referring to these choral societies, our trusted inspector Arellanos commented that

[...] gozan los alumnos de una completa libertad, que lleva a un desorden completo, unos permanecen en saguán (sic), otros en las puertas y por último se pasan buen tiempo bailando y platicando en grupitos o por parejas, y de cuando en cuando organizan fiestecitas como tamaladas, así es que prefieren el desorden y las pláticas entre compañeros y compañeras, que asistir a las Escuelas de un solo sexo donde van a estudiar y a aprender algo útil.¹¹⁷

From Arellanos' comments, it becomes clear that disturbances between the *orfeones populares* and night schools occurred in part because of lack of discipline and in part because of conflicting goals.

Night school students created their own disturbances, as well, and day school staff had reason to worry about what they would find in the morning. At the *Escuela Nocturna* #67, students arrived to find no authority figure present and some of the women vandalized the school.¹¹⁸ At the *Escuela para Obreras* #9 four students destroyed the day school's vegetable garden.¹¹⁹ Although in both of the above cases students caused the damage, they had no financial responsibility for their actions. The night school staff was responsible for pecuniary damages inflicted by their students.¹²⁰

Administrators faced another struggle enforcing regular attendance, which suffered because of a range of factors. Multiple educational offerings in the same neighborhoods competed with each other for students. For example, students from the *Escuela Nocturna para Obreras* #12 preferred to attend classes at the Mistral School.¹²¹ Additionally, outside events and entertainment lowered attendance. In one instance, inspector Arellanos blamed lowered attendance at a men's night school on the *Congreso Eucarístico*, a 'carpa de Variedades' and the local cinema.¹²² Weather also deterred students; during the wet season strong rains and transportation difficulties reduced class size.¹²³ Dangerous streets threatened night school students. In the neighbourhood of the *Escuela Nocturna* #26 'el rumbo es malo y convendría poner un gendarme en la puerta para evitar el continuo asedio en que tiene a las alumnas la mala gente del barrio'.¹²⁴ Students, families and administration perceived that street dangers were greater for women than for men and, thus, rough neighbourhoods hurt women's night schools more than men's. Finally, the internal atmosphere of the school attracted or repelled students. At the *Centro Industrial Nocturna* #4, attendance diminished because an *orfeón popular* shared the hallways with the women's night school, and the women's families were concerned about immoral influences.¹²⁵

While attendance figures moved up and down with the seasons, tardiness disrupted classes constantly. Students, teachers and even directors ar-

116. BSEP 2 (1923), 414-17.

117. AHSEP DETIC 68/34/14 Inspector to Director DETIC, 5 Sept. 1923.

118. AHSEP DETIC 68/37/16 Director DEPN to Director DETIC, 2 June 1923.

119. AHSEP DETIC 68/31/1 Inspector to Director DETIC, 18 June 1924.

120. AHSEP DETIC 68/31/2 Director DETIC to Inspector, 3 July 1924.

121. AHSEP DETIC 68/37/41 Informe Año de 1923 Escuelas Nocturnas para Obreras, Dec. 1923.

nas para Obreras, Dec. 1923.

122. AHSEP DETIC 68/35/24 Inspector to Director DETIC, 1 Nov. 1924.

123. AHSEP DETIC 68/35/14 Inspector to Director DETIC, 17 May 1923.

124. AHSEP DETIC 68/32/3 Inspector to Director DETIC, 13 May 1923.

125. AHSEP DETIC 72/41/1 Director to Jefe de, 19 July 1925.

rived hours after classes should have begun. Once inside the crowded building, students would slowly meander to their classroom through the hubbub of fellow students. Dogs and cats roamed halls; students stopped to greet each other, mingling and exchanging laughs with friends as they went. It would appear that for many students education was the last reason they attended night school classes.

And what of the students?

Now we turn to just that question, why did students attend vocational schools? Who attended day and night school? What can we know of these women? SEP statistical surveys offer some clues. Generally, 14 years old was the minimum age for enrollment in technical education. In 1926, most women enrolled in vocational schools were between the ages of 14-20. A SEP survey from 1926 indicates that the bulk of women in vocational schools, both day and night schools, enrolled for individual courses.¹²⁶ Furthermore, the high pass rate (91 percent in 1926) indicates that almost all women mastered their training.¹²⁷ Thus, most women pursuing vocational education were between 14 and 20, preferred classes in a particular skill, rather than a degree programme, and finished their classes at mastery level.

While early SEP reports note that women's vocational education was in high demand among the 'middle class' and the 'poor',¹²⁸ we must further distinguish between women enrolled in day and night courses. Day school students probably came

from families which were able and willing to support an unemployed adult member. These families valued education and were able to invest in their daughter's future. As I mentioned above, it was parents whose demand led to the founding of the Mistral School. Day vocational education, particularly for those women who enrolled in a degree course, could be construed as a finishing school experience; students refined their taste and learned to run a household. However, women in degree courses were a minority.

In contrast, night schools were specifically designed for working women. Night school students were women of 'modesta posición',¹²⁹ who worked in factories, offices, as servants and as homemakers. Many of these students worked a full day and then mustered their remaining energy for night learning. They sought 'increased knowledge, increased incomes, and increased pleasures'.¹³⁰ Their commitment to a double day indicates how much these women valued education and suggests that their training offered concrete possibilities for improving their situation. While night school students learned skills similar to their day school counterparts, their financial circumstances makes it more likely that they would have used their skills to earn an income.

Women who attended day school and women who attended night schools both used vocational training for their own ends. They did not feel an obligation to finish their courses, rather, they wanted immediate utility from their education. Selecting courses, students preferred those with practical

126. Secretaría de Educación Pública. (1928). *Noticia Estadística...* 1926. México: Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. Pp. 288-89.

127. *Ibid.*, pp. 282-83.

128. *Ibid.*, p. 197.

129. Secretaría de Educación Pública. (1928). *El esfuerzo educativo en México Tomo I*. México: Secretaría de Educación Pública. 343.

130. BRAU 58 (June 1924), p. 582.

value. One inspector said that students gave preference 'a los cursos que les proporcionan enseñanzas de aplicación inmediata utilitaria como son el de corte y confección, la cocina, postizos y peinados y las flores artificiales'.¹³¹

Moreover, as mentioned above, students in technical education attended courses to perfect a particular skill. Attaining their desired skill level, students left school; initially many students did not even sit for exams. The DETIC, in its report on student progress for 1923, minimized exams as a reliable indicator of student advancement.¹³² The report noted that low exam attendance did not mean that schools were failing, rather low exam attendance proved that technical schools were functioning properly. Vocational schools provided accessible and rapid skill improvement. Once students had attained their skill goal, they stopped attending classes. Thus, students did not benefit from the more general education and some of the adults, who desired only skill training, did not even know how to read.¹³³

Attendance figures further demonstrate that drop-out rates varied by school, suggesting that attendance depended on the staff and courses. For example, the Querétaro School only lost 33 students out of 1,081 in 1924 and a remarkable four out of 1,122 in 1925.¹³⁴ Meanwhile, in 1924, the EAOS enrolled 1,095 students and 547 left early. In 1925, 760 students enrolled in the EAOS night school and 367 dropped-out.¹³⁵

Statistics for 1926 suggest that the SEP had yet to solve its retention problem. Out of the thirteen

primary night schools total, the drop-out rates ranged from 17.55 percent to 71.28 percent. The overall drop-out rate was 42.42 percent. Of the 1,285 women who enrolled in primary night schools, 495 did not finish the year.¹³⁶

Once students enrolled, they influenced their education and adapted it to their needs. A high drop-out rate in particular courses and schools indicated students' preferences to the administration. Moreover, all students had the weapons of tardiness and absenteeism in their arsenal. Students could attend or not attend courses, arrive on time or late. While inspector Contreras held dull classes and unenthusiastic teachers to blame for problems of attendance and lack of punctiliousness,¹³⁷ students may have deliberately missed selected courses. In worker night schools, academic classes were usually first, followed by technical courses. Tardy students would miss part or all of the academic portion of their education, while arriving on time for skills training. Tardy students may have attended night school only for the technical training, but not the academic courses.

Students influenced which courses schools offered through official and *de facto* means; student enthusiasm or lack of interest helped shape the curricula. For example, students could tell their teachers or director which classes they wanted. A group of young women at the EAOS dropped their cooking class upon learning that chemistry was a requirement.¹³⁸ By telling the director what they valued, students helped ensure that appropriate

131. AHSEP DETIC 68/15/1 Inspector to Director DETIC, 7 Mar. 1923.

132. BSEP 2 (1924), pp. 111-12.

133. Fell, C. (1989). *José Vasconcelos: los años del águila*. México: UNAM. P. 203.

134. Secretaría de Educación Pública. (1927) *Noticia Estadística... 1925*. México: Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. Table L.

135. *Ibid.* Table LI.

136. Secretaría de Educación Pública. (1928) *Noticia Estadística... 1926*. México: Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. Pp. 101-04.

137. AHSEP DETIC 68/30/22 Inspector to Director DETIC, 9 Mar. 1923.

138. AHSEP DETIC 68/18/7 Inspector to Director DETIC, 13 May 1923.

courses would be available. But, as mentioned above, even if students never verbalized a preference, enrollment figures showed which courses students found most useful.

Thus far we know that students were mostly between 14 and 20 years old, although smaller numbers of women over 20 enrolled in vocational education.¹³⁹ Some students worked for a living, for example as office workers or domestic servants, while others were supported by their families. In general, students preferred individual courses which offered immediate utility and students did not feel obligated to finish their courses or take exams.

Once the students left vocational education, to what use did they put their training? It is difficult to know if vocational training improved job prospects or the economic situation of former students. As I mentioned before, at *Enseñanza Doméstica*, students who majored in home economics with hopes of teaching in primary schools soon discovered that there was no demand for their skills and the SEP made no effort to help them.¹⁴⁰ However, the high overall demand for night school training and the rise in enrollment in the day institutions indicate that the courses offered met students' needs and goals.¹⁴¹ At the time of the SEP's founding, the attendance at women's technical schools was already 'numerosa y asidua'.¹⁴² In 1923, one SEP official attributed the popularity of the *Centros Nocturnos* to women's new ideas of emancipation and desire for advancement. Without some sort of training they would not be able to act on their goals.¹⁴³ The *Bulletin of the Pan American Union* credits the *Cen-*

tros Nocturnos with giving servants skills which earned them luxury money, allowing them to attend the cinema for the first time. Other women changed their occupation to utilize their new skills, like bookbinding. Single mothers used their skills to earn money to support their children.¹⁴⁴ Of one thing we can be sure; women utilized their vocational training for their own goals. The students in the vocational schools, both day and night courses, were rational thinking women who selectively chose what they wanted to sample from the SEP's offerings.

Conclusion

As mentioned above, in the 1920s, women in Mexico City had increasing employment opportunities in areas such as teaching, nursing and office work. Nonetheless, while these opportunities existed, the most readily available type of education for adult women trained them for a traditional female role. Vocational education continued to offer women preparation for motherhood, the domestic sphere and small-scale crafts making. Rather than treating women as revolutionary equals or preparing women for their expanding role in society, the SEP continued to promote women's place as the home. Thus, the women of the Revolution were educated as their Porfirian predecessors had been, with courses in artisan work and housekeeping. As Inspector Arellanos noted, above, women's night school courses did not provide them with a means to earn an independent living nor were they prepared to

139. Secretaría de Educación Pública. (1928) *Noticia Estadística... 1926*. México: Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. PP. 288-89.

140. BSEP 2 (1923), 236-37.

141. Secretaría de Educación Pública. (1928). *El esfuerzo educativo en México Tomo I*. México: Secretaría de Educación Pública. 180 and 473.

See 504-05, annex 3 for complete enrollment statistics.

142. Fell, C. (1989). *José Vasconcelos los años del águila*. México: UNAM. P. 196.

143. *Ibid.*, p. 203.

144. BPAU 58 (June 1924), p. 582.

be household heads. Rather, courses trained women to provide a domestic haven for husband and children without challenging the role of the male as the primary wage earner.

Educating women of the Revolution, the SEP focused on their roles as mother and homemaker. But the students themselves took the vocational opportunities available to them, attended the courses they had chosen and dropped out when the education was no longer useful. Students also altered educational offerings; they preferred their own styles while

suffering the scrutiny of inspectors sent to enforce SEP models and norms. Moreover, teachers, like Dolores Castillo, changed SEP programmes. Although the SEP concentrated on educating mothers and homemakers, the women who took these classes thought about what they wanted from their education and then achieved the goals they had set for themselves. Regardless of the ideologies the SEP promoted, the steady increases in enrollment suggest that women found the vocational skills they learned useful for their lives.

Bibliography

Archival and Periodical Sources Cited.

Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública.

Mexico City.

Fondo Departamento Escolar.

Fondo Departamento de Enseñanza Técnica, Industrial y Comercial.

Boletín de la Secretaría de Educación Pública, 1922-1926.

The Bulletin of the Pan American Union, 1920-1926.

La Raza 30, July 1922.

BLISS, Katherine. (1994). "All Alone in the City of Palaces: Migration, Work and Prostitution in Mexico City, 1900-1940" (Paper presented at IASA).

BRAVO Ugarte, José. (1966). *La Educación en México*. México: Editorial Jus.

CHESLER, Ellen. (1992). *Margaret Sanger and the Birth Control Movement in America*. New York: Simon & Schuster.

DOUGLAS, Emily Taft. (1975). *Margaret Sanger: Pioneer of the Future*. Garrett Park, Maryland: Garrett Park Press.

FELL, Claude. (1989). *José Vasconcelos: los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

GALVAN, Luz Elena. (1985). *La educación superior de la mujer en México: 1876-1940*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social Cuadernos de la Casa Chata 109.

GRUENING, Ernest. (1928). *Mexico and its Heritage*. New York: The Century Co.

HANSON, Randall D. (1994). "The Day of Ideals: Catholic Social Action in the Age of the Mexican Revolution". PhD diss., Indiana University Bloomington.

JOSEPH, Gilbert M. (1982). *Revolution from Without Yucatan, Mexico and the United States 1880-1924*. Cambridge: Cambridge University Press.

KNIGHT, Alan. (1994). "Popular Culture and the Revolutionary State in Mexico, 1910-1940". In *Hispanic American Historical Review* 3: pp. 393-444.

LEAR, John Robert. (1993). "Workers, Vecinos and Citizens: the Revolution in Mexico City, 1909 - 1917". PhD diss., University of California Berkeley.

MACIAS, Anna. (1982). *Against all Odds The Feminist Movement in Mexico to 1940*. Westport and London: Greenwood Press.

MENESES Morales, Ernesto. (1983). *Tendencias educativas oficiales en México 1911-1934 la problemática de la educación mexicana durante la Revolución y los primeros lustros de la época posrevolucionaria*. México: Editorial Porrúa.

MONROY Huitrón, Guadalupe. (1985). *Política educativa de la Revolución (1910-1940)*. México: Secretaría de Educación Pública.

RABY, David L. (1989). "Ideología y construcción del Estado: la función política de la educación rural en México: 1921-1935". *Revista Mexicana de Sociología* 51. Pp. 305-20.

SANGER, Margaret. (1938). *Margaret Sanger, an Autobiography*. New York: W.W. Norton & Co.



Private Streetcars and Public Utopias:



*Urban Transportation and Chicago's City
Body in the Early Twentieth Century*

Georg Leidenberger
Universidad Autónoma Metropolitana/Azcapotzalco



When the electric streetcar made its debut in Chicago during the 1890s, it immediately assumed a central part in the city's physical expansion and politics. The trolley, as the electric streetcar came to be known, became the object onto which urban residents projected their hopes for and fears over the development of the city. Reformers were most preoccupied by the need to unite a city they felt to be both physically and politically fragmented, in their words, to uphold the notion of the city as body. The streetcar took on a central point within that conception: on the one hand, reformers feared it might further fragment city spaces along class lines; on the other hand, they hoped that by assuring mobility to all residents, it would help transcend new urban divisions. They envisioned the streetcar as the "artery" of the city body.

The ideal of the city body can also be applied to the city's political life, and here again the streetcar occupied center stage. In turn-of-the-century Chicago, as in most American cities, political debate revolved around how this vital public tool—then in private, corporate hands—ought to be regulated, and how private/corporate interests ought to be balanced with public ones. Political negotiations over public transportation forced a redefinition of the body politic. During the late 1890s, new social groups, particularly women and workers, entered political discussions for the first time. As a result, new understandings of shared public interests and legitimate political practices evolved. The challenge became whether to maintain a sense of cohesion of the political city body or accept its permanent divisions. In both a geographic/spatial sense and in a political sense, then, the streetcar formed the lifeline of the city body. Would it indeed become a vehicle for the public,

in terms of providing public mobility and of allowing for a formulation of the public interest? The answer by no means resided in technology alone: whether the streetcar would unite or fragment the city body depended on more than the rails it rode on, it depended on the nature of urban democracy.

This article charts the politics of urban transportation in Chicago during the first decade of the trolley's appearance, the 1890s. It analyzes the central place assumed by streetcars in defining urban reformers' hopes and fears over their city's development. Once the streetcar question entered the vortex of politics, however, a great variety of social groups voiced their views. Chicago's public sphere enlarged at precisely the moment when a redefinition of the public interest became imminent.

The same held true for the nation as a whole. By the 1890s, a new corporate economy, the possibility of violent class conflict and socialism, and a wave of new immigration all raised the specter of a deeply and permanently divided society. The progressive era, lasting from the mid-1890s to the end of World War I, derives its name from the faith of a new generation of reformers in the ability to overcome these threatening divisions. By the late 1900s, the corporation had become a permanent and dominant economic institution. The perceived power of monopolies over prices and access to markets, and the decline of family-owned businesses left a great unease among U.S. society. Anti-monopoly movements would embrace a broader cross-section of society than ever before, and provoke political efforts at accommodating and limiting new corporate power. Likewise, the specter of violent class conflict, most visible in major nation-wide strikes during the late

nineteenth century, challenged progressives to realize ways of alleviating class tensions. Finally, the nation appeared to fragment permanently along ethnic lines. So-called "new immigrants" from Eastern and Southern European countries (mainly the Baltic region, Poland, Russia, the Balkans and Southern Italy) arrived by the tens of thousands to new industrial centers like Chicago. Forming part of the progressive era's search for order, a central political question became how to integrate these new immigrants into American society.

Although progressives never formed a united response to these challenges, either in the form of a political party or clear reform program, they held certain basic approaches in common. They looked toward a strengthened government and a reform of the electoral process, they merged positivist faith in science and professionalism with Deweyan pragmatism and experimentalism, they redirected their energies from the individual to society, and they shared an optimism in the possibilities for such a societal and political renewal. In the case of the economy, for example, this meant that progressives would call for greater governmental control of corporations. For such a regulation to occur on a scientific or expert basis, however, required a reform of a political system perceived as corrupt and overly personalistic in nature. Above all, it necessitated an invigoration of the public interest.

U.S. historians have disagreed over the nature of this search for unity. The so-called social-control school, growing prominent during the late 1960s, saw the period dominated by a new professional elite, which in the name of its monopoly on superior knowledge, and operating within a strengthened state bureaucracy, created new, repressive and anti-democratic mechanisms of social control. These pro-

professionals imposed weak regulatory powers on corporations, either fought trade unionism or tolerated merely its most conservative wing, and favored coercive reforms as a means to "Americanize" new immigrants.¹ A more recent group of historians has challenged the social-control model, countering that the progressive era witnessed true possibilities for democratization of public life and politics. These scholars do not so much disagree with the overall outcome of the period—a search for order that by World War I took on increasingly repressive and anti-democratic means—but stress the contested nature of that drama, whose leitmotif concerned the meaning and strength of a newly formulated public interest in the face of powerful group-based, especially corporate, interests. While acknowledging the power of corporations and of new professional experts over public discourse, these scholars take the social broadening and intensity of public debate seriously. Who would define the public interest and speak for it, and who would specify the political mechanisms by which to determine that

interest were contests too complex and fluid to predict.²

Although the federal government increased in size and function during the period, the main political battles were still fought on the state and municipal level. Yet for a long time, U.S. historiography of the city has neglected the issue of power and has viewed the state in functional and non-ideological terms as a provider of services. To this school of urban historians the main question became what kind of urban governments proved best in providing services (of water, sewage, lighting, street paving, planning, transportation, etc.) to the residents of the booming metropolises. In this regard, some historians favored the boss/machine governments operating on a system of clientelism and patronage (most developed in the city of New York and rising to prominence in Chicago during the late 1910s and 1920s). Especially in the poor neighborhoods of recently arrived immigrants, ward bosses, like Chicago's Bathhouse Coughlin, set up neighborhood-based, feudal-like organizations that secured residents' votes in exchange for the provision of certain material and psychological needs. This way, newly arrived immigrants were quickly integrated into the political system, mainly as consumers of services provided by the boss and the urban government.³ Other urban historians argued that reformer-led governments proved more effective in equipping cities with good public services. These historians refer to the wave of urban reform energy that permeated progressive-era cities. Reformers publicly attacked the boss/machine system as an inefficient, personalistic and corrupt system and advocated instead city governments run by professional experts and elected not on the basis of party affiliation but of an issue-led agenda (non-partisanism). These reform movements stemmed largely

1. Robert H. Wiebe, *The Search for Order, 1877-1920*. Greenwood Press, 1967, 1980. Gabriel Kolko, *The Triumph of Conservatism: A Reinterpretation of American History, 1900-1916*. New York: Free Press of Glencoe, 1963. James Weinstein, *The Decline of Socialism in America, 1912-1925*. New York: Monthly Review Press, 1967. Samuel P. Hays, "Politics of Reform in Municipal Government in the Progressive Era", *Pacific Northwest Quarterly* 55 (1964: 157-69).

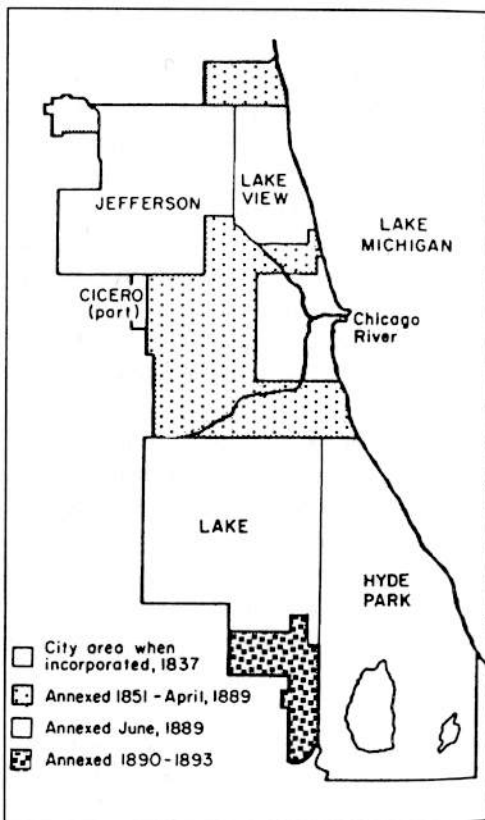
2. Richard L. McCormick, "Progressivism: A Contemporary Assessment", in *The Party Period and Public Policy: American Politics from the Age of Jackson to the Progressive Era*. New York: Oxford University Press, 1986. Daniel T. Rodgers, "In Search of Progressivism", *Reviews in American History* (1982: 113-32); Thomas R. Pegrem, *Partisans and Progressives: Private Interest and Public Policy in Illinois, 1870-1922*. Urbana: University of Illinois Press, 1992.

3. Zane L. Miller, "Boss Cox's Cincinnati" Bruce M. Stave and Sondra A. Stave, ed., *Urban Bosses, Machines, and Progressive Reformers*, rev. ed., Malabar, 1984. Allan F. Davis, "The Settlement Worker Versus the Ward Boss", in *Idem*. For the theoretical basis for the functionalist approach, see Robert K. Merton, "The Latent Functions of the Machine", in *Idem*.

from a new urban middle class of professionals, businessmen, and new civic organizations.⁴

Both of these approaches, however, adhere to a functionalist view of politics, where government is seen as a provider of services to citizen-consumers.⁵ In more recent years, urban history has returned to more fundamental questions about the nature of urban politics. A central focus, one this study shares, concerns the process by which the agenda of government is being formed and the social battles involved therein. That is, instead of asking how well government provided services and fulfilled people's needs, recent urban historians ask who (and under what social and institutional circumstances) got to define what role government would play in the regulation of society. The central issue running through the politics of the period relates to the negotiation of private versus public interests and how municipal government would represent that public interest. This study operates from this school's perspective and hopes to shed light on these questions by focusing on one central political debate in one highly important U.S. city.⁶

Map 1. Indicates rapid territorial expansion of Chicago from its founding in 1837 until 1893.



Urban Growth, Utopias and Disillusions

Chicago experienced an astonishing growth during the late nineteenth century. Located at the center of the country's booming railroad network, it shuffled grains, cattle and wood from the midwestern "heartland" to the east, only to return people and manufactured goods back to the west. The country's first department stores, specializing in

4. The classic contemporary denunciation of the political boss is Lincoln Steffens, "The Shame of the Cities", in *Stave and Stave*. For a favorable view of the urban reformer, see Melvin G. Holli, *Reform in Detroit: Hazen S. Pingree and Urban Politics*. New York, 1969.

5. For a critique of functionalism in urban history, see Terrence J. McDonald, "The Burdens of Urban History: The Theory of the State in Recent American Social History". In *Studies in American Political Development. An Annual* vol. 3. New Haven, (1989:3-30).

6. Maureen A. Flanagan, "Charter Reform in Chicago: Political Culture and Urban Progressive Reform" *Journal of Urban History* 12, 1986; *Idem.*, *Charter Reform in Chicago*. Carbondale: Southern Illinois University Press, 1987. Julia Wrigley, *Class, Politics and Public Schools. Chicago, 1900-1950*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1982. David C. Hammack, *Power and Society: Greater New York at the Turn of the Century*. New York: Russell Sage Foundation, 1982. Kenneth H. Finegold, *Experts and Politicians: Reform Challenges to Machine Politics in New*

nation-wide retail, reached (l-iterally) for the skies in Chicago's downtown by the 1890s. Many of the products sold by Marshall Fields, Montgomery Ward and Priie Scott now were Chicago-made products, including processed agricultural and forest goods (meat and lumber) and agricultural tools and machines (especially the McCormick Harvester). By the time of the 1893 Colombian World's Fair, Chicago was known as the "Second City", second as a center of manufacture and commerce only to its eternal rival New York.⁷

In terms of increases in population, however, it came first, as no other American city's population grew as rapidly during the second half of the nineteenth century. Shortly after its incorporation in 1837, the still swampy outpost housed a little over four thousand people. Twenty years later, they had been joined by over a hundred thousand more inhabitants. By 1880, that number had increased five-fold, and by the turn of the century sixteen-fold, so that in 1900, 1.7 million people resided in Chicago. Within the next decade that number swelled to well over 2 million. Most of that growth reflected immigration. While natural population increases hovered between 20% to 30% between 1860 and 1900, the increase due to foreign immigrants were 49% in the 1880s, 23% in the 1890s, and 41% in the first decade of the twentieth century.⁸ Seeing the vast human and technological powers meddling along Lake Michigan, Chicago poet Carl Sandburg described the city as follows:⁹

Chicago

Hog Butcher for the World

Tool Maker, Stacker of Wheat

Player with Railroads and the Nation's Freight Handler

Stormy, husky, brawling

City of the Big Shoulders

If Sandburg wished to invoke a sense of strength and unity among Chicago's population, many contemporaries were inclined to view the city as suffering from failure, fragmentation, disorder and immorality. The Great Depression of 1893 had shattered the utopia of the Colombian World Fair's White City. A city displaying an assemblage of neo-classical buildings of civic grandeur, unity, progress and optimism became the site of widespread unemployment, poverty and, violent class conflict. One of the nation's largest and most violent industrial dispute, the Pullman Strike of 1894 confirmed Chicago's reputation as a city of potentially explosive class relations.¹⁰

More than these social problems themselves, it was an acute public awareness of the same that raised the sense of social fragmentation. A group of journalists and publishers, called "muckrakers" for their talent in digging up dirt, castigated the city for its immoral qualities and vice and its political corruption. In *If Christ Came to Chicago*, William T. Stead 1894 described the city as "the cloaca maxima of the world", and the Italian playwright Giuseppe Giacosa "did not see anything in Chicago

York, Cleveland, and Chicago. Princeton, NJ, 1985. Shelton Stromquist, "The Crucible of Class: Cleveland Politics and the Origins of Municipal Reform in the Progressive Era". In *Journal of Urban History* 23, Jan. (1997:192-220).

7. William Cronon, *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West*. New York: Norton, 1991.

8. Homer Hoyt, *One Hundred Years of Land Values in Chicago*. Chicago: U of Chicago P, (1933:280-84).

9. Carl Sandburg, *Chicago Poems*. New York: Dover Publications, 1994, 1916.

10. For example, Chicago housed the founding convention of the Industrial Workers of the World (IWW), a militant, syndicalist workers organization, known in Mexican history for its influence upon the Magun brothers.

go but darkness: smoke, clouds, dirt and an extraordinary number of sad and grieved persons".¹¹ In the eyes of German sociologist Max Weber, Chicago was a "monstrous city", a site of unbridled capitalist competition, where "a restless flurry of a jumble of races of all parts of the world (engage in) a breathless hunt for bounty". Weber's Chicago was a cacophony of disorder: thousands of screaming steer awaiting slaughter in the stockyards, fuming chimneys, endless dirt, news of a murdered street vendor, prostitutes displayed in store windows, and, a turned-over streetcar with dozens of women injured. Chicago, the recently arrived German noted, was like "a human being whose skin has been torn off and whose innards are seen at work".¹²

Yet the city epitomizing the social failures of industrial capitalism also became the site of a new faith in the potentials of urban reform. Weber himself noted:

But... one is astounded not only by this great wildness, but, also by gentle traces of loving force, goodness, justice, (and) a firm will to achieve the beautiful and profound ... Above all, one senses this in the work of a courageous and faithful woman, who erected in the desolate streets of a working-class neighborhood her famous settlement.

Weber here was referring to Jane Addams, the "Engel von Chicago" who in 1889 had founded Hull House in the midst of one of the poorest immi-

grant neighborhoods.¹³ Turning the theoretical insight that poverty, crime and vice were caused by people's environment into practice, Addams and other social reformers set out to improve living conditions of their neighbors, a goal that quickly involved them in urban politics.¹⁴ Under the banner of "municipal housekeeping", the mostly female settlement residents sought to alleviate congested living conditions and demanded paved streets, garbage removal, improved sanitation and better police and fire protection for the immigrant tenement districts in which they resided.¹⁵

Unlike earlier urban reformers, settlement-house residents like Addams held a strong faith in crafting a new and harmonious city, juxtaposing the degenerated, fragmentary urban society with the possibility of a new urban unity. Lamenting the division of the city "into two nations [...] (and) classes", reformers expressed hope that through human intervention, especially through institutions such as "night schools, art exhibits, [...] parks, playgrounds, a cheap press, [but also through] labor organizations and the church," the city could become "a tremendous agency for human advancement".¹⁶ Rather than symbolizing the pitfall of mankind, the city, in these reformers' eyes, became literary a living site of civilization's greatest achievements, an "organism capable of conscious and concerted action, responsive, ready, and intelli-

11. William T. Stead, *If Christ Came to Chicago: A Plea for the Union of All Who Love in the Service of All Who Suffer*. Chicago: Laird & Lee, 1894. Paul Boyer, *Urban Masses and Moral Order in America, 1820-1920*. Cambridge: Harvard University Press, (1978: 184-87).

12. Marianne Weber, *Max Weber. Ein Lebensbild*. Tübingen: J.C.B. Mohr (1926: 298-99 my translation).

13. *Ibid.*, p. 300.

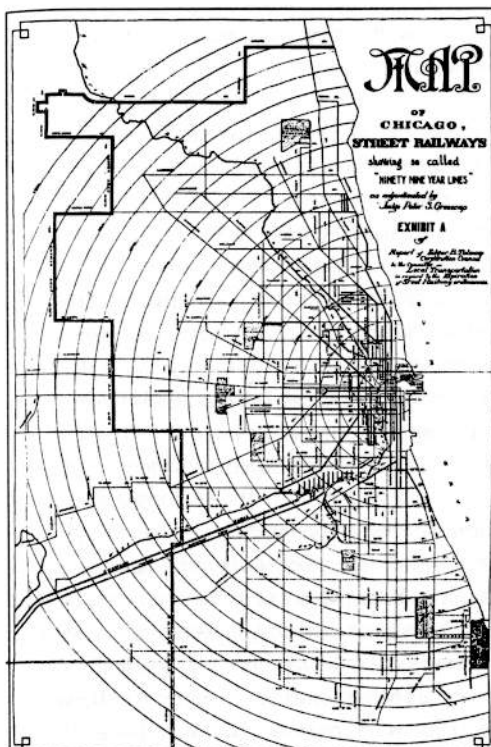
14. David John Hogan, *Class and Reform: School and Society in Chicago, 1880-1930*. Philadelphia: U of Pennsylvania P, (1985: 25). See also Allen

F. Davis, *Spearheads for Reform: The Social Settlements and the Progressive Movement, 1890-1914*. New York: Oxford University Press, (1967: 18-19). See also Kathryn Kish-Sklar, *Florence Kelley and the Nation's Work*. New Haven: Yale University Press, 1995.

15. Flanagan, p. 22; Davis. On municipal housekeeping, see Hogan, p. 28.

16. Addams, cited in Hogan, 26; Frederick C. Howe *The City: The Hope of Democracy*. Seattle: University of Washington Press, 1905, 1967, pp. 22-23. Howe was a prominent reporter, social worker and lawyer, who later worked in President Woodrow Wilson's administration.

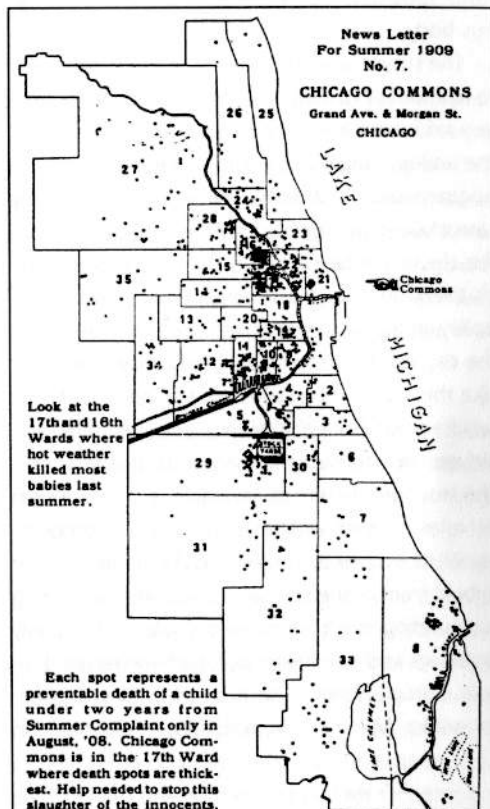
Map 2



This map illustrates major street car lines of Chicago. Note the concentric arrangement of the lines that were operated by three distinctive companies, operating in the north, west and south side of the city, respectively. Any person wanting to travel from one outer region to another had to travel to the downtown first and transfer (at additional cost) to another company's lines. Source: Report of Edgard B. Tolman to the Committee on Local Transportation, c1902.

gent".¹⁷ Once obstructive forces, such as social desolation and political corruption, were removed, the urban being could blossom freely and in perfect harmony. In response to the widespread sense

Map 3



Each spot represents the occurrences of young children's death from Summer Complaint as recorded by a Chicago settlement house, Chicago Commons. Given that the disease occurred in areas with the worst living conditions, the maps serves to illustrate the poorest regions of the city. Note the heavy concentration of deaths along the branches of the Chicago river, the location of Chicago's industrial, working-class districts. Source: Chicago Commons Papers, Box 23, Manuscript Division, Chicago Historical Society, Chicago, Ill.

¹⁷ Howe, pp. 22-23. In exulting the possibilities of the city, Howe and other reformers concentrated on Midwestern cities, which they considered "less aristocratic" than Eastern ones. *Ibid.*, pp. 49-53.

of the city's social fragmentation and conflict, reformers postulated a vision of the city as harmonious body.

The streetcar emerged at once as a great threat to and tool of fulfillment of that vision. Contemporary reformers and later historians have attributed the trolley a large part in the functional and social fragmentation of the city. Drawing mainly on the case of Chicago, sociologist Ernest Burgess offered the classic model of public transportation's effect on the growth of the American metropolis.¹⁸ The trolley, in Burgess' model, affirmed the position of the city center as the locus of finance and retail. Like the spokes of a wheel, the streetcar network radiated out from the center, daily shuffling employees and consumers in and out of downtown. The location of stations favored the most influential retailers, such as Marshall Field and Montgomery Ward, whose customers could exit the streetcar right in front of their entrances. The immediate ring surrounding the core housed cheap multi-family dwellings and tenements occupied by the most recent immigrants of Eastern and Southern European origin. Many of them found employment in

industries located along the branches of the Chicago river. This industrial zone stretched a short distance toward the west and northwest and relatively far toward the south (reaching until the huge stockyards and packing industries). Prior to the advent of the streetcar, people of modest means had been able to build a cheap single-frame dwelling on this land, yet as new streetcar lines (and the provision of other utilities) greatly increased these lot prices, they could no longer afford to do so.¹⁹

The second concentric ring housed second-generation immigrants from Northern Europe, especially Germans and Irish. Finally, thanks to the streetcar, the middle-and upper-classes could reside in the most outlying ring, far removed from the unpleasant industrial or downtown environment.²⁰ Whereas residential settlement in the 1870s still equaled a jumble of rich and poor, immigrant and native, the "industrial metropolis [soon] came to be arranged in a systematic pattern of socio-economic segregation, where outward and upward mobility became synonymous".²¹ More than just enabling expansion, streetcars helped create a city with a functional and hierarchical arrangement of urban space. Around

18. Ernest W. Burgess, "Growth of the City: An Introduction to a Research Project" in Robert E. Park, Burgess and Roderick D. McKenzie, *The City*. University of Chicago Press, 1967, 1925. For a discussion of the ecological school of urban sociology, best represented by Burgess and Park, see Sergio Tamayo Flores-Alatorre, «Una revisión de las principales corrientes teóricas sobre el análisis urbano». *Anuario de Estudios Urbanos* No. 1, 1994.

19. Sam Bass Warner, Jr. *Streetcar Suburbs: The Process of Growth in Boston, 1870-1900*. Cambridge: Harvard University Press, (1962) 109; Hoyt, pp. 109, 164-66).

20. Burgess. See also Howard P. Chudacoff and Judith E. Smith, "Industrialization and the Transformation of Urban Space, 1850-1920", in *Idem.*, ed., *The Evolution of American Urban Society* 4th ed. Prentice Hall, NJ, 1975, 1994. Glenn Yago, *The Decline of Transit: Urban Transportation in Germany and U.S. Cities, 1900-1970*. Cambridge

University Press, 1984. See also Friedrich Engels, *The Condition of the Working Class in England*. New York: Macmillan, 1958. Engels describes the same basic pattern of class-based segregation for mid-19th-century Manchester and he attributes these developments directly to the capitalist market economy.

21. Warner Hoyt, p. 144. Harry R. Stevens, "Some Aspects of the Standards of Living in Chicago, 1893-1914", in Bessie L. Pierce *Papers, Special Collections*. University of Chicago.

Segregated zones based on race also began to emerge in the early twentieth century, only to become far more pronounced by World War I when African-Americans first migrated in large numbers to Chicago. Allan H. Spear, *Black Chicago: The Making of a Negro Ghetto, 1890-1920*. Chicago: U of Chicago P., (1967) 11-28). William M. Tuttle, Jr. *Race Riot: Chicago in the Red Summer of 1919*. New York: Atheneum Press, 1985.

1900, a settlement pattern existed whereby 73,400 people shared one square mile of land in Chicago's near western industrial district while half that number of people resided in eighty-eight square miles in Chicago's suburbs.²²

The social reformers of the settlement houses and universities studied and lamented these spatial divisions. They refused, however, to blame the streetcar as such. Quite to the contrary, they hailed the potential of the streetcar in reuniting the socially and functionally disjointed city. Yet for this to happen would require equal access to transportation by all segments of the population. By enabling free travel throughout the city, the trolley would function like the artery of a body; allowing for physical and social mobility and contributing to a new found urban unity.

In its ideal form, the streetcar became the tool for outward and upward mobility for all Chicagoans. For one, the streetcar would enable the crowded masses to escape to the suburbs. Accessible mass transit would "bring suburban residence within reach of large classes of the poorest people" and thereby provide "'a safety valve to relieve the congested districts'".²³ Already, traction expert E. W. Bemis claimed, a new streetcar extension to the Hull House district had induced 5,000 slum residents to "'move to healthful suburbs'".²⁴ To labor econo-

mist John Commons, the trolley became the be-all savior of urban social problems. Cheap mass transit, he envisioned,

*would save (every family) twenty to forty dollars from street-car fares to spend for clothing, groceries, shoes, and amusements [...] Laboring people could live in the country, and own their own homes [...] Tenements would not be crowded. Sanitary conditions would be improved and the death-rate lowered. Men out of work could ride in search of employment, instead of wearily tramping the streets. Laborers would be in better health, have better food, do better work, and all city industries would be materially advanced and stimulated.*²⁵

The streetcar potentially formed one of the greatest tools of urban social reform. Affordable streetcar service, in effect, became "the workingman's ticket for escape from the slum".²⁶

If the streetcar could help to overcome the city's spatial fragmentation, it would also serve to foster civic harmony. Reformers waxed especially enthusiastic about the resulting betterment of workers' moral and civic orientation. Once transported cheaply into a (sub)-urban environment, the workingman could enhance his "social imagination" and partake in furthering the city's civic ideal.²⁷ Efficient transportation would save the worker time, and would "better ... (the worker's) condition, help him

22. The densely settled district was bounded by Twelfth, Twenty-Second streets and Halsted and Ashland avenues. The residents there consisted largely of Italians, Poles, and Russian Jews. Hoyt, 201, 210.

23. Frank Parsons, "Lessons in Municipal Ownership", *Chicago American*, December 1, 1905.

24. Holli, 36-37. Howe points to the city of Glasgow, Scotland as an example where cheap rapid transit has dispersed "a portion of the slum population" to suburban sites. Howe, 203-04. See also L. S. Rowe, «Municipal Ownership and Operation: The Value of Foreign Experience»,

American Journal of Sociology 12 (1906-1907: 241-53).

25. John R. Commons, "Municipal Monopolies", in *Social Reform and the Church*, New York: Cromwell, 1894, 1967, pp. 123-51.

26. *Ibid.* Reformers' enthusiasm about the potentials of the city betrayed a certain ambivalence, in so far as they continued to affirm the suburban ideal. Thus the traditional tendency of middle-class Americans of wanting to escape (rather than improve) their cities lived on, only that they now sought to include the (white) working class.

27. Quoted in Boyer, 227.

to a higher plane, (and) facilitate social intercourse".²⁸ A clean and comfortable streetcar would provide a public space suited for the formulation of a civic ideal. "The opening of a municipal tramway, settlement reformer Frederick C. Howe exclaimed, would provide "this sense of intimacy with the city that we most lack in America. It is a thing that can only come through constant physical touch with the community".²⁹ In these reformers' minds, the trolley became the locus of the bourgeois ideal of the public sphere, a free space allowing rational, disinterested formation of a consensus over the public interest. With mobility and an elevated public discourse assured, the city would function as an organic, harmonious whole. According to settlement resident George Hooker, "The future rivalry of cities is bound to depend in no slight degree upon the organization of their circulatory systems". Yet Hooker charged that private streetcar corporations were applying "artificial obstructions to the circulatory system of the body."³⁰

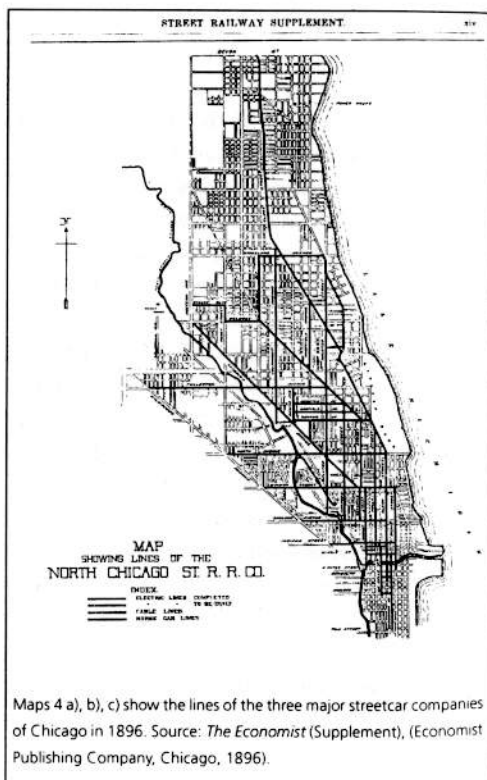
Indeed, decisions where to lay tracks reflected the private interests of the companies' owners, real estate agents, and downtown merchants. It was the economic logic of the streetcar companies rather than any city-wide design that shaped decisions over where to lay tracks. Thus one of the most lamented service-related prob-

28. Carrol D. Wright, "The Ethical Influence of Invention". *The Social Economist* 1 (September 1891):338-47, esp. 341-42). This sociologist's argument is similar to the arguments of workers seeking shorter work-days during the 1880s and 1890s. See Roy Rosenzweig, *Eight Hours for What We Will: Workers and Leisure in an Industrial City, 1870-1920*. New York: Cambridge University Press, 1983.

29. Howe.

30. George Hooker to Patterson, January 5, 1902, Hooker Collection, Special Collections, University of Chicago.

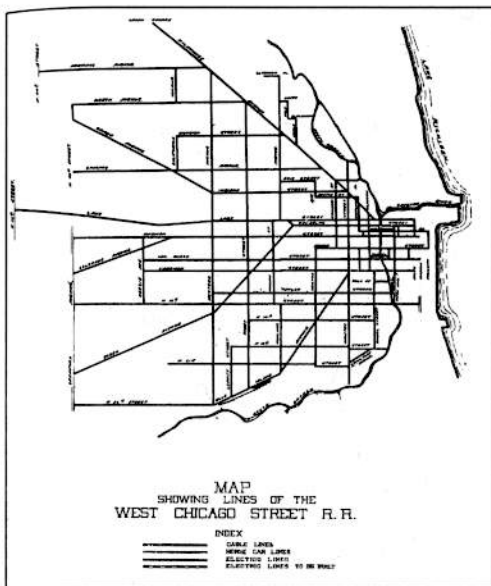
Map 4a.



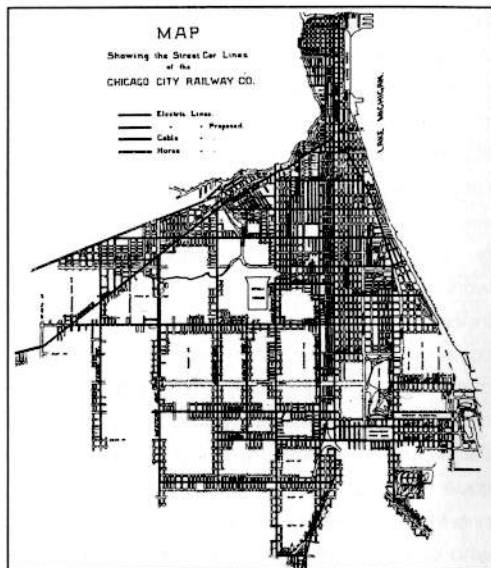
Maps 4 a), b), c) show the lines of the three major streetcar companies of Chicago in 1896. Source: *The Economist* (Supplement), (Economist Publishing Company, Chicago, 1896).

lems concerned the lack of a coordinated city-wide transportation system. Each of the three main streetcar companies serviced routes from downtown to its own outlying middle-class region-the north, west and south sides-and paid little attention to the system as a whole. As a result, people wishing to travel from one outlying region to another often faced complicated and costly obstacles. A city government investigation of 1898 exposed this "unnatural" division

Map 4b.



Map 4c.



of the streetcar network.³¹ A passenger wishing to travel for three miles north to south on Halsted Street, "one of the longest straight thoroughfares in the world",

must not only pay two fares, but must take three different cars, and in changing to one of these cars, viz., the one which crosses the Twenty-sixth Street Bridge and runs only at long intervals, he must at best walk half a block and must risk a walk of an eighth of a mile across the bridge to Archer avenue or a long wait.

"The fact that it [rapid transit in Chicago] is in the hand of nearly thirty different companies," the report continued,

each with its separate organization and management, each with more or less of a monopoly in its particular district, and

*each, as regards other lines, naturally administered under an individualistic motive to enhance its own interests rather than under a broad purpose to develop the means of transportation as an [sic] unified system.*³²

The downtown-centered transit network proved particularly disadvantageous to Chicago's working people. Especially workers commuting to work places located outside downtown faced hurdles of time

31. "Report of the Special Committee of the City Council of Chicago on the Street Railway Franchises and Operations", (Chicago, City Documents, 1898), hereafter "Harlan Report". In addition, numerous "feeder companies" operated within each region. Although these were technically independent of the main companies, and charged riders separate fares, they were often owned by the same stockholders. *Ibid.*

32. Harlan Report, 11. For example, the northern lines terminated in the most northern part of the loop, while lines moving southward originated in the center of downtown. See also Warner and Hoyt.

and money that often precluded them from using the streetcars altogether.³³ For example, Jurgis Rudkus, the hero of Upton Sinclair's exposé novel *The Jungle*, faced a several miles long commute to his workplace, the stockyards, and, even in deep winter, chose to walk instead. As Sinclair put it, "Jurgis, like many others, found it better to spend his fare for a drink and a free lunch, to give him strength to walk".³⁴ In Sinclair's novel, streetcars could kill: Jurgis' wife, Ona, caught pneumonia on her way to work, because she could not afford to ride the cars.³⁵ Indeed, the ten cent per day fare for a round trip could prove a heavy, if not impossible, burden on many working-class families. Even if only one member of a working-class family used the streetcar on a daily basis, the annual expense (\$30) would almost equal that of annual fuel costs (\$36) and amount to one-third of a family's annual rent.³⁶ Those workers who could afford to use the streetcars faced very uncomfortable rides, since their districts were being serviced by the oldest, least comfortable and most overcrowded cars. Such a system, settlement reformer George Hooker commented, "compels the working people, who chiefly ride at the rush hour, to pay

the same price for a strap or the footboard as the well-to-do, who more largely ride at other times, [and] pay for a reasonable amount of room".³⁷ Many workers lacked access to the service altogether. For example, the city's most advanced transit system, the Elevated, made no stops in the factory districts. Trade unionists and reformers also complained about the lack of adequate service after hours when workers on night shifts relied on the trolleys.³⁸

By the late 1890s, not only workers and social-minded reformers had reasons to complain about the streetcars, but virtually all traveling Chicagoans expressed their frustrations with infrequent, uncomfortable and outright dangerous service. The passenger, instead of engaging in public-spirited discussions, as reformers had hoped, "rides a great part of the way hanging to a strap, jammed, jostled and jolted about in a manner that is irritating to his fellow passengers and indecent to the gentler sex".³⁹ He or she might have to stand on filthy, week-old straw riding in an open trolley exposed to Chicago's more than brisk winters. The much heralded electrification of the lines, supposedly speeding up travel, proved of little help against con-

33. See "Organized Labor Against the Humphrey Bills", (pamphlet, April 4, 1897, Newberry Library, Chicago).

34. Upton Sinclair, *The Jungle*. New York, Signet Classics, 1960, 1905, p. 199.

35. *Ibid.*, pp. 198-199. Sinclair's novel also points to the lack of night service to workers. *Ibid.*, p. 78.

36. These figures are based on average census information of a random sample of eleven families residing in Chicago's Packingtown. The families' occupations ranged from laborer to skilled machinist and meatcutter. Although we can assume that the heads of families worked near their residences (within 1 to 2 miles) in the slaughterhouses or stockyards, many of their older sons and daughters worked downtown and had to rely on streetcars. Ethelbert Stewart Census, Manuscript Division, Chicago Historical Society.

37. Hooker, p. 14.

38. Paul Barrett, *The Automobile and Urban Transit: The Formation of Public Policy in Chicago, 1900-1930*. Philadelphia: Temple University Press, 1983, p. 25. Car fares were an important consideration in distinguishing the status of white-collar and blue-collar workers. In his study of telephone operators, Stephen H. Norwood points out that although female operators earned slightly more than women factory workers did, the cost of car fare rendered the difference of little significance. *Labor's Flaming Youth: Telephone Operators and Worker Militancy, 1878-1923*. Urbana: U of Illinois P. (1990:44-45).

39. Edward F. Dunne, "Municipal Ownership. How the People may get back their own". Address before the Men's Club of the Stewart Avenue Universalist Church of Englewood, January 12, 1904. [pamphlet of Municipal Ownership Central Committee] in Hooker Collection, Special Collections, University of Chicago.

stant traffic jams downtown or against horse wagons blocking the tracks during the unloading of their freight. Horse wagon drivers' habit of waiting for the push of a streetcar in order to overcome the sharp inclines at the numerous bridges proved an especially loathsome habit.⁴⁰ Worse than mere inconvenience, riding a streetcar or walking near one might well prove fatal. People often fell from overcrowded station platforms in front of an approaching train. Pedestrians frequently got run over by the newly silent, electric cars. In a typical year, more than two thousand people were injured by a streetcar.⁴¹ Affecting nearly all Chicagoans, the question of streetcar service acquired strong political vibrancy.

The Popular Upheaval against the Streetcar Companies

By the late 1890s, Chicagoans began to search for a new definition of the public interest in urban transportation. Middle-class social reformers and muckrakers had catapulted the streetcar question onto the political scene. To them, the streetcar held the potential of fostering a new organic-like unity of the city. That vision, of course, invariably imposed middle-class notions of civic behavior onto Chicago residents. As historian Paul Boyer reminds us, a view of the city as organic entailed potential-

ly repressive mechanisms of social control. "If [...] these reformers could convince their generation that America's cities were destined to become organic, cohesive social units," so Boyer, "then every city dweller's existence would derive its meaning primarily in relation to the corporate whole".⁴² Yet as the political debate over streetcar regulation came to encompass a broader cross-section of Chicago residents, including newly assertive working-class organizations, the urban elite could not maintain a monopoly on the construction of civic culture. From the late 1890s on, city residents debated more intensely than ever the meaning of civic ideals, the public interest and how it should be secured. For at stake, in people's views, were no longer just questions of streetcar service (and abstract hopes for civic renewal) but rather the very survival of democratic government. Just as people looked increasingly to the municipal government for greater regulatory control over (or even a public takeover of) the streetcar companies, they saw a government deeply corrupted by the very same corporations.

Even more than the city's social problems, muckrakers denounced the Windy City's political corruption, a state of affairs that would also center on the streetcar. Any company wishing to provide a public service, such as water, sewage, or transportation had to acquire a city grant in order to use public land for its purposes. Selling public rights of way to private utility companies was a very lucrative transaction for profit-oriented aldermen. Although urban mismanagement became a problem for cities all over the country, the nature of Chicago's political system rendered it particularly vulnerable to graft. Lacking a strong executive or a stable political party machine (like New York), the city's decentralized political system harbored a "free-for-all

40. "This practice [by the teamsters] has become so common that push-bars, or poles, are kept at the principal bridge approaches for the purpose of enabling the wagons to be pushed up the grades by the cars". Bion J. Arnold, "Report on the Engineering and Operating Features of the Chicago Transportation Problem", Chicago: City Documents, 1902, p. 49, hereafter: "Arnold Report".

41. City of Chicago, Bureau of Statistics, *Quarterly* 5 (1905) at Newberry Library. See also *Chicago Daily News Almanac and Year-Book* 1907. Barrett, p. 18.

42. Boyer, pp. 254-55.

entrepreneurial form of government," where a city councilman could easily turn his political power into a profitable business undertaking.⁴³

The decade's most blatant and widely publicized utility scandals centered on the streetcar corporations and their main financier, the infamous Charles Tyson Yerkes, manager of Chicago's two largest transit companies. Yerkes had begun his fame and fortune as a financial manipulator when in 1886 he purchased the majority stock of the northside and westside streetcar lines. Through technological improvements, especially the electrification of streetcars, but also through consolidations and overcapitalization, Yerkes increased the corporations' stock value from eight to over fifty-eight million dollars.⁴⁴ Such financial success depended on receiving franchises from City Hall. Based on the 1875 Chicago charter, the state legislature authorized the city to grant public utility franchises for a duration of twenty years. Yerkes and his close political friends would pay off aldermen in return for franchises that failed to stipulate adequate compensation to the city.

In the mind of most Chicagoans, Yerkes became associated with political corruption and urban mismanagement. How else could one explain that streetcar owners paid less taxes than the city's dogs?

'In 1886 when Yerkes entered the railway business, the dogs paid \$27,948 for the few privileges they enjoy, while the street car companies paid \$30,530.85, but soon afterwards,

43. Flanagan, 21. Jerome E. Edwards, "Government of Chicago, 1893-1915", manuscript in Bessie Pierce Collection, University of Chicago; Barrett; Ray Ginger, *Altgeld's America: The Lincoln Ideal Versus Changing Realities*. New York: Funk & Wagnalls, 1958.

44. Ida M. Tarbell, "How Chicago is Finding Herself", *The American Magazine* (November, December 1908): 29-41, 124-138, esp. 31-32. For a

Illustration 1



the dogs, having less influence in legislative halls than certain financiers, had to bear the larger burden'.⁴⁵

Chicagoans, like settlement reformer Howe, deplored the ability of "franchise-seekers" to convert "local government into a private agency responding to their will".⁴⁶ The main target of people like Howe were less the corrupt politicians than

fictional account of the life of Yerkes, alias Frank Algernon Cowperwood, while in Chicago, see Theodore Dreiser, *The Titan*. New York: John Lane Co., 1914.

45. George S. Schilling, *Ninth Biennial Report of the Bureau of Labor Statistics*, 1896. Springfield, 1897, p. 69.

46. Howe, p. 72.

corporate leaders like Yerkes. "My word is not to the Council drunk," Hooker asserted,

but to Mr. Bribe Giver perfectly sober, self-possessed and calculating [...] My word is to [...] those whose course is parallel to that of the thief who first gets his victim drunk and then robs him; it is to those who first corrupt the manhood of our political agents and then secure from them a capitulation of our rights.

Hooker was "convinced that the aesthetic and social conditions of Chicago, not to say her morals and politics for the next two generations, are most intimately wrapped up with the question of passenger and freight transportation". The electrification of the streetcars, he continued, had led to cleaner streets (no longer full of horse refuse), but that "delightful cleanliness" had certainly not reached the halls of government.⁴⁷

Yerkes' dealings provoked a veritable public outcry in the wake of a series of franchise scandals beginning in 1897. The main battle centered around efforts by the streetcar companies to shield themselves from political control and to increase the length of their franchises. In the spring of 1897, traction magnate Yerkes, supposedly by bribing state representatives, pushed the Humphrey Bill through the Illinois state legislature. The bill sought to remove political control over streetcar utilities from the municipality to the state level and increase the duration of franchises from twenty to ninety-nine years. Upon

the governor's veto, the House passed a more moderate bill instead. This second bill, the Allen law, while yielding jurisdiction over franchise matters back to the city, also permitted the extension of franchises, albeit only up to fifty years.⁴⁸

The possibility that Yerkes could secure a fifty-year franchise through a vote of City Hall met with unprecedented popular furor. As rumors spread that the council would vote on a franchise measure, "City Hall was surrounded by a mob-armed with nooses and guns." The "broad-sides, resolutions, speeches and decorations [in opposition to the Allen bill]," muckraker Ida Tarbell noted, "surpassed anything Chicago had yet seen in wrathful invective and direful threats".⁴⁹ Yerkes' wish to have longer-lasting franchises was understandable given the large investments recently placed in electrifying the streetcars. Yet such arguments found little understanding among Chicago residents, who perceived his political dealings as a threat to their sovereignty and their civic morality: "we fear for the perpetuity of our [...] present institutions," one spokesman declared while another pointed to the "deadly harm inflicted upon the moral sense of the community by these mutual reprisals and corruptions [...] We tremble for the future of our commonwealth!".⁵⁰ Attendants at one of several mass meetings resolved to denounce "the traction companies of Chicago [who] have dealt foully with the people of Chicago [...] The directors and stockholders of these companies," the resolution read,

47. Hooker Collection, University of Chicago.

48. Tarbell. As Tarbell pointed out, "The Humphrey bill violated the two cardinal principles in Chicago's traction creed-home rule and twenty-year franchises". *Ibid.*, 33.

49. *Ibid.*

50. Newton A. Partridge, "Suggestions on the Chicago Street Railway Problem. Address delivered before the Civic Federation of Chicago, June 9, 1898". Hooker Collection, U of Chicago; Robert E. Berlet, "Municipal Ownership of Street Railways in Chicago", in Hooker Collection, U of Chicago, [1898?].

*should be exposed to condemnation as criminals and anarchists, in that they are organizing corruption and plotting against the peace and prosperity of Chicago and inviting consequences as disastrous to this community as any outrages ever devised by the sworn enemies of society.*⁵¹

During the aftermath of Haymarket in 1886, the charge of anarchism had justified open class-war, now it held a rather inclusive meaning. A "Grand Mass Meeting" held on December 11, 1898 in response to the Allen law was attended by a stunning diversity of social organizations: the Mugwumpish Citizens Association, the elite Union League Club, the Chicago Federation of Labor, ethnic associations, such as the 9th Ward Polish-American Organization, as well as an assortment of trade, professional, and political associations, including among others the Chicago Law School, the Milk Dealers Association, the Humboldt Park Improvement Club, and even the Colored Democratic League of Cook County.⁵²

The case of Chicago's female school teachers well illustrates the way in which the streetcar question pulled an increasingly broad section of the population into the vortex of politics. Faced with

the lowest wages among all school instructors, Chicago's elementary school teachers ingenuously mixed their concerns over their pay with the public outcry against the streetcar companies. When their employer, the Chicago Board of Education, denied yet another, long promised, salary increase, the teachers, recently organized in the Chicago's Teachers Federation, decided to sue the streetcar (and other public utility) companies for failure to pay their taxes. Political corruption had allowed these companies to ignore their fiscal obligations, the teachers argued; once receiving their revenues, the city would have enough money to increase teacher salaries and to benefit public education in general. And the teachers won! From 1902 to 1904, the courts forced several utility companies to pay additional taxes. Soon thereafter, the teachers associated with Chicago's trade union federation and became strong advocates for the public ownership of the streetcars.⁵³

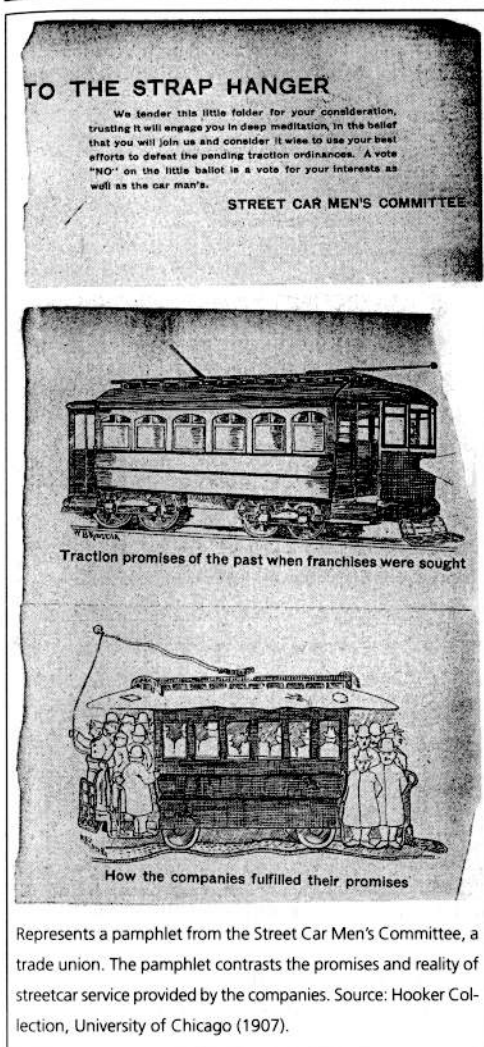
Like the teachers, other social groups and organizations fighting the streetcar companies combined their specific group interests with broadly-conceived civic arguments. Trade unionists, for example, raised service issues specific to wage earners, declaring that "This legislation threatens every inhabitant; the working children, the working women and workingmen, who, going and returning, must pay two fares every day at a rate never to be reduced, no matter how much their wages are cut." Employees of the South Side Rapid Transit Employees organization pointed out that "Said corporations have destroyed organizations of their employees, thereby denying them the right to organize for mutual protection". Yet trade unionists also argued for the need to uphold the "economical [sic], political and moral interests of this city." Insisting on Chicago's right to "home rule," the Chicago Federation of

51. "Pamphlet in opposition to Humphrey Bills, resolution of 'Mass Meeting of the Citizens, Property Owners and Business Men of the 17th Senatorial District', May 7, 1897"; Articles and By-laws of The Seventeenth Ward Municipal Club, [undated, 1900(?)]; both in Graham Taylor Papers, Newberry Library.

52. "Listen to the Voice of the People, 'Lest We Forget'" published by the Independent Anti-Boodle League [1898], Hooker Collection, University of Chicago.

53. Robert L. Reid, ed. *Battleground: The Autobiography of Margaret A. Haley*. Urbana: University of Illinois Press, 1982; see also Marjorie Murphy, *Blackboard Unions: The American Federation of Teachers and the National Education Administration, 1900-1980*. Ithaca: Cornell University Press, 1990.

Illustration 2



Labor opposed "any legislation that takes away from Chicago [...] its right to manage its own affairs, that extends the franchises of street railroads without the consent of the people [...] and perpetuates the

monopoly of the present companies". Although the Union League Club, an association of Chicago's business elite, certainly held different immediate concerns from trade unionists, it diplomatically abstained from passing judgment on the "justice or injustice of the public feeling", and merely insisted that such public feeling "should in the interest of the peace, prosperity, and especially the good name of this city, be allayed as quick as possible". The "one hundred thousand Swedes of Chicago" stressed their interests as consumers, expressing their refusal to "by their nickels help to swell the coffers of an arrogant monopoly." Worker-, consumer-, and business- interests could find a common language and, in certain moments, a common meeting ground to voice their protests.⁵⁴

To point to the similarity of argumentation among these diverse social actors, is not to argue for political consensus over the streetcar question. Chicagoans agreed on the necessity of public regulation over the companies and they virtually all hated Yerkes. Indeed, Yerkes' legislative schemes failed completely; the man who had converted most of Chicago's railways to electric power, had substantially enlarged the size of the net, and had constructed the elevated downtown "Loop" (in use until this day), found himself forced to escape town.⁵⁵ Yet despite such unanimous feelings toward Yerkes, Chicagoans would become deeply divided over how to regulate the companies.

By the dawn of the new century two distinctive responses to the streetcar question emerged. The first proposals for regulation of the streetcar companies emanated from the city's elite, best repre-

54. Pamphlet of Anti-Boodle League.

55. Tarbell, pp. 30-31.

sented by the Chicago Civic Federation and the Municipal Voters League. Uniting leading merchants and industrialists as well as professional transportation engineers, these organizations saw the answer to a more rational and well-operating streetcar system in the election of "honest" city councilmen and in yielding regulatory powers to expert-led governmental transportation boards. In their view the popular revolt of the 1890s had proved useful in dethroning Yerkes, but transit matters were best handled if moved outside the arena of politics and into the hands of experts.⁵⁶

By 1903, however, Chicago trade unions, backed by sympathetic middle-class allies, formulated a radical alternative to the Civic Federation's regulatory proposals on streetcars and called for the municipal ownership of the streetcars. Most important, the municipal-ownership movement constituted a push for popular democracy in the city. Trade unionists and their allies not only sought greater government powers over the companies—in that point they moved in the same direction, if farther, than the Civic Federation—but they also envisioned a highly participative and inclusive public exerting direct control over political decisions. It was with regard to this latter point that they posed a radical challenge to elitist solutions to transportation reform.⁵⁷

Yet despite these political divisions, which would ultimately lead to a failure of effective public regulation of the streetcars, it is important to recognize the existence of a new political universe in the Chicago of the progressive era. The need to redefine

the public interest over such vitally important services such as the streetcars led to a significant broadening of the public sphere. Chicagoans from a great variety of backgrounds, blue-collar workers, women teachers, consumers shared middle-class reformers' concern over urban fragmentation and joined in the search for a new civic cohesiveness, the new city body.

New members of the public arena, including those of a working-class background, did not simply defend their own interests but assumed the responsibility of addressing broader public concerns. Progressive-era politics should not be confused, therefore, with the emergence of pluralist politics, that is, the rise of political competition among interest groups. The progressive vision of the organic society did not view individuality and society, or group and public interest, as standing in tension to each other. Rather, the individual, or the interest group, found its highest self-realization through incorporation into the will of the community.⁵⁸ To recognize this as an ultimately utopian ideal and to point to severe limitations and abuses of that ideal in the course of the newly dawned century should not lead one to dismiss it altogether. What is impressive about the U.S. progressive era, and what has been lost in most historical accounts, is a sense of the broad nature of a societal upheaval in favor of a redefined and strengthened public interest.

The search for order during the progressive era was more than a search for social control by a new

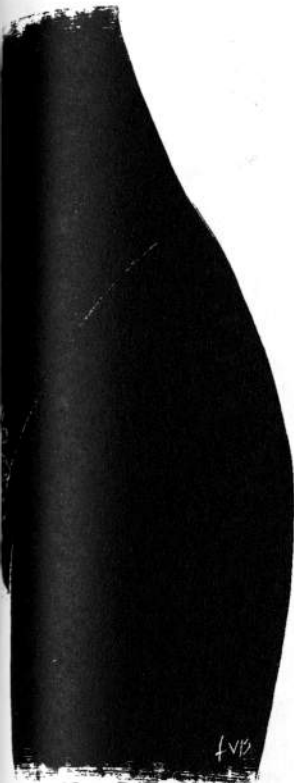
56. Edwin Burritt Smith, "Council Reform in Chicago: Work of the Municipal Voters' League", *Municipal Affairs* 4 (June, 1900): 347-62; Michael McCarthy, "Businessmen and Professionals in Municipal Reform: The Chicago Experience, 1887-1920" (PhD. diss., Northwestern U., 1971). On the reform of philosophy of the National Civic Federation, see Weinstein.

57. Georg Leidenberger, "'The Public is the Labor Union': Working-Class Progressivism in Turn-of-the-Century Chicago", *Labor History* 36 (Spring 1995): 187-210.

58. Dorothy Ross, *The Origins of American Social Science*. Cambridge: Cambridge University Press (1991:162-71). For a pluralist interpretation of the progressive era, see Pegrem.

urban elite. Rather it entailed new possibilities for a more participative democracy. The civic ideal postulated against the streetcar companies did not emanate from middle-class reformers alone, but stemmed from the voices of working-class spokesmen and -women as well. At stake then would not only be how to provide the city with its best transportation system, but also the nature of public participation in a democracy. The great variety of social

actors speaking out on the streetcar question in the late 1890s suggests at once a common search for the public good and intensive conflict over the definition of the same. Perhaps it was the intensity of that conflict that precluded, in the century to come, the growth of a more publicly-oriented city. Today's "private" and overly functional U.S. city landscapes, in Chicago and elsewhere, testify to that development.



Identidad y cultura urbana

1982

Dinámica religiosa a partir de la difusión diferenciada

■ —————
*de tres agrupaciones religiosas en
Banderilla, Veracruz¹*

Felipe Vázquez Palacios
*Centro de Investigaciones y Estudios Superiores
en Antropología Social, Golfo*



Problemática

El objetivo de este trabajo es reflexionar sobre las condiciones en que se propaga el mensaje religioso mediante la comparación de la dinámica difusiva que los creyentes desarrollan en tres agrupaciones religiosas diferentes: la iglesia de la Luz del Mundo, la iglesia del Séptimo Día y la Renovación Carismática en el Espíritu Santo.² Todas ellas realizan labor de proselitismo en el municipio de Banderilla en el estado de Veracruz. Para llevar a cabo esta reflexión parto de las siguientes interrogantes: Si las agrupaciones religiosas establecidas en la localidad participan de una misma matriz sociocultural, ¿por qué unas se han desarrollado más que otras? ¿Cuáles son las condiciones que permiten la circulación o no circulación del mensaje de una agrupación religiosa? ¿Es qué acaso unas ofrecen un espacio más eficaz de resistencia y/o adaptación a la modernidad, al progreso o bienestar social? ¿Por qué los mismos intereses no provocan un desarrollo similar en todas, sino más bien una difusión diferenciada? ¿Qué factores fortalecen y/o debilitan a las agrupaciones religiosas? En síntesis, ¿por qué unas agrupaciones se han difundido con rapidez, otras con lentitud y otras más se han quedado a la zaga en un mismo contexto social?

A partir de estas interrogantes dejo atrás la concepción de que lo religioso es un manto uniforme tendido sobre la sociedad, y lo presento como un ensamblaje de diversos conceptos y pautas de comportamiento, de individuos en interacción constante con variadas condiciones socioeconómicas, políticas y culturales, que se encuentran fundamentalmente en el contexto regional y local. Asimismo, estudio la religión no solo como un hecho colectivo (representaciones colectivas) o un acto público o privado; o como un rito sagrado, o bien como refu-

1. Este trabajo forma parte de una investigación más amplia que se presentó como tesis doctoral en la Universidad Iberoamericana.

2. De 10 agrupaciones religiosas existentes en el área de estudio, seleccioné tres de acuerdo a los siguientes criterios: la que ha alcanzado mayor difusión (Renovación Carismática en el Espíritu Santo) con una asistencia de más de 100 miembros activos y 300 simpatizantes; la que ha tenido una difusión lenta (La Luz del Mundo) con una membresía de 60 a 70 miembros activos; y por último, la que no ha logrado una aceptación notable (Iglesia de Dios del Séptimo Día) con una membresía de 20 a 30 miembros.

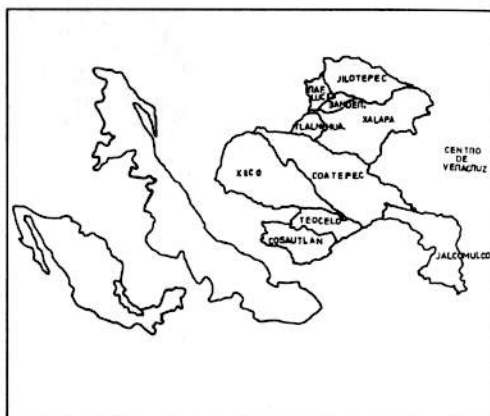
gio de masas; menos aún como algo funcional que cumple una necesidad económica o política. Me he propuesto estudiar la religión como un conjunto de interacciones sociales diversas.³

Área de estudio

La investigación se llevó a cabo en el municipio de Banderilla, uno de los 210 municipios que integran el estado de Veracruz (ver mapa I). Está situado en la zona central del mismo, dentro del área de influencia de la capital veracruzana, a escasos 8 kilómetros de ésta. Cuenta con una superficie de 22,21 km.² y con una población de 33,840 habitantes, de los cuales 11,580 viven en la cabecera municipal. El asentamiento poblacional se caracteriza por ser compacto y se extiende a lo largo de la calle principal, a cuyos lados se reparten las casas, tiendas y edificios de diversas instituciones y accesos a otras calles.

Elegí esta localidad por sus características, comparables con las de otros casos estudiados, tales como la aparición de diversas alternativas religiosas (véase mapa 3)⁴ en un espacio relativamente pequeño; por el carácter periférico de éste y la marginación en que vive la mayoría de sus habitantes; por su contorno geográfico y su interdependencia con la capital del estado; por la fuerte inmigración que ha sufrido y los efectos que ésta produce; por

Mapa 1. Ubicación de Banderilla en el contexto nacional



los medios de comunicación que la atraviesan, entre otros factores.

Según los censos de población, Banderilla presentó un comportamiento poblacional estable de 1921 a 1950. Sin embargo, de 1960 a la fecha se produjo un acelerado crecimiento que ha duplicado a la población ocasionado una serie de cambios y transformaciones. En cuanto al aspecto religioso, la primera diferenciación se registró en 1940: 8 personas declararon no ser católicas; en 1970, el 1.47%, y en 1990 el 14.30% de la población total de Banderilla había abandonado el catolicismo.

3. La investigación está sustentada en un periodo extenso de trabajo de campo que abarcó de 1992 a 1995.

4. Movimiento de Iglesias Evangélicas

Pentecostales Independientes (MEPI)

El Divino Redentor

El Divino Salvador

Centro Cristiano Banderilla

Testigos de Jehová

Espiritistas

Luz del Mundo

Iglesia de Dios del Séptimo Día

Misión de Asambleas de Dios

Grupo Génesis

Católicos con una

parroquia y

cuatro capillas

Renovación Carismática en el Espíritu Santo

Vela perpetua

Adoración Nocturna

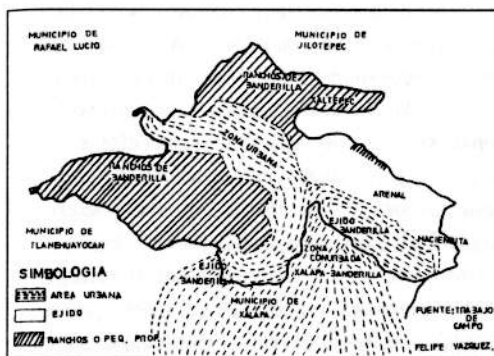
Legión de María

Sagrado Corazón de Jesús

Virgen del Carmen

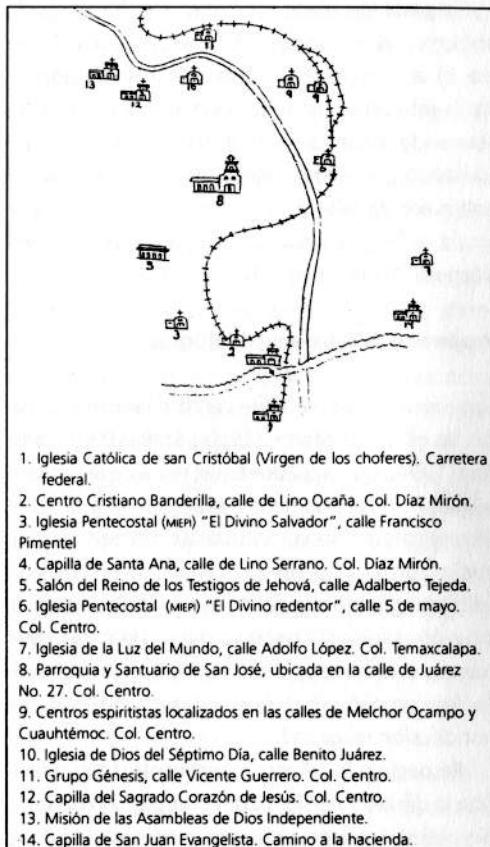
Josefinos

Mapa 2. Tenencia de la tierra del municipio de Banderilla



Por su cercanía con la capital del estado, podría pensarse que Banderilla tiene mayores ventajas en cuanto al mercado de trabajo en comparación con otros municipios aledaños al centro de Veracruz. Pero si se toma en cuenta que el grado de industrialización de la capital del estado es relativamente bajo, y que las fuentes disponibles de empleo requieren de alguna preparación, nos explicaremos porqué los banderillenses, en su mayoría migrantes, tienen que conformarse con ser incluidos en actividades terciarias o de servicios que están saturadas y mal pagadas. El 85% de la población lo constituyen familias que viven en condiciones de marginalidad. La mayor parte de éstas han sufrido un proceso de migración generado por un desequilibrio regional, a consecuencia de la fluctuación de los precios del café y la caña, básicamente, y del proceso de urbanización de la capital del estado. Hay que agregar a este panorama que el 9% carece de estudios, solo el 29% pudo concluir los de educación básica y más del 52% no los concluyó. Por otra parte, un 11% de las familias están incompletas; en ellas solo está presente un cónyuge (generalmente la madre). Un 32% son familias extensas, es decir, hermanos, tíos, sobrinos o pa-

Mapa 3. Las agrupaciones religiosas en Banderilla



rientes de alguno de los cónyuges, que por razones principalmente económicas se allegan a la familia por un tiempo indeterminado, contribuyendo en el gasto y el trabajo familiar. Un 57% son familias nucleares, constituidas generalmente por parejas jóvenes con uno o más hijos. 35% lo constituyen empleados de diversos servicios que trabajan en Xalapa; 29% son albañiles y trabajadoras domésticas, 10% son campesinos, 6% pequeños comerciantes y 4% profesionistas y hombres de negocios.

La historia social de la localidad se podría resumir a partir de cómo los habitantes han logrado enfrentar: a) la inseguridad en la tenencia de la tierra, b) la inmigración, y c) la inestabilidad laboral. Así lo reflejan los tipos de colonias que se han conformando, donde se muestran los efectos de la urbanización, las adquisiciones ilegales, el crecimiento anárquico, la falta de servicios, la pobreza, la violencia, la falta de empleo, la marginación social (ver Vázquez, 1996 y mapa 2).

Propuesta teórico-metodológica

La propuesta teórica tiene como referencias directas las obras de Martín (1990), Stoll (1990) y Bastian (1994), quienes abordan el tema de la difusión religiosa en Latinoamérica, en especial la del protestantismo en su versión básica del pentecostal. Inicio con cuatro preguntas sobre la difusión religiosa. ¿Cómo conciben Martín, Stoll y Bastian la difusión religiosa? Desde su punto de vistas ¿qué fuerzas o factores la impulsan? ¿Qué problemáticas la acompañan? ¿A qué se debe la mayor o menor difusión religiosa?

Respecto a la primera interrogante, Martín concibe la difusión religiosa como un proceso de cambio y tensiones entre elementos propios de la cultura dominante y la cultura popular, de rompimiento de monopolios. Para Stoll, es un movimiento popular manipulado por el gobierno estadounidense; es una reorientación del catolicismo folk. Y Bastian entiende por difusión religiosa un proceso de larga duración, en el que las disidencias religiosas se transforman mediante un carácter sincrético. Entiende la difusión religiosa como un proceso de continuidad y reelaboración de la cultura religiosa popular.

Desde mi punto de vista, la difusión religiosa es una más de las formas de interacción social propi-

ciadas por los actores sociales al enfrentarse a los cambios socioculturales y económicos, fundamentalmente locales y regionales; mas no un fenómeno propiciado por el control político internacional.

En cuanto a las fuerzas que impulsan la difusión religiosa, hay que resaltar los elementos endógenos y exógenos que caracterizan los autores. Mientras que para Stoll son fundamentalmente exógenos (la derecha religiosa norteamericana y la crisis económica), para Martín son tanto endógenos como exógenos (el mejoramiento personal, redes económicas, tensiones centro-periferia). En cambio, para Bastian el elemento principal es endógeno (redes y asociaciones regionales, sectores en transición). Para mí la difusión está fundamentalmente ligada a las estrategias de comunicación e interacción que los actores sociales desarrollan desde el interior de la localidad, y que trascienden o no fuera de ésta, según sean las características específicas de los actores sociales que forman la agrupación religiosa.

Al analizar las problemáticas que acompañan la labor proselitista, encontré que Martín relaciona el oscilar de los regímenes parlamentarios y militares, el desarrollo desequilibrado del comercio y la industria, el impacto de la inflación, el endeudamiento, el crecimiento de la población, las megaciudades, la violencia y las características propias de las agrupaciones religiosas.

Stoll, por su parte, considera que las problemáticas asociadas a la difusión religiosa son: movimientos radicales reprimidos, el clericalismo católico, denuncias, sospechas, críticas al liderazgo de las misiones evangélicas, activistas políticos que combinan sus intereses religiosos con los intereses de la hegemonía norteamericana y la crisis económica (Stoll, 1990:4-5). Por su parte, Bastian encuentra que la difusión se da en un marco de crisis econó-

mica y social con su correspondiente anomia, así como la ruptura con el medio social de origen.

La difusión religiosa puede variar dependiendo de las condiciones políticas, económicas e histórico-culturales de cada lugar. Sin embargo, hay constantes que Martin puntualiza, como por ejemplo: la ayuda financiera externa, la combinación de lo moderno con lo tradicional, la disparidad y el avance económicos. Para él la difusión religiosa prospera en aquellos países apolíticos, relacionados con Estados Unidos, donde se da la apertura del país a las novedades extranjeras, a la urbanización, la industrialización, la educación, el evangelismo, la sanación divina y por las condiciones históricas. Por otra parte, menciona factores históricos, geográficos, políticos y sociales que frenan la difusión; en particular, focaliza ciudades de tradición conservadora, con estructuras agrarias influidas por la iglesia católica.

Stoll observa que las características del proceso de difusión y diferenciación religiosa varían de acuerdo a el dinero norteamericano, la capacidad de adaptación, si el proceso se desarrolla en contextos rurales o urbanos, regionales, étnicos o de clase. Acepta que hay lugares donde la labor proselitista se lleva a cabo sin el apoyo financiero ni la asesoría externa. Considera las circunstancias de pobreza y las respuestas vitales que se ofrecen para su existencia.⁵

Bastian, en cambio, sostiene que la propagación de los cultos religiosos obedece a las disidencias que se generan en la cultura religiosa popular, católica y chamánica, y que tienden a responder más a la enorme mutación del campo religioso actual

que a la herencia religiosa anterior. Considera que al ser asimilada la difusión religiosa en América Latina por la cultura religiosa popular, corporativista y autoritaria, se establece una trabazón.

La perspectiva de Bastian me ayuda a comprender la difusión dentro de un proceso aculturativo —en el sentido de la continuidad y la reelaboración de la cultura popular— y me ubica en el centro de los procesos de reproducción de interacciones sociales, como el nudo en el que opera y se sustenta la difusión religiosa. Por otra parte, a partir de Martin reflexiono sobre la forma en que la difusión religiosa incluye elementos propios de la cultura dominante y de la cultura popular; en especial, me señala el conjunto de procesos que acompañan a la difusión, de entre los cuales tomo muy en cuenta, como marco general, el desarrollo del comercio, la industria, el crecimiento de la población, la migración y la crisis. Con Stoll obtengo elementos relacionados con el proceso de cambio social y cambio religioso, que me permiten ver la difusión religiosa como una nueva forma de interacción social, donde los emisarios buscan constantemente conformar y delimitar su campo de acción.

Si bien los tres investigadores aluden implícitamente a las redes sociales como puerta de entrada al estudio de la difusión religiosa, cuando se refieren a planos locales, ninguno desarrolla este aspecto. Es aquí donde me propongo enriquecer el análisis. Para ello construyo una propuesta teórica con base en los elementos que conforman y limitan las interacciones sociales como punto central en el que se sustenta la difusión religiosa. Considero a las redes sociales el canal más importante por donde circula la difusión religiosa bajo tres aspectos: las redes de parentesco, las redes vecinales y las redes temporales. Con base en estas construcciones abstractas, abordo el trabajo difusivo que los actores sociales realizan en

5. Stoll sostiene que la opción religiosa más popular cumple un papel sobresaliente en la formación de líderes carismáticos y en la participación difusiva, y demuestra la habilidad de estos líderes para impulsar el cambio social (136-149).

relación con el contexto social. Sitúo a los emisores, receptores y amplificadores del mensaje, analizo las fuerzas y factores que propician la diferenciación de esta actividad.

Modelo explicativo

Para poder comprender como se filtra la difusión religiosa a través de los espacios de interacción que se abren y se cierran en el tejido social, abordo el análisis de redes;⁶ supongo que el mensaje y la difusión religiosa se construyen socialmente, con base en la propia relación social que circunda a los creyentes. En este contexto encontré redes de parentesco, vecinales y temporales. Las primeras se manifiestan a través de interacciones que unen al individuo con otras personas, por medio de lazos preescritos que éste tiene que reconocer, aunque no necesariamente aprecie. En el caso de las redes vecinales, son interacciones que generalmente se hallan entrecruzadas con las redes de amistad y de parentesco; se pueden definir como contactos que se dan entre personas, basados en la cortesía y en la convivencia al compartir el mismo escenario, los mismos problemas, los mismos representantes políticos y, generalmente, las mismas carencias y limitaciones económicas, similares crisis personales, emergencias y grandes acontecimientos colectivos (bodas, funerales, faenas, mítines). Las redes temporales pueden darse pese a la distancia física; la selección de la persona con quien se interactúa es voluntaria y eventual; los vínculos pueden ser cada vez más estrechos y llegar de esta manera a una

red de amistad que se vuelve duradera a pesar de la distancia (ver Keller, 1975:27).

Una observación que me permitió profundizar en el análisis del tejido social es la existencia de dos procesos básicos de vida cotidiana en la localidad. El primero se identifica con la situación de la mayoría de los habitantes, la de quienes han emigrado desde 1970 a la fecha y que poco a poco se han integrando —en la medida de sus interacciones sociales— con vecinos y conocidos, construyendo sus propias redes. El segundo proceso tiene que ver con la situación de los habitantes originarios y con la de los inmigrantes de más de 30 años de antigüedad, quienes cuentan con más amplias redes de conocidos y familiares.

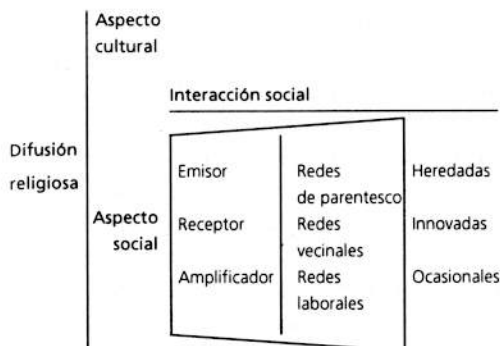
Considerar este hecho me sirvió para elaborar un modelo explicativo que ordena las interacciones y me ayuda a comprender la actuación de los creyentes, así como la particularidad de la circulación del mensaje de cada agrupación religiosa. En este sentido, tenemos interrelaciones

A) Heredadas. Estas son interacciones preestablecidas, es decir, han pasado por un proceso de adaptación a través del tiempo y se encuentran normadas e incluso, algunas, institucionalizadas por la población nativa.

B) Innovadas. Son interacciones que se construyen a partir de las necesidades, esperanzas, anhelos que se van presentando; son más o menos recientes; por lo general, se han desarrollado a través de la oposición dada en el contacto con el "otro". A diferencia de las primeras, estas interacciones operan en pequeñas unidades donde las redes de amistad y de parentesco son esenciales para su permanencia y desarrollo.

C) Ocasionales. Son interacciones sociales donde se busca establecer una relación transitoria que permita sobrevivir o empezar una interrelación enca-

6. Concibo a las redes como un conjunto de cadenas finitas de relaciones sociales, que se extienden desde un ego y se crean como tales para un propósito particular (véase Mayer, 1966). En especial me interesan aquellas redes donde está implícito o explícito el mensaje religioso.



minada a conseguir niveles de socialización más amplios. Por lo regular, estas interacciones sirven de prueba o ensayo a los creyentes que sondan la manera más adecuada de solucionar sus problemas inmediatos o necesidades particulares más apremiantes.

Etapas de la difusión religiosa

Con base en esta distinción de redes e interacciones sociales, clasifique las diferentes etapas que se pueden apreciar claramente en el proceso difusivo: la etapa formativa, la de propagación y la de permanencia.

a) Etapa formativa

Los iniciadores establecen y recrean enlaces sociales y logran conformar el grupo religioso. Al igual que un "bigman" incipiente (Sahlins, 1979:273-277) los iniciadores dependen necesariamente de un pequeño grupo de seguidores, constituido sobre todo por su propia familia y parientes más cercanos, que al igual que ellos, son inmigrantes carentes de recursos, con endeble redes sociales y en busca de empleo y educación para sus hijos.

A nivel individual o con sus familias, los emisores llevan a cabo la labor difusiva. Generalmente el

blanco lo constituyen personas que tienen alguna necesidad o carecen de un apoyo familiar y/o moral. Con una actitud comprensiva, los emisarios escuchan los problemas personales y familiares de los individuos y tratan de ayudarles participando en distintos grados de reciprocidad. Con ello, propician en los otros una actitud de agradecimiento y obligatoriedad hacia ellos, de tal manera que cuando los invitan a unirse al proyecto de conformación del grupo, lo aceptan generalmente sin ninguna resistencia. Al principio, los iniciadores los involucran en el conocimiento general de la doctrina, así como en las actividades que el grupo desarrolla paralelamente, interaccionando con ellos hasta que se les asignan responsabilidades. Comúnmente, al construirse una lealtad personal con el grupo, el grupo domina y controla.⁷

Una constante en esta etapa formativa, son las interacciones emanadas de los iniciadores que surgen en un contexto de informalidad donde el desempleo, la migración, la crisis económica, la carencia de servicios, son las principales características. Entre más ineficiencias y privaciones existen en la localidad, surgen y prosperan más las diversas agrupaciones religiosas, generando grupos de interés dentro de la localidad bajo los principios que rigen el parentesco, la amistad y la interacción social entre los vecinos.

b) Etapa de propagación

Se inicia cuando el receptor se convierte en amplificador del mensaje religioso. Los amplificadores canalizan a otros al grupo para reforzar la interacción,

7. Zabludovsky (1993:27) en su estudio sobre el patrimonialismo nos hace ver cómo es el acto colectivo el que domina al individuo a través de la tradición y la capacidad de los grupos dirigentes para presentarse como portadores de una ética caritativa.

comunicación e intercambio. Esto estimula al simpatizante y al mismo tiempo cohesiona a todos los demás miembros. Generalmente, la agrupación se le presenta al posible creyente como armónica y lo insta a asumir un papel en ella y a responsabilizarse del funcionamiento y mantenimiento de la misma; lo que aunado al fuerte deseo de pertenencia e identidad de los sujetos adherentes, provoca que las interacciones sociales se vuelvan profundas y pasen a ser relaciones estabilizadoras que dan pie a la permanencia.

c) Etapa de permanencia

A medida que los iniciadores y amplificadores de las agrupaciones logran cierta estabilidad económica y social, se propician interacciones más solidarias y duraderas con las personas que están a su alrededor, quienes al igual que ellos, buscan consolidar sus relaciones y hacer acopio de un mayor apoyo para obtener los servicios indispensables. Naturalmente que la poca o mucha cooperación brindada, la capacidad de los líderes para mantener el ánimo e interés, la evangelización y fomento del carisma, influyen de manera decisiva en la permanencia de estas agrupaciones.⁸

Diferenciación en la difusión de tres agrupaciones

Las tres agrupaciones religiosas que comparé corresponden al tipo carismático que señala Weber (1981:172), independientemente de sus diferencias organizacionales. Por un lado, la Luz del Mundo y la Iglesia de Dios del Séptimo Día, como "sectas"

clásicas de protesta al exterior de la iglesia católica y, por otro, la Renovación Carismática en el Espíritu Santo, que constituye un grupo de protesta al interior del catolicismo, pero al fin de cuentas con el mismo imaginario que las otras dos agrupaciones, la oposición implícita a las prácticas secularizadas promovidas por el Estado; la inconformidad y el sufrimiento ante los cambios sociales violentos generados por la migración, el proceso de urbanización, la industrialización incipiente, el desempleo y la pobreza; la censura contra la racionalidad instrumental, impuesta por una modernidad que no logró cuajar entre los sectores segregados que componen la mayor parte de la población local.

Las tres expresiones del tipo ideal-carismático operan según modalidades distintas, pero siempre con una misma constante: construir el universo simbólico del pobre amenazado por la anomia y por los cambios sociales violentos en los que se ve envuelta la localidad. Para ello, inculcan esquemas de percepción, de pensamiento y de acción objetivamente acordes con las diversas necesidades, intereses y estrategias de subsistencia del creyente. La organización interna de cada una de las agrupaciones, es el elemento que da valor a su alcance social.

A partir de la propuesta tipológica de Weber, observé que la Luz del Mundo actúa dentro de un radio de acción generalmente basado en la proximidad física y en los lazos de parentesco o de amistad. Sus acciones sociales más eficaces se desarrollan en el lugar donde viven los miembros más dinámicos de la agrupación. La autoridad no está socializada en lo más mínimo. El encargado es quien organiza, emprende, decide, intercede y consulta con las autoridades xalapeñas sobre las actividades de esta agrupación y recibe un salario de la iglesia de Xalapa.

La Iglesia de Dios del Séptimo Día se desempeña como una familia extensa, compuesta por cinco

8. Hay que tomar en cuenta que las interacciones sociales son tan endebles en esta fase que cualquier problema puede socavar la unidad entre los miembros y provocar la indiferencia ante las actividades de difusión o incluso que desaparezca la agrupación.

familias que centralizan las tareas de respuesta a las demandas de sus familiares. Logran reclutar nuevos adeptos gracias a la relación familiar entre éstos y la fundadora. La acción social, por cierto, gira en torno al domicilio de ella, donde se realizan las reuniones. Ahí llega un "obrero" o portador de "la palabra", quien da respaldo moral y ayuda espiritual a la familia, con lo cual refuerza la obediencia y respeto a la fundadora.

La Renovación Carismática en el Espíritu Santo, desarrolla sus actividades en colonias y sectores más amplios. La acción social entre sus miembros no necesariamente es tan íntima como en las otras dos; aquí la solidaridad puede ser impersonal y depender del grado de recurrencia del intercambio. La autoridad puede asumirla cualquier creyente que demuestre tener algún don del Espíritu Santo y ciertas capacidades personales, aunque entre en conflicto con la autoridad tradicional. Los líderes tienen su fuente de ingresos en sus propios empleos, que desatienden cuando la actividad religiosa es intensa y que retoman cuando el carisma se ha rutinizado.

Aun cuando las acciones solidarias varíen según la agrupación de que se trate, en todos los casos los miembros reciben mucho más de lo que dan.⁹ En las tres agrupaciones, la durabilidad y frecuencia de estas acciones tiende a ajustarse a las muy particulares características de cada una de ellas, y al marco normativo a través del cual se proyectan los ideales del individuo.

Los casos presentados muestran que las acciones de los tres grupos religiosos adoptan la forma de un trabajo social, que posibilita impulsar las capacidades de los sujetos para ayudarlos a salir de su situación de excluidos. El saberse capaces de ayudar, solucionar, dar consuelo, o el estar llenos del Espíritu Santo, les infunde seguridad en sí mismos y les permite acceder al conocimiento: los convierte en personas respetables, con autoridad. Sus difíciles condiciones de existencia los llevan a ensayar una serie de estrategias a nivel de redes familiares, de amistad y vecinales, que generan un intercambio de conocimientos y comunicación de sus necesidades y carencias. En medio de este proceso se manifiestan la familiaridad y la confianza, elementos importantes para la difusión religiosa. Incluso, la misma labor difusiva se convierte en una estrategia más, que encuadra muy bien en el rol de la emergencia, el inmediatez, el vivir al día.¹⁰

Los ciclos de empleo-desempleo, migración-miseria, inseguridad-incertidumbre, acrecientan la revalorización o la búsqueda de un sentido religioso, caracterizado por una fuerte inclinación a creer en la sujeción de los individuos a poderes sobrenaturales. En este sentido, la difusión religiosa puede ser vista como un trabajo social, en donde los creyentes, según su caso particular, toman o acentúan aquellos elementos que parecen estar más de acuerdo con su experiencia pasada o que se adecuan mejor a su situación actual; ejercen así un poder selectivo frente

9. Faichamps (1992:148) señala que la solidaridad es una forma de ayuda mutua, donde la persona recibe asistencia sin estar obligada a corresponder con algo equivalente. Lo que se espera de quien recibe la ayuda es simplemente que asista a otros en alguna otra ocasión. La cantidad de ayuda que a su vez debe prestar el beneficiado, no está determinada, depende de sus posibilidades y su generosidad y de las circunstancias en que se encuentre, así como de la situación en la que sea solicitada la ayuda.

10. Parker ve como la religiosidad de las masas urbanas se transforma en una suerte de "estrategia simbólica de supervivencia", que contribuye a la reproducción del sentido de la vida, reinstalando por la vía del cosmos protector y favorable a la empresa de la supervivencia, el *nomos* (sentido de la vida), que aleja toda inseguridad y amenaza destructora del orden significativo y de la propia vida, para estas clases marginadas (1993:132).

a nuevas alternativas religiosas, y pretenden con ello integrarse mejor en la estructura social.

La fe de los habitantes no es producto de una simple costumbre tradicional, como han querido verlo algunos colegas; tampoco es únicamente un proceso de socialización, donde los padres introyectan a sus hijos los valores divinos, y no necesariamente implica adherirse a una institución religiosa; la fe religiosa es la capacidad que tiene un individuo de internalizar símbolos y conceptos y conectarlos con su experiencia social, es decir, un espacio social donde los individuos están unidos porque se representan de la misma manera el mundo y sus relaciones con la realidad social, y porque traducen esta representación común con prácticas no solo dentro de su congregación religiosa, sino también fuera de ella, en las diversas interacciones sociales que forman parte de su vida diaria. No es extraño, entonces, que la vivencia religiosa sea realimentada por periodos críticos de la vida: el nacimiento de un hijo, una enfermedad, una tragedia, el desempleo, la violencia, la muerte y toda clase de adversidades.

En consecuencia, la búsqueda de alternativas religiosas no es solamente un complemento de las estrategias de subsistencia, sino un conjunto de acciones efectivas que se complementan y se entrelazan con economías solidarias y políticas de convivencia social que posibilitan hacerle frente a la incertidumbre y a la desesperación.

La competencia por los sectores emergentes en la localidad, se orienta y organiza en relación con las necesidades concretas de los mismos congregantes. En este sentido, si bien la Renovación Carismática (la que ha logrado mayor difusión) ofrece prácticamente lo mismo que la Luz del Mundo y la Iglesia de Dios del Séptimo Día, la diferencia está en cómo, cuándo y en qué momento se ofrecen los servicios o favores.

Por otra parte, existen otras diferencias entre estas agrupaciones religiosas, que se pueden detectar mediante el análisis. En cuanto a la mayor difusión de los carismáticos, se debe resaltar la utilización de interacciones sociales que se basan en redes heredadas; interacciones tradicionalmente organizadas a través de distintos mecanismos comunitarios locales, auspiciados por el catolicismo o por conocimiento o trato de algunos años como compadres, vecinos o conocidos. A través de estas interacciones fijas y semifijas, se construye un tejido lo suficientemente amplio y duradero, donde los agentes religiosos carismáticos pueden intercambiar eficazmente, dentro de un marco de intercambio y reciprocidad, con personas que tienen una realidad común y experiencias homogéneas. Como bien dice Foster: "la cultura hace posible la interacción razonablemente eficiente, en gran medida automática, entre los miembros de una sociedad" (1960:34).

Con respecto a la Luz del Mundo y la Iglesia de Dios del Séptimo Día, encontré que ambas se difunden en el mismo tejido social, incluso emplean, muy frecuentemente, los mismos canales y redes del catolicismo, pero con la diferencia de que numerosas redes están dañadas o fragmentadas por la desintegración familiar consecuencia del alcoholismo, por la violencia, o bien, por la precariedad de las condiciones económicas o porque dichas redes se acaban de construir. Uno, dos o más de estos factores provoca que la difusión transite en medio de muchas rupturas no solo sociales, sino también simbólicas, en medio de un mundo de miseria en donde las prácticas religiosas son mediaciones adoptadas con el fin de comprender y estructurar redes que se dejan o se acogen. Debido a la precariedad en que se encuentran estas redes, los lazos de parentesco resultan los canales

más seguros para lograr la permanencia de la agrupación.¹¹

De acuerdo con el análisis que realizo, el campo religioso constituye un espacio de contactos sociales, donde los creyentes comparten una vida colectiva (económica, afectiva, familiar, social), que generalmente buscan salir de la vecindad y trascender hacia otras colonias. Lo mismo vale para la familia, es querer ir más allá de los lazos de parentesco, o bien, es tratar de seleccionar tanto a parientes como a amistades en un espacio aislado, restringido, pero donde puede tener una gran realización. En consecuencia, al defender tal o cual verdad bíblica, el creyente está defendiendo o conservando la interrelación que él vive como vital; es decir la red con sus parientes, vecinos o amigos. En este sentido, la difusión religiosa debe ser considerada como una construcción social y como una necesidad vital para encontrar nuevas interacciones, en donde los agentes y receptores confrontan y recrean una serie de experiencias, relaciones y actividades, que se llevan a cabo bajo presiones y límites, tanto específicos como cambiantes, siempre en respuesta a las relaciones sociales. De ahí que cada agrupación tenga tantas y tan diferentes estrategias como niveles de difusión.

Es importante anotar que la estrecha relación entre las agrupaciones religiosas, las estrategias de sobrevivencia y los comportamientos colectivos que puedan darse, no modifica las relaciones sociales, ni conforma movimientos sociales; esto se debe comúnmente, a que este tipo de interacciones no buscan transformar las relaciones sociales de dominación que se ejercen sobre los principales recursos culturales, económicos, políticos y religiosos. Dichas interacciones se sitúan a nivel de redes emergentes casi siempre fuera de procedimientos institucionales, que difícilmente

dan paso a movimientos políticos reivindicativos; sus demandas giran en torno a la sobrevivencia, la necesidad de exigir el cumplimiento de derechos irrenunciables como los del trabajo, la alimentación, la vivienda, los servicios y, en especial, el de salud (véase Touraine, 1987:124).

La labor proselitista es una de las elaboraciones más complejas y desarrolladas que los individuos producen al interactuar de manera real e imaginaria con seres humanos y suprahumanos, en pos de recapturar un orden social que les permita complementar la vida pasada y presente, lo tradicional y lo moderno. Esto implica una asociación de conocimientos y reflexiones sobre los individuos y su vida cotidiana; asimismo, implica reconciliarse con el mundo, consigo mismo, sentirse bien y tener una orientación racional y adaptativa a lo cambiante.

La difusión religiosa vista desde la periferia

Según los estudios de Willems (1967), Lalive d'Epinay (1968), Marzal (1988) y Parker (1993), la labor proselitista se manifiesta con más fuerza en: a) el marco de la crisis económica y social que vive América Latina; b) la periferia de las ciudades y las zonas rurales; c) las actividades de subsistencia a través de las redes del capitalismo marginal subalterno. Esto, debido a que la difusión religiosa es estimulada por nuevos y potentes lazos comunitarios, organizados en redes sociales que surgen en el interior mismo de la localidad, independientemente de que la difusión religiosa este relacionada con los cambios económicos y políticos de los centros de difusión y hegemonía del mundo.

11. Lo señalado es lógico, si consideramos que el deterioro es menos susceptible en las redes de parentesco, o que éstas son las primeras de las cuales parten los individuos para construir sus demás redes.

El incremento de alternativas religiosas en las periferias, confirma una vez más que no hay una laicización de la vida cotidiana, sino más bien, una adaptación de los actores sociales a las duras condiciones de vida urbana, que revigora la imaginación religiosa y hacen florecer nuevas prácticas.

A diferencia de Stoll y Martin, no creo en la existencia de una competencia antagónica entre protestantes y católicos, sino más bien, en una interdependencia de ambos; ya que si no existiera esta diversidad religiosa se produciría una desintegración del tejido social, misma que las agrupaciones religiosas tratan de conservar, restablecer y reconfigurar. En este sentido, la labor proselitista es una fuerza social en movimiento, dentro de un vacío de respuestas que no han sido encontradas en instituciones tradicionales. Es una práctica religiosa que puede asimilarse en el microcosmos (la historia local) en interacción con el macrocosmos (la historia general), configurando modelos ideales de la vida diaria, donde el drama es el paso por el escenario de un personaje triunfante no solo en la vida sino incluso más allá de la muerte.

Atando y desatando

Investigar la difusión religiosa me llevó a plantear más preguntas que respuestas; es por ello que para terminar quisiera dejar una serie de preguntas en torno a las tendencias de la labor proselitista que pueden servir para futuras líneas de investigación.

¿Qué impacto puede tener una difusión religiosa cuando la institución que la promueve ya no es una garantía de lo sagrado? ¿Hacia dónde se desplazaría esta actividad? ¿Qué peligros se vislumbran ante la ausencia de significantes? ¿Existirá una difusión en condiciones tan desesperanzadoras? ¿Cuál sería la fuente de motivación? ¿Conduciría a

un pluralismo religioso? ¿Podrá desprenderse la difusión religiosa del tutelaje de las instituciones? ¿Qué nuevos obstáculos tendrá que sortear la difusión religiosa en un estado cada vez más secular? ¿Dónde estará concentrada? ¿Cómo se distribuiría? ¿Qué nuevas definiciones del concepto de religión habrá que formular? ¿Seguiremos hablando de continuidades o de rupturas?

Fuentes

Orales

150 historias de vida de informantes pertenecientes a las agrupaciones religiosas: Católica, Testigo de Jehová, Pentecostales (MIEN), Centro Cristiano Banderilla, Luz del Mundo, Asambleas de Dios, Iglesia de Dios del Séptimo Día, Grupo Génesis, Espiritistas, Renovación Carismática en el Espíritu Santo, La Vela Perpetua, Adoración Nocturna, Legión de María, Sagrado Corazón de Jesús, Virgen del Carmen y Josefinos. Todas las historias fueron recabadas entre julio de 1992 y diciembre de 1994; el 90% de ellas se realizaron en los domicilios de los entrevistados y un 10% en las oficinas de las agrupaciones religiosas.

53 entrevistas a informantes de Banderilla de las colonias: Centro, Ocotita, Temaxcalapa, 3 de Mayo, El Palenque, Rafael Murillo Vidal, Lomas Verdes, Roberto Smith, Díaz Mirón, 21 de Marzo, Arroyo Zarco, Veracruz, Lomas de Sedeño, Rancho Viejo, y algunas de reciente creación que carecían de nombre. También en congregaciones como El Arenal, La Haciendita, Xaltepec, El Pueblito, Piletas, y en ciudades como Jilotepec y Xalapa.

400 encuestas en el municipio, en especial, en las colonias que conforman la cabecera municipal.

Todo este material se encuentra concentrado en la base de datos del Seminario: *Cultura regional y formas religiosas* (CIRFA), para su consulta en la Biblioteca Gonzalo Aguirre Beltrán, Ciesas-Golfo.

Fuentes Documentales

Archivo General del estado de Veracruz

Archivo Municipal de la Ciudad de Xalapa

Archivo de la SRA

Archivo de la SRAH

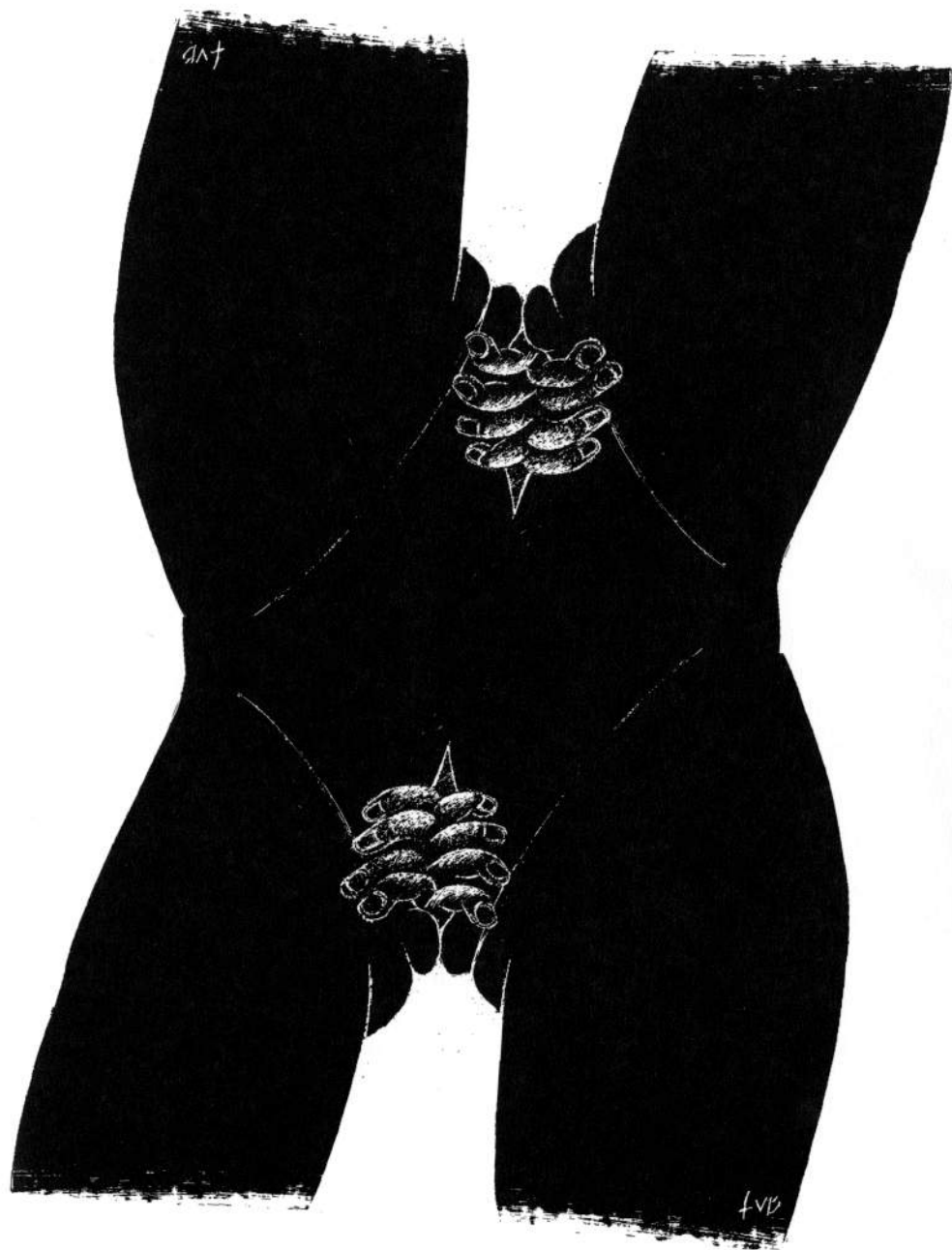
Archivo de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología del estado de Veracruz

Archivo Municipal de Banderilla

Censos de Población y Vivienda de 1930 a 1993. México.

Bibliografía

- BASTIAN, Jean Pierre (1964). *Protestantismos y Modernidad Latinoamericana. Historia de unas minorías activas en América Latina*. México. FCE.
- FAFCHAMPS, Marcel (1992). "Solidarity Networks in preindustrial societies: Rational Peasants with a Moral Economy". En *Economic Development and Cultural Change*. Estados Unidos. University of Chicago.
- FOSTERS, Geroge, M. (1960). *Cultura y conquista*. México. Universidad Veracruzana.
- KELLER, Suzanne (1975). *El vecindario urbano*. México. Siglo XXI.
- LALIVE D'EPINAY, Cristian (1968). *El refugio de las masas*. Santiago de Chile. Edit Del Pacifico.
- MARTIN, David (1990). *Tongues of Fire. The explosion of protestantism in Latin America*. Massachusetts, Basil Blackwell. Cambridge.
- MARZAL, Manuel (1988). *Los caminos religiosos de los inmigrantes en la Gran Lima: El caso del Agustino*. Perú. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- MAYER, Adrián, (1966). "The significance of cuasi-groups in the study in complex societies". En Michel Banton (compilador) *The social Anthropology of complex societies*. Londres.
- PARKERS, Cristian (1993). *Otra lógica en América Latina. Religión popular y modernización capitalista*. México, FCE.
- SAHLINS, Marshall (1979). "Hombre pobre, hombre rico, gran hombre, jefe: Tipos politicos en Melanesia y Polinesia". En J. R. Llobera (compilador) *Antropología Política*. Barcelona. Edit. Anagrama, pp. 267-288.
- STOLL, David (1990). *América Latina se vuelve protestante*. Ecuador Cayambe.
- TOURRAINE, Alain (1987). *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*. Chile, PREALC.
- VAZQUEZ, Palacios Felipe, R. (1991). *El protestantismo en Xalapa*. Colección v Encuentro. Mexico-Gobierno de Veracruz.
- (1996). *La difusión diferenciada de las agrupaciones religiosas y su impacto cultural en una localidad del centro de Veracruz*. Tesis de doctorado, México. Universidad Iberoamericana.
- WEBER, Max (1981). *Economía y sociedad*. México, FCE.
- WILLEMS, Emile (1967). *Followers of the new faiths*. Estados Unidos. Nashville Tenn. Vanderbilt University Press.
- ZABLUDOVSKY, Kuper Gina (1993). *Patrimonialismo y modernización, poder y dominación en la sociología del Oriente de Max Weber*. México. FCE.



Dimensiones culturales de la casa



Marco Antonio Guadarrama Flores
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/UNAM



*La casa me protege del frío nocturno, del sol del mediodía,
de los árboles derribados, del viento de los huracanes, de
las acechanzas del rayo, de los ríos desbordados, de los
hombres y de las fieras.*

Pero la casa no me protege de la muerte...

Jaime Sabines, Maltiempo, 1972.

Introducción

Esta exposición aborda algunas dimensiones socio culturales del espacio habitacional urbano, con el objetivo de privilegiar los contenidos subjetivos que le otorgan sus propios ocupantes a nivel social, familiar y personal. Con ello pretendo mostrar los valores y las conductas que le dan forma y fondo social a la casa, presentes en su apropiación simbólica como espacio vivido.

Consideré pertinente que el tratamiento debía contener un fuerte componente empírico, más que teórico; sería así un estudio exploratorio efectuado en el Distrito Federal, cuyos resultados no constituyen alguna muestra representativa o particular de este espacio urbano, pero sí son referentes específicos que pudieran servir para ampliar la información relacionada con el tema.¹

Las tareas conducentes se iniciaron con una revisión documental que resume en el primer apartado y que denomino "una discusión: las significaciones de la casa", que después se enriqueció con tareas en campo. Ubico en el centro del análisis al ocupante y lo convierto en punto de partida y de llegada de mi argumentación.

A lo largo del texto incorporo diversos testimonios producto del trabajo empírico, desarrollado en varias colonias por medio de entrevistas a profundidad, semidirigidas y aplicadas a un conjunto heterogéneo de personas. Las entrevistas se realizaron en el domicilio de los informantes, independiente-

1. Opté por ejemplificarlo en la ciudad de México porque, aun cuando sea éste un lugar que ha desempeñado múltiples roles importantes en la vida del país a lo largo de su historia, con un panorama de contrastes sociales en el que se encuentra inmiscuida la casa, y que ha sido objeto de estudios amplios en materia habitacional, no existen análisis de la significación cultural de la casa.

mente de edad, sexo, ocupación laboral, ubicación y tipo de casa.²

La entrevista consistió en plantear tres preguntas-tema, a saber: ¿cómo usas tu casa?, ¿qué piensas de ella? y ¿qué significa para ti? A partir de esas interrogantes decidí que las respuestas fluyeran libremente, sin importar su extensión; la única solicitud expresa a quienes aceptaron participar en la conversación fue que permitieran grabarla.

Consecuentemente expongo experiencias concretas de los contenidos simbólicos de la casa. La organización del trabajo obedece a la agrupación de los diversos tópicos que los entrevistados abordaron en sus respuestas. Dicha agrupación comprende tres apartados globales, correspondientes a los tres niveles con que relacionan su casa como bien simbólico: social, familiar y personal. Cada uno de éstos se configura a partir de los testimonios, que constituyen el contenido fundamental de esta exposición, mismos que a través de sus respectivos apartados contribuyen, en conjunto, a presentar una visión esencial del tema.

La estructura de este artículo muestra los sentidos que sus ocupantes confieren a su casa y da cuenta del resguardo de tradiciones culturales: el apego al terreno, el arraigo a lo que los ocupantes consideran suyo y, por tanto, la identificación que les une de manera inmanente al espacio de la ciudad, desde un espacio más íntimo que es la casa.

Una discusión: las significaciones de la casa

Mi madre,

entonces, establecerá un oscuro contrapunto con quien esté a su lado. O con nadie: da igual. Lo que importa es mantener la casa bien despierta, llena de voces que resalten sobre el coro confuso de gallinas y gatos, perros y guajolotes; y pájaros que mezclan su trino con el agua que suena en el estanque interminablemente.

Efraín Bartolomé, Ojo de Jaguar, 1984.

El espacio habitacional constituye un tema de interés por las implicaciones económico políticas que reviste y por los malestares sociales y culturales que su problemática deriva. Se encuentra presente en trabajos realizados desde muy diversas disciplinas.³ La vivienda en sí no representa un problema, sino la falta de ella o sus limitaciones en cuanto a las necesidades de quien la habita y es en éste sentido que otorga atención a factores económicos, políticos y jurídicos, lo cual es ciertamente necesario porque tienen importancia innegable, pero es fácilmente observable que soslayan aspectos socio culturales que no solo son inherentes, sino cruciales del ámbito habitacional.⁴

En efecto, atendida la vivienda desde distintas perspectivas, en ellas se han considerado sus formas constructivas, o su funcionamiento como pro-

2. Para mayores referencias del ámbito de las técnicas véase Pujadas, Muñoz Juan José, (1992), *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*, Madrid, editado por el Centro de Investigaciones Sociológicas.

3. Ha sido objeto de estudio desde el enfoque de la filosofía o de la historia; desde las perspectivas de la arquitectura, el urbanismo o la ecología. También desde las ópticas de la economía, la política, la antropología y la sociología. Además de los ensayos que los estudiosos del tema realizado con base en las nociones propias de cada una de estas disciplinas, existen trabajos emprendidos con fundamentos

relativos a los ámbitos técnico y administrativo.

4. Aun cuando la vivienda es susceptible de diversas interpretaciones —tal como lo demuestran las numerosas investigaciones y publicaciones que sobre ella se conocen—, en la mayoría de los trabajos realizados han predominado únicamente análisis que conducen a resaltar aspectos relacionados con la escasez habitacional, o bien llevan a reflexionar en torno a los problemas que se generan entre producción y consumo, entre políticas gubernamentales y necesidades sociales, entre propiedad del suelo y demanda habitacional.

ductora de espacios urbanísticos, de acuerdo con la magnitud de las áreas que la componen, o bien por su déficit, en función de una demanda social. En general, los parámetros que se consideran para su estudio obedecen a intereses de las propias disciplinas desde las cuales se trabaja. No obstante, en algunos estudios las fronteras disciplinarias casi desaparecen al momento de trabajar el tema, como resultado de la forma en que se le aborda, de los instrumentos teóricos y metodológicos que se utilizan y de las bases del discurso que se encadena en el desarrollo del texto.⁵

Por ejemplo, en lo que se refiere a la arquitectura, la vivienda ha sido tratada de maneras diferentes, pero desde los años sesenta se han incorporado elementos de otras disciplinas, de manera tal que ha rebasado en mucho sus ámbitos de acción y ha enriquecido así su propia perspectiva, en parte, con las aportaciones de la economía, la antropología y la sociología con bases filosóficas.⁶ La arquitectura ha dejado de ser un mero enfoque descriptivo de las técnicas de diseño y construcción, de la estética y de la forma o de la situación económica administrativa en que se produce, para ocuparse cada vez con mayor interés de la relación entre la forma de la ciudad y la vivienda y los impactos socio culturales que genera: "la arquitectura, más allá de su forma espacial, se constituye en una ventana desde donde se pueden mirar las formas de vida de la

sociedad y sus complejas redes de relaciones económicas, sociales y culturales".⁷

Desde el enfoque de la economía, la vivienda es esencialmente un bien material, que contiene valores de uso y de cambio; y en cuanto tal, posee características generales de una mercancía, de la que solo interesaría su posesión material sin importar, de hecho, los contenidos simbólicos.⁸ Al respecto es posible afirmar que la economía sigue siendo un factor determinante en la arquitectura habitacional y que tal perspectiva es importante. La vivienda no solo comprende aspectos materiales, sino se configura como un fenómeno que involucra varias dimensiones tanto objetivas como subjetivas, y en estas últimas se da el despliegue espiritual de sus ocupantes.⁹ De ahí que resulte pertinente enriquecer el objeto de estudio a su alrededor y advertir la importancia de las dimensiones culturales del espacio habitacional. Lo anterior hace evidente la necesidad de incorporar otra perspectiva, como una manera de ampliar el tema, de modo que se considere la vivienda en todas aquellas acepciones que pueda tener para el ser humano.

Por eso mismo aludo a la visión socio cultural, la cual no niega el hecho de que la vivienda sea una mercancía o un producto arquitectónico, pero en su explicación más amplia la economía y la arquitectura no son las únicas ópticas privilegiadas para

5. Es el caso de la interacción de la sociología con la economía o la sociología con la arquitectura en donde convergen cuando el objeto de estudio se encuentra enclavado en la temática de lo urbano.

6. Cabe citar la obra Muntañola, Thorberg Josep, (1981), *Poética y arquitectura*, Barcelona, Ed. Anagrama, entre muchas otras.

7. Esta es una idea que expresa Gustavo Romero en la introducción al texto de Ayala, Enrique, (1995), *La casa de la ciudad de México*, México, mimeo.

8. Los trabajos realizados acerca de la cuestión habitacional en México,

con base en planteamientos propios de la economía, toman en cuenta en general la relación entre el problema de la vivienda y el desarrollo económico capitalista como situación globalizadora, determinante y explicativa del tema. Véase la discusión de Emilio Pradilla y Martha Schteigart, en Pradilla, (1982) (comp), *Ensayos sobre el problema de la vivienda en América Latina*, México, UAM-X.

9. Con el término *despliegue espiritual* se pretende referir el sentido de la construcción cultural de la casa que, a lo largo del tiempo, dan sus ocupantes, expresada como contenido simbólico.

arribar a un territorio conceptual donde se aprecia la importancia de las dimensiones culturales.

Pensar así el tema significa mirar la vivienda más allá de los términos de su proceso racional y pragmático, para acceder al ámbito de la satisfacción de necesidades espirituales. Importa no tanto cómo ha sido descrita la vivienda en el discurso oficialista, sino cómo se ha vivido, y ello tendría que verse desde la perspectiva de los usuarios. Aquí surge la importancia del aspecto socio cultural, porque ahí se hacen presentes factores subjetivos o simbólicos. Aquilatarlos implica trascender la noción misma de vivienda par dar paso al concepto de casa.¹⁰

Cabe insistir en que estas diferentes interpretaciones son, sin embargo, lecturas de un mismo hecho social. No obstante, cuando se observa únicamente en sus aspectos objetivos, se le concibe como vivienda. En cambio, cuando además se incluye lo subjetivo, ya no es posible hablar únicamente de la vivienda, sino de la casa; nombrarla así representa una vía de apropiación: es leer esa misma realidad desde otro sitio, más cercano y penetrante, que no es otro que el de sus ocupantes, quienes al referirse al lugar donde viven, no dicen mi vivienda, dicen "mi casa". Cambia el foco de atención, el cual no niega la importancia de otras perspectivas —puesto que la casa no deja de ser una edificación— pero es algo más, aquí se involucran los significados que posee desde todos los ángulos.

Considero la casa como un producto socio cultural, percibido como tal en el proceso de producción, apropiación y uso habitacional de acuerdo con el contexto en que se desenvuelve; donde su rasgo principal es ser un espacio social, en tanto que se

presenta como proceso heterogéneo, diferenciado por los ocupantes que intervienen en esa producción, apropiación y uso, cuyas peculiaridades en cada caso se transforman en tiempo y espacio. Y, en la medida en que su contenido cultural se despliega, la casa se asume como espacio no solo de resguardo o patrimonio familiar, sino también simbólico.

Para ocuparme de la casa en sus dimensiones culturales, en este trabajo la defino como un espacio de habitación donde sus ocupantes interactúan a través del despliegue de valores y conductas que los colocan en un rol de actores en ese escenario que ocupan como su casa, su hogar, su morada, su espacio privado, en el que encuentran resguardo social y espiritual. Así se constituye un espacio entendido como bien material y simbólico a la vez.

La casa: un bien social simbólico

*Cuartos a la deriva
entre ciudades que se van a pique,
cuartos y calles, nombres como heridas,
el cuarto con ventanas a otros cuartos
con el mismo papel descolorido
donde un hombre en camisa lee el periódico
o plancha una mujer; ...
trampas, celdas, cavernas encantadas,
pajareras y cuartos numerados,
todos se transfiguran, todos vuelan,
cada moldura es nube, cada puerta...
cada mesa es un festín...
todo se transfigura y es sagrado,
es el centro del mundo cada cuarto,
es la primera noche, es el primer día...*
Octavio Paz, Fragmento de Piedra de Sol, 1957.

10. Al respecto es posible afirmar que en los autores clásicos en sociología está presente la idea de vivienda como un hecho simbólico, lo mismo en Durkheim que en Weber o incluso en Marx aunque este último nunca haya señalado su filiación a esta disciplina.

En este apartado se presentan algunas expresiones simbólicas de la casa, generadas a partir de los dis-

tintos usos que los espacios adoptan por parte de los ocupantes. Se exponen aquellos elementos que permiten pensar la casa no solo como un espacio físico construido, sino además como un espacio social que posee significaciones subjetivas que si bien guardan una relación directa con la localización geográfica y demográfica, la modalidad jurídica, la calidad constructiva, el tamaño, las formas arquitectónicas y el valor comercial, también presentan su propia importancia. Veamos.

La casa como refugio

Los antecedentes de la casa se encuentran, según lo registra la historia, en el periodo paleolítico, en el cual los grupos humanos empezaron a experimentar una vida nómada. Los grupos sociales primitivos necesitaban protegerse y utilizar refugios que la naturaleza proporcionaba en grutas y bajo las rocas.¹¹

Después empezaron a construir sus refugios sobre materiales blandos existentes en la zona. Ciertamente, una vez protegidos pasaron a edificar una habitación con los materiales de que disponían a la mano, cuyo rasgo principal era el de un diseño armónico con el medio ambiente, con poca capacidad para ofrecer protección ante situaciones extraordinarias referentes al clima, perennidad, resistencia y alojamiento de bienes.¹²

Algunos rasgos de las casas primitivas perduran hasta la actualidad. En efecto, según lo precisa Deffontaines, hoy día hay quienes acostumbran construir como casa lo que no es más que una mampara precaria opuesta a los vientos, la cual les protege del frío.¹³

Hay familias que preservan el uso de materiales tradicionales comúnmente usados en casas sencillas y rudimentarias. Aún existen, por ejemplo, viviendas de adobe, de piedra o de madera en la

ciudad de México. Desde luego que, en general, en la construcción de casas se emplean materiales que en la región se ofrecen y se diseñan según las condiciones climáticas, tal como se usaba en el pasado, en conjugación con las modas y los gustos modernos.

Es importante destacar, a partir de esta base, la diferencia entre vivienda como bien material y la casa como identidad. En tal caso se ha llegado a usar cualquier tapanco o rincón público o privado, y en ocasiones se usan automóviles que funcionan como transporte durante el día, y por la noche forman un recinto protector. También hay quienes duermen a la intemperie. Estos tipos de casa ofrecen movilidad geográfica aunque no siempre sea deseada. Mientras que, en los estratos socio económicos altos, hay quienes cuentan con una residencia principal que combinan con una residencia secundaria destinada al descanso, la cual emplean como casa de fin de semana y que comúnmente está cerca de la principal o en las periferias de la ciudad. No obstante lo anterior, la casa familiar es solo una y de carácter fijo. Por éste motivo se tiende a construirla con materiales duraderos, mientras que el ornato puede variar según las costumbres y la disponibilidad de inversión.¹⁴

La casa se presenta, al menos en sus formas tradicionales, como producto de relaciones muy complejas entre la disponibilidad de recursos y la hostilidad propia del medio natural local, así como

11. Para profundizar en el tema véase el libro Lezama, José Luis, (1993), *Teoría Social, Espacio y Ciudad*, México, Colegio de México.

12. Véase el texto *Historie de l'urbanisme*, de Pierre Lavedan y Jeanne Huguency, París, Ed. Henri Laurens.

13. Deffontaines, Pienne, (1972), *El hombre y su casa*, París, NRS.

14. Pezeu-Massabuau, (1988), *La vivienda como espacio social*, México, Fondo de Cultura Económica.

de las exigencias o posibilidades técnicas existentes y sobre todo de la capacidad económica. Por ello, es posible advertir varios tipos de vivienda en una misma comunidad. Desde luego existen partes en que, por el contrario, persiste hasta la actualidad un tipo uniforme de construcción, que ofrece a todos los habitantes un marco de vida semejante en una zona a veces extensa.¹⁵

Sobre la variedad de formas que presenta la casa, predomina una variedad que corresponde con la cultura de la región. En general, el núcleo familiar conyugal está compuesto por el padre, la madre y los hijos, pero en ocasiones se trata de familias extensas integradas por algunos parientes que se agregan a la familia nuclear. Tanto en épocas pasadas como en la actualidad existen familias con pocos miembros pero también las hay numerosas.¹⁶

Estas situaciones específicas quedan rebasadas ante algunos comportamientos comunes a todos los grupos sociales. La casa es, a la vez, refugio y área de apropiación indispensable para desarrollar actividades que aseguran la continuidad de la vida cotidiana. En este sentido cabe precisar que en el nivel más inmediato del instinto, la casa constituye un medio vital para la sobrevivencia y es imprescindible poseerla.

Es esta idea la que motivó a Andréa Arriaga¹⁷ decirme que "el hogar es lo único que nos da confianza, sobre todo cuando los vecinos también nos dan confianza. En nuestra casa podemos sentir con-

fianza porque el hogar es la seguridad, es estar en paz, aun cuando después del trabajo nos hagan trabajar para cuidarla y mantenerla".

Y para Erika Domínguez¹⁸ su casa es como el espacio ideal de la familia y para cada uno de sus miembros, "tarde o temprano tenemos que llegar a nuestro hogar, vengamos como vengamos y de donde vengamos. Lo primero es llegar al hogar, porque para nosotros representa el descanso, el bienestar y más que nada nos brinda mucha seguridad de todo tipo".

La casa como lugar especial

Para muchas personas la casa significa el lugar de las tradiciones y las costumbres. Hay otras personas para quienes significa todo. Y lo explican como el hogar, el refugio, el patrimonio, la herencia, su lugar, en suma, algo muy especial.

"Es mi segunda piel, dice Efraín Bartolomé,¹⁹ es mi casa, es el espacio tierno en que la Madre Tierra me permite vivir y estar con ella. Es la hoguera, el hogar: el espacio junto al Fuego donde el Amor reúne a la pareja y a la familia. El lugar para honrar a la gran Diosa que nos permite amar, pensar, crear, vivir, arder [...] Nos permite aislarnos del crimen y del viento, del frío y de la lluvia; nos permite aislarnos y al mismo tiempo unirnos a la comunidad, al infierno que son los otros según dijera Sartre. La casa me une a los amigos, a los que recibo y de cuya felicidad me encargo mientras están bajo mi techo. La casa me une a la comunidad de humanos que comparten mi cuadra, mi manzana, mi colonia, mi ciudad [...] Y me aísla para el descanso, para el amor, para la comodidad y para el sueño".

A diferencia de identificar la casa como intermediaria entre la ciudad y la persona, entre la comunidad y el yo, es posible definirla como el lugar "para aterrizar con la familia, tal como lo describe

15. Puede ampliarse la panorámica con el trabajo Mumford, Lewis, (1966), *La ciudad en la historia*, Buenos Aires, Ed. Infinito.

16. Pezeu-Massabuau, (1988), *Idem*.

17. Estudiante universitaria de 25 años de edad, ocupante de una casa unifamiliar, vecina de la colonia Anzures.

18. Estudiante de carrera técnica de 27 años de edad, ocupante de una casa unifamiliar en la zona urbana de Milpa Alta.

19. Poeta y psicoterapeuta de 46 años de edad, ocupante de una casa unifamiliar en la colonia Lomas de Padriana.

Gabriela Quiroz,²⁰ a la hora que es posible hacerlo, es el lugar donde hago base y donde encuentro a la gente con la que comparto el mismo techo, la misma cocina, una televisión o la lavadora”.

Erika Domínguez explica que su casa significa “el lugar que lo representa todo, porque ahí es donde recibimos todo y damos todo, ahí tratamos de dar lo mejor. Representa muchísimo por ser nuestro hogar”.

Ese todo que explica la convergencia de múltiples experiencias, bien puede significar tanto cosas materiales como simbólicas, en los mismos términos en que lo hace Guadalupe Belmontes²¹ cuando señala que “mi casa es la extensión de mi cuerpo y de mis sentidos, como parte de la naturaleza. Es mi espacio, el habitat, mi espacio vital. El que me permite pensar, producir, tomar alimentos, meditar y tener paz y la tranquilidad que yo construyo. Que yo limpio y embellezco. Es un reflejo de mí. Por eso es la extensión de mi cuerpo y mis sentidos, de mi olfato, de mi gusto. La siento como una extensión, su interior es parte de la naturaleza. Su espacio es mi hábitat”.

Por lo señalado anteriormente es posible afirmar la existencia de una relación compleja entre casa y ambiente que sensibiliza la cotidianeidad. Por medio de este ambiente la casa mantiene un modo de ser que no es únicamente material, aunque para trascenderlo requiera precisamente de lo material, aquellos elementos que dan cobijo, como son muros, techos, pisos y materiales “fuertes”.

Es decir, el espacio físico influye en el comportamiento y las significaciones tanto individuales como colectivas. Así es como la casa despliega diversas manifestaciones socio culturales relacionadas con su espacio. Una de esas expresiones es la que relaciona lo alto con lo bajo, donde la altura se vincula con el cielo. Se trata de la planta superior, el desván, la terraza o la azotea, mientras que lo bajo es la planta a nivel del suelo, el sótano o los cimien-

tos. De acuerdo con Bachelard, de manera mítica, la casa es el espacio habitacional donde se neutralizan favorablemente las fuerzas del exterior, del cielo y del subsuelo.²²

Esta doble imagen de la casa, que es a la vez positiva y negativa, se expresa mediante su rechazo simbólico del exterior. Y le da una función activa a la casa que se muestra como si tuviera existencia propia, en la que pareciera que se funden todas las imágenes que de ella han elaborado los distintos episodios históricos de una cultura.

Si bien la casa posee un carácter poético, tal como lo plantea Bachelard, tiene además un papel importante en el proceso de inserción del niño en el grupo familiar. Es también el lugar de aprendizaje de la vida social. Allí se reconoce la autoridad en la figura paterna o materna e incluso en los abuelos y a veces en la servidumbre. Allí también reciben ellos influencia tal que recrea el super-yo del que jamás podrán liberarse completamente en la vida adulta. La imagen de morada natal es la que primero y más profundamente se ha grabado en su memoria. No habrá alguien que olvide el ruido de sus puertas o el olor de su cocina, consciente o inconscientemente intentará recrearla o en oposición desprenderse de ella.²³

Alberto Sosa²⁴ dice: “este departamento es de mi propiedad. Le pongo seguros a la puerta para

20. Secretaria bilingüe de 47 años de edad, con estudios de secundaria, ocupante de una casa unifamiliar ubicada en San Ángel.

21. Fotógrafa y promotora de arte de 38 años de edad, ocupante de una casa unifamiliar en la colonia Lomas de Padierna.

22. Bachelard, Gastón, (1965), *La poética del espacio*, México, Fondo de Cultura Económica.

23. Bachelard, Gastón, (1965), *Idem*.

24. Licenciado en Ciencias de la Comunicación de 48 años de edad, vecino de la Unidad Nonoalco Tlatelolco.

que nadie entre. También por eso tengo mi perro. Aúlla cuando siente peligro y entonces nada pasa. Pero mi casa, mi casa, es la de mis papás. Aún recuerdo cuando era niño y lo que hacía en el patio. Cuando lo recuerdo me pongo feliz, aunque también me da tristeza porque todavía extraño esa casa. Éste solo es mi departamento. Lo tengo porque aquí trabajo y aquí estudio desde hace muchos años”.

Por eso, la casa adquiere valor a través de los actos de sus ocupantes en donde el espacio es el escenario obligado. La casa sigue siendo el lugar natal y a partir de ello asume la capacidad de perpetuar a la familia, abrigar a la pareja y albergar al matrimonio. Tradicionalmente es a la mujer a quien los rituales del matrimonio identifican con la casa. A la mujer se le han asignado tareas domésticas y en ella recae el deber de perpetuar la descendencia; de manera que cuando no logra esto último deja de personificar la casa cuya función reproductora simbólica es incapaz de desempeñar y de la cual obtenía su estatus de esposa. Así se entiende que en el movimiento urbano popular, cuya demanda central se erige en torno de la vivienda-casa, sean las mujeres las protagonistas estelares de ese tipo de acción colectiva. Cuestión simbólica que, por cierto, poco se ha tratado desde esa perspectiva.

Además, entre el ser humano y la casa, como producto elaborado por él mismo, existe una relación inmanente y circunscrita por el proceso cultural de civilización. Es el hombre el jefe de la casa pero no el principal usuario de ella. Es él quien, generalmente, la adquiere y se la da en usufructo a la mujer.

Otro argumento es que la relación inherente entre el individuo y la casa, que se expresa en la correspondencia de las necesidades de movilidad social de los ocupantes y la satisfacción recibida a través de las formas y espacios que integran la casa, de acuerdo con modelos y costumbres arraigadas.

Se podría afirmar que la casa se halla inmersa en las dimensiones socioculturales de la civilización de que se trate, y por eso mismo, la casa ha cambiado por diversos factores, entre los cuales destacan los modos de existencia de los ocupantes, lo que ha derivado una en gran diversidad de diseños.

La casa como espacio de sociabilidad

En general en todas las sociedades concurre un proceso de sociabilidad que, en parte, se presenta en la casa a partir de ciertas costumbres y obligaciones. La sociabilidad se funda en vínculos afectivos o tradicionales que propician fuerte apego del individuo. Los tipos de sociabilidad afectan los espacios de la casa. Y más aún, abarcan todo el espacio público.

Por ejemplo, la desaparición de la Colonia trajo consigo la desaparición de ciertos tipos de casa que correspondieron a formas de explotación ligados a ella, en particular la de los alojamientos colectivos. Sin embargo, hoy persiste la costumbre de obligar a cohabitar a los individuos o a las parejas casadas en la misma casa paterna. De este modo se agrupa bajo un mismo techo, o en alojamientos distintos, a familias diferentes, según una economía espacial que refleja con fidelidad estricta la organización de la colectividad.

La casa se abre al espacio del grupo, tal y como sus propios ocupantes se inserten en él por medio de esa sociabilidad; aunque sea así de un modo selectivo y con base en lazos familiares, de interés o amistad, según una gradación de intimidad, que se extiende recíprocamente desde la demostración del cariño más profundo, el afecto y la cooperación, hasta un simple signo de reconocimiento.

La inserción en efecto se realiza de manera diferenciada. Varía según los miembros de la familia por lo que puede tornarse en un factor de disocia-

ción del grupo familiar, quienes a su vez incorporan a distintos subgrupos de la comunidad local. Toda vez que su función en el equilibrio de la vida comunitaria se deriva de esta complementación, las asociaciones espontáneas de cada miembro son antagónicas. A través de esta sociabilidad extra familiar, el grupo consanguíneo extiende su espacio social más allá de los muros de la casa, cuya función agobiante se encuentra captada igualmente por ciertas edificaciones utilizadas en común y asignadas a diversos usos.

Por ejemplo: el molino, la tienda de abarrotes, el restaurante o la cafetería, los baños públicos, el salón de clases, la plazuela, los grandes centros comerciales, el cine o el teatro de la ciudad, desempeñan funciones similares de sociabilidad extra familiar. Y lo mismo ocurre en el camión, el "Metro" o el tren ligero.

No obstante, la casa conserva una función privilegiada que se refuerza en torno de la mesa, donde reaparece su contenido simbólico, de acuerdo con las costumbres y la moral de cada familia. Las distracciones lúdicas, gastronómicas o artísticas que se proporcionan en la casa son ofrecidas como complemento; por eso es que la vía para participar sea una invitación que preferentemente está dirigida a familiares y personas allegadas. Además, la casa es escenario de nacimientos, nupcias o funerales, mismos que fortalecen la unión de las familias. En esto se hace evidente la importancia de los vínculos familiares, como factores de solidaridad que se estrechan en reuniones que se efectúan en la casa y donde acuden familiares y amigos. Se promueve lo que podría denominarse una virtual unión protectora y espiritual de las casas en una colonia, o barrio o el fraccionamiento.²⁵ En resumen, el espacio social que contiene la casa es en esencia el del núcleo básico de la sociedad que es la familia.

La casa como espacio de comunicación: entre un adentro y un afuera

La interacción social de los ocupantes con el mundo exterior hace pasar de la función elemental de refugio físico a la función de espacio de comunicación. Toda habitación individual o departamento es un refugio que perpetúa los actos más elementales de la vida humana. Al interactuar con el resto de la sociedad, la casa se convierte en un espacio social de comunicación. Es la puerta que comunica a los ocupantes con el mundo exterior. Esa porción del universo que se abre o cierra con respecto a lo externo y a otras colectividades, es al mismo tiempo un espacio material apropiado para satisfacer las funciones elementales de existencia; asimismo es un espacio jurídico que la ley preserva de cualquier intrusión extraña y un espacio de control en el que cada uno de los ocupantes experimenta un nivel particular de autoridad intrafamiliar. Estas tres funciones solo pueden actuar en relación con las costumbres más amplias de la sociedad en su conjunto, de manera que cada una plantea el problema esencial de la inserción de la vida privada en la vida colectiva o, al revés, la influencia del espacio público en el espacio privado.

A este respecto Rigoberto Pantoja²⁶ me comentaba que "en el barrio de Milpa Alta tú abres la puerta sin temor a nada. Aquí todavía hay respeto. Si no se es invitado uno no pasa. No hay colados porque estamos identificados. Es diferente que en la ciudad. Allá los vecinos son problema porque no son compartibles, ni siquiera en amistad, tampoco en terruño. Esto es de origen y eso es lo contradic-

25. Pezeu-Massabau, (1988), *Idem*. El autor enfatiza la vida espiritual como parte de cualquier casa, independientemente del contexto socio económico donde se encuentre.

26. Mecánico automotriz de 57 años de edad, ocupante de una casa unifamiliar, vecino del barrio San Mateo en Milpa Alta.

torio y lo problemático. Aquí, en cambio, todos nos respetamos y podemos tener la puerta abierta para convivir con nuestros vecinos y amigos”.

Para mucha gente en la ciudad, la casa se vuelve extensión del espacio social bajo diversas circunstancias, entre las que destacan las fiestas, sean familiares o patronales. Por ejemplo, para Erika su casa es un lugar “donde recibimos a todos y tratamos de dar lo mejor, porque representa no solo un lugar de descanso y para vivir, sino que es además un lugar para convivir socialmente. Por eso tratamos de mantenerlo lo mejor posible, para ser muy visitados por compadres, amigos, familiares y vecinos en general que en las fiestas llegan aquí [...] no siempre los mismos, pero llegan”.

La casa: un bien familiar simbólico

En una casa hay recuerdos de familia.

Por eso me gustan los materiales tradicionales como el barro, los ladrillos y la teja, porque siento que por ellos hay una energía que permanece guardada en el espacio de la casa, que hay emociones como espejos, como testigos mudos de momentos tristes o felices. Me gustan porque son parte de la tierra y la tierra es parte de lo nuestro.

Gabriela Quiroz, Comunicación personal, 1995.

La casa como refugio espiritual de la familia

Para algunas personas la casa significa el lugar de la familia, el lugar donde se reúnen los familiares. El papel de refugio espiritual que desempeña la casa se debe a necesidades de tipo simbólico, las cuales se satisfacen al crearse un ambiente propicio, que hace posible la construcción de un “nosotros” identificados con la fe.

El hombre se protege en su casa por medio de lo construido, pero además por medio de elementos simbólicos y religiosos que dan confianza y resguardo espiritual a sus ocupantes ante supuestas influencias negativas. La casa puede entonces resistir con éxito la acción de poderes malignos. Cada civilización ha perfeccionado sus propias prescripciones. En algunos casos interviene una específica disposición de sus elementos arquitectónicos.

Acerca de esto, Gourou destaca la concordancia que existe entre los principios espirituales y las imposiciones del clima. Digamos entre la metafísica y la geografía. En ocasiones los ocupantes orientan la fachada principal hacia donde sale el sol, que en muchas religiones está ligado con la vida y el bienestar; de manera opuesta, el frío correspondería al malestar.²⁷

Durante el mismo proceso de construcción de la casa llegan a efectuarse algunos ritos que suponen traen beneficios a la construcción y a sus futuros ocupantes. Entre otros puede señalarse la cruz ornamentada que los albañiles colocan el día 3 de mayo (día de la Santa Cruz). De manera adicional la presencia o ausencia de los difuntos le confiere seguridad a la casa o en su defecto una condena nefasta. De aquí la preocupación por conservar los restos de los antepasados en la casa, estando aún bajo formas simbólicas como son las tablillas funerarias o cualquier otro objeto.

La costumbre de enterrar a los difuntos bajo el techo propio se remonta a la prehistoria, pero ha perdurado por siglos. Esta presencia póstuma le confiere a la morada una perennidad mayor que la reviste de una protección particular. A partir de entonces, todo fortalecimiento del aparato defensivo favorece también la preservación de los muertos y la de esa protección que ellos brindan a los vivos.

27. Pezeu-Massabuau, (1988:40).

Esto quizá tenga relación con la costumbre de muchas localidades mexicanas de enterrar a los niños muertos en el patio trasero de la casa, además de otras razones.

Quizá el culto a los muertos exprese un anhelo de perpetuar la vivienda así como la familia que la habita. Así, los gastos ocasionados por su construcción efectuados en beneficio de antepasados contribuyen a la solidez del refugio. El hecho mismo de que la casa guarde un culto, sea de los muertos o cualquier otro, implica siempre un deseo de sentirse protegido. Como si al individuo le resultara imposible decidirse a escoger y acondicionar para su familia una vacante del espacio común, sin antes conjurarlo de las fuerzas del mal. Lo primero que hace es introducir a la divinidad antes de resolverse a habitar dicho espacio.

La casa, por consiguiente, provista de protecciones espirituales o concretas, mágicas o experimentadas, siempre ha constituido —más que una defensa en sí misma— una proyección ideal del refugio y entre sus paredes el hombre ha podido consagrarse a vivir. A partir de este sentido de refugio espiritual, el espacio familiar se cubre de una seguridad subjetiva que permite que sus ocupantes experimenten sentimientos de paz y tranquilidad en su interior, independientemente de que sus formas arquitectónicas y la propia construcción brinden, en mayor o menor medida, seguridad ante los peligros inminentes de la naturaleza y de la sociedad.

La casa como territorio familiar

La defensa de la casa se arraiga en la territorialidad. El derecho de propiedad del individuo sobre su espacio corporal y el dominio privado que lo rodea es una regla inviolable. A escala urbana, la ubicación segregada de la casa constituye una primera forma de protección. Esto se debe a que los grupos socia-

les con mejor situación económica prefieren segregarse para protegerse de otros grupos sociales que pudieran afectarlos. Por lo general se procura que la casa tenga seguridad. En su interior, la familia se protege de las agresiones espirituales y sociales. En esto el "hombre de la casa" está considerado su principal defensor. Por ello se explica la costumbre de asignar a las mujeres el área más recóndita y segura de la casa, lo cual proviene de la condición subordinada de objetos deseables como se les ha visto. También por razones de seguridad se confiere el mismo resguardo a los niños y ancianos.

Esta imagen tradicional del espacio doméstico que asigna una representación positiva al hombre y negativa a la mujer en el exterior, se invierte en el interior de la casa. La noción de pareja no tardó en quedar cimentada sobre una complementación económica que sustrajo parcialmente a la mujer de su condición de objeto, pero que aún así la mantuvo sometida a las labores hogareñas. Por tal razón se habla de su segunda jornada o de su doble papel histórico. Al participar en las actividades exteriores de la familia, sean de oficina, comerciales u otras, la mujer abandonó una supuesta debilidad que se le había asignado culturalmente y dejó de verse presa en aquel sector de la casa.

Solo el espacio de la cocina define el área donde ella se encuentra con regularidad. En principio, dentro de la casa la mujer ejerce una autoridad cada vez mayor, aunque también el hombre suele imponerle más allá de lo que concierne al cuidado de sus hijos o al manejo del servicio doméstico en su caso.

Ahora bien, el tiempo de la casa es menos largo que el ciclo familiar, de modo que su significación subjetiva transita por la conciencia de sus ocupantes, quienes ven en la casa una forma de continuidad familiar. De ésto parten algunas costumbres de reconstruir la casa conservando el modelo espacial

original para mantener su propia imagen de generación en generación, y por sobre la muerte de los familiares. Así, la casa es el lugar del nacimiento y donde se desea morir por una voluntad de permanencia, con lo que en ella se da el inicio de la vida y el final del destino.

Pero la relación entre la casa y sus ocupantes no cambia únicamente en el espacio, sino además en el tiempo. El número de sus ocupantes se incrementa con los hijos, familiares ascendientes y empleados domésticos. Poco después tenderá a reducirse con la compañía de un hijo soltero que se queda con sus padres, para después volver a aumentar.

Estos índices cambiantes de la densidad de ocupación de la casa propician la necesidad de ampliación de los espacios. Pezeu-Massabuau explica que la célula inicial puede ser una construcción rectangular, que más tarde crece con la edificación de áreas en los extremos, al requerirse alojamiento para los hijos casados. Con ello se crean patios interiores que terminan por quedar totalmente encerrados. Esto puede observarse donde hay suficiente espacio para que varias familias consanguíneas vivan en la misma casa, donde la costumbre es construir varios cuartos anexos. Y en lugares donde hay preferencia por la casa de varios pisos, se agrega un nivel a la planta baja, sobre todo cuando se cuenta con una edificación de material duradero.²⁸

Los ejemplos anteriores permiten apreciar la diversidad que expresa la acción de habitar, frente a la simplicidad explicativa de buscar la satisfacción de sus funciones vitales bajo un techo y apartado de sus semejantes, fijando con ello límites territoriales en la misma vivienda. Esa variedad de formas afecta a la casa y a sus ocupantes.

Sin embargo, dado que las costumbres definen tanto las relaciones sociales (en su principio y en sus ritos de realización) como las formas de la casa (por la tradición arquitectónica) resulta lógico que existan múltiples maneras de desarrollar una relación espacial casa-familia.

La casa como espacio familiar jerárquico

Los espacios de la casa se ordenan en relación con la existencia colectiva del grupo familiar. La casa es un espacio donde suelen mantenerse relaciones jerarquizadas entre sexos y generaciones, además de preservarse la cohesión familiar.

El mobiliario, la decoración y el aislamiento, confieren a cada parte de la casa una imagen correspondiente a las actividades que se realizan, dependiendo de la significación que los ocupantes les dan en particular, como partes integrantes de un conjunto. La importancia en cada caso se debe a la jerarquía que ocupan en el ámbito de significación de sus ocupantes, la cual está relacionada con la importancia que la sociedad asigna a determinadas relaciones sociales en lo general.

En este sentido existe una valorización vertical del espacio que se define por el estatus de cada miembro de la familia. En consecuencia, la casa representa un espacio percibido y utilizado de manera diferencial. En general, el hombre tiene una autoridad disminuida dentro de la casa de la que casi siempre y en todos los ámbitos posee. Mientras que para la mujer la casa representa un espacio ambiguo, al fungir como ama de casa y madre de familia, a la vez que —generalmente— se encuentra subordinada al hombre con quien vive. La casa representa para ella el lugar de su expansión anímica y de su esparcimiento, inmersos bajo dicha subordinación. Esta importancia que la casa le otorga a la mujer, deriva del hecho de que es ella quien

28. Pezeu-Massabuau, (1988:17).

la habita más completamente y por lo mismo se convierte en su guardiana, aunque el hombre sea el escudo protector. La autoridad que tiene en la casa deriva también de la que ella ejerce sobre sus hijos. Para ellos la casa es el refugio, el hogar acoedor en que resalta la figura de la madre.²⁹

La casa ideal

La casa ideal, como tal, es resultado de la configuración previa de la casa como idea. De acuerdo con Witold Rybczynski, la casa, como el lugar donde se vive, siempre es producto de una idea —de cómo queremos vivir— en donde la comodidad, la austeridad, lo privado y lo práctico son conceptos cuya importancia y significado cambia dentro de las transformaciones socio culturales. Él dice: “hasta que mi mujer y yo construimos nuestra propia casa descubrí personalmente la pobreza fundamental de las ideas arquitectónicas modernas [...] Mi tema no es tanto la realidad de la casa como la idea de la casa”.³⁰

En la ciudad de México, por ejemplo, las formas constructivas de la casa, los modos en que se habita, el mobiliario y la decoración, no guardan patrones que correspondan a aspectos culturales perfectamente definidos y de manera exclusiva. En todo caso existen tendencias que comparten características específicas. La diversidad o similitud no se haya esquematizada en una geografía habitacional dada para siempre. Pero lo que sí se tiene presente en todos los casos es la idea de la casa ideal.

Al respecto cabe citar aquí un extracto de la entrevista a Ernestina Méndez³¹ quien me comentaba que “se podría hablar de una casa ideal, que fuera funcional, con los espacios suficientes, que tuviera garage, donde comer, donde dormir. Yo quisiera mucho más espacio en los cuartos y en la cocina. También un lugar donde planchar y un lugar donde lavar con más comodidad. Que tuviera

iluminación y ventilación. Que pudiera tenderse la ropa al sol. Que tuviera espacios prácticos y suficientes. Con espacios verdes. Que fuera ecológica y permitiera reciclar el agua”.

La amplitud de espacios es el punto recurrente. Para Gabriela Quiroz lo ideal es que la casa sea grande, “que no sea estrecha sobre todo porque no hay razón para eso. Los pueblos están vacíos, las haciendas están vacías, sus casas se están cayendo, sus casas preciosísimas con sus patios centrales están vacías y la única gente que vive en los pueblos es la gente mayor. Cuando le pregunto a Conchita: dónde están tus hijos, ella me dice que ya se fueron, que todos están aquí en México y que las casas en el pueblo están vacías y deteriorándose, mientras que en la ciudad estamos apeñuscados, unos arriba de otros, inventando literas, inventando espacios, aun cuando el espacio que tenemos es para todos sabiéndolo compartir”.

Y añade: “Si tuviera oportunidad de comprar otra casa, probablemente me gustaría una casa de cuartos grandes, porque tenemos demasiadas cosas y somos tilicheros por tradición, quizá de familia, y por eso necesitamos espacio vital para no sentir que nos ahogamos. Sin importar si la loseta es Santa Julia que puede ser muy bonita, pero que en invierno es demasiado fresca. Por eso prefiero otros materiales que en tiempo de calor den frescura y yo pueda pisar y los hay de muchos estilos rústicos e higiénicos. Y los puedo combinar con paredes blancas que reflejen la luz y pueda yo desmanchar-

29. Pezeu-Massabuau, (1988).

30. Véase Rybczynski, (1991), *La casa. Historia de una idea*, Argentina, Editorial Emecé.

31. Normalista, profesora de escuela Primaria, de 40 años de edad, ocupante de un departamento de su propiedad, vecina de la colonia Molino de Rosas.

las con brocha y el blanco siga siendo blanco. Me gustaría una cocina de treinta metros cuadrados, tal como los que ahora tiene mi sala y en lugar de ésta una sala pequeña como la cocina que uso, para que en la cocina pudiéramos convivir más, porque ahí pasamos muchas horas. Me gustaría que ahí estuvieran los lavaderos y las tarjas y una barra con lugar para varias sillas o bancos, para que uno estuviera directamente frente a la estufa y servir los alimentos directamente de la lumbre y calentar tortillas a la misma altura. Y otra barra más para dos personas que pudieran estar juntas al lado de las otras personas, todos en una especie de isla con la estufa al centro y esas barras y esas sillas alrededor, para que cada quien se pudiera servir. Y es que todos necesitamos un espacio vital para estar cómodos”.

La casa: un bien personal

La casa donde nací no ha cambiado. Cuando murió mi padre, al repartirnos lo que dejó para todos sus hijos, la desarmamos para dar a mis hermanos los palos del techo y de las paredes que les pertenecían; pero yo volví a levantarla en el mismo lugar, con paja nueva en el techo y lodo para el relleno de las paredes.

Todo está igual que como lo vi cuando era niño; nada ha cambiado. Cuando yo muera y venga mi ánima, encontrará los mismos senderos por donde anduve en vida, y reconocerá mi casa.

Ricardo Pozas, Juan Pérez Jolote, 1989.

La casa como espacio privado

Los seres humanos necesitan de un espacio vital y ese espacio lo constituye la casa. Pero tal carácter presenta matices. La casa como espacio privado

se constituye bajo el contexto de una situación emocional que otorga ese carácter y, por tanto, genera o limita la posibilidad de apertura de la casa hacia la calle. Y se manifiesta de diversas maneras.

La importancia de ese espacio vital depende del deseo de estar ahí, como en el caso de Claudia Hernández,³² lo cual depende a su vez de “estar a gusto o no con los demás que viven en la misma casa”.

“Lo mejor de la casa es para las visitas —exclama Gabriela Quiroz— aunque casi nunca las hay porque mi mamá prefiere la privacidad. No hay visitas, a menos que uno mismo tome la actitud de convertirse en visita de su propia casa y pueda sentarse en la sala y disfrutarla como una visita. Si no hay visitas, quizá debiera invitar a mi mamá y a mis hijos como visitas y hacerlos pasar a la sala y sacudir el sillón al sentarse, porque los únicos que se sientan en la sala son los dos gatos que tengo y por eso se sientan los dueños de la sala”.

Pero a diferencia de esos espacios públicos impuestos culturalmente, se encuentran además los otros más personales como los que detalla Gabriela Quiroz: “en la casa tenemos rincones, porque todos atesoramos algo. Todos necesitamos rincones para atesorar cosas. Yo tengo mi rincón en mi recámara, ahí está la ropa y los juguetes de mis hijos de cuando eran niños. Ahí se encuentran cartas viejas y ropa usada que ya no se usa. Tengo otros rincones donde guardo fotografías en blanco y negro de cuando éramos niños y donde hay libros que no hemos leído o los libros de papá. Yo tengo rincones desde el basurero hasta el candelero. Significan mucho para mí”.

La identificación con el espacio hace que el comportamiento sea ahora el factor modificante. La acción del individuo transforma la percepción del

32. Comerciante de 55 años de edad, ocupante de un departamento en renta, vecina de la colonia Moderna.

Ciertamente, en general, hay un sentido de posesión ligado a la idea de la casa sola, construida sobre el suelo. Hay un sentido espiritual por el cual la gente se aferra más a la tierra, que se hace más evidente cuanto más cerca se está del suelo y mayor es la posibilidad de tenerla en posesión. En este caso, queda enlazado un sentido de posesión y pertenencia hacia la casa, por el suelo mismo. Por el contrario, habría un sentido de posesión menos evidente cuando se habita en departamentos en condominio. La hipótesis que adelanto es que a mayor distancia del suelo menor sentido de pertenencia e identidad. Bertha Palacios³⁷ dice con cierta lógica: “no nos aferramos al aire porque ahí no somos dueños de nada”.

Es posible enfatizar también un doble sentido de posesión que lleva a los ocupantes a decir: esta es mi casa. Pues a un lado del sentido de posesión material, también es posible señalar los valores que se le asignan a una casa en términos emotivos, los cuales se tejen en el transcurso del tiempo de la vida cotidiana. De manera que entre más larga sea la estancia en ella, más se enriquecen los contenidos simbólicos. Es lo que ocurre en el caso de Gaspar Díaz³⁸ quien vive en una casa que siempre ha pertenecido a su familia. En la actualidad es de su padre, pero antes fue el lugar de sus abuelos y bisabuelos.

En consecuencia, la casa reviste una mayor importancia simbólica para sus ocupantes, en la medida en que ha sido el lugar familiar por tradición, de generación en generación, entre abuelos, padres e hijos. La casa se llena, entonces, de una significación que le confiere algo especial, algo más

allá que una simple mercancía susceptible de venderse a la primera oportunidad, se convierte en algo personal. Por lo tanto, la casa no solo es espacio arquitectónico, es también, un lugar emotivo que despierta un sentido de posesión tanto material como espiritual.

Consideraciones finales

1. En la actualidad se viven nuevos rompimientos entre el mundo objetivo y el subjetivo. Hay ideas sobre la casa diferentes y similares a las del pasado. Las ideas conservadoras retoman formas, espacios y usos que se han heredado por generaciones y guardan su valor subjetivo aferrado al pasado. Estas ideas, sin embargo, coexisten al lado de nuevas ideas “modernas” de comodidad, que generan nuevos componentes simbólicos. Otras ideas darán mayor valor a la casa como bien material, pero aún en este caso estarán condicionadas por sus dimensiones culturales.

2. Las dimensiones socio culturales de la casa comprenden dos acepciones: la casa como bien material y la casa como bien simbólico. Esta última es la que da sentido a la casa como bien material. Una casa como bien material es identificada por sus ocupantes como un espacio integrado para resolver distintas necesidades, tanto funcionales como espirituales, las cuales al atenderse convierten a la casa en el lugar de espacios superpuestos. Este sentido de superposición presenta varias características a la vez: físicas, económicas y jurídicas.

3. A partir de las características de la casa como bien material, sus ocupantes pueden desplegar una variedad de significaciones sobre ella, que la convierten en un bien simbólico. Así es posible admitir que la casa se constituye en un bien simbólico a partir de sus dimensiones del orden social, familiar

37. Técnica en computación de 23 años de edad, ocupante de un departamento en renta, vecina de la colonia Ermita.

38. Ingeniero químico de 34 años, vecino de la colonia Doctores.

y personal. Como bien simbólico de carácter social, la casa se presenta como construcción colectiva, espacio social jerarquizado, lugar de la socialización y espacio de comunicación de un adentro con un afuera. Como bien simbólico familiar, la casa es una construcción de la familia, refugio espiritual, territorio familiar, expresión de valores colectivos y un espacio de control. Y como bien simbólico personal, la casa se torna en un nicho, en un lugar íntimo y en un refugio espiritual.

4. El individuo requiere un techo donde refugiarse y a partir de tal necesidad adquiere y aporta un sentido de riqueza sobre el espacio circundante. Esto es concurrente en diferentes sectores sociales porque es una determinante fundamental. De aquí que sea importante advertir el significado subjetivo de la casa. La vida humana en todas sus manifestaciones, sean estas económicas, jurídicas, sociales o espaciales, adquieren sentido por las ideas y conceptos que generan y pueden influir con ellos la definición cultural de la casa. La forma en que coexisten esas significaciones es la relación subjetiva entre la casa y quienes despliegan un sentido de identificación, pertenencia y permanencia hacia ella, sean o no sus propietarios.

5. El concepto casa, a diferencia del concepto de vivienda, es un bien simbólico que se despliega como espacio social, familiar y personal. Lo es como espacio social, sea para convivir con los amigos, las personas conocidas, con los vecinos o con gente que resulte importante para sus ocupantes. O bien, como espacio privado destinado a la familia o a uno mismo.

6. Casa es el espacio vital de la familia, pero su trascendencia puede observarse en aquellos casos en que se coloca como medio para mostrar cordialidad y afecto con el hecho de ofrecerla, a sabiendas que la casa se considera el espacio familiar más privado.

7. La casa genera identidad, que radica en la diferencia con "los otros", sobre todo cuando se presentan situaciones de transgresión que pudieran presentarse desde fuera, desde cualquier lugar público. La casa es la frontera entre el espacio público y el privado. En su interior hay un despliegue de intimidad de la familia, se resguarda la moral. Afuera es el ámbito del derecho público.

8. Las dimensiones subjetivas de la casa se construyen permanentemente. Por tanto, no hay un "carácter universal de la vivienda" de una vez y para siempre.

9. El valor simbólico no se circunscribe al mundo de los hechos objetivos donde lo real se identifica con lo concreto material, sino que forma parte del mundo subjetivo. La existencia de un objeto depende de que así lo considere algún ocupante, sin importar si esa existencia que le confiere es compartida o no. Esto explica que la construcción simbólica de la casa se encuentre en constante transformación ahí donde se presenten situaciones dialécticas entre sus ocupantes y la casa. Cuando la relación entre sujeto y objeto se establece así, ambos dejan de ser sujeto y objeto, respectivamente, para pasar a constituir un nuevo sujeto específico pleno de valor simbólico: "la casa". Surge por la interacción en que el sujeto da contenido simbólico a la casa y ésta le proporciona —a través de sus espacios convertidos— un lugar de pertenencia e identificación.

10. En consecuencia, esta interacción subjetiva no puede operar dentro de los contextos jurídicos o de posesión material que existe por el contrato social. Los sentidos de pertenencia y de identificación toman cuerpo fuera del ámbito material pero interrelacionado con él. Lo que significa que, en un determinado momento, los elementos objetivos pueden tornarse factores esenciales. Por ejemplo, cuando la

casa representa un bien material, como patrimonio familiar o como inversión, para cambiarla por otra, o como medio de obtener una renta a cambio.

El proceso de subjetivación, sin embargo, no se produce aislado del resto de la sociedad, no es algo nuevo que se produzca de modo *sui géneris*, por el contrario, es parte de largos transcursores históricos de interacción socio culturales.

En síntesis, la representación de la casa es una imagen, como una representación simbólica llena de significación, inmersa en la dimensión cultural de la sociedad y, por tanto, se expresan en ella si-

multáneamente contenidos objetivos y subjetivos. Los primeros se muestran de manera clara y visible, mientras que los segundos se hallan ocultos e idealizados. Bajo el estudio del contexto socio cultural es posible recrear imágenes y lenguajes de su estética y su importancia, con las peculiaridades que cada ocupante da a su casa.

La casa funda, entonces, una frontera objetiva-subjetiva entre lo íntimo y lo social, lo interno y lo externo, entre los interiores cuasi secretos de la persona o la familia y los exteriores de la vida social, entre lo público y lo privado.

Bibliografía

- AYALA, Enrique (1995). *La casa de la ciudad de México*. Mimeo.
- BACHELARD, Gastón (1992). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DEFFONTAINES, Pierre (1972). *El hombre y su casa*. París. N.R.F.
- LAVEDAN, Pierre y Jeanne Huguene. *Hitorie de l'urbanisme*. París. Editorial Henri Laurens.
- LEZAMA, José Luis (1993). *Teoría social, espacio y sociedad*. México. El Colegio de México.
- MUNTAÑOLA T., Josep (1981). *Poética y arquitectura. Una lectura de la arquitectura posmoderna*. Prólogo de Xavier Rubert de Ventós, Editorial Anagrama.
- MUMFORD, Lewis (1966). *La ciudad en la historia*. Buenos Aires. Editorial Infinito.
- PEZEU-Massabuau, Jacques (198). *La vivienda como espacio social*. México. Fondo de Cultura Económica.
- PUJADAS, Muñoz Juan José (1992). *El método biográfico*. Madrid. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- PRADILLA Cobos, Emilio, comp. (1982). *Ensayos sobre el problema de la vivienda en América Latina*. México. UAM-X.
- RYBCZYNSKI, Witold (199). *La Casa. Historia de una idea*. Buenos Aires, Argentina. Emecé Editores.



Identidades colectivas y patrimonio cultural.



Una perspectiva sobre la modernidad urbana¹

Sergio Tamayo Flores-Alatorre²

Universidad Autónoma Metropolitana/Azcapotzalco



El proceso de privatización, ya generalizado, que reduce la participación del Estado en ramas importantes de la economía y en áreas que anteriormente estaban destinadas al bienestar social, ha traído consigo la reanimación de valores, algunos muy tradicionales y conservadores que dan predominio a la condición privada sobre la pública, al individualismo sobre la colectividad, a la persona, aislada de la dinámica social. Estos valores se han aplicado poco a poco en casi todos los campos donde concurre el comportamiento humano: en el arte, en la tecnología, en la vida cotidiana y en la ciudad. Y es, precisamente, en esta última donde se ubica el contexto de la disertación de este trabajo, que se ocupa de describir la forma como los grupos sociales de escasos recursos han reconstruido una identidad colectiva distinta, a través de prácticas comunicativas cotidianas y de la forma de apropiación del espacio físico, que tiene como resultado un renovado espíritu ciudadano. Debo advertir, no obstante, que sería un error suponer que este nuevo carácter ciudadano proyectaría una actitud meramente individualista, o al contrario exclusivamente comunitarista, pues reflejaría, más bien de manera nítida, la particular y combinada visión de lo público y lo privado.

El argumento se desarrolla a partir de la experiencia comunitaria que contrasta fuertemente con la óptica individualista de otros grupos, principalmente de arquitectos, restauradores y empresarios que han buscado en el pasado la nostalgia de la ciudad señorial, virreinal, ocupada por la aristocracia y las clases pudientes. Inscrito en esta tradición, José Iturriaga (1988), historiador y diplomático, publicó en 1963 en la revista *México en la Cultura* un artículo sobre su visión del centro histórico de la ciudad de México y una propuesta para su rescate. El artículo causó mucho revuelo, al grado de que se

1. Este documento se presentó en el encuentro de USA, 1997, Guadalajara, Jalisco, como una revisión, ampliación y actualización de un borrador presentado por primera vez en: *The Cultural Patrimony of Mexican Inner Cities: towards equitable conservation policies and practices*. An International Research Workshop. University of Texas at Austin. Diciembre 1995.

2. Investigador del Área de Estudios Urbanos, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco. Correo electrónico: stf@hp9000a1.uam.mx

registraron 200 intercambios periodísticos a causa de tan controversial tema iniciado por Iturriaga. Planeaba éste rescatar el centro para darle otra vez a la ciudad su pérdida *alcurnia* y el sentido de un verdadero *santuario precursor de la cultura europea* que “con orgullo nos (conduzca) a afirmar, rotundamente, que la ciudad de México posee el más viejo abo-lengo de cultura europea en las tres Américas [...]” Había sí que poner un alto, insistía, a la destrucción del centro histórico, justificada ésta por la ideología de la revolución mexicana *antieuropeizante* y *filoindígena* que excluía de su propia mezcla a la sangre española que a los mexicanos recorría por sus venas. Su utopía era la *Ciudad Museo*, sus calles sin vehículos, sus edificios homogeneizados en estilos, altura de fachadas y simetrías perfectas, estopos, armonizados arquitectónicamente, para lo que habría que vaciar de ahí a los casi indeseables habitantes de vecindades ruinosas y a los comerciantes no ligados a *la cultura o a la industria hote-lera*. Era este un verdadero “grito de guerra urbanístico mediante el cual ha de exhumarse la Ciudad Museo [...]”.

El hecho relevante fue que la idea de ciudad museo fue archivada durante todo ese tiempo, debido a que la controversia alcanzó niveles de conflicto al interior del mismo gabinete del entonces presidente Adolfo López Mateos,³ y durante toda la siguiente etapa en que México vivió sus últimos estertores de populismo y nacionalismo revolucionario oficial; pero solo para reanimarse con la entrada triunfal

del neoliberalismo, su fe en el libre mercado y en la acción de los particulares. “El centro tiene que ser devuelto a sus verdaderos propietarios” empezaron a decir a coro los empresarios. Los edificios históricos —algunos construidos durante el último cuarto del siglo xviii, que hizo la alcurnia de la Ciudad de los Palacios y la convirtió en señorial, propiedad de la nobleza hechiza de la Nueva España, y otros, los más, levantados durante el siglo xix— han estado rematándose a particulares, a empresas o a otras instituciones, como lo muestran las casas ali-neadas frente al costado oriente de la Catedral y el Sagrario Metropolitano, en el mero Zócalo, adquiridas por la Fundación Herdez, un empresario privado y la Universidad Nacional.

No es improbable que la *Ciudad Museo* de la etapa posmoderna sea una combinación de Ciudad Empresa y Ciudad Señorial. Empresa porque trata de conseguir por cualquier medio la rentabilidad de las acciones urbanas que se puedan llevar a cabo en el centro. Señorial porque abre la posibilidad de convertir en realidad la esperanza de algunos de hacer del centro un museo, en los mismos términos que Iturriaga, usado y disfrutado para quien pueda pagarlo. En general, se busca rescatar la ciudad tradicional, hacerla un espacio aristocrático, de estilo *borbónico* (sic), vivirlo con los antiguos modos de vida urbana, con una identidad *mexicana criolla* (sic). Habría que, para eso, regresar los edificios históricos a sus dueños originales, las clases medias altas, y redimirlos con la idea de *la casa casta*.⁴

3. Ver el capítulo de Iturriaga “Contribuciones para el rescate de algunos testimonios de un pasado capitalino”. En Isabel Tovar de Arechederra y Magdalena Mas (comps.) (1994). *Reencuentro con nuestro patrimonio cultural*. México: ddr, Universidad Iberoamericana y cnca.

4. Esta visión fue ampliamente defendida por algunos de los asistentes al taller organizado por el Mexican Center de la University of Texas at

Austin denominado *The Cultural patrimony of Mexican Inner Cities: towards equitable conservation policies and practices. An international Research Workshop*. Diciembre 1995. La postura fue defendida principalmente por asociaciones privadas, empresarios en lo individual que habían tenido interesantes experiencias de adquisición y rehabilitación de inmuebles, y arquitectos restauradores. Una diferente perspectiva la

Arquitectos inscritos en otra visión de ciudad, más ecléctica, digamos en una posmoderna, entienden que el centro es producto de una mezcla de estilos y de procesos históricos, y que el rescate arquitectónico y urbanístico tiene que pasar por una óptica flexible, que mezcle y que evidencie los contrastes y la heterogeneidad. Teodoro González de León,⁵ arquitecto de renombre, aclara lo anterior al explicar su proyecto de rehabilitación del edificio que acoge actualmente El Colegio Nacional, y que fuera construido por aquel famoso arquitecto Ignacio Castera a finales del siglo XVIII.⁶ Para González de León es importante reivindicar, por sobre todas las cosas, *la ciudad iluminada*. Los edificios históricos, dice sin remordimiento, son lugares “oscuros, siniestros, húmedos e incómodos”, porque los usos y costumbres de otros tiempos eran distintos a los actuales, “habitar incluso en un palacio del centro es muy difícil: te mueres de frío y de tristeza”. Y continúa diciendo:

(este edificio) era un convento de monjas de una orden muy severa, luego fue prisión, Suprema Corte, escuela de ciegos, Archivo de Notarías. Necesitamos reciclar el espacio con modificaciones fuertes pero seguimos, en la reglamentación, con la misma ceguera inmovilista que llevó al centro a su

deterioro. Hay que ser mucho más liberales con los edificios y entender que la historia los cambia de cualquier modo [...]. En la obra de El Colegio Nacional encontramos modificaciones de todas las épocas [...]. ¿Dónde debe uno detenerse si quiere reconstruir? Pues simplemente donde resulta útil. Buscando un equilibrio lógico y pretendiendo hacerlo lo mejor posible [...]. Difícilmente será habitable el centro histórico si no irrumpe en él, con armonía pero con cierta violencia, la arquitectura de ahora y podamos dejar la huella de lo que somos [...].

Nótese la diferencia de esta postura con la anterior, sobre todo por tener aquella una retórica conservadora y tradicional y, sin embargo, las dos coinciden en la necesidad de encontrar en la rentabilidad la respuesta a la rehabilitación del Centro Histórico, buscando en la privatización una salida viable a su degradación física, y entonces ambas operan en el sentido de Ciudad Empresa.

Lo que establezco a continuación es un enfoque de ciudad diferente a cualquiera de estas dos visiones, y me baso en una experiencia real. Quede claro, antes que nada, que la ciudad y el Centro Histórico no pueden verse con los ojos de la *mexicanidad criolla, noble y señorial*. Ya no. Debe verse con esa perspectiva plural, luminosa, de González

sostuvieron académicos, una buena parte eran geógrafos urbanos, arquitectos y científicos sociales. Su visión era entender la ciudad como una red de redes culturales, una mezcla de *conspiración, cultura y heterogeneidad*. La ciudad que mostraba una diversidad de identidades, históricas y contemporáneas, mezcla de las épocas prehispánica, colonial, decimonónica y moderna. El concepto utilizado era de ciudad viviente.

5. Entrevista realizada a Teodoro González de León: “La Ciudad Iluminada. Las posibilidades de la Luz”, en *Revista Artes de México*, Número 1, Nueva Época Otoño de 1988, Tercera edición, invierno, 1993.

6. Habría que acotar que el arquitecto Castera realizó a finales del siglo XVIII (cfr. Rodríguez Kuri, 1996; cfr. Morales, 1994) un plan de desarrollo urbano para la ciudad de México, cuya idea central fue limitar físicamen-

te la zona urbana *ciudadana*, para diferenciarla de la población *indígena*, que se establecería en la periferia, por fuera de la ciudad. Esta visión fue alimentada recientemente por restauradores que han tenido que ver con la planeación urbana de ciudades “coloniales” como la de San Cristóbal de las Casas, en el estado de Chiapas, donde a raíz de las expulsiones de chamulas protestantes de su pueblo de origen, se han establecido en zonas periféricas a la ciudad, e *invadido* áreas y plazas públicas, así como atrios de las iglesias del lugar. La perspectiva de estos arquitectos ha sido la de “rescatar” la ciudad *criolla* y *ciudadana*: los indios, dicen, no pertenecen a ella. Cfr. restaurador Benito Artigas, “La ciudad de San Cristóbal”, conferencia en el seminario Café de la Ciudad, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, primavera de 1995.

de León, pero no con el ánimo de obtener por todos los medios la rentabilidad de la ciudad, o no necesariamente. Es posible, hoy, por el contrario, afirmar que los grupos sociales de bajos recursos son capaces de reivindicar una idea distinta de ciudad con acciones que tiendan a resolver su problema de falta de vivienda, con respeto al arraigo y a su derecho a habitar los centros históricos y que, en consecuencia, son aptos para reconstruir una nueva idea de modernidad. Han sido capaces de rescatar los inmuebles históricos de su deterioro, pero habitándolos con las comodidades requeridas de los tiempos actuales, manteniéndolos en condiciones inmejorables, parando la degradación histórica de sus viviendas, del patio y de su calle, y respetando al mismo tiempo la modernidad y la historia.

Se trata, en este trabajo, de presentar una visión distinta de modernidad urbana, a través de la descripción de los factores que intervinieron en la organización social de habitantes de inmuebles históricos reconstruidos en el Centro Histórico de la ciudad de México. Por eso mismo, también interesa conocer el proceso por el cual se construyó un nuevo tipo de identidad colectiva, que les permitió modificar su visión sobre los monumentos y obtener de su rehabilitación amplios beneficios. El estudio destaca, por consiguiente, la experiencia social vinculando dos temas, la construcción de identidades colectivas y el patrimonio cultural de la ciudad de México. Para ello expongo dos etapas de un mismo proceso de construcción identitaria.

El primero, en el que un grupo social va adquiriendo y reformulando una conciencia social e histórica, a partir de un objeto patrimonial que tiene un impacto fundamental en el espacio urbano.

El segundo, en el que la conciencia adquirida no se expresa perenne, como si fuese una identi-

dad permanente, sino más bien como actitud cambiante, que se sucede y modifica a través del tiempo de muy distintas formas y, en consecuencia, va impactando también las morfologías urbanas de la ciudad.

Así pues, preciso, el objetivo fundamental que me planteo es debatir distintas visiones de la modernidad urbana y de la participación ciudadana, al analizar los factores que intervinieron en dos etapas del proceso de construcción de una identidad colectiva e ilustrarlos a partir de un estudio de caso: la experiencia de la reconstrucción, adquisición y mantenimiento de los llamados monumentos históricos. El caso está delimitado geográficamente en la zona sur-poniente del perímetro B del Centro Histórico, después del sismo de 1985, en la cual destacan por su importancia cuatro actores sociales e institucionales: la Unión Popular Nueva Tenochtitlan-sur (UPNT-sur), el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, vinculados fuertemente en las gestiones con constructoras particulares y el organismo de Renovación Habitacional Popular, formado específicamente para llevar a cabo el programa de reconstrucción de viviendas.

Para describir este proceso formativo me he planteado explicar las transformaciones sufridas en la identidad del grupo en dos etapas específicas de su desarrollo: 1. Durante la construcción del movimiento social y en sus subsecuentes fases de persuasión y negociación con las autoridades; y 2. En la actualidad, con las características manifestadas 10 años después de la reconstrucción, para redimir aquellas identidades distintivas que se han recreado a partir de la interacción comunicativa cotidiana de sus habitantes, de la apropiación que han realizado sobre el espacio colectivo y privado, y sobre el arraigo cultural tan poderoso que los enlaza a su territorio.

La información recabada proviene de distintas aproximaciones metodológicas, principalmente de tipo cualitativo, producto de técnicas de observación participante que realicé por dos años consecutivos, de 1985 a 1987. Además, para contar con información actualizada, realicé durante el último trimestre de 1995 entrevistas a profundidad apoyadas con la técnica de *foto-palabra*, que se realizaron tanto a miembros como ex-miembros de la organización, que habitaron en predios rehabilitados por los distintos programas de vivienda. La indagación obtenida fue complementada con trabajo de archivo de la organización y otros datos cuantitativos sobre las áreas geográficas estadísticas básicas (AGEB's) del INEGI⁷ correspondientes a la zona de estudio.

El contexto: delimitación de la zona de estudio y del radio de influencia directa de la organización social

El área referida está localizada al sur del Zócalo capitalino y abarca 46 manzanas. El radio de influencia de la organización puede establecerse con un límite norte en la calle República de Uruguay; al sur por la Av. Fray Servando Teresa de Mier; al oriente por la Av. Pino Suárez, y al poniente por el Eje Central Lázaro Cárdenas (ver Mapas 1 y 2).

El uso del suelo es mixto, con una combinación de actividades comerciales y de servicios (restaurantes, hoteles, almacenes, misceláneas, comercios variados zonificados por calles: eléctricos, dibujo y materiales para arquitectura, musicales, zapaterías, además de fondas, cantinas, cervcerías, pulquerías y baños públicos); de oficinas gubernamentales (edificios que durante el sismo sufrieron la mayor cantidad de daños por los niveles de altura que tenían, de 10 a 15 pisos); talleres y fábricas de costura e imprentas; bancos e instituciones financieras;

academias particulares principalmente de mecanografía y comercio, y vecindades, muchas catalogadas como monumentos históricos, con accesorias en planta baja usadas para pequeños comercios familiares, fondas, juguerías y misceláneas.

La organización de damnificados de esta zona surgió el 26 de septiembre de 1985, a partir de contactos informales entre vecinos de dos edificios: Isabel La Católica 93 y Regina 27, después se fueron ampliando a otros edificios hasta conformarse, primero, en la Unión de Inquilinos y Damnificados del Centro agrupando 60 vecindades (unas 900 familias que sumaban cerca de 5 mil 400 personas), que posteriormente se convirtió en la Unión Popular Nueva Tenochtitlan-Sur (UPNT-sur). De este número de inmuebles, únicamente 36 se beneficiaron con el decreto expropiatorio del mes de octubre de ese mismo año, esto es, alrededor de 540 familias (tres mil 240 habitantes).

La composición socioeconómica de la población, hace 10 años, mostraba una gran heterogeneidad en las ocupaciones laborales, había trabajadores dedicados a actividades de tipo artesanal en pequeños talleres, obreros de fábrica o de oficio —carpinteros, electricistas, albañiles, ebanistas—, pequeños comerciantes, empleados en actividades comerciales, de servicios y del gobierno. El nivel de ingreso oscilaba entre 0.5 y 2 veces el salario mínimo (v.s.m.).

Si tomamos la zona de influencia como unidad, las características socioeconómicas que hoy en día se presentan establecen patrones similares; sin embargo, al delimitarla por Áreas Geográficas de Estadísticas Básicas (AGEB's) y localizar territorialmente la influencia de la Unión por manzana, es posible distinguir áreas homogéneas más pequeñas que bien

7. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.

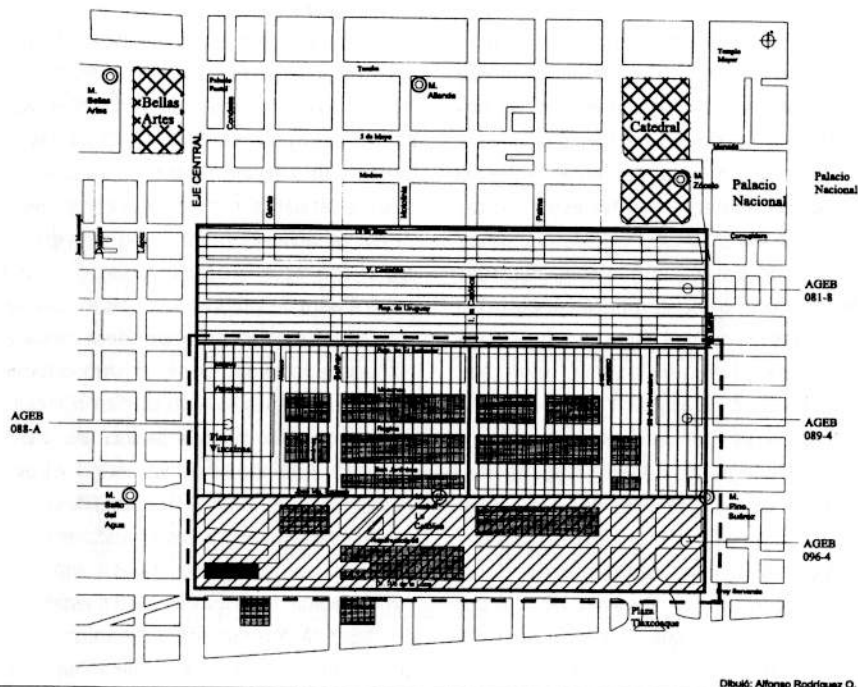
19%), asimismo resalta la proporción del ingreso mensual entre 0.5 o menos hasta 2 v.s.m. (63 al 70%), mientras que la población que obtiene ingresos superiores a 5 v.s.m. es extremadamente reducida (de 3 al 7%). Pero si bien estas cifras nos dan una idea global de los patrones socioeconómicos de la población al sur-poniente del Zócalo capitalino, existen diferencias entre estos indicadores, aparentemente tenues por ser vistas en conjunto, que son particularmente interesantes si incorporamos una visión comparativa entre las AGEBS e incluimos la variable de la tenencia de la vivienda y la zona de influencia de la Unión. Así, podemos observar en los mapas 1 y 2 que existen al menos tres zonas que son distintas entre sí por los niveles de ingreso, el tipo de ocupación, el arraigo a la zona y a la propiedad de la vivienda.

Las áreas que se incluyen como influidas por la Unión cuentan con un porcentaje mayor de población nacida en la entidad, con un mayor número de viviendas propias y con salarios medios que fluctúan entre 2 y 5 v.s.m. Se localizan en estas áreas, población ocupada en empleos industriales y de servicios con un bajo porcentaje de trabajo por cuenta propia. Sobre todo importa destacar que el número de viviendas en propiedad están arriba del 30%, llegando en un caso al 51%, cifras que muestran el impacto del programa de reconstrucción después de los sismos de 1985.

La evidencia disponible ilustra además que las diferencias aparentemente minúsculas entre las AGEBS 088-A, 089-4 y 096-4 coinciden con las diferencias que la zona refleja en cuanto a imagen urbana, rescate físico de los monumentos históricos y el tipo de convivencia que los grupos sociales dentro de la Unión han establecido en su proceso de

construcción identitaria. De esto trataré en las siguientes secciones; no obstante cabría adelantar aquí, para contextualizar, que de las 60 vecindades integradas inicialmente en la Unión Popular, 36 se incluyeron en el Programa Fase I de Renovación Habitacional Popular, de las cuales 20 estaban catalogadas como monumentos históricos y el resto clasificadas para ser construidas como vivienda nueva y de rehabilitación. Este programa estableció primero una acción de expropiación por utilidad pública para después orientar las etapas de reconstrucción siguiendo prototipos de vivienda y normas técnicas elaboradas por el mismo organismo. De las 24 vecindades que no pudieron incluirse en la primera fase, la mayoría se incorporó después al programa Fase II de reconstrucción y tres de ellas, las más grandes, fueron reconstruidas como viviendas nuevas en programas financiados por organizaciones no gubernamentales (ONG) de carácter internacional. El Programa Fase II establecía, como prioridad, la compra por el organismo de vecindades o predios baldíos y ejecutar allí la construcción de viviendas nuevas siguiendo las normas de Renovación. Para el caso de los financiamientos internacionales el procedimiento seguía la aprobación de un expediente técnico que la Universidad realizaba en conjunción con la Unión, el que incluía el costo del terreno baldío, o de la vecindad en su caso, y el presupuesto detallado de la rehabilitación o construcción de vivienda nueva con base en proyectos técnicos y arquitectónicos. La diferencia que cada programa comprendió con respecto a la participación social tuvo que ver con las características en que se dio la gestión habitacional. En lo que respecta al programa Fase I de Renovación, la participación fue intensa desde el principio y en cada una de las etapas del programa, esto es, en los dictámenes técnicos de los daños, en la definición de

Mapa 2



Dibujó: Alfonso Rodríguez O.

— — — Límite de la zona de influencia directa de la UNPT-Sur

— — — Límites de AGEB

Zona donde predomina el Sector Terciario (80%), con un porcentaje intermedio de población ocupada en el Sector Obrero (18%), cuenta con el mayor porcentaje de estudiantes mayores de 12 años (20%) y de población de 18 años y más con instrucción superior (17%). Predomina la de bajos recursos, pero se observa un porcentaje más bajo con respecto a las otras áreas (63.5 y 66.6%). Tienen el mayor número de personas que perciben ingresos medios.

Zona donde predomina el Sector Terciario (83%), con el porcentaje más bajo de población ocupada en el Sector Obrero (13%); contrasta por tener el mayor número de no asalariados (por cuenta propia, 24%) y el mayor porcentaje de pobres (71%).

Zona donde predomina el Sector Terciario (78%), aunque tiene el porcentaje más bajo de la zona. Particpa con el mayor número de obreros (20%), el mayor porcentaje de población dedicada al hogar (25%) e igual el más elevado número de pobres (70%) de la zona.

Manzanas donde se localizan vecindades incorporadas a la UNPT-Sur y al Programa de Reconstrucción Habitacional.

vecindades por expropiar, en la definición de los campamentos de viviendas provisionales, en la participación en los proyectos arquitectónicos y en la supervisión de las obras. Igual proceso se

realizó para las vecindades financiadas con recursos de fundaciones internacionales. La diferencia se hizo notar con el programa Fase II, porque la participación social fue minimizada por la burocracia de las instancias oficiales y el recurso de la asesoría técnica conseguida por la Unión no pudo extenderse a estos predios, no obstante que se dieron importantes experiencias de gestión de otro tipo.⁸

8. Cfr. Reporte de los trabajos de asesoría de la Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, en los trabajos de reconstrucción del Centro Histórico con la Unión de Inquilinos y Damnificados del Centro, febrero 1987, Archivo de la UNPT.

I. La formación de la identidad y el patrimonio⁹

Un aspecto distintivo durante el proceso de reconstrucción después de los sismos de 1985 fue la formación de una identidad colectiva entre las víctimas del terremoto y los miembros de la organización social. Un primer factor fue la cercanía física de los participantes en un territorio más o menos delimitado. Otro, las etapas que se fueron dibujando a lo largo del proceso y que determinaron la veta de su identidad. George Herbert Mead (1972) establece que la identidad es un proceso constante formado por la construcción del Yo a través de la relación del ello y el super-yo. Esto es, un Yo producto de las experiencias personales de los individuos en su devenir histórico particular, en su interacción social y en la interiorización de los estímulos externos, que son asimilados, asumidos y modificados por el individuo. La óptica de Mead se organiza desde la psicología social, pero es posible desde ahí explicar formas socialmente definidas. La identidad se obtiene, por un lado, a través de la acumulación dialéctica de experiencias individuales y colectivas, que forman el *stock* cultural de la persona, ya que se apropian y modifican por medio de las relaciones sociales y, por otro lado, de aquellos aspectos externos que podríamos clasificar como factores precipitantes y

creencias generalizadas, que impactan desde fuera.¹⁰ Si partimos de esta premisa, entonces la identidad que el grupo social asumió durante la reconstrucción no fue, ni mucho menos, homogénea o idéntica para todos los integrantes de la Unión Popular Nueva Tenochtitlan, pero en cambio sí es posible identificar algunos aspectos comunes estructurados en cuatro fases más o menos definidas.

1a. fase. Una peculiaridad de la zona había sido, desde muchos años atrás, la intensa experiencia de sus habitantes en la lucha por permanecer en los barrios ubicados en esta parte de la ciudad. Antes del sismo, algunos habían resistido de manera individual el desalojo inquilinario y, por eso, cuando poco antes del terremoto se elevó el centro a la categoría de Patrimonio Cultural de la Humanidad los vecinos se preocuparon, porque su particular historia había estado llena de amenazas de desalojos y de reubicaciones. Era lógico pensar que si se iba a rehabilitar el centro sería con un proyecto calculado para el auge del turismo y no para sus habitantes, quienes quedarían al margen del desarrollo. Durante mucho tiempo sus residentes decían pertenecer, más bien desorganizadamente y con cierto oportunismo, al Partido Revolucionario Institucional, quien repartía a veces despensas y en otras ocasiones juguetes para los niños en Día de Reyes.

9. Este apartado lo elaboré apoyándome en ensayos y reflexiones mías editadas en: Tamayo, Sergio (1988). *Democracia en la ciudad desde los barrios*. En Alfonso Iracheta y Alberto Villar (coords.) *Política y Movimientos sociales en la ciudad de México*. México: oof y Plaza y Valdés; en Tamayo, Sergio (1989). *Vida Digna en las ciudades*. México: UAM-A y Gernika, capítulo sobre el movimiento de damnificados; en Tamayo, Sergio (1989). "El programa de Renovación Habitacional Popular (análisis sin eufemismos)" en *Revista Ciudades No. 1*, enero-marzo 1989. Ver también el texto reciente de Serna, Leslie (1995). *¡Aquí nos quedaremos...! Testimonios de la Coordinadora Única de Damnificados*. México: UIA y UNVO.

10. Los factores que influyen en la definición identitaria han sido establecidos por varios autores con algunas variaciones, pero en general se asume que aspectos estructurales, como la particularidad que adoptan en cada lugar un cierto modelo de desarrollo capitalista, se deben conjuntar con experiencias culturales de los individuos a nivel de su vida cotidiana. En estos dos niveles son importantes la posición social y los roles derivados, o el comportamiento vinculado a tales posiciones sociales, así como las creencias o ideas externas que influyen en la motivación para la acción: cfr. Tamayo S. (1996).

La actitud de este partido, durante los supuestos desalojos, fue ambigua, pues les ofrecía apoyar sus juicios de desahucio contra los propietarios pero nunca trató fehacientemente de proteger el interés social en este conflicto. La actitud de los habitantes se balanceaba entre la expectativa real de un desalojo o la esperanza de que no pasara nada por "la gracia de Dios". Mientras tanto, los edificios donde vivían se deterioraban con el paso de los días, por la falta de mantenimiento de quienes eran los dueños, esperando sin éxito que la miseria hiciera mudar a sus inquilinos. Ante esta situación los pobladores realizaban reparaciones hechas, evitando gastar elevadas sumas de dinero por la sentida inseguridad de la tenencia de la vivienda, las que perderían inevitablemente al ser desalojados.

2a. fase. Definida por el factor precipitante que lanzó literalmente a sus habitantes a la calle, pero también hacia una solidaridad poco conocida hasta entonces. Efectivamente, con el terremoto de 1985, cientos de vecindades ya deterioradas por el tiempo se convirtieron en ruinas en el transcurso de unos cuantos segundos. En relación al efecto social de la catástrofe, sobrevino una situación de *inpass*, los propietarios, muchos de ellos, pensaron que entonces surgiría la oportunidad de "liberar" sus predios. El gobierno estaba más preocupado en el conjunto del desastre, que incluía tanto a las viviendas destruidas, como también a muchos edificios de otros usos, entre ellos, el trágico resultado del Centro Médico Nacional y del Conjunto Habitacional Tlatelolco. El INAH, quien a la luz de lo acaecido y por su experiencia contra antiguos propietarios que deseaban demoler sus construcciones para especular con estructuras más modernas y de mayor densidad, se apresuró a marcar los edificios históricos pegando carteles amarillos en las fachadas correspondientes que decían que tal o cual era

monumento y no debía demolerse ni dismantelarse, porque era propiedad de este Instituto. Esta acción evitó que muchos monumentos fueran demolidos por sus dueños, aprovechándose de la situación, pero generó una mayor confusión tanto de los propietarios como de los inquilinos, por la carencia de información: "¿El INAH es ahora el propietario de mi inmueble?" se preguntaban los propietarios. "¿Ahora sí nos lanzarán? ¿nos quitarán las casas?" decían angustiadamente sus habitantes.

Para pena de los propietarios y alegría de los inquilinos, vino después la expropiación de predios y con ella el Programa de Renovación Habitacional Popular y las diferentes etapas de la reconstrucción (cfr. Tamayo, 1989b). Situación que generó muchas expectativas en la población beneficiada por la expropiación, y por la efervescencia creada en esos momentos, pues tenía ante sí la posibilidad de ser dueños, pero ¿de una casa nueva o de una vieja? Unos no querían perder sus casas antiguas y su espacio vital, aunque su inquietud, más bien, era por la incertidumbre de no saber a dónde los mandarían; algunos manifestaban su preferencia por la casa nueva, aburridos y hastiados de tantos años de miseria, podredumbre y hacinamiento humano, en edificaciones depauperadas pero que mantenían la "rimbombante" etiqueta de *Monumento Histórico*. Estos vecinos comenzaron a expresar un justificado desprecio a la *historia*, porque si la *historia* había sido cómplice de su vida miserable pues *¡al carajo con la historia!*: "queremos lo nuevo, lo moderno, no queremos vivir más en la maldita vecindad, queremos el condominio", decían con ferviente pasión. Y entonces se desnudaba la realidad, se desvanecía en el aire la imagen romántica, *populachera*, de la vecindad del quinto patio. Resurgía otra vez la amalgama entre el repudio a lo histórico y la manipulación co-

mercial de que el *status* lo da el condominio. La vecindad es de los pobres, el condominio de la clase media. Salieron a la superficie los resentimientos de tantos años de violencia social dentro de los espacios reducidos de la vecindad; en los lavaderos, en el patio, de las riñas infantiles, el chisme que convertía amigos en enemigos a muerte, los embarazos prematuros, la drogadicción, y muchas más *disfunciones* causadas por el desempleo. Estaba pasando lo que Marshall Berman (1988) explica al iniciarse la renovación del Bronx en la ciudad de Nueva York, con los proyectos urbanísticos de Robert Moses, cuando algunos de sus habitantes decían: "¿Que van a destruir al Bronx? ¡Bien! cuanto antes mejor, yo lo que quiero es salir de esta inmundicia, quiero movilidad social, quiero modernidad".

A esta ambivalente situación se sumaba, además, otra realidad: las *mejoras* —si se le podía decir así— de las edificaciones que habían hecho los propios vecinos, algunos con materiales de desecho, como láminas de cartón, pedacería de madera y plásticos, pero otras, estaban construidas con tabiques y hasta con concreto, que salían amenazadores por todos los poros del edificio y le hacían perder su fisonomía *original*; los monumentos que otrora formaron la ciudad de los palacios se convertían, amontonados, en un conjunto de columnas, muros cuarteados y vigas apolilladas que daban cobijo a la miseria. No obstante, eran *adosamientos* con los que ganaban un poco más de espacio, 50 cms² para guardar *triquis*, o para acomodar apenas una estufa de gas. No debe extrañar entonces que la respuesta inmediata de muchas familias fuera de desprecio a lo antiguo y el deseo por la casa nueva.

3a. fase. Como resultado de ese momento de incertidumbre, confusión y de los primeros sentimientos encontrados, se dio una paulatina y sistemática toma de conciencia colectiva del significado, no so-

lamente de la vecindad y del monumento individualizado y olvidado en algún archivo histórico, sino del conjunto de edificios alineados que constituían sus calles, el barrio y, poco después, la totalidad del Centro Histórico, y que se sintetizaban en su propia vivienda. ¿Cómo se dio este proceso? Pasó precisamente lo que Alberto Melucci (1989, 1996) define como la constitución de redes de significación, que son formas de interacción entre los participantes de un movimiento, de un espacio creado por ellos donde se fueron confrontando diferentes interpretaciones y experiencias tanto individuales como colectivas. Se dio aquí lo que el autor entiende como el polo latente, redes escondidas de solidaridad a partir de procesos intensos de auto-reflexión y de producción de códigos culturales y simbólicos.

En tal proceso participaron varios actores: en primer lugar, la influencia de arquitectos y antropólogos asesores de la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco fue decisiva, porque éstos abrieron un espacio de reflexión a través de discusiones realmente democráticas con los vecinos, preguntándoles sus verdaderas inquietudes, sus ideales de la casa y de la convivencia, y argumentando con ellos las posibilidades, las alternativas y los mecanismos que apoyarían la gestión con las autoridades. No obstante, los investigadores universitarios fueron, asimismo, cambiando sus códigos y sus conceptos sobre la reconstrucción, la renovación del centro y la rehabilitación de inmuebles. Se fueron descomponiendo valores viejos y empezaron a ser parte, junto con los moradores, de la formación de la nueva identidad.¹¹

11. Para profundizar en la relación universidad-residentes véase la tesis de maestría en Antropología Social de Arturo Alavid: "Historia de la Unión Popular Nueva Tenochtitlan-Sur", Universidad Veracruzana, 1997.

En segundo lugar estaban los líderes de la organización. En esos momentos, la relación entre ellos y los participantes era considerablemente estrecha. La fusión de ambos niveles estaba dado por una incuestionable confianza de los seguidores hacia sus representantes porque éstos habían demostrado trabajo, dedicación y honestidad. Cualquier decisión que los líderes hubieran tomado podría haber sido asumida como una línea de acción inobjetable; aunque las ideas de éstos sobre los monumentos históricos en esa coyuntura no era muy clara, sabían que un resultado positivo en la gestión sobre la reconstrucción significaría ubicar al movimiento social como uno ciertamente exitoso, y que su influencia podría rebasar los límites del Centro Histórico atrayendo hacia sí a un mayor número de familias trabajadoras de colonias aledañas. Como en todas las organizaciones independientes de damnificados, los dirigentes pertenecían a partidos políticos de izquierda (cfr. Serna, 1993), que buscaban, por consiguiente, a través de su dedicación, una recompensa política, pero entendida ésta como la ampliación de su influencia hacia aquellos grupos sociales que les interesaban y que encaminarían a acercar el imaginario de su realidad a las propias utopías. Compenetrarse, entonces, en una situación compleja, con grandes dificultades en la gestión, por la necesidad de financiamientos complementarios y contratiempos en la definición de los proyectos arquitectónicos, no era un camino que facilitara sus objetivos políticos. Entonces, destacó sobremanera el proceso de discusión que se abrió entre asesores, líderes y comunidad, lo que permitió modificar la idea inicial de los dirigentes, cercana a la visión de Renovación Habitacional, de demoler los edificios sin ninguna consideración para luego construir casas nuevas, porque lo realmente importante era la consecución de las metas socia-

les inmediatas que llevarían al éxito político. El fin justificaba los medios. Empero, tal idea fue modificada y sustituida por otras, de una primera en que los vecinos se trasladarían a otros predios de la zona, habitando casas nuevas, hasta adoptar finalmente la defensa colectiva de los inmuebles, la búsqueda de financiamientos complementarios y las adecuaciones funcionales de las plantas arquitectónicas. Los líderes transformaron así sus criterios por vía de la interacción simbólica tanto con los participantes como con los asesores.

Un tercer actor lo constituyeron los habitantes de los predios y los participantes del movimiento. Las posibilidades para conseguir una casa se alejaban cada vez más de las calles y los barrios donde por muchos años habían vivido. Además, pensaban en las diferencias de superficie por vivienda, que en ciertos casos duplicaba y a veces triplicaba la planta de una casa nueva, y con la eventualidad de aumentar todavía más el área útil si colocaban tapancos en los cuartos que contaban con dobles alturas. La diversidad y posibilidades en el diseño fueron entendidas conforme se discutían colectivamente las propuestas arquitectónicas de la Universidad, y a través de ese intercambio el conocimiento del edificio fue acumulativo, haciéndose más significativos sus valores estéticos, simbólicos e históricos. Es extraordinariamente ilustrativo el evento que la UPNT-sur, la Universidad y el sindicato del INAH, así como otras organizaciones del centro, llevaron a cabo en defensa del Centro y de los monumentos históricos. En este evento, vecinos de diferentes predios acudieron a expresar sus experiencias. Ejemplar fue la participación de las vecinas del callejón de Tizapán, un barrio temido por haber sido considerado territorio de delincuentes, a través de la cual mostraron los cambios profundos ocurridos en su identidad: "Queremos casas no museos" exigían,

pero en el contenido de la demanda llevaban implícito la defensa de su derecho a habitarlo y a usarlo socialmente.¹²

Un último actor en este proceso lo fueron, desde luego, el INAH y los funcionarios del Programa de Renovación Habitacional. Entre estos dos organismos se dieron ásperas discusiones pues las estrategias delineadas por ambos tomaban caminos separados. Lo que quería Renovación Habitacional era simplificar el problema, pero por el contrario, lo único que hacía la incorporación de los edificios históricos al programa de expropiación era complicarlo. Para este organismo, el INAH empeoraba las cosas pues quería ajustar la reconstrucción a sus bien conocidas normas, rígidas e inflexibles. No entendía que la reconstrucción implica un profundo conocimiento de las contradicciones sociales y políticas que hay que resolver y controlar. Renovación Habitacional en algunos momentos se acercaba a las posiciones de las organizaciones sociales cuando criticaban la cerrazón del INAH aferrándose a sus normas de rehabilitación arquitectónica. En el lado contrario, estaba el propio INAH, que veía en el decreto de expropiación de predios un afortunado procedimiento para salvar del deterioro a un número importante de edificios. El problema es que la rehabilitación de estos inmuebles requería dinero adicional, que el Instituto no tenía por ser un organismo normativo y no ejecutivo. A este nivel, el INAH se acercaba más a las propuestas de las organizaciones sociales, que demandaban la extensión del presupuesto para los casos catalogados como históricos. Pero se alejaba de ellas cuando quería imponer su visión acrítica esteticista de la rehabilitación. Para este organismo, el movimiento de damnificados fue su primera y más impactante experiencia de restauración tanto por su gran escala como por el conflicto social que le causó.

Así fue el proceso en el cual se definieron las estrategias socio-espaciales y sus actores fundamentales. Nótese aquí el cambio en los códigos, con los cuales se invirtieron los papeles: quienes pasaron a ser defensores intransigentes de los inmuebles fueron los propios habitantes, usuarios de esa historia concreta. La conciencia adoptada creó un gran respeto por las edificaciones, pero no uno a ultranza, acrítica de la piedra insensible y vana, sino un respeto que se tejía con la defensa de lo digno. Esto es, se reivindicaba por sobre todas las cosas la necesidad social, al ser humano sobre la piedra-museo, al uso social racionalizado sobre el edificio como cosa, sobre el edificio como mercancía y especulación. Esta evidencia muestra las grandes diferencias de percepción entre los habitantes, el INAH y Renovación. La propuesta oficial original era la misma que planteaba Iturriaga, desalojar los monumentos históricos. La casa nueva podría entonces convertirse en *la casa casta*. La coyuntura serviría para, al fin, tener esos edificios deshabitados, para una supuesta rehabilitación posterior y cambio en su uso. Idea irreal desde la óptica conservadora, pues lo que muestran diversos testimonios es que los edificios que fueron desalojados, como el de Callejón de Nezahualcóyotl s/n u otro en Tizapán No. 13 y otro más en San Jerónimo 70, se vinieron abajo en cuestión de días, los entresijos se desplomaron, las escaleras se deterioraron, las ratas se adueñaron del lugar y se acomodaban con uno que otro vagabundo y lúmpen. Seguramente el INAH y Renovación aprendieron la lección: si los edificios habían podido mantenerse en alto fue por el uso cotidiano que le habían dado sus habitantes, a pesar de su pobreza y los altos costos que implicaba dar man-

12. Cfr. Arturo Alavid, *op.cit.*

tenimiento a construcciones de este tipo. Quedó claro así, que a pesar de la espontaneidad de los vecinos al reparar las averías de sus casas o al construir adosamientos para acrecentar su reducido espacio o para mantener en relativo *buen estado* las vecindades, los edificios históricos se mantuvieron en pie por el uso social que le daban.

En esta etapa, caracterizada por la creación de fuertes redes de significación y de confrontación de diversas estrategias socio-espaciales, los pobladores organizados ganaron la batalla, aunque no impusieran desde un principio la totalidad de su estrategia, explicado en parte porque ésta fue también cambiando por los vigorosos procesos internos de interacción social. Sin embargo, un hecho es la definición cultural de las estrategias y otro los factores determinantes, externos e internos, que produjeron el cambio. Las posibilidades de éxito del movimiento se debieron a la conjunción de varios elementos: en primer lugar la aguerrida defensa de los edificios por sus habitantes, para mantener el arraigo al barrio y a la casa. En segundo lugar, la escasez de reserva territorial en el centro que impidió objetivamente desalojar a todos de los monumentos históricos. A lo anterior, se añadió que el costo de la rehabilitación era bastante mayor al costo por metro cuadrado de las construcciones nuevas. Todo eso se mezcló de forma contradictoria.

En el intenso flujo de tensiones creadas en la gestión, los vecinos lograron que se incluyera el artículo noveno, el último, al convenio de concertación que fue firmado por organizaciones sociales y representantes del gobierno y pactar el Programa de Renovación Habitacional. En el citado artículo, el gobierno se comprometía a financiar el costo excedente de las rehabilitaciones de los monumentos históricos. El acuerdo les daba posesión a los habitantes de los monumentos y permitía que el

INAH participara en el proyecto más ambicioso de restauración nunca antes realizado, tanto por el contenido social del programa y los recursos liberados, como por el número de edificios a restaurar, que de otra forma hubieran quedado, como se quedaron muchos otros que no lograron incorporarse al programa, en franco deterioro físico. Por último, le resolvía al gobierno el problema de la reubicación masiva de la población cuyos costos hubieran sido mucho mayores al beneficio finalmente requerido.

4a. fase. La legislación es resultado de conflictos sociales y políticos. Ninguna ley o reglamento es producto de acciones unilaterales. La sociedad es producto de un contrato social y moral, lo ha dicho Durkheim, pues representan el consenso de la población por sus instituciones; en otros términos, la hegemonía, como diría Gramsci, es el resultado de la confrontación y la controversia. Las leyes, estatutos, convenios o reglamentos establecen derechos y obligaciones de los ciudadanos, pero éstos no se garantizan únicamente por estar contenidos en un documento legal, los derechos ciudadanos para su disfrute tienen que ser ejercidos. Y en el ejercicio de esos derechos se presenta de nueva cuenta el conflicto de intereses, la lucha de clases, la confrontación entre grupos (cfr. Tamaño, 1996a, 1996b). El pacto de Renovación Habitacional Popular mostró lo anterior. Esta era la situación cuando empezó la cuarta y última fase de este largo proceso, entonces, inició el enfrentamiento con el INAH. La visión de cómo rehabilitar los edificios reflejó dos posiciones encontradas: de nueva cuenta era la idea del *museo*, del rescate de la piedra, o era la perspectiva de rescatar la vida humana, o al menos, como dice González de León, adecuar las funciones modernas en las viejas edificaciones, y hacer la vida más placentera, *menos fría y triste*. Para el caso más circunscrito de la recons-

trucción, los proyectos necesitaban redistribuir las áreas internas para dar funcionalidad o amplitud a algunas viviendas, en ocasiones se requería reubicar familias que no cabían en la propuesta de reedificación, ya sea porque había que ampliar los espacios de vivienda, quitar o respetar adosamientos, y demoler o no algunas áreas inservibles. La propuesta de la Unión fue intentar conciliar el mejoramiento del edificio —aunque no fuera rehabilitado al 100% como lo fue hace uno, dos o tres siglos— con el bienestar de las familias dentro de las necesidades del siglo xx. Con esta idea, muchos edificios se incorporaron al programa. Por la insistencia de la Nueva Tenochtitlan-sur, se obligó a la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (SEDUE), a Renovación y al INAH, a revisar, rediscutir e incorporar las propuestas de los afectados que habían sido previamente acordadas con los asesores de la Universidad. El proceso fue difícil, con tensiones y roces evidentes entre los contendientes, pero se pudo llegar a conclusiones y opiniones que se modificaban y se complementaban entre sí. Al final, como resultado, en varias obras se concluyeron rehabilitaciones acordes a las necesidades de habitación de los vecinos, quienes participaron en la elaboración de los proyectos, argumentaron su validez y supervisaron la reconstrucción.

Lo anterior no fue suficiente para concluir con un final feliz. A pesar de todo el esfuerzo realizado, su desarrollo provocó profundas fracturas y divisiones entre vecinos de algunos predios; en ocasiones algunos habitantes en contubernio con contratistas demolían edificios enteros, en otras fue el mismo organismo de Renovación quien lo hacía para evitarse problemas estructurales y de financiamiento y, entonces, construir sobre sus escombros viviendas nuevas con fachadas que llegaron a ser verdaderos remedos de la historia, esto

último fue a causa de que el INAH insistió en nivelarlas a una sola altura, con ventanas y puertas exteriores que eran escenografía barata de las fachadas coloniales y decimonónicas. Todo el problema estuvo en que la política del INAH se había planteado la defensa de una identidad cultural enquistada en los edificios de la colonia, como si ese fuera el único sustento que le diera a los barrios su vitalidad. Su propuesta reincidía en el tradicionalismo y en el particularismo, oponiéndose a la avasalladora modernidad, fue como una lucha desesperada contra la ciudad, entendida como un organismo en descomposición, un inmenso laberinto sin salidas, ejemplo de una modernización viciada, devastadora de arquitecturas locales y producto de violentas urbanizaciones.

El problema que se dio alrededor del patrimonio cultural durante la reconstrucción fue un debate entre distintas significaciones sobre la modernidad y el tradicionalismo. Nótese, sin embargo, que paradójicamente a lo que pudiera pensarse, los pobladores fueron encontrando, aunque en forma desigual como la evidencia disponible lo demuestra, un punto medio en el que mejorar sus condiciones de vida, es decir, modernizarse, era apropiarse de las peculiaridades históricas de esa modernidad, tal como Berman (1988) argumenta en su relato de las transformaciones de la calle Nevski y su apropiación y reutilización por distintas clases protagonistas a lo largo de la historia de San Petersburgo. Lo que pasó en el Centro Histórico de la ciudad de México fue, en efecto, una forma de reajustar, reutilizar y reapropiar un espacio histórico por nuevos actores.

II. La identidad cultural después de 10 años

Los estudios sobre los movimientos sociales, en lo general, priorizan sus etapas de nacimiento y de-

sarrollo como algo estático y definitivo, pero pocos análisis en México se han ocupado en obtener información comparativa entre distintos modelos de construcción identitaria o, como es la intención de este trabajo, de la forma en que longitudinalmente esta identidad se va transformando. Por consiguiente, la preocupación de esta reflexión radica en explicar los modos en que se manifiesta la cultura urbana de este sector de la población a diez años que fuera impactado por la agitada acción de un fuerte movimiento social y por un cambio sustancial en las condiciones de vida de sus habitantes, en el contexto de lo que fue la reconstrucción del patrimonio cultural en el Centro Histórico de la ciudad de México. La pregunta central que me planteo ahora es ¿cómo se han transformado esas identidades colectivas construidas en relación al patrimonio cultural edificado durante el proceso de reconstrucción y que fueron explicadas en el acápite anterior, en otra fase de su desarrollo diez años después?

Podría decir que se entrelazan aquí varias características sociales y culturales que aún prevalecen, por ejemplo: hay preponderancia en el uso mixto comercial del suelo y aún destaca la inexistencia de formas territoriales bien definidas que pudieran haber establecido barrios de tipo tradicional. A pesar de ello, el arraigo de la población a la zona fue y sigue siendo muy fuerte. Se pensaba en un principio que el hecho de que los inquilinos se convirtiesen en propietarios del inmueble provocaría un éxodo futuro de las familias originales, debido a la especulación del suelo y a la incorporación de sus viviendas al mercado inmobiliario. Los ejemplos de este trabajo muestran que no ha sido ésta la tendencia. Como antes, la población que allí habita muestra un importante arraigo a tres niveles: a la zona, al "barrio" y a la vecindad.

La zona

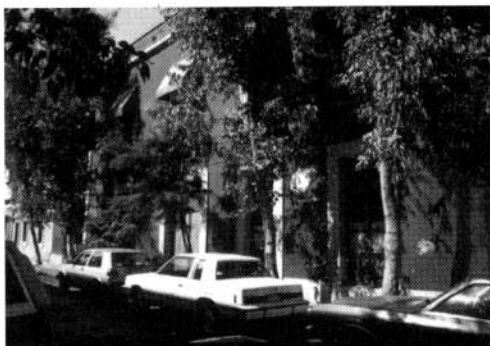
La población es heterogénea culturalmente, en el entendido de tradiciones y costumbres regionales, ya que configura todo un mosaico de experiencias acumuladas de inmigrantes que provienen de muy distintas regiones del país y que se han venido asentado en esta área. Es también heterogénea por las actividades económicas adscritas. En esta óptica, el elemento de integración lo proporciona una cultura que se ha reinventado en el espacio urbano, por la rutina de su vida cotidiana, la coincidencia de puntos de llegada y partida en lugares preestablecidos como la cantina, el puesto de jugos, el de los periódicos, la panadería y por la referencia directa del Zócalo, así como la cercanía de la distancia física y social que se alcanza por medio de los viajes cortos por los que surgen los encuentros espontáneos en la esquina, en la calle o en la plaza. Por eso no debe sorprender que la defensa de quedarse en el lugar de residencia se justifique por razones ya sea de empleo o por la cercanía de las escuelas donde se acostumbra llevar a los niños, o por el tiempo de residencia que ha llegado a los 40 y 45 años, o más, y en donde el uso de la vivienda se va traspasando por generaciones. Hay así una definición territorial precisa, pero a un nivel mucho más vasto —que aquella definición que se hace desde la vecindad donde se habita—, identificable con la zona sur-poniente del Zócalo, y que representa el primer nivel de arraigo de la población.

El barrio o la calle

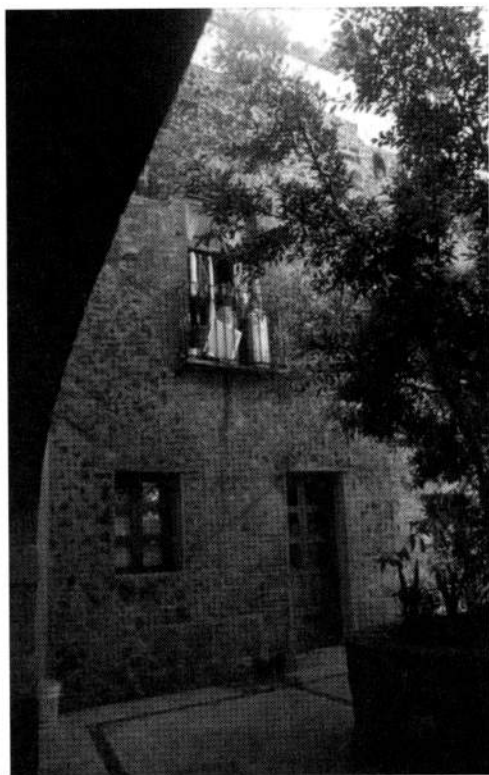
La constitución de los *barrios* se delimita territorial y socialmente, por ejemplo, el barrio de Tizapán, el Callejón de San Salvador el Seco, La Mansión. Hay otros que más que barrios se delimitan por calles como Regina, San Jerónimo, 5 de febrero y Echeveste. La población que se ubica dentro de estas



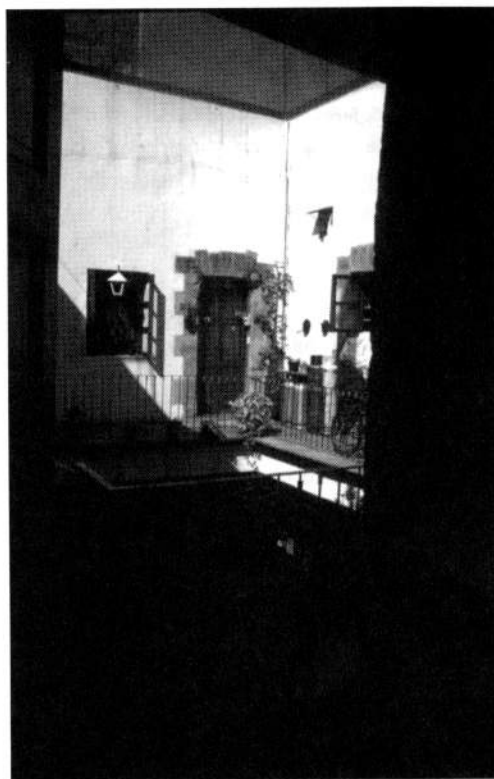
Vecindades alineadas en la Calle de Regina



Vecindades alineadas en la Calle de San Jerónimo



Interior de Isabel la Católica 95 ya rehabilitada



Interior de San Jerónimo 27 ya rehabilitada

demarcaciones se integra y se identifica por la residencia y por la existencia de pequeñas pero agresivas bandas juveniles. Grupos estos formados por los hijos adolescentes de familias que residen en el barrio o en la calle correspondiente, que están en constante confrontación con otras bandas de otros barrios o calles y en donde predomina la concentración de alcohólicos, drogadictos y lúmpenes. Un aspecto esencial en la diferenciación de barrios y calles en la zona, lo da el drástico cambio del paisaje urbano: en algunos casos, por ejemplo Regina —entre Isabel la Católica y 5 de febrero—, la rehabilitación de los monumentos no produjo una mejoría en la imagen urbana, que hoy, más bien muestra gigantescos montones de basura, aumento de la delincuencia y una atmósfera de agresividad. En otros, sin embargo, el paisaje se modificó notablemente por la restauración de las fachadas, la vegetación y la carencia de bandas juveniles, como San Jerónimo entre Isabel la Católica y Bolívar (Véase mapas 1 y 2).

La vecindad

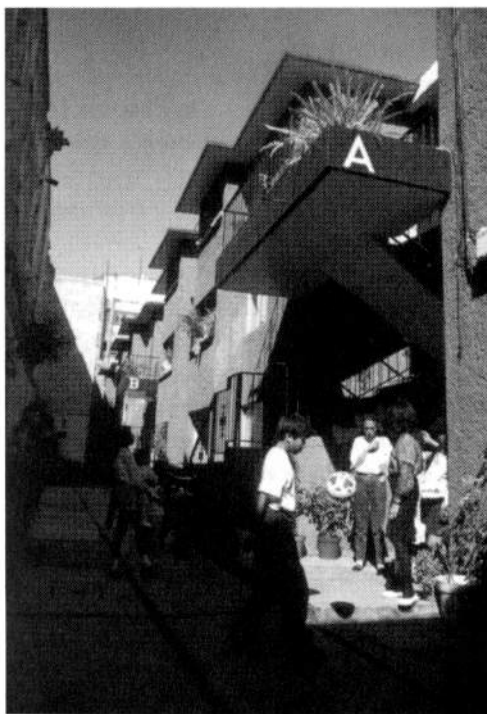
El arraigo a este nivel se da por el tiempo de residencia: la permanencia en la vivienda se defiende como tradición familiar, lo cual da lugar a resistencias de muchas familias a ser reubicadas, inclusive en otra vivienda de la misma edificación. Hace diez años, en la discusión entre vecinos prevaleció la idea de que el cambio de vecindad no iba a significar rupturas culturales, porque se cambiaba de casa pero no de zona, o de barrio. Hoy, no obstante lo anterior, aquellos edificios que fueron habitados por familias provenientes de distintas vecindades muestran fuertes fricciones y, por lo tanto, mayores problemas en la organización y en el mantenimiento del inmueble. Una hipótesis por comprobar es que estas familias, al estar desintegradas, experimen-

tan continuas tensiones sociales, que generan un impacto negativo sobre el espacio y el paisaje urbano, de tal manera que el deterioro del barrio o de la calle refleja, de alguna manera, el deterioro social de las vecindades localizadas allí. En cambio, los edificios con vecinos que han adoptado una mayor cohesión social interna, mejor organización y control sobre el mantenimiento de los edificios, son aquellos cuyas familias se quedaron a vivir en el mismo predio y, además, no cuentan con demasiadas viviendas, alrededor de 15 en promedio por inmueble, aunque hay excepciones. Esta relación se estrecha aún más por medio de los sistemas de compadrazgo existentes y que muestra una diferencia cualitativa con el ejemplo anterior. Si bien anteriormente se señalaba al vecino de al lado y a "la chismosa del ocho" como responsables de sus frustraciones, el compadrazgo y la identidad colectiva construida desde el movimiento social han venido complementándose para regenerar fuertes lazos de solidaridad. Combinación ésta que permite, si no evita del todo, dejar atrás rencillas cotidianas y sobreponer la ayuda mutua, primero ante el desastre y después para mejorar la calidad de vida.

Podemos observar, con lo anterior, que una tensión importante que se establece entre la identidad cultural y las fricciones sociales es resultado de las características del espacio físico. Anteriormente, durante el ciclo del movimiento naciente la transformación espacial fue resultado de la naturaleza del comportamiento colectivo, la definición de las estrategias socio-espaciales y la acción; lo que sucede hoy en día es una fuerte influencia del espacio sobre el comportamiento, que provoca en forma diferencial la constitución de otro tipo de estrategias socio-espaciales (*cfr. Tomas, 1994*). Originalmente sugerí una hipótesis que hacía notar que los edificios mejor conservados, después de diez años,



Isabel la Católica 137, vivienda nueva construida con financiamiento de ONG



San Jerónimo 52, vivienda nueva construida con financiamiento de ONG

eran los monumentos históricos, debido principalmente a los beneficios del diseño arquitectónico, la correlación existente entre el espacio exterior e interior, y a la conciencia adoptada en el proceso por las bondades del lugar donde se vivía. Sin embargo, después de analizar con mayor detalle esta cuestión, me percaté que sería un error considerar esta hipótesis como una generalidad, ya que las viviendas nuevas también han sido conservadas con apremio, aunque no tanto las que fueron construidas por Renovación Habitacional sino, sobre todo, aquellas financiadas por Organismos No Gubernamentales (ONGs). En la óptica de este argumento, destaca que la diferencia es una conjugación de elementos: la tenencia de la vivienda, la participación y poder de decisión de los residentes en la elaboración de los proyectos que transformarían su espacio vital, el contar con un grupo reducido de familias, estos es, baja densidad habitacional, el arraigo y la cohesión interna.

Otra característica vinculada a la tenencia de la vivienda, se pensaba, era que las relaciones sociales dentro de la vecindad se deteriorarían en el momento en que los residentes se convertirían en propietarios, es decir, el *status* de propietario modificaría las redes sociales entre vecinos. Ciertamente, esto ha pasado también de manera diferencial en las vecindades del centro, pero no necesariamente se debe observar como una distinción negativa. Durante los años setenta y parte de los ochenta, varias organizaciones del movimiento urbano popular reivindicaron la idea de la comuna, basada no tanto en las experiencias históricas de la Comuna de París del siglo XIX, como en una versión localista y homogénea de la vida urbana de los pobres de la ciudad. En el fondo, esta propuesta se basaba en la creación de redes sociales e identidades restringidas que se fueran construyendo por diferen-

cia a la otredad, que generalmente era definida como el enemigo externo. La comuna implicaba, en sus prácticas, obtener en propiedad colectiva el suelo y la vivienda. El imaginario de estos grupos era que la población tendría que quedarse ahí, enraizada toda su vida en una feliz vida colectiva. El estudio de los procesos permiten explicar que los individuos van buscando estrategias de movilidad social y espacial. En el caso de la comuna la tenencia colectiva se fue convirtiendo en una jaula de hierro para las familias involucradas, en tal medida que las identidades colectivas se fueron transformando, hasta el punto en que la utopía comunitarista llegó a su límite. El error fundamental de esta visión es suponer que los grupos son socialmente homogéneos, y que el único rol que un individuo realiza en la sociedad corresponde mecánicamente a una y sola posición social. Esto tiende a confundir las diferencias de clase, étnicas y de género en una categoría uniforme. En contraposición, otra posibilidad se encuentra en el dilema de definir cuáles son los parámetros que pueden ser adoptados para explicar las redes de solidaridad en una perspectiva clasista, étnica y de género. Para ejemplificarlo de alguna manera: la percepción de la ayuda mutua, la solidaridad y el sentido de colectividad no ha sido la misma, en nuestro caso de estudio, entre hombres y mujeres. Nótese la diferencia de acepción acerca de la cercanía social que existía antes de la reconstrucción de 1985 en la siguiente conversación:

— “No había necesariamente unión —me dice una vecina— porque no había necesidad de mantener bonita la vecindad, porque nadie era dueño”.

— “Pero si la manteníamos —respondió un vecino— cuando surgía algún problema de cambiar la viga o algo”.

— “Apuntalaron nada más —dice socarronamente la mujer—. Era por la urgencia, porque ahí vivía-



Patio interior, Isabel la Católica 93

mos, eran *nuestras* casas, *nuestros* cuartos. La verdad es que había más pleitos antes. Entre la hermana de mi comadre Lulú siempre estábamos peleando”

— “Yo pienso que había menos —vuelve a señalar el vecino— ¿Y de las fiestas que hacíamos? Salíamos, *chupábamos*, convivíamos más, allá abajo (en el patio) ¿y”ora? casi no”.

— ¡Convivían los hombres! Ahora la convivencia es más pareja.

— Yo creo —dice otro— que la unión de esta vecindad es porque es un predio chico, somos 14 familias, vivíamos juntos todos, todos nos conocíamos. En otros predios han tardado más en conocerse.

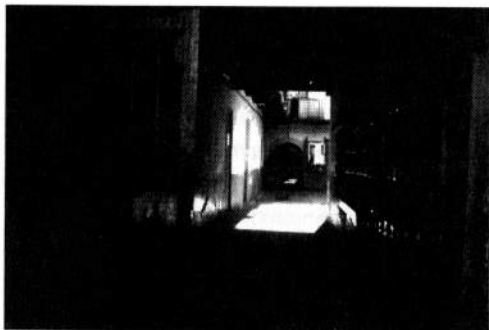
Este breve extracto de la entrevista nos muestra varias facetas. *Primeramente*, derrumba la idea de que la solidaridad y la vida colectiva de los individuos en la pobreza es una cualidad en sí misma. En esta visión, Larissa Lomnitz (1989) muestra magistralmente que los pobres resuelven sus problemas al utilizar una amplia red social, sustituyendo medios institucionalizados que no les sirven para alcanzar sus metas —cultural y socialmente definidas, como lo explica Merton (1995)—, adecuándose así a otras *alternativas funcionales* para sobrevivir. Pero

estas formas que son derivadas de la pobreza y de la frustración no necesariamente son la base de la transformación social. La antropología cultural que hace apología de estas formas localistas y restringidas reivindican, en última instancia, la verbigracia de la colectividad forzosa y justifican de tal manera la cultura de la pobreza. *En segundo lugar*, cuando aquel hombre dice que sí había convivencia porque *chupábamos abajo* y la mujer le recrimina diciendo: *¡chupaban los hombres!*, demuestra que el significado de la solidaridad no es la misma para unos que para otros. Los hombres se identificaban en el alcohol como una forma de retraimiento, mientras las mujeres establecían cotidianamente redes de solidaridad de otro tipo que les traían beneficios concretos (cfr. Lomnitz, 1989), pero la perspectiva de estas mujeres fue similar, haciendo una audaz analogía, a la que muchas otras indígenas tzotziles de Chiapas tienen sobre sus maridos y del cúmulo de litros de aguardiente que consumen. Para las tzotziles la *alternativa funcional* fue su conversión a la religión protestante, que aunque anglo-sajona y conservadora, les permitía construir otro tipo de relación familiar. Para las vecinas urbanas del centro, esposas de trabajadores establecidos en el mercado laboral formal, el cambio vino después de la participación y del éxito en su gestión, al transformar su espacio vital. *En tercer y último lugar*, la calidad de la relación la determina el tamaño del grupo, lo que revela que formaciones colectivas muy grandes pueden tener impactos cuantitativos a nivel externo, pero no necesariamente repercuten éstos en la calidad de la interacción y de la identidad adquirida. Destaco, en este aspecto, que ha cambiado el concepto de la solidaridad, de la interacción, de la identidad y de la participación. La socialización forzosa se modificó para generar experiencias privadas, pero con la conciencia de que

se adquirirían con ellas derechos y obligaciones, esto es, se reformuló la identidad anterior profundizando una más ciudadana, que reclamó la dignidad del individuo con derechos civiles —en este caso, la posibilidad de tener una propiedad privada con un valor de uso que estaría por encima, hasta ahora, del valor de cambio— así como con obligaciones —en este caso el respeto a las áreas comunes, establecer cuotas y roles de mantenimiento diario— pero que significan para todos, socialmente, el disfrute de un espacio público formado por el patio, las circulaciones y los accesos. Este es así un ejemplo donde se percibe la combinación de prácticas privadas y públicas que se expresan también en la ambivalencia de los espacios comunes que son al unísono públicos para los moradores de la vecindad y privados para los extraños.

A diferencia de esta experiencia, en otros predios, donde las familias se reubicaron en la misma vecindad pero el número de familias se mantuvo muy alto, por ejemplo en Regina 27 que cuenta con 39 viviendas, algunas vecinas consideran que antes del terremoto de 1985 existía mayores lazos de solidaridad entre sus habitantes. Pero ahora, con el cambio de régimen de propiedad se ha observado una actitud de mayor individualismo: “la gente se siente dueña de sus casas —explican con cierto desdén— entonces se gritan más, y quieren privatizar más y más áreas”. Desde esta óptica se puede decir que, en este caso, las redes de solidaridad han ido desapareciendo, debido a que el cambio de tenencia sí afectó el tipo de flujos de intercambio y comunicación previos. Cabe señalar que las características socio-económicas de las familias que habitan este inmueble son en general de menores ingresos que en las anteriores.

Finalmente, es razonable suponer que exista una diferencia en la satisfacción residencial de una fa-



Acceso Regina 27

milia que habita en un monumento histórico, a otra que reside en una casa de Renovación Habitacional debido principalmente a la calidad de la edificación, ya que las viviendas nuevas no son, ni en material, ni en diseño, ni en tamaño, una mejor opción a las viviendas antiguas. Elena Osorio, beneficiaria de una casa financiada por ONGs, ilustra lo anterior:

Yo pienso que en un momento, la gente que tuvimos casas nuevas, estos 42 metros cuadrados, dijimos ¡Sí, qué padre!, ¡Vamos a tener casa nueva! Pero con el tiempo nos dimos cuenta que este espacio no era suficiente. Que familias de cinco integrantes, por ejemplo, estábamos hacinados igual, con mejores servicios, pero hacinados de todas formas. Fue un error haber aceptado este espacio de 42 metros".

"Lo que sí ha sucedido es que la convivencia entre los vecinos ha mejorado. La gente valora que antes se vivía en espacios más reducidos y con una letrina común para 35 personas. Pero sobre todo que ahora esto ya es tuyo, y de aquí no te sacan.

El reducido espacio de las casas diluyó las expectativas de muchos, pero el cambio de propiedad, de nueva cuenta, constituyó una fuerte motivación para seguir manteniendo el edificio en buenas condiciones.¹³

Resalta de lo anterior que la identidad fue cambiando con el tiempo. A través de experiencias vitales, la significación de la convivencia se modificó al descubrirse un nuevo *nosotros* y una nueva diferenciación con respecto a los *otros*, no como resultado de la frustración y resentimiento por saberse desposeídos, sino de la autoconfianza por haber resuelto un problema del que se convencieron de las limitaciones del sistema social y no por causas de incapacidad personal. Fue creciendo una identidad que se reflejaba en solidaridades que en nada se parecían a las visiones locales de carácter restringido.

Ahora bien ¿cuáles fueron los factores que permitieron la transformación en las identidades? Resumo aquí tres discutidas más arriba: la primera fueron las experiencias colectivas de los participantes en un movimiento social que en términos generales fue muy exitoso.

En segundo lugar, habría que reconocer que no bastó con la simple participación. La acción de los sujetos se basa en la racionalización de las metas establecidas culturalmente y los medios elegidos para tal efecto (Weber, 1978; Merton, 1985; Melucci, 1988), pero habría que preguntarse si en un movimiento por muy exitoso que aparente ser, sus participantes alcanzan las expectativas individuales o de grupo que se trazaron en un inicio. Lo cierto es que éstas no son las deseables en todos los casos y el resultado de ello sí es aquí de frustración, enojo y resentimiento de todos aquellos persuadidos, después, de que la experiencia colectiva no sirvió al nivel de sus motivaciones y, entonces, se

13. Toda esta reflexión ha sido posible de la revisión de entrevistas realizadas en el último trimestre de 1995 con vecinós de los inmuebles de San Jerónimo 27 y 57, Isabel la Católica 37, 91, 93 y 95, Regina 27 y 42, y 5 de febrero 68.

generan procesos de ruptura y división organizativa.¹⁴ Este proceso, que se da en oposición directa al de la cohesión e integración social, es más bien de anomia y desvinculación con el grupo, afectando especialmente la constitución de identidades colectivas y solidaridades en una vecindad, barrio, comunidad o centro de trabajo.

En tercer lugar, la formación de las identidades se debió al efecto combinado del espacio transformado y del cambio de régimen de propiedad sobre el comportamiento cotidiano. Fue un producto de la conjunción de la acción colectiva y el beneficio individual, de la búsqueda por un espacio público pero que permitiera el pleno disfrute del espacio privado. Puede desprenderse de aquí que la solidaridad que se ha ido constituyendo es flexible, no restringida ni sustentada en la rigidez de la homogeneidad, lo que permite que la acción que se produce a partir de ella no es resultado, insisto, de la frustración y el resentimiento, sino de la interacción comunicativa y la reflexión colectiva.

III. Una reflexión al margen sobre la significación del patrimonio en la conformación de la identidad

Las percepciones que se tienen sobre el patrimonio cultural urbano son muy variadas, dependen principalmente de la topografía política y cultural de los actores sociales involucrados en la toma de decisiones sobre la ciudad. Discusiones recientes han hecho notar las diferentes formas de analizar la cre-

ciente dicotomía entre ciudad y barrio y la significación que esto puede tener con la práctica de la rehabilitación de los centros históricos: en primer lugar, destacan aquellos que argumentan que tanto el centro histórico como el barrio, son la célula urbana fundamental, impregnada de identidad y de vitalidad, que no deben modificarse, sino mantener sus estructuras propias de sobrevivencia. Están también aquellos que ven al barrio, al contrario, desde la ciudad, entendida ésta como totalidad. Para ellos, el barrio es cultura local y las masas, expresión de la enorme concentración urbana; serían así dos niveles diferenciados de identidad: los barrios son creados por la urbanización pero a su vez ésta va transformando las características de los barrios mismos.

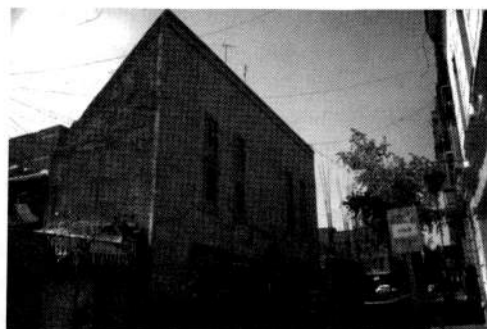
Una tercera opción es la que propone ver el centro o el barrio como producto de constantes transformaciones históricas y, por lo tanto, de distintas formas de apropiación cultural y espacial por sus habitantes, esto es, de distintas formas de identidad; la modernización impacta y transforma las identidades barriales, no solamente a partir del desarrollo del capitalismo industrial, sino a partir de cualquier proceso histórico, económico, social y cultural, incluso de aquellos que se dan al interior del barrio mismo. Pero lo importante aquí, además, es ilustrar la existencia de actores sociales que toman iniciativas modernizadoras, por fuera y por dentro del barrio, y de otros que se van apropiando de tales iniciativas transformándolas y transformando la naturaleza de su propia acción colectiva en

14. Este aspecto de desorganización colectiva a partir de la ruptura entre las expectativas de los individuos y los medios institucionalizados, a la manera de Merton por ejemplo, es una línea de investigación que puede enriquecer el estudio de los movimientos sociales y los procesos de anomia que éstos presentan en un momento dado. Hasta ahora el estudio de

esta fase del movimiento es explicada por factores externos, tales como el control social, la represión o la intervención estatal, pero no se ha abordado con una perspectiva que combine la visión estructural y la fenomenológica, para explicarla integralmente.

tanto actores sociales. Una última visión es la que plantea entender al barrio como expresión concreta de identidades contradictorias, emergentes de una gran diversidad de culturas políticas. Según esta última es posible reconocer diferenciaciones a partir de la existencia y participación de grupos étnicos, sociales, religiosos y políticos, que pueden expandirse e impactar la constitución de la ciudad, con una visión amplia y no únicamente encerrarse en sí mismos. Serían localismos que buscan con pasión salidas políticas y culturales con la finalidad de apropiarse no solo del barrio sino de la ciudad para todos, como derecho ciudadano. Serían asimismo, identidades contradictorias que están impregnadas de violencia y machismo, consumismo y sobrevivencia, solidaridad y egoísmo, liberación y conformismo, tradicionalismo y movilidad social.¹⁵

De estos escenarios, habría que dar forma y contenido a una ciudad que está conformada por barrios con identidades restringidas, pero que constituyen un todo con otras formas territoriales. François Tomas (1996) sostiene¹⁶ que el caso del Centro Histórico de la ciudad de México es ejemplar en el sentido de que la catástrofe de 1985 permitió hacer de éste un espacio combinado de funciones. Antes del terremoto la idea principal era refuncionalizar el Centro Histórico para ubicar en él actividades centrales y desplazar a los pobladores, mientras que algunas organizaciones sociales planteaban exactamente lo contrario, modificar el centro para dotarlo únicamente de vivienda popular. Cualquiera de estas políticas, estima François Tomas, hubiera tenido un impacto desastroso a ni-



Fachada impuesta por la normatividad (o intransigencia) del INAH, Regina 63

vel de la forma y de la vida urbana del lugar. Después del terremoto, con la reconstrucción y durante los últimos diez años de esta experiencia social, el centro de la ciudad de México debiera entenderse como un espacio combinado de funciones centrales de ciudad, funciones locales y vivienda media y popular.

Desde esta óptica, la concepción de la restauración, rehabilitación y reordenación de los centros históricos tendría que desterrar la idea de mantener, por cualquier medio posible, un espacio puro, que en realidad no lo es, ni puede serlo. El centro es hoy, no el reflejo de la vida prehispánica, colonial, liberal, moderna o posmoderna en su condición pura, castiza, sino producto de una cultura de amalgamas y mezclas. El Centro Histórico de la ciudad de México es fusión de estilos arquitectónicos y de mundos de vida, y así debería expresarse. Si, como hemos visto, desde el punto de vista social y cultural, la defensa a ultranza de la identidad barrial como forma estática es limitante, la visión de adecuar estilos arquitectóni-

15. Remito al lector a ver mi reflexión crítica publicada en *Anuario de Estudios Urbanos* No. 3, 1996, UAM-Azcapotzalco, sobre el libro "La Ciudad y sus Barrios" coordinado por José Luis Lee y Celso Valdez, UAM-Xochimilco, 1994.

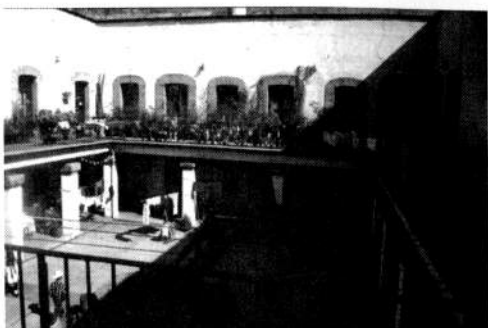
16. Conferencia "Proyecto urbano y proyecto de ciudad" de François Tomas en el Seminario Café de la Ciudad, versión Otoño 1995, coordinada por el Área de Estudios Urbanos, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco.



Interiores, 5 de febrero 68

cos y urbanos a una idea homogenizadora, como en los casos de Regina 63 y Regina 42, es igualmente absurda.

Cuando nos referimos a los centros históricos queremos decir, también, que existen diferencias históricas entre distintas épocas y estilos que permanecen y coexisten con el tiempo. El de la ciudad de México, por ejemplo, necesita encontrar una identidad que sea resultado de una red de identidades (Krotz, 1993). Rodolfo Santa María reflexiona a este respecto (cfr. Lee y Valdez, 1994) cuando se habla de barrio ¿hablamos todos de lo mismo? ¿Es la misma escala la que todos identificamos? ¿Qué define a un barrio o a un centro? ¿Su historia empírica? ¿Sus transformaciones? ¿Ser parte de una totalidad? El dilema es si las transformaciones en los barrios son aceptables, o si por el contrario, la identidad de los barrios debe ser favorecida. Importa en esta perspectiva preguntarnos con franqueza: ¿a cuál identidad nos referimos, a cuál cultura? ¿Cuál es el momento histórico a detener de un barrio, al que habría que guardar celosamente su identidad y congelar su futuro? ¿A qué tipo de identidad nos referimos como la verdadera guardiana de la cultura? ¿A la identidad que se fundamenta en la religión católica, que en América Latina, sirvió de conquista espiritual de los coloniza-



Interiores, 5 de febrero 68

dores? ¿A la identidad que se formó en la época de la Colonia como producto de una mezcla profunda social, étnica y cultural? ¿A la identidad del barrio proletario? ¿Cuál es la identidad de los chicanos y de sus barrios, sino una mezcla de cultura latina, mexicana, y de prácticas de ciudadanía a la mejor tradición estadounidense, donde se revuelven y revuelcan los derechos ciudadanos, la discriminación social y el racismo, y experiencias colectivas e individuales devastadoras para muchos como lo fueron las guerras de Vietnam y del Golfo Pérsico? ¿No es esto una verdadera hibridez cultural?

El dilema de los centros históricos no se limita tampoco a la cuestión de si deben cambiar o no. El verdadero problema es quiénes deciden en la ciudad. Quiénes deciden si los barrios deben transformarse o no. Quiénes deciden el tipo de ciudad que queremos. El problema es, entonces, como espero haber mostrado aquí, de dar forma y contenido a una nueva cultura ciudadana, amplia, flexible y democratizadora.

IV. Conclusión

El objetivo principal de este trabajo fue explicar la construcción de un tipo de modernidad a través de

la formación de las identidades colectivas en torno al patrimonio cultural, describiendo un caso de estudio en el Centro Histórico de la ciudad de México. Intenté ilustrarlo asumiendo que la constitución identitaria es un proceso que no se acaba repentinamente, ni se mantiene permanentemente, y para ello realicé una descripción de los contenidos de las identidades durante el proceso de reconstrucción, inmediatamente después de los sismos de 1985, y a una distancia posterior de diez años.

Partí de la discusión abierta en la actualidad sobre la ciudad y el patrimonio cultural, en la cual se argumentan diferentes y opuestos significados sobre el tema, entre lo global y lo local, la modernidad y el tradicionalismo, la homogeneidad y la heterogeneidad. Recientemente, las políticas de privatización y de apertura del modelo económico orientado hacia la exportación, que limitan las acciones del Estado en materia de seguridad social, han traído de vuelta posturas neo-conservadoras, francamente individualistas y con miras a la rentabilidad de cualquier tipo de acción urbana, particularmente arguyen la necesidad de "rescatar" el centro de la ciudad. Es muy razonable pensar que el término "rescate" refleja sobremanera la estrategia de grupos sociales vinculados fuertemente a intereses empresariales, inmobiliarios y conservadores, que consideran haber perdido la zona central por inquilinos y pequeños comerciantes *indeseables*. Efectivamente, algunos empresarios, arquitectos, restauradores, historiadores, funcionarios y políticos coinciden en promover una estrategia de *gentrificación* del Centro Histórico, esto es, refuncionalizarlo por medio de fuertes inversiones dirigidas a cubrir las necesidades recreacionales de las clases altas de la ciudad. En tal perspectiva, "rescatar" el centro no únicamente significa para ellos la restauración de los "palacios" de la antigua ciu-

dad, buscando con nostalgia el regreso al pasado, la ciudad *museo*, sino que los usos de vivienda y servicios urbanos a los que se destinen algunos de los inmuebles deberían estar orientados para aquellos que puedan pagarlos. Un Centro Histórico, repiten insistentemente, debe evitar la construcción de vivienda popular y a los vendedores ambulantes, que son los verdaderos problemas del deterioro urbano.

A diferencia de esta visión, el análisis destacó la experiencia de sectores populares durante la reconstrucción, que habían residido por muchos años, previos al terremoto, en inmuebles catalogados como monumentos históricos en estado ruinoso. El estudio demostró que las políticas urbanas de "rescate" del Centro Histórico no pueden concebirse sin la participación y presencia de este sector fundamental de la sociedad. No obstante, la óptica del trabajo no pretendió preestablecer una apología de los sectores populares, sino describir el proceso de formación de una identidad colectiva que fue por demás contradictoria, en partes paradójica, con fuertes influencias del exterior y resultado de las profundas interacciones y roces sociales que se dieron.

Durante la etapa de reconstrucción, se mostraron cuatro fases en la formación de las identidades colectivas que se establecieron en relación con el patrimonio cultural. Fases estas que se delimitan por medio de los estímulos externos y la interacción comunicativa entre distintos actores, que son: a) la experiencia vital de los pobladores a raíz de sus posiciones y roles sociales; b) los factores precipitantes, de tipo coyuntural; c) la interacción comunicativa; y d) la fase en que se confrontan y redefinen las estrategias socio-espaciales.

Acerca de la existencia de una identidad cultural después de diez años de convivencia social, subrayé la importancia del territorio como referente cultural y la relación que se establece entre la ca-

racterística del espacio urbano y arquitectónico con el comportamiento; además la importancia de combinar prácticas sociales y privadas que se reflejan en definiciones flexibles del espacio público y privado, en otras palabras, ni una defensa a ultranza de la privatización, ni a la idea totalizadora del colectivismo.

Las conclusiones finales considerarían la necesidad de desplazar las perspectivas extremistas sobre la ciudad y su modernidad, pensar a ésta como una red de redes culturales, una mixtura de conspiración, cultura y heterogeneidad. Concebir una ciudad viviente, como si fuesen muchas ciudades dentro de una más global, que se forman con una diversidad de identidades, históricas y contemporáneas.

La ciudad central no tiene que ser entendida como un historia obsesiva, sino como proceso histórico, cambiante y transformable.

La opción colectiva que se abrió aquí fue la posibilidad de combinar la estética, la participación y el esfuerzo de reducir la distancia social. Que buscó el bienestar individual tanto como las expresiones de solidaridad, dicho así, la conexión entre las motivaciones individuales y la conciencia social. El trabajo intentó reflexionar, en suma, la manera en que los actores sociales se apropian de su propia idea de modernidad, por medio de una participación ciudadana distintiva. Si esto se lograra identificar, ayudaría mucho a ser menos rígidos en nuestras visiones.

Bibliografía

- BERMAN, Marshall (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo xxi editores. Sexta edición en español, 1992.
- GONZÁLEZ de León, T. (1988). "La ciudad iluminada: las posibilidades de la luz" entrevista. En *Artes de México*, Número 1, nueva época, otoño de 1988, tercera edición: invierno de 1993. México.
- ITURRIAGA, José E. (1994). "Contribuciones para el rescate de algunos testimonios de un pasado capitalino". En Isabel Tovar de Arechederra y Magdalena Mas (comps.) *Reencuentro con nuestro patrimonio cultural, ensayos sobre la ciudad de México*, Vol. VI. México: ddf, Universidad Iberoamericana y cnca.
- ITURRIAGA, José E. (1988). "La ciudad recuperable, un proyecto de rescate". En *Artes de México*, Número 1, nueva época, otoño de 1988, tercera edición: invierno de 1993. México.
- KROTZ, Esteban (Comp.) (1993). *La cultura adjetivada*. México: uam Iztapalapa.
- LEE, J.L. y Valdez, C. (comp.) (1994). *La ciudad y sus barrios*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- LOMNITZ, L. (1989). *Como sobreviven los marginados*. México: Siglo xxi Editores.
- MEAD, George H. (1964). *On Social Psychology*. Chicago: The University of Chicago Press.
- MORALES, Ma. Dolores (1994). "Cambios en la traza de la estructura vial de la ciudad de México, 1770-1855". En Regina Hernández F. (comp.). *La ciudad de México en la primera parte del siglo xx*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Vol. 1.
- MELUCCI, A. (1996). *Challenging Codes, collective action in the information age*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1989). *Nomads of the Present, social movements and individual needs in contemporary society*. Philadelphia: Temple University Press.
- MERTON, R. (1995). *Teoría y Estructuras Sociales*. México: Fondo de Cultura Económica, tercera edición.
- RODRÍGUEZ Kuri, A. (1996). *La experiencia olvidada. El ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco y El Colegio de México.
- SERNA, Leslie (1995). *¡Aquí nos quedaremos..! Testimonios de la Coordinadora Única de Damnificados*. México: uia y uvvd.

TAMAYO, S. (1996a). *Violencia y no violencia en los movimientos sociales*. México: UAM-Azcapotzalco.

——— (1996b). "La teoría de la ciudadanía en los estudios urbanos: Estado y sociedad civil, derechos ciudadanos y movimientos sociales". *Anuario de Estudios Urbanos*, No. 3, 1996. México: UAM-Azcapotzalco.

——— (1989). "El Programa de Renovación Habitacional Popular (Análisis sin eufemismos)". *Ciudades 1*, enero-marzo, 1989: 56-64.

TOMAS, François (1996). "Del Proyecto urbano al proyecto de ciudad". En *Anuario de Estudios Urbanos* No. 3, 1996. México, UAM-Azcapotzalco.

——— (1994). "La ciudad y las estrategias socioespaciales". En *Revista Mexicana de Sociología* 4/94. México: 1994.

WEBER, M. (1978). *Economy and Society*. Berkeley: University of California Press.

reseña



Poshistoria



Carlos Illades

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa



Desde el despliegue de la modernidad, cuyo escenario es el mercado mundial y su horizonte político la Revolución Francesa, diversos proyectos intelectuales han tratado de presentarla como la última etapa del desarrollo histórico de la humanidad. El historiador británico Perry Anderson expone en *Los fines de la historia* (Barcelona, Anagrama, 1996), que Hegel definió como su límite objetivo la realización de la libertad positiva bajo la figura del Estado constitucional moderno. Antoine-Augustin Cournot vio a los principios de la economía mercantil, regulados por una administración racional, como la fuerza articuladora de la vida colectiva. Alexandre Kojève encontró en las rutinas del consumo y en los rituales de la forma los componentes propios de la existencia poshistórica. En estas tres fuentes abrevaron los discursos sobre el fin de la historia esbozados en Occidente durante la segunda mitad del siglo xx que, de acuerdo con Lutz Niethammer, reemplazaron el optimismo histórico decimonónico, de inspiración ilustrada, y el voluntarismo revolucionario finisecular.

En julio de 1989, justamente a dos siglos de la toma de la Bastilla y cuatro meses antes de que cayera el muro de Berlín, Francis Fukuyama, un funcionario del Departamento de Estado, publicó el provocador ensayo "¿El fin de la historia?". En este texto identificó la extensión de la democracia representativa y de la economía de mercado a escala planetaria en su forma capitalista, como la condición de posibilidad de la poshistoria, tesis ampliamente discutida entre la intelectualidad tanto de derecha como de izquierda, y que el pensador estadounidense amplió y dotó de perspectiva filosófica tres años después en *El fin de la historia y el último hombre*.

Desde esta óptica, el ocaso de la alternativa socialista llevaría a una "mercadización común"

de las relaciones internacionales y a una disminución de los conflictos bélicos de gran magnitud. Su ensayo es concluyente: "podemos resumir el contenido del Estado homogéneo universal como democracia liberal en la esfera política combinada con un fácil acceso a videograbadoras y estéreos en lo económico. Estos son los confines de la poshistoria y el futuro previsible de todas las sociedades, incluso las que todavía viven prisioneras de la necesidad en el difícil mundo de la historia". Aunque optimista la predicción de Fukuyama contiene una moderada resignación, pues, como apunta Anderson, "el fin de la historia no equivale a haber alcanzado un sistema perfecto, sino a la eliminación de alternativas mejores". El tratamiento del presente como destino final, se le mire complacientemente o sin ilusión, está implícito en las reflexiones poshistóricas.

Después de desmontar el andamiaje filosófico de las tesis de Fukuyama, Perry Anderson se pregunta sobre su factibilidad a la luz de las tendencias históricas contemporáneas. La exposición es sobrecogedora: la base de la riqueza capitalista se concentró a la vez que las elecciones libres se expandieron, es decir, que su relación no solo es asimétrica sino que corre en sentidos divergentes; el "mundo en desarrollo" está más depauperado que antaño y, por tanto, sus posibilidades de salir del viejo horizonte histórico son cada vez más remotas; a nivel general, incluidas las economías industriales avanzadas, crecieron las desigualdades sociales entre sus habitantes; aunque la democracia representativa cubre ahora más territorio que nunca, perdió sustancia, tanto porque las decisiones estratégicas las toma la tecnoburocracia sin consultar a nadie, como a consecuencia de que los electores se alejan de las urnas; la crisis ecológica es ya una realidad y la irracionalidad de la globalización económica tiende a agravarla. Los privile-

gios consuntivos de un segmento de la población cada vez menor procrean la miseria de una masa creciente. Un dato: "si se generalizara el consumo de comidas a la manera norteamericana, la mitad de la población mundial tendría que extinguirse, la tierra no aguantaría más de 2,500 millones de habitantes". Esto por no hablar de otros bienes indispensables, ya no digamos de "videograbadoras y estéreos".

El historiador británico, sin suscribir la confianza iluminista en el progreso o cavilar acerca de la inminencia de la revolución, trata de atisbar una alternativa viable a la construcción poshistórica. Ve a la socialización del mercado como una forma de alcanzar cierto control social sobre la producción mercantil. Un modelo de democracia que ensanche y profundice los espacios de decisión pública sería su contraparte política. Alcanzar estos objetivos requeriría de la integración de una fuerza social más amplia que los asalariados industriales, destacadamente la participación de las mujeres, que, en su lucha por el reconocimiento igualitario en las sociedades metropolitanas, han alcanzado más éxito en los últimos veinte años que otros movimientos emancipatorios.

Expuestas estas ideas, Anderson recurre a la historia para, por analogía, vislumbrar el destino posible del proyecto socialista: ser considerado como un experimento exótico en tierras remotas, de la misma manera que la utopía jesuita en Paraguay; que su énfasis en la igualdad de oportunidades y en la socialización de los disfrutes fueran recodificados en una época posterior, a la manera del vínculo ideológico que une a los "Acuerdos del Pueblo" de los *Levellers* (niveladores) de la Revolución inglesa del siglo xvii con la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano" de 1789; fun- gir como el punto de partida de un movimiento

que a la postre lo negara, como ocurrió al jacobinismo con la Revolución de 1848; o que, por último, tal como le aconteció al liberalismo después de la Segunda Guerra Mundial, se rehiciera con-

ceptualmente después de su crisis de entre guerras. Estas son "las imágenes en el espejo" reflejadas en las páginas de su libro.



El *Anuario de Espacios Urbanos* es una publicación que busca recoger las diversas experiencias de investigación sobre el fenómeno urbano de México, América Latina y de cualquier parte del mundo. Está abierto a todo enfoque teórico-metodológico, a toda disciplina académica, y a todo énfasis temático y temporal. En consecuencia, se invita a colaborar con artículos a administradores, antropólogos, arquitectos, demógrafos, diseñadores, ecologistas, economistas, historiadores, politólogos, sociólogos, urbanistas, trabajadores sociales y en general a todo aquel interesado, interesada o grupos de investigación que pretendan expresar por escrito los resultados parciales y finales de sus trabajos sobre la problemática espacial, social, cultural, económica, política o histórica de las ciudades.

El *Anuario de Espacios Urbanos* es una publicación del Área de Estudios Urbanos, Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo, División de Ciencias y Artes para el Diseño, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.

Todas las colaboraciones deberán sujetarse a las siguientes bases:

1. Trabajo exclusivos

Los originales enviados al *Anuario de Espacios Urbanos* deberán ser inéditos y no haber sido sometidos a otras revistas en forma simultánea.

2. Formato

Entregar un original y dos copias fotostáticas de buena calidad, así como presentar una versión en

diskette, en cualquier procesador de palabras de computadora (IBM o Macintosh).

La extensión de los originales deberá ser entre 20 y 45 cuartillas, escritas a doble espacio y por un solo lado.

Las notas deberán numerarse progresivamente. Los mapas, fotografías, cuadros y gráficas podrán colocarse en el cuerpo del texto o en una página aparte, siempre numerados progresivamente, con su título específico. Deberán estar impresos con excelente calidad. En caso de que los mapas, fotografías, cuadros o gráficos se coloquen en página aparte, se deberá indicar claramente su colocación en el cuerpo del texto.

Los artículos deberán anexar una hoja con el título del trabajo, el nombre del autor o autores, referencia académica o profesional, domicilio, teléfono y correo electrónico. Lo anterior es con el fin de que el autor o autores mantengan su anonimato en el momento de someter su artículo a dictaminación.

Las referencias bibliográficas y hemerográficas deberán ser escritas de acuerdo a los siguientes ejemplos:

- ABDILAH, H. (1985). *Frantz Fanon and The Psychology of Oppression*. New York: Plenum Press.
- CAMP, Roderic A., 1990. *Los empresarios y la política en México. Una visión contemporánea*, México, Fondo de Cultura Económica.
- EMMERICH, G. E. (1989). "Las Elecciones en México, 1808-1911: ¿Sufragio efectivo?, ¿No Reección?" En González Casanova (Ed.). *Las Elecciones en México: evolución y perspectiva*. México: Siglo XXI Editores.

BRUBAKER, W.R. (1990). "Immigration, Citizenship, and the Nation-State and Germany: A Comparative historical analysis". *Internacional Sociology* Vol. 5, No. 4:379-407.

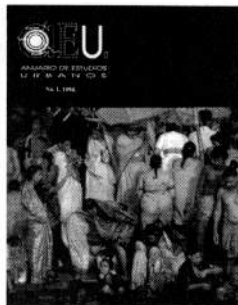
3. Envíos

Las colaboraciones deberán enviarse a:

Anuario de Espacios Urbanos
Departamento de Evaluación del Diseño
en el Tiempo
Edificio H, Planta Baja
Universidad Autónoma
Metropolitana-Azcapotzalco
Av. San Pablo No. 180
Colonia Reynosa Tamaulipas
México, D.F., 02200
Tel. (5) 724-4379 y Fax (5) 724 4380
correo electrónico: stf@hp9000a1.uam.mx
rkan@hp9000a1.uam.mx
joy@hp9000a1.uam.mx

4. Arbitraje

La redacción acusará recibo de los trabajos. Dos especialistas anónimos evaluarán los mismos. No se devolverán los originales.



Anuario de Estudios Urbanos, No. 1, 1994.

Historia:

Barrios y colonias de la ciudad de México (hacia 1850). *Lucio Ernesto Maldonado Ojeda*

Patrimonio:

El carácter vernáculo ancestral y cotidiano de Tlacotalpan. *Carlos Lira*

Teoría:

Una revisión de las principales corrientes teóricas sobre el análisis urbano. *Sergio Tamayo flores-Alatorre*

Desarrollo:

Reestructuración económica y cambios en la especialización urbana, los casos de Guadalajara y Monterrey. *Fernando Pozos Ponce*
Sociedad y alta primacía en el Sistema Urbano Argentino. *Norma C. Meichtry*

Desarrollo turístico, tlc y cambio social en la frontera sur de México: el caso de Quintana Roo. *Eduardo Torres Maldonado*

Estados y políticas Urbanas:

Urbanización, ejidos y la Nueva Ley Agraria.

Ma. Soledad Cruz Rodríguez

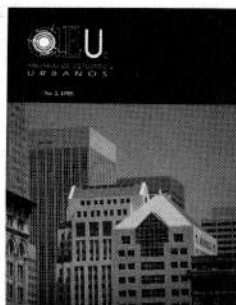
Pobreza, vivienda y gobierno local, el caso de la Delegación Benito Juárez en la ciudad de México.

Judith Villavicencio y Ana María Durán

Reseña:

El estudio de caso como caso.

Jorge Ortiz Segura



Anuario de Estudios Urbanos, No. 2, 1995.

Identidad:

La vida cotidiana: concepto y coordenadas.

Rafael Torres Sánchez

Formación de identidades colectivas: Identidades comunitarias e identidades sociales. *María Dolores París Pombo*

Familia, política y movimientos sociales. *Fernando Salmerón Castro*

La relevancia de la investigación etnográfica en los estudios de urbanismos e identidad. *Joaquín Hernández González y Joaquín Figuero Cuevas*

Historia:

Historiografía sobre el artesanado urbano del siglo xix.

Carlos Illades

La ciudad moderna: algunos problemas historiográficos.

Ariel Rodríguez Kuri

Desarrollo:

Los chicos de las calles de Resistencia, un problema endémico de una provincia en crisis. *Jorge Próspero Roze*

Género:

Mujeres empresarias de Aguascalientes: significado de trabajo.

Guadalupe Serna

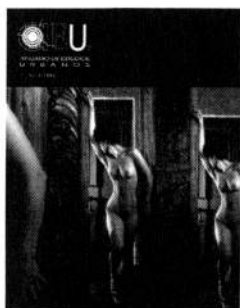
Las mujeres de los hogares populares urbanos y el manejo cotidiano del espacio. *Clara Eugenia Salazar Cruz*

Territorio:

Dinámica Socioespacial de la Zona Metropolitana de la ciudad de México y patrones de segregación 1980-1990. *María Teresa*

Esquivel Hernández

Los ejes de la metropolización. *Oscar Terrazas Revilla*



Anuario de Estudios Urbanos, No. 3, 1996.

Historia Urbana: Sociedad, cultura y ocio en la ciudad de México Independiente 1821-1830. *Manuel Chust*

Estudios comparativos: Estrategias familiares, pobreza urbana y prácticas ciudadanas. Un análisis comparativo. *Bryan R. Roberts*

Género: The women of Mexico and the neoliberal revolution. *Henry A. Selby, Myung-Hye Kim, Arthur D. Murphy and Michel A. Sadler*
Hogares urbanos. Alternativas sociales y de política contra la pobreza. *Rosalía López Paniagua y Gerardo Torres Salcido*

Espacio urbano: Del proyecto urbano al proyecto de ciudad. *François Tomas*

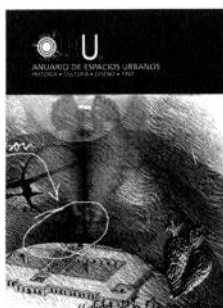
Ciudades en expansión y transformación. Crecimiento y estructura urbana en ciudades mexicanas. *Sergio Padilla Galicia*
Turismo local, espacio costero y problemas urbanos en Yucatán. *Diana Magnolia Rosado Lugo y José Humberto Fuentes Gómez*

Identidades: La teoría de la ciudadanía en los estudios urbanos: estado y sociedad civil, derechos ciudadanos y movimientos sociales. *Sergio Tamayo Flores-Alatorre*

Does race matter? the use of racial theory in understanding contemporary indian movements in Mexico and Latin America. *Shannan Mattiace*

Reseñas: Por una sociología del sujeto. Alrededor de Alain Touraine (Dubet y Wieviorka, coords.) *Ligia Tavera Fenollosa*
Methodology for land housing market analysis (Gareth and Ward) *Oscar Terrazas Revilla*

La ciudad y sus barrios (Lee y Valdés, comps.)
Sergio Tamayo Flores-Alatorre



Anuario de Espacios Urbanos Historia-Cultura -Diseño, 1997

Espacio y forma urbana: Ciudades medias, descentralización y globalización en América Latina. *François Tomas*
La ciudad y su arquitectura, un tema para la identidad social.

Guadalupe María Milán Ávila

Cambios en la especialización urbana de las ciudades medias del occidente. *Ulises Bonifacio Zarazúa Villaseñor*

Historia urbana: Urbanistas, ambulantes and mendigos: the dispute for urban space in Mexico City, 1890-1930. *Pablo Piccato*
Elecciones municipales en la ciudad de México, diciembre de 1925. *Javier McGregor Campuzano*

Urbanización y desarrollo regional en el noreste mexicano, siglos XVI-XIX. *Juan Ortiz Escamilla*

La urbanización demográfica en el noroeste mexicano, siglo XIX. *Marco Antonio Landavazo*

La ideología en la Colonia. Algunos aspectos visuales. *Juan Manuel López Rodríguez*

Identidad y cultura urbana: Movimientos sociales contemporáneos. *Alberto Melucci*

Liberalismo y Estado social: dos programas recuperables para la ciudad. *Armando Cisneros Sosa*

La representación ciudadana de las áreas vecinales del D.F. De la Ley Orgánica a la Ley de Participación Ciudadana. *Florita Moreno A.*

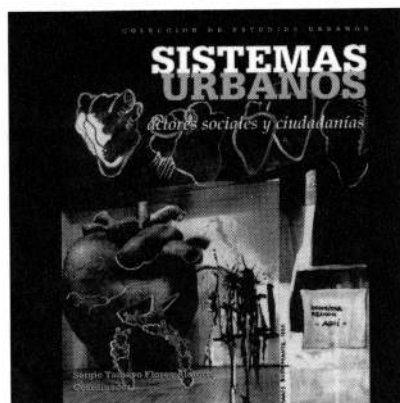
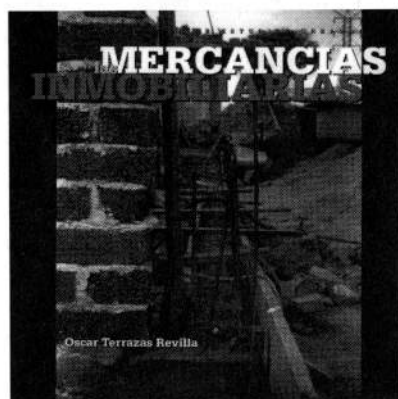
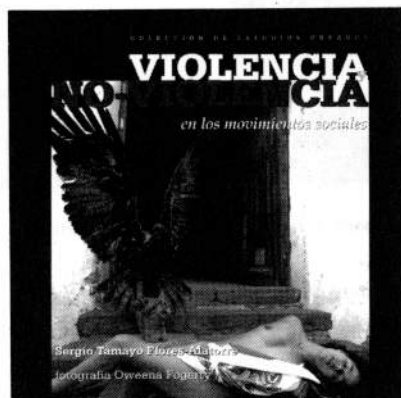
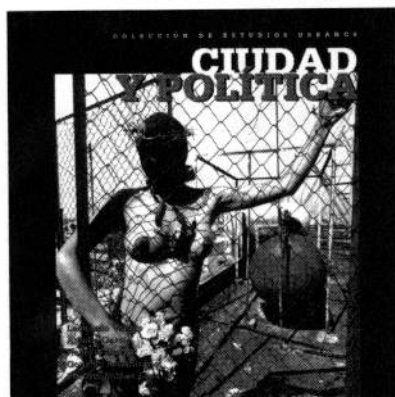
Reseñas: Autonomía, redes de significación e impacto institucional de los movimientos sociales, *Sergio Tamayo*

Violencia y no violencia en los movimientos sociales, *Jorge Ortiz*
Signos. Anuario de Humanidades, *Carlos Illades*

La ciudad moderna: algunos problemas historiográficos, *Rafael López Rangel*

La experiencia olvidada. El Ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912. *Oscar Terrazas Revilla*

Colección de Estudios Urbanos



Anuario de Espacios Urbanos, Historia • Cultura • Diseño 1998

se terminó de imprimir en noviembre de 1998,

en los talleres de Lithoimpresora Portales S.A. de C.V., Canarias 103, Col. Portales en México D.F.

La producción y edición estuvo a cargo de Cran Diseñadores y Ana María Hernández.

La impresión se realizó en papel bond de 90 grms., tipografía y

formateo digital con fuente Frutiger de 10, 12, 14 y 18 puntos.

La edición fue de 1000 ejemplares más sobrantes para reposición.



Puedes adquirirlos en:

- **Área de Estudios Urbanos**

Universidad Autónoma

Metropolitana, Azcapotzalco

Tel. (5) 724 4379 y (5) 724 4568

Fax (5) 724 4380

e-mail:

stf@hp9000a1.uam.mx

rkan@hp9000a1.uam.mx

joy@hp9000a1.uam.mx

aotr@hp9000a1.uam.mx

Pedidos:

- **Librería José Vasconcelos**

Tel. (5) 515 0021

Fax (5) 515 6000

- **Librería UAM Azcapotzalco**

Tel. y Fax (5) 724 4481